



Mari Pau Domínguez
LA NOSTALGIA
DEL
LIMONERO

Índice

[Portada](#)

[Sinopsis](#)

[La nostalgia del limonero](#)

[Dedicatoria](#)

[Cita](#)

[Nota preliminar](#)

[Cenizas](#)

[I. Osuna \(años 50/60\)](#)

[Capítulo 1. Los ojos de Concha](#)

[Capítulo 2. La hora fugitiva](#)

[Capítulo 3. La noche de Tánger](#)

[Capítulo 4. Subterfugios](#)

[Capítulo 5. «La luz de la inocencia»](#)

[Capítulo 6. «La realidad se sueña»](#)

[Capítulo 7. Luchar contra el tiempo](#)

[Capítulo 8. «Lejos de ti»](#)

[Capítulo 9. La vida en una maleta](#)

[Capítulo 10. La llegada... ¿al paraíso?](#)

[Capítulo 11. «Sentirme el olvido perenne del mar»](#)

[Capítulo 12. Los fantasmas del sexo](#)

[Capítulo 13. ¿Avanzando?](#)

[Capítulo 14. Anhelos que arrastran las aguas](#)

[Capítulo 15. El silencio de los sueños truncados](#)

[Capítulo 16. Lo que de verdad importa](#)

[Capítulo 17. «Un mundo que llora»](#)

[Resentimiento](#)

[II. El sueño catalán \(años 60/70\)](#)

[Capítulo 18. Cuando el destino obliga a recorrer el mismo camino](#)

[Capítulo 19. Las horas del corazón](#)

[Capítulo 20. ¿Por fin la luz?](#)

[Capítulo 21. Perlas aparte](#)

[Capítulo 22. «Extrañas ya la vida»](#)

[Capítulo 23. Faldas y limones](#)

[Capítulo 24. La imprevisión del destino](#)

[Capítulo 25. Pequeños dioses del paraíso](#)

[Capítulo 26. Los sueños del emigrante](#)

[Ruinas](#)

[III. Barcelona \(años 70/80\)](#)

[Capítulo 27. Aquella otra Barcelona](#)

[Capítulo 28. Los sueños de la luna](#)

[Capítulo 29. «El dolor de un dios lejano»](#)

[Capítulo 30. La intuición de lo prohibido](#)

[Capítulo 31. Vidas disconformes](#)

[Capítulo 32. «La ceniza apagada de sus ojos»](#)

[Capítulo 33. Las esquinas de la vida](#)

[Capítulo 34. En la memoria del aire](#)

[Capítulo 35. «El día que me quieras...»](#)

[Los años perdidos. Primera parte](#)

[IV. Paz, años 80](#)

[Capítulo 36. Después del abandono](#)

[Capítulo 37. Lamentaciones](#)

[Capítulo 38. Como cuando eran niños](#)

[Capítulo 39. Nostalgia](#)

[Capítulo 40. Días de mar y amor](#)

[Capítulo 41. «Esta lágrima fría»](#)

[Capítulo 42. Perdones irreconciliables](#)

[Capítulo 43.](#)

[Capítulo 44. Errores equivocados](#)

[Los años perdidos. Segunda parte](#)

[Diego regresa a Osuna, por fin.](#)

[Agradecimientos](#)

[Nota](#)

[Créditos](#)

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

En las páginas de esta novela al lector le parecerá que se reencuentra con viejos conocidos, casi parientes muy cercanos cuya historia no sólo merece sino que conviene recordar: sus protagonistas son Concha, andaluza emigrada a Cataluña en los años 60, y su hija Paz.

Tras un traumático divorcio que la deja prácticamente en la ruina, económica y también emocional al comprobar que su matrimonio había sido una farsa, Paz regresa a la antigua casa familiar, un lugar del que se fue para no volver. Estaba harta de ser «la catalana» durante los veranos en el pueblo de Sevilla de donde proceden y «la andaluza», el resto del año en su barrio de Barcelona. Vuelve con muchas cuentas pendientes y una amarga sensación de fracaso que cuadra muy bien con la crisis social y política del país.

Paz nunca ha conocido los detalles de la historia de su madre, Concha, una mujer llena de energía y pasión, que va plantando cara a los reveses que se le van presentando: la decepción de su matrimonio, las terribles riadas del 1962, la dureza de los primeros años en Cataluña, la imposibilidad de realizarse a través de una historia de amor en la madurez, y la distancia cada vez mayor con su única hija, en la que proyecta todas sus ilusiones..

MARI PAU DOMÍNGUEZ
LA NOSTALGIA DEL LIMONERO



A mi hija.

*A sus abuelos, mis padres,
María y Antonio,
a quienes agradezco de corazón
que jamás se rindieran.
Ha sido la más valiosa herencia
para sus hijos.*

*A mi hermano Sergio,
la mejor persona que conozco.*

*Y a los amigos que se van
demasiado pronto.
A Javier Espiniella,
In memoriam.
Siempre estarás presente.*

*Limoncito amarillo,
limonero,
echad los limoncitos
al viento.
Sobre el cielo negro,
culebrinas amarillas.*

FEDERICO GARCÍA LORCA,
«Lamentación de la muerte».

NOTA PRELIMINAR

La historia de esta novela está inspirada en vidas y hechos reales pero que se han visto alterados en aras de la narración literaria, en unos casos, y para proteger la intimidad de sus protagonistas, en otros. Es, por tanto, ficción y como tal debe contemplarse.

Está basada en la biografía de miles de hombres y mujeres que, como mis padres, tuvieron que huir de la miseria de la tierra que les vio nacer, entre los años 50 y 60 del siglo XX.

Con las maletas cargadas de miedos y recuerdos, y el sueño de alcanzar una vida mejor, llegaron a una Cataluña que necesitaba mano de obra barata para su proceso de industrialización y desarrollo. Encontraron un mundo nuevo y muchas dificultades que fueron superando a base de esfuerzo, tenacidad y enormes sacrificios, valores que inculcaron a sus descendientes.

Aquellos héroes anónimos nunca preguntaron qué les esperaba a mil kilómetros de casa. Partieron. Sin más. Y progresaron, ayudando, al mismo tiempo, a hacer más próspera una tierra que acabaron considerando suya.

Una tierra que era y sigue siendo de todos: Cataluña.

Cenizas

(Barcelona, 2012)

*Si recuerdo quien fui, otro me veo,
y el pasado es el presente en el recuerdo.*

FERNANDO PESSOA,
«ODAS, DE RICARDO REIS».

La flor del limonero...

Nada hay que se le pueda comparar en belleza. Todavía permanece indeleble en la memoria de Concha, a sus setenta y cuatro años, la evocación de las calles de Osuna, que olían a limón como un reguero cítrico que embriagaba los recuerdos futuros, aquellos con los que Diego y ella cargarían el resto de sus vidas desde que, en el verano de 1962, subieron al tren conocido como el Sevillano rumbo a Barcelona.

Rumbo a un futuro incierto. Dejando atrás todo cuanto tenían y todo lo que eran. Un futuro que los alejó de sus raíces... de su familia... de su amada Osuna... De su querencia sevillana.

Hoy se mezcla la remembranza de las huellas lejanas de la fragancia del limonero con la del incienso de las misas en la iglesia de la Victoria; la misma en la que siempre creyó que se casaría. Todos los domingos, con su mantilla negra cubriéndole la melena azabache. Las mujeres, en los bancos de la derecha del templo. Los hombres, a la izquierda. Y todos ellos lavando los pecados entre rezos y cuentas del rosario, y esquivando las furtivas miradas de una bancada a otra.

Es la mirada de Concha ahora la que sale lanzada por la ventana de la cocina del ático hasta atravesar la Sagrada Familia y alcanzar la visión del mar al fondo, en un horizonte mediterráneo emborronado por la mezcla de polución y humedad.

Aquí, en Cataluña, los limoneros no alcanzan el esplendor de Andalucía. Será por el sol y esa luz tan diferente. El limonero es uno de los pocos árboles que florece durante todo el año. Su fruto no decae. Su madurez no se rinde. Como jamás se rindieron Concha y Diego. Ella nunca entendió la razón por la que su marido no consiguió adaptarse a la vida en Cataluña, donde pasó más de cincuenta años y donde tuvo a su hija Paz, y donde prosperó... Está claro que nada de eso pudo con la melancolía y la añoranza. El alzhéimer acabó con él hace tan sólo tres meses. La enfermedad del olvido le fue arrebatando lenta y cruelmente sus recuerdos, hasta el que más amaba: el del limonero del corral, plantado en el patio de su casa en Osuna, y lo empujó a un abismo en el que enfermar es una lucha por mantener la dignidad humana. En esa lucha Concha se dejó el alma pero también los huesos. Desde entonces arrastra varias lesiones porque le faltaban fuerzas para tirar de Diego. Una noche, dormido, dejó de respirar. Lo hallaron sin vida en la cama. El médico dijo que no había sufrido, tal vez porque hasta de sufrir se cansa uno.

Diego, que de niño contemplaba la campiña sevillana desde la monumental colegiata en el

punto más elevado de su pueblo, fue incinerado en el cementerio de Montjuïc, atalaya del Mediterráneo.

Es mediodía. Concha va a intentar sacar de la cama a su hija. Paz lleva varios días sin salir de la que fue su habitación toda la vida hasta que se marchó a vivir a Madrid hace más de veinticinco años.

—Mamá, no salgo, no porque no quiera, sino porque no puedo, no tengo fuerzas. No quiero hacer nada, entérate. Por favor, déjame sola.

—Eso de que no tienes fuerzas es una tontería, ni que fueras tan floja.

—No es eso, madre. —Paz se da media vuelta, dándole la espalda a Concha, y se tapa hasta la cabeza.

—¡Venga, hija! ¡Muévete! —La madre la destapa.

—¡Déjame en paz! —grita la hija.

Paz no es capaz de afrontar su realidad. Se ha desplazado a su ciudad natal, Barcelona, para alejarse de Madrid y poner tierra de por medio con Mario, su marido. Han iniciado los trámites del divorcio y Paz ha decidido pasar una temporada con su madre. Aunque lo cierto es que no sabía adónde ir, porque lo último en lo que pensaba era en volver a la misma casa de la que se marchó siendo muy joven, y no precisamente bien. Entonces más que una marcha fue una huida. Pero ahora no ha encontrado otra salida que volver. Es una especie de regreso forzado al pasado en el que se embarca pensando, quizás, que podría ayudarle a entender su presente y enderezar su futuro.

Con un gesto cariñoso Concha vuelve a destaparla y se sienta en la cama para zarandearla suavemente.

—No puedes seguir así. Tienes que reaccionar. No eres la primera mujer que se separa de su marido, ni vas a ser la última.

—No tienes ni idea de lo que hablas. Lo peor es lo que no sabes.

—Pues entonces cuéntamelo.

—Es muy duro... Es decepcionante... para mí, inexplicable. Y eso sí que no sé cómo afrontarlo. Mario me ha jodido bien la vida, mamá.

—Si no me lo cuentas no puedo ayudarte.

—Es que no quiero tu ayuda. —Paz vuelve a taparse hasta la cabeza.

—Levántate, hija. Así no vas a arreglar nada.

—No quiero. Déjame. —Su voz emerge ahogada entre las sábanas.

Entonces Concha se levanta de la cama, sujeta fuertemente un extremo de las sábanas y las arrastra hasta dejar a su hija destapada al completo.

—¿Qué haces? ¡Estate quieta, mamá! ¡Déjame en paz!

—Lo siento, pero no tienes ninguna razón, por más que lo estés pasando mal, para no reaccionar. ¡Vamos, arriba!

Tira de ella y casi consigue que acabe en el suelo. A Paz no le queda más remedio que incorporarse, eso sí, refunfuñando.

Entra en el cuarto de baño como una autómatas. Va a lavarse los dientes.

—¡Mamá! No hay pasta de dientes —protesta.

—Cógela de mi baño —le grita la madre desde la cocina.

—¡Mierda! —En esas circunstancias cualquier pequeña y absurda contrariedad se le hace un mundo.

Al entrar en el dormitorio de sus padres para acceder al baño ve la urna, en el centro del

tocador de mamá. Dentro está su padre. Lo que queda de él. Sus cenizas.

Siente un frío similar al día en el que le comunicaron su muerte. Su madre lo cuidó hasta que ya no pudo, también ella se sentía mayor, y, muy a su pesar, lo ingresó en una residencia especializada en enfermos de alzhéimer y demencia senil. La enfermedad había avanzado mucho y ya era inmanejable. Diego requería asistencia médica permanente. Concha ha soportado, en los últimos dos años, infinidad de agresiones involuntarias de su marido. En varias hasta tuvo que intervenir la policía. Nada se podía hacer. Como tampoco cuando perdió la facultad del habla, o su cuerpo dejó de controlar sus funciones más elementales, convirtiéndolo en una víctima de sí mismo.

En la residencia duró exactamente siete días, en los que le dio tiempo de arrancar las cortinas de su habitación e intentar estrangular a su compañero que dormía en la cama de al lado. Él, que en su vida no había sido capaz de matar una mosca.

Paz acaricia la urna, la acoge en su regazo y, con pena, va en busca de su madre para preguntarle:

—¿Por qué sigues teniendo las cenizas de papá en tu dormitorio? Algo tendrás que hacer con ellas.

—¿Y qué quieres que haga?

—Pues, no sé, mamá. Algo. ¿Por qué no las lanzas al mar?

—¡Qué dices! Ni hablar, que te multan. Imagínate que todo el mundo lo hiciera. No es nada ecológico.

—¿Y desde cuándo te interesa a ti la ecología?

—¡Yo qué sé, hija...! ¿Encontraste la pasta de dientes?

—Todavía no había llegado al baño.

—Oh, qué pesada eres. ¡Espabila! Trae, dame eso. —Le quita la urna de las manos y empuja a Paz hacia su baño—. Toma, aquí tienes la pasta. Estaría bien que hubieras acabado de asearte antes de mañana, por ejemplo —le dice, irónica, sin saber ya qué hacer para que su hija salga de la apatía en la que está instalada desde que llegó—. ¿Sabes qué creo?

—Ni lo sé ni me interesa.

—Me da igual, voy a decírtelo de todas maneras. Creo que estás perdiendo un tiempo precioso lamentándote. ¿Piensas que haciéndolo va a mejorar tu situación?

—Mamá... no te lo tomes a mal, pero... déjame en paz.

—Qué desagradable eres cuando quieres. No voy a tenerlo en cuenta. Lo que te pasa es que no quieres escuchar lo que sabes que es verdad porque evitas, a toda costa, enfrentarte a ello. Cuando se tienen las oportunidades que tú has tenido, hija, y que todavía sigues teniendo, aunque ahora seas incapaz de verlo, no debes despreciarlas sino agarrarte a ellas para que te ayuden a levantarte. ¡Reacciona! La vida no se acaba. Tienes todo lo que quieras a tus pies, es injusto que no lo aproveches. Yo, en cambio... A mí privaron de tantas oportunidades... Corrijo: de tantas, no. Me privaron de todas las oportunidades y he salido adelante.

—¿Quién dijo que yo era pesada? Por Dios, mamá, cállate, ay, qué dolor de cabeza. —Paz se lleva la mano a la frente con evidente histrionismo.

—No pienso callarme. Con ese poco espíritu, ¿qué habrías hecho en mi lugar cuando mis padres me impedían cumplir mis sueños una vez y otra...? Yo habría podido ser una buena enfermera, estoy segura. Pero ellos no me dejaron estudiar. ¡Y mira que lo intenté! ¿De verdad quieres que me calle...? A mí me parece que no, que en el fondo necesitas saber, hallar respuestas. Me gustaría haberte visto en mi situación, aquel día, en la escuela de enfermeras,

convencida, ilusa de mí, de que bastaba con desear cumplir un sueño y luchar para conseguirlo...

* * *

Osuna (Sevilla), mayo de 1956

Sus padres consideraban que estudiar era cosa de hombres. Concha siempre había creído que no escogió bien el momento en el que se atrevió a decirles que quería ser enfermera pero con el tiempo se dio cuenta de que la ocasión era lo de menos. Jamás hubieran aceptado que se convirtiera en enfermera. El caso era que aquella noche Antonia había cocinado un guiso de pollo como le gustaba al mayor de sus cuatro hijos, Andrés. Su marido, Miguel, se había encargado de comprar una botella de un buen tinto, el mejor que pudo encontrar sorteando la escasez que imperaba en el pueblo desde hacía años. La ocasión lo merecía. Celebraban que Andrés iba a comenzar nada menos que la carrera de medicina en la universidad de Sevilla. Manuel, el tercero, sería el siguiente en matricularse en derecho en cuanto acabara su ciclo de estudios en el instituto Francisco Rodríguez Marín.

Carmen, la segunda en edad, se mostraba efusiva con Andrés pero con una afectación que a Concha le resultaba tan falsa como insufrible.

—¡Menos mal que vamos a tener a alguien importante en la familia! Un universitario... —dijo Carmen, mirando sibilinamente a su hermana, sabiendo el daño que sus palabras le harían. O tal vez pretendiéndolo.

—Tienes que aprovechar esta oportunidad —le aconsejó su padre—. Nos sentimos orgullosos de ti, Andrés. Estoy seguro de que llegarás muy lejos. Y tú, Conchita, ¿cómo van tus clases de cocina?

—Bien, padre. Aunque, según dice mi preceptora, lo que mejor se me da es la gimnasia y los bailes regionales.

—Ah, eso está muy bien. ¿Y a ti eso te gusta?

—Pues...

Fueron unos segundos en los que Concha sintió cómo la sangre se le concentraba en la cabeza tras haber dejado una estela roja en sus mofletes; no sabía si atreverse a decir la verdad o seguirle la corriente para no estropear la celebración en honor de su hermano mayor. Hasta que finalmente...

—La verdad, padre, es que me gustaría mucho más ser enfermera.

Ya está. Lo soltó. Una bomba en el centro de la mesa, justo donde reposaba el guiso a la espera de ser servido en los platos. Estaba claro que el pollo iba a tener que esperar.

—¿De dónde te sacas esas tonterías, niña?

La primera en reaccionar, ¡cómo no!, fue Carmen.

Concha acababa de estrenar adolescencia en la Sección Femenina, en la que le aguardaban diez años aprendiendo a cocinar, corte y confección, bordar a mano, tejer punto mallorquín y aquellos inevitables bailes regionales de una España que saludaba a los niños por la mañana entonando el *Cara al sol*.

—Usted me ha preguntado, padre, y yo he sido sincera al responderle.

—¡Cállate! —Miguel, guardia civil, solía ser enérgico cuando reprendía a sus hijos—. ¡Tengamos la fiesta en paz! Tu hermano va a hacer lo que le corresponde a los hombres, sacar una buena carrera, y tú, lo que cualquier mujer decente: prepararse para ser la mejor esposa y madre.

—Se puede ser una buena esposa y madre y tener estudios.

—¿Es que no me has escuchado? ¡Te ordeno que te calles! Y que nos dejes celebrar como Dios manda esta ocasión tan grande.

—¡Si es que eres imbécil!

—Carmen, no le hables así a tu hermana —le reprendió Antonia, su madre.

Concha agachó la cabeza. Cuando su padre le sirvió un poco de vino, proclamando que «¡un día es un día, no va a haber otro como este!», lo dejó en el vaso negándose a brindar mientras Carmen levantaba el suyo de manera descarada.

A los ocho meses, Concha se había empleado tan a fondo en sus tareas en la Sección Femenina, y tan cierto fue que destacaban sus excelentes dotes para la gimnasia, que su preceptora le propuso ir a Córdoba para formarse como profesora. Concha desplegó las pequeñas alas de sus sueños hasta que su madre se las cortó diciéndole que «ni que fuera una puta para irse por ahí sola a ver mundo...». La pobre no entendió nada, se trataba sólo de trasladarse a noventa kilómetros de su casa y por un corto período de cinco meses. Aquello le dolió mucho. Y poco tiempo después ideó un plan que sólo le contó a Anita, su mejor amiga desde la infancia...

—¿Estás segura de lo que vas a hacer? —preguntó la amiga, abriendo desmesuradamente sus azules ojos transparentes y vivaces.

—No me queda otro remedio. Quiero estudiar, Anita. Nada me importa más en la vida que ser enfermera. ¿Te imaginas? Yo, ayudando a que la gente se cure.

—Creo que sueñas demasiado.

—¿Y no es bueno soñar? Sin sueños estás muerta.

—Pero si se enteran tus padres no quiero ni pensar lo que puede pasar. Entonces sí que estarás muerta de verdad.

—No te preocupes, no me pasará nada porque no van a enterarse.

—Ten mucho cuidado. Y llámame si necesitas algo o si te ocurre cualquier cosa, lo que sea.

Hizo creer a sus padres que tenía ganas de visitar a su hermano en Sevilla. Con aquella excusa, la dejaron marchar. Pero una vez en la capital no le dijo nada a Andrés del verdadero motivo de la visita y una mañana esperó a que marchara a sus clases para sacar de su maleta un papel con varios dobleces en el que había apuntada una dirección a la que se encaminó a base de preguntar y preguntar. Sevilla le parecía, comparada con Osuna, una ciudad inmensa e inabarcable.

Se quedó anclada ante la imponente fachada del hospital de las Cinco Llagas, sede de la escuela de enfermería, un edificio enorme de estilo manierista. Hacía menos de cuatro años que la formación académica había experimentado un cambio radical unificando las titulaciones de practicantes, enfermeras y matronas en una sola: la de ATS, Ayudante Técnico Sanitario.

Al entrar en el hospital, sus ojos multiplicaron las dimensiones de la realidad, todo cuanto veía le resultaba maravilloso y fascinante. Los carteles junto a las ventanillas de los bedeles, atestados de notas y anuncios para los estudiantes... Los jóvenes agarrados a sus libros como garantes de un futuro mejor. Un futuro que ella ambicionaba por encima de todas las cosas. Aunque también tuvo que soportar miradas silenciosas que la señalaban como una intrusa. A ella le dio igual. Cuando se tienen sueños que se anhelan con fuerza, no cabe detenerse en los obstáculos por más que parezcan que llevan ahí siglos aguardando a truncar nuestro camino.

Buscó la secretaría. Le preguntaron su nombre y al escuchar los apellidos un profesor que estaba cogiendo unos papeles la miró de soslayo.

—Vengo a informarme de los requisitos para la matrícula del próximo curso —dijo Concha al bedel tras un incómodo carraspeo para que la voz le saliera con cierta proyección.

—¿El próximo curso? ¿Lo saben tus padres? ¿O tu novio? ¿Cuentas con su autorización?
Concha tragó saliva para ganar tiempo antes de responder, aquello le parecía insólito.

—Sí, claro...

El bedel, que andaría por los cincuenta, soltó una medio sonrisa sarcástica mientras Concha le facilitaba su nombre y apellidos.

—¿Qué...? ¿Has venido a traerle la comida a algún primo tuyo? ¿Qué hace aquí una chica tan guapa? —se burló un joven al cruzarse con ella en la salida.

Fue el colmo. No se molestó en responder. «¡Menudo imbécil!», pensó y se largó de allí prometiéndose a sí misma que haría lo que hiciera falta para conseguir formarse en lo que siempre había deseado.

El profesor que la había visto en secretaría marcaba un número de teléfono:

—Hola, por favor, querría hablar con Andrés...

Qué poco dura a veces una quimera.

Al llegar por la tarde a su casa, Andrés encontró a Concha haciendo la cena, fue hacia ella y empezó a decirle a gritos, dejándose llevar por la ira, que al día siguiente la ponía en el tren de vuelta a casa, amenazando con contárselo todo a sus padres.

—No hablarás en serio —dijo Concha con la voz entrecortada.

—¡Ya lo creo que hablo en serio! ¿Cómo has podido engañarnos a todos?

—Pero es que yo...

—¿De verdad pensabas que podrías inscribirte en la escuela de enfermería? —Andrés no la dejaba hablar—. Esto es muy grave, tienen que saberlo nuestros padres. ¿Cómo te has atrevido a hacerlo a sus espaldas?

—¡No! ¡No, por Dios, no se lo digas! —imploraba Concha.

—Está claro que no se te puede dejar sola —sentenció su hermano mayor antes de dar un portazo y desaparecer metiéndose en su habitación sin cenar.

Esa noche, Concha reemplazó el sueño por las lágrimas que brotaban de la incompreensión y que anegaron definitivamente sus anhelos de un porvenir que, al parecer, no le correspondía por el mero hecho de ser mujer.

Su ánimo se oscureció hiriendo de muerte los sueños que la acompañaban.

Al día siguiente regresó a casa con el corazón encogido, sabiendo que le esperaba una buena reprimenda.

—Voy a cumplir dieciocho años. No soy una niña.

—No, eres una idiota, que es distinto.

Carmen y Concha discutían en la cocina mientras preparaban una tortilla de patatas por encargo de su madre.

—Ya te puedes ir preparando esta noche. Buena la has liado, hermanita.

—Yo no he liado nada. —A Concha siempre le tocaba tener que defenderse ante su hermana.

—¿Te parece poco lo de la escuela de enfermeras?

—No he hecho nada malo, ¡nada! Sólo quiero estudiar y tener una profesión, quiero ayudar a los demás. ¿Dónde está el pecado?

—¡Ja! ¡Ilusa! ¿Crees que una mujer se levanta un día queriendo estudiar y coge y se va a Sevilla para preguntar qué tiene que hacer para matricularse? ¿En qué mundo vives? ¡Despierta!

—¡Sólo fui a informarme para cuando pueda hacerlo!

El plato en el que Concha batía los huevos se le resbaló de las manos y se hizo añicos en el suelo.

—¡Mira lo que has conseguido! —le gritó a Carmen—. ¿Satisfecha?

Se quitó el delantal y no volvió a pisar la cocina hasta que llegó la hora de la cena, con lo que ya sumaba dos broncas esperando turno. Sus padres comenzaron por la más leve al no ver la tortilla por ningún lado.

—¿No os pedí que hicierais una tortilla de patatas? —preguntó Antonia.

—Sí, pero... —balbuceó Concha.

—Es que a mi hermana se le cayó el plato con todos los huevos dentro. —Carmen se apresuró a delatarla—. Y no quedaban más, mamá. A esas horas la tienda ya estaba cerrada.

—Si todos los males fueran ese —intervino el padre—. Hoy nos hemos enterado de algo peor que tener que cambiar el menú de la cena. ¿Cómo te has atrevido a engañarnos con lo del viaje a Sevilla?

Concha agachó la cabeza, no era capaz de responder. La tensión se instaló entre los cuatro para presidir la mesa.

—Lo que has hecho es muy grave, te has escapado sin nuestro permiso —siguió Miguel.

—No me he escapado y sabíais que iba a Sevilla.

—¡No mientas más! —El padre dio un puñetazo sobre la mesa, que asustó a las dos hijas—. Tenías nuestro permiso para ir a ver a tu hermano, ¡pero no para ir a la escuela de enfermería!

En ese momento llegó Manuel y se sentó con ellos a cenar. Él era su único apoyo. Se acercó a ella antes de sentarse para decirle al oído:

—Ánimo, hermanita, no ha sido para tanto. Tú aguanta.

—¿En qué pensabas, hija? —Antonia parecía más enfadada que su marido—. ¿Tengo que explicarte cuáles son las obligaciones de una mujer? Céntrate en lo que estás aprendiendo en la Sección Femenina, que eso sí te servirá para cuando te cases, y olvídate de ese disparate de querer tener unos estudios que no van a servirte de nada. Para eso ya están tus hermanos. ¡A ver si te queda claro esta vez!

Comieron todos, menos Concha. A la hora de recoger la mesa, Carmen le dijo cuando entraban ambas a la cocina cargadas con los platos:

—¿Qué, te ha quedado clarito...?

Concha no se lo pensó, la idea se le presentó como un relámpago, refulgente, inesperado y rotundo, adelantó su pie izquierdo poniéndole la zancadilla a Carmen, que tropezó y tiró al suelo los platos y un vaso que llevaba en las manos. Todo quedó reducido a añicos.

* * *

Barcelona, año 2012

—Vaya, se la devolviste bien a tu hermana.

—No era cuestión de venganza sino de ponerla en su sitio. Tu tía me hacía la vida imposible. Era incapaz de ayudarme en nada. Todo lo contrario. Y aquello supuso un golpe durísimo para mí. Si hubiera contado con el apoyo de mis padres, mi vida habría podido ser tan distinta...

—¡Pero la liaste buena! No tenía la idea de ti de que fueras tan lanzada.

—¿Ah, no...? ¿Qué idea tienes de mí? Lo que te he contado es la realidad. Y añadiría que por desgracia. ¡Uy! Ahora recuerdo que hasta hay una foto de aquel día. Es verdad... no había caído. Mi hermano Manuel me había dejado su cámara de fotos para que retratara lo que quisiera de Sevilla. A la salida de la Escuela de Enfermería le pedí a un hombre que me hiciera una foto en la

puerta, para tenerla de recuerdo del que yo creía que iba a ser el primer día de algo grande que vendría después, cuando me inscribiera.

—¿En serio? —Paz sigue mostrando incredulidad—. ¡Quiero verla!

—¡Uf, a saber dónde estará!

—A ver si te lo has inventado... —la reta su hija—. O si lo has adornado... un poquito sólo —bromea.

—¡De eso nada! —replica Concha, haciéndose la ofendida.

—Quiero ver la foto. Además, será bonito recuperarla. ¡Vamos a buscarla!

—Qué pereza.

—No digas eso, mamá, seguro que después te alegrarás de haberla encontrado.

—Aunque, bien pensado... es la primera vez que te veo reaccionar ante algo desde que has llegado. Así que creo que sí, estará bien encontrar la dichosa foto.

—¡Así se habla! ¿Por dónde empezamos a buscar?

Su madre hace un gesto divertido señalando al techo.

—¿El altillo? —pregunta Paz horrorizada—. Noooo...

—Sííí... No puede estar en otro sitio más que ahí. En realidad, todo está ahí arriba desde hace tanto tiempo que ya ni me acuerdo de lo que hay. Seguro que encuentras hasta recortes de prensa de la época en la que tu padre vivió en Tánger. Puede tener su gracia recuperarlo.

—Depende de lo que consideres como «gracia», mamá. Porque lo que yo recuerdo de papá era cómo maldecía sin parar tu ocurrencia de hacer un altillo que ocupara todo el techo de la casa, ¡fue una locura!

Recuerda, como si el tiempo no hubiera transcurrido, cómo ella y su padre estuvieron quejándose de tener que bajar la altura del techo de todo el piso —que ya de por sí no es que fuera muy alto— a fin de ganar espacio para las cosas que a Concha, según la acusaban el padre y la hija, le gustaba almacenar sin ningún sentido, sin orden, sin lógica. El caso era no tirar nada. Concha siempre se defendía con el argumento de que aquello se hacía por el bien de la familia. «Cualquier día se nos cae el techo encima», solía decir Diego.

—¿Sabes, mamá? Me arrepiento de no haber obligado a papá a contarme sus historias del fútbol y del tiempo que pasó en el protectorado. Ahora ya es demasiado tarde, ya no está. Habría sido un valioso tesoro.

—Pues hablando de tesoros, seguro que en el altillo los encuentras. Nunca había pensado en las cosas que tu padre y yo guardábamos ahí.

Paz no para de renegar por el acceso tan incómodo. Tiene que coger una escalera para abrir la trampilla en el techo, sujeta con una cadena por la parte interior. No es fácil, a saber cuándo fue la última vez que se abrió.

Como se temía, allí encuentra de todo. Le pide a su madre que le vaya cogiendo lo que ella atrapa con gran esfuerzo. El espacio es un caos invadido por objetos en apariencia inútiles. Y también por fotos, periódicos, carpetas... Y mucho polvo.

—Mira que eres quejica —se burla su madre.

De repente... algo pasa que a Paz le cambia el semblante. Algo que le hiela la sangre y hace que el tiempo se detenga... Sus dedos tiran con miedo de un paquete de cartas dirigidas a su nombre, cuya letra cree remotamente reconocer. No da crédito... Es imposible...

No, no y no. No puede ser.

¿Es real lo que está viviendo o cabe la posibilidad de que sea un sueño y que, por tanto, pueda dar marcha atrás y esto no suceda?

—¿Qué pasa...? —pregunta su madre sin obtener respuesta.

Paz observa las cartas como actuaban los entomólogos al descubrir una nueva especie en las Américas, con miedo pero sintiéndose atraídos por el descubrimiento. Exactamente lo mismo le está ocurriendo a ella en este momento.

A veces, la realidad se retuerce y por más que uno quiera enderezarla nada se consigue. La realidad es terca, dura como una roca.

Suelta la fina cuerda que ata el fajo de cartas y mira el reverso de una de ellas al azar: ¡son de Pedro Rey! Nota que su corazón se acelera y la respiración se agita. Le empieza a faltar el aire. ¿Qué hacía la lejana presencia de Pedro guardada en el altillo de su casa en Barcelona? ¿Qué significan todas estas cartas que ella jamás había visto...?

El hallazgo, aun sin saber en qué consiste exactamente, supone un golpe a su memoria. Un puñetazo en el corazón y en el dormido recuerdo de Pedro...

*Una carta de amor no es el amor
sino un informe de la ausencia.*

MARIO BENEDETTI,
«SOBRE CARTAS DE AMOR».

I
Osuna
(Años 50/60)

CAPÍTULO 1

LOS OJOS DE CONCHA

*Mi infancia son recuerdos de un patio de Sevilla,
y un huerto claro donde madura el limonero...*

ANTONIO MACHADO, «RETRATO».

Osuna (Sevilla), mayo de 1955

Concha había ido creciendo a medida que lo hacía su larga lista de pretendientes. Se convirtió en una de las chicas más bellas y deseadas del pueblo; alta y espigada, con cintura de avispa y poseedora de una innata elegancia que llamaba la atención. Su innegable belleza tenía un poso triste y pausado, adornada con una larga y ondulada melena azabache, tan oscura como el negro de sus ojos, igualmente tristes. Había en su mirada una queja permanente, una disconformidad que se tornaba en perenne melancolía, convirtiéndose en un signo de distinción de su aspecto físico.

Despertaba la admiración masculina durante interminables paseos por la avenida principal de Osuna, conocida por todos como la Carrera, el lugar idóneo para salir de *caza* y pelar la pava, como solía decirse. Pero Concha era un hueso duro de roer. Jamás mostró interés por ninguno de los chicos que pretendían algo con ella. Acabó cansada de escuchar a sus amigas decir que se iba a quedar para vestir santos si no espabilaba. Durante un tiempo, hay que reconocer que muy breve, le preocupó. Pero cuando dejas de esperar o de desear algo es cuando el destino decide que tal vez sea el momento de conseguirlo. Luis Méndez, hijo de un poderoso terrateniente, apareció en su vida causando el efecto de un huracán. La familia Méndez, una de las más ricas del pueblo, era propietaria de una impresionante finca familiar, a pie de la carretera a Sevilla; una parada de postas en el siglo XIX.

Luis sí le gustaba.

Se conocieron porque quiso el destino que el padre de Concha no estuviera en el cuartel aquella tarde en que Luis fue a buscarlo. Quería denunciar que en su finca estaban entrando a robar por las noches. Tenía que ser Miguel, con fama de mano dura con los delincuentes y una rectitud a prueba de cualquier *tentación*, quien se encargara del caso.

—Le repito que no sé cuánto tardará mi padre. —Luis le estaba insistiendo, inexplicablemente para Concha, en que esperaría a Miguel—. Esto es un cuartel, está lleno de guardias civiles. Puede atenderle cualquier otro.

Entonces Luis Méndez se puso delante de ella, así, bien plantado, como un imperturbable faro que sólo busca iluminar en mitad de la noche, imbatible a las tormentas, y le dijo con voz pausada:

—Yo no busco a cualquier otro. Busco a Miguel. Y resulta que me he encontrado contigo sin

esperarlo. ¿No crees que será por algo?

¡Cómo podía ser tan descarado!, pensó Concha sin adivinar que lo de Luis Méndez no era descaro sino la seguridad de quien sabe que todo está bajo su control y siempre consigue lo que se propone. Una seguridad con la que sólo nacen los privilegiados.

—Yo no creo nada —respondió Concha, cortante.

—Pues en esta vida hay que tener más fe.

—Claro que tengo fe, y hasta soy creyente. —Estaba entrando en su juego sin quererlo.

—No me refiero a esa fe.

—Entonces, ¿a qué se refiere?

—A la creencia, o a la esperanza, de que a veces la vida pueda sorprendernos con algo bueno, algo grato... como por ejemplo este encuentro inesperado. Y, por favor, deja de tratarme de usted.

Al escucharle decir esto último sintió una extraña y ligera turbación que le hizo bajar la guardia y relajar el tono tenso con el que se había estado dirigiendo al desconocido.

—¿No me vas a dejar pasar para que espere dentro? —le pidió Luis con amabilidad.

—¡Oh... sí, claro! Disculpe, yo...

—Hemos quedado en que ibas a tutearme, ¿no?

Concha asintió y esbozó una tímida sonrisa.

—Tu sonrisa es demasiado bonita como para que te cueste tanto mostrarla.

Concha se ruborizó.

Habían entrado en la oficina en la que trabajaba su padre y el aire parecía fluir más relajado, en parte porque lo propiciaba Luis.

Al joven le llamó la atención una de las paredes llena de estantes con material escolar.

—Cuando era pequeña disfrutaba ayudando a mi padre aquí, en la oficina —comentó Concha nostálgica.

Solía quedarse embelesada viendo las filas de lápices Alpino que Miguel colocaba en un estante en la pared para ser vendidos. Los había de todos los colores, soldados mágicos que iluminaban una época oscura. Junto a ellos se erigían sencillos cuadernos, estandarte de los primeros conocimientos, que a la niña le resultaban preciosos y que también vendía Miguel para sacarse un sobresuelo que superaba lo que cobraba como guardia civil.

Lápices y cuadernos danzaban en su memoria de la mano de las radios que también vendía el padre, las Bayona y las Bertrán, blancas y pequeñas, preciosas. Y de repente, esa tarde, le salió con naturalidad compartir sus recuerdos de infancia con Luis, de quien tenía referencia de oídas, porque en el pueblo todos conocían a su familia.

—Y... ¿os han robado mucho? —preguntó la hija de Miguel.

—¿El qué...? —respondió distraído, más pendiente de lo que le acababa de relatar Concha.

—En vuestra finca... ¿No venías a denunciar un robo?

—¡Sí, claro! El robo, claro. Pues... tenemos bastantes pérdidas pero quien mejor lo sabe es mi padre. Oye... todavía no me has dicho tu nombre.

—Todavía no me lo habías preguntado —contestó ella de repente con cierta intención juguetona—. Me llamo Concha.

—Yo, Luis.

—Bien, Luis. Puedes quedarte aquí a esperar a mi padre el tiempo que quieras pero yo he de irme a casa, tengo que ayudar a mi madre a hacer la cena y ya estará echándome en falta.

—En ese caso, no veo interesante permanecer en este lugar por más tiempo.

Tomó su mano, la besó y se despidió con un escueto pero sonoro «Adiós, Concha», en el que

separó una palabra de otra, llenando el intervalo de intenciones y promesas de volver a verla, aunque no necesitó expresarlas. Bastaba con que existieran, y vaya si existían... Luis se había quedado muy impresionado con la belleza y el porte de Concha. Y ella, a su vez, subió las escaleras hacia casa colgada de las musarañas que aparecieron de forma inesperada, asimilando la idea de que uno de los jóvenes más deseados del pueblo se hubiera fijado en ella.

Al día siguiente, Luis volvió al cuartel por la mañana, pero no por el asunto de los ladrones:

—Dice mi padre que ya se encarga él. Luego vendrá a poner la denuncia. Así yo puedo centrarme en lo que me interesa...

Concha sonrió y agachó la cabeza viéndolo venir, antes de preguntarle:

—¿Y qué es lo que te interesa?

¿Hacía falta que Luis lo dijera? Era evidente que no. Pero lo dijo. Quiso hacerlo. En el «tú» de la respuesta él encaramó el deseo, mientras que ella, la incertidumbre sobre las intenciones del joven.

Se sentaron a hablar en el patio del cuartel el tiempo suficiente para que Carmen, la hermana de Concha, les viera desde una ventana.

El tiempo voló.

—¿Damos un paseo en moto esta tarde? —sugirió Luis.

Concha no esperaba una proposición tan directa y mucho menos tan pronto.

—Bueno... tendría que pedirle permiso a mi madre.

—¿Pedirle permiso? ¡Mujer, ni que fuéramos a dar la vuelta al mundo! —bromeó.

—No es eso. Es que salir con un chico sin decírselo... No sé...

—Venga, Concha. Sólo es un paseo en moto. ¡Te recogeré a las seis! —Se levantó de un brinco y se fue despidiendo por el camino sin darle opción a negarse—. ¡No me hagas esperar!

* * *

Aquella noche, su hermana Carmen la abordó mientras ponían la mesa para la cena.

—Vaya con la mosquita muerta —se burló—. Ya me he enterado del paseo en moto con Méndez. Mira tú, la que parecía tonta, con el rico del pueblo.

—¿Por qué no te metes en tus asuntos?

—Tú no eres de su clase, ya verás lo que hace contigo cuando se canse.

—¡Cállate ya!

—¿Ya estáis peleando como siempre? —Antonia les dio una voz desde la cocina.

—¡Shhhh! Déjalo ya. —Concha se ponía furiosa con los ataques permanentes de su hermana, tenía que contenerse.

—Es evidente que eres más tonta...

Evidentes eran las diferencias insalvables entre ambas y, sobre todo, que Carmen envidiaba a su hermana pequeña. La relación entre ellas nunca había sido buena. Carmen tenía nueve años más que Concha, la pequeña de los cuatro hermanos, y sentía unos celos que a veces rompía en pedazos la paz familiar. La acusaba de ser el ojito derecho del padre y razón no le faltaba. Miguel sentía debilidad por su niña pequeña, siempre estaba con «Concha, esto; Conchita, lo otro» en la boca pidiéndole que hiciera cualquier cosa, meras excusas para tenerla cerca. Y a Concha le encantaba que fuera así, aunque con ello despertara una atroz envidia en su hermana.

El físico no ayudaba a limar las aristas del vínculo fraternal. Parecían la noche y el día; claramente la balanza de la belleza se había inclinado del lado de Concha, olvidándose de

Carmen. Además de tener escasa estatura, su constitución era lo opuesto a la delgadez de su hermana. Para rematar las diferencias, mientras Concha poseía un carácter calmado y retraído, Carmen era todo lo contrario, explosiva y colérica. Las aspiraciones también las colocaban en polos opuestos. Carmen consideraba, siguiendo las enseñanzas de su madre, que la más loable pretensión de cualquier mujer pasaba por casarse y ser la mejor esposa y madre que un hombre pudiera tener. En cambio, Concha, dueña de un alma rebosante de inquietudes, quiso desde pequeña ser algo en la vida, estudiar para poder ayudar a los demás.

Un abismo las separaba. Cada vez que tenía ocasión, Carmen arremetía contra su hermana, la humillaba, le tendía trampas, la dejaba en mal lugar... en fin, nada más lejos de un amor fraternal.

Luis le gustaba. Lo que menos le importaba era lo rica que fuera su familia. Es más, pensaba que tal vez si no tuvieran tanto dinero la relación entre ellos resultaría más fácil, más despojada de condicionantes o de interferencias ajenas.

Méndez era un tipo alto y bien parecido. Lucía un profuso bigote moreno y su cabello negro brillaba tanto que cuando alguna noche salieron juntos parecía que la luna se reflejara en él. «La hija del guardia civil» se convirtió en la envidia de las chicas casaderas.

El muchacho acostumbraba a salir con su moto a perseguirla por el pueblo, porque a pesar de lo mucho que le gustaba, Concha oponía alguna resistencia, no tanto por castigarlo sino por pudor y porque así la habían educado, no fuera a pensar él que era «una chica fácil». Pero el día en el que empezó a perder ese absurdo decoro supo disfrutar más de Luis y quiso presumir de su compañía, sin entender en qué se estaba equivocando.

—Tampoco hace falta que publiquemos un bando municipal —comentó él un tanto incómodo una tarde.

—No se trata de eso, no exageres. Sólo estoy proponiéndote dar un paseo juntos por la Carrera. Después, a lo mejor, podríamos tomar alguna tapa temprano.

—No me apetece mucho.

—¿No te apetece que salgamos juntos? Pero si tú me lo pediste.

—Sí, te lo pedí y estamos juntos. No veo la necesidad de andar paseándonos por ahí cogidos de la mano como si fuéramos niños para que todo el mundo nos mire.

Compungida y perpleja, Concha aceptó resignada y siguieron tumbados a la sombra del olivo bajo el que llevaban media tarde charlando. El paso de las horas no hizo que Concha comprendiera el extraño comportamiento del heredero de los Méndez. ¿Qué había de malo en que los vieran juntos?

La primera vez que Luis le pidió un beso, ella se lo negó, aunque no por falta de ganas. «Para que un hombre se gane el beso de una mujer, esta tiene que estar muy segura de que él es el elegido para siempre», le explicó su madre un día en el que se propuso hablarle «de la vida y de los hombres, que todos quieren lo mismo. Somos nosotras las que debemos saber cuál es el que nos conviene». Claro que si esas eran todas las instrucciones que creyó necesario darle, mejor que no le hubiera dicho nada.

Estuvo soñando durante días y días con aquel beso no dado, en largas noches en las que, después de revolverse durante horas entre las sábanas, se dormía por agotamiento sintiendo aquellos labios que aún no había probado. Dejando que el beso volara entre los sueños que se iban armando a la medida de sus deseos.

El beso voló en el tiempo y el espacio, volviendo a ella cada noche...

* * *

Concha sostenía nerviosa el pequeño trozo de tela entre las manos como si en ellas se encerrara el mundo. Como si desearan atraparlos.

A veces es difícil imaginar que un objeto insignificante en apariencia, o un sencillo gesto, o la esquina de una cálida tarde de primavera, puedan dar un giro a la vida.

O unos ojos.

Unos ojos negros y enormes, como aquellos en los que los de Diego habrían de posarse pareciendo que los llevara esperando desde el origen de los tiempos.

Sentada junto a Concha estaba su amiga Dolores, la causante de que ambas se encontraran en la casa de una familia desconocida para ella, aguardando a que las atendiera Diego Ramírez, un joven futbolista del que había oído hablar mucho en el pueblo. Estaban allí por insistencia de Dolores, cuyo tío era amigo de los Ramírez.

—¿Tú crees que podrá conseguirlo? Igual ha sido una tontería venir para esto. —Concha no parecía muy conforme con la idea que había tenido su amiga.

—Él es quien te puede ayudar, ya verás... Oye, y me han dicho que es muy guapo —le comentó Dolores cuchicheando.

—Anda... ¡calla!

Concha no dejaba quieto el trozo de tela. Era de seda de color ocre, llamativa y a la vez elegante. Pero sobre todo, suave.

La joven detuvo el movimiento de las manos y miró fijamente la tela, embelesada por el color del sil, queriendo ver en ella vestigios de su pasado entre olas de espuma de color dorado; un pasado en el que todavía no estaba Luis.

—Me dijo mi prima que ayer os vio a Luis y a ti cerca de la Carrera pero que no os saludó —comentó Dolores, queriendo aliviar la espera. Concha respondió con un movimiento de cabeza afirmativo—. También me dijo que estuvisteis discutiendo, por eso no os quiso interrumpir.

—¿Qué pesada eres, déjalo ya, Dolores! —Le incomodó el comentario e hizo amago de querer irse, estaba intranquila—. Si es que no teníamos que haber venido.

—Siéntate, que saldrá enseguida, mujer, qué prisas llevas. ¿Acaso se te ha olvidado por qué estamos aquí? Ramírez acaba de volver de Tánger y marchará pronto de nuevo. Es el único que se me ocurre que pueda conseguirte allí esa tela para tu vestido. Anda que también tu hermano en lugar de la muestra podía haberte traído ya la tela él.

—Lo ha hecho con su mejor intención, me ha traído varias muestras para que yo elija. Mi hermano ha ido a Tánger una sola vez como turista, para conocer aquello, no creo que tenga intención de volver.

—Has elegido bien, esa seda es preciosa.

La intención de Concha era hacerse un vestido que fuera diferente, elegante, que tuviera clase y estilo. Quería prepararse para impresionar a los padres de Luis, convencida de que los iba a conocer pronto. La categoría y belleza de la tela eran perfectas para ello.

La conversación se interrumpió al entrar en el salón una mujer de aspecto humilde y gesto agradable, que debía sobrepasar en poco los sesenta años.

—Hola, soy Concepción, la madre de Diego. Mi hijo está al llegar. ¿Queréis tomar algún refresquito mientras le esperáis?

Justo en ese momento se abrió la puerta de la casa y aparecieron, entre risas, tres chicos jóvenes. El más alto de todos, de complexión atlética, muy bien parecido, moreno de piel aceituna y con expresión insolente en su rostro, clavó la mirada en Concha, incomodándola.

Concepción lo besó con cariño, ese debía de ser su hijo.

—Sí, yo soy Diego...

El nombre, «Diego», salió de la boca del joven a lomos de una sonrisa maliciosa que se coló por todos los rincones de la piel de Concha.

—Creo que una de vosotras tenía interés en verme, ¿no...? —dijo, mirándola con evidente y obsceno tono provocador.

Dolores respondió al ver que no lo hacía Concha a pesar de que Diego se estuviera dirigiendo a ella.

—Sí, hemos venido por Concha para...

Entonces Concha saltó sin dejarla terminar la frase:

—¡Por mí, no! Hemos venido por la tela.

—Bueno, mujer, no te sulfures tan pronto y cuéntamelo. —Diego hablaba con autosuficiencia.

Concha se avergonzó de su impulso injustificado y decidió permanecer callada. Dolores vio una salida en Marcial, amigo y compañero de Diego en Tánger, y a él se dirigió:

—¿Y qué tal las cosas por Marruecos...?

Pasaron varios minutos de cuentos breves y batallitas sobre su vida en el protectorado, hasta que Dolores le arrebató la tela de las manos a Concha y se la mostró a otro de los muchachos, Marcial, para ver si podrían conseguirla en Tánger.

—¡Faltaría más! En cuanto volvamos allí la buscaremos, os lo garantizo. ¿Cuántos metros vais a necesitar?

Dolores le devolvió el trozo de tejido a Concha al tiempo que le daba un codazo para que reaccionara.

—Eso, la niña, que es la que sabe coser —dijo—. Concha... que cuántos metros te compran.

—Sí... perdón. Si la pieza es normal, cinco metros. Si es doble, con dos y medio me apañó.

—Entonces no se hable más. Pero dame la muestra, la vamos a necesitar —le pidió Marcial.

Diego no abría la boca, se limitaba sólo a observar a Concha. No dejaba de hacerlo. Su traviesa mirada resultaba penetrante.

Intensa, afilada...

Cuando Concha, un tanto desconcertada por la situación a la que quiso poner fin, extendió a Marcial el trozo de tela de muestra, Diego se adelantó para cogerlo, rozando en ese gesto los largos y finos dedos de Concha. Acarició la seda sin apartar sus ojos de los de ella, sintiendo que era a la joven a quien acariciaba a través del suave tejido.

Ella, no pudiendo resistirlo, salió de la casa a toda prisa seguida de Dolores, que tuvo que despedirse en nombre de ambas.

—¿Se puede saber qué te ha pasado para salir huyendo como si te persiguiera el mismísimo diablo? —Dolores se sintió obligada a recriminarle su incomprensible actitud.

—Nada. Se me hace tarde.

—Ya, así, de repente —ironizó la amiga—. Por cierto, Diego es guapísimo.

—¡Un insolente y maleducado, eso es lo que es! —le replicó Concha—. Vámonos pronto de aquí.

Diego se asomó a la calle. Sus ojos se quedaron enganchados a la silueta de Concha y buscaban su espalda y el contorno de unas piernas preciosas a cuyo paso se movía alegremente su estrecha cintura mientras se alejaba, hasta que la perdió de vista.

Al doblar la esquina, les salió al paso Luis Méndez con su moto. Se ofreció a llevarla, pero la muchacha arrancó a correr encaramada a los tacones mientras él le gritaba: «¿Qué bicho te ha

picado? ¡Si es por tu hermano Manuel, dile que no le tengo miedo!».

CAPÍTULO 2

LA HORA FUGITIVA

Osuna (Sevilla), junio de 1955

Manuel acabó de sacarle brillo al rifle de caza y le echó el seguro. Era un muchacho concienzudo y detallista al que no le gustaba dejar nada a la improvisación. La debilidad que sentía por su hermana pequeña le hacía ser protector con ella, a veces en exceso, sobre todo en asuntos de pretendientes. Ella siempre bromeaba diciendo que en el pueblo no había quien se le acercara porque a todos los espantaba Manuel. Vamos, que le temían más a él que al padre, a pesar de ser este guardia civil.

—Ven conmigo al campo —invitó a Concha clandestinamente, después del desayuno.

Esos días de junio estaba refrescando, algo inusual en Andalucía en esa época del año. Resultaba agradable pasear por el campo antes de que el sol batiera con fuerza y sin piedad.

—¡Ni hablar!

—Se está muy bien ahora, es cuando hay que disfrutarlo.

—¿Disfrutar de qué, del campo o de la caza?

—¿De la caza...? No sé de qué me hablas —respondió socarrón, echándose a la espalda la escopeta para ocultarla con ridícula torpeza.

—Hermanito... que te conozco. Eso que llevas ahí es tu escopeta de caza y sabes que como se enteren nuestros padres te puede caer una gorda.

—No tienen por qué enterarse. Vámonos antes de que salga mamá de la cocina.

—¡Conchaaa!

Carmen, aproximándose a donde ellos estaban aunque sin verlos aún, venía por el pasillo llamándola a gritos. Manuel se tiró al suelo parapetado detrás del sofá para que su hermana Carmen no lo viera. Concha tuvo que aguantar la risa.

—Ah, estás aquí. Llevo un buen rato buscándote.

—Ya ves que estaba cerca. Tampoco habrá sido tanto rato. ¿Qué pasa, con tanto grito?

—Que tienes que acercarte adonde los Fernández para preguntarles que para cuándo necesita la señora el vestido que encargó.

—¿Y tiene que ser ahora?

—¡Ahora mismo! ¿De qué te ríes?

—¿Yo? De nada...

A Concha le estaba costando aguantarse sabiendo que Manuel estaba escondido detrás del sofá. Para colmo, a su hermano se le ocurrió elevar por encima del respaldo la boquilla del arma en la que había ensartado un pañuelo blanco que blandía a espaldas de Carmen mientras esta daba órdenes a su hermana.

—Está bien, está bien, voy. —Concha aceptó, pero para que Carmen se marchara ya. No podía

aguantar la risa por más tiempo.

Carmen siguió su camino hacia la habitación donde su madre tenía el taller de costura musitando entre dientes: «Esta niña cada día está más atontada».

—¡Ja, ja, ja! —estallaron en carcajadas Manuel y Concha, ambos tirados por el suelo.

—Qué payaso eres —le dijo Concha sin poder parar de reír.

—¡Anda, vámonos! —le insistió Manuel también entre risas.

—Te he dicho que no. Además... no me gusta que mates animales.

—Siempre con lo mismo... Está bien, iré solo.

—No lo hagas, Manuel, que te pueden pillar.

—Adiós, hermana. Por cierto, hablando de animales, dile al tal Méndez ese que te ronda que como no se porte como un caballero contigo iré a buscarlo con la escopeta.

—Vete ya, tira *p' adelante*, vete ya...

Concha lo empujó a marcharse, sin tener del todo claro que lo de Méndez lo hubiera dicho en broma. Con Manuel nunca se sabía, porque era tan vehemente...

* * *

—No imaginas lo feliz que soy.

Para Concha aquel era un día importante. Por fin había convencido a Luis para que, después de mucho insistirle, él accediera a dar un paseo juntos por el centro del pueblo. Aquella tarde cambiaban muchas cosas con el giro de actitud mostrado por él.

—¿Quieres un helado? Sabes que a mí no me apasionan pero a ti te gustan, si quieres entro a por uno. ¿De turrón, verdad?

Pasaban por la puerta de la heladería de la Carrera, de la que la cola de clientes salía a la calle, y Luis quiso tener ese sencillo gesto con Concha, que hizo que se sintiera dichosa. Lo miraba con verdadera devoción, admirando, quizás más que nunca, su belleza varonil, aquel moreno de su piel y del cabello que a ella le parecían de una hermosura imposible de comparar con ninguno de los hombres que conocía.

—Qué guapa estás...

Sorprendida, Concha se giró y sintió que le faltó el aire durante segundos al encontrar a Diego casi pegado a su espalda, de manera que al darse ella la vuelta ambos quedaron frente a frente, a tan escasos centímetros el uno del otro que sus alientos podían mezclarse.

Ella retrocedió unos pasos.

—¿Qué haces tú aquí? —le preguntó en un tono absurdamente recriminatorio.

—He salido a airearme un poco, y ya ves con quién me encuentro, qué grata sorpresa.

—¿No tendrías que estar en Tánger? —Concha se encontró incómoda, temiendo que de un momento a otro saliera Luis con su helado.

—Al poco de marcharme tuve que volver para ver a mi madre, la llevaron al hospital porque le dio un mareo muy fuerte y perdió el conocimiento. Me asusté y vine lo más rápido que pude. Sólo un par de días. Me marchó esta tarde.

—Lo siento... —Concha agachó la cabeza y se miró los zapatos sin saber bien qué hacer ni cómo comportarse—. ¿Y cómo está?

—Gracias. Está bien, al final parece que sólo es cansancio, los médicos dijeron también que le faltaba hierro, o algo así... No sé. Pero, vamos, que ya está en casa.

—Me alegro. Bueno, pues nada, adiós.

Pero Diego no se movía. «¿Me dejas que te escriba desde Tánger?», le preguntó.

—¡No! —Concha saltó como si hubieran accionado un resorte en su interior.

—Mujer, sólo son cartas, no te morderán.

—Pues no las quiero, y punto. No me gustan las cartas.

—Déjame, entonces, que te llame.

—Tienes que irte. —Concha miraba nerviosa la entrada de la heladería—. Luis saldrá en cualquier momento.

—¿Sigues con Luis Méndez? ¿Con ese chulo?

—¡Vete! Podría vernos.

—¿Y qué? No hacemos nada malo. ¿Por qué te preocupa que nos vea? ¿Qué temas que descubra? Cuando se teme algo es por alguna razón.

—¡Vete ya, hombre! Y déjate de tonterías. —La joven cogió a Diego por los brazos empujándole a marcharse—. Te lo ruego...

Por alguna razón, de momento insondable, la presencia de Diego perturbaba el ánimo de Concha. Era como si a un poste, erguido y rígido, le movieran la tierra en la que está clavado, causando ligeros movimientos que no se podían evitar. Algo similar era lo que le pasaba a Concha con ese hombre desconocido hasta hacía poco tiempo. El hecho de que le estuviera sucediendo esa pequeña convulsión en su mundo interior, causada por alguien que no era nadie en su vida, le producía una rabia que no conseguía controlar.

Antes de irse, Diego se sacó del bolsillo el trozo de tela de muestra que Concha le había encargado. «Mira... todavía no la he encontrado, pero la llevo siempre encima. —La acariciaba moviendo los dedos con sensualidad—. Es como si te llevara a ti, como si estuvieras a mi lado...».

No esperaba algo así. Concha sintió una enorme confusión, entre el halago y la sorpresa.

—Vale, me voy pero me tienes que prometer que esta tarde podré despedirme de ti antes de partir para Tánger.

—¡Estás loco! Es imposible. —Concha hablaba ya bajando la voz.

—No lo es. Te espero en una esquina del Lejío. Está al lado del cuartel. No puedes negarte. A las cinco. Será una despedida breve, te lo prometo. No te pido tanto.

Concha, sabiendo que había arriesgado demasiado al prolongarse la conversación y que Luis estaría a punto de aparecer, le dijo que sí con tal de que se fuera.

—Y que conste que estás muy guapa.

Tras el piropo desapareció, justo cuando Luis llegaba con el helado de turrón en el que se deshizo cualquier idea que Concha intentaba sostener acerca de lo que significaba la aparición repentina de Diego.

El resto del día fue una montaña rusa que le amotinaba las entrañas. A las cinco de la tarde acudió a una de las esquinas del Lejío. Resultaba inexplicable incluso para ella misma. Pero estaba allí. Después de intensas luchas con su conciencia, estaba donde él le había pedido que estuviera.

Lo vio. Vestido con su traje impecable. Guapo. Camisa blanca. Pantalones anchos, según los cánones de la moda. Se notaba que Diego era hombre de mundo. Una onda negra y brillante de cabello le surcaba con elegancia la cabeza. Observó sus manos metidas en los bolsillos y de inmediato Concha supuso que en uno de ellos llevaba la seda que ella le dio. Imaginó que rozaba sus dedos casi sin querer y sintió una intensa sacudida en su cuerpo, que le enderezó la espalda y elevó sus hombros en un único movimiento. Cerró los ojos durante unos segundos creyendo sentir

el tacto del tejido que despertó todos sus sentidos.

Aire que refresca el contorno de los sentidos.

El viento golpea en la nuca y agita el recato y la moral, rompiendo la hora fugitiva.

Por la seda se desliza la intuición de un universo en ciernes.

Lo que estaba ocurriendo no tenía lógica. La irrupción de Diego le había descolocado las consecuencias del buen gesto de Luis, alterando el lugar que debía ocupar cada uno de ellos.

Volvió a mirar a Diego y se dio cuenta de que había sido descubierta. Él la observaba, con la mano izquierda al aire acariciando algo que brillaba. Era el trozo de seda ocre, que en ese momento se llevó a los labios al tiempo que intentaba penetrar con su mirada hasta donde ella estuviera dispuesta a permitirle.

Cuando él dio un paso al frente para acercarse, Concha salió huyendo. El jadeo de su respiración podía oírse a metros de distancia.

Por la tarde se encerró en su cuarto para pensar en Diego y en lo que le estaba sucediendo en esos días. También intentó fantasear con cómo sería la vida de Diego en Tánger pero no consiguió imaginar nada, ninguna escena ni personas a su alrededor, porque en realidad sabía poco de la vida de ese hombre.

Sí tuvo claro que quería saber más...

* * *

Tánger (Marruecos, protectorado español), junio de 1955

Las sábanas se retorcían en la cama siguiendo el movimiento de los cuerpos de Diego y Yasmin, su novia marroquí, una joven de extraordinaria belleza. La atmósfera resultaba envolvente. De un bar cercano procedía una música de fondo que recorría la calle hasta abrigar los cuerpos desnudos en la habitación inundada de una luz ambarina y tenue, propicia para el sexo. Por la ventana abierta se colaba un olor a comida, picante y ácido, característico del lugar. Un olor que, mezclado con la música, resultaba perturbador y volvía denso el aire multiplicando el efecto arrollador de los envites de Diego en el cuerpo de Yasmin.

Las piernas de ella atraparon la cintura del amante anunciando el ritmo acompasado, intenso, imparabile, que les llevaba derechos a la cima del éxtasis.

La música sonaba cada vez más fuerte. Los jadeos de Yasmin, también. Del exterior seguía llegando la densa mixtura de olores intensos, ninguno comparable al aroma de la piel de la joven.

Al terminar, Diego, que había vuelto de Osuna con desgana, la dejó descansando desnuda sobre la cama y se asomó a la ventana. Le pareció que la noche le hablaba. Quiso quedarse apoyado en el alféizar escuchando lo que tuviera que decirle, hasta que fue sorprendido por el amanecer.

CAPÍTULO 3

LA NOCHE DE TÁNGER

Osuna (Sevilla), julio 1955

Concha acude a abrir la puerta de casa. Es el cartero, trae una carta que, a juzgar por la expresión de su cara al verla, debe ser algo importante. El hombre sube a su bici y desaparece antes de que ella pueda darle las gracias.

Sostiene el sobre en las manos. Lo mira retándolo, como si le diera miedo abrirlo. En ese momento aparece su hermana Carmen y Concha esconde la carta llevándose las manos a la espalda.

—¿Qué tienes ahí?

—Nada.

—¡No seas mentirosa! —Más que enfadarse, Carmen ruge escupiendo las palabras—. Te he visto esconder algo. ¡Dime qué es!

—No escondo nada, es la verdad.

—¿Quieres decirme por qué escondes una carta? La he visto. ¿Es que temes algo? No está bien esconder las cartas de los demás.

Dicho lo cual, y sin mediar más comentarios, se marcha diligente. Concha abre entonces la carta y no puede, o no quiere, creer lo que lee. Parece algo horrible. Empieza a respirar con dificultad... Se ahoga... Está a punto de asfixiarse y perder el conocimiento...

Hasta que despertó con palpitaciones y sudorosa. Todo había sido una pesadilla.

* * *

Dolores llegó muy excitada al cuartel para ver a Concha. Pero a quien primero encontró fue a Carmen.

—¿Qué os traéis entre manos? —le preguntó la hermana con muy malas pulgas.

—¿Y a ti qué tiene que importarte?

—No te hagas la lista y dime qué está tramando mi hermana.

—Tu hermana no trama nada. Así que ya te estás apartando, vamos, que llevo mucha prisa.

—¡Dímelo o...! —iba a amenazarla.

—¿O qué? ¿Eh...? —Dolores no se arredró—. Anda, déjame pasar.

La amiga de Concha era una chica muy resuelta y tenía calada a Carmen, no soportaba los aires de soberbia y de superioridad que mostraba sobre todo respecto de su hermana pequeña, a quien Dolores tanto quería.

Anita y ella eran amigas de Concha desde niñas. Las tres tenían un gran corazón y se cuidaban entre sí. Hacía gracia que fueran tan diferentes. La más reservada, sin duda, era Concha. Anita

regalaba la sonrisa más hermosa y más franca de todas ellas, y un atisbo de calma en todos sus actos, mientras que Dolores dejaba una profunda estela por donde pasaba, con su carácter de ciclón; la esencia del salero andaluz la acaparaba ella por las demás.

Se encerró en la habitación con Concha. Carmen, desde el otro lado, pegó la oreja a la puerta para intentar enterarse de lo que se contaban. Sospechándolo, Dolores hablaba en voz baja para evitarlo.

—¡Qué pesada es tu hermana! Pero vayamos a lo que importa: Ramírez ya ha vuelto de Tánger, esta misma tarde podríamos ir a verlo. —Su voz sonaba alegre.

—¡No! —le salió sin pensarlo.

—Mujer... tendrás que verlo en algún momento, ¿no?

—Sí que ha pasado rápido el tiempo —dijo más para sí misma que para Dolores.

—¿Rápido? ¿Desde mayo?

—Ah... —se dio cuenta de que estaba a punto de ser descubierta. Había ocultado a sus amigas el encuentro reciente que mantuvo con él—. Es que... no me apetece verlo.

—Entonces piensa que no vas a verlo, sino a conseguir tu tela... —Guiñó un ojo, burlona—. Tienes que recogerla.

—Ah, la tela... La dichosa tela. Está bien —dijo Concha, casi a regañadientes—. Pero sólo un momento, ¿eh? La cogemos, se la pago y nos vamos.

—Pues claro, no vamos a quedarnos a vivir con él... —bromeó Dolores.

—¡Uy! Fíjate que no puedo quedarme a charlar más contigo, Dolores, lo siento.

—Pero, ¿no vamos a casa de Diego?

—¿A casa de Diego? ¿Ahora...? Pues mira, no. Tendrá que ser mañana... o cualquier otro día, ahora mismo me marchó, he quedado con Luis y ya está aquí. ¡Adiós, amiga!

En efecto, Luis había ido a recogerla al cuartel. Le propuso que fueran al cine, era una buena manera de pasar la tarde.

—Adelántate tú, cariño.

—¿Cómo? ¿No vamos juntos? Pensé que... —De repente Concha se vino abajo decepcionada, le hacía ilusión ir al cine con Luis, a pesar de que él nunca se quedaba hasta el final.

—No te preocupes, llegaré enseguida. Es que no puedo dejar de ver a una persona que anda de negocios con mi familia y tengo que llevarle un documento urgente. Mira, es este papel. —Sacó un papel doblado del bolsillo del pantalón, pero lo hizo de tal manera que Concha no pudo ver lo que era—. Se lo doy y sigo camino del cine.

—Está bien. Pero espero que hoy te quedes hasta que acabe la película. Siempre te pierdes el final —comentó Concha, intentando sonreír.

Pero no... Tampoco aquel día Luis se quedó hasta el final de la película.

—Perdona, tengo que marcharme. Es por lo mismo de antes —le susurró al oído, para no molestar al resto de los espectadores.

—Me voy contigo —respondió Concha con resolución.

—No, no. Tú quédate y mañana me lo cuentas. Lo siento. Hasta mañana.

No dio tiempo a más. Su sombra se evaporó entre los asientos como un fantasma guiado por el destello de la pantalla. Era la tercera vez que iban al cine y en las tres había ocurrido lo mismo. Luis saltaba de excusa en excusa para marcharse antes de que acabara la película y encendieran las luces de la sala, y Concha fingía creerlas. Cogía su abrigo, salía sola del local y caminaba hacia su casa.

Esa tarde se le resbalaron lágrimas a las que no quiso hacer caso.

Creyó que era mejor no hacerles caso.

* * *

Dolores estaba de pie apostada junto a la ventana. Anita reposaba sobre una tumbona y Concha encima de la cama, en la que estaban extendidas varias revistas de moda.

—Mirad... ¡Me encanta! —Concha era una entusiasta de esas revistas—. Creo que voy a hacerme este vestido, ¿qué os parece?

Desplegaba un patrón extraído del interior de una de ellas, *El Hogar y la Moda*.

—Nunca dejaremos de ser de pueblo.

Dolores utilizó una entonación en su comentario que sonaba a burlona aunque fue dicho seguido de un suspiro. Dejó de mirar por la ventana, fue a su bolso a sacar una revista un poco arrugada y se sentó en la cama para mostrársela a Anita y a Concha. Era un ejemplar de *Vogue* en inglés.

—¡Esto sí es alucinante, amigas! No me preguntéis cómo lo ha conseguido mi hermano porque no tengo ni idea. Pero aquí tenéis una revista verdaderamente interesante.

—Madre mía... —Anita se quedó boquiabierta al hojearla.

—¡Es Coco Chanel! —exclamó, emocionada, Concha—. Qué trajes tan preciosos.

—¿Os imagináis que nos pusiéramos un traje-chaqueta como el que lleva? ¡Con pantalones! —Tenía Dolores una tendencia innata a la provocación.

—Aquí sería impensable —contestó Concha con pena.

—Bueno, soñemos, que eso no nos va a costar nada —respondió Dolores—. Aunque, oye, que el vestido que vas a hacerte con la tela que te habrá traído Diego de Tánger no tiene nada que envidiar a estos patrones —dijo, dirigiéndose a Concha—. Por cierto, ¿la señorita tiene a bien ir a recoger su tela ya o quiere esperar algunos meses más? —le recriminó con ironía.

—No tengo ninguna gana de ver a ese tipo. —Cerró las revistas como si hubieran dejado de interesarle.

—Asúmelo, tienes que volver a verlo para que te dé la tela del vestido.

—Se me acaba de ocurrir que quizás podríais recogerla cualquiera de vosotras dos —les propuso Concha—. Yo os doy el dinero y asunto resuelto.

—¿Resuelto? ¡De eso nada! —se quejó Anita.

—¡Ja, ja! Eres muy buena contando chistes, Concha —se burló Dolores—. ¿En qué cabeza cabe que hagamos eso? Diego no es un monstruo de la naturaleza, que se sepa, así que no corres peligro de que te coma.

—No le veo la gracia. —Concha ya no tenía salida—. Si quisierais me podríais hacer el favor.

—No es cuestión de favores —dijo Anita, conciliadora—. Se trata de algo absurdo. De veras, Concha, deja de comportarte como una niña. No veo dónde está el problema. Nos ofrecemos a acompañarte, ¿verdad, Dolores? —La otra amiga asintió, aguantando la risa—. Vamos a su casa, le pagas la tela, le damos las gracias y nos marchamos. Así de sencillo...

* * *

Para Concha no era tan *sencillo*. Intentaba disimular lo nerviosa que le ponía tener que ver de nuevo a Diego. Esa vez las acompañaba Anita, cumpliendo su palabra, no quiso perderse la ocasión después de lo que Dolores le había contado de la visita anterior. Eso hizo enfadar a Concha porque yendo las tres podría dar la impresión de que estaban concediéndole más

importancia a un hecho que ella deseaba que pasara lo más rápido e inadvertido posible.

Diego apareció en cuestión de segundos, las muchachas ni tiempo habían tenido de sentarse. Estaba solo y traía un paquete en las manos. El corazón de Concha empezó a latir con tanta fuerza que temió que se escuchara. La pulsión que sentía no podía compartirla con sus amigas. Había sido educada para no entregar nada a un hombre antes de tiempo, es decir antes de casarse. Por eso tardaba tanto en besar a Luis más allá de un leve roce de labios. Por eso guardaba para sí misma la chispa que notaba saltar en el aire cada vez que se encontraba con Diego.

Dolores y Anita le dieron las gracias a Diego por el favor, mientras Concha permanecía en silencio. De nuevo, la mirada de él buscando los ojos de ella la perturbaron. Aquella insistencia provocadora se le metía bien adentro removiendo lo que la joven todavía no había llegado a sentir por ningún hombre, ni siquiera por Luis. Con él era distinto, algo así como seguir el curso natural de las cosas. Llevaban meses saliendo.

—Toma, espero haber acertado con la tela. Tienes buen gusto, es muy bonita.

Concha, como si no hubiera oído nada, fue directa a acabar con el asunto para marcharse cuanto antes:

—Dime cuánto te debo. —Estaba abriendo su bolso y sacando dinero.

—¿Cómo voy a cobrarle a una mujer tan hermosa? —le dijo Diego mientras tomaba la mano en la que ella sujetaba un par de billetes, negándose a aceptarlos.

—¡Uy, no! Pues sólo faltaba eso —insistió la joven—. Dime cuánto te ha costado, por... favor.

—Pero, chiquilla, que un regalo no se rechaza —dijo Dolores animosa.

—Eso es, tu amiga tiene razón. Tómalo como un regalo que quiero hacerte. Lo hago con mucho gusto. Un regalo de Tánger.

Concha agachó la cabeza ruborizada y, no quedándole más remedio, asintió.

—Eso sí —añadió Diego—, con una condición: tienes que dejarme ver el vestido cuando esté terminado... por... favor —la remedó.

Anita y Dolores se aguantaron la risa. «Este Diego sabe mucho», dirían más tarde, cuando ya no estaban con Concha.

—Eres muy atrevido, ¿no crees? —replicó Concha.

—¿A ti te lo parezco...? —El tono de voz empleado por Diego fue, en efecto, de cautivadora provocación.

—Bueno, vale, gracias, nos vamos, adiós. —No respiró entre una palabra y otra, tal era el ansia de la joven por salir de la casa.

Al extenderle el paquete con la tela, Diego lo retuvo sin dejar todavía que lo cogieran las manos de Concha para reafirmarse en la condición propuesta:

—Todavía no me has dicho si aceptas el trato. ¿Me dejarás ver el vestido terminado?

—Que sí, vale. Qué pesado eres. Gracias por la tela y adiós. —Estaba deseando marcharse.

Se despidieron. En el zaguán, Diego la cogió del brazo y esperó a que acabaran de salir las amigas. Parapetado detrás de la puerta para que ellas no le oyeran, le dijo a Concha:

—Pero el vestido te lo tengo que ver puesto.

No era tanto lo que le dijo sino cómo lo dijo, con aquella mirada tan embaucadora, tan en el exilio de lo recatado... Aquella mirada que le hizo a Concha sentir en la nuca el hálito húmedo de la seducción y del peligro.

—¿Qué te ha dicho? ¡Cuenta, cuenta! —le suplicaron las amigas al unirse a ellas.

Pero Concha, con las mejillas ardiendo, se negó a hablar y caminó a paso ligero para alejarse de allí mientras Dolores y Anita seguían comentando excitadísimas lo guapo que les parecía

Diego y el detalle que había tenido con ella al regalarle la tela.

Se la mostró a su madre nada más llegar a casa y empezaron a hablar del patrón del vestido. Concha había aprendido de ella el oficio de la costura, tenía la misma buena mano de su maestra.

—¿Cómo has conseguido esta seda tan delicada?

—Pues... —Concha no sabía cómo explicárselo—. Verás... Manuel me trajo una muestra pequeña, ¿recuerdas que se la pedí cuando viajó a Tánger?

—No imagino a tu hermano buscando telas para un vestido.

—Pues esta es la que trajo, y, claro, a ver quién iba a conseguirla después, porque él no piensa volver. Entonces Anita y Dolores me hablaron de Ramírez, el hijo pequeño de la señora Concepción, que es futbolista y vive en Tánger. A mí no se me habría ocurrido. Es más, yo no tenía ni idea de quién era ese chico, pero ellas lo prepararon todo y... —El hecho de que Concha hablara tanto, ella, que era tan callada, y le estuviera dando a su madre todo tipo de explicaciones y de detalles ya bastaba para sospechar—. Bueno, pues eso, que me ha traído la tela. —Ante el silencio de Antonia, que no dejaba de observarla con el detenimiento de quien espera que el otro se acabe poniendo en evidencia por sí solo, Concha preguntó—: Pero... ¿sabes de quién te hablo?

—Ah, sí... —comentó Antonia con fingido aire displicente—, el jugador ese que está en el protectorado. Ese chico es huérfano de padre, ¿no?

—La verdad... no lo sé. —En realidad, Concha sabía muy poco de Diego.

—Su padre murió siendo él muy pequeño. No me explico cómo Concepción sacó adelante a cinco hijos. Claro que se pasaban la vida en la calle, y de estudiar, nada. No creo yo que tengan muy buena educación. Hija... —Antonia clavó de nuevo la mirada en Concha—, a ti no se te ocurrirá ir a fijarte en el futbolista ese, ¿verdad? —La joven no se lo esperaba y su cara se puso del color de un tomate maduro—. Ay, niña, espero que no.

La madre quiso dejarle claro a la hija sus intenciones de no aceptar una posible relación con Ramírez, por si acaso esa posibilidad se le pasaba por la cabeza.

Siguieron con la costura. Antonia, como si acabara de caer en la cuenta, le recriminó:

—Esta seda es de una calidad extraordinaria, te tiene que haber costado muy cara. ¿Cómo la has pagado?

Aunque estuvo evitándolo, a Concha no le quedó más remedio que confesar que Diego se la había regalado, lo que no gustó nada a la madre:

—¡No te digo! Aquí hay gato encerrado y mucha tontería. No seas inocente, hija, que los hombres siempre van a lo que van. No dejes que te engatuse.

Concha cogió el trozo de tiza para marcar la tela bajo la atenta mirada de Antonia. Y empezó a cortar con suma delicadeza, sabiendo que era un tejido carísimo. Se detuvo un momento, acarició la seda con los dedos y pensó en Diego, en la expresión de su mirada cuando le dijo que no le cobraba a condición de que le dejara ver cómo lucía el vestido que iba a confeccionar. Comenzó a sentirse atrapada por la idea de hacerlo... Pero... ¡qué tontería!, se dijo. La finalidad era el vestido con el que impresionar a Luis y a su familia.

Al tiempo que seguía cortando la tela sintió como si las tijeras le fueran abriendo camino hacia la vida, quién sabe si con intención de cambiarla...

Diego, en cambio, tenía más mundo recorrido. Pero el halo agitado que acompaña a los cambios inminentes también le alcanzó a él.

* * *

Tánger (Marruecos, protectorado español), julio de 1955

Era noche cerrada bajo el cielo mágico de Tánger. El cuerpo desnudo de Yasmin se iba apagando en el deseo de Diego, que se revolvió para no afrontar que algo pasaba. Salían juntos desde hacía seis meses. Ella se jugaba mucho al estar con Diego porque si en su familia se enteraban de que mantenía una relación con un hombre, y español, sin estar casada la repudiarían para el resto de su vida. Por eso siempre se veían a escondidas. Desconocían el placer de un paseo por la calle, de quedar con amigos, de entrelazarse las manos en público, de ir a un restaurante... en definitiva, de una vida normalizada. La suya era una pasión clandestina. Diego se negaba a reconocerlo como amor, ya le advirtió a Yasmin cuando empezaron de que él no tenía ningún interés en comprometerse, y, aun así, ella quiso embarcarse con él en aquello indefinible.

Aquella noche Diego sudaba manteniéndose ausente de la cama compartida con Yasmin, la bella Yasmin... «¿Qué te ocurre, cariño?», se preocupó la muchacha. «No es nada, tal vez cansancio, quizás sea mejor que durmamos ya», respondió él con indolencia y la mente revuelta como deberían estar las sábanas que, en cambio, permanecían quietas mientras en el exterior una luna de plata no cobijaría el sueño de los amantes durante la noche.

Pero no era sólo con Yasmin. Últimamente Diego no estaba rindiendo en el campo como de costumbre. Marcial iba a recogerlo al acabar los entrenamientos para adentrarse juntos en la zona de cafetines del Marchán y tomar un té moruno. A Diego le apasionaba cómo hacían el té en Marruecos y disfrutaba contemplando el ceremonial que se requería para servirlo.

—¿Qué te pasa, hombre? Estás tan raro estos días... —le había preguntado esa misma semana.

—Nada, Marcial, no es nada importante.

—Importante o no, cuéntamelo. A lo mejor puedo ayudarte.

—Nadie puede ayudarme. —Diego se quedó absorto mirando el fondo estrecho del vaso, donde se acumulaba la menta—. Es algo de lo que debo ocuparme yo. Aunque... lo cierto es que todavía ni siquiera sé con seguridad qué es lo que me pasa.

—Espera, a ver si me aclaro. ¿Reconoces que te ocurre algo pero no sabes qué es?

—Sí.

—Pero eso no tiene ni pies ni cabeza. —Marcial cada vez andaba más perdido, y con razón.

Diego tomó el té de un solo trago y, como era de esperar, se quemó la garganta, pero no le importó. Después estuvieron caminando por las empinadas calles de la ciudad desde las que se divisaba la espléndida bahía. Y al fondo, el Estrecho y Tarifa, en la costa española.

—Estoy cansado de vivir aquí —soltó Diego sin venir a cuento mientras contemplaban la puesta de sol en el horizonte. Tenía Tánger una luz tan distinta al resto de ciudades del protectorado...

—¿Y eso a qué viene ahora?

—Pues muy sencillo: que todo esto es tan diferente a nuestra tierra, Marcial, que quizás ya sea momento de regresar. La echo de menos.

—¿«La» echas de menos? ¿De qué me estás hablando, de cosa o de persona?

—Déjate de gasas, hombre.

—No, si hablo muy en serio. ¿Tú estás bien...? —comentó el amigo extrañado—. ¿Quieres regresar al pueblo? No te entiendo. ¿Cómo vas a querer irte si, de todos los españoles que conocemos aquí, a ti es a quien más le gusta Marruecos, y Tánger? Pero, Diego, si a ti te gusta esta ciudad más que a nadie.

—Tienes razón. Pero... no sé... Cosas que me pasan por la cabeza, no me hagas mucho caso.

Diego llevaba en Marruecos desde 1951. Nada más llegar a Tánger fue fichado por el equipo del S.D. El Magreb El-Aksa. También conocía la zona marroquí perteneciente al protectorado francés. Como el fútbol le proporcionaba más fama que dinero, aceptó un trabajo de ordenanza en una sucursal de la Banque Commerciale du Maroc, con sede en Casablanca, que le hizo pasar varios meses destinado a una sucursal en la localidad costera de Port Lyautey y le supuso un interesante complemento salarial.

En Osuna, él y Marcial eran considerados poco menos que héroes, se veía tan exótico que vivieran en África que, cuando regresaban de vacaciones, los primeros días no podían dar un paso por la calle sin que les parara alguien para preguntarles por esa tierra extraña en la que convivían con moros con total naturalidad.

Desde finales de noviembre de 1912, el reino de España ejercía el control político y administrativo del protectorado de Marruecos tras el reparto que hizo con Francia a través del Tratado de Fez. España se quedó con la zona norte del territorio marroquí, estableciendo su capital en Tetuán. No fue hasta 1940 cuando sumó a su demarcación la hermosa ciudad de Tánger, a la que Diego pronto aprendió a amar. Y era precisamente el amor, el que creía empezar a sentir por Concha, lo que podría hacer que abandonara su querida Tánger. No quería contarle nada a Marcial porque comprendía lo absurdo que podría resultar creerse enamorado de una mujer a la que había visto apenas un par de veces o puede que tres. Por eso, su lucha interior seguía sin tener un claro ganador.

Había logrado convertirse en jugador imprescindible para la Unión Deportiva España (UDE), popularmente conocida como el España de Tánger, uno de los equipos más importantes de la segunda división española en aquel Marruecos bajo protectorado español, en el que el fútbol propiciaba la exaltación del espíritu nacional también en la colonia africana.

Pero Marcial no era el único que había notado el cambio en el carácter de Diego. El entrenador de su equipo le había llamado la atención en un par de ocasiones y no parecía dispuesto a permitir que se prolongara mucho más esa conducta distraída.

—No sé lo que me está ocurriendo, reconozco que de un tiempo a esta parte, no sé por qué, pero me cuesta centrarme en lo que hago. Le doy mi palabra de que voy a rectificar. —Diego se disculpó.

Convencido de que había errado, eligió como la mejor salida hacer propósito de enmienda antes de que el entrenador volviera a recriminarle su actitud con la que estaba empezando a perjudicar al equipo. El hombre se mostró comprensivo, Ramírez II —así lo llamaban profesionalmente— era de lo mejor que había en las filas de la Unión Deportiva España, de manera que optó por la condescendencia antes que por el castigo.

—Seguro que esta noche se te pasa la tontería. Arréglate bien para la fiesta, hay que estar a la altura —lo animó y le dio una palmada en la espalda—. Podréis codearos en un yate de lujo con estrellas de Hollywood.

¿Una fiesta? ¿Estrellas de Hollywood? ¿Un yate de lujo? Era lo último que le apetecía en aquel momento. ¿Tenía que ir por el club? Lo único que Diego quería era tiempo para pensar en Concha. Nada más.

* * *

En ningún lugar del mundo podría haber vivido una noche como la de aquel julio de 1955 en la que los jugadores de la Unión Deportiva España habían sido invitados a una fiesta privada de la

productora de Hollywood Columbia Picture Corporation, que estaba rodando en aquellos días, en Tetuán, la película *Zarak Khan*. La celebración prometía ser muy sonada, pero el preparador no les había desvelado de qué se trataba. Quiso que fuera una sorpresa.

—¿Sabes quién es Victor Mature? —le preguntó su entrenador.

—¡Y quién no! —respondió Diego.

—Pero a ti seguro que te gusta más Liz Taylor... ¿a qué sí?

—Victor Mature, Liz Taylor... por Dios, cuente ya y déjese de enigmas.

—Están rodando una película en Tetuán, una de moros, pero hoy están en Tánger... en el puerto...

Diego no acababa de creérselo.

—¿Estarán en la fiesta? Es una broma, claro... Es una broma.

—Compruébalo tú mismo esta noche.

No lo era. Cuando Diego y varios amigos, entre ellos su querido Marcial, convertido en su continuo confidente, subieron al lujoso barco anclado en el puerto de Tánger, al que el equipo de rodaje se había desplazado el fin de semana con intención de visitar la ciudad y asistir a la fastuosa fiesta, se sintieron etéreos, como si flotaran entre nubes en el cielo marroquí.

Una frondosa cabellera blonda, avistada en un rincón al fondo de la cubierta, iluminó las aguas de la bahía y fue el preludio de una noche sobrenatural. Ella estaba allí en persona aunque parecía recién salida de una pantalla gigante irreal: la de la imaginación. Pronto confirmaron su identidad. No cabía duda de que era ella, la felizmente culpable de tantos sueños, de tantas escenas idealizadas de esas que jamás descienden a la realidad. Hasta esa noche. Porque los protagonistas de la película norteamericana resultaron ser dos de las estrellas más rutilantes del cine hollywoodiense del momento: Victor Mature... ¡y la exuberante Anita Ekberg!, una rubia preciosa con la que no había hombre en el planeta que no soñara. El entrenador sólo les había hablado de Liz Taylor. ¡Menudo regalo!

Era ella... Aunque poco imaginaban Diego y Marcial que conocer a la Ekberg no iba a ser, ni mucho menos, lo más impresionante de esa noche que acababa de empezar y que causaría tal convulsión en sus emociones que el recuerdo perduraría mientras viviesen.

Los miembros del club de fútbol fueron muy bien recibidos y agasajados; se sentían estrellas de una película de ensueño, al fin y al cabo los jóvenes futbolistas del España de Tánger eran toda una celebridad local. Claro que no se podía comparar con un actor de Hollywood. Pero... ¿por qué no creerlo por una noche? Los sueños son sueños precisamente por su mal encaje con el mundo real. Aquella era una ocasión en la que hasta las fantasías tenían reservado su espacio.

Los chicos de la UDE se movían inquietos y llenos de entusiasmo por todos los recodos de la embarcación esforzándose en estar a la altura, tal y como los había retado el entrenador. El sueño americano, que sin que hubieran podido imaginarlo tenían ante sus ojos, hizo de espejo que les devolvía una imagen de lo que ellos eran y de sus orígenes. Supieron más negra de lo que nunca pensaron la España de la que todos ellos procedían. Esa España gris y depauperada, de la que muchos habían salido huyendo, se personó en el barco para evidenciar el contraste con el inequívoco glamur de los astros de cine. Les dejó anonadados por unas horas.

En plena fiesta, Diego se apartó a una discreta esquina alejada del bullicio con una copa en la mano para contemplar la belleza nocturna del mar. Y se acordó de Concha, de su grácil silueta alejándose de su casa con paso firme... De la despedida que ella no se atrevió a consumir a pesar de haber acudido a la cita en el Lejío. Y de sus ojos, negros y profundos como las noches de Tánger...

Marcial vino a sacarlo de su ensoñación para contarle, excitado, que era verdad, en el barco también estaba nada menos que Liz Taylor. Demasiadas emociones para una sola noche. Sabían que Taylor no figuraba en el elenco de la película, así que no entendían qué hacía allí. Todo en aquel yate de lujo, bajo las estrellas del fascinante firmamento y el reflejo de la luna en el océano, les parecía irreal y deliciosamente enigmático.

Acabaron enterándose de que Liz Taylor acompañaba a su marido, Michael Wilding, uno de los actores principales del film. Pero nada, ni siquiera la Taylor, como tampoco la ondulada y espectacular melena rubia de la sueca Ekberg, que se paseaba por la cubierta como una verdadera diosa, podía impresionar a Diego. Era Concha, y sólo ella, quien ocupaba sus pensamientos y lo mantenía en un estado permanente de ensimismamiento, «Lo que a ti te pasa es que estás enamorado hasta la raíz del pelo», sentenció Marcial dando la sensación, por su tono al decirlo, de que hubiera hablado el mismísimo Séneca.

—¡Anda ya!

—Bueno, hombre, es algo natural y muy normal cuando se trata de una mujer tan hermosa como Yasmin. ¡Menuda mora te has buscado, niño!

Diego le dio la espalda para evitar la verdad y se sumergió con la imaginación en las profundidades del mar, oscuro y abisal... inmenso... como los ojos de Concha. De nuevo los ojos de Concha, siempre acababa en ellos. Tal vez porque no había conseguido salir de aquellos ojos desde el mismo instante en que conoció a su dueña. ¿Y Yasmin? Al mencionarla su amigo, sintió lástima de sí mismo. No podía engañarla, como tampoco engañarse él. Tenía que indagar en el sentimiento que se agitaba en su interior sin permitirle un minuto de calma. Claro que, de momento, Yasmin era mucho más real que Concha en su vida.

—Hola, ¿vosotros también sois futbolistas españoles?

Quien se presentaba era Tonín, un catalán miembro del cuadro técnico de la película. A Diego y a Marcial les pareció de lo más inusual y llamativo que un español participara en una producción cinematográfica de Hollywood. «Os sorprendería saber la cantidad de españoles que hay allí, en Los Ángeles, trabajando en el cine norteamericano», les aclaró Tonín, orgulloso de ser uno de ellos. Un tipo simpático.

—¿Os gustaría conocer a Victor Mature?

—¿De verdad? —Marcial no lo podía creer.

—¡Pues claro! Mirad, por ahí viene... Vamos, que os lo presento.

Entonces Diego sí se sintió impresionado; admiraba a Mature, siempre decía que él y Richard Widmark eran sus actores favoritos.

Aquello no estaba pasando, no podía ser. ¡Tener a Victor Mature a un palmo de distancia!, compartiendo copas y música; conversación, no, ya que no se entendían por el idioma, a pesar de que el técnico español les hizo de intérprete de un par de frases de cortesía. Fue suficiente para que Mature los invitara al rodaje en Tetuán.

—¡Al rodaje! —exclamó Diego entusiasmado.

Entonces Marcial, que estaba tomando un sorbo de su copa, se la tiró encima de la emoción.

—Primo, no seas paleta, a ver qué van a pensar de nosotros —le susurró Diego al oído.

Mature, que dejó escapar una sonrisa reluciente porque, aunque no entendía nada de español, sí había captado el efecto que su presencia causaba en ambos, se despidió amablemente de ellos y siguió la fiesta con sus amigos americanos, dejando a Diego y a Marcial boquiabiertos y colgados de unos instantes inolvidables que quedaron convertidos en recuerdos de forma instantánea.

Ramón, compañero del equipo de fútbol, se les acercó al ver que saludaban a otra de las

actrices, una de las secundarias pero de reparto, no de belleza, porque poseía uno de los rostros más preciosos que pudieran existir. Su piel parecía porcelana fina que fuera a quebrarse si no se la trataba con suavidad y tacto.

Diego, al percatarse de la actitud de Ramón, que consideró inapropiada, puso fin rápidamente a la conversación con la chica, en la que Alfredo estaba haciendo de intérprete.

—¿Cómo se te ocurre mirarle todo el rato el escote mientras ella te hablaba? Hemos quedado muy mal.

—Joder, Ramírez, ¿adónde querías que mirara? ¿Pero tú no te has fijado en las tetas que tenía? ¿Acaso has visto otras parecidas? ¡Menudo monumento!

Diego le dio un coscorrón en la cabeza.

—¡Ay! ¿Qué haces? —se quejó Ramón.

—El ridículo. Eso es lo que hemos hecho. Parece mentira... Anda, tira —le hizo un gesto con la mano para que anduviera—, y ve a buscarte una copa a ver si se te aclaran las ideas.

El compañero se largó, dispuesto a no perderse nada de lo que la noche fuera capaz de ofrecerle.

—Tenía razón, el hombre... —En su intento de justificar el comportamiento de Ramón, Marcial pareció un niño al que acaban de quitarle un caramelo—. En España no se ven mujeres vestidas así... tan... ya me entiendes... enseñando tanto. Ya ves tú en Osuna... Allí es otra cosa. Nada que ver con esto.

—¿Tú también, Marcial? No, si al final será verdad que somos unos paletos... Joder, qué nochecita nos espera como esto siga así.

Envalentonados y poniendo de su parte para encajar con naturalidad en el ambiente, le preguntaron a Tonín por Elizabeth Taylor.

—Ella no se ha dejado ver en todo el rato que llevamos en el barco. No sé, estas estrellas son muy suyas. ¿Qué...? ¿Cuándo iréis al rodaje? No tardéis porque ya no nos queda mucho.

¿Asistir a un rodaje? ¿Conocer a Liz Taylor? ¿Estaba al alcance de cualquiera de los mortales? ¿Cumpliría aquel sueño?

* * *

Tetuán (Marruecos, protectorado español), julio de 1955

Aprovechando que tenían unos días de descanso, sin partidos que jugar, ni compromisos de ningún tipo, Marcial y Diego cogieron un coche y enfilaron hacia Tetuán con la ilusión de que iban a ser testigos de algo grande, algo prodigioso. Lo intuían. Habían aceptado la invitación del técnico español.

Entraron en la ciudad por la antigua puerta de Tánger, Bab Tut, al oeste de la gran muralla que España había ido derribando en los más de cuarenta años de protectorado. Siete eran las puertas de la amurallada maravilla arquitectónica que envolvía la medina, un sitio único en el mundo.

Quisieron visitar también Bab Remuz, conocida como la puerta de la Luneta al confluir en la calle del mismo nombre. Cuentan que fue la primera calle española de esta ciudad considerada la más andalusí de todo Marruecos debido al origen de sus pobladores. Quizás por esa huella de Andalucía identificable en cada rincón de la ciudad, Diego y Marcial sintieron que se trataba de un lugar que no les resultaba extraño.

Dejaron el automóvil cerca de Bab Remuz para poder disfrutar de las vistas al valle del río

Martil, en el camino que conducía a la estación de ferrocarril de la línea entre Ceuta y Tetuán. Caminaron hacia la plazoleta de Intendencia, donde se emplazaba el rodaje ese día, así les había indicado Tonín en el barco, después de haber pasado por escenarios como la presa de Lau, cerca de Chaouen, el cuartel de regulares o la yeguada militar, todos ellos relacionados con la ocupación española. Diego y Marcial jamás se habrían podido imaginar gozando de una vivencia excepcional, extraordinaria, para cualquier mortal, como aquella. El trasiego de gente, los focos, los técnicos, las grúas, los actores, las cámaras desplazándose de un lado a otro... todo ejerció sobre ellos una enorme y desconocida fascinación.

A escasos metros del barullo, Diego reparó en la diva. ¿Lo estaría soñando o era real? Sentada en una silla plegable de tela negra y madera, con una elegante rebeca de punto sobre los hombros y un cigarrillo en la mano, Elizabeth Taylor observaba el entorno como una princesa desde su atalaya. Le recordó a Concha, su cara hermosa y delicada, la oscura y bonita cabellera... aunque los ojos de la actriz eran claros.

Tras una calada al cigarrillo, la estrella, al ver que Marcial y Diego la estaban observando, les regaló una cálida sonrisa que les hizo sentirse, por unos fugaces segundos, ángeles del cielo. Uno y otro levitaron, alejándose de la realidad, sobrevolándola y sabiendo que, aunque lo contaran, nadie iba a creer lo que acababan de vivir.

Un mozo del rodaje les empujó educadamente para que se alejaran de ella. Hay situaciones en la vida que si no se cuentan es como si no existieran.

Abandonaron el lugar, fueron privados de la visión, convencidos de que con el paso de los años ellos mismos dudarían de si vivieron lo que acababa de suceder. Iba a llegar un día, lo sabían, en el que se preguntarían el uno al otro si la vieron, si estuvieron con Liz Taylor, y tal vez ni siquiera ellos creerían su propia respuesta.

Pasaron el resto de la mañana disfrutando del rodaje y, al mediodía, Tonín, el técnico, les recomendó que se acercaran a comer algo a la taberna de Revertito, frente a la pastelería Montoya, en la calle General Franco, un bar regentado por un torero español que era secretario del Club Taurino de Tetuán, fundado hacía una década. El lugar era pintoresco, llenos todos sus rincones de cabezas de toro disecadas, trofeos de momentos de esplendor que el tiempo detiene para siempre y fija en las paredes. El ambiente no podía ser más español. Allí, Diego y Marcial se hicieron mutuas confianzas tal vez derivadas de la situación excepcional que habían experimentado juntos. Pensaron en las sensaciones que tendrían cuando llegara el momento de ver en la pantalla grande de un cine la película a cuyo rodaje habían asistido. Pero sobre todo pensaron en Liz, a quien no verían en el film. Ya nadie podría arrebatárles el recuerdo de aquel instante único con ella en Tetuán.

—¿Cómo es posible que no pienses en ninguna mujer, Marcial?

—Después de lo de Angelines... yo no quiero saber nada de las mujeres.

—No digas eso, hombre. Ya verás cómo hay una para ti, esperándote.

Lo cierto era que Marcial había vivido una de las peores experiencias. Con los preparativos dispuestos para la boda, Angelines, su novia de toda la vida, lo dejó plantado para irse con otro, que era panadero en La Puebla de Cazalla. Aquello fue un escándalo que al pobre Marcial dejó tan derrotado como aún seguía años después. Diego lo animaba poniéndose como ejemplo. Concha, la hija del guardia civil, había aparecido en su vida sin esperarla. Pero entonces de eso aún no quería contarle nada a su amigo.

—Siempre hay que tener fe. Ocurrirá cuando menos lo pienses, ya verás —animó a Marcial.

—¿Tú hablando de fe? Ja, ja, es sorprendente.

Diego había dejado de creer en Dios demasiado pronto, cuando de niño la pobreza jugaba con él y sus amigos en la calle mientras le daban patadas a un balón para agotar las horas del día deseando que tardara en llegar el siguiente.

—No creo que a mí me pase. —Marcial se mantenía escéptico sobre asuntos amorosos, no era para menos—. A ti te va siempre tan bien con las mujeres... porque vaya la mora te echaste de novia, amigo. ¡Eres la envidia de todos en el equipo! Eso a mí no me pasa ni protagonizando una película, ahora que venimos del rodaje ese.

Cuando Diego estaba a punto de responderle que si conociera a Concha entendería que estuviera así, entró en el local parte del equipo del rodaje, incluidos los actores. Y Liz, ella, la divinidad de los ojos azules como el infinito, colgada del brazo de su marido. Pero esta vez pasó por su lado y ni siquiera les miró.

El grupo ocupó varias mesas del fondo del bar y ahí se fundió a negro, para Diego y Marcial, la historia de los astros de Hollywood en el protectorado español. *The End*. Y Liz desapareció con ellos.

Después de comer dieron un breve paseo por la plaza de España; tomaron un coñac en un coqueto cafetín moruno y emprendieron viaje de regreso a Tánger desde la Medina. Durante el camino, Diego tuvo la extraña sensación de ser un hombre distinto. Había metido a saco en el equipaje de la vida una experiencia que pocos humanos podrían contar, ni mucho menos vivir.

Diego sintió que ya resultaban dolorosamente remotos los recuerdos de Liz Taylor sentada en su silla negra de tela en Tetuán, con su rebeca beige sobre los hombros y el cigarrillo acariciando sus labios con exquisita clase. Marcial y él sabían que llegaría un día en el que dudarían de haber vivido la escena, pero jamás pensó que ocurriría tan pronto. Porque tal vez lo que aún no sabía era que cuando los sueños son aplastados por la vida real terminan borrándose de la memoria con suma facilidad.

Aquel día se preguntó si todo lo que había vivido en Marruecos lo convertiría en un hombre más interesante a ojos de Concha...

CAPÍTULO 4

SUBTERFUGIOS

Osuna (Sevilla), julio de 1955

Las confidencias de las tardes de sábado en las calles del pueblo, las miradas furtivas en el giro de una esquina, el galanteo a media voz, las risas nerviosas anticipándose a la cita del día siguiente concertada a hurtadillas, solían ser el preámbulo del momento más esperado de la semana: el domingo por la tarde. El sábado no era más que «el día antes» del que en verdad interesaba por encima de cualquier otro. La avenida principal del pueblo, la Carrera, se llenaba como un avispero a la hora de la sobremesa del domingo. Por una acera caminaban las chicas; por la otra, los chicos. Y entre risas y confidencias se consumían interminables cucuruchos de altramuces, que era como ir quitando cáscaras a la tarde dominical.

Concha paseaba por el pueblo con sus dos amigas por la Carrera. Eran el centro de todas las miradas. Algunos jóvenes las piropeaban y los había más atrevidos que las invitaban a tomar un refresco, sin éxito. Las tres chicas acababan riendo ante la pertinaz insistencia de los candidatos a convertirse en pretendientes.

Pero entonces sucedió algo inesperado. Un grupo de muchachos se aproximó a ellas para saludarlas con naturalidad. Eran los amigos que estaban en casa de Ramírez el día del encargo de la tela para el vestido. Cuando Concha cayó en la cuenta, se vio delante del atractivo futbolista y quiso que la tierra se la tragara. «Se pasa más tiempo aquí que en Tánger», le susurró su amiga Anita al oído.

Él no abrió la boca. Sólo observaba a Concha, que se quedó deliberadamente relegada en la conversación. Apareció otro amigo. «Se llama Juanito y es mi primo», habló Diego dirigiéndose a ella, pero Concha no le hizo caso, limitándose a ser amable al presentarse a Juanito, un tipo ni guapo ni feo pero sí muy gracioso.

Se disponían a sentarse para tomar algo, mientras ella no dejaba de renegar, cuando la casualidad hizo que apareciera Luis Méndez encaramado a su moto y a su altanería habitual.

—Hola, preciosa. Tengo que hablar contigo.

Antes de que la propia Concha respondiera, Diego cometió la grosera osadía de inmiscuirse donde nadie le había dado cabida y dijo:

—Íbamos a tomar algo ahora todos, así que tendréis que hablar en otro momento.

No pudo haber dicho nada peor. Qué poco conocía a Concha. Acababa de herir su orgullo, entrometiéndose en algo que la atañía únicamente a ella; una actitud con la que consiguió lo contrario de lo que pretendía.

—Me parece bien, Luis. ¡Vámonos!

Sin pensárselo dos veces, subió a la moto, sin importarle dejar plantadas a sus amigas. Al alejarse, por primera vez sonrió a Diego Ramírez, como si le hubiera ganado la partida.

Luis la llevó a la zona de la colegiata, en lo más alto del pueblo, desde donde podía disfrutarse de unas vistas espectaculares de la campiña sevillana. Contemplar desde allí el atardecer le resultaba una experiencia única que rozaba lo sobrenatural.

El joven le sorprendió regalándole una postal donde unos enamorados, mejilla contra mejilla y mirada conjunta al cielo, soportaban sobre sus cabezas un pájaro que simbolizaba la felicidad que les traía. A ella le hizo gracia.

Por fin, superando perpetuos obstáculos y un decoro empedernido que lo hacía todo más difícil, él besó su boca pero adentrándose en ella más que otras veces, otorgando a sus lenguas un papel que hasta entonces no habían tenido.

—Vaya, pensé que no iba a llegar nunca —se sinceró Luis—. ¿Cuánto tiempo llevamos saliendo? ¿Dos meses? ¿Tres? ¿Más? Estaba deseándolo.

Lo curioso fue que, para Concha, después de haberlo soñado con tanta insistencia, ese beso no le supo tan dulce ni anhelado como cabría esperar. Porque a veces cuando la espera es tan larga uno llega a creer que no era para tanto.

* * *

Noche cerrada. Concha entró en el cine de verano sola, se sentó y colocó su rebeca en la silla contigua para que nadie la ocupara. Era una de las últimas sesiones del cine de verano porque pronto lo cerrarían, hasta el próximo año.

Con la película ya empezada llegó su acompañante, Luis. «¿Es que nunca puedes llegar para ver el principio de la película? Siempre te lo pierdes», le recriminó cariñosa Concha y él le respondió con un beso en la mejilla. Luis siempre solía pedirle que le guardara sitio a su lado.

Fiel a su costumbre, antes de que la película acabara, fue a despedirse de ella pero Concha, esa vez, reaccionó de una manera sorprendente.

—No. Hoy te quedas hasta el final.

—Sabes que no puedo.

—No, yo no sé nada. Ese es el problema, que no sé nada de ti.

La gente de alrededor empezó a pedirles que se callaran.

—Estamos molestando —dijo Luis—. Venga, déjalo ya, dame un beso, que tengo que marcharme.

Pero Concha giró la cara para negarle el beso y volvió a la carga.

—Pues si te vas, me voy contigo.

—¿Sabes que eso no puede ser!

Volvieron a llamarles la atención: «¡Shhh!».

—¡Pues entonces no te vayas hasta que acabe la película! —le rogó Concha—. Siempre sales corriendo antes, no entiendo qué tiene de malo quedarse a ver el final.

Como no parecía que la joven fuera a ceder, Luis la cogió del brazo y tiró de ella para sacarla de allí antes de que los echaran por escándalo.

—Creo que ya sé lo que está pasando. Bueno... lo que lleva pasando hace tiempo.

—Deja de decir tonterías, sencillamente tengo que marcharme, no hay nada más.

—No, si va a tener razón Anita.

—¿Qué Anita?

—¡Mi amiga Anita!, ¿quién va a ser? —Concha estaba alterándose de una forma inusual en ella.

—¿Estás echándome algo en cara?

—Quieres evitar que te vean conmigo —dijo ella, notando el nudo que se iba formando en su garganta. Le dolía pensar que pudiera ser así, pero más daño le causaba decirlo.

—Menuda tontería.

—No es ninguna tontería. Llegas siempre cuando la película está empezada y te marchas antes de que las luces del cine se enciendan, para que nadie vea con quién estás. Por esa misma razón nunca me invitas a tomar nada en el pueblo, siempre tenemos que irnos a las afueras con tu moto.

Luis remoloneaba en su respuesta evitando tener que darla.

—Vamos... Concha... No te pongas así.

—¡Cómo quieres que me ponga! —Sorprendentemente Concha acabó alzando la voz pero fue por la desesperación de no ser comprendida por Luis; lo del cine llevaba ocurriendo demasiado tiempo—. ¡No quieres que nadie en el pueblo nos vea juntos!

—¡Está bien, sí!

Se hizo un silencio, profundo, lacerante, hondo como una sima. Un silencio que robó el habla a Concha.

Luis intentó justificarse:

—Mira... yo no quiero hacerte daño, pero no sé si mis padres aprobarían nuestra relación, por eso evito que se enteren por alguien del pueblo, que vete a saber lo que les pueden decir o cómo se lo contarán.

—¿No quieres que tus padres sepan que estás saliendo conmigo? —La sorpresa se dibujaba en las facciones de su incrédulo rostro.

—No he dicho eso.

—¿Te comportas así por absurdos prejuicios? ¿Por tu condición social? ¿Es que no estoy a tu altura? ¿Es eso...?

Luis no supo hacia dónde encaminar una posible respuesta que no supusiera avivar aún más el desastre desatado.

—No... mujer... —balbuceó torpemente.

—¿Pero quién te has creído que eres? —le gritó—. ¡Menudo clasista!

—¡Y tú, una orgullosa!

Concha, desolada, se echó a llorar.

—Has sacado las cosas de quicio. Solamente te he dicho que prefiero ir preparando a mis padres, hay que ir despacio. Nada más.

«Hay que ir despacio...» retumbó en su cabeza como si un martillo le clavara las palabras. Concha salió corriendo sin rumbo. Esa vez sí latía su corazón, pero los latidos se apagaron de repente golpeados por la decepción.

* * *

Una tarde, sin que se diera cuenta, nada más salir del cuartel, Diego la siguió durante un buen rato, hasta que pasaron por un tramo de una calle desierta y entonces se decidió a abordarla. La primera reacción de Concha fue salir corriendo. Sin embargo, Diego fue más hábil y más rápido, y le cortó el paso.

—Por favor, será un momento, nada más. Vuelvo a marcharme, tengo partidos que jugar en Tánger.

—Mira que eres pesado. ¡Déjame pasar!

—Antes de irme sólo quiero preguntarte una cosa, y después te dejaré en paz.

—Está bien. ¿Qué quieres saber?

—¿Cómo será la forma del vestido que estás cosiendo con mi tela?

La inesperada pregunta consiguió un efecto más inesperado todavía, el de arrancarle una sonrisa.

—¿Ahora entiendes de costura? No te imagino cambiando el fútbol por el corte y confección.

Diego soltó una carcajada y después volvió a la carga:

—¿Tiene escote?

—¿Cómo va a tenerlo! ¿Estás loco?

—Una última cosa. ¿Qué tiene Luis Méndez que no tenga yo?

Concha se mordió la lengua, no podía decirle lo que pensaba teniendo la herida del desprecio de Luis tan abierta. Respondió con otra sonrisa.

—Adiós, Diego, tengo que irme. Llevo prisa.

—Mira... —sacó del bolsillo derecho del pantalón el trozo pequeño de seda ocre de muestra—. Lo conservo porque me recuerda a ti.

La joven no fue capaz de añadir nada más. Dio media vuelta y comenzó a andar sintiendo la mirada de Diego clavada en cada paso que daba. «¡Adiós, Concha!», oyó que le decía justo antes de que ella girara la esquina y desapareciera.

* * *

Volar... los pensamientos. Volar... la razón, dejarla al vuelo. Volar... los sentimientos.

Alzar el vuelo los deseos dormidos para después descender a la tierra, cuna de los hechos inevitables.

Hacía demasiado calor para estar en pleno campo en la peor hora de sol, cuando cae más a plomo.

—¿Qué te ocurre? ¿Por qué no dices nada? ¿Otra vez, Luis? Creo que ya estamos con lo de siempre. ¿Por qué no nos vamos a una cafetería a tomar un refresco? Esto es asfixiante, ¿qué hacemos aquí?

Concha creía haber conseguido una pequeña conquista en su relación el día del helado en la Carrera que, por lo visto, a juzgar por la proposición de Luis esa tarde, había vuelto a perder. Aunque el incidente del cine, que no era ni mucho menos la primera vez que se producía, ya fue suficiente baño de realidad.

Luis parecía circunspecto.

—Te he traído hasta aquí porque quería que estuviéramos solos, completamente solos, sin posibilidad de que nadie nos moleste.

—¿Y para qué, Luis?

—Porque quiero disculparme.

Eso sorprendió a Concha y detuvo el avance de su enfado.

—Creo que la otra noche no estuve muy acertado —prosiguió—. Me comporté como un grosero. Quiero que sepas que no era mi intención hacerte daño.

—Pero me lo hiciste.

—Lo sé. Y no sabes cuánto lo siento. ¿Podrás olvidarlo?

—Ahora, con tus disculpas, será más fácil hacerlo.

—¿Hay algo que pueda hacer para conseguir tu perdón? —Se había aproximado a ella hasta cogerla por la cintura y apretarla contra su cuerpo—. A ver si con esto...

Comenzó a besarle el cuello. Ella quiso esquivarlo pero no lo consiguió. Luis avanzaba en su atrevimiento, buscaba su boca al tiempo que intentaba acariciarle el pecho por encima de la blusa.

—¡Para, para!

—¿Qué ocurre? —Él la soltó.

—Me siento... incómoda.

—Esto es algo natural entre dos personas que se quieren, ¿no crees?

—Seguro que es así, pero tan sólo necesito un poco de tiempo. ¿No decías que teníamos que ir más despacio?

—Pero no me refería a esto, sabes que hablábamos de mis padres.

—Bueno pues en esto también iremos más despacio. Tú me pides tiempo. Vale. Yo también.

—Son cosas diferentes, Concha, no compares... —Emprendió un nuevo asalto con el que pensó que iba a tener más suerte.

—Luis, para, por favor. ¿Vas a tener que disculparte otra vez, ahora por esto?

—Está bien... ¡Bueno, no está bien! Pero de acuerdo.

Concha se recompuso la blusa y miró hacia el horizonte queriendo proyectar sus pensamientos lejos del presente.

CAPÍTULO 5

«LA LUZ DE LA INOCENCIA»

*Vosotros conocisteis
la generosa luz de la inocencia.*

VICENTE ALEIXANDRE,
«CRIATURAS EN LA AURORA».

—La próxima vez métete en tus asuntos.

La casualidad, esa diosa endiablada que a veces se presenta para liarlo todo, quiso que Luis y Diego se encontraran en la calle. Méndez, altivo como nadie, se dirigió al joven futbolista con intenciones no precisamente amistosas, refiriéndose al día en el que «te metiste donde nadie te llamó», le aclaró.

—¿Ahora resulta que eres dueño y señor de la calle? ¿Tienes que controlar lo que los demás digan? —respondió Diego, burlón.

—Yo que tú tomaría en serio mi advertencia.

—¿O si no qué...?

—¿Te atreves a retarme? —Sin duda Luis ganaba en soberbia.

—Por una mujer como Concha claro que lo haría.

—Vaya... el del balón ha destapado sus cartas. Con que era eso... Por una mujer como Concha. No te pongas machito, ninguna mujer vale una pelea entre hombres.

—Ella sí. —Diego, cambiando de talante, respondía serio y con firmeza.

—No. Ella tampoco.

—¿Eso es lo que piensas? Yo, en cambio, sí pelearía con quien fuera por alguien como Concha. ¿Acaso tú no? ¿Lo piensas en serio?

Luis se echó a reír apoyado en su potente moto, haciendo que la tensión aumentara. Parecía que se estuviera riendo de Diego en su cara.

—¿Crees que un hombre como yo lucharía con otro, como si fuera un vulgar gallo de pelea, por una hembra?

—No lo sé. Dímelo tú. —Diego no estaba dispuesto a rendirse ni a dejar de retarlo.

—Es evidente que no —respondió Luis, tan sincero como despectivo.

Se erigió un socorrido silencio entre ambos.

—¿Lo sabe ella?

Por toda respuesta, Luis se limitó a sonreír con chulería, arrancó la moto y se largó.

* * *

Concha les mostraba en una revista el vestido que había confeccionado con la seda que le trajo Diego. Tenía un corte muy sofisticado, a la altura de los padres de Luis, pensó para sus adentros. Esperaba con ganas el momento de poder estsrenarlo.

—Estarás guapísima —le dijo Anita.

—Serás la envidia del pueblo —remató Dolores.

—¡Qué exageradas sois!

Rieron... Pero sobre todo hablaron de la vida tan limitada que llevarían en el pueblo. La única alternativa era casarse, ser una buena esposa y cuidar de la casa y la familia. Lo sabía bien Concha, que, para que no le quedaran dudas, su familia se lo recordaba de tanto en tanto.

—¿Y eso es todo...? ¿Así serán nuestras vidas...? —dijo Concha, lanzándoles la pregunta a sus amigas.

—¿Te parece poco? —replicó Dolores—. ¿Qué más quieres?

—Pues yo estoy de acuerdo con ella —Anita siempre de su parte—. Aquí nos vamos a morir de asco.

—Me temo que aquí, como dices, está nuestro presente pero también nuestro futuro.

—¿Quién piensa en salir de este pueblo? —En el fondo, a Dolores le gustaría poder hacerlo.

—¡Ojalá yo pudiera! —manifestó Anita con ansia.

—Yo no lo tengo tan claro. —Concha seguía mirando el patrón del vestido—. ¿Adónde vamos a ir y a hacer qué, si no nos han permitido estudiar nada? Además, cómo voy a plantearme un futuro lejos de Osuna si en lo que pienso es en un futuro... —hizo una frívola pausa— junto a Luis.

Su último comentario causó un pequeño revuelo entre las otras dos amigas.

—¿Es lo normal, no? —insistió Concha.

—Si tú lo dices... —Anita nunca había sido muy partidaria de Luis Méndez.

Tampoco lo era Dolores, sobre todo porque a ella quien le gustaba para Concha era Diego, tal vez porque ambas familias estaban vinculadas por la amistad de varios de sus miembros. De hecho, el joven futbolista le pidió que mediara con Concha para poder verla. Quería prevenirla de Luis.

* * *

La cita fue a media mañana cerca del cuartel de la Guardia Civil. Dolores les dejó a solas.

—¿Ahora te dedicas a tenderle trampas a la gente? —La expresión del rostro de Concha pretendía ser severa.

—Creí que era la única manera de poder verte.

—Tienes razón, no habría aceptado quedar contigo de no haber sido engañada. Dolores miente muy bien.

—Ella no tiene la culpa. Pero me alegro de que estés aquí. Tenía tantas ganas de verte...

—¿Sólo porque tenías ganas de verme me has citado con engaños?

—No sólo por eso. Lo que voy a decirte es importante, Concha. No debes fiarte de Luis Méndez.

—¡Ja! ¿De verdad que se trataba de eso? ¿De un vulgar ataque de celos?

—No es un ataque de celos. Él no te merece, créeme que tengo pruebas de ello.

—¿Qué pruebas? —Concha se negaba a tomarlo en serio.

Diego agachó la cabeza antes de volver a mirarle a la cara y responder:

—No puedo decírtelas porque te harían daño y no quiero que sufras.

—Vaya... qué considerado eres —respondió la joven con ironía.

—Créeme, por favor. —Suplicante, Diego deseaba en el fondo de su corazón, que creyera sus palabras aunque resultaba difícil convencer a Concha—. Es un hombre que no merece a una mujer como tú. Él jamás lucharía por nada que tuviera que ver contigo. Se cree superior a ti. Bueno... en realidad, se cree superior a todo el mundo y eso te incluye a ti.

—¡Ya basta, Diego! ¿No te das cuenta de que estás haciendo el ridículo?

—Esto no lo hago por mí, sino por ti. Ese hombre te hará sufrir.

—¿Quieres un consejo? Esta mañana me siento generosa, así que te voy a regalar uno. La próxima vez que te propongas conquistar a una mujer hazlo por tus propios méritos y no cargándote los méritos de otros.

Concha se marchó dejándose llevar por una altanería que no era propia de ella. Parecía contagiada precisamente de la de Luis.

* * *

—Fue una actitud muy mezquina. Lo único que pretendía Diego era que rompiera con Luis para tener el camino libre.

Concha se lo contaba a Anita camino de la casa de los Méndez, en la calle Sevilla. Además de la finca a las afueras, tenían una impresionante mansión en una de las calles más señoriales de Osuna, en la que vivían habitualmente.

—¿De verdad crees que lo hizo por eso?

Su amiga recelaba cada día más de Luis, a pesar de lo cual aceptó acompañarla en la aventura que estaban a punto de vivir. Una aventura arriesgada. Iban a presentarse en su casa sin anunciárselo previamente. Aunque claramente parecía una reacción a lo que había hecho Diego, Anita no dijo nada y se limitó a no dejar que Concha fuera sola.

—¡Claro que fue por eso! Voy a demostrarle que está equivocado.

—Mujer, tampoco hace falta. Si es por eso ya lo harás otro día y de otra manera. Estamos a tiempo de dar media vuelta.

—¡Ni se te ocurra hacerlo! Llegaremos hasta el final.

—Como quieras...

Concha se quitó el abrigo y entonces...

—¡Guau!

La exclamación de Anita no dejaba lugar para la duda.

—Estás preciosa.

—¿De verdad estoy guapa?

—Ese vestido es una joya. Y la percha, otra.

—Ja, ja. Creo que exageras.

—En absoluto. ¿Para esto querías la tela de seda?

—Sí. Tenía que hacerme un vestido que fuera especial, distinto. Quiero causar buena impresión a la familia de Luis. Y, sobre todo, a él. Puede que sus padres ni siquiera estén. Lo que pretendo es sorprenderle a él.

—¡Lo harás! ¿Tienes claro lo que vas a hacer?

Concha miró a su amiga, respiró hondo y llamó a la puerta. Abrió un criado.

—Buenas tardes. ¿Podría avisar a don Luis, por favor? —A Concha, llegado el momento, le impresionó la propia circunstancia y su fortaleza se tambaleó al ver al hombre, pero fue pasajero.

—¿Padre o hijo? —respondió el sirviente.

—Oh. Pues... Hijo... supongo.

—Claro, por supuesto que el hijo —medió Anita, aportando más seguridad.

—Voy a avisarle. Esperen aquí, por favor. ¿Y a quién anuncio?

—Es una sorpresa —respondió Concha ya más recompuesta.

Les hizo pasar al amplio zaguán de la casa.

—Pareces una actriz de Hollywood, jamás te había visto tan guapa como hoy —la animó cariñosa Anita.

El cabello de Concha brillaba más de lo habitual y las ondas de su larga melena azabache cayéndole por la espalda parecían abrigar sus miedos y temores.

Por fin apareció Luis. Pero su reacción no fue la esperada.

—¿Qué coño haces aquí!

Debía de estar muy enfadado ya que no solía decir tacos.

—He venido a darte una sorpresa... —A Concha se le quebró la voz a pesar de su esfuerzo por evitarlo.

—¡Vaya si me la has dado! ¿Te has vuelto loca? ¡Las dos! ¿Os habéis vuelto locas? —Ahora repartía también para la amiga—. ¿En qué estabais pensando para presentaros así, sin avisar?

—Pensé... —Concha carraspeó para tomar impulso—. Pensé que te gustaría que tus padres me conocieran. Mira, me he hecho este vestido para ti... ¿no te gusta?

Por supuesto que, en ese momento, Luis Méndez, hijo del poderoso terrateniente Luis Méndez, no estaba para vestidos. Ni siquiera reparó en él.

—¡Marchaos! Y tú y yo ya hablaremos —le dijo a Concha.

De repente apareció el padre, que parecía tener la intención de salir y se encontró con la escena.

—¿Qué pasa, hijo? ¿Quiénes son estas señoritas tan guapas?

—Buenas tardes, don Luis —se apresuró a saludarle Concha con intención de presentarse como la novia de su hijo, pero este fue más rápido impidiéndolo.

—Ha venido para ofrecer sus servicios como institutriz, pero ya le he dicho que en esta casa no hay niños pequeños.

—No, ¡aquí ya están todos muy creciditos! Ja, ja —bromeó el padre—. Un placer...

Les besó la mano a ambas y salió.

Luis se mostró exageradamente alterado y con un disgusto que no acababa de entenderse. Pero él lo tenía muy claro. El comentario de «no creo que sea para tanto» que hizo Concha acabó de desatar su furia:

—¿No lo crees? ¡Qué fácil es todo para ti!

—¿Cómo puedes decir que para mí todo es fácil? Yo sólo quiero que esta relación sea normal.

—Precisamente eso es lo que no puede ser, normal. Mi padre no cree que seas el tipo de mujer que me conviene, por eso no quería que supiera quién eres y le he mentado.

—¡Lo que has hecho ha sido humillante!

—Tienes que irte. Hemos terminado.

—No puedo creer lo que estoy escuchando. ¿Es esta tu cobardía, Luis?

—Se trata de nuestra vida, de nuestro futuro. Y el mío no pasa por contravenir a mis padres, te lo aseguro. —Calló unos segundos para que Concha enajalara el duro golpe que acababa de

asestarle—. Lo siento...

—¿Y nuestros sentimientos?

—Por encima de ellos está la responsabilidad de pertenecer a una familia.

—¿La familia está por encima de lo que sentimos? ¿Qué barbaridad es esa? ¿Es así como te han educado?

Portazo... Lágrimas...

Decepción.

Durante el trayecto de vuelta, Concha lloraba más de rabia que de pena, aunque de lo último también. No sabía distinguir. Era tan inesperada una reacción así... aunque quizás se engañaba a sí misma. Al fin y al cabo, señales había tenido, Luis la había despreciado en muchas ocasiones. Quizás lo ocurrido fuera lo mejor, por más duro y desagradable que hubiera resultado.

En el naufragio que suponía el desengaño tuvo una sensación melancólica de pérdida de tiempo, de pensar que había sido una ilusa, como tantas veces le oyó decir a su hermana Carmen riéndose de ella, acusándola de tener la inocencia como castigo cuando ya no le tocaba ser tan inocente debido a su edad. Y entonces creyó haber hallado la respuesta a la pregunta de Diego sobre si había algo que ocultar, algo que le hiciera temer que Luis la hubiera visto con ese hombre al que le había encargado conseguir una seda delicada y cara.

Ella no había tenido que esperar a que llegase a un puerto español un barco cargado de telas del extranjero, codiciadas por ser un tesoro desconocido e inalcanzable en la España que todavía no despertaba al mundo. A ella se la conseguía Diego. Ese reto, unido a la imagen sensual del joven futbolista acariciando con sus dedos largos y varoniles la seda, se impuso al desengaño de Luis de manera tan natural como una estación del año da paso a la siguiente.

* * *

Tánger (Marruecos, protectorado español), septiembre de 1955

Diego regresó pronto a Tánger pero con el corazón deseando emigrar a casa. Ya lo tenía claro. Se lo preguntó a sí mismo. Se hizo la pregunta muy en serio y la respuesta le llegó en forma de revelación. Durante semanas había estado desgranando en silencio los elementos, las partículas, los minúsculos átomos que componían el sentimiento identificado, al fin, como amor. Pero ya no podía seguir callado. Ese amor le quemaba en su interior. Necesitaba dejarlo expandir y que se fundiera con el aire de Tánger, que pronto dejaría atrás. También eso estaba decidido.

Se lo contó a su amigo Marcial en una noche en la que el alcohol recaló con excesiva alegría en sus cuerpos y acabaron caminando por el muelle de la ciudad para airear la borrachera. Diego gritaba a cielo abierto: «¡Vuelvo a por ti, mi amor! ¡Cruzaré de nuevo este mar sólo para verte!». La última palabra tiró de él hasta sentarlo de golpe en el suelo, propinándose un batacazo que, a pesar de la contundencia, apenas sintió. Marcial lo imitó y a punto estuvo de descalabrarse.

—Entonces, ¿terminaste con Yasmin...?

—¿Quieres la verdad, amigo? Se largó. Pero la culpa fue mía. Últimamente nada funcionaba entre nosotros.

* * *

Había ocurrido nada más regresar de su más reciente viaje a Osuna. El último encuentro con

Yasmin fue una prueba de fuego para él, que acabó en incendio para ambos. Llevaban un rato en la cama, desnudos, dándole vueltas a un sexo que se les resistía. Algo no iba bien. La piel de la muchacha, siempre tan deseada, parecía extraña esa noche; ajena a las manos de Diego, que se afanaban en recorrerla.

De pronto, él se detuvo, dejándose caer bocarriba en su lado de la cama. «No puedo seguir», se excusó aunque en realidad llevaba ausente mucho rato. Llevaba ausente días. Semanas, mucho antes incluso de ese último viaje.

—¿Qué te ocurre?

—No sé... algo ha pasado por mi cabeza, así, de pronto. No sé qué me ha ocurrido.

—¡No es verdad! No es algo que haya pasado por tu cabeza ahora. Llevas así de raro muchas noches. Antes de volver a tu pueblo ya me dio la sensación de que me evitabas, pero ahora me demuestras que no era algo que yo imaginara, sino una gran verdad. Además, nunca te habías marchado de aquí tantas veces. Últimamente no has parado de viajar a España. Me rehúyes, y cuando consigo que estemos juntos es como si tú no estuvieras. Es humillante para mí.

—No digas eso, Yasmin, yo...

—¡Estoy harta de esta situación! ¡Harta! Esto ya lleva pasando mucho tiempo. No te permitiré ni una más.

Yasmin saltó desnuda de la cama y, furiosa, comenzó a recoger con rapidez su ropa y los pocos objetos personales que tenía, anillo, collares, varios vestidos, mientras maldecía a Diego en su idioma. Le escupió palabras que llevaban demasiado retenidas esperando poder salir y liberarla a ella:

—¡Eres un hijo de perra y un malnacido! ¿Estás con otra mujer, verdad? ¿Por qué no me has dicho que hace tiempo que te estaba ocurriendo algo? ¿Era necesario que me humillaras de esta manera?

—Mi intención no es humillarte, Yasmin.

—¡Mentira! Comportate como un hombre y dime la verdad. ¿Hay otra mujer?

—No. —La respuesta de Diego fue rápida.

—No te creo. Todos los españoles sois iguales, nos utilizáis a vuestro antojo y luego nos dejáis tiradas. ¡Cobarde!

Y le lanzó lo primero que tuvo más a mano, una lamparilla de noche, que Diego desvió en el aire porque Yasmin tenía mucha fuerza y la había arrojado con violencia.

—¡Se acabó para siempre! ¡Ojalá te pudras!

Salió farfullando palabras ininteligibles en árabe. Posiblemente lo estuviera maldiciendo. En escasos minutos el portazo que dio Yasmin al irse dejó la habitación en silencio, y a él enfrentado a su realidad que se veía obligado a admitir. No cabían más excusas. Si nada de lo que le acababan de decir le hacía el más mínimo daño tendría que reconocer que existía un inequívoco motivo que lo explicara y que lo que pudiera pasarle a Yasmin o lo que la chica sintiera había dejado de preocuparle. Ya no le afectaba.

Se incorporó en la cama, mudo escenario del abandono, y hundió la cabeza entre las manos.

* * *

—No la culpo. Ya está. Se acabó. Ahora sólo existe Concha.

—Qué sorpresa... ¿Concha, la hija del guardia civil?

Diego asintió.

—Pero ella no me quiere, amigo, no me quiere —dijo en un tono tan bajo que más parecía un lamento—. Tengo que conseguir que lo haga... ¡Tengo que conseguir que me ame! —volvió a gritar a pleno pulmón, dejando ensanchar su pecho.

—Diego, tú ahora mismo lo que tienes que conseguir es que se te pase la tajada que llevas. Anda, te acompaño, es hora de irse.

Al llegar a la pensión en la que residía, Diego llamó por teléfono al cuartel de Osuna para hablar con Concha. Le pidió a su casera el favor de que se hiciera pasar por una amiga de la joven para que esta atendiera la llamada.

Concha creyó que alguien le gastaba una broma de mal gusto. Lo último que podía pensar era que Diego estuviera llamándola desde Tánger. Al principio quiso colgar, contrariada por la osadía, pero acabaron hablando. Diego le confesó que no dejaba de pensar en ella y que no deseaba otra cosa que verla pronto...

La joven se hacía de rogar.

—Yo no quiero tratos contigo, me he enterado de que ahí tienes novia. Supongo que será mora.

—Tenía —se apresuró a aclararle Diego—. Eso ya se ha acabado.

—Vaya, qué casualidad. —Concha recelaba, no creía del todo en su palabra.

—¿De verdad, Concha, que no te gusto...?

—Anda, no seas pesado. Voy a colgar.

—¿Ni siquiera un poquito...? —Diego tenía un carácter muy guasón—. Vamos, morena... no seas tan quisquillosa. ¡No cuelgues, por favor!

Concha seguía manteniendo la resistencia, aunque lo cierto era que Diego le resultaba muy atractivo... y quién sabe... «Mira que si al final Dolores y Anita acaban teniendo razón»... Su corazón empezaba a cambiar de dirección, lentamente, siguiendo el viento que le conducía a Diego.

Su cabeza, sin embargo, la colocaba en el resentimiento hacia los hombres. La ruptura con Luis era demasiado reciente y Concha seguía dolida.

—Dime cómo está quedando el vestido.

—¿Estás borracho?

—Tengo muchas ganas de vértelo puesto...

—Creo que deberías irte a dormir, Diego. Has bebido demasiado.

—¿Sabes que estaré en Osuna por Navidad? Iré a pedir tu mano a tus padres.

—¿Pedir mi mano? ¡Pero si apenas nos conocemos! Estás loco —le discutió Concha.

—A mí no me hace falta conocerte más para saber que eres la mujer a la que amo.

Ella colgó el teléfono.

«La mujer a la que amo...». Esas palabras de Diego, que engulleron cualquier rastro de los besos de Luis y del desengaño que llegó después, anidaron en Concha. Se quedaron a vivir en aquel corazón que parecía estar esperándolas, sin que nada ni nadie pudiera ya desalojarlas de él.

Después de lo ocurrido esa noche, Marcial se sintió en la obligación de hacer algo por Diego. Se le ocurrió llamar a su amigo del alma en Osuna, el hermano de Dolores, para que le pidiera a esta que hablara con Concha. Tenían que conseguir que la hija del guardia civil viera con buenos ojos a Diego.

—Sí, está enamorado hasta la médula, como lo oyes. Pero me temo que Concha no está dispuesta a hacerle mucho caso. Mira a ver qué puedes hacer.

—No te preocupes. Yo me encargo. Por lo pronto, se me ocurre que ahora, en Navidad, Diego podría... deja, que yo me encargo.

* * *

Osuna (Sevilla), diciembre de 1955

Aquellos días transcurrieron con rapidez y las Navidades se posaron en el cuartel como si un ángel fuera a traer buenas nuevas. Concha intentaba disimular su desazón. Sus cómplices, Anita y Dolores, perseveraban en la idoneidad de Diego como novio.

«No sé qué le sucede estos días a Conchita», se quejaba cariñoso su padre, mientras que la madre, en cambio, intuía lo que le podía estar pasando.

—¿Tú no estarás viéndote con nadie, no? —le preguntó directa Antonia.

—¡Por supuesto que no!

—¿Estás segura...? —insistió la madre.

* * *

—¡Cómo voy a tener ganas de verme con nadie! —Concha le hablaba a su hermano Manuel echada en el sofá y con una manta tapándola entera, hasta la cabeza—. Vais a volverme loca. Mamá, que si no debo salir con nadie. Tú, en cambio, que tengo que salir y ver a cuanta más gente mejor. No quiero, Manuel, no quiero ver a nadie ni moverme de casa.

—No puede ser que estés así por un chico.

—Por un chico, no. ¡Por un imbécil!

—Por fin has dicho algo cabal. —Su hermano era pertinaz, no iba a dejarla en paz—. Y si consideras que es un imbécil, ¿por qué estás así por él? ¿Merece la pena?

—Yo qué sé, Manuel. Lo único que quiero es morirme, pero en casa. —Concha empezaba a ponerle humor a su melodrama—. Morirme debajo de esta manta y que el mundo se olvide de mí.

—¿Quieres que te diga lo que pienso? —El afán de Manuel era animarla por encima de todo.

—No. No quiero que me lo digas.

—Muy bien, entonces te lo diré igualmente. Estás haciendo que Luis Méndez gane. Que se imponga, como hace siempre. Te comportas como él querría: hundida, con la moral y el ánimo pisoteados. Hermana, tú no has hecho nada malo. Él es un capullo y tú una mujer de bandera que debe decirle al pueblo entero que un Méndez no ha podido con ella; que tienes más grandeza humana que el señorito de marras. Ponte un vestido bonito y sal de casa con la cabeza muy alta. ¡Nos vamos al baile del casino!

Su hermana había asomado los ojos por encima de la manta y lo escuchaba impresionada por sus palabras. Apenas pudo decir:

—¿El... casino... hoy, dices...?

—¡Arriba, hermanita!

Manuel arrastró la manta hasta el suelo e incorporó a Concha. Después la empujó por detrás como un autómatas conduciéndola a su habitación.

—Veamos, ¿qué te vas a poner? —preguntó, plantados ambos ante el armario—. Este parece precioso... a ver...

Extrajo precisamente la percha en la que estaba colgado el vestido que se había confeccionado con la seda traída por Diego de Tánger.

—Ma-ra-vi-llo-so. ¡Menudo traje!

—Lo he hecho yo. Es la tela de la que trajiste la muestra de Tánger.

—¡Es cierto! ¿Esta joya ha salido de tus manos? Pues eres una artista, hermana. ¡Adjudicado!

—No, no, escoge otro. Además, no creo que vaya al baile.

—No hay otro mejor que este y ¡por supuesto que vas a ir! Iremos juntos. No voy a permitir que te quedes en casa.

—Está bien, vale, iré —se rindió ante la insistencia de Manuel, lo conocía bien y sabía que no le quedaba otra que aceptar—. Pero con ese vestido no.

—¿Qué le pasa? No habrá otro ni siquiera similar en todo el pueblo.

—No es eso. Es que...

Ocurrió lo que no quería: pensar en Luis otra vez. Se le echaron encima, asaltándola sin piedad, borbotones de malos recuerdos recientes que la hicieron retraerse en un sillón.

Manuel la ayudó a levantarse y le puso el traje en las manos.

—Vamos, Concha. Demuéstrate a ti misma que Méndez ya no es nada en tu vida y que eres mejor que él. Póntelo. Arréglate un poco y nos vamos de fiesta esta noche. Recuerda, con la cabeza bien alta.

Concha se abrazó a él necesitando ese calor que da el impulso en momentos bajos.

—No nos pongamos sentimentales, que estamos arrugando tu vestido. Ve a maquillarte un poco, ¡no vayamos a llegar tarde!

El casino había sido engalanado para el baile de Navidad. Las luces ambarinas repartidas por las dos plantas del local y por la galería circundante que se abría con enormes cristaleras a la plaza Mayor, en la que se ubicaba, conferían una pátina nostálgica y antigua al casino, nacido como la sociedad más importante de Osuna en la época de la Restauración.

Estaba abarrotado de gente. Un hombre grueso y corpulento los recibió con efusividad.

—¡Manuel! Qué caro eres de ver, hombre. ¿Cómo está vuestro padre, don Miguel?

—Está bien, don Marino. Gracias.

Se desconocía el cargo que tenía don Marino en el casino —posiblemente, ninguno—, pero ayudaba en las tareas de la presidencia y eso lo convertía en un preboste del local.

—Uuuuhhhh... por Dios, cómo está de guapa la mocita. Concha... —Le besó la mano.

Aquella noche era la única del año en el que permitían la entrada a las mujeres. La sociedad del casino, en origen formada por socios de la alta sociedad de Osuna, mantenía esa tradición de entorno masculino, hecho por hombres y para hombres. Cada socio tenía su camarero propio. Cuando alguien perdía a las cartas, lo trasladaban a una sala contigua a la que llamaban el salón del oreo para que se le pasara el sofoco.

—Usted siempre tan galante, don Marino —le dijo Manuel.

—Pero cómo no admirar la belleza de tu hermana... Además, he de decir que te tengo mucho cariño, criatura —ahora se dirigía directamente a Concha—, por la devoción que le profeso a tu padrino de bautizo, ah, no, yo no lo he olvidado, a don Pepe Marchena. Aquí había un vendedor de lotería al que llamaban Zamorita, que yo no sé cómo lo hacía, pero el tío era el primero en enterarse de que don Pepe iba a venir y lo esperaba en la puerta para meterle un buen sablazo y venderle todos los boletos que llevara ese día. Pobre don Pepe, en este casino se arruinó jugando a las cartas, al tresillo, su preferido, y a uno que estaba prohibido —bajó la voz como si alguien indebido fuera a escucharle—, el monte. Pero es que aquí siempre se ha jugado, aunque lo prohibieran las leyes. ¡Qué os voy a contar a vosotros, si vuestro padre más de una vez ha participado en una redada! Pero es buena gente, eh, nada que decir de don Miguel. Bueno, ya está bien de cháchara, que habréis venido a bailar, digo yo...

A los hermanos les estaba divirtiendo la verborrea de don Marino, quien se lanzó a recibir a otros de los asistentes que iban llegando. Ellos aprovecharon para adentrarse en el patio central, un rectángulo con columnas de hierro fundido. La gente pululaba de un lado a otro saludándose como paso previo a la fiesta. Manuel y Concha enfilaron las escaleras de mármol hacia la sala de baile. Las parejas seguían el ritmo de la orquesta. Al hacer su entrada Concha, muchos jóvenes se giraron para mirarla pero ninguno se atrevió a hacer comentario alguno al verla caminar de la mano de su hermano Manuel. Tenía fama de defenderla como si fuera un perro de presa.

La muchacha respiró hondo para conquistar seguridad y se tocó la seda del vestido ajustándolo en la cintura.

—Recuerda... —le dijo su hermano—. Con la cabeza bien alta.

De ese modo caminaron hacia el centro de la sala y comenzaron a bailar.

Estaba siendo una noche divertida en la que a Concha la invitaban a bailar sin demasiado éxito. Su hermano se encargaba de seleccionar a los solicitantes que iban acercándose para sacarla.

Bailaba con uno de los elegidos cuando el mundo se detuvo para ella. Dejó de dar vueltas, se soltó de su acompañante y, con el corazón en un puño, mientras la orquesta seguía soltando notas musicales que ahora a ella le sonaban deslavazadas, fue avanzando lentamente hacia un extremo de la sala.

Allí permanecía Diego apostado, mirándola. Había vuelto. Era él. ¿O un sueño...?

Corrieron para acortar el trecho restante y fundirse en un abrazo que resarcía el tiempo, la pena y la espera.

Al final, sin haberlo previsto así ese día, Diego estaba viendo el vestido puesto sobre el cuerpo de Concha, como un fino guante, como una segunda piel que por fin podía acariciar. El vestido, precioso, ceñido a su cintura de avispa y a sus piernas largas y esbeltas que se intuían por debajo del ligero y sinuoso tejido. Diego quiso comérsela ya no con la mirada.

Manuel lo vio todo desde el fondo de la sala, donde estaba instalada una pequeña barra para bebidas. Se pidió un coñac, «que sea doble y fuerte», le dijo al camarero y se lo bebió de un solo trago, incapaz de ir a impedir lo que estaba presenciando. Veía a su hermana tan feliz que dejó que todo sucediera...

—¡Dios! Estás más hermosa que nunca —le susurró Diego con el quiebro en la voz que produce un amor no permitido.

El escote ligeramente tipo barco dejaba al descubierto una breve porción de sus hombros, suficiente para que Diego se volviera loco al verlos. Posó sus manos levemente en las caderas, sólo quería acariciarla a través del suave tejido de la seda, hasta que ambos quedaron unidos por un mismo deseo que cubrió sus cuerpos de igual manera.

Entonces empezaron a moverse al mismo son. Bailaron tan pegados que se sintieron cada uno dentro del otro.

Concha regresó a casa con su mundo trastocado y convencida de que Diego iba a quedarse en su vida.

CAPÍTULO 6

«LA REALIDAD SE SUEÑA»

*El tiempo pasa, pero no hiere, parece flotar,
suave en los contornos, detenido en las formas,
reflejos donde la realidad se sueña,
inventada luz, por eso más intensa.*

JUAN LUIS PANERO, «CENIZA ETERNA».

—Toma... abrígate, no vayas a quedarte helada.

Diego la cubrió con un abrigo de paño.

—Enseguida nos vamos para adentro. ¡Espero que me disculpes por el frío que te estoy haciendo pasar! —Diego sonrió y entonces a Concha lo que menos le importó fue el aire que le cortaba la cara—. Quería que vieras algo muy importante para mí. Todavía recuerdo el día en que ayudé a mi padre a plantar este limonero.

Estaban en el corral de la casa familiar, presidido por un impresionante árbol que colonizaba una buena parte del espacio. Había ido a buscarla a su casa arriesgándose a que, si alguien de la familia de Concha lo descubría, lo echaran o la castigaran a ella. Pero nada de eso ocurrió, habían salido corriendo cogidos de la mano camino de la casa de Diego, sin saber la joven a qué iba.

—No puedo estar mucho rato porque si me descubren...

—Tranquila, seré rápido. —Y la besó en la mejilla a la carrera, sin apenas detenerse, como si fuera un contorsionista.

Y ahí estaban, delante del limonero, con un orgulloso Diego dando todo tipo de explicaciones sobre el árbol.

—De niño, una de mis aficiones era tumbarme debajo de estas ramas. No verás limones tan grandes como los que da este limonero.

—¡Qué exagerado!

—¡En serio! En ningún lugar del mundo encontrarás limones tan enormes como los de mi casa.

—Eso no puedo saberlo —respondió Concha con un atisbo de picardía—, no voy a recorrer el mundo para comprobarlo.

Diego se acercó a ella, pegándose a su cuerpo, que tiritaba, para hablarle casi en un susurro:

—¿Y por qué no lo hacemos juntos? —Forzó una pausa deliberada—. ¿Te imaginas... tú y yo recorriendo un país tras otro?

—Anda, anda, tienes cada ocurrencia.

—En realidad, no necesitamos irnos muy lejos. ¿Te imaginas cuál es mi mayor deseo en este momento?

—A saber, de ti puedo esperar cualquier cosa.

—Te equivocas. Este deseo es muy real: que en primavera podamos ver, aquí, donde estamos ahora, cómo crecen los limones. Porque eso significará que seguimos juntos. ¿Tú también quieres?

Más que responderle a él, Concha se lo dijo a ella, deleitándose con su decisión:

—Sí... Yo también lo deseo.

Se abrazaron bajo el árbol cuyos frutos les esperaba hasta la próxima primavera.

* * *

El día de Navidad la paz familiar saltó por los aires en casa de Antonia y Miguel, no dispuestos a permitir que la pequeña de sus hijos siguiera viéndose con el futbolista. Su hermana Carmen se había enterado y le faltó tiempo para contárselo a sus padres y a sus hermanos, pensando que ninguno de los dos lo sabría. No tardaron en arremeter contra Diego con la errónea creencia de que de esa manera protegían a Concha. El único que intentaba suavizar la tensión era Manuel. El resto de la familia no estaba de acuerdo con la relación. No lo consideraban «un buen partido» para su hija, procedía de una familia en exceso humilde para ellos, carecía de estudios y «a saber qué vida habría llevado entre los moros». Tenían otra idea muy distinta del hombre que debía casarse con su niña pequeña.

Ellos no estarían de acuerdo; ella, por el contrario, estaba dispuesta a contradecirles por primera vez en su vida. Seguiría saliendo con ese hombre.

Carmen fue a buscarla a su cuarto con provocadora cara de satisfacción:

—¿A eso es a lo que aspiras, a enviarte con un muerto de hambre?

—¿Qué sabrás tú de Diego?

—No hace falta saber mucho para ver que ese hombre no te conviene. Y no se te ocurra hacer algo que deje a nuestros padres en evidencia.

Aquel día Concha no comprendió por qué su hermana se había comportado de esa manera. El chivatazo le hizo mucho daño y cargó de dificultades la ya de por sí complicada relación que mantenía con Diego. Sus padres se habían opuesto desde el principio, esperando que cuajara alguno de los pretendientes militares que la cortejaban. Y como la prohibición es el germen de lo furtivo, Concha y Diego acabaron viéndose a hurtadillas a las afueras del pueblo, alejados de punzantes miradas que pudieran delatarles.

Concha estaba dispuesta a esperar a que el limonero floreciera para ellos.

* * *

Tánger (Marruecos, protectorado español), finales de marzo de 1956

Mientras preparaba el equipaje para su partida, Diego escuchaba en la radio que se iba a poner fin a la intervención española en Marruecos. Fue una coincidencia. España terminaba con más de cuarenta años de protectorado en el norte de África al mismo tiempo que Diego abandonaba una tierra en la que había sido feliz para ir en busca de otra felicidad distinta que lo devolvía a su cuna, a sus orígenes... a Osuna.

Una felicidad que lo llevaría, directo, a los brazos de Concha. O eso, al menos, era lo que esperaba.

El día que embarcó camino de la península sintió un nudo en el estómago. Se despidió de

Marcial con mucho afecto y con pena en el puerto de Tánger.

—Yo tardaré poco en volver, amigo, ya ves cómo se están poniendo aquí las cosas. Pronto a los españoles no se nos va a querer en Tánger ni en ningún sitio en Marruecos.

—Harás bien —Diego estaba emocionado—. Y no pierdas la esperanza. Seguro que en algún lugar hay una mujer esperándote, sólo hay que saber encontrarla.

Se abrazaron sin prisa, queriendo transmitirse el cariño que iba a perdurar en ellos posiblemente para siempre y compartiendo las ganas de que el reencuentro tuviera lugar a la mayor brevedad.

Durante la travesía del Estrecho, en la cubierta del barco que lo trasladaba a su amada Andalucía, no dejó de mirar atrás en ningún momento, ni de pensar en las noches de Marruecos, con su cielo tan distinto a otros; en tantos lugares que había conocido y en los que se había sentido reconfortado lejos de su pueblo; en Marcial... Sobre todas esas imágenes revoloteaba la sombra del joven que llegó, con diecinueve años, para comerse el mundo confinado en las zonas francesa y española de Marruecos recién estrenada la década de los años cincuenta. Unos años que se iban alejando tras la estela de espuma que dejaba el ferri sobre las aguas que le decían adiós...

* * *

Osuna (Sevilla), otoño de 1956

La relación de Concha y Diego avanzaba aunque lentamente debido a la oposición de la familia de ella. Andaban de un lado a otro pidiendo favores a los amigos comunes para que cubrieran sus salidas proporcionándoles coartadas a ella, y lugares en los que poder verse a escondidas a ambos, a lo que hubo que sumar que el ánimo de Diego se desplomó. No encontraba ocupación alguna con la que ganarse la vida.

Recurrió a varios presidentes de clubes, a quienes conocía de sus tiempos de jugador en el protectorado y, meses después, lo acabaron fichando en el Real Club Recreativo de Huelva, equipo decano del fútbol español. Fue lo mejor que encontró. Aunque la verdad es que fue lo único. Pero era, sin lugar a dudas, un buen fichaje. Y Huelva no estaba tan lejos.

Otro obstáculo en el ya bastante complicado idilio de la pareja. No contaron entre sus planes con una separación justo cuando intentaban afianzar una unión clandestina, pero las cosas se presentaron de esa manera y no quedó más remedio que aceptar la marcha de Diego. Otra vez. «Esto nos hará más fuertes», le dijo a su novia. Pero ella no se mostró demasiado convencida de que fuera así. Y para colmo...

—Los rumores en el pueblo vuelan. Ven, Concha, que tu padre y yo queremos hablar contigo.

Los tres se sentaron en la salita pequeña que estaba al lado de la estancia en la que solía coser Antonia, quien en ese momento mostraba en el rostro un gesto contenido deseoso de estallar contra su hija.

—Dicen que Ramírez ha vuelto a marcharse de Osuna.

—Ah... pues no sé...

Concha disimulaba mal y aún controlaba peor el rubor de sus mejillas al haber sido descubierta; estaba claro que lo sabían.

—Qué raro que no sepas nada, si últimamente andas mucho con él, ¿no?

—¿Mucho? —La joven se sentía atrapada en un atolladero de complicada salida—. Bueno, le he visto alguna vez y...

—¡Dejémonos de tonterías!

Llegó el temido momento en el que intervendría Miguel, como así ocurrió.

—Sabemos que estás saliendo con ese hombre y te lo prohíbo terminantemente. Aunque ya te lo habíamos advertido hace tiempo. Nos has desobedecido. ¡Jamás volverás a verlo! ¿Te queda claro?

Concha sólo pudo asentir con la cabeza. Su padre abandonó la sala y madre e hija se comieron el silencio que quedó entre ellas. Permanecieron calladas durante un rato hasta que Antonia por fin mostró un ademán de cariño al cogerle la mano a su hija y depositarla por encima del regazo. Sobre las manos entrelazadas, una lágrima de la muchacha demostraba a Antonia su sufrimiento.

—Se están equivocando, madre. ¿De verdad creen que el amor se puede prohibir? Yo no tengo la culpa de haberme enamorado de él. Creo que a mi padre no le habría gustado ni Diego ni ningún otro.

—Queremos lo mejor para ti.

—¿Lo mejor es prohibir? Los sentimientos están atados por una cuerda invisible, una cuerda de amor, que nadie puede romper porque tienen su propia libertad. Una libertad que sólo pueden entender los enamorados. Esto es horrible, madre, ¡horrible!

Apoyó su cabeza sobre el pecho de Antonia para sentir su abrazo.

—Ayúdeme, se lo suplico, haga lo posible para que él cambie de opinión. Yo no voy a dejar de amar a Diego. Así lo ha querido el destino.

Quien la ayudó no fue su madre sino Marcial, haciendo de emisario de sus cartas.

—Esto tendrá su fin, llegará ese día en el que podréis estar juntos, ya lo verás. No desesperes —le decía Marcial, siempre cariñoso.

—Lleva tanto tiempo fuera que no sé si creerte.

—Y si viniera ahora, ¿qué le esperarías en este pueblo? Ya sabes las dificultades que estoy pasando. En Andalucía apenas hay trabajo.

—Pero así jamás podremos estar juntos —se lamentaba ella.

—Que sí, mujer. Él también quiere estar contigo, Concha. Has de tener paciencia. Sólo es cuestión de tiempo.

* * *

Huelva, junio de 1957

El propio Marcial, que había abandonado Tánger semanas después de la partida definitiva de Diego para regresar a Osuna con infinita alegría, iba a visitarlo siempre que podía.

—Concha me pide que te diga que te echa mucho de menos. Oye, amigo, ¿hasta cuándo voy a estar haciendo de alcahueta? Ja ja. —Marcial siempre estaba con bromas.

—Vamos a hacer algo grande, Marcial, ya lo verás... Se va a hablar mucho de este club —le advirtió Diego en la última visita de su amigo.

Y vaya si se habló...

El partido que iba a jugarse podría hacer historia. Concha y Anita maquinaron un plan, con ayuda de Marcial, para viajar a Huelva y asistir al encuentro. Concha estaba emocionadísima, tenía tantas ganas de encontrarse con Diego... Nunca se habían visto en otro lugar que no fuera Osuna. Para ella suponía una auténtica aventura de riesgo porque si sus padres se enteraban de que les había mentado las represalias podrían ser terribles. Contaban con la colaboración de una prima

de Anita que vivía en Punta Umbría, a la que supuestamente iban a visitar.

Partieron de Osuna en el coche de Marcial más tarde de lo que habrían querido pero nada pudieron hacer ante la insistencia de la madre de Concha de que la ayudara a terminar de coser unos vestidos que tenía que entregar al día siguiente.

Llegaron al estadio con el tiempo justo para presenciar el arranque del partido. Diego desconocía el plan. Todo salió tan bien que incluso hasta ganó su equipo, con lo que Concha, Anita y Marcial asistieron a un día histórico para el fútbol español.

El estadio se puso en pie aplaudiendo a su equipo. Mareaba asistir a tanto grito de euforia y aplausos. Pasaría a la historia aquella temporada de 1957-1958 en la que, por primera vez desde su fundación, el Recreativo de Huelva ascendía a segunda división. Al acabar el partido, los tres esperaron a Diego en un punto concreto del exterior del estadio donde había quedado con Marcial. Al llegar y ver a Concha dio un grito de alegría. Corrió hacia ella, la cogió de la cintura y le dio varias vueltas en el aire, hasta que la bajó de los cielos para atraparla entre sus brazos.

—¡No puedo creer que estéis aquí! —La alegría de verla se sumaba a la subida de adrenalina con la que salía de jugar tras la victoria—. Os quedaréis hasta la cena de mañana, ¿verdad?

Como Concha no podía hablar de la emoción, respondió Anita:

—Yo le he dicho a mi prima... es nuestro cebo, ¿sabes?, pues eso, que le he dicho que diríamos en casa que íbamos a estar con ella por lo menos un par de días.

—¡Eso es fantástico! ¡Marcial, gracias por traerlas! —Pletórico, le plantó un beso al amigo en plena frente.

—Anda, ¡quita, quita! No seas pegajoso —se quejó, divertido, Marcial.

Concha se sintió tan orgullosa de Diego que creyó estar viviendo en una maravillosa película en la que los únicos protagonistas eran ellos.

La cena homenaje tuvo lugar un inolvidable 20 de junio de 1957, en el señorial hotel Victoria. Los dieciocho jugadores del equipo compartieron salón, mesa y mantel, con la junta directiva. Diego guardó la tarjeta donde figuraba el menú, hecho para la ocasión: ensaladilla «Ramón», filetes de pez «Victoria», escalope de ternera «Campeón», con patatas doradas, y por último helado compuesto «Juanito Cruz». Su novia y sus amigos estaban en una mesa con más invitados.

Diego volvía a ser un héroe. Pero las heroicidades no acostumbra a solucionar la vida. Tenía ya una edad y se acercaba inexorable la hora en el que debería abandonar el fútbol. Se vio obligado a adelantar ese momento para poder ofrecerle un porvenir más estable a Concha. El tiempo corría pero no a su favor. Tampoco lo ponía fácil la situación en Andalucía, una tierra trabajadora y pobre en la que se había asentado un modelo de riqueza concentrada que impedía el ascenso de los trabajadores. Atrás quedaron los tiempos en los que cabía soñar con una reforma agraria basada en pequeñas propiedades o el establecimiento de cooperativas. A la desigual sociedad andaluza sólo le faltó el golpe mortal de la Guerra Civil. Ya ni en el campo podía encontrarse un jornal. Tampoco, libertad.

* * *

Osuna (Sevilla), febrero 1958

Afectado por un inmenso dolor, aunque convencido de que era lo mejor para ambos, meses después de haber contribuido al ascenso del Huelva, Diego tomó una decisión capital, la de abandonar el fútbol profesional para ir a buscarse la vida a Cataluña.

Cataluña... Sonaba a paraíso y esperanza.

Cataluña... Una tierra tan lejana... Un sueño.

Había oído decir que en esa parte de España se multiplicaba el trabajo para todos, procedieran de donde fuera, eso era lo de menos. Allí no preguntaban la ascendencia de nadie, ni su origen, ni pedían referencias para contratar por sueldos miserables al principio pero que, a cambio, estaban asegurados.

La industrialización de extensas zonas de Cataluña, sobre todo del cinturón de Barcelona, supuso una demanda de trabajo que nunca antes se había conocido. Se necesitaban peones en las fábricas e industrias, mano de obra en la construcción, el gran motor de la época; personal en comercios, administrativos en las empresas que despegaban... De todo eso se enteró Diego.

Las ciudades industriales eran gigantescos monstruos de garras poderosas que, al tiempo que acogían a los emigrantes, también extraían de ellos todo cuanto podían sin miramiento ni misericordia. No cabía ni lo uno ni la otra.

Quienes se sumaban al éxodo hacia el norte de España eran valientes, ya que no sabían a lo que iban, desconocían lo que les aguardaba. Diego estaba dispuesto a ser uno de ellos. Llevaba tiempo madurando la idea, hasta que se decidió a hacer partícipe a Concha de sus intenciones.

Ella se llevó tal disgusto que casi se quedó sin habla.

—Será bueno para nosotros, ya lo verás. En Cataluña prosperaré —explicaba Diego para hacerla reaccionar—. Por favor, di algo.

—¿Cataluña...? Pero eso está muy lejos de Osuna. —A Concha le costaba entender—. ¿Qué vas a hacer allí?

—Trabajar para los dos, para poder casarnos. ¿No ves que aquí no saldremos adelante?

—Después de tanto luchar por nuestro amor...

—Pues por eso, no vamos a tirar la toalla, hay que seguir luchando y no conseguiremos nada sin un trabajo que sea nuestro sustento. En el pueblo no hay posibilidades, lo sabes tan bien como yo.

—Estoy cansada de vivir nuestra relación en la distancia. Tánger, Huelva... Y ahora esto.

—Hay que seguir —por un momento Diego temió lo peor—, ¿no lo crees...? —Concha agachó la cabeza sin poder evitar emocionarse. Tuvo que aceptarlo—. Soñemos, Concha. Soñemos nuestra propia realidad. Sólo será un tiempo, el necesario para que yo gane algún dinero y pueda venir a buscarte para que estemos juntos.

—El tiempo empieza a doler.

—No digas eso. Yo te amo y volveré pronto, ya lo verás. El tiempo pasa, es verdad, pero no puede herirnos.

El tiempo pasa, pero no hiere, parece flotar...

* * *

La joven buscó el momento para confesárselo a su madre, temiendo que en cuanto lo supiera su vida se convertiría en un infierno en el que a diario escucharía razones para que desistiera y se quitara a Diego de la cabeza.

—Madre, se lo cuento porque necesito su comprensión. Ha pasado el tiempo y, aunque lo he intentado, sigo enamorada de Diego.

—¡Eso es una tontería! No nos estás haciendo caso y verás cómo se entere tu padre.

—¿Eso es todo lo que se le ocurre decirme? ¿Por qué no puedo prometerme con él y mi hermana, en cambio, ya lo ha hecho con su novio?

—No compares. Ese hombre en el que te has empeñado no tiene estudios de ningún tipo, ha estado viviendo con los moros y ha sido futbolista. ¡Menuda carta de presentación!

En ese momento asumió que jamás contaría con la comprensión de sus padres, a pesar de que había creído que al menos su madre sería su apoyo. No volvería a hablar de Diego con ella. Ese fue su propósito.

Su triste propósito.

* * *

Diego y la primavera de 1958 se marcharon a la vez. La despedida en la estación fue muy dolorosa. El primo Juanito, sentimental como siempre, era quien más lloraba, abrazado a Diego como si se aproximara el fin del mundo.

—Pronto me iré contigo, pronto iré yo también a esa Cataluña de la que tanto habla la gente.

—Eso espero, Juanito. Allí hay trabajo para todos y así no estaré tan solo.

A Concha se le hizo eterno el adiós. Anita y Dolores no paraban de proporcionarle pañuelos para que se enjugara las lágrimas. El tren se puso en marcha y ya no hubo vuelta atrás. Diego sacó la cabeza por la ventanilla lanzándole besos y sonrisas que habrían de ser su única compañía en los próximos meses... ¿o tal vez años?

Regresó a casa con el corazón roto y los ojos enrojecidos del llanto de la despedida. Quedaba en ella un vacío que se hacía mayor al no tener, la espera, un horizonte. Diego no pudo definir el tiempo que estaría fuera porque lo desconocido es difícil de definir.

Reflejos donde la realidad se sueña...

CAPÍTULO 7

LUCHAR CONTRA EL TIEMPO

Cataluña/Osuna, diciembre de 1961

La vida para Diego, solo en una tierra extraña tan diferente en todo a la suya, no fue fácil. Después de dar muchos tumbos, encontró trabajo, duro, de peón en una fábrica de estampaciones metálicas, Carrocerías la Bosuga, ubicada en Moncada y Reixach, población a las afueras de Barcelona, en donde buscó un lugar para vivir, rodeado de otros cientos de trabajadores igualmente emigrantes de su misma tierra. Codo con codo, ayudándose los unos a los otros, andaluces, murcianos, extremeños, castellanos, alcanzaban la integración social, vivían juntos en zonas suburbanas que acababan convirtiéndose en barrios en los que conseguían mejorar su situación, aunque sin salir del círculo angustioso de la pobreza. Nada allí era fácil.

Quizás llegara con una idea equivocada, sabía que no podía dar marcha atrás porque el horizonte que le esperaba en el pueblo era peor. Añoró en silencio y soledad el tiempo del protectorado. Soñaba con aquel tiempo dorado en el que la felicidad era posible.

Había creído erróneamente que emigrar a Cataluña no iba a ser muy diferente de la primera vez que decidió ganarse la vida fuera del pueblo. Pero aquí el glamur era sustituido por un escenario gris y sin paisaje, en el que los frutos del trabajo estaban por debajo del esfuerzo que requerían.

Escribía a su novia contándole con entusiasmo las novedades de aquel lugar. Le narraba con detalle la manera que tenían de celebrar la festividad de San Juan, el 24 de junio, y que la noche antes se tiraban petardos y se hacían verbenas en las calles mientras ardían enormes hogueras a las que la gente iba echando durante días todo lo que le sobraba en casa, algo así como una ocasión para purificar los hogares y también los espíritus; la primera vez que lo vivió le impresionó. De vez en cuando, le enviaba fotos con los compañeros de la fábrica e incluso suyas en alguna de estas verbenas, vestido de futbolista y con una barretina, el gorro típico de Cataluña, en la cabeza.

* * *

Tampoco el exotismo, ni el glamur ni nada que se le pareciese, inundaba precisamente Osuna. Concha empezaba a cansarse de su relación a distancia con Diego. El paso del tiempo, inevitablemente, hacía mella en su ánimo y en su paciencia. Su novio, cuando no estaba en un sitio lejos del pueblo, estaba en otro. Esta vez la distancia era mucha. Inabarcable para ella. ¿Hasta cuándo duraría la estancia de Diego en solitario en Cataluña? ¿Cuánto tiempo más tendría que esperar para que, como él le prometió, regresara a buscarla?

No esperaba encontrar, aquella tarde, a su madre con una disposición de ánimo tan exageradamente alegre que extrañaba en ella. Parecía una impostación.

—¡Hija, qué bien que has llegado! ¿Dónde estabas? —A Antonia le daba igual la respuesta—. Qué mal aspecto traes... Ve a lavarte esa cara de funeral y recomparte un poco. Tienes diez minutos.

Concha tenía el día melancólico. Había estado con Dolores y Anita hablando de la intranquilidad que le estaba generando la relación a distancia con Diego. Más de tres años de espera.

—¿Diez minutos para qué, madre? Estoy muy cansada, quiero irme a mi cuarto.

—¿De eso nada! Hay un invitado que quiere conocerte.

—¿Un invitado? ¿De qué me habla? Que yo sepa, no esperábamos a nadie.

—Pues ya ves, los planes han cambiado. En la salita hay un hombre que tu padre y yo queremos presentarte y que quién sabe si podría cambiar tu vida si dejas de hacer el tonto.

Madre e hija se retaron con la mirada. Cada una de ellas conocía lo que sabía la otra pero nada dijeron. No hacía falta.

—Madre... por favor... lo conoceré otro día. Hoy no —suplicó Concha, sin ánimo para afrontar la encerrona.

—Ve a lavarte la cara. En diez minutos te quiero como un clavo en la salita. Si no, yo misma iré a buscarte y te traeré aunque sea a rastras.

Antonia dio media vuelta sin dejarle margen para la queja.

Su hija se encerró en el baño. Abrió el grifo, como le gustaba hacer últimamente, para dejar correr el agua, de la que los habitantes de Osuna —y todavía no todos— podían disfrutar en sus casas desde hacía sólo cinco meses. Osuna era un pueblo de secano y sequía, lo que unido a su pobreza obligaba a sus habitantes a hacer interminables colas, cargando con los cántaros, en las fuentes como la de la calle Cruz o al final de la de Carretería, que tenían que vigilar las autoridades para evitar desórdenes públicos. Concha estuvo presente el 18 de julio pasado en la inauguración por todo lo alto, con la presencia del gobernador civil, de la traída de las aguas procedentes del término de Pedrero.

Recordó aquel momento mientras oía el chorro caer del grifo. Se refrescó la cara abundantemente y luego se secó con delicadeza queriendo dejar que el tiempo pasara.

A los diez minutos se presentó en la sala.

—Él es Alfredo, sargento de nuestro glorioso ejército español de tierra. ¡Toda una promesa que llegará muy lejos!

Así presentó Miguel al joven militar al que pretendían emparejar con su hija. Las intenciones de los padres de Concha resultaban descaradas, pero a ellos eso les traía sin cuidado. Miguel conocía a Alfredo desde que era un adolescente cuya vida se guiaba por su fervor militar. Físicamente resultaba un muchacho agradable, cabello castaño claro, ojos marrones, labios carnosos y cejas pobladas. Era delgado. No destacaba por su belleza pero sí por su gesto afable al hablar. Aunque hablaba poco. Parecía «un chico correcto», como lo definió Antonia mientras empujaba hacia delante a su hija, parada como un poste telegráfico, para que le estrechara la mano.

—Es un verdadero placer —le dijo Alfredo a Concha al inclinarse ante ella para besar su mano—. Ante todo Feliz Navidad.

Sorprendía que fuera vestido de militar, era sábado y se trataba de una visita privada, lo que indicaba el carácter ceremonial que tanto para Alfredo como para los padres de Concha tenía la cita. Portaba su gorra del uniforme en el brazo izquierdo, sujetada por un extremo con la mano colocada con el dorso hacia arriba.

—Relájese, Alfredo, que estamos en familia —le sugirió Miguel, tratando de integrarlo y de hacer de aquella reunión algo normal.

—¡Muchas gracias! —Alfredo lo estaba esperando—. Es todo un honor, señorita, poder admirar su belleza. —Se dirigió a Concha tímidamente—. Agradezco por ello a sus padres esta invitación.

—Vamos, déjese de tanta formalidad y tomemos estas rosquillas, están recién hechas —animó Antonia.

La tarde transcurrió con calma, pausada. Poco a poco, a Concha se le fue pasando el enfado por la trampa tendida por sus padres. El invitado estaba destapándose como un hombre de conversación amena, a pesar de ser parco en palabras; utilizaba las precisas para armar, de vez en cuando, un tibio golpe de ingenio que hizo que a Concha terminara por caerle bien.

—¡Se nos ha pasado el tiempo volando! —exclamó Antonia como si no hubiera sido consciente de sus propios intentos por estirar la duración de la reunión.

—Han sido ustedes muy amables —agradeció Alfredo.

—Esperamos verte pronto por aquí —concluyó Antonia.

Ya en la puerta, en el momento de la despedida, Miguel le dio un codazo disimuladamente a Alfredo para que reaccionara.

—¡Oh, sí...! Concha... ¿Aceptaría tomar un refresco mañana domingo por la tarde?

—Dos personas jóvenes bien podrían tutearse, ¿no...? —medió Antonia donde nadie la llamaba.

—Sí, claro... Pues eso, ¿aceptarías?

—¡Estará encantada! —respondió la madre, antes de que la hija fuera capaz de articular palabra—. Qué amable eres, Alfredo, da gusto. ¿Cómo es que Miguel no te ha traído antes a casa...?

El domingo, puntual, se presentó a recogerla a las seis de la tarde. Pasearon... se detuvieron a tomar una limonada... intentaron contarse cosas aunque fueran intrascendentes... Hasta que Concha, que no conseguía sentirse cómoda a solas con el recién conocido, le propuso:

—¿Tú tienes coche, verdad?

—Así es.

—¿Por qué no salimos del pueblo? —Concha pretendía evitar el tedio y, al mismo tiempo, exhibirse en el pueblo junto a un hombre que no le interesaba lo más mínimo—. Hay una venta que está muy bien —comentó.

—No me parece correcto —respondió Alfredo—. Apenas nos conocemos. No estaría bien visto que nos apartáramos tan lejos cuando acabamos de conocernos. Lo digo sobre todo por ti. A saber qué puede pensar la gente.

—¿Te importa lo que diga la gente?

—A ti también debería importarte.

—¿Así que no nos movemos del centro por mi reputación?

—Exacto.

Concha se quedó desconcertada. ¿Era corrección? ¿Un exagerado temor al qué dirán? ¿Había sido Alfredo educado en el máximo respeto hacia las mujeres? No sabía qué pensar. Si fuera lo último estaría bien. El problema era que no tenía claro a qué se debía la forma de actuar del joven militar.

—¡Pero podemos hacer otras cosas! —le dijo con todo el entusiasmo que su timidez le permitía—. Si quieres podemos ir al casino, es un sitio muy elegante.

De alguna manera estaba consiguiendo ganarse la confianza de Concha. Era respetuoso, miraba porque nadie murmurara nada malo sobre ella y quería llevarla a lugares elegantes. Y parecía buena persona. ¿Qué más podría pedir una chica?, pensó de camino al casino.

El problema radicaba en ella. Estaba enamorada de Diego, convertido, desde su partida, en una presencia ausente que la acompañaba en todo momento.

Al pedirle que se alejaran del centro y fueran a una venta en el campo, inevitablemente a Concha le sobrevinieron recuerdos, algunos de ellos nada gratos, de sus salidas con Luis; de las tardes pasadas entre risas y conversaciones a la sombra de un árbol... Tardes y gestos que podrían haber sido la representación más clara del romanticismo pero que, sin embargo, se empañaban con la triste realidad de que Luis la llevaba en su moto a las afueras de Osuna porque se avergonzaba de ella y pretendía, así, impedir ser visto en su compañía.

—¿De qué quieres la tapa? ¡Aquí están riquísimas!

Alfredo cortó sus pensamientos.

—De ensaladilla... supongo —respondió Concha por decir algo.

—¡Que sean dos! —le gritó al camarero desde el otro extremo de la barra del casino—. Oye, ¿y si nos sentamos junto a las ventanas? A mí me encanta ver, a través de esas inmensas cristaleras, pasar a la gente. ¿Nunca lo has probado?

—No —sonrió Concha.

—Eso es algo que no puedes perderte. Le ponemos remedio ahora mismo.

La tomó del brazo y la condujo a una mesa pegada a los cristales. Concha arrancó a reír. Miró a través de ellos e imaginó al otro lado la imagen borrosa de Diego sonriéndole desde la calle.

Después de aquella primera salida, Alfredo no paraba de llamarla por teléfono, pero Concha se negaba a hablar con él. No quería darle expectativas de nada. El joven había resultado ser agradable y parecía buena persona, pero ella tenía su propio compromiso personal con Diego, a pesar de los mil kilómetros que entonces los distanciaban. Y a pesar, sobre todo, del cansancio de la espera.

—Si no le coges el teléfono a ese chico acabaré obligándote —le dijo enfadada su madre una tarde en la que no paraban de sucederse las llamadas.

—Madre, se lo ruego, ¿no puede respetar mi voluntad, aunque sea por una vez?

—Si respetando tu voluntad sales perdiendo, desde luego que no.

—Eso tendré que decidirlo yo, ¿no le parece? —Concha se desesperaba con la insistencia de su madre.

—No. No me parece. Se ha demostrado que cuando se trata de hombres no sueles estar muy acertada.

El teléfono volvió a sonar y Antonia se dirigió hacia él como una flecha.

—¡No, no, no, mamá! —gritó inútilmente Concha para evitar que descolgara.

—¡Hola, Alfredo! Qué alegría escucharte. ¿Ah, que has llamado muchas veces? Pues no me he enterado —mintió con soltura—. Pero no te preocupes, Concha se pone enseguida.

La joven se sintió vencida. Le habló desganada.

—No, es que estos días he andado muy liada en casa ayudando a mi madre. Bueno... no sé si voy a poder salir mañana.

Su madre le hacía aspavientos para que dijera que sí.

—Está bien. Pero sólo un rato, ¿vale? Tendré que volver a casa para terminar unos vestidos.

Concha colgó contrariada.

* * *

Anita, eterno hombro para Concha sobre el que llorar, seguía atentamente el relato de su amiga sobre Alfredo. Paseaban por la Carrera y ocurrió lo que había estado resistiéndose tal vez durante demasiado tiempo.

—Vaya... Qué sorpresa.

—Hola, Luis. Sí, para mí también lo es.

—Viviendo en el mismo pueblo lo raro es que no nos hayamos encontrado antes. Te veo muy bien. Estás muy guapa.

—¿Dejamos los cumplidos para otro momento? —Anita le seguía teniendo una ojeriza a prueba del paso del tiempo.

—Nunca sobran los cumplidos —le replicó Luis, desempolvando su prepotencia habitual, que Concha ya tenía olvidada—. ¿Cómo te va la vida?

—No me quejo.

—Hace mucho que no nos veíamos.

—Así es. A ti te va bien ¿no? Me enteré de lo de tu boda.

Luis se había casado hacía dos años pero no se habían encontrado hasta ese día. ¿Quizás porque él lo evitó? El caso es que, por raro que sea no verse en un pueblo, no frecuentaban amistades ni lugares comunes.

—¡Y hasta tengo un hijo!

—Enhorabuena. ¿Por fin encontraste una mujer que les gustara a tus padres?

—No son ellos quienes tenían casarse, sino yo. Era a mí a quien tenía que gustarle.

—No era eso lo que decías antes. Mucho has cambiado.

—Es lo normal. —El aplomo prepotente de Méndez podía llegar a resultar hiriente, más que provocador.

—¡Menudo imbéc...! —Concha detuvo a Anita, que saltó después de haber estado aguantándose al escuchar las respuestas de Luis.

—Tienes razón. Yo también he cambiado. ¿Sabes los hombres que me gustan ahora? Los hombres íntegros que no son marionetas de nadie, ni siquiera de sus padres. —Concha se lo soltó con la pasmosa tranquilidad que da constatar su equivocación al haber estado saliendo con ese hombre que ahora le parecía despreciable.

—¿Y hay algún hombre íntegro con el que estés saliendo? Porque... si te descuidas, vas a quedarte para vestir santos. Claro que en este pueblo hay muchos santos que vestir. Yo, en cambio, he aprovechado el tiempo.

—Vete a la mierda.

Concha se marchó furiosa seguida de su amiga.

—Oye, qué fina —comentó irónica Anita—. Y luego no me dejabas a mí llamarlo imbécil.

—¡Y mira que lo es! Un imbécil de remate.

—A ver si así te caes del guindo de una vez por todas y colocas a este hombre en el lugar que merece: el de los cabrones que donde mejor están es fuera de la vida de una mujer —le soltó Anita indignada.

¡Y por si fuera poco se cruzaron en la calle con Carmen, que salía del mercado! Había presenciado la escena desde lejos.

—Mira que eres tonta —la insultó, una vez más—. Dejar escapar a un hombre así...

—¿Qué sabrás tú? —le espetó Anita, extendiendo a la hermana mayor de su amiga su

monumental enfado por el comportamiento de Luis.

—¡Claro, será que tú eres más lista!, con el novio ese que te has echado —replicó Concha a su hermana.

—¡Oye, niña, ni se te ocurra meterte con mi novio! —Carmen reaccionó como una hiena, gritando.

—¡Me meto con quien me da la gana. —Concha estaba muy harta de su hermana.

—Anda, lárgate antes de que sea peor —le sugirió Anita, intentando contener a Concha, a la que sólo le faltaba tener que soportar a Carmen.

La hermana mayor siguió su camino refunfuñando.

Entonces a Concha se le ocurrió algo y tiró de Anita franqueando su resistencia.

—¿Adónde vamos? Si no me lo cuentas, no me muevo de aquí.

La amiga tiraba de ella.

—Ya lo verás, límitate a seguirme. Confía a mí. Con que a vestir santos...

Al detenerse ante la fachada de una casa desconocida para Anita, esta continuó sin entender nada... y sin fiarse.

—¿Se puede saber quién vive aquí y a qué hemos venido, así, tan de repente?

—Ahora lo verás. —Concha llamó a la puerta, riéndose de su idea. La abrió un joven—. ¡Sorpresa! Hola, Alfredo... —dijo Concha.

Anita se quedó de piedra. Alfredo también.

—Vaya... —tardó el muchacho en reaccionar—. Sí que es una sorpresa... Muy grata, desde luego. ¿Qué haces aquí? Por favor, pasad...

—Ella es mi amiga Anita.

Ambos se saludaron, por parte de Alfredo con efusividad. Saltaba a la vista que estaba emocionado por la inesperada visita.

—¿Sigue en pie tu última invitación? —le preguntó Concha sin rodeos.

—¿Mi última invitación...? —Alfredo todavía no reaccionaba.

—Lamento muchísimo no haber atendido tus llamadas —se disculpó Concha—. He andado muy liada, de verdad. Tenía que ayudar a mi madre. Pero no me he comportado bien y te pido disculpas.

A Alfredo se le iluminó la cara. Su boca dibujó una sonrisa tan amplia y franca que Concha la descubrió por primera vez.

—¡Por supuesto que sigue en pie! Me hace feliz que quieras aceptar.

Lo último que se le hubiera ocurrido pensar al joven militar era que, después de tantos días sin hacerle caso, Concha fuera a buscarlo.

Anita seguía atónita la jugada sin abrir la boca.

—¡Perfecto! ¿Entonces me recoges el sábado después de comer?

—El sábado... sí. —Se despidieron, y cuando ya estaban alejándose, Alfredo la llamó. Concha se dio la vuelta y él tan sólo añadió—: ¡Sólo quedan dos días para volver a vernos!

Anita la cogió del brazo para que se girara y proseguir el camino.

—Está coladito, coladito, por ti. Y tú lo que estás es desconocida, amiga. ¡Pareces otra! Me has dejado fuera de juego. ¿Puedes explicarme qué acaba de pasar? —dijo Anita sorprendida.

Ambas estallaron en unas irreprimibles risas.

CAPÍTULO 8

«LEJOS DE TI»

*Vuelve, vuelve,
en los silencios y los ecos
de las travesías de la noche eterna.*

DYLAN THOMAS,
«BAJO EL BOSQUE LÁCTEO».

Aunque sólo fuera para darle en las narices a Luis Méndez, Concha se fue acostumbrando a los paseos con Alfredo, del que acabó presumiendo.

—¡Adiós, Concha! Qué bien acompañada te veo —le gritó una tarde de sábado Luis desde la acera de enfrente.

Había conseguido, pues, su propósito. Al igual que le pasaba a Alfredo, aunque en otro sentido: él había alcanzado su objetivo de que Concha se sintiera cómoda en su compañía. Lo pasaban bien. Ella apreciaba los esfuerzos del joven por agradaarla y proponerle siempre algún plan del que pudiera estar seguro de antemano que iba a contar con la aprobación de la joven.

Hasta que un día él se interesó por un asunto delicado.

—Te pido disculpas de antemano si me entrometo en un tema privado, pero me quema por dentro una duda.

—¿Te quema una duda? ¡Que melodramático suena! Será algo muy importante.

—Lo es. Y te ruego que me tomes en serio.

Concha abandonó entonces su tono burlón con el que no pretendía otra cosa que quitarle hierro a los sentimientos de Alfredo al no sentirse capaz de corresponderle.

—Tú dirás...

—Se trata del joven ese con el que no sé si estabas saliendo.

Esto sí que no lo esperaba Concha.

—No sé a quién te refieres.

—A un tal Diego, que es futbolista y creo que estuvo viviendo en Marruecos mucho tiempo. Claro que sabes de quién te hablo.

—¿Y qué quieres saber exactamente?

—Necesito saber si ese hombre es importante para ti.

No se sintió bien. Ya era complicado para ella sobrellevar una situación que se prolongaba tres años, como para poder explicarlo y menos a Alfredo.

—Ese hombre... que yo sepa no vive en Osuna. Es todo cuanto puedo decirte.

—¿Pero tú lo sigues amando?

Concha se tensó.

—¿Es que no me has escuchado? Eso es todo.

Alfredo tuvo que conformarse con la poco convincente respuesta que Concha le daba. Pero era tal su empeño y su interés por ella, que lo tomó como lo que necesitaba escuchar para seguir avanzando en la conquista.

* * *

Transcurridos pocos meses desde que el joven militar le fue presentado, se produjo un movimiento inusual en casa de Concha. Sus padres andaban de un lado a otro haciendo gala de una alegría cuya causa flotaba en el ambiente, pero no querían desvelar. Antonia se esmeró en la cocina elaborando una sabrosa tarta de limón. Varios pequeños ramos de flores del campo se repartían por el salón principal. Los tapetes «para las ocasiones», tejidos en ganchillo, cubrían sofás y sillones. En la mesa baja, una delicada mantelería blanca que Concha jamás había visto antes, con su cubertería y copas en lugar de vasos o tazas.

—Ve arreglarte —le pidió su madre.

—¿Qué ocurre? Os veo a todos muy alterados.

—Alterados, no. Contentos.

—¿Y puedo conocer el motivo de esta alegría?

—Lo conocerás muy pronto. No tardes en arreglarte. ¡Ponte bien guapa! La ocasión lo merece.

—¡Madre, me está poniendo nerviosa! ¿Qué está pasando?

—Es una sorpresa.

Y vaya si lo fue... A las seis menos cinco minutos, Carmen y Manuel acompañaban a sus padres en el salón principal de la casa. Todos vestidos para una ocasión especial. Por más que Concha se esforzaba en intentar imaginar de qué iba aquella puesta en escena, no lo conseguía. Le dio mil vueltas a varias posibilidades, varias ideas que podrían estar en el origen de tanto esfuerzo por quedar bien. Pero nada.

Cinco minutos más tarde el enigma quedó despejado. Y a Concha le pareció aún más inverosímil.

Seis en punto de la tarde. Alguien llamaba a la puerta golpeando la aldaba con enérgica firmeza. Se oyó un carraspeo masculino al otro lado. Antonia fue a abrir. Era Alfredo. Portaba un precioso ramo de flores blancas. Lo invitó a entrar.

—Son para ti, Concha. —Alfredo le besó la mano, como el primer día.

—Qué sorpresa... Son muy bonitas, gracias.

Había cierta tirantez en el ambiente, pero no por Alfredo, sino porque Concha, al no entender lo que estaba pasando, contagiaba una hostilidad que se extendió a todos menos a Carmen.

Antonia y Miguel se esmeraron en que la cita saliera bien y para ello lo primero era relajar el ánimo de su hija pequeña. Invitaron a sentarse y sirvieron tarta y un buen vino dulce.

—¿Y bien, Alfredo...? —dijo Miguel.

—Sí, señor...

Dejó el plato y la copa sobre la mesa, se limpió los labios con la blanca servilleta, se levantó del sillón y fue hacia Concha para tomarla de la mano y ayudarla a ponerse ella también en pie. Cogió impulso y le dijo, sin soltarla:

—Me siento muy honrado y privilegiado al decirte que he venido a pedir tu mano.

Sin soltarle la mano, Concha se desplomó sobre su asiento.

—¡Hija! —le gritó la madre.

—Yo... lo siento... Perdón. —Volvió a ponerse en pie. Todos lo estaban—. Es que... no me lo esperaba.

—¡Oh, qué alegría!

Antonia animó aquella situación embarazosa abrazando a los presentes, ayudada por la complicidad de su marido.

Miguel alzó la copa y pidió a los demás que también lo hicieran.

—Querido Alfredo, hijo, he de decirte que mi esposa y yo estamos orgullosos y felices de concederte la mano de nuestra hija.

Brindaron con alegría, todos menos Concha y su hermano Manuel, al que se veía intentando mantener el tipo y aceptar la situación sin involucrarse demasiado.

—¿Qué me dices? —preguntó Alfredo a Concha.

—No sé qué decirte... así, tan de sopetón. Creo que podríamos haberlo hablado antes, ¿no te parece?

—¿Pero qué diablos estás diciendo? —se metió Miguel con cierta indignación ante la reacción de su hija, que no era la deseada por él—. Apreciamos las buenas intenciones de Alfredo.

—Es un hombre que te hará feliz —concluyó Antonia, como si tuviera una bola de cristal entre las manos para predecir el futuro.

—No dudo de sus buenas intenciones ni de que pueda hacerme feliz —se defendió Concha—. Únicamente he dicho que se podría haber tenido en cuenta mi opinión antes de dar este paso. Discúlpame, Alfredo, necesito salir a que me dé el aire un momento, será sólo un segundo, vuelvo enseguida.

—Esta niña es tonta, está claro. —Carmen llevaba demasiado tiempo callada.

—¡Déjame en paz, lista! —Concha elevó la voz.

—Está bien, tengamos la fiesta en paz —Miguel las calló a ambas.

Concha abandonó la estancia seguida de su hermano Manuel. Salieron a un patio central de la casa lleno de exuberantes plantas.

—Pareces noqueada, hermana.

—¡No es para menos! ¿Se han vuelto todos locos? ¿Por qué nadie me dijo que esto iba a suceder?

—Me temo que sólo lo sabían nuestros padres.

—No puedo aceptar, Manuel, no puedo. Amo a Diego.

—Lo sé. ¿Pero qué es Diego en tu vida? Un hombre que ha vivido lejos de ti desde que os conocéis. Y ahora, más lejos todavía. Pero lo peor es hasta cuándo vivirá en Cataluña. ¿Tú lo sabes? ¿Estás dispuesta a esperarlo sin un horizonte en el tiempo?

Era la misma pregunta que se había hecho a sí misma al conocer a Alfredo. Y la respuesta dolía por incierta.

—Esta separación está resultando muy dura para mí.

—Hermanita... —Manuel le dio un abrazo—. Eres fuerte. Tienes que afrontarlo pero decidiendo lo que quieres hacer, no dejando que el tiempo pase, sin más.

—Estoy hecha un lío. Alfredo es un buen hombre, muy atento, con el que me siento cómoda. Pero nada más.

—Tal vez eso sea suficiente y no haya que pedirle permanentemente a la vida más de lo que te puede dar —le aconsejó su hermano.

—Te aseguro que me esfuerzo en amarlo. Intento imaginar la vida con él y creo que sería buena.

Pero es difícil dirigir lo que siente un corazón.

—No le pidas a la vida, hermana, más de lo que te puede dar —le insistió Manuel.

Con esa idea grabada en su mente, volvieron adentro. Concha le agradeció el gesto a Alfredo, pero no podía dejar de ponerle una objeción, casarse era algo muy serio.

—Te pido que me des un tiempo. No puedo comprometerme en este momento, de una manera tan inesperada y sin haberlo hablado antes tú y yo.

—Sólo escuchar de tu boca ese *tú y yo* ya me hace sentir dichoso. —No cabía duda del amor que el joven sentía.

—No me estoy negando a tu proposición. Sólo necesito un poco más de tiempo para asimilarla.

Volvieron a brindar, sin tanto entusiasmo como antes. Después, Alfredo se despidió de todos sintiéndose miembro de la familia.

Le pidió a Concha que lo acompañara hasta la puerta.

—Quiero que sepas, Concha, que te entiendo. Pero también que estoy dispuesto a esperarte el tiempo que sea necesario. Eres la mujer de mi vida. Un hombre sabe cuándo la ha encontrado y entonces ya no existe ninguna otra en el mundo.

Concha no pudo responder. Se le encogió el alma al comprobar la intensidad de la entrega de Alfredo. Lo dejó marchar en medio del silencio que abriga, a veces, los sentimientos que aún están por nacer.

* * *

Anita buscaba en su armario un vestido que no conseguía encontrar. Estaba empezando a ponerse furiosa.

—¡No sé qué hace mi madre con mis vestidos!

—¿Será casualidad que nunca encuentres los más escotados? —Dolores le clavó un dardo a su amiga.

—Desde luego, es sospechoso —dijo Concha antes de echarse a reír, le parecía gracioso el enfado inútil de Anita.

Mientras esta seguía revolviendo prendas en el interior de su armario, Dolores y Concha la observaban tendidas en la cama con sus habituales revistas esparcidas, algunas con hojas arrancadas.

—Alfredo ha pedido mi mano. Quiere que me case con él —comentó Concha con indiferencia, aprovechando un silencio.

—¿Qué!

—¿Cómooo? ¿Y nos lo dices ahora?

Las amigas dieron un respingo y soltaron lo que tenían entre manos.

—Sí, os lo digo ahora, fue ayer domingo. No os pongáis así.

—¡Pero, mujer, tenías que haberlo contado nada más llegar! —la reprendió cariñosamente Dolores—. ¡Menudo notición!

—¿Y qué le has dicho?

—Que me lo voy a pensar. Le pedí que me diera algo más de tiempo. Ha sido muy inesperado.

—¿Tus padres están de acuerdo?

—¿Que si están de acuerdo? ¡Ja! Han sido ellos quienes lo han preparado todo, estoy convencida. Teníais que haber visto cómo se pasaron el día con los preparativos para recibir a Alfredo.

—Y tú en Babia. —Dolores tan ácida siempre.

—¡Pues claro! Cómo iba a imaginar que eso pasaría, si entre nosotros no habíamos hablado nada del asunto.

—¿Alfredo no te había anticipado nada? —preguntó Anita.

—Nada.

—¿Ni te había hecho antes ningún comentario que te indujese a pensar que te pediría que te casaras con él?

—¡No, no y no! —respondió Concha con una incipiente desesperación—. Él me ha dicho que me quiere mucho, eso sí, varias veces, sobre todo últimamente, y que nada le haría más feliz que el poder estar a mi lado siempre.

—¿Qué más quieres, criatura! —pareció a punto de estallar Dolores—. ¿No te parecen suficientes indicios? Si ya te digo que estás en Babia. No soy nadie para aconsejarte lo que tienes que hacer, pero no me parece bien que te comprometas con un hombre cuando amas a otro. Porque tú amas a otro, ¿no...? A Diego, que está el pobre trabajando como un condenado para que podáis estar juntos. ¿Y te vas a comprometer con Alfredo?

—Dolores, déjala ya, que la estás mareando. —Anita quiso rebajar un poco la intensidad de la reprimenda a Concha, que era lo que en el fondo estaba haciendo Dolores.

—Alguien tiene que hacerla reaccionar, digo yo.

—No discutáis por mi culpa.

—Yo no tengo nada en contra de Diego —dijo Anita—, pero entiendo que te estés cansando de esperarlo.

—Cuando se ama de verdad no importa lo que cueste, ni el tiempo que haya que esperar, para poder estar con el hombre que una desea —sentenció Dolores, todavía enfadada.

—Tienes razón, Dolores. —Concha navegaba en un mar de dudas, no porque hubiera dejado de querer a Diego sino porque le resultaba demasiado impreciso, incierto, adivinar qué conseguiría si decidía mantenerse en la espera—. Pero el tiempo pasa y, mientras que Diego hoy por hoy no deja de ser un sueño, un proyecto de futuro, Alfredo es un hombre real, tangible, que está a mi lado.

—Y Diego es un hombre cuya vida consiste en hacer todo lo posible por estarlo —le rebatió Dolores en su línea de defensa del futbolista, un hombre al que ella tenía en gran estima—. No olvides eso.

Concha no lo olvidaba, no podía, ningún día de su vida. Era la irrupción de Alfredo lo que la había colocado ante su realidad, como quien se coloca ante un espejo y no puede evitar, ni remediar, lo que ve en él.

* * *

Dolores, que no se fiaba de que su amiga tomara la decisión que ella consideraba correcta, le pidió a su hermano, amigo de Marcial, que hablara con este para que le advirtiera a Diego de lo que estaba ocurriendo.

—Si el futbolista no espabila —le dijo—, se quedará sin su chica. El militar este tonto no es.

—¿Pero tú crees que sería capaz de casarse con él?

—Tal y como están las cosas en este momento, no descarto que lo haga. No conoces tan bien a Concha como yo.

—Parece serio el asunto. Diego tiene que saberlo cuanto antes. ¡Gracias, hermana!

Dolores no estaría tranquila hasta saber que Diego pensaba reaccionar. Esa era la segunda parte de la historia, que estuviera dispuesto a luchar por ella. «Con los hombres nunca se sabe», pensó Dolores en voz alta.

* * *

—Está bien. Acepto el compromiso, seremos novios.

Alfredo sintió cómo se expandía su corazón al escuchar las palabras de Concha. Estaban solos en una alameda vacía. La tarde se iba dejando caer y el silencio alrededor los cobijaba y confinaba en una pequeña burbuja deseable y adorada no tanto por Concha como por Alfredo.

—¿Sabes que soy el hombre más feliz del planeta?

—No será para tanto.

—Te equivocas, Concha. Te amo más que a nada, te quiero, te venero. Me gusta mucho más mi vida desde que estás en ella.

Conmovida pero al mismo tiempo angustiada por el azote de su conciencia, la muchacha agachó la cabeza.

Volvió a mirarlo de frente.

—Sólo te pido una cosa.

—Lo que quieras, mi amor. Pídeme lo que quieras, que lo haré.

—No esperemos mucho para casarnos. Hagámoslo pronto, una ceremonia sencilla.

Entonces Alfredo se volvió loco de alegría porque interpretó que las prisas de Concha se debían a sus ganas de estar con él. Pero se equivocaba. La realidad era otra y más oscura para Alfredo. Concha estaba harta de que su vida fuera una espera permanente. Al menos por una vez algo iba a sucederle sin tener que aguardar a no se sabe qué. Las cartas de Diego se habían ido espaciando tanto que hacía meses que le llegó la última. ¿Sería verdad que los sentimientos se van apagando como el fuego? Si nadie lo aviva, se acaba extinguiendo.

Sentía la necesidad de que ocurriera algo, de que cambiara la dirección del trazado de su camino. Y casarse con Alfredo sin tener que esperar demasiado se le presentó como una salida, la ocasión para poner fin a tanta angustia y pasar otra página de su vida en la que estaba escrito el nombre de Diego.

* * *

La decisión que finalmente tomó Concha había dividido a las tres amigas. Mientras que Anita la secundaba —«Entiendo que lo haga porque está cansada de esperar a Diego; todavía si este le hubiera dado una fecha para venir a buscarla...»—, Dolores no estaba dispuesta a cruzarse de brazos para ser testigo de lo que consideraba un grave error.

Citó a Concha en su casa por la tarde. «Merendaremos las tres para hacer las paces», le dijo. Sin embargo, cuando Concha vio que Anita no llegaba se extrañó:

—¿Tienes idea de lo que ha podido pasarle?

—Seguro que nada. ¿Qué apuestas a que no encuentra el vestido que quería ponerse?

—¡Ja, ja, ja! Tienes razón, siempre le pasa lo mismo con su madre.

—Yo creo que lo que debería hacer es coger un día a su madre y decirle: mira, mamá, si quieres ciérrame todos los escotes, ¡pero no sigas escondiéndome los vestidos! —bromeó Dolores.

A los cinco minutos llamaron a la puerta.

—Será ella —dijo Concha.

—Ve tú a abrir mientras yo voy a la cocina a por leche para echarle al café.

—Qué pesada es esta Anita. ¡Vale! Pero no la calientes mucho.

Concha fue corriendo hacia la puerta riéndose de las ocurrencias de Dolores y abrió como una exhalación:

—¡Hola, pesad...!

Se quedó clavada sujetando el pomo. El corazón le dio un vuelco, como si una mano invisible lo hubiera agarrado para girarlo sin contemplaciones.

No era Anita.

Diego se abalanzó sobre ella en un abrazo. Con una mano sujetaba la espalda de Concha mientras con la otra le tomó la cabeza para hundirla en su cuello y sentirla más cerca.

Se mantuvieron abrazados durante minutos, hasta que Concha lloró. Cuando consiguieron separar sus cuerpos parecieron dos ciegos acariciándose sus respectivos rostros para reconocerse. Las mejillas, la frente, los ojos... La boca, la nariz, los labios... Esos labios tantas veces soñados; tantas, deseados.

—Ya estoy aquí, Concha. Amor... ya estoy aquí.

Ella seguía palpando su cara y su cuerpo para convencerse de que no era un sueño. Encontró a Diego algo más delgado pero con su atractivo aceituno intacto.

—Ejem... —carraspeó Dolores—. No es por nada, vamos, que mí no me importa, pero estáis dando un espectáculo callejero... Pasad, anda, vaya dos.

—Así que Anita no va a venir. —Miró con ironía a su amiga Dolores.

—Yo diría que sales ganando con el cambio... Os dejo solos.

Se cogieron de la mano, se besaron, se hablaron bajito, recordaron entre susurros las promesas que se habían hecho hacía tiempo.

Demasiado tiempo...

El tiempo... Lo que tanto daño les estaba haciendo. Como si fuera capaz de interpretar los silencios, Diego la tranquilizó diciéndole:

—Ya no habrá más tiempo entre nosotros. Ni más distancia. Eso se acabó. No volveremos a separarnos más. Sé que lo has pasado mal y que te has sentido muy sola. Es normal que en esa situación te hayas creído también confundida y que alguien haya aprovechado tu confusión. Sólo espero que me digas que no va a haber ningún otro hombre en tu vida que no sea yo.

—Así que te has enterado. —Diego movió la cabeza afirmando—. Yo... lo siento tanto. Me sentía tan sola... Pero no he dejado de pensar en ti y de desear tu regreso. Llevo años sola, esperándote, sin saber cuándo acabaría todo y volverías.

—¿Te casarás con ese hombre?

—Diego... es a ti a quien amo. Pensé que no volverías. Pero ahora que estás aquí eso se acabará. Sucedió todo muy rápido, mis padres lo organizaron y... no supe controlarlo. Se me fue de las manos. No sé qué más puedo decirte.

Diego selló los labios de Concha con los suyos. No necesitaba más.

En Cataluña había alcanzado el puesto de encargado. Entonces, por fin, se sintió capaz de ofrecer a Concha un pedazo del futuro que ambos querían compartir. Lejos de Osuna añoraba las tibias tardes de primavera bajo el limonero que seguía creciendo rotundo en el patio de su casa. Y añoraba a Concha. Había llegado la hora de casarse y emprender una vida juntos, aunque fuera lejos de su tierra y de los suyos.

Aunque fuera lejos de sus raíces...

*Lejos de ti, de la conciencia
desacordada, el centro.
Buscas afuera, entre las cosas
presentes un momento.*

LUIS CERNUDA,
«EL INTRUSO».

CAPÍTULO 9

LA VIDA EN UNA MALETA

Concha entreabrió un cajón de la cómoda de su habitación y removió discretamente unas prendas para extraer del fondo la postal que Luis Méndez le había regalado cuando estaban juntos. La miró, invadida por un soplo de extraña tristeza. ¿Nostalgia de su primera juventud, quizás? ¿O vértigo ante lo que ya era irreversible, puesto que no iba a casarse con Alfredo?

Volvió a guardarla con cuidado.

Era el final de una mañana de mediados de julio. Concha había puesto en casa la excusa de que tenía que ir a la mercería para poder ausentarse.

Diego había pedido un coche prestado a un amigo para recogerla y alejarse del pueblo. Se detuvieron en una venta camino de el Arahál para tomar café y hablar con tranquilidad, sin la presión de las miradas de conocidos fiscalizando lo que tuvieran que decirse.

—La vida es corta, Concha, demasiado corta. Y no podemos permitir que se nos pase. La culpa es mía, pero voy a ponerle remedio. Ayer te dije que no volveremos a separarnos y te doy mi palabra de que será así. Hablo en serio. Te he traído aquí porque no sabía adónde llevarte para decirte esto. Aunque... me da un poco de apuro que sea en un sitio público. Si no te importa, voy a ahorrarme lo de ponerme de rodillas y esas cosas.

—Ja, ja. ¿Pero qué tonterías estás diciendo?

—Ya verás como no es ninguna tontería.

Entonces optó por acercarse a ella, tanto que Concha notó un escalofrío golpeándole suavemente en la nuca. Diego pegó su boca a la oreja para susurrarle lentamente, con la cadencia de una ola mediterránea:

—¿Quieres... casarte... conmigo?

Entre una palabra y otra fue dejando espacio para un beso con el que sellar su petición.

Concha cerró los ojos y dejó de oír el ruido exterior. En su cabeza daba vueltas la voz de Diego pronunciando las tres palabras... conmigo... casarte... quieres...

—¡Estás loco! —le dijo al abrir los ojos.

—¿Loco por quererte? Asumo, entonces, mi locura.

—No puedo casarme contigo, mis padres no me dejarán.

—¿Y eso lo dice quien se había comprometido con otro hombre?

—Por favor, Diego, olvida eso ya.

—Vale.

Concha, en cambio, no podía olvidarlo porque no lo había resuelto. Tenía pendiente saldar esa cuenta sin causarle daño a Alfredo, no lo merecía.

—¿Quién ha dicho que a tu edad necesites la aprobación de tus padres?

—¿Cómo...?

De repente Diego le hablaba de lo que ella jamás se había planteado; no se le pasaba por la

cabeza hacer algo, y mucho menos tan trascendente como casarse, en contra de la voluntad de sus padres. Su mente, su corazón, su cuerpo entero quedaron bloqueados por la concreción de una idea que hasta hacía un par de minutos figuraba como inasumible para ella. Más aún, inexistente.

—Mira, aunque Cataluña no es el paraíso, uno se puede ganar bien la vida allí, con mucho esfuerzo pero al menos tiene su recompensa. Yo no voy a volver a Osuna, aquí sigue sin haber futuro. ¿Y qué vas a hacer tú? ¿Seguir esperándome hasta no se sabe cuándo? ¿Quizás toda la vida? ¿O, peor, mucho peor, casarte con otro? ¿Lo harías con ese militar que te han buscado tus padres?

—Déjalo, te lo ruego.

—Tengo que contenerme, y lo hago por ti, para no ir a partirle la cara.

—¡No digas eso! Él no tiene la culpa de nada.

—Los celos me están destrozando, Concha. He evitado decírtelo pero es la verdad. Si queremos estar juntos debemos tomar ya una decisión, la que sea, pero hay que decidir. Tienes razón, tus padres jamás van a aceptar que te cases conmigo.

—Pero... puedo intentar convencerles.

—Sabes que eso no es posible. No lo has conseguido nunca, y ahora menos después de tu fallido compromiso con el tipo elegido por ellos. Tus padres no van a cambiar pero tú sí puedes.

—No te entiendo, Diego.

—Vente conmigo, Concha. Abandona el pueblo y casémonos en Barcelona. Sólo así podremos unir nuestras vidas.

—¡Estás rematadamente loco! —Sin darse cuenta Concha había elevado la voz.

—Cálmate.

—¿Me estás proponiendo que abandone a mi familia y me pides que me calme?

—Te estoy proponiendo que estemos juntos, unidos, no cada uno en una punta de España y con tu familia en mi contra. Así no llegaremos nunca a nada. Nunca.

Concha miraba la superficie del café sin atreverse a removerlo. En realidad, no se atrevía a moverse. Notaba los músculos paralizados y una ansiedad que la recorría por dentro.

—¿Quieres que pidamos churros...? —dijo Diego por distender un poco la situación.

Concha negó con la cabeza sin levantar la mirada del vaso de café.

—Tienes razón, ya no son horas de churros. Oye... mírame. Vamos, Concha, di algo.

A ella se le inundaron los ojos de lágrimas que deseaba con todas sus fuerzas que no cayeran. Diego tomó su mano por encima de la fría mesa de bar.

—No dejemos que la vida se nos vaya —susurró en voz baja.

—Yo... no puedo abandonar a mi familia. No creo que sea capaz.

—¿Y cuál es la alternativa? No la hay, Concha, ya no hay alternativa. Ha llegado el momento. O hacemos algo para estar juntos o nuestros caminos tendrán que separarse. Lo que nos distancia no son sólo mil kilómetros, sino tu familia, y eso nadie puede remediarlo más que tú. Yo no voy a volver de Cataluña, tenlo claro.

Quedó en el aire la decisión a la espera de que Concha hallara una respuesta. Necesitaba una luz que iluminara su camino. Se personó, sin haber sido invocada, la remembranza de Luis apelando a la responsabilidad familiar por encima de cualquier deseo personal. Eso ayudaba poco.

Regresaron pronto. Aparcaron antes de llegar a la calle Sosa para evitar sospechas o casuales encuentros inesperados que pudieran poner en peligro la prudencia de su relación.

Dentro del automóvil Diego no pudo aguantar más y la besó. Sentía la necesidad de dulcificar

la conversación mantenida en el bar. Fue un beso tan largo y cálido que Concha habría querido dormir en él el resto del día.

—¡Anda, corre, que te van a cerrar la mercería! —Diego reaccionó al caer en la cuenta de la hora.

—¿La mercería...? —Concha ya lo había olvidado.

—¡Claro! ¿Qué va a decir tu madre cuando llegues de vacío?

La muchacha se mordió el labio inferior y le lanzó a la carrera una sonrisa de despedida sin mirar hacia atrás. Tendría que acostumbrarse a no hacerlo en lo sucesivo.

No mirar atrás.

* * *

Suele resultar difícil no compartir con nadie un secreto que puede alterar el curso de tu vida. Concha y Diego decidieron tener cada uno sus propios confidentes: Anita y Dolores lo serían para ella, y Marcial, para él.

Anita, mucho más sentimental que Dolores, le aconsejó a su amiga a modo de sentencia: «Una mujer sabe cuándo tiene que dar un paso y a ti te ha llegado el momento». No puede decirse que fuera un pensamiento de Sócrates, pero tales palabras pronunciadas por su amiga del alma calaron más en el corazón de Concha que cuando las pronunció Diego en el bar cerca de el Arahál. En realidad, ambos, Diego y Anita, vinieron a decir lo mismo, pero Concha confiaba más en que fuera su amiga quien velara por su beneficio sin ninguna otra consideración añadida.

—Vas a iniciar una nueva vida en un lugar de España que ofrece oportunidades desconocidas aquí, en esta Andalucía en la que nos ha tocado vivir. —No cabía duda de que Dolores tenía un sentido más práctico y realista de la existencia.

—Ojalá no tuviéramos que marcharnos. Ojalá... —se lamentó Concha.

—Sí, es verdad, pero míralo de esta otra manera: vosotros tenéis la suerte de poder salir del pueblo y buscar algo mejor. Nosotras no. ¿Tú vas a renunciar a esa posibilidad y también al hombre al que amas?

No quería mostrar su miedo. Para ella, salir de su casa para viajar a Barcelona era similar a lanzarse al vacío desde una altura tan elevada que no le permitía ver el suelo. No sabía si podría soportarlo. En su interior se desencadenaban constantes sentimientos y sensaciones; un torbellino imparable que no la dejaba en paz. A la ilusión de compartir la vida con el hombre al que quería se le cruzaba un terrible temor a lo desconocido y a la lejanía familiar.

Al menos saldría ganando al dejar de ver a su hermana y de soportar sus burlas y ataques. «Espero que le alimente, a base de bien, su envidia», pensó Concha, harta de años de una relación que poco tenía que ver con lo que se les supone a los lazos fraternales. En ningún lugar, en la historia de la Humanidad, está escrito que la sangre tenga que unir a la fuerza a las personas de manera incuestionable e indisoluble. Ellas personificaban la evidencia.

Con Manuel era distinto. A él sí lo echaría de menos.

—Piénsalo bien —remató Dolores—. Pero, vamos, que yo en tu lugar lo tendría muy claro.

Concha se marchó a casa marcando a su paso el rumbo de lo que iba a decidir. Aquella noche no quiso cenar, «No me encuentro bien, siento un frío raro», se excusó.

—Será que te estarás resfriando. ¿No tendrás fiebre? —le preguntó su madre.

—No lo creo. Me voy a dormir. Mañana estaré mejor.

Su hermana encontró la ocasión perfecta para meterse con ella, lo que parecía su ocupación

favorita.

—Cada día estás más idiotizada. ¿Quién tiene frío en pleno mes de julio en Andalucía?

Concha no respondió. Fue a su habitación. Carmen, no dispuesta a dejarla tranquila, abrió la puerta.

—¡No te he dado permiso para entrar! —se quejó Concha.

—¡Ni falta que me hace! ¿De verdad no vas a cenar?

—¡Lárgate! —Concha le lanzó con furia un zapato.

Aquella noche no dejó de pensar en la proposición de Diego. Y no fue hasta ese momento cuando se dio cuenta de que en realidad su vida estaba confinada en una casa y en un pueblo que le oprimían, impidiéndole alzar el vuelo siguiendo el camino de cualquier deseo. No se le permitía tener ambiciones ni pensamientos propios; además, debía obligado cumplimiento a los designios de sus padres, que habían estado a punto de convencerla para que se casara con un hombre del que no estaba enamorada. En nada de todo eso se contemplaba lo que Concha quería o anhelaba.

Si permanecía en el pueblo tampoco tenía mejores expectativas en cuanto a lo que dedicarse en la vida. Cualquier intención de trabajar en algo que no fuera la costura había sido impedida por sus padres.

Un callejón sin salida. Así vio su vida, el presente y el futuro. Un callejón sombrío y triste. Si decidía huir junto a Diego podría salir de él. Sólo si lo hacía podría escapar de la negrura que la atenazaba.

Al día siguiente se presentó en casa de Diego. No quiso esperar más para decírselo. Una vez tomada la decisión, cada minuto le parecía una eternidad insoportable. Se besaron, se abrazaron, él la cogió de la cintura y la elevó por los aires. Compartieron la misma alegría, sólo que ella con más temores que su novio.

—No te arrepentirás. Has de saber que aquello no es fácil, está lleno de dificultades, pero juntos las afrontaremos. ¡Y ya verás cómo prosperaremos!

Concha confió en él. Se dejó llevar por la experiencia que Diego tenía, pero lo que más la guió para decidir marcharse con él fue el amor que sentían.

Marcial, Dolores y Anita su pusieron manos a la obra para ayudarles a preparar la huida. A partir de ese día, Concha tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para controlar su inquietud ante su familia. No pudo evitar estar «rara», dijo su madre, por más que quería disimularlo. La partida sería inminente. ¿Cómo no iba a estarlo?

* * *

Le quedaba una deuda pendiente que había ido aplazando: Alfredo. Habló con él el día antes de la fuga. Pensó que lo mejor sería hacerlo en el último momento, no fueran a malograrse sus planes si se le ocurría contárselo a sus padres para desahogarse.

Al ver su expresión de alegría, sentado, esperándola, en un banco de la plaza de España, su mala conciencia se disparó hasta causarle dolor, pero seguramente no tanto como el que ella estaba a punto de provocarle a él.

—¡Qué guapa estás!

Fue lo primero que le dijo nada más verla aparecer. Después la besó en la mejilla. A cada buen gesto de él, peor se sentía ella.

No resultaba fácil arrancar la conversación.

—Quería verte porque necesitaba hablar contigo de algo importante que... —no sabía bien cómo calificarlo—, que tal vez no te guste pero que no he podido evitar. No creas que estaba previsto que fuera así... Es que... Bueno, el caso es que...

Los nervios empezaban a hacer de las suyas. Se estaba haciendo un lío.

—¿Qué te ocurre, Concha? —Alfredo le pasó la mano por la espalda con ternura.

Ella lo miró buscando auxilio pero no era justa esa actitud. Tenía que afrontar la situación y, por más que pretendiera evitarlo porque le tenía cariño, lo que iba a decirle le haría daño.

—No puedo seguir contigo.

Dicho. Ya está. Pero no podía dejarlo ahí. No quiso mirar a Alfredo a la cara. Tomó aire y respiró para seguir:

—¡Lo siento, lo siento! No imaginas cuánto. Pero no puedo casarme contigo, no sería justo para ti. Cuando acepté el compromiso creí que era lo mejor y que tal vez acabaría amándote pero no ha sido así.

—¿Tratas de explicarme que me has tomado el pelo? ¿Que has jugado con mis sentimientos?

—No, Alfredo, nada de eso es cierto. Eres un buen hombre y si yo no te he amado no es por ti, sino porque... —Esto le costaba porque sabía el dolor que iba a causarle, pero es que la verdad a veces es tan triste como inevitable—. No puedo amarte porque amo a otro hombre.

Por inesperado, el golpe resultó doblemente doloroso. Por más que en la cabeza de Alfredo daban vueltas multitud de sentimientos, ideas y sensaciones, nada podía retener más de dos segundos. Hasta que por fin consiguió pronunciar el nombre de su derrota:

—Diego... Es ese tal Diego.

Ella asintió.

Con la confirmación y la certeza de que sería imposible convencerla para que cambiara de opinión, Alfredo se levantó y empezó a caminar hacia el rincón del luto al que la confesión de Concha lo acababa de condenar.

* * *

Estaban ya en la cuenta atrás para el gran momento de la escapada. Convinieron con Marcial que les acompañaría de noche a Sevilla, desde donde partirían en tren hacia Barcelona.

Concha se empeñó en llevarse un arcón de madera de caoba que su padre había comprado para cuando se casara y que reposaba arrinconado en una estancia poco transitada de la casa.

—Creo que ni se darían cuenta si falta.

—Pero es demasiado peso, Concha. ¿Cómo vamos a transportar un mueble tan incómodo? El viaje es largo, no es aconsejable añadir dificultades.

—¿Sabes una cosa, Diego? Tienes razón. No sé cómo se me ha podido ocurrir llevárnoslo. No es sólo por el peso. Mi madre se ha pasado años confeccionando mi ajuar y guardándolo en este arcón. Si me lo llevara en mi huida ella jamás me lo perdonaría. Creo que ya es suficiente con escaparme como para también llevarme el arca.

—Es lo mejor. No pienses más en ello. Hoy debes intentar descansar. Nos esperan un par de días agotadores.

La noche previa a la partida los nervios estaban a punto de reventar a cada suspiro que daba Concha.

—No sé qué te pasa hoy que no paras de suspirar, pareces una vieja chocha —comentó su hermana Carmen con sus habituales malas pulgas.

Concha no le respondió, descargada como se sentía ya del lastre de tener que aguantarla. Al acabar la cena sorprendió a su madre con un sentido abrazo en la cocina.

—Uy, pues sí que estás zalamera esta noche.

—Quiero que sepa que la quiero mucho, madre. Mucho, y que la llevo siempre en mi corazón.

—Concha se emocionó al decirlo.

—Yo también te quiero, hija. Anda, ve a dormir que mañana tenemos que llevarle los vestidos a doña Manolita para la boda de su hija.

Concha no supo nunca del destino de los vestidos para doña Manolita. Antes de irse a la cama se acercó a la estancia en la que su madre y ella cosían. Vio los vestidos y se acercó a acariciarlos, impregnándose de la esencia de una realidad que en cuestión de horas pasaría a ser un recuerdo. No le había mentado a su madre. Concha llevaría para siempre en su corazón la huella de aquellas telas, de las horas pasadas junto a su madre cosiendo, componiendo tejidos y colores que se convertían en obras de arte en sus manos. Aquellas manos de su madre... sí, las llevaría consigo en su memoria de lo vivido.

Al pasar por delante de la puerta de la habitación de su hermana sonrió con satisfacción y se metió en la suya con el mismo sigilo con el que salió de madrugada para abrirles a Diego y a Marcial. Lo hicieron rápido, cargaron el coche y se despidió de Anita, que la esperaba en la calle. La amiga se empleó a fondo en infundirle ánimos para mitigar su desazón. «Tienes que esforzarte, poner de tu parte, para acostumbrarte pronto a la nueva vida en Cataluña». Se fundieron en un abrazo interminable.

—¡Un momento! —les dijo Concha a Diego y Marcial.

—¿Qué vas a hacer?

—Vuelvo enseguida. He de entrar a hacer algo, será un minuto.

—¡Es peligroso, Concha! —Diego se inquietaba—. Podrían verte.

—Tranquilo, ahora vuelvo.

Concha corrió hacia la salita apartada en la que el arcón parecía lamentar su partida. Ya nadie le haría caso. Para Concha aquel mueble cobró vida por unos instantes. Lo abrió y miró las prendas de su ajuar que esperaban en su interior un futuro que ya no iban a tener.

Lo cerró, inspiró intensamente y salió a la calle.

La pareja viajaba con dos maletas de cartón rígido revestidas de una vulgar tela con un estampado de cuadros de color beige como tantas miles. Las llevaban atadas con cuerdas. Diego se había pasado horas con los preparativos de las cuerdas, sujetando las maletas con fuerza y haciendo unos nudos que no habría forma humana de deshacer. Las cuerdas picaban, de modo que quienes portaban las maletas terminaban con desolladuras en las manos.

Llevaban unas maletas repletas de ilusiones y recuerdos pero también del terrible peso del dolor que causan la ausencia y la distancia. Aquellas maletas cargadas a hombros simbolizaban el éxodo del hambre y la falta de un porvenir. Las ataban con cuerdas como queriendo asegurarse de que de ellas no escapara lo poco que tenían.

CAPÍTULO 10

LA LLEGADA... ¿AL PARAÍSO?

*La noche no quiere venir
para que tú no vengas,
ni yo pueda ir.*

*Pero tú vendrás
por las turbias cloacas de la oscuridad.*

FEDERICO GARCÍA LORCA,
«GACELA DEL AMOR DESESPERADO».

Sevilla, estación de tren, mediados de agosto de 1962

Concha y Diego subieron al tren que era conocido como el Sevillano, un verdadero símbolo de la emigración andaluza, que partía de Sevilla. Tenían por delante más de veinticuatro horas de viaje hasta llegar a Barcelona, atravesando campos infernales en los que el tren aminoraba la marcha como si renqueara por el calor. El efecto del infame traqueteo se agravaba por la dura madera de los asientos. Había compartimentos con una red en el techo para poner las maletas; los billetes no se numeraban, así que entraban más viajeros de los que cabían (muchos subían al tren sin billete, desde luego los niños, todos, aunque una vez dentro daba lo mismo que lo llevaran o no porque era más importante que el pasaje se colocara en función de las necesidades de cada uno, que no según lo que indicara el billete); los pasillos estaban abarrotados de gente durmiendo encima de las maletas, no se podía ni pasar; los hombres solían ir de pie, mientras que los asientos eran ocupados por mujeres, niños y ancianos, incluso si no tenían reserva.

El Sevillano paraba en todas las estaciones, fueran grandes o pequeñas, y a veces las paradas duraban tanto que daba tiempo de bajar a comer algo. Y para colmo aquel calor terrible.

El convoy era interminable, tan largo que Concha miraba por la ventanilla y nunca veía el final, daba la sensación de que el último vagón no existiera.

Abandonaba Osuna con la agitación de afrontar una gran aventura, pero también con pena por dejar atrás los pilares de su existencia. Arrastraba, por ello, un gran pesar y un desasosiego que avanzaba con la marcha del tren. Su padre ya no iba a estar a su lado para protegerla como llevaba haciendo toda la vida. Una vida que estaba cambiando por otra mucho más incierta...

Extrajo de su bolso un trozo de papel, lápiz y un sobre, y se puso a escribir a su madre explicándole las razones de su fuga. Con el convencimiento de que sus padres jamás habrían aceptado la relación con Diego por las razones que, lamentablemente, tantas veces se habían encargado de recordarle, creyó que no le quedaba más alternativa que marcharse con él a

Cataluña para poder emprender una vida adulta y estar junto al hombre elegido por ella, no por sus padres. Sabía que su decisión les estaría causando un gran dolor, pero no sería menor que el que ella experimentaba al tomarla. Le solicitaba su perdón, necesitaba tenerlo para poder avanzar en paz.

—¿Qué haces? —le preguntó su novio.

—Escribo a mi madre. ¿Crees que me perdonará?

—Algún día, mi amor, algún día lo hará.

Diego le pasó el brazo por el hombro para abrazarla y conseguir infundirle la seguridad que Concha necesitaba en ese momento. Aprovechó el viaje para contarle cómo había preparado la boda. Sería en la basílica de la Merced, en el barrio Gótico de Barcelona. Había conseguido que un amigo suyo, cura de Moncada, certificara que él y Concha habían asistido a la catequesis previa al matrimonio. «Con todo lo que ha rezado y ha ido a misa Concha, no creo que esté en falta por no haber hecho el cursillo este», le comentó Diego al cura Ernesto, un hombre joven y campechano.

—Te habrá costado mucho conseguir fecha. ¿Cómo lo has hecho?

—¿No te enfadarás si te cuento la verdad?

—Ya estoy temiendo la respuesta —respondió Concha riéndose.

—Hace meses que solicité la fecha. Deseaba tanto que dijeras que sí... que, en caso de que no hubieras querido marcharte de Osuna, con un gran pesar lo habría anulado. Pero merecía la pena intentarlo por si aceptabas. Me alegro de que lo hicieras. Y no niego que Ernesto también me ayudó. No era fácil.

Concha recostó la cabeza en el hombro de Diego. Con el traqueteo y el cansancio empezó a asaltarle la evocación de su infancia en el cuartel. No todo fue tan dulce como aquellos recuerdos que colmaban sus sueños infantiles y en los que ella se empeñaba queriendo que fuera una única realidad. Pero bien sabía que no era así. Con siete u ocho años acabó sufriendo un trauma terrible al escuchar los gritos de los detenidos que eran torturados o golpeados a un palmo de distancia. A un palmo del terror que causaban. Y es que la casa que le habían asignado a su familia lindaba con la sala de interrogatorios, como la llamaban, aunque estaba claro que preguntar no era precisamente lo que se hacía en ella. Se dio la fatal coincidencia de que la habitación de Concha era la estancia contigua a dicha sala; tan sólo una fina pared la estuvo separando del dolor ajeno y del sufrimiento a veces agónico. Hasta que, después de muchas noches encadenadas de insomnio, de sueños fantasmagóricos y pesadillas impropias de una niña, se atrevió a contárselo a su padre y fueron trasladados a otro pabellón, a la vivienda de un teniente que se acababa de jubilar.

Miguel se limitó a actuar para poner fin a esa situación, pero no quiso jamás explicarle nada a su hija, como si aquellas prácticas estuvieran fuera de la realidad, como si no hubieran existido. Tampoco Concha volvió a mencionarlo. Antonia, su madre, callaba siempre, en eso y en todo. Se había casado con Miguel muy joven, en Murcia, de donde eran ambos. Yecla y Jumilla. Y al poco tiempo lo siguió cuando fue destinado a Andalucía. Estuvieron en La Roda antes de establecerse definitivamente en Osuna. Antonia y Miguel se parecían en su fuerza y espíritu de lucha ante la adversidad, rasgos que la pequeña Concha sin duda heredó. Pasaron las de Caín en la guerra. Miguel combatió en el bando nacional y fue declarado héroe de la vecina localidad de Marchena en la que vino al mundo Concha, «por combatir a comunistas en una refriega exponiendo su vida», rezaba el edicto. De aquel suceso en la plaza de las Siete Revueltas a Miguel le quedó la medalla y un tiro en el pecho que acabó gangrenándose, lo que le ocasionó la pérdida del pulmón derecho. Aunque ni por esas dejó de fumar. Su comportamiento de arrojo permanente tuvo en vilo a Antonia

el tiempo que duró la contienda; temía que algún día no pudiera contarle y entonces a ver qué hacía ella sola entre balas y bombas criando a cuatro hijos.

Similar situación vivieron en la familia de Diego, sólo que en el bando contrario. Su padre se fue de voluntario a combatir junto a los republicanos y cayó en el frente, mientras Concepción, la madre, cuidaba a sus cinco vástagos. Ambas familias apenas tenían contacto en el pueblo. Y eso que Miguel era muy conocido.

* * *

Abandonó abruptamente sus ensoñaciones al detenerse el tren de forma inesperada en mitad de un campo. Más bien en mitad de la nada; una nada muy caliente, el aire hervía a más de cuarenta grados de temperatura. Aún no habían salido de Andalucía. Estuvieron parados horas. El tiempo pasaba y aumentaba la desesperación en los viajeros, muchos de ellos habían descendido de la serpiente ferroviaria sin saber qué era peor, si quedarse en el interior o salir. El calor arreciaba imparable.

Durante los largos paseos de un lado a otro del tren mientras estaba detenido, Concha salió al pasillo a tomar el aire desde una ventanilla, mientras Diego, que había puesto pie en tierra, entabló conversación con dos hombres que, al igual que él, eran emigrantes procedentes de dos pueblos de la provincia de Sevilla. Uno de ellos regresaba de visitar a su familia porque ya vivía en Barcelona. Trabajaba en una fábrica de cementos que estaba a la salida de la capital y muy cerca, precisamente, de Moncada y Reixach.

—Claro que conozco la Bosuga —dijo uno de ellos, Raimundo, al saber que era la fábrica en la que trabajaba Diego—. Allí tengo buenos amigos.

—¿En serio? ¿En qué secciones?

—Sé que uno está en la cadena de ensamblaje de tornillos en la carrocería. Se llama Felipe, aunque le llamamos Felipín desde niños. Es de mi pueblo, ¿sabes? La Lantejuela. El otro, ni idea de a qué se dedica en la fábrica.

—Qué casualidad que seas de la Lantejuela. Está muy cerca de Osuna. ¡La de veces que habré pasado por tu pueblo!

Diego se alegró de encontrar a un «tocayo», como le dijo al presentarse. La Lantejuela estaba a menos de veinte kilómetros de distancia de Osuna. Se producía entre ellos el efecto natural de sentirse «compadres» ganándose la vida a mil kilómetros de distancia.

Se contaron cómo eran sus respectivas vidas en Cataluña. No vivían lejos el uno del otro y sus trabajos eran similares. Reconfortaba encontrar a otros en parecida situación que la de cada uno.

—Yo viajo con mi novia, vamos a casarnos el lunes —les contó Diego.

—¡Vaya, qué tío! ¡Enhorabuena! ¿Y va a quedarse contigo en Moncada?

—Sí. En el piso en el que estoy ahora. No es gran cosa, pero pronto nos cambiaremos a otro mejor.

—¡Sí, señor, así se habla! —Raimundo le palmeó la espalda—. Oye, tienes que presentármela luego.

—¡Hecho!

Diego fue invitado a jugar una partida de cartas en el compartimento de Raimundo. Fue a decírselo a Concha para que no se preocupara y la avisó de que cuando acabara iría a buscarla para presentarle a los nuevos amigos que había conocido.

La partida fue divertida. Ganó Diego, siempre había sido muy bueno jugando a las cartas, el

dominó y los dados. Se convertía en un rival duro de tumbar.

Fueron a buscar a Concha. A Raimundo le encantó conocerla y el resto se mostró amable con ella. Cogieron una bolsa que la pareja llevaba con comida y la compartieron con aquellos hombres desconocidos a los que se sentían unidos en una comunión extraña.

—Vivir en Cataluña es difícil para nosotros, los emigrantes —dijo de repente un chico jovencito con aspecto de desvalido.

—¿Viajas solo? —quiso saber Concha.

—Sí.

—Pero eres muy joven. ¿Qué edad tienes?

—Dieciséis, pero pronto cumpliré diecisiete.

—¿Dejaste pronto la escuela? —quiso saber Concha.

—A los doce años. No podía permitírmelo.

Concha se conmovió. Hablaba como un verdadero adulto. Les explicó que se llamaba Manolito y que sus abuelos no podían mantenerlo porque tenía tres hermanos, y cuatro eran demasiado para ellos. Él no quiso ser una carga y decidió lanzarse a vivir la aventura catalana de la que le habían hablado. Era reservado. Portaba sombrero y llevaba las manos en los bolsillos permanentemente. Generaba una ternura que Concha creía no haber sentido antes por un desconocido.

—Tengo un amigo, un antiguo compañero de la escuela, que lleva viviendo en Cornellá dos años. No sé dónde está eso, pero él me ha contado que se desloma trabajando para cobrar un suelo de miseria. Y que todos los emigrantes están confinados en un lugar apartado de los catalanes.

Acabó de hablar en medio de un silencio repentino. A todos les sobrecogió su testimonio. Diego se preocupó por el calado que pudiera tener en el ánimo de Concha.

—Bueno, chaval, no en todos los casos es así. Hay que encarar el futuro con esperanza. Supongo que por eso te has decidido a realizar este viaje. Si no te habrías quedado en casa.

—Viajo porque no hay opción entre el infierno y las puertas del infierno. No podía quedarme en mi pueblo, como supongo que tampoco ninguno de vosotros. Por eso estamos aquí.

Causaba honda impresión escuchar hablar así a un chico tan joven. Apenas un muchacho que intentaba no dejarse vencer por la vida.

—Seguro que no te irá mal, ya verás... Toma... —Concha le entregó un trozo de exquisito bizcocho que había hecho en su casa el día antes de su fuga.

Con ese gesto quiso aportar un tibio rayo de luz en el sombrío ánimo del niño. Ya imaginaba que lo que le había contado Diego de su experiencia en Cataluña no se ajustaba a la realidad. Pero estaba dispuesta a creer que sí lo era porque, de lo contrario, se habría sentido incapaz de dar el paso.

Por fin, los vagones empezaron a moverse, el ferrocarril volvía a circular, aunque despacio, a mucha menos velocidad de la que llevaban hasta el momento de detenerse. Nadie les dio ninguna explicación. Concha, sofocada, se encontraba terriblemente cansada por el calor y la espera, aunque también por los nervios de haberse fugado de casa. Uno de los viajeros de su compartimento le ofreció un chorrillo de agua de un búcaro que llevaba; no quedaba más pero fue de agradecer cuando la eternidad de un viaje inacabable abrasaba.

* * *

Barcelona, estación de Francia, mediados de agosto de 1962, 00.30 h.

La humedad y un bochorno denso y pesado les recibieron en la estación cuyas dimensiones sorprendieron a Concha. En lo poco que había podido distinguir desde el tren y de noche, entre un grandioso océano de luces que cubría el paisaje urbano, Barcelona también le pareció una ciudad inmensa e inabarcable. Todo lo que se mostraba ante sus ojos le llamaba la atención. Era tan distinto al lugar del que procedía...

A esas horas —era demasiado tarde— fue imposible encontrar ningún transporte que les llevara hasta Moncada y Reixach. Se vieron abandonados a su suerte a medianoche en un lugar gigantesco y solitario.

—¿Qué significa esto, Diego? ¿No tenías nada organizado?

—¿Cómo iba a organizar nada sin saber con exactitud a qué hora íbamos a llegar? Ya has visto cómo es viajar en ese tren.

—Eso no es excusa. —El enfado de Concha se sumaba a su extremo cansancio por el viaje, lo que daba como resultado un cóctel explosivo—. ¡Da igual la hora! ¡Vamos a necesitar dormir en algún sitio, ¿no lo habías pensado?

—Viajando en el Sevillano también podríamos haber llegado de madrugada. ¡Cómo iba yo a saberlo!

—Oh, claro, tú no sabes nada, ¡pero eres quien vive aquí! Hemos elaborado un complicado plan para fugarnos de Osuna y ahora me dices que cómo ibas a saber a qué hora llegaba el tren... Es increíble. ¡Esto es una ciudad muy grande, Diego! Tenías que haber previsto que no habría ninguna manera de llegar a Moncada.

—Vale. Nuestra primera discusión y aún no estamos casados. ¿Satisfecha?

—¿Satisfecho tú? Aquí estamos, en plena calle, en Barcelona, a medianoche, después de un viaje de casi dos días.

—Es absurdo seguir discutiendo.

—Tienes razón. Es mejor que vayas a buscar algún sitio en el que poder pasar la noche.

—Es muy tarde, no creo que sea fácil.

—¡Da igual! —Concha estaba perdiendo los nervios desbordada por la situación—. No importa lo difícil que sea. ¡Encuétralo! ¿O es que vamos a dormir en la calle?

Y así hizo. Concha se quedó en un banco de hierro, junto a la estación, abrazada a las maletas, mientras Diego caminaba en busca de algún hostel, una pensión o, al menos, una habitación en la que les permitieran pasar la noche. Tardó en regresar. Concha estaba asustada.

Al fin llegó, agotado, le había costado mucho hallar un techo bajo el que descansar unas horas hasta poder coger por la mañana un autobús a casa. Caminaron durante más de una hora. Pasaron por las Atarazanas, una zona cercana a Colón que no le dio buena impresión. Hasta que enfilaron una avenida ancha, el Paralelo, donde empezaron a ver a seres solitarios a quienes la vida parecía haber exprimido con saña. Pasaron por delante de una fachada con un molino rojo gigantesco que, aunque estaba apagado —se notaba que las aspas tenían bombillas—, dejó boquiabierto a Concha.

El Paralelo no terminaba nunca. Doblaron una esquina para adentrarse en la calle Conde del Asalto y acabar en la de Robador, sucia, oscura y fea. Pero sobre todo angustiosamente estrecha. Habían llegado. El único lugar que había encontrado para pasar la noche resultó ser un antro de mala muerte. Una mujer de mediana edad, que les hablaba en una mezcla chapurreada de castellano y catalán, entrada en carnes y vestida con un obscuro y desaliñado camisón que dejaba al aire la mitad de sus pechos, los recibió y les dio la llave de la habitación. Al entrar en ella, a Concha le sobrevino una arcada y acudió a una especie de aseo mugriento que estaba dentro del mismo habitáculo. El estado del lavabo era tan pésimo que hasta tuvo que reprimir las ganas de

vomitara. El espacio resultaba asfixiantemente diminuto, tenían para iluminarse sólo una destartada lamparita con una tulipa roja sobre una mesilla y apenas si cabía la cama.

—¿Qué es esto? ¿Dónde me has traído? —se lamentaba Concha.

—Es lo que he encontrado, amor. Mañana todo será distinto.

Ninguno de los dos fue consciente de que habían ido a parar al corazón del barrio chino barcelonés, una de las peores zonas de la Ciudad Condal, reino indiscutible de la prostitución y de los bajos fondos.

—Además, sólo hay una cama —dijo Concha con un tono entre asustado y dramático.

—Claro. ¿Qué esperabas?

—Pero yo no pienso dormir contigo sin estar casados.

—¡Ja, ja! ¿Estás de broma, no?

Concha se molestó por la reacción de Diego. Ella volvió a la carga.

—¡Ahora lo entiendo todo! ¿Esto era lo que querías, verdad? Aprovecharte de mí.

Entonces Diego se puso serio. La sujetó por los hombros para decirle:

—Estás nerviosa, eso es lo que te pasa, y lo entiendo. Acabamos de fugarnos juntos para casarnos y vivir nada menos que a mil kilómetros de nuestras familias y sales ahora diciendo esa tontería... ¿De verdad crees que hemos hecho todo esto para acostarme contigo? ¡Por Dios, Concha! Madura de una vez, deja de comportarte como una niña. Por supuesto que hoy vamos a dormir juntos, dor-mir —separó las sílabas con la intención de que a ella le quedara fijada esa idea en su enmarañada mente—, porque entre la calle y este cuchitril con una sola cama en la que apenas cabemos, me quedo con esto. ¿Tú no?

—Lo siento... —Se arrepintió de haber tenido esa reacción tan fuera de lugar—. Tienes razón... Estoy muy nerviosa...

Diego la abrazó.

—Y lo entiendo, cariño. Debes estar tranquila. Esta misma semana nos casaremos y todo irá bien, ya lo verás.

—Es que esto es tan horrible. —Se refería a la habitación.

—¿De verdad eso importa en este momento? Mañana ya formará parte del pasado.

—Es verdad. Me encuentro tan cansada...

Después de más de un día de viaje en tren bajo un calor sofocante, a esas horas de la madrugada ya todo les daba igual. Se durmieron sin apenas darse cuenta, oyendo de fondo el asqueroso rumor de una puta fornicando con un cliente en alguna de las habitaciones.

CAPÍTULO 11

«SENTIRME EL OLVIDO PERENNE DEL MAR»

*Quisiera esta tarde divina de octubre
pasear por la orilla lejana del mar;*

*que la arena de oro, y las aguas verdes,
y los cielos puros me vieran pasar.*

*Perder la mirada, distraídamente,
perderla, y que nunca la vuelva a encontrar.*

ALFONSINA STORNI, «DOLOR».

La mañana trajo consigo el bofetón del mundo real. Con la luz del día el aspecto del barrio empeoraba considerablemente con respecto a la noche anterior, en caso de que fuera posible una visión peor que esa estampa lúgubre y miserable que les daba los buenos días. Ropa colgada en las fachadas, calles tan angostas que a duras penas dejaban pasar algún atisbo de claridad entre los edificios, suciedad por todos los rincones, gente de mal vivir... Y putas. Muchas prostitutas apostadas en los portales. Alguna joven y de desdichada belleza, pero las menos. La mayoría eran mujeres gruesas, de avanzada edad, ajadas por la desventura y el malvivir, cuya procacidad y ordinariez hacían tanto daño como el grosero desparrame de sus descuidadas carnes. Mujeres en cuyas miradas cabía una amargura nunca antes vista hasta ese día y que parecían sacadas de un infierno desconocido. El mísero paisaje humano causó un repugnante rechazo en Concha, en la misma proporción que la entristeció. A Diego le preocupaba que al ser lo primero que su esposa vio en la capital catalana se llevara una impresión equivocada. Pero esa mala sensación sólo la combatiría el mirar hacia delante lejos del barrio chino. Desde luego el escenario no lo ponía fácil.

En los bajos del portal del que salían había un establecimiento de «Gomas y Lavajes» llamado Clínica Bola de Oro. Habían pasado la noche en un prostíbulo de mala muerte de la calle Robador. Concha se quedó observando el escaparate, sin dar pábulo a lo que veía: todo tipo de «gomas» anticonceptivas, lubricantes, espermicidas, artilugios extraños que posiblemente sirvieran para los lavados íntimos que tenían que practicarse prostitutas y clientes; hasta se anunciaban «condones japoneses de muchos colores y texturas». No pudo reprimir un gesto de repulsión. Diego tiró de ella para sacarla de allí.

No habían dado dos pasos cuando, delante del número cuarenta y tres de la misma calle, ante otro establecimiento de similar calaña llamado La Cosmopolita, un hombre se abalanzó sobre ellos ofreciendo delirantes «servicios clínicos, lavados urinarios para después de vuestra

fornicación, eh, princesa, tú debes de hacerlo como los ángeles —refiriéndose a Concha—, ¡ja, ja!, pero ahora tienes que lavarte bien, no sea que...». Diego le dio un empujón para apartarlo de su camino. Ella sintió un profundo asco, el tipo resultaba tan desagradable como un vómito.

Cuando consiguieron salir de aquellas calles y abandonar la estampa del infierno urbano que era el barrio chino pareció que el sol lo inundara todo y, con él, Concha pudo respirar.

Subieron a un autobús que les llevó «a un lugar que te va a gustar, es de lo más típico que tiene Barcelona —le dijo Diego—. No quiero que tengas una idea equivocada de esta ciudad».

Diego acertaba, la imagen que había conocido en las pocas horas que llevaban en Barcelona no era precisamente idílica. Sin embargo, descendieron por las Ramblas y el paisaje cambió.

—Te voy a sorprender, anima esa cara. —Diego le dio un beso rápido en la boca.

Estaban en el extremo más bajo de las Ramblas, junto a las Atarazanas y ante la estatua de Colón, que impresionó a Concha. Había oído tanto hablar de la estatua, que tenerla delante de sus ojos le parecía casi irreal. No la imaginaba tan alta.

—Si quieres, un día podemos subir —le ofreció Diego al comprobar su expresión de entusiasmo.

—¿Se puede subir? ¡Guau! Claro que vendremos. Debe de ser increíble. ¿Tiene ascensor?

—¡Sí! Dicen que fue el primer ascensor que se instaló en Barcelona.

Durante la subida hacia la plaza de Cataluña, Concha se quedó extasiada contemplando los puestos de flores, el colorido resultaba desbordante. También los diferentes tipos humanos que jamás había visto antes. Se toparon con un grupo de marines estadounidenses uniformados que, como ellos, buscaban un lugar para desayunar; varios chinos y una pareja negra. Un mundo de color que alcanzaba la piel y se fundía con el de las flores.

Escogieron un bar que tenía unas mesas en el centro de la rambla. Era temprano y la brisa del puerto embriagaba la mañana dando la bienvenida a Concha a la gran ciudad.

Eso sí era una bienvenida.

Pidieron café con leche y churros.

—¡El vaso quema! —se quejó divertida, con mejor humor.

—En Barcelona hacen los mejores churros del mundo. ¡Ya verás! —exageró Diego, aunque en verdad estaban ricos.

Comieron con tranquilidad. Habiendo dejado atrás el barrio chino ya no había prisa, a pesar de que Concha tenía muchas ganas de llegar a casa.

Cargaron con las maletas hasta la parada de un autobús que les llevara a la plaza de Tetuán, desde donde salían los que iban a Moncada. ¡Qué casualidad de nombre!, pensaron, recordando la prolongada estancia de varios años de Diego en el protectorado.

Subieron por fin a un autocar que cubría la ruta de Moncada y Reixach. En el camino, Diego, intentando que a Concha se le pasara el mal sabor del lugar en el que habían dormido, quiso ir contándole cómo era la casa en la que iban a vivir, en un esfuerzo por ilusionarla.

—Los vecinos son muy simpáticos y hospitalarios, ya verás, te llevarás muy bien con ellos. En cuanto se presenta cualquier necesidad ahí están prestándose a ayudar, sobre todo el vecino del primero, y eso es una suerte cuando vienes de fuera. Aunque... pensándolo bien... allí casi todos somos de fuera.

—¿Hay tantos emigrantes? —se extrañó Concha.

—Sí. La mayoría son andaluces, ¡y muchos, compañeros de mi fábrica! Así que casi estamos en familia.

Concha observaba el exterior a través de las ventanillas del autobús. ¿Cómo podía decir Diego

que iban a estar como en familia, con lo lejos que estaba la verdadera familia? Seguía preocupada por si iba a ser capaz de adaptarse a una ciudad tan diferente y a tanta distancia de sus padres... sus hermanos... sus amigas... Sobre todo lejos de Anita y de Dolores. Ya se moría de ganas de contarles lo que estaba viendo. ¡No podrían imaginarlo! Jamás en su vida había visto tantos automóviles circulando como en la amplia avenida de salida de Barcelona, la Meridiana, con largas filas interminables de coches en ambos sentidos. El tráfico y el ruido que provocaban le resultaron insoportables y, a la vez, la atrapaban emborrachándola de nuevas sensaciones que iban a más conforme avanzaban por la carretera.

En Moncada, y a cuestras con las maletas liadas con cuerdas, llegaron a una casa de fachada modesta pero que a Concha le gustó, tal vez por el empeño que puso en ilusionarse. Se detuvieron en la entrada para que Diego soltara su equipaje y la tomara a ella en brazos. Concha se aferró a su cuello como si quisiera atrapar el futuro que comenzaba justo en el umbral de aquella puerta. Abrazándose a Diego se abrazaba a los sueños venideros que tanto anhelaba.

Sin embargo, al poner los pies en el suelo de nuevo y empezar a bajar escaleras fueron ensombreciéndose las expectativas reconvertidas a gran velocidad en incipiente decepción, y comprobó que la parte de vivienda que les correspondía era un sótano de escasos treinta metros cuadrados y sin apenas ventilación. Más de la mitad del bloque se hallaba en obras. Era todo cuanto Diego había podido conseguir.

—Te prometo que muy pronto buscaremos algo mejor. Recuerda que me han ascendido al puesto de encargado de almacén en la Bosuga.

Carrocerías Bosuga, S.A. era la inmensa fábrica de estampaciones metálicas y repuestos de automóviles en la que se elaboraban las cabinas de los camiones Ebro —de Motor Ibérica—, Pegaso, Avia... ubicada en el mismo término municipal de Moncada y Reixach. Bosuga era el acrónimo de los apellidos de sus fundadores, tres familias catalanas de postín: los Bonet, los Sunyer y los Garriga. El negocio era tan próspero como amplio. Además de carrocerías y estampaciones para los camiones, también se dedicaban a fabricar cabinas metálicas que se usaban en las obras de construcción para guardar las herramientas o el vestuario de los obreros. Trabajo no faltaba. Diego había conseguido ascender un escalón de la cadena, que daba para el piso que Concha acababa de conocer con gran desilusión y poco más.

En el diminuto sótano de alquiler no tenían muebles.

—Conociéndote, en dos días y con el toque que le vas a dar, no te digo que esto parecerá un palacio pero casi.

Eran loables los esfuerzos de su novio para que Concha no lo viera todo negro.

A pesar del enorme cansancio, decidieron dedicarse a colocar como pudieron al menos la ropa. Hasta que a última hora de la tarde...

—Ponte un vestido bonito, que vamos a cenar a casa de un buen amigo, compañero de la fábrica. Quieren celebrar tu llegada.

—¿Celebrar mi llegada? ¿En serio?

—Sí, son muy acogedores y se mueren de ganas de conocerte.

—Pero mejor otro día, hoy, recién llegados... Estoy muy cansada, seguro que tú también y...

—¡Y... hoy no acepto un no! Vístete, no les hagamos esperar.

Como no parecía que quedara otra opción, Concha buscó lo mejor que pudo encontrar entre la ropa que le había dado tiempo a ordenar. Un vestido blanco sin mangas, ajustado a su estrecho talle y ligeramente acampanado por el bajo, a la altura de la pantorrilla, siguiendo los cánones de la moda del momento. Le sentaba como un guante. Las evidentes huellas del cansancio no

mermaban su belleza. Su negra melena caía en cascada por el blanco de la tela.

En la calle, Concha reparó en el río que pasaba justo por la delante de la puerta de su vivienda:

—No me gusta vivir al lado de un río.

—¿Por qué? Al fin y al cabo, es naturaleza —replicó cariñoso Diego.

—El agua me da miedo.

—¡La de un océano pero no la de un río! —bromeó él—. Además, míralo, este es muy pequeño. El caudal es escaso. Ven, acércate a la barandilla.

Pero Concha no quiso. El mero rumor del caudal le causó un repentino escalofrío.

—No es bueno vivir junto a un río, hay mucha humedad —insistió—. ¡Es malísimo!

—Bueno... —dijo Diego, condescendiente—, nuestra próxima casa estará lejos de un río.

—¿Cómo se llama?

—¿El río? Ripoll, como la calle.

—¡Encima! —se quejó Concha.

En ese momento, por el puente de hierro que cruzaba sobre el río pasó un tren a toda velocidad. Concha se asustó y dio un brinco hacia atrás. Era la línea férrea que unía Barcelona con Francia.

—¡Vámonos! —quería apartarse de allí cuanto antes.

El compañero de Diego, Pepe, y su mujer, Aurora, ambos muy agradables, eran de Jaén. Tenían tres hijos. Concha se encariñó enseguida con la más pequeña, Rosita, de tres años. Los otros dos, chicos de ocho y diez años, no paraban de enredar. A la cena se habían unido Elena y Feliciano, otros amigos de Diego, y, cómo no, el primo Juanito; vivía cerca de la cementera, en una zona que creció hasta convertirse en nueva barriada de Moncada en la que se alojaban mayoritariamente emigrantes andaluces. También trabajaba en la Bosuga, de peón. Llevaba ya un año en Cataluña.

—¡Juanito, qué alegría! No sabía que vendrías, Diego no me había dicho nada.

—Mujer, es que era una sorpresa —le aclaró Juanito, antes de darle un abrazo.

Para Concha, encontrarse con el primo de su marido le aliviaba del desgarró causado por la distancia de los suyos. Era alguien conocido; alguien de la familia.

Esa noche, en casa de Pepe y Aurora, hubo júbilo y entusiasmo en honor a Concha, celebrando que, por fin, hubiera podido reunirse con Diego en Cataluña. A él los tres años se le habían hecho largos. Pero su situación iba a cambiar con su esposa a su lado. Hablaron de la fábrica, del jefe, de los catalanes, «qué distintos son a nosotros, primo, *escolti...*»; bebieron, compartieron gazpacho hecho por Aurora, bromearon...

Pasaron juntos un rato que les devolvió la conciencia de su condición de emigrantes. Esa, y no otra, era la palabra que los definía. A Concha, a Diego, a Aurora, a Pepe... y a tantos otros que se hallaban en su misma situación. Ya podían contarse por cientos de miles sólo los andaluces emigrados a Cataluña.

—Esa cifra seguirá creciendo —dijo Juanito—. A nuestra fábrica no paran de llegar. Ayer mismo rechazaron a tres porque dicen que, de momento, tienen el cupo hecho, que tal vez de aquí a un par de meses los puedan contratar.

Concha se fijó en el suelo de baldosas de cerámica blancas y negras.

—Aurora, este suelo es precioso. En Osuna hay casas con suelos muy parecidos.

—¿Te gusta? Fue idea de Pepe, las hemos puesto nosotros, hemos copiado, tal cual, el suelo de nuestro patio en el pueblo —explicó Aurora, orgullosa del trabajo.

—¿Este suelo lo habéis puesto vosotros? —repitió Concha sorprendida.

—Claro. Nosotros hemos levantado esta casa con nuestro esfuerzo —explicó Pepe.

—¡Gran esfuerzo! Acláralo, por favor. —Aurora, quizás por el efecto del vino, resultaba

graciosa.

—Aquí es normal. —Diego, al ver la expresión de perplejidad de Concha, quiso explicarle a qué lugar había ido a vivir con él—. La mayoría de los trabajadores son emigrantes, sobre todo de Andalucía, pero también los hay de Murcia, de Extremadura... Poco a poco se han ido construyendo sus casas como han podido, con sudor, superando dificultades y con mucha paciencia. Yo he visto cómo lo ha ido haciendo Pepe.

—Estos pequeñines... —apostilló Aurora, refiriéndose cariñosa a sus hijos—. No nos lo han puesto fácil, ¡imagínate, con estos tres en danza! Hemos tenido que vivir aquí sin que la casa estuviera acabada del todo, pero ha merecido la pena.

—¡A estos pequeñines me los como yo enteritos, ñam, ñam! —Juanito, con su habitual sentido del humor, empezó a perseguirlos por el salón pareciendo él más crío que ninguno de ellos.

—Ha tenido que ser muy duro para vosotros. —Concha, en el fondo, no podía hacerse a la idea de lo que habían pasado hasta conseguir un trabajo y hacerse una casa, solos, tan solos como también ellos estaban.

—Lo ha sido para todos. Tampoco se ha escapado de las dificultades tu Diego.

—Yo llevaba desde los diecinueve años fuera de casa, pero reconozco que llegar a Cataluña resultó más duro de lo que había imaginado —corroboró Diego.

—¡Creo que ninguno de nosotros lo habíamos imaginado! —se reafirmó Pepe.

—Pero el protectorado tampoco debió de ser nada fácil —comentó Aurora.

—Era distinto.

—Distinto y más exótico —terció Concha—. Y allí tenía una novia, ¿lo sabíais? Una mora, seguro que era muy guapa.

—Bueeno... No era novia exactamente.

—Ya... ya... —replicó Concha en tono de sorna—. No lo pasaba mal el señorito en Marruecos. ¿No os ha contado que conoció a Víctor Mature y a Liz Taylor?

—¿Cómo dices? ¡Diego! —Aurora se quedó impresionada—. ¿Es verdad? ¿Pero cómo nunca nos lo has contado?

Diego mantenía algunas vivencias de Marruecos como un tesoro cerrado para sí mismo. No había querido compartirlo con nadie en Barcelona. Ese hermetismo le ayudaba a aferrarse a algo que lo hiciera más fuerte para soportar los muchos obstáculos hallados en su camino de emigrante en Cataluña. Esa noche, sin embargo, al mencionar Concha los nombres de Taylor y Mature y ver el efecto que había causado en sus amigos, tomó conciencia de lo excepcional que habían sido muchas de las situaciones que vivió, en especial en Tánger, la ciudad mágica y singular que llegó a enamorarlo...

Rememoró la noche de la fiesta de la productora de Hollywood en el imponente yate de lujo que creía estar viendo aún atracado, como si se tratara de un fantasma que navega a la deriva rumbo a la eternidad.

A él volvió la imagen de la exuberante Anita Ekberg. Y los ojos de transparente melancolía de Elizabeth Taylor iluminando las exóticas calles de Tetuán...

Brindaron por los recuerdos de Diego, por la llegada de Concha y también quiso ella hacerlo por la casa que Aurora y Pepe habían conseguido levantar de la nada. Concha se emocionó por primera vez desde que llegó a la estación de Francia hacía veinticuatro horas. Sólo veinticuatro horas, a pesar de que, como le había parecido adentrarse en una pesadilla, le diera la sensación de llevar un tiempo largo e indefinido. Pocas horas pero que pesaban demasiado fueron el pórtico de su recién estrenada vida en Cataluña.

—¿Todavía no le has contado lo de mañana? —preguntó Pepe a Diego.

—¿Qué pasa mañana? —Concha no sabía a qué se estaba refiriendo.

—Es una sorpresa —respondió Diego—. Esperaba el momento para anticiparle que mañana domingo tenemos un plan que no podemos desvelarle.

—¡Pero te encantará! —dijo Aurora con entusiasmo.

—Por favor, por favor, decidme de qué se trata —rogó Concha en tono comediante.

—No —la respuesta de Diego fue firme—. Tendrás que esperar a mañana. Fíate de nosotros. Es algo que hemos preparado entre todos. Algo que quiero que te ocurra antes de casarnos pasado mañana.

—Vaya, como suena eso de casarnos el lunes.

—No queda nada, ¡mejor no lo pienses! A ver si vas a salir corriendo —bromeó Aurora.

—De eso nada —miró a su futuro esposo—. He dejado todo para casarme con Diego. Me gustaría cerrar los ojos y que fuera ya.

—Si no queda nada, mujer. —Aurora le dedicó un gesto cariñoso—. Y después de lo de mañana serás aún más feliz, ya lo verás.

Se despidieron con pena por tener que marcharse. Concha se alegró de haber ido y de haber conocido a una familia con la que podría contar como ayuda para adaptarse a Moncada. Encontró en Aurora a una mujer en la que apoyarse, una nueva amiga, alguien necesario en un mundo nuevo; alguien que ya había pasado por las mismas circunstancias que ellos.

Cuando se acostaron, mientras Diego se mostraba feliz, Concha sólo lo aparentaba. No podía dormir. Era la primera noche en su nueva casa, que no resultó ser como se esperaba.

La primera noche de su nueva vida. Y ya echaba de menos el pueblo. Temía no adaptarse a esa tierra tan distinta. La asaltaron incesantes pesadillas en las que se ahogaba en el mar, engullida por gigantescas olas que rugían con eco.

El agua... Maldita agua.

* * *

—Cierra los ojos y cuéntame qué sientes.

Concha los cerró e inspiró con todas sus fuerzas, llenando de aire mediterráneo sus pulmones.

—Huelo algo desconocido que me recuerda la sal —le contó a su marido después de pensarlo un rato.

—¿Estás segura?

—Sí... ¡Es increíble! —seguía con los ojos cerrados—. El aire huele a sal. El viento huele a sal. Nuestros cuerpos huelen a sal.

Diego se inclinó sobre Concha y la besó en la boca.

—Y nuestros besos... ¿también saben a sal? —preguntó en voz baja sin despegar su cara de la de ella—. Si no respondes, tendremos que probar de nuevo. —Y volvió a buscar sus labios abriéndose paso, heroico y tierno, con la lengua, que a Concha también le supo a la sal marina que acababa de conocer.

Pasaban el domingo en la playa de Mongat con Pepe, Aurora y los niños. Se apartaron un poco de la familia para estar solos en el momento en el que Concha descubría el mar por primera vez en su vida. El Mediterráneo, azul, manso, ante el que no pudo tener ni un mal pensamiento, ni un presagio, ni siquiera un temor, como creyó que le sucedería. El mar le sorprendió, aunque no fue capaz de adentrarse en él en ese primer día.

—¡Venga, venid ya! ¡Concha! ¡Diego! Que vamos a sacar la tortilla y las cervezas de la nevera.

Pepe les gritaba a lo lejos para que se reunieran con ellos, era hora de comer. Habían preparado sobre la arena varias sombrillas, una pequeña mesa y sillas de camping, bolsas con comida y una nevera portátil repleta de bebidas y helados.

—Qué barbaridad, cuánta comida habéis traído. Esta tortilla tiene muy buena pinta, no creo que la hayas hecho tú, Pepe —bromeó Diego.

—¡Ja, ja, ja! Es evidente que no, está demasiado bien hecha.

—¡Y filetes empanados! —aplaudió Concha—. Qué apañada eres, Aurora. ¡Me encantan!

—Pues más les gustan a los niños. ¡Míralos! Los devoran. Como no os deis prisa os dejan sin nada.

—La próxima vez me toca a mí traer la comida, ¿vale? —se ofreció Concha.

La tarde cayó, calurosa sin exceso, pausada, con el ritmo que hacía feliz a Concha, acomodándola en un lugar en el que los miedos empezaban a difuminarse en el lejano horizonte del Mediterráneo. Algún día aprendería a nadar, se propuso.

Algún día le perdería el miedo al agua...

*Y, figura erguida, entre cielo y playa,
sentirme el olvido perenne del mar.*

ALFONSINA STORNI, «DOLOR».

CAPÍTULO 12

LOS FANTASMAS DEL SEXO

*A la noche se empiezan
a encender las preguntas.
Las hay distantes, quietas,
inmensas, como astros.*

PEDRO SALINAS,
«LA VOZ A TI DEBIDA».

El lunes llegó con la suavidad de las ramas de un árbol cimbreándose por una ligera brisa. La céntrica plaza de la Merced en la que se ubicaba la iglesia resultaba agradable y acogedora. A Concha le maravilló la arquitectura del barrio Gótico y sus pequeñas plazas llenas de encanto, como la de la Merced. Aquellas calles estaban llenas de historia y ella iba a casarse en una de las plazas con más solera de la ciudad.

Los únicos acompañantes en aquel momento trascendente en sus vidas eran Aurora y Pepe, el primo Juanito y Feliciano —Feli— y Elena, los dos buenos amigos que habían ayudado a Diego desde el primer momento en que llegó a Moncada y que ese día actuaban de padrinos.

Los novios entraron en el templo cogidos fuertemente de la mano, temblando ella; sintiéndose en plenitud él. Como no tenían presupuesto aprovecharon las flores que habían sido colocadas para la boda anterior a la suya; así pudieron gozar de un entorno nupcial que de ninguna otra manera hubieran podido tener. Aquella mañana sólo se celebraban dos bodas. Los lunes no eran días para casarse. Pero es que lo de los sábados y domingos se contemplaba como privilegio de unos pocos y no precisamente emigrantes.

Se dieron el «sí, quiero» encarnando la viva estampa de «las dos Españas»: ella, hija de guardia civil combatiente del bando nacional en la Guerra Civil, católica y practicante, conservadora, amante de la zarzuela. *Doña Francisquita, La del manojo de rosas...* se mezclaban en la banda sonora de sus vidas con los cantes jondos de los ídolos de él, republicano y, más que ateo, descreído; cantaores que le lloraban, con guitarras y la voz profunda y rota, a la pobreza extrema, a la tiranía de los terratenientes, a la mano de obra de sol a sol, como José Menese —que había debutado precisamente en el cine Carretería, de Osuna, tres años antes— o Antonio Núñez, el Chocolate...

A la salida no hubo arroz que les lanzaran al paso. Tampoco hacía falta. Acababan de cumplir un sueño, aunque lejos de su tierra. «¿Qué diría mi hermana si nos viera?», pensó Concha sin nostalgia por la ausencia de Carmen.

El viaje de novios consistió en trasladarse de la iglesia a la azotea del edificio en el que vivían en Moncada. No daba para más. Respecto del banquete, el menú constó escasamente de dos

huevos fritos con chorizo que preparó Aurora y una botella de vino tinto con la que les obsequiaron Elena y Feli. Celebraron el enlace disfrutando, eso sí, de unas espectaculares vistas que se prolongaban hasta Barcelona ciudad y permitían contemplar el cauce del río Ripoll.

Aquella azotea se convirtió en escenario del primer paso hacia una nueva vida en la que los sueños comunes de Concha y Diego tenían que empezar a cumplirse.

No era esa la idea que ella tenía del día de su boda, pero si había algo que ya estaba aprendiendo era que a veces lo que uno desea y lo que la vida le ofrece no siempre coinciden.

Concha y Diego se besaban en una esquina de la azotea bajo el sol de agosto, que ya apretaba a esa hora próxima al mediodía.

—No es justo que no tengamos luna de miel —le dijo él.

—No pasa nada, si ahora no puede ser, ya la haremos algún día.

—He estado informándome y podríamos visitar al menos la Costa Brava, podemos permitirnos dos noches en algún lugar modesto para dormir. Este fin de semana.

—¿Estás seguro? ¡Nunca pensé que fuera a conocer la Costa Brava! Oh, gracias, mi amor...

—¡Ni yo tampoco! —De repente se les había acercado Elena y se había metido en la conversación—. Feli y yo nos apuntamos, ¿verdad, Feli? —El marido seguía hablando con Pepe, Aurora y Juanito, y asintió con un gesto de cabeza alzando el vaso de vino en un brindis al aire—. Con todo el tiempo que llevamos en Cataluña y no conocemos la Costa Brava, ¿os lo podéis creer?

Diego se unió levantando también él el vaso, lo que sentó muy mal a Concha. ¿Desde cuándo unos recién casados se van de viaje de novios acompañados? Una situación embarazosa, incómoda, que, arrancándose por bulerías, consiguió romper Diego, ajeno a las consecuencias de la metedura de pata de haber aceptado a sus amigos en su breve viaje de novios. Todos, menos una recién casada, vencida por lo que acababa de ocurrir, aplaudían arriesgándose a que algún vecino subiera a llamarles la atención.

—¡Qué bien cantas, primo! —jaleaban Juanito y Feli.

No imaginaban que además de futbolista, que lo era y de los buenos, Diego quiso también haber sido cantaor de flamenco. Se le daba bien, tenía madera, aprendida —como todo en él— en la calle.

El «banquete» acabó pronto y cada uno se fue a su casa. Fin de la boda.

La noche sorprendió a Concha ahogada en el pánico de enfrentarse a algo tan desconocido, y temido, para ella como el sexo. Había llegado el momento para el que nadie prepara ni advierte. Tan sólo en alguna ocasión, siendo Concha mayor, su madre le había intentado explicar, sin profundizar demasiado, su teoría de que son los hombres quienes saben lo que se ha de hacer.

—Cuando llegue ese momento —le dijo una tarde mientras cosían—, tendrás que echarle mucha paciencia a tu noche de bodas. Tú no pienses y déjale hacer a él. —No se refería a Diego, por supuesto, sino a un ente abstracto que algún día tendría nombre y apellidos de pie ante el altar.

—¿Que no piense? Pero...

—No hay peros que valgan. Él llevará la iniciativa, que para eso es el hombre, y tú con dejarte hacer ya tienes suficiente.

Concha disimuló ese día su desánimo y sus temores. Le parecía terrible lo que acababa de escuchar. Pero, por aquel entonces, todavía quedaba tiempo para que ocurriera, así que dejó de pensar en el tema. Pero había llegado la hora y lo único que se le ocurría era negarse apelando a que sería más pertinente aplazar la noche de bodas a cuando estuvieran en la supuesta luna de miel dentro de sólo cuatro días. A Diego no le quedó más remedio que aceptar.

Concha se mentía a sí misma al creer que retrasando el momento remediaba algo.

El viernes por la tarde las dos parejas salieron en el coche de Feli rumbo a la localidad de Bagur. «¡Qué lejos!», exclamó Elena al verlo en el mapa. La distancia era de ciento veinte kilómetros. El trayecto iba complicándose a medida que se aproximaban al destino. Las carreteras resultaban demasiado estrechas y con curvas pronunciadas. Pero valía la pena. El paisaje emergía fascinante para personas procedentes de lugares tan lejanos y diferentes a todo aquello que se mostraba majestuoso ante sus ojos.

Encontraron un hostel baratísimo. «Aquí tiene que haber truco», comentó alegre Elena mientras cogía su bolsa de viaje para subir a las habitaciones.

Salieron a cenar y, camino de un restaurante casero que les habían recomendado en el hostel, ocurrió algo inesperado; uno de esos sucesos que podrían clasificarse dentro del universo de los hechos mágicos.

Diego se quedó paralizado, boquiabierto, ante la cristalera de un bar en la que colgaba una rutilante foto de *ella*, de la diosa morena de ojos claros a la que conoció en Tetuán. Ahí estaba, adherida al cristal, una fotografía de Liz Taylor mirando fijamente a la cámara, con un porte tranquilo, arrodillada en el agua, chapoteando en la orilla del Mediterráneo con un bañador blanco que realzaba sus senos, en contraste con su negra melena al viento. Fue impresionante verla allí, en Bagur. Le pudo la curiosidad y entró a preguntar a qué se debía esa devoción por la actriz. Claramente no se trataba de una foto de ninguna revista sino una original. El encargado le explicó que la instantánea la había tomado el fotógrafo del pueblo, Josep Carreras, durante la estancia de la Taylor en la Costa Brava hacía sólo tres años. ¡La diosa había estado en el mismo Bagur hacía tan poco tiempo! El motivo era otro rodaje de cine. En esta ocasión se trataba del film *De repente, el último verano*, dirigida por Joseph Mankiewicz.

Durante toda la cena la imagen fotográfica de Elizabeth Taylor anduvo deambulando silenciosa por su cabeza, ocupando esos espacios íntimos que se inundan de recuerdos a pesar de nuestra voluntad.

A los postres, Elena recordó lo que ella y su marido consideraban lo verdaderamente importante de la noche:

—Hay que irse a descansar, eh, que esta noche yo sé de unos que tienen «trabajo».

La mujer lo dijo muerta de la risa sin importarle no percibir el más mínimo entusiasmo en la recién casada; ella iba a lo suyo, estaba encantada de conocer Bagur y lo que se le pusiera por delante.

El estado de ánimo de Concha, en cambio, circulaba por otros derroteros. A punto de estrenar su matrimonio en la cama, se sintió pequeña y quiso serlo de nuevo. No quería estar viviendo una luna de miel que ya se presentaba como un fiasco (aunque llamarla luna de miel era en sí mismo un exceso), teniendo que enfrentarse a una noche desconocida y temida, y pesándole haber abandonado a su familia para fugarse a la otra punta de España a buscarse la vida en un mundo distinto y quién sabe si hostil.

De repente notó en su interior un espanto atroz por todo; pavor ante la perspectiva inmediata de su vida.

Ocuparon las respectivas habitaciones, contiguas. No eran bonitas, ni tenían vistas al mar pero al menos estaban limpias. Las paredes parecían de papel. Los recién casados escuchaban los gemidos de sus amigos en la cama mientras Concha intentaba desvestirse y luchar contra su arrebato de pánico.

De pronto se produjo un ruido tremendo al otro lado de la pared. El hotel era de tan baja

categoría que a Elena y Feli se les rompió la cama.

Llamaron a la puerta. Concha huyó al cuarto de baño mientras su marido atendía a sus amigos. Ella les oía hablar de la cama y reírse, y no sabía si prefería que se fueran o que se quedaran toda la noche con ellos, porque ya qué más daba, el enfado por haber tenido que viajar acompañados no tenía remedio y de paso evitaba la obligación de afrontar la temida noche de bodas.

Pero no. Al cabo de un rato se marcharon y Diego la avisó para que saliera. Sin embargo, ella no aparecía. Se había metido en la bañera, tapada hasta las cejas. Dos avisos más de su esposo y entró a buscarla. «Qué noche tan rara», comentó Diego mientras sacaba a Concha del cuarto de baño venciendo su férrea resistencia.

—¿Se puede saber qué te pasa? —Pero Concha no respondió. Había decidido dejar de hablar —. ¿No vas a ponerte el camisón? ¿Piensas quedarte vestida toda la noche?

Entonces recordó la recomendación de su madre. Le dio la espalda a Diego para cambiarse, se metió en la cama sin una palabra de por medio, apagó la luz y cerró los ojos. Con ese preámbulo comenzó un desafortunado acto en el que no estuvo presente la delicadeza. Desde el desconocimiento profundo de lo que iba a experimentar esa noche hizo caso a su madre y dejó que su marido llevara la iniciativa en todo momento. Pero Diego no tuvo en cuenta la inexperiencia de su mujer.

Ella apretaba los ojos cada vez con más fuerza, creyendo que si no veía tampoco sentiría. Se equivocaba. En la oscuridad que uno mismo propicia se tiene más conciencia de cada sensación, cada caricia, cada embestida... de la misma manera que lo que se convierte en tortura y en un suplicio insoportable adquiere tintes de grandeza y lo inunda todo de sombras.

Le ardieron las entrañas cuando Diego se abrió paso en ellas con tal fuerza que provocó en Concha un grito pero no de placer. Quería huir, no estar allí.

Cualquier rincón del mundo le habría bastado. Cualquier otra circunstancia. Cualquiera menos la que estaba viviendo.

Y aquello no acababa... «Por Dios, que termine ya...».

Hasta que un grito, hueco, profundo, de caverna, y el repentino parón de las embestidas, le hicieron saber que Diego ya había terminado. Para ella se iniciaba el recuerdo sombrío de lo que había sucedido.

La noche de bodas causó un terrible dolor en Concha; sintió como si le hubieran grabado en la piel una huella incandescente que le quemaría durante el resto de sus días.

A la mañana siguiente, mientras su marido salía a dar un paseo con los amigos, ella se quedó en el hostel para llamar a Anita. Necesitaba hablar con ella; una llamada corta, que de una provincia a otra el teléfono subía mucho.

—Menuda la has liado, amiga.

—¿Sabes algo de mis padres? ¿Están muy enfadados?

—Todo el pueblo habla de tu fuga. Los paletos te ponen verde y los que están hartos de esto te consideran una heroína. Lo de tus padres es distinto. Sí que están enfadados, ¡y mucho! A mí me mandó a buscar tu madre y me hizo un interrogatorio que ríete tú de la Guardia Civil.

—¡Qué horror! Lo siento.

—Tranquila. Ni bajo tortura hubiera confesado. Negué que yo supiera nada del plan y creo que me creyó porque hasta acabé llorando y lamentándome de que no tuvieras la confianza en mí como para habérmelo contado. Coló.

—Eres toda una actriz, ya veo.

—Bueno... Concha... ¡Cuéntame! ¿Cómo fue? —quiso saber su amiga.

—Un calor insoportable. Ha sido horrible.

—No me refiero a eso sino a... ya sabes...

La joven quería evitar a toda costa hablar del tema a pesar de haberla llamado precisamente para desahogarse. Había sentido vergüenza en el último momento pero ya estaba hablando con Anita, era absurdo no decir nada.

—«Eso»... también ha sido horrible, más que el calor.

No hubo manera de sacarle una palabra más. Aún seguía afectada. Y como Anita supo entender que algo no marchaba bien y que ese «algo» le causaba pesar a Concha, optó por callar y darlo por zanjado.

Jamás nadie sabría lo que realmente había ocurrido durante su noche de bodas. Solamente ella iba a ser dueña de sus fantasmas y de sus recuerdos imborrables que ya empezaban a quedar marcados en el mapa de su vida, como el de aquella fatídica noche.

*Perdóname por ir así buscándote
tan torpemente, dentro
de ti.*

Perdóname el dolor, alguna vez.

PEDRO SALINAS,
«LA VOZ A TI DEBIDA».

CAPÍTULO 13

¿AVANZANDO?

Un mes después, Concha parecía resignada a la modesta vida que llevaban en Moncada. Una mañana, al despedir a Diego en el portal a pie de calle, se quedó mirando fijamente el río. Fueron unos segundos fríos y eternos, tras los cuales bajó los escalones corriendo para meterse en la vivienda, asaltada por unas náuseas que le hicieron sentirse asomada a un abismo. Las contracciones en el estómago eran como mordiscos proferidos por afilados colmillos. Sentada en el suelo y apoyada sobre la taza del váter, sus pensamientos volvieron a dispararse abrazando la idea de si se habría equivocado al dar el paso tan rotundo de abandonar el pueblo para emigrar a una tierra ajena. «Mañana sin falta tengo que ir al médico», se vio hablando sola. De momento no le había dicho nada a Diego. Pronto saldría de dudas.

¡Y vaya si salió! Estaba embarazada. De un mes. Para su marido fue una gran noticia. «¡Tendremos un chaval en la familia!», exclamó, dando por hecho que sería un varón. Sin embargo, Concha creyó que estar preñada en medio de la montaña de cambios bajo la que estaba a punto de sucumbir sepultada, y lejos de su familia, no era lo más oportuno. Su mirada se ensombreció embargada por la preocupación.

Una vida... Llevaba adentro una nueva vida. ¿No sería demasiado pronto para afrontarlo?

* * *

Con gran esfuerzo consiguieron comprar algunos muebles. No era un mobiliario de calidad pero bastaba para un comedor y un dormitorio. Elena, la mujer de Feli, ayudó a Concha a ordenarlos. Y ella aprovechó para contarle la gran noticia de que estaba embarazada. Elena se alegró y bromeó con que ambas —ella también lo estaba— iban a tener un «catalanito bravo», ya que se habían quedado embarazadas durante el efímero y singular viaje de novios en la Costa Brava.

—Lo nuestro fue el traqueteo de la cama antes de romperse, ja, ja.

Pero a Concha no le hacía gracia recordar la luna de miel que no tuvo y menos aún bromear con el asunto.

Aurora llegó para echarles una mano. Era una andaluza muy alegre. A Concha le gustaba, le preguntó por su pueblo en Jaén y por lo que había tenido que dejar atrás. «El otro día, en vuestra casa, nosotras apenas tuvimos tiempo de hablar».

Le reconfortaba escuchar una historia similar a la suya. Aurora encarnaba el espíritu de una mujer fuerte y luchadora, aunque en apariencia emanara dulzura. Celebró la buena nueva de Concha y le empezó a dar consejos para el embarazo. «¡Yo ya he pasado por ello tres veces!», exclamó llevándose el dorso de la mano a la frente, fingiendo que se tratara de un espanto.

Concha alabó la educación de sus pequeños.

—No te creas —la corrigió Aurora—, los conociste muy modositos por la visita, ¡pero tendrías

que verlos en acción!, ja, ja...

—Seguro que son muy buenos —dijo Concha, pero tenía la mente en otra cosa, se le notaba.

—Todo irá bien. —Aurora le tomó la mano demostrando un gesto tierno, lleno de paz—. Ya verás como todo saldrá bien, aunque ahora estés algo asustada. Sé que lo estás, lo dicen tus ojos. ¿Es en eso en lo que pensabas, verdad?

—Sí. Tengo miedo. Han sido muchos cambios a la vez y creo que es demasiado pronto para un embarazo.

—Nunca es demasiado pronto. Las cosas hay que aceptarlas. ¡Y celebrarlas! Ahora has de cuidar a esa criatura.

—Diego está convencido de que será un niño.

—Pues entonces será una niña —volvió a bromear Aurora—. Los hombres no tienen ni idea de estos menesteres.

Las tres arrancaron a reír al mismo tiempo.

El timbre de la puerta interrumpió las risas. ¡Traían el arcón desde Osuna! Concha lloró de la emoción abrazada a sus nuevas amigas.

El arca era una pieza que podría considerarse única, un mueble pesadísimo, de madera maciza de abedul y considerables dimensiones, con más de un metro de largo y unas patas rectangulares que sobresalían como grandes pezuñas de animal. Las tres caras del mueble que quedaban a la vista tenían relieve; la madera estaba tallada con preciosismo y detalle. El peso aumentaba debido a que iba lleno de objetos. Su madre le entregaba el mueble como estaba previsto hacer el día en que se casara: lleno del ajuar nupcial. El mismo que había querido negarle tras la fuga de Concha de su casa. Ahora, el envío del arcón simbolizaba su perdón.

—No os podéis hacer una idea de lo que supone para mí que este mueble haya llegado. Desde que me marché de casa he escrito a mi madre a diario pidiéndole que me perdone y explicándole que aquí estoy bien pero no había manera de reconfortarla.

—Ha debido de ser un golpe terrible e inesperado para ellos —comentó Aurora.

—Lo sé. Pero, al fin y al cabo, soy su hija. No espero que mi padre me perdone, pero mi madre... Necesitaba que lo hiciera.

—¿Y le has escrito todos los días?

—Todos. Lo hago por las noches y al día siguiente por la mañana echo la carta al buzón. Y por fin lo ha hecho, me ha perdonado. Por eso me envía el arcón.

—Pues vamos a abrirlo ya para celebrar esa buena noticia, ¡que se acumulan!

Por la noche, fatigada de ordenar cosas en la casa, pero sobre todo emocionada por el gesto de su madre y satisfecha de lo que iba consiguiendo y de haber encontrado en Aurora a quien parecía ser la amiga que necesitaba, Concha escribió a sus padres para darles las gracias y contarles la buena nueva del embarazo. Se encontraba bien, aunque las cosas en Cataluña no estaban resultando fáciles. Añadió lo mucho que les echaba de menos. Esto último era lo peor. Después escribió también a Anita, una carta breve pero conmovedora, en la que le relataba una realidad distinta, dulcificada, para que su amiga del alma estuviera feliz por ella, y le confesó lo del embarazo. Se durmió sobre la carta sin terminar, vencida por el cansancio.

Los días siguientes fueron muy agitados para Concha. Su progresivo cambio de ánimo, a mejor, indicaba que al fin estaba encontrando cierta tranquilidad interior y, a pesar de los inconvenientes del lugar en el que vivían, fue sintiendo poco a poco la ilusión de crear un nuevo hogar junto a su marido; un hogar que estuviera preparado para cuando naciera su hijo. Elena y Aurora se convirtieron, en parte, en artífices del cambio de humor, sobre todo Aurora, en quien,

definitivamente, Concha había encontrado complicidad y apoyo.

Un día, su nueva amiga fue a buscarla para tirar, literalmente, de ella hacia su casa. Concha puso mil excusas. «Todavía tengo mucho que hacer», se resistió, pero al final accedió a acompañarla. Aurora se puso muy insistente y supo convencerla. Claro que cuando vio la razón de su insistencia se lo agradeció. ¡Menuda sorpresa! Le tenía preparada en casa un montón de ropa para cuando naciera su bebé.

—Mira, puedes elegir, si es niña o niño da igual, aquí tienes de todo. —Aurora le enseñaba un montón de prendas como si se tratara de un muestrario.

—Oh, qué buena eres, Aurora, aquí hay ropa para una familia numerosa —Concha se emocionó.

—Es ropa humilde, como ves, pero me haría muy feliz que pudieras aprovecharla.

Ambas se dieron un abrazo, presenciado por Rosita, la pequeña de la familia, que acababa de entrar en la habitación. Concha se alegró mucho de verla, jugó con ella a quitarle el chupete que la niña succionaba en su boca como si el mundo se acabara o un ser invisible quisiera arrebatárselo.

—Eres ya toda una señorita para seguir llevando chupete —le dijo Concha con ternura, intentando, entre juegos, que la niña se lo entregara.

—¡Uy, es inútil! Creo que está dispuesta a llevarlo hasta que se eche novio —bromeó la madre.

Acabaron de seleccionar la ropa. La mañana se pasó volando. Concha le dio un achuchón amoroso a la niña antes de despedirse y la pequeña se colgó de su cuello para que no se marchara.

* * *

El primer verano en Cataluña iba diciendo adiós. Los días se acortaban mientras la belleza de Concha se atemperaba de nuevo, aunque siempre permanecía en ella un resquicio que navegaba entre la bondad y la tristeza.

Lo que tampoco la abandonaba era la idea de que se habían producido demasiados cambios en poco tiempo. Sin duda, el más trascendente, el de convertirse en madre. Esa era la transformación que se imponía a las demás. Lo cierto era que, como le llegó a comentar a Aurora en más de una ocasión, nunca pensó que algo tan importante fuera a vivirlo tan lejos de su casa, ni que la madurez tuviera tantas aristas. Sintió añoranza de su adolescencia junto a Dolores y a Anita; de los años en los que no fueron conscientes de que se estaban preparando, sin saberlo, para la vida adulta.

Recién estrenado el otoño se renovaron las esperanzas de Concha y Diego en la tierra que los acogió y en la que se dejaban la piel sorteando múltiples obstáculos.

Una nueva sorpresa alteró, para bien, la calma recuperada. Su hermano Manuel se embarcaba también en el sueño catalán. Así se lo contaba en una carta en la que se comprometía a decirle, en cuanto lo supiera, cuando llegaría y dónde iba a vivir. Concha se alegró.

Pasó su mano por el vientre, y musitó: «Tu tío viene también, estaremos menos solos».

Menos solos... «Ahora que la vida empezará a portarse mejor con nosotros, ya lo verás, hijo...».

CAPÍTULO 14

ANHELOS QUE ARRASTRAN LAS AGUAS

Yo tengo más recuerdos que si tuviera mil años.

CHARLES BAUDELAIRE, «SPLEEN II».

Moncada y Reixach (Barcelona), martes, 25 de septiembre de 1962, 7.30 h.

—¿Por qué no invitamos a Juanito a cenar esta noche? Espero que no te parezca mal —comentó Concha a Diego temprano mientras desayunaban.

—Pues claro que me parece bien. Se lo digo ahora en la fábrica, en cuanto lo vea.

Nada más irse Diego, Concha se puso con las tareas de la casa y luego a la cocina. Le gustaba escuchar la radio todas las mañanas cuando se quedaba sola.

Creemos que el tiempo es siempre el mismo, en cualquier época y lugar. Pero la sensación es engañosa. En Moncada, en casa de Concha y Diego, las horas transcurrían de forma distinta para ella. Antes de emigrar, devoraba las horas ayudando a su madre en las tareas y cocinando, ¡le encantaba cocinar!; paseando y compartiendo confidencias con sus amigas; aprendiendo en la Sección Femenina; yendo a misa los domingos, cosiendo vestidos... En cambio, en su nueva vida, cuando Diego se marchaba a trabajar temprano, tras el portazo, un silencio desangelado lo embargaba todo y se convertía en un inhóspito granero de la soledad.

A mediodía oyó suaves golpes en la puerta de la vivienda. Salió a abrir y no pudo evitar una franca sonrisa al encontrar muy modositos a los dos hijos mayores de Pepe y Aurora, con unos dulces en la mano.

—Los ha hecho nuestra madre para ti, dice que te digamos que son típicos del pueblo —le explicó el mayor.

—¡Qué grata sorpresa! Muchas gracias, pasad un momento.

—No, no, que nos regaña si no volvemos ya.

Y salieron corriendo, traviosos, dejando a Concha muerta de la risa. Antes de cerrar la puerta subió las escaleras, sosteniendo los dulces, para asomarse a la calle. Miró al cielo, cubierto de negros nubarrones. El río olía a agua de lluvia. Hizo el amago de avanzar hacia la barandilla del cauce del Ripoll pero a medio camino se arrepintió y volvió a casa. Siguió cocinando, estaba centrada en la cena. Y se olvidó del río.

* * *

El primo Juanito llegó sobre las nueve para cenar. En torno a la mesa, Concha, Diego y su primo, comían y reían, burlándose de su propia suerte mientras el cielo volvía a llenarse de nubes, como

en la mañana, aunque esta vez de forma repentina. Y empezó a llover con fuerza.

—¿Es normal en Cataluña que se anticipe el invierno de esta manera? —preguntó Concha, extrañada por el frío repentino que se coló en la casa y la tormenta que se avecinaba.

—Será un chaparrón pasajero.

Sacó a la mesa los dulces hechos por Aurora.

—Teníais que haber visto a esas criaturas, plantadas en la puerta con el regalo de su madre, como si no hubieran roto un plato.

La lluvia dejó de ser un telón de fondo para convertirse en un furioso aguacero, como ya barruntaba.

—Creo que me voy a marchar antes de que la cosa se ponga peor —dijo Juanito.

—¿Pero cómo vas a irte con la que está cayendo? —Concha consideraba imprudente salir en semejantes condiciones—. Puedes quedarte en el sofá.

—Os lo agradezco, pero me voy ya. Enseguida estaré en casa.

Juanito se fue y ellos dejaron la recogida de la cena para el día siguiente. «Mejor vámonos a dormir», propuso Diego viendo el miedo que comenzaba a expandirse por el rostro de su esposa.

—Mujer, tranquila, es sólo una tormenta.

—El río, Diego... Te dije que no me gusta que vivamos tan cerca de un río.

—Pero, Concha, si es un río pequeño que apenas tiene caudal. Esto será una fugaz tormenta, ya lo verás. La naturaleza es muy sabia, ¿no? O eso dicen.

Sin embargo, al poco de acostarse, quiso la naturaleza torcer su camino y encauzarlo hacia el mal. El campanario de la cercana iglesia marcaba las once de la noche. La última campanada coincidió con un trueno ensordecedor e intimidatorio, y con un espantoso bramido difícil de identificar. Asustada, Concha fue a encender la lamparita de la mesilla pero no había luz. Se incorporó de la cama gritándole a Diego para que se moviera y tiró sin querer la lámpara al tropezar con el cable.

Empezaron a oírse gritos en la calle. Diego, sin vestirse, fue a ver qué ocurría y entonces se dio cuenta de que estaban llamando a todos los vecinos para que se refugiaran en un bloque de pisos cercano cuya ubicación se hallaba más en alto que el de ellos. El río iba aumentando peligrosamente de caudal.

El ruido de la tormenta, del agua golpeando fachadas, ventanas, cristales, golpeándolo todo, daba miedo. Aunque lo peor era un indescriptible zumbido sordo que sonaba como una cavidad terrorífica que anunciaba tragedia. Qué extraño resultaba...

Juanito había dado media vuelta camino de su casa. No se podía andar por la calle. Llegó empapado, como si regresara de una zona de guerra. ¿Cómo era posible haber alcanzado un estado tan lamentable en tan poco tiempo?

Alumbraba con un mechero. Estaba nervioso:

—Primo, nunca he visto nada igual. ¡Es horrible! No imagináis lo que está pasando ahí fuera. ¡Hay que salir de aquí! Esto puede inundarse.

—Yo no me muevo de mi casa. —Concha quiso dejarlo claro.

—Pues más te vale moverte —replicó Juanito—, porque esto se está poniendo muy feo. Espera a ver si nos podemos enterar de algo más.

El primo entró en un cuartucho junto a la cocina, en el que apenas se cabía. Se acercó a un ventanuco alto que había en una de las paredes para escuchar el griterío del exterior. En un estante en la misma pared, una figurita de la Virgen de la Macarena que se habían traído del pueblo les vigilaba. De pronto, una viga de cemento se desprendió, cayó sobre la Virgen y la clavó en el

suelo rozándole la espalda a Juanito en el instante preciso en el que estaba pasando por ese punto para volver al salón.

—¡Milagro! ¡Ha sido un milagro!

En los años venideros el primo Juanito siempre contaría que la Macarena le salvó la vida.

Tuvieron que salir a tientas, desde el exterior exhortaban a hacerlo, no es que se intuyera el peligro sino que ya lo tenían encima. Todo fue muy atropellado, tanto como el rugido repentino que retumbó en el ambiente, cuya procedencia era imposible adivinar. Concha, embarazada de apenas un mes, no recordaba haber pasado nunca tanto miedo, no soltaba la mano de Diego mientras huían hacia la calle en pijama.

Imposible ver nada. La lluvia lo emborronada todo y caía con violencia.

«¿Qué hacemos aquí? ¿Para qué hemos venido? Ahora sólo hay que correr. No pensar, sólo correr intentando no soltarme de la mano de Diego. Todos corren como nosotros. Todos llevan la misma cara de terror. Tal vez porque todos sabemos que esto no quedará aquí, que la lluvia va a ir a más. Nos lo dice el cielo.

No pensar, sólo correr...».

En el edificio en el que se refugiaron, una vecina se puso de parto. Aquella noche la matrona había quedado en ir a casa de la mujer para ponerle una inyección que le había prescrito su médico para unas horas antes del alumbramiento, pero la tormenta lo impidió. Concha, que había aprendido de su hermano médico, la pinchó sin pensárselo. Después miró por la ventana, era un piso alto, pero apenas se distinguía nada en la calle debido a la profunda oscuridad y la agresiva cortina de lluvia.

—Lo perderemos todo —dijo sin dejar de mirar por la ventana—. Lo poco que tenemos se perderá. No sé qué será de nosotros.

—Deja de ponerte tan dramática, por favor. Sólo hay que esperar a que la tormenta pase.

—No. No podemos cruzarnos de brazos a esperar. ¡Tenemos que ir a salvar lo que podamos!

—Ah, no, ni hablar. Nos quedaremos aquí hasta que deje de llover de esta manera.

—¡Yo no pienso quedarme! —Concha se apartó de la ventana—. Tú si quieres quédate, pero yo no pienso quedarme a ver cómo el agua se lleva nuestras pertenencias.

No hizo caso a las advertencias de los vecinos agolpados en el piso en la misma situación que ellos, se abrió paso y se dirigió a la salida.

—¡Espera! ¡Concha! Mira que eres tozuda... ¡Qué mujer!

Diego salió corriendo tras ella con la intención de salvar del ajuar de boda lo que cupiera en el arca de madera maciza que Antonia les había enviado desde Osuna. Fue una temeridad. El agua entraba ya en la casa e imparable aumentaba angustiosamente de nivel mientras ellos recogían a destajo. Estaban en un sótano, sería fácil que quedara anegado por el agua en cuestión de minutos.

Minutos...

En esos minutos en los que se movían con mucha dificultad y notando el agua ya muy por encima de las rodillas, el puente de la vía férrea sobre el río Ripoll, que unía Barcelona con Francia y pasaba justo delante de la modesta vivienda, no pudo seguir haciendo de contención, reventó, provocando el desbordamiento. Tenían que salir de allí sin perder un instante más. Pero...

—¡El vestido! —gritó Concha al acordarse del vestido que había confeccionado con la tela de seda ocre que le trajo Diego de Tánger años atrás, la tela que había cambiado sus vidas—. Vuelvo

al dormitorio a rescatarlo del ropero.

—¡No! ¡Por Dios, deja el vestido! Nuestras vidas son más importantes.

—Lo siento, pero para mí ese vestido es tan importante como mi vida —hablaba con dificultad por el esfuerzo de avanzar con el agua tragándose sus muslos.

—¡Es una locura!

El plazo de tiempo para ponerse a salvo se había agotado. Ella, sin embargo, tozuda como siempre, en eso su marido tenía razón, no estaba dispuesta a irse sin la prenda. Entonces Diego tomó la rápida decisión de hacerlo él, era deportista así que su agilidad para moverse a pesar de las penosas condiciones superaba a la de su esposa.

Lo consiguió, salió del dormitorio con el vestido en la mano y tuvo el tiempo justo de meterlo en el arcón y tirar de Concha antes de que el agua les sobrepasara.

Ella sacó fuerzas de donde no las había; el arcón era muy pesado. Acabaron dejándolo sobre un escalón alto porque tuvieron que salir huyendo para salvarse. El agua inundó el sótano por completo. Concha insistía en volver atrás para coger el arca pero Diego se lo impidió, era la mejor decisión. Al salir a la calle vieron cómo, tras el reventón del puente ferroviario, la corriente arrastraba cadáveres y restos de muebles, colchones, sillas, lámparas, vehículos... posiblemente de ciudades que se encontraban a varios kilómetros, como Sabadell o Tarrasa. ¡Qué horrible visión! Concha gritaba desesperada.

La luna había desaparecido desplazada por las tinieblas y por un coro de voces fúnebres que entonaban un réquiem silencioso, el de Mozart tal vez, épico y temible, que dirigía la desbandada.

La muerte ya llegaba... Ya...

Esquivarla o entregarse a sus abiertos brazos dependería del destino de cada uno.

Concha y Diego se encontraban en un sitio peligroso, vivían a escasos metros de la unión del río Ripoll y el Besós, río principal y del que era afluente el primero. El Besós recorría las principales localidades de la comarca del Vallés Occidental; bajaba desbordado y al llegar al punto de confluencia con el pequeño Ripoll anegó Moncada y otras muchas localidades.

Anegó el futuro de Concha y Diego.

Anegó tantas vidas...

Corrían como podían, Concha tropezó en varias ocasiones bajo la torrencial lluvia; atravesaron a oscuras el pueblo convertido en un infierno de agua, viento y barro, hasta alcanzar el extremo opuesto, la parte más alta de la localidad, donde un amigo, Ramiro, los cobijó en su carpintería. El fin del mundo no debía de ser muy distinto a aquello. La carretera había dejado de existir, engullida por el agua; como tantos hombres, mujeres, niños, a quienes el río Besós se llevó para siempre empeñado en borrar cualquier rastro de ellos.

En el camino se cruzaron con el sereno, que había ido dando la voz de alerta por el barrio para poner a salvo a los vecinos sin imaginar que, al mismo tiempo, el torrente de agua se llevaba de cuajo el balcón de su casa, al que su mujer se había asomado, arrastrándola sin remisión hacia la muerte.

—Esto es lo que os puedo ofrecer, no será muy confortable pero al menos aquí estaréis a salvo.

Ramiro les dejó un colchón en el suelo dentro del taller de carpintería. El ruido de la tormenta era atronador. Concha, abrazada a Diego en el colchón, lloraba sin consuelo, con el cuerpo y el alma doloridos, tiritando, sin poder quitarse de la cabeza el torrente de agua turbia del maldito río Ripoll, ni tampoco los gritos de la gente pidiendo auxilio y refugio. Muchas de aquellas voces se fueron apagando ahogadas en la furia de las riadas.

Diego no quiso decirle nada a Concha para no empeorar su estado, pero pensó en Juanito. ¿Qué habría sido de él? ¿Dónde estaría a esas horas?... En el fragor de la huida lo habían perdido. Y ya no quiso pensar más. Todo estaba oscuro. Se dejó llevar por el agotamiento hasta perder la noción de la consciencia...

*Vivir es ver morir, nada nos protege,
nada tuvo su ayer, nada su mañana,
y de pronto anochece.*

JUAN LUIS PANERO,
«Y DE PRONTO ANOCHECE».

CAPÍTULO 15

EL SILENCIO DE LOS SUEÑOS TRUNCADOS

*Yo soy un cementerio de la luna olvidado,
donde el remordimiento, gusano encarnizado,
peor aún que el error, la culpa, los olvidos,
se ceba siempre con los muertos más queridos.*

CHARLES BAUDELAIRE,
«SPLEEN II».

Moncada y Reixach (Barcelona), miércoles, 26 de septiembre de 1962

Silencio.

Muerte.

Oscuridad.

Al amanecer, el caos dio paso a un silencio tal vez más aterrador que la tormenta. Concha ni siquiera había podido cambiar de postura en toda la noche, paralizada por el horror.

Del exterior llegaba tan sólo el ruido tenue de una lluvia fina que tintineaba sobre los tejados de uralita. Era como si el agua, responsable de la catástrofe, no quisiera abandonar del todo el lugar.

—Toma... —Diego la obligaba a tomar un tazón de café con leche caliente—. Lo necesitas, te hará bien.

—No, cariño... Gracias, pero no quiero comer nada. No puedo.

Sentía unas náuseas continuas que le revolvían por dentro la memoria reciente de las últimas horas. Estaba destrozada, como si le hubieran despedazado el alma. Quería convencerse de que una pesadilla se había apoderado de sus vidas pero que despertarían en breve. Tenían que despertar porque aquello no estaba sucediendo... Era imposible que la existencia se hubiera tornado tan oscura y temeraria.

No...

Aquello no podía estar pasando...

Le costó ponerse en pie. En el camino de vuelta a su casa, Concha no paraba de llorar. Calles y casas enteras habían desaparecido. Veían ambulancias y personal sanitario por todas partes, muchos de ellos medio embarrados. Multitud de coches volcados y amontonados por la fuerza del agua, semejando volcanes de hierro retorcido que, sin saberlo, habían dejado a su paso muertos y heridos.

Había gente por la calle buscando a sus familiares desaparecidos. Niños solos llorando con desesperación por los padres ausentes... Pero lo más impresionante, lo que más impacto causaba,

era que se podían entrever cadáveres semienterrados en el fango esperando que les tocara el turno de ser asistidos para que se les devolviera la dignidad perdida bajo las aguas. En tan sólo unas horas, el pueblo había quedado convertido en un escenario dantesco donde únicamente cabía dolor e incredulidad. Y una inmensa desolación. La realidad sobrepasaba la capacidad humana para comprenderla.

—No sé por qué te he hecho caso —recriminaba Diego a Concha—. No teníamos que haber salido de la carpintería.

—Quiero saber si ha quedado algo de nuestra casa.

—Qué importa eso ahora —verdaderamente a él le daba lo mismo, después de la tragedia descomunal que acababan de sufrir. No entendía cómo su mujer aguantaba, y embarazada como estaba.

—Claro que importa... Es lo único que importa porque es lo único que poseemos.

Tenían visiones muy diferentes de cómo afrontar la situación, seguramente porque ellos eran muy diferentes de carácter.

En ese instante en el que el miedo sale volando y se aleja fueron testigos de una terrible y conmovedora escena.

—No, Diego. Me estoy equivocando. No tengo razón. Lo que verdaderamente importa es ayudar. Ellos —señaló a un anciano y a dos niños pequeños que luchaban penosamente contra el barro— nos necesitan. Eso es más importante que cualquier cosa material.

Diego la siguió, había arrancado a correr hacia ellos para ayudarles a salir del pequeño infierno en el que estaban confinados y del que trataban de escapar.

Las criaturas, que debían tener alrededor de unos tres y seis años, habían perdido a sus padres. Se les veía aturcidos. Un niño y una niña manchados de fango y de dolor. Desorientados. Cada uno de ellos se había agarrado a una mano del anciano para paliar como podían la súbita soledad de la vida. Intentaban salir de lo que quedaba de la que había sido su casa pero no era tarea fácil.

Diego empujó con todas sus fuerzas y tiró primero de los niños. Después hizo lo mismo con el anciano.

—Sus nietos tienen suerte de conservar, al menos, a su abuelo. Va a tener que hacer de padre y de madre para ellos.

—Yo no puedo hacer eso.

—Es lo que cree ahora. —Concha lo sujetaba de los brazos para infundirle los ánimos que el hombre necesitaba y que a ella le faltaban—. Cuando pase esto podrá hacerlo.

—No... No podré porque estos niños no son nietos míos, no los conozco de nada. Yo a quien quiero encontrar es a mi hija... —El anciano se abrazó a Concha llorando desolado. La llenó de barro.

—¿Su hija ha desaparecido?

—Sí... Mi hija y mis cuatro nietos, hijos suyos, y mi yerno. Todos... —El hombre no dejaba de llorar mientras hablaba y escupía barro por la boca—. Todos han desaparecido menos yo. Yo, que ya lo tengo todo hecho en la vida, era a mí a quien Dios tenía que haberse llevado.

—No diga eso. —Diego era más torpe que Concha intentando consolar.

—No conoce a estos dos niños, no sabe de dónde han salido, pero los tres están vivos. Mientras sigue buscando a su familia usted es la salvación de estas dos criaturas. Aunque sea por ellas, que están vivas, debe seguir adelante.

—Gracias...

El anciano volvió a abrazar a Concha antes de proseguir el difícil camino arrastrando de la

mano a los dos pequeños, mudos por la impresión de la tragedia. Se alejaron como tres fantasmas salidos de entre las tinieblas.

Diego agarró de la mano a Concha para continuar ellos también su ruta. Pasando verdaderos apuros consiguieron llegar por fin a casa. Pero lo que allí encontraron fue tan espantoso que quisieron no haber ido. El cadáver de la mujer del sereno había aparecido precisamente en la puerta de lo que quedaba de la casita de Concha y Diego. Ella sintió de pronto que el corazón se le resquebrajaba por dentro al ver a aquel hombre llorando junto al cuerpo inerte de su esposa, intentando rescatar entre el barro sus brazos rígidos para abrazarla.

Dos bomberos tiraron del sereno mientras otros dos desenterraban el cadáver para llevárselo.

Concha y Diego se asieron temblorosos tan fuertemente de la mano que ella llegó a notar un intenso dolor en los dedos. Sólo así sintieron que estaban vivos.

Qué extraña es la vida que se queda cuando a su alrededor tanta se ha perdido.

Bajaron con miedo los escalones que conducían a su vivienda. Tirada, tal y como la habían abandonado en un peldaño al huir, encontraron el arca.

Concha se sentó junto al mueble.

—No puedo más —rompió en lágrimas—. Tú lo has visto igual que yo, ¿verdad?

—Sí... —A Diego tampoco le salían las palabras.

—Los brazos de esa mujer... Como si quisiera agarrarse a algo que la salvara y pedir auxilio... Ha sido horrible, ¡horrible! —Ni fuerzas tenía para seguir llorando, hundida la cabeza entre las manos y apoyada sobre las rodillas.

Su marido se agachó para consolarla. Intentó abrirla los brazos.

—Mírame, Concha, mírame. Estamos vivos. —Sujetaba sus muñecas para liberarle el rostro.

—No puedo más, no lo soporto. Pobre hombre, nos ha ayudado a los vecinos sin saber que su mujer estaba... —Sus palabras se ahogaron en el llanto y el dolor, y no pudo seguir.

Continuaron el descenso. Les costó acceder al piso y entrar en el salón, llegándoles todavía el agua enfangada a la cintura. Parecía un escenario irreal. Todo había quedado inservible... anegado... destruido... Ninguno de los muebles comprados con mucha dificultad se había salvado.

Ellos sí habían sobrevivido. Lo más importante. Ellos y el arca con el ajuar. Del resto no quedaba nada. Se vieron, de un día para otro, sin casa, sin muebles, sin los pocos recuerdos que naufragaron en el agua del torrente y con el corazón devastado.

Cogieron el arcón y emprendieron, sin ánimo, el camino de vuelta a casa de Ramiro.

—No sé cómo te queda alguna capacidad de resistencia. ¿Podrás aguantar hasta la carpintería? Este mueble es demasiado pesado para ti —preguntó Diego a Concha, observando su esfuerzo.

—¿Y si no quién va a ayudarnos?

Terriblemente cansada y con náuseas recordándole la vida que llevaba adentro empujaba el arca como podía, a trompicones. Pero caminar se convirtió en una hazaña imposible. Se toparon con otro contratempo: la policía les impidió el paso debido al peligro que suponía moverse por la zona. El suelo no era seguro.

Concha no pudo más y estalló.

—¡Mírenos! —le gritó al agente, angustiada—. Hemos llegado a Moncada desde Andalucía huyendo de la miseria y ahora nos hemos quedado sin lo poco que teníamos, lo único que queda de nuestra vida y de nuestro esfuerzo está en este arcón, y vamos a salvarlo, es una cuestión de dignidad... ¡No, no! De dignidad, no —se corrigió—. ¡Es una cuestión de supervivencia!

La lluvia comenzó a arreciar de nuevo.

—¡Les he dicho que no pueden pasar! Lo siento, señora, este camino está cortado.

—¡Y yo le digo que vamos a pasar! Quiera usted o no. ¡Vamos a pasar!

En esos instantes en los que la realidad parecía girarse del revés, a Concha le surgió una fuerza desde lo más profundo de su ser que hacía imposible que claudicara ante nada ni nadie, aunque se tratara de la autoridad.

—¿Pero acaso no ven que no hay camino? —insistió el policía.

—¡No necesito camino para avanzar! —le gritó Concha.

El agente acabó permitiéndoles el paso pero con una seria advertencia:

—Está bien, ¡pasen! Pero lo hacen bajo su responsabilidad porque lo más probable es que tengan que volver. La tierra puede abrirse bajo sus pies o, peor aún, producirse un corrimiento. Ustedes sabrán lo que hacen, aunque yo creo que hay que estar loco para atreverse a cruzar este infierno.

—Eso será problema nuestro —le contestó Concha, a quien la fuerza la salía de la desesperación como una mole que la empujaba hacia delante—. ¡Claro que estamos locos! Hay que estarlo para haber abandonado nuestra tierra y venir hasta aquí a vivir esto.

Las últimas palabras fueron pronunciadas entre lágrimas que enmudecieron al policía.

Siguieron su camino, pero volvieron a encontrarse inmersos en otra situación peliaguda, de emergencia inminente. Un joven se hallaba tumbado en el suelo con una herida abierta en la pierna, que tenía un aspecto penoso y sangraba a borbotones. La gente, en su huida, le pasaba por encima. Con gran esfuerzo se acercaron hacia él por indicación de Concha.

—¡Tenemos que seguir! Hay muchos como él, no podemos hacer nada, le atenderán los sanitarios. Nosotros tenemos que ponernos a salvo, estás embarazada.

—No podemos seguir y dejarlo ahí. Para cuando vengan a atenderle habrá muerto. No tiene ni veinte años. Va a morir si nadie le ayuda.

—¡Concha, todos podemos morir si no nos ponemos a salvo!

—¡Sí, pero no hemos muerto! Diego, nosotros estamos vivos.

—No estoy muy seguro, mírate, pareces un cadáver andante.

—¡Dejemos ya de discutir!

Concha, nerviosa, abrió el arcón y sacó varias prendas que rasgó haciéndolas jirones.

—¡Vamos, Diego! Ayúdame a empujarlo para apartarlo de este infernal camino.

Lo arrastraron hasta apoyarlo en un pequeño murete que quedaba en pie. Concha le hizo un torniquete que consiguió cortar la hemorragia.

El chico no podía ni hablar. Casi moribundo, de no haber sido por la actuación de la mujer de Diego posiblemente ya no tuviera fuerzas tampoco para vivir.

Cuando Concha fue a levantarse, el joven la agarró de la muñeca haciéndole perder el equilibrio de manera que cayó sentada a su lado. Entonces él para expresar su agradecimiento se llevó la mano de Concha a sus labios y depositó un beso que apenas le salió.

Concha, emocionada, se retiró el pelo de la cara llena de barro y se llenó también de la sangre del muchacho. Se puso en pie temiendo caerse de nuevo por el cansancio. No pudo contener las lágrimas y entonces Diego la abrazó con fuerza. Así se quedaron durante casi un minuto.

Volvieron a cargar con el arcón. No se sabe cómo, pero consiguieron llegar a su destino. Ella, exhausta. Diego, hambriento aunque con el estómago revuelto. Y el arca, a salvo. Pero todos empapados. Daba pena ver su aspecto. Necesitaban comer algo. Concha llevaba horas y horas sin probar bocado. Sólo vomitaba.

Diego intentaba, inútilmente, que reaccionara.

—Tienes que hacer un esfuerzo. No creo que sea bueno para el bebé, tienes que comer.

—¿El bebé...? Peor que lo que ha pasado no puede haber nada. Qué más da que yo no coma. Él está vivo... espero. Eso ya es bastante en semejantes circunstancias.

—Está bien. Voy a la cocina a preparar algo con Ramiro. Vuelvo en un rato.

Concha se envolvió en una manta y se tumbó en el colchón tirado en el suelo a esperar a que Diego y su amigo regresaran. Cerró los ojos, apretándolos, queriendo alejarse de lo real, ojalá pudiera levitar para despegar sus pies de la tierra y dirigirse hacia algún lugar en el que no estuviera pasando lo que pasaba allí; un lugar que no hubiera sido inundado; un lugar a salvo de la muerte.

A salvo de la desesperanza.

Un lugar en el que no existieran el miedo ni el dolor.

«Madre... ¿por qué he venido? ¿Era esto el paraíso... la Cataluña de la que Diego tanto me hablaba...?». Su mente giraba en desorden sin encontrar un punto de referencia. «¿Por qué he venido?»

Ayúdeme, padre, se lo suplico.

Ayúdeme...».

Lloraba... Su cuerpo parecía estar dispuesto únicamente a vomitar y a llorar. Lágrimas azotando el caos como la lluvia azotó la población la noche anterior.

Concha temblaba en un mar de tiritonas incontrolables. Buscó un recipiente en el que poder seguir vomitando y así pasó toda la espera. Cuando Diego regresó le refrescó la cara y volvieron a marcharse. Cualquier tortura no habría resultado muy distinta a lo que estaba siendo ese infernal día.

—Ahora tendremos que pensar lo que vamos a hacer —dijo Diego.

—¿Qué ha pasado...? Dime que despertaremos de esta pesadilla.

—Ahora no pienses en lo que ha pasado. Miremos hacia delante.

—Hacia delante... —repitió ella como un autómata, con los ojos vacíos de toda mirada.

Empezaba a parecer una mera sombra de sí misma. Sus movimientos respondían a la inercia propia de estar viva, a nada más. Dieron un tremendo y complicado rodeo para volver a su casa con la intención de comprobar si había algo más que salvar o tal vez ayudar a alguien. Y entonces lo vieron.

—¡Juanito! —exclamó Concha, sintiendo un inmenso aunque absurdo alivio. Poco había que pudiera aliviar.

Se dieron un prolongado abrazo en el que no hizo falta decirse nada. Sólo sentirse, eso sí era necesario. Sentir el calor de la vida que por fortuna habían podido conservar.

—¡Primo! Qué alegría, menos mal que estás vivo. —Diego se abrazó a él, con tanta fuerza que a punto estuvo de tumbarlo sin querer, Juanito era de constitución delgada y en ese día daba la sensación de que su cuerpo se hubiera consumido hasta convertirse en un suspiro—. Desde que te perdimos anoche nada sabíamos. ¿Estás bien, verdad?

Juanito no pudo responder; se echó a llorar emocionado, hecho añicos. Impresionaba verlo así.

—¿Qué castigo de Dios es este? He visto horror, muerte, mutilación, gritos, llantos... y esos niños... —dijo con gran esfuerzo, pero no fue capaz de continuar hablando.

Era complicado consolar en el ambiente en el que se encontraban, rodeados de un paisaje terrible, difícil de imaginar ni en las peores alucinaciones.

Los tres se cogieron de la mano y avanzaron unos pasos en silencio, hasta que por fin el primo pudo decir algo coherente para lo que empleó el mejor tino que pudo, teniendo en cuenta las condiciones y el efecto que sabía que podían causar sus palabras.

—No lo sé seguro... hay mucha confusión, pero... al parecer, Pepe y Aurora podrían haber tenido serias dificultades.

—¡Qué!

—¿Cómo? ¿Qué quieres decir?

Como preveía, se alarmaron, pero lo cierto era que Juanito no sabía más. Las últimas horas estaban siendo un cúmulo de desconcierto, rumores, noticias inciertas... Un desorden cruento en el que lo único indiscutible era estar vivo. Más allá de ese milagro nada podía saberse con rigor y certeza.

—¡Tenemos que ir a su casa! —Concha, extenuada, propuso la hazaña de ir en auxilio de la familia amiga.

—Eso sí que es una locura —contravino, sensato, Juanito.

—Por favor, Diego —le suplicó a su marido—, Pepe es tu mejor amigo y tu compañero en la fábrica. Y Aurora... Yo no puedo estar sin verla. Quién sabe si podemos hacer algo por los niños. ¿Vamos a dejarlos a su suerte, sin saber en qué situación se encuentran?

—Está bien. No tenemos nada que perder.

—¡Claro que sí, y mucho! Podemos perder la vida, ¿te parece poco? —saltó Juanito—. Toda la zona está intransitable, no hay calles, ni plazas, ni vías, y la tierra es un amasijo de hierros, barro, y qué sé yo... Hay peligro en todas partes.

—Venga, primo, no te cagues ahora, después de haber sobrevivido a lo de anoche. Tiene razón Concha, hay que hacer algo por los pequeños.

—Es una locura, esto es una locura. —Juanito se pasó todo el camino farfullando pero no le quedó más remedio que ir con ellos si no quería volver a quedarse solo.

Tardaron en llegar al otro lado del río. Durante el complicado trayecto se sucedían las imágenes en las que personal de salvamento y vecinos de Moncada intentaban ayudar a los innumerables heridos. No daban abasto. La visión podría compararse a la del impacto de una guerra.

Diego sujetaba con fuerza a Concha. Les pesaba el alma. Era tal el cansancio, que llegaron al extremo de dejar de sentir sus cuerpos. No podían más, pero aun así seguían caminando. Hasta que lograron su objetivo. Concha lanzó una mirada a su esposo con el ansia que le permitía un fino hilillo de fuerza que parecía quedarle perdido en algún remoto rincón de sí misma que incluso ella desconocía en ese momento. Ya estaban allí. Habían llegado a la casa. Sin embargo...

La conmoción que les supuso situarse ante la vivienda de Pepe, Aurora y sus tres pequeños fue brutal...

Cruelmente atroz.

El coro de voces del infierno volvía a entonar el réquiem. ¿Cómo escapar del dolor y la guerra? ¿Cómo sortear el zarpazo de la muerte irremediable?

Delante de sus ojos no había nada. Un inmenso hueco donde hubo vida la noche antes.

Ausencia y dolor.

¡El imparable torrente había arrancado de cuajo la casa! Habían muerto los cinco. La familia entera, arrasada.

De la casa no quedaba más que el suelo, con aquellas baldosas blancas y negras que tanto le gustaban a Concha. Y en Diego quedó un vacío profundo del que la pena se apropió sin misericordia.

Allí, en pie, los tres frente a la lacerante oquedad que antes ocupaba la casa de sus amigos, al ver el chupete de la pequeña Rosita enfangado en un rincón entre piedras y lodo, Concha no resistió más y se derrumbó, cayendo al suelo desmayada.

*Ya mí llegaban en oleadas, primero ingenuos recuerdos,
sueños, luchas..., y luego tristezas, desesperación,
una crispación impotente de la vida y un anegarse en la
nada.*

CARMEN LAFORET,

CAPÍTULO 16

LO QUE DE VERDAD IMPORTA

Moncada y Reixach (Barcelona), jueves, 27 de septiembre de 1962. Mañana.

Devastación.

Miedo.

Desesperanza.

El sonido lejano de un transistor los despertó desorientados.

»Señores, con nuestro micrófono de mano portátil y con un cable muy largo de extensión, estamos saliendo ahora al vestíbulo de la calle de Caspe, de su casa de Radio Barcelona.

Yo quería salir aquí solamente para verles, déjenme que me acerque, por favor, yo quiero verles y hablar con ustedes.

Muchas gracias por su generosidad. ¡Mil pesetas de este señor! ¡Muchas gracias!».

Quien hablaba era Joaquín Soler Serrano, en un programa especial de ayuda a las víctimas, *Operación Dinero*. Después del boletín de las nueve de la mañana del día anterior, en el que se narró la tragedia que estaba viviendo la comarca barcelonesa del Vallés, el periodista murciano, emigrante al igual que tantas víctimas, conmovido por las noticias que llegaban de la zona, envió a varios equipos al lugar e interrumpió su programa matinal para iniciar una llamada a la población a través de los micrófonos de Radio Barcelona pidiendo que se contribuyera a recaudar fondos destinados a los damnificados por las riadas. Avisó a la audiencia de que estaría en antena ininterrumpidamente los días que hiciera falta.

De esa manera, Concha y Diego se enteraron de que acababan de vivir la peor catástrofe de la historia contemporánea del país. Moncada no había sido la única población afectada. El verdadero alcance de lo sucedido ponía los pelos de punta. Hubo más de mil muertos, la mayoría emigrantes que habían construido sus casas con manos fuertes y materiales precarios. Era el caso del pobre Pepe.

—¿Por qué Dios ha permitido esto? —El rostro de Concha podría ser el de un cadáver, pálido e inexpresivo del agotamiento que padecía.

—¿Me vas a hablar a mí de Dios? ¿Ahora entiendes por qué yo no creo en él? Si Dios existiera, aquí, en Moncada, y en toda esta comarca, no se habría dejado ganar la partida por el diablo. Así que no creo que en estos momentos a Dios le interese mucho existir.

—No hables así.

—¿Y qué quieres que haga, después de lo que ha pasado?

—Se ha llevado a Rosita... —Concha se echó las manos al vientre—. Y a esos niños...

¿Cabe la posibilidad de que cuando se sufre mucho, hasta el límite de lo que alguien crea que

pueda soportar, llegue un momento en el que el dolor sea tan inabarcable que deje de sentirse...? A Concha ya no le cabía más dolor en sus entrañas.

Si los muertos llegaban a mil, el de personas que se habían quedado sin casa y sin nada superaba dramáticamente con creces esa cifra. Concha y Diego habían encontrado cobijo en casa de los padres de Elena, adonde se trasladaron dejando atrás la carpintería y las tinieblas de las dos noches pasadas. Fue imposible volver a ocupar la suya. Por fin, una cama y comida caliente. No podían soñar con nada mejor.

En la calle, al infierno del día anterior le sucedió ahora un movimiento incesante de gente yendo de un lado a otro. Unos pedían auxilio; otros lo daban. Quienes buscaban se cruzaban con aquellos que lloraban deshechos de aflicción al encontrar lo que no deseaban.

El fango, que alcanzaba una altura increíble, había borrado calles, casas enteras, puentes, coches, de manera que era imposible identificar el lugar que había sido hasta el día previo a la tragedia.

Todo había desaparecido. Todo... Moncada había dejado prácticamente de existir, como muchas otras zonas del Vallés, la populosa comarca de una Cataluña convertida en la novena provincia de Andalucía al acoger a casi novecientos mil emigrantes andaluces que estaban contribuyendo con su trabajo al avance económico de aquella parte de España, hospitalaria y abierta. Una España que sangraba por la herida que acababa de sufrir Cataluña. Tarrasa, Sabadell, Rubí... Ciudades y pueblos que nunca más volverían a ser lo que eran.

La radio seguía sonando desde algún rincón incierto e invisible de alguna casa que hubiera quedado en pie:

»Dios les pague lo bien que se están portando. Quiero decirles que en Radio Barcelona estamos todos conmovidos por estas demostraciones, ¡muchas gracias a todos!

Aquí nos llegan... billetes y muchos billetes...».

El primo Juanito quiso saber cómo estaban. Llevaba horas buscándolos y al fin los encontró en las inmediaciones de la casa de Elena y Feli, a donde se había acercado convencido de que sería el lugar en el que podrían estar. Juanito era un hombre sumamente sensible, de una humanidad y un espíritu solidario, preocupado siempre por los demás, que le hacía sufrir más que al resto. Concha y Diego representaban, en aquellos momentos tan extremos y dramáticos, la tabla de salvación de su corazón. Y a ellos se aferraba.

—Mires hacia donde mires, sólo ves espanto. Es terrible, primo. —El ánimo de Juanito estaba tan hundido como los cadáveres ocultos todavía bajo fango y lodo—. Lo de Aurora y Pepe... todavía no me lo creo. Qué injusto es. Me he enterado también de que en vuestra misma calle, una prima segunda tuya ha estado a punto de morir junto a sus dos hijos. ¿Te acuerdas de ella? Josefa, es viuda, su familia ha vivido toda la vida al lado de la fábrica de Espuny, en Osuna. Pues resulta que ella vino a Barcelona hace unos años y ahora se ha salvado porque Dios ha querido, pero a punto han estado de irse al otro al otro mundo, Diego, a punto han estado.

—Claro que recuerdo a Josefa. ¿Qué les ha pasado?

—La fuerza del agua llegó a reventarles la casa ¡pero por dentro!, a través de las cañerías. También vivían en un sótano, como vosotros.

—¡Qué horror! —Concha no podía soportar más malas noticias.

Decidieron acercarse a ver a Josefa y a sus niños.

—Tú deberías quedarte a descansar —le dijo Diego cariñoso.

—Ni hablar, yo no me quedo aquí sola.

—No estás sola, están los padres de Elena.

—No voy a separarme de ti, aunque tenga que ir a rastras.

—Qué cabezota eres. —Diego le dio un beso y después la abrazó.

—Además, quiero saber cómo están tu prima y sus hijos. Tenemos que ayudarnos entre nosotros —calló unos segundos y buscó las palabras en el dolor—, ahora que ya no podemos hacer nada por nuestros amigos.

Encontraron a la prima y a sus niños guarecidos con mantas en el rellano de la vivienda que ya no existía.

Todo...

Absolutamente todo...

Esa mujer y sus hijos lo habían perdido todo. La prima parecía hablar desde ultratumba, tan afectada estaba.

—Ha sido un milagro... No hemos muerto de milagro. No sé cómo... No recuerdo cómo sucedió, sólo sé que de repente hubo un estallido y vimos la muerte, pero después estábamos vivos. Conseguimos salvarnos.

Concha la arropó con la manta.

—Tranquila, Josefa... ya pasó todo.

Los niños, de cinco y ocho años, les observaban sentados en el frío suelo, todavía con el terror en sus infantiles miradas cuya inocencia había sido usurpada de cuajo por la catástrofe. Como las casas y los tejados fueron arrancados. De la misma manera.

—¿Dónde habéis conseguido las mantas? —preguntó Juanito, estremecido por la escena.

—En el ayuntamiento. —Josefa estaba afónica del susto.

Lo sucedido era tan terrible que nadie podía ayudar a nadie porque todo el mundo se hallaba en la misma precariedad.

—¿Y eso es todo lo que os han dado?

Josefa asintió con la cabeza al tiempo que la agachaba.

—No les dará vergüenza —comentó indignado Diego.

Juanito les explicó que el ayuntamiento estaba empezando a asignar un poco de dinero a quien se acercara acreditando que se había quedado sin nada, sin casa, sin los enseres más necesarios.

—¿Por qué no vais vosotros, primo? —les propuso Juanito.

—Sí, nos vendría bien. No tenemos nada, Diego, nada... —Concha se tragó un enorme nudo formado en la garganta, que le estaba dificultando respirar—. Si poco teníamos, menos nos ha quedado.

—¿Que se lo metan por dónde les quepa! ¿Después de ver que no han hecho nada por Josefa, una pobre mujer viuda que ha estado a punto de morir con sus hijos? —De la indignación brotó en Diego el peor de los orgullos, aquel que no conduce nada—. ¡Que se queden con su dinero!

Concha, llorando, evitó discutir con su marido, no tenía fuerzas para ello.

Se despidieron de Josefa y de los niños, que no habían abierto la boca en todo el rato, prometiéndoles que volverían cuando consiguieran avituallamiento del tipo que fuera, cualquier cosa era necesaria y se agradecía.

Prosiguieron con cuidado por el tortuoso trayecto en el que comenzaban a verse toscos féretros amontonándose a la espera de ir siendo ocupados. Las imágenes encogían el alma y traspasarían el tiempo...

* * *

Osuna (Sevilla), jueves, 27 de septiembre de 1962

Los padres de Concha llamaron desde la oficina del cuartel de Osuna al ayuntamiento de Moncada. Llevaban interminables horas intentando saber si su hija y su marido seguían vivos. Pero sólo les decían que el caos y la avalancha de desgracias humanas dificultaban la identificación.

Hasta que por fin empezaron a llegar las listas de muertos; eso era lo único que se podía saber, aunque muchos no aparecían. Al fin consiguieron certificarlo: de momento, no figuraban en la lista de víctimas mortales.

—¡En qué mala hora la niña decidió marcharse! ¡Nuestra pequeña sufriendo ese infierno! —gritó Miguel, enfadado y nervioso—, si es que está viva...

Esto último lo dijo bajando la voz, que cayó aplastada por la tristeza.

Antonia estuvo aguantando el llanto y el eco de la incertidumbre, pero ya se dejó vencer. Se derrumbó. Sus lágrimas se fundieron con las de su hija.

* * *

Moncada y Reixach (Barcelona), jueves, 27 de septiembre de 1962. Tarde

Diego acababa de llegar para comprobar su estado. Pero volvió a salir en busca de su amigo Feli, con el que recorrería de nuevo el desastre por si algún compañero de la fábrica necesitaba ayuda.

—Quédate aquí, tienes que descansar —le aconsejó a su mujer ante su insistencia en acompañarlo—. Por más que te lo digo, no me haces caso.

—Es que... —No se atrevía a reconocerlo.

—Dime... ¿qué pasa?

—Pues que tengo miedo. Miedo a quedarme sola, a separarme de ti, aunque sea sólo por un rato. No sé... me acuerdo de todo, del agua, de los cadáveres... y de Pepe y Aurora... No puedo soportar esto... sus criaturitas inocentes... No consigo asimilar que hayan muerto así, de esa manera tan terrible, sufriendo tanto...

Llevaba demasiadas horas sumida en un sufrimiento insoportable.

Diego le tomó la mano.

—No creo que pueda haber nada tan espantoso como lo que hemos vivido. ¿Crees que yo puedo soportar la muerte violenta y desgarrada de mi querido amigo Pepe? Pero tenemos que sobreponernos para poder seguir viviendo. Hagámoslo por nuestro hijo que está en camino. Y por él tú debes descansar.

Concha cerró los ojos y ya no recordó nada más.

* * *

En la calle... el ambiente, irrespirable. El cielo, oscurecido y denso. Y el silencio dramático que sucede a una tragedia.

Se produjo una representación de las diferentes formas en las que el averno se presentaba en aquel mundo arrasado. Aún había féretros amontonados y esparcidos por las esquinas, que

anunciaban el hallazgo de la muerte personificada en aquellos desaparecidos cuyos familiares ya nada esperaban. Y la maldita oscuridad que aún conservaba el olor a lluvia y fango...

Por la noche, ya a solas, encaramados a la calma que sucedió a la tragedia y de la que no querrían apearse, a Diego le salió con sinceridad lo que llevaba dentro:

—¿Qué sentido tiene que sigamos aquí? Si me hubieran obligado a imaginar qué sería lo peor de emigrar a Cataluña, jamás habría pasado esto por mi cabeza.

—Lo que ha ocurrido no es algo que nadie pueda imaginar. Yo no puedo pensar ahora en nada... Me duele todo, el cuerpo, el corazón, el alma... Y no puedo con este cansancio que me vence.

—Lo hemos perdido todo, Concha. Es ahora cuando me doy cuenta. No podremos seguir aquí.

—¡Ni hablar! Ya entiendo por dónde vas y te anticipo que de ninguna manera volveré a Osuna. Regresar me obligaría a enfrentarme a mis padres; enfrentarme a las consecuencias de mi decisión de fugarme contigo. ¡Y tendría que aguantar la peor de las humillaciones por parte de mi hermana! No pienso pasar por eso.

—Olvídate de todo eso, lo importante es nuestra supervivencia.

—Pues eso, hemos sobrevivido, ¿te parece poco?

En cuestión de horas, Diego se había venido abajo y Concha, en cambio, aun sintiéndose destrozada de ánimo, fatiga e impotencia, estaba recobrando su fuerza natural; una fuerza sin estridencias, a veces sin apariencia exterior, pero tan consistente en su interior que la mantenía como una lámpara que guía en la oscuridad. O como los cimientos de las casas que había visto caer. La de Pepe y Aurora.

Aurora y Pepe... Tan queridos, tan ausentes...

Concha se preguntó si ellos, de haber sobrevivido, se habrían dejado derrotar y volverían al pueblo. Tuvo clara la respuesta, que alimentó su brío y la impulsó a seguir luchando.

—No iremos a ninguna parte. No hemos venido a Barcelona para volver juntos al pueblo tan sólo un mes después más pobres de lo que ya éramos. Que te quede claro.

—Eres demasiado cabezota. Mira a tu alrededor y dime, si puedes, qué vamos a hacer aquí.

—Pues... no sé... —le hizo dudar pero unos segundos nada más—. ¡Cómo voy a saberlo ahora! Pero sí tengo claro que lo que no vamos a hacer es rendirnos, hacer las maletas y marcharnos. ¿He dicho maletas...? ¡Si no tenemos nada! Ni siquiera maletas que llenar. Pero saldremos adelante. Cuando me propusiste que me escapara contigo para casarnos y vivir en Barcelona tomé la decisión más difícil de mi vida, pero lo hice y aquí estamos.

—Sí, aquí estamos —dijo Diego, mascando la frustración y la derrota entre sus palabras—. ¿Y para qué...? No nos queda nada, es verdad, ¿y aun así te parece bien que nos quedemos? No hay quien te entienda.

—¿Y a ti quién te entiende? ¿No te importa jugarle tu puesto de trabajo?

—¿Quién piensa ahora en mi trabajo?

—¡Nosotros! Porque tu trabajo es lo único que tenemos, y no es poco.

—Yo no puedo más.

—Claro que podrás. Lo siento. De aquí no nos moveremos.

Concha apagó la luz para dar por zanjada la discusión. Los nervios y la zozobra del miedo no la dejaron dormir.

Diego se vio invadido por el recuerdo de la noche en que llegó a la estación de Francia acompañado de Concha, a punto de casarse con ella. Sólo había transcurrido un mes y, sin embargo, su sensación era de años. Quedaba tan lejana aquella noche después de lo que había

pasado desde entonces.

A la mañana siguiente, temprano, acudió a la Bosuga. Era el primer día de trabajo en la fábrica tras el desastre. Los ánimos estaban por los suelos, se respiraba una atmósfera de suma tristeza y de abatimiento entre los trabajadores. Empezaron a contarse incidentes vividos por unos y por otros. A las doce en punto, máquinas y hombres detuvieron su actividad en memoria de los empleados de la fábrica fallecidos. Había bastantes bajas. La más dolorosa para Diego, la de Pepe. Se abrazó a su primo Juanito y ambos lloraron, como verdaderos hombres heridos, preguntándose por qué les había tocado vivir algo tan terrible.

A esa misma hora, Concha estaba vomitando. El embarazo no marchaba todo lo bien que debería, con tantas desgracias sufridas en tan poco tiempo. En un estado lamentable se incorporó, caminó unos pasos hacia el dormitorio y abrió un bolso del que extrajo el chupete destrozado de Rosita. Había tenido el valor de cogerlo de entre los escombros de lo que quedó de la casa de Pepe y Aurora. Lo apretó contra su pecho desolada y volvió al baño a vomitar.

Por la tarde visitaron a la prima segunda de Diego, Josefa, ¡y siguieron encontrándola en el rellano junto a sus dos hijos! Vivían de la caridad de los vecinos. Concha fue incapaz ya de soportar tal visión. «¡Sácame de aquí, sácame de aquí!», le imploró a su marido con los nervios desatados a punto de estallarle en la piel, la garganta, el pecho, la cabeza... Todo su ser hervía y, al mismo tiempo, estaba helado. Al abrazarla, su marido sintió cómo temblaba. Pero nada podía hacerse por Josefa; tampoco por ninguna de las víctimas. Ellos, al fin y al cabo, no se encontraban en el mal estado de muchas de ellas que podían considerarse supervivientes pero con graves heridas que tendrían mala sanación.

* * *

No más llanto. No más desgarrar. Tanto Concha como Diego se encontraban agotados de tanto pesar y de tantas emociones agolpadas en la cima del desconcierto.

Continuaron el recorrido; en el ayuntamiento de Moncada solicitaron que al menos les permitieran contactar por teléfono con su familia en Osuna. Habían transcurrido cuarenta y ocho horas desde la tragedia; imaginaban su preocupación.

Concha consiguió hablar con sus padres, por primera vez desde que se marchó de Osuna. Tuvo que sortear la dificultad añadida del llanto imparable. A cada dos palabras se ahogaba. Ellos trataron de convencerla de que debían salir de allí. «Voy a hacer todo lo posible para que regreséis cuanto antes», le prometió Miguel, su padre. Concha colgó el teléfono desalentada.

Aquella noche tampoco pudieron dormir. La desesperación los invadía pero cada uno la asimilaba a su manera. Concha no entendía que su marido quisiera jugarse su puesto de encargado en la Bosuga y que no le importara lo que supondría para ella volver a casa tras su fuga y casada con un hombre al que su familia rechazaba. Y sin trabajo, por supuesto. Sin trabajo.

—Míranos, en casa de unos amigos viviendo de la caridad. ¿Hasta cuándo? No tenemos casa. No tenemos nada. —Diego no dejaba de lamentarse.

—Eso ya lo sabemos, no hace falta que sigas repitiéndolo. ¡Nos tenemos a nosotros mismos! No volveremos con la cabeza gacha —respondió Concha, negándose al fracaso—. ¿Crees que en Osuna tendremos mucho más?

—Tendremos cobijo, un techo bajo el que vivir.

—Aquí también lo tenemos. Por favor, Diego, entiéndelo de una vez. Estamos vivos y contamos con una casa y un trabajo. Nuestro esfuerzo y sacrificio conseguirán el resto.

Pero el fracaso se rendía aplastado por la realidad. Habían huido de la pobreza del pueblo y se veían más pobres que antes. Miró a su alrededor, la modesta habitación representaba lo más cierto de su vida en aquellos momentos y lo malo era que más allá de ese espacio, que ni siquiera les pertenecía, no había horizonte alguno. Concha lo sabía, a pesar de todo.

Qué más daba. Había que mirar hacia el futuro, aunque no lo hubiera. Aunque no tuvieran nada. Porque cuando se pierde todo es más necesario que nunca volver a soñar de nuevo.

*La luna de los pobres
cubre como una sábana
el cuerpo del que sueña.*

MARIO BENEDETTI,
«LUNA DE LOS POBRES».

CAPÍTULO 17

«UN MUNDO QUE LLORA»

Túnel por el que a ciegas me aferro a tus entrañas.

MIGUEL HERNÁNDEZ, «ORILLAS DE TU VIENTRE».

Moncada y Reixach (Barcelona), domingo, 30 de septiembre de 1962

Las portadas, ennegrecidas por el dolor de números especiales de las revistas y publicaciones más importantes y de mayor tirada de la época, daban cuenta, días después, de la dimensión de la catástrofe.

El primer domingo después de las riadas informaban al mundo de lo ocurrido.

GACETA ILUSTRADA (Suplemento al nº 312)

TARRASA, SABADELL, RUBÍ
TERROR EN LA NOCHE

Siete minutos y medio duró la riada. Una eternidad. Más de mil cadáveres flotando sobre las aguas. Los pescadores fueron los primeros en verlos a la madrugada. La mayoría habían llegado hasta el mar y no tenían nombre.

* * *

(PIE DE FOTO): La sobria desnudez de la cruz en el depósito de cadáveres de Tarrasa.

En el cementerio de Rubí, los muertos yacen sobre la tierra húmeda; una de las fotos muestra a una madre con sus dos hijos gemelos (muertos).

(PIE DE FOTO): «Ataúdes blancos y ataúdes negros: detrás, un mundo que llora». En la iglesia se alinean los féretros; féretros en serie para albergar muertos en serie. Negros féretros de adultos, féretros blancos de niños con una cabecita dorada de ángel y flecos ingenuos.

* * *

En Sabadell, en Tarrasa, en Rubí...

La solícita e inmediata presencia del Gobierno.

El vicepresidente del Gobierno, capitán general Muñoz Grandes, con el gobernador

civil de Barcelona, don Matías Vega, y los ministros de la Gobernación, señor Alonso Vega; de Trabajo, señor Romero Corría; secretario general del Movimiento, señor Solís; el capitán general de Cataluña, don Luis de Lamo, se reúnen en el aeropuerto de Barcelona para tratar de las medidas de urgencia en las regiones siniestradas.

La tragedia conmocionó a toda España.

España... un país roto y descosido por el dolor. Una parte de sí misma, un miembro, un músculo, del cuerpo de España, yacía sepultada en muerte.

Los príncipes Juan Carlos y Sofía, en contra del criterio de sus asesores, viajaron a la zona para solidarizarse en persona con los damnificados. El príncipe Borbón se había casado, en el mes de mayo, con la princesa Sofía de Grecia, hija de Pablo I, rey de Grecia, y de la princesa Federica de Hannover. Acababan de regresar de su prolongada luna de miel en la localidad portuguesa de Estoril y tuvieron que contar con el visto bueno de las autoridades franquistas para realizar el delicado viaje.

Finalmente, la autorización les fue concedida. La prensa se hizo eco de la visita de los príncipes, que conocieron de primera mano historias de familias enteras arrastradas por las crueles aguas de la riada.

* * *

La reconstrucción fue dura, lenta y dolorosa, podría decirse que como lo fue todo en aquellos días amargos. La vida se había detenido en aquella noche del 25 de septiembre y se estaba poniendo en marcha de nuevo pero a ritmo lento, demasiado lento. Flotaba en la atmósfera una sensación unánime de pérdida y de no saber qué hacer ni hacia dónde tirar. Había tanto que reparar, tanto por restaurar...

Diego y Concha pudieron acceder a su vivienda una semana después del día 25. El desastre que encontraron era de tal magnitud que a cualquiera se le habría caído, literalmente, el alma al suelo. Bueno, de hecho a Diego se le desplomó. Concha, en cambio, tras el primer impacto desgarrador, comenzó a moverse buscando algún cubo para achicar agua. Se preveía como una tarea imposible no aconsejable para una mujer embarazada. A ella le daba igual. No pensaba, había dejado de hacerlo. Actuaba.

Con la ayuda de Juanito se emplearon a fondo encadenando una jornada con otra de duro trabajo sin que llegaran a ver el cielo abierto para ellos. Por las noches, la pareja caminaba hasta el piso de Elena y Feli para dormir. Durante el día la situación se fue complicando. No tenían dinero, apenas ropa, el desabastecimiento general había dejado sin alimentos la zona... Sobrevivieron de mala manera gracias a la ayuda solidaria que les llegaba, pero resultaba insuficiente. Se vieron pasando por una circunstancia que nunca, jamás, remotamente, se hubieran figurado: el hambre.

Peor que el hambre no podía haber nada. Fue terrible. Entonces sí que Concha se hundió definitivamente. Morder las esquinas era peor que morder el polvo. Peor que ver la muerte de cerca. Dejó de hablar en el mismo instante en el que dejó también de pelear en la ciénaga en la que se había convertido el mundo. Imposible asomar la cabeza para respirar y que el lodo no continuara asfixiándoles.

Aunque nos resistamos a darnos por vencidos, a veces el destino se empeña en llevarnos por la senda que nos conduce al naufragio, al desmoronamiento de lo que somos.

Concha admitió que habían llegado al límite de lo soportable. Diego lo había hecho mucho antes. Ahora ambos se ponían de acuerdo en una misma idea, aunque fuera la de que la aventura catalana terminaba ahogada en las aguas bravas de la desesperación.

Fue entonces cuando sobrevino lo que para cualquiera habría sido un rayo de esperanza pero que para Concha era la puerta hacia la huida.

Elena, la mujer de Feli, fue avisarla de que Miguel, su padre, había llamado a su casa para hablar con ella.

—¿Qué quería? ¿Lo sabes?

—No quiso decírmelo. Sólo sé que es urgente. Me pidió que te dijera que le llames lo antes posible. Anda, coge una chaqueta y vamos a mi casa. Allí podrás usar nuestro teléfono.

—Muchas gracias, Elena, pero es conferencia.

—Tranquila, estamos en situación de emergencia, ¿no? Aunque mal, el teléfono ya empieza a funcionar —Le dio un ligero abrazo para reconfortarla—. Ya verás cómo todo empezará a ir bien muy pronto.

Lo que tenía que contarle su padre con tanta urgencia era una oferta de trabajo para Diego.

—Esto ha sido un regalo del cielo. —Esa era la visión de Miguel.

—El cielo lo que regala es lluvia y tormenta, y también tragedia. No me hable del cielo, padre.

—Era sólo una expresión, hija. El trabajo es bueno, de capataz de una importante finca agrícola en La Roda. ¡Y encima no está lejos de Osuna!

—Gracias, padre. Se lo agradezco de corazón.

Si era bueno o malo ya lo verían. Lo único cierto era que suponía mucho más de lo que en ese momento tenían.

* * *

Moncada y Reixach (Barcelona), 4 de octubre de 1962

LA ACTUALIDAD ESPAÑOLA

(Nº. 561)

LA GRAN RIADA DE BARCELONA

Las casas se desmoronaban como un terrón de azúcar en el café, con esa trágica tontería de un castillo de naipes hecho de paredes y vida. Las personas se iban con las casas. Un grito más, una súplica más, una queja, una desesperación más y nada...

* * *

A las once y cuarto, quedaba una casa en pie. Estaba en mitad de la Riera, resistiendo, agotando minutos de pavor. La casa de Jordi Moragas, de treinta y dos años, contratista de obras.

Salvador estuvo oyendo a Jordi, a su mujer, a su niño pequeño, a los padres y al suegro de Jordi. Era la única casa. La única esperanza en pie. Todo había desaparecido. Todos los gritos. Todas las cosas, todos los cuerpos. Sólo los gritos, las cosas y los cuerpos de Jordi y su familia estaban allí, plantados en el agua como un desafío o un temblor.

—Aguanta, Jordi, aguanta...

Para Salvador González, la azotea de la casa de Jordi Moragas, con su racimo de vidas, era una hiriente pesadilla:

—Aguanta, aguanta...

La casa volcó. Se desplomó entera en el agua. No fue perdiendo, desmoronados, los pies de barro como las otras. Volcó. De una bofetada de agua. Jordi Moragas y su familia no gritaron más. Se hizo un silencio bronco y pacífico a la vez. Como el silencio que sucede a las grandes discusiones. Un silencio pastoso y húmedo.

//Una de la madrugada: suenan las campanas y aparece el primer cadáver://

JESÚS HERMIDA

El joven periodista de veinticuatro años que firmaba la crónica había pisado los mismos lugares en los que Concha y Diego sufrieron la tragedia. Los mismos lugares por los que caminaron y de los que huyeron ellos. Quién sabe si se habrían podido cruzar en algún fugaz instante.

Al entrar en Barcelona, leímos un anuncio sobre las paredes:

—Ya llegan, ya se acercan Los cuatro jinetes del Apocalipsis.

Es una película... «Muy fácil —dirán— jugar con ese título y con la catástrofe ocurrida...».

No; no es eso lo que digo. Digo que también se aprende que ante los cuatro jinetes —peste, hambre, guerra y muerte (dolor al cabo)— hay otros cuatro jinetes que vienen del corazón de los hombres.

Amor, sentimientos, nobleza y entrega.

Están galopando en Barcelona...

JESÚS HERMIDA

Los jinetes del Apocalipsis, los jinetes del dolor y la esperanza, galoparon largamente por una comarca que lucharía sin fin contra el olvido.

* * *

Moncada y Reixach (Barcelona), fábrica de la Bosuga, veinte días después de las riadas

Diego salió de hablar con el encargado; el tono de la conversación había sido amable. Los compañeros esperaban expectantes, entre ellos el primo Juanito. Diego les contó que él y su esposa habían decidido regresar al pueblo definitivamente.

Así era. Se rendían y admitían la derrota. No les había quedado más alternativa que esa, la de rendirse. El padre de Concha le había encontrado a Diego un buen trabajo, aunque también consideraron que sería lo mejor para que ella acabara de pasar el embarazo cerca de la familia y tener a su criatura en Osuna, arropados por los suyos. «Un niño, ya veréis, será futbolista como su padre», bromeó Diego al despedirse con pena de los compañeros. Quien más lloraba era el primo Juanito, se marchaba su principal apoyo y ya, desde ese instante, temía la soledad; porque las tragedias a la vez que nos hacen más fuertes también nos sitúan ante el espejo real de nuestra fragilidad. Y entonces, más que nunca, Juanito se sintió frágil... vulnerable... y solo.

Antes de marchar, Concha quiso visitar por última vez la casa, ahora inexistente, de Aurora, Pepe y su familia. Junto a su marido estuvo contemplando el solar arrasado y el suelo de baldosas

blancas y negras, mientras les recordaba vivos, correteando Rosita sin soltar el chupete de la boca, o sus dos hermanos jugando a pelearse por una pelota diminuta. Evocó el propio recuerdo de la vida arrebatada.

Veinte días habían transcurrido desde las inundaciones. Y poco más de un mes desde que Concha llegó a Barcelona embargada por la ilusión y la incertidumbre. Facturaron el arcón en el tren y regresaron al pueblo, esta vez sin maleta alguna. Ya no había nada que llevar, más que cargar con la propia vida.

Y cargaron con ella en silencio...

*Tierra. La despedida
siempre es una agonía.*

*Ayer nos despedimos,
ayer agonizamos.
Tierra en medio.
Hoy morimos.*

MIGUEL HERNÁNDEZ,
«CANCIONERO Y ROMANCERO
DE AUSENCIAS».

Resentimiento

(Barcelona, 2012)

No ignoro lo que olvido.

FERNANDO PESSOA,
«ODAS, DE RICARDO REIS».

Paz toma la última carta escrita por Pedro, fechada en abril de 1990, poco antes de iniciar una relación con quien acabó siendo su marido, Mario Roldán.

Continúa encaramada a la escalera que ha usado para alcanzar los objetos del altillo.

—¿Se puede saber qué te pasa? —pregunta intrigada su madre al ver la expresión de su cara.

Pero Paz no puede hablar. Sólo contempla el hallazgo temiéndolo, recelando de su significado. Desciende los peldaños de la escalera y se sienta en el penúltimo sujetando el paquete de cartas. Sigue mirándolas. No se atreve a escoger una de ellas. Algunas se han esparcido por el suelo al haber soltado la cuerda que las mantenía sujetas.

Su madre ha enmudecido. Y Paz ahora mismo se ha olvidado de ella. Sigue mirando los sobres, observando detenidamente la caligrafía.

Por fin se decide a abrir uno. Es la última. Según consta en el matasellos es de abril de 1990. En ella, Pedro Rey, su Pedro... su gran amor de juventud, desesperado por no haber obtenido respuesta de ninguna de sus innumerables epístolas anteriores, le daba un ultimátum: la citaba para encontrarse el 5 de junio —el día del cumpleaños de Paz— en el casino de Cadaqués. Le recordaba que era allí desde donde contemplaban la lluvia a través de los cristales, en esa misma fecha, principios de junio, pero del año 1982, cuando se escaparon solos para vivir su amor prohibido. Ella tenía dieciocho años y cumplió los diecinueve en Cadaqués. Él apenas llegaba a los veinticuatro. Era un artista de Altea, pintor y escultor, al que Paz conocía desde niña de ir todos los veranos a un pequeño hotel de la localidad alicantina, donde él trabajaba de botones desde los catorce años.

Con Pedro descubrió el sentido más profundo del sexo. El sexo guiado por el amor más puro; el sexo hasta el final. Con él se había asomado a la vida. En Cadaqués... alojados en el hostel más barato que había. Fue suficiente para ellos.

Lo amaba intensamente y sufrieron juntos. Pedro estaba atrapado en un matrimonio sin sentido. Hasta que descubrió lo que podía sentir por Paz. Pero no por la niña de siempre con la que se reía cuando se cruzaban por los pasillos del hotel y a la que solía gastar divertidas bromas inocentes. No aquella niña junto a la que lanzaba piedras al mar desde la orilla de la playa, sino una muchacha mayor de edad que le hizo sentir, con su sola presencia, que el mundo se expandía en la misma medida en la que le oprimía su situación familiar. Así, pasó de ser un hombre infeliz a otro que ponía en cuestión todo cuanto había sido hasta que se enamoró de Paz. Con ella se encontró a

sí mismo. Y eso es algo que trascendía del amor.

Tras lo vivido en Cadaqués, a Pedro le llegó la mayor certeza de su vida. Tomó la decisión de separarse de su mujer e ir a buscar a Paz. Es lo que le contaba en sus sucesivas cartas.

Cartas que Paz jamás leyó... porque se las requisó su madre. Nunca supo que él le escribía. Jamás había sabido nada más de su existencia. Y ahora, treinta años después, se está enterando de que Pedro estaba loco por encontrarla y por amarla el resto de su vida; y de que había viajado desde Altea a Cadaqués para esperarla en el paraíso en el que se prometieron amor contra las circunstancias... Paraíso al que Paz no regresó por desconocer los verdaderos sentimientos de Pedro y también la cita que le proponía. Él, en cambio, sí acudió aquel 5 de junio y estuvo esperándola en el casino; albergó, hasta el último segundo, la esperanza de que Paz llegaría, mientras ella, ajena a la propuesta y a las cartas de Pedro, hacía su vida alejada del pasado.

Sin esperarlo, se presentan lagunas en la mente de Paz. Espacios vacíos. Y campos yermos. E interminables senderos que no conducen a ningún lugar.

Es incapaz de asimilar que su madre hubiera decidido el rumbo de su vida, ¡en lugar de hacerlo ella misma! Evitándole las cartas sinceras de Pedro aniquiló la posibilidad de que decidiera qué hacer...

De repente, con un matrimonio fracasado y navegando a la deriva hasta llegar al puerto del divorcio después de una vida de engaños, a Paz la realidad le hace tomar conciencia de la que ha podido ser una oportunidad perdida. Porque, ¿qué habría pasado si en lugar de casarse con Mario hubiera decidido vivir el amor tan deseado con Pedro...?

Decidir... Eso es de lo que su madre le privó. De algo tan íntimo e intransferible como decidir sobre la propia vida.

En verdad, se confiesa a sí misma que quizás nunca hubiera estado con Pedro, en cualquier caso. Oportunidades tuvo de haberlo hecho pero no lo hizo. Y luego vino lo del segundo intento de Pedro a través de las cartas. Aquello sí que podría haber cambiado el destino... Quién sabe... Al fin y al cabo, no era una novedad que Pedro la buscara. Pero que su madre la privara de conocer lo que estaba ocurriendo y la cita que le proponía le resultaba imperdonable.

La mira incrédula, invadida por una mezcla de sentimientos que chocan unos con otros. Sostiene en las manos la carta desplegada, sujetándola como si quisiera asegurarse de que es real.

Concha se encoge aterrorizada por lo que ha sido capaz de hacerle a su hija... Ya se ha dado cuenta de lo que se trata. Se había esforzado tanto en olvidar aquel pasaje de sus vidas, que ya ni recordaba que tuviera ese oscuro pasado aletargado sobre su cabeza tantos años, oculto en el altillo de casa, dispuesto a regresar en cualquier momento...

Ese momento acaba de llegar, como llega todo aquello que está llamado a alterar el orden de las cosas: de la manera y en las circunstancias más inesperadas.

* * *

Es temprano. Amanece. Paz se despierta con las cartas de Pedro desperdigadas sobre su cama de soltera. Tiene una pegada al cuerpo, se ha adherido a la camiseta como si buscara el contacto de su piel.

Ha pasado horas embarcada en su lectura robándole tiempo a la noche. Pero no ha podido con todas, le resultó abrumador y excesivo hacerlo de golpe. Veinticuatro horas antes desconocía la existencia de las misivas y, más importante aún y más grave, desconocía los sentimientos de Pedro entonces, en un tiempo dolorosamente lejano.

Siente cómo se le clava en el corazón, como si sufriera una estocada, el sentimiento de lo que pudo haber sido y no fue.

Deja la carta sobre la mesilla y va al baño a lavarse la cara antes de arrastrar sus pasos hacia la cocina, donde encuentra a su madre esperándola con un café y aspecto de no haber dormido.

—Buenos días, hija. Espero que hayas podido descansar. Mira, he ido a buscar ensaimadas de las que tanto te gustan. Están recién hechas.

Paz responde con un escueto «hola».

—Lo siento. Sólo puedo decirte que lo siento.

—¿Lo sientes? —Paz intenta controlar la rabia que le arde en su interior—. ¿Qué es lo que sientes, mamá? ¿Sientes haber decidido mi destino por mí? ¿Sientes haber dispuesto de mi vida, en lugar de dejar que lo hiciera yo? Dime... ¿qué es lo que sientes?

Se le resbala de las manos la taza sobre el fregadero y, como es uno de esos antiguos de cerámica que ya apenas se fabrican, se hace añicos.

Desde la pequeña ventana de la cocina ve la Sagrada Familia y, al fondo, el mar difuso.

Su mirada, gélida, sobrevuela los tejados y azoteas que descienden hasta el puerto.

—Tú habrías hecho lo mismo que yo —llora nerviosa la madre.

—¿Qué sabes tú lo que yo habría hecho? ¿Acaso estás en mi cabeza, en mi cerebro...? Ah, bueno, claro... tú te creíste con el derecho de disponer de mí... —su tono es de una lacerante ironía que está destrozando a su madre—, de mi pensamiento... de mi vida... de mi corazón, ¡y hasta de mi alma!, ¿no? Escondiste esas cartas y anulaste toda posibilidad de que yo decidiera sobre mi propia vida. ¿No te parece una crueldad? ¿Qué esperas, que te dé las gracias por haber manejado mi futuro desde el pasado que sólo tú controlaste? ¡Siempre controlando! ¡Siempre! Es lo que mejor se te daba.

—Lo hice por tu bien. —Ahora Concha llora ya a corazón abierto—. Tenía que protegerte de un hombre casado, eras muy joven, tú habrías hecho lo mismo por una hija tuya.

—¡Yo no tengo hija! ¡No tengo hijos, mamá, no tengo hijos, ni voy a tenerlos nunca!

Acaban de adentrarse en un terreno hostil para Paz. Nunca había querido tener hijos hasta que su instinto se despertó próximo a los cuarenta años pero la naturaleza le respondió que ya era demasiado tarde. No consiguió quedarse embarazada aunque las pruebas no demostraron ningún tipo de impedimento, ni tampoco una esterilidad o incompatibilidad con su marido que justificara la dificultad para alcanzar un embarazo. Y jamás quiso someterse a una fecundación por medios que no fueran los naturales. Así que había renunciado forzosamente a la maternidad. Llegó a pensar que el hecho de que la propia naturaleza no quisiera estar de su parte significaba que esta admitía una circunstancia que ella se negaba a aceptar: su relación matrimonial hacía aguas. Si no podía concebir sin que hubiera un motivo físico claro era porque no debía hacerlo.

Ahora, a las puertas de los cincuenta años, está a punto de divorciarse. Mario tiene sesenta y tres años y un gran imperio económico, en parte gracias a que Paz accedió, después de que él la convenciera con documentos falsos, a poner a su nombre la mayoría de los bienes que habían ido atesorando durante más de veinte años de matrimonio, incluidos los suyos propios. «Tranquila, es más beneficioso fiscalmente y yo siempre tendré claro lo que es tuyo. Además, nunca te va a faltar de nada, cariño...». Sólo le quedó añadir el «insignificante» detalle de que no le faltaría de nada mientras él lo decidiera. Y estaba claro que había pasado a decidir lo contrario. Luego vino lo de la cuenta bancaria... y la deuda de medio millón de euros...

No quiere contarle a su madre nada de eso. Y menos aún pensar en ello.

—¿Qué pasa con Mario, hija? ¿Ya es seguro que os vais a divorciar? —pregunta Concha

preocupada, en un intento de aparcarse la herida de las cartas.

—Qué más da eso ahora. —Paz sigue de pie mirando a través de la ventana.

—Perdóname, hija, por favor...

—Deja el tema. —Está cargada de ira que no sabe cómo manejar.

Resulta inevitable la cascada de recuerdos. El mar... Cadaqués... Barcelona, la ciudad en aquel junio de la primavera de su vida en la que conoció, por primera vez, lo que era amar a un hombre.

El dolor que arrasó, más tarde, lo sembrado... Y el final, que en realidad no fue tal, como las cartas demuestran. Pero entonces no lo supo.

Se levanta con brusquedad y desaparece camino de su habitación. Las cartas, algunas de ellas desplegadas, permanecen diseminadas sobre su cama, convertidas en nostálgicos vestigios de un ayer que su madre no le ha permitido vivir y que aguardan el final que no tuvieron.

No importa que la espera sea larga. Te he esperado durante tanto tiempo... Créeme, te seguiría esperando, porque más extenso que la espera es mi amor. De hecho, es infinito.

Por favor, deja de considerarme un hombre casado, yo no me siento así, y desde que me enamoré de ti esa condición se ha borrado de lo más íntimo de mi ser. Quiero verte para contarte en persona una gran noticia: me separo. Ya está hablado con ella. No le he contado nada de lo nuestro. No es necesario. Mi matrimonio no tuvo sentido desde el mismo día en que existió. Me muero de ganas de verte y contarte todo. Pero no sé por qué nunca me respondes. ¿Qué te ocurre? Por favor, dime algo, mi amor. Respóndeme.

He pintado un cuadro para ti, un paisaje de Cadaqués. Sé que te gustará, como sé también que no me has olvidado, ¿verdad...? No has podido olvidarme. No quiero ni pensarlo; la sola idea me angustia.

Sigo esperándote... el tiempo que sea necesario.

Tu Pedro, que no te olvida

En el rostro de Paz se dibuja una mueca de dolor que no puede evitar.

Aprieta la carta contra su pecho y se abraza a sí misma como si lo estuviera haciendo Pedro.

Pedro... ¿Cómo explicarte que alguien robó el corazón de Paz para que no volara junto a ti?

Concha va en busca de su hija a la habitación.

—Perdóname... Perdona si te hice daño —le implora.

—¿Acaso todavía lo dudas?

—Estás siendo muy dura conmigo. —Concha presenta un aspecto lamentable, despeinada y cargada de ojeras como manchas grises en la conciencia.

—¿Que estoy siendo dura...? ¡Qué valor tienes, mamá! ¿Ahora vienes haciéndote la víctima? ¿Te atreves a acusarme de ser dura contigo? ¡Por Dios, madre! ¿Dura, después de que me hayas jodido la vida como lo has hecho?

—No puedes tratarme así.

Concha está nerviosa. Sus manos tiemblan. Su corazón, también.

—¡Claro que puedo! Puedo tratarte como me dé la gana sabiendo el poco respeto que me tuviste.

—¿Qué sabrás tú lo que sufre una madre?

—No empieces con el mismo rollo de que me protegiste y de que tú sufrías. ¿Te has preguntado cuál fue mi sufrimiento al tener que romper con Pedro? Eso no te ha importado nunca, ¿verdad?

Mientras discuten, Paz se mueve por su cuarto como un animal enjaulado que busca desesperadamente la salida.

—Claro que me importaba tu sufrimiento.

—Claro que no, mamá. Nunca he podido perdonarte que no te interesaras por cómo estaba, sólo me regañabas y me gritabas. Lo único que te importaba era el hecho de que Pedro estuviera casado y que me hubiera acostado con él. ¿Qué pensarán de nosotros si alguien se entera?, dijiste, pero no reparaste en el dolor que sentí al abandonarlo. —Se detiene a mirar la cara de horror de su madre antes de proseguir—: Vaya, ¿te sorprende?

—Es que... como nunca me has dicho nada.

—No lo he hecho para no hacerte daño y evitar que te sintieras mal por ello. Ya ves, madre, afortunadamente yo no soy como tú.

—¡No digas cosas monstruosas!

—Aquí el único monstruo que hay eres tú, mamá.

—¡Cállate! —Concha ha perdido ya los nervios—. ¡Cállate, cállate!

—No se trata sólo de las cartas, ni de Pedro, sino de que siempre quisiste tener el mando de todo. Y nada te parecía bien. Con Fernando pasó lo mismo y él no estaba casado, éramos unos adolescentes.

—No es lo mismo. Eso son historias de Osuna.

—No, mamá. *Eso*, como tú lo llamas, son historias de mi vida.

Súbitamente Paz se calma, siente un alivio interior tal vez fruto de haber podido decirle a su madre al fin lo que sintió en el pasado al tener que renunciar a Pedro.

Le pide que salga de su habitación.

—Todo aquello ya pasó, hija... —le dice Concha, temblorosa y llorando—. Fue hace mucho tiempo.

—No pretendas quitarle importancia. La vida no funciona así. Nuestras acciones tienen consecuencias. La que tú cometiste hace exactamente treinta años las tuvo y fueron consecuencias muy crueles. Has jugado con dos vidas, la de Pedro y la mía, las has manejado según tu voluntad, no las nuestras. ¿Se te ocurre algo más desalmado en una madre? Por favor, sal de esta habitación. No voy a volver a pedirte. Y si es preciso te echaré yo misma a empujones.

—¡Oh, eres terrible!

—No menos que tú, madre. No menos que tú...

* * *

—Mario y tú tenéis que hacerlo todo de manera civilizada. Una vez está tomada la decisión no podéis pasaros la vida peleándoos.

Madre e hija llevan un rato calladas en la cocina preparando la comida.

—Con Mario es imposible —responde Paz sin interés.

—Es que romper un matrimonio no debe de ser fácil, resultará muy doloroso.

—¿Doloroso...? —Paz se gira hacia su madre—. Doloroso es amar con locura a alguien, tener que renunciar a él porque la relación es imposible y no saber que luego te buscó para hacerla posible. ¡Eso sí duele! Eso sí es dolor... Así que deja ya de preguntar por mi matrimonio y preocúpate de lo que me hiciste antes de que me casara. Me has destrozado. ¿Y ahora sales

diciéndome lo que tengo que hacer para poner fin a un matrimonio que tal vez nunca debería haber existido?

—Bueno... yo sólo pretendía... —Concha no sabe ya qué decir—. Creo que lo mejor es que olvidemos el pasado y nos centremos en el presente, que ahora es tu divorcio.

—¡Déjalo ya, mamá! ¿Es que no escuchas lo que te digo? ¡Ya basta!

Impresionada por el descubrimiento de las cartas de Pedro y sintiéndose sobrepasada por el hecho, Paz se asfixia en su casa, le cuesta soportar la presencia de su madre, corre a su habitación a vestirse con cualquier cosa, coge una chaqueta y el bolso, y sale a la calle dejando a Concha con la palabra en la boca.

Busca un taxi y enfila hacia la parte alta de la ciudad. Al llegar a los pies del Tibidabo, donde nace el Tramvia Blau, se apea y camina sin descanso entre los chalés de lujo que pueblan la ladera, «torres» las llaman en Cataluña. Alcanza el punto más alto justo a la hora en la que están abriendo al público uno de sus bares favoritos, el Mirablau, un amplio balcón privilegiado al horizonte, desde el que se divisan las mejores vistas de la ciudad y el Mediterráneo. Aquel azul inolvidable junto al que creció.

Mientras saborea un martini blanco intenta reprimir incipientes lágrimas empeñadas en brotar del recuerdo, de su juventud, la universidad, Altea... y Pedro... el amor que siempre creyó emborronado por el paso del tiempo y el discurrir de la vida. Ahora, sin embargo, acaba de saber que ha sido su madre quien se empeñó en difuminar la presencia de Pedro en su biografía sentimental hasta hacerlo desaparecer. Jamás había sentido hasta ese día la impotencia de no poder hacer nada para enmendar un renglón torcido del destino. Ya nada importa, pero tiene tanta trascendencia lo sucedido que un dolor retrospectivo se cuele desde el pasado irremediabilmente en este extraño presente en el que habita desde que llegó a Barcelona.

A mediodía decide volver a casa. Encuentra a su madre en el mismo lugar donde la dejó horas antes, al salir corriendo, delante de la taza vacía del desayuno, con los ojos hinchados de llorar. Paz, como si no hubiera pasado nada, mostrando una frialdad que resulta impostada y agresiva, se sienta a su lado y le pide que le hable de las cartas, de qué hacía Paz cuando iban llegando, qué pensó su madre al ocultárselas, si estaba su padre de acuerdo con ella... Había tantos interrogantes pendientes de respuesta...

Mira a su madre y sabe que ya nada será igual. Un terrible resentimiento le invade sin misericordia.

No puede resistirlo.

—Lo siento, no me cuentes nada, no puedo seguir con esto.

* * *

—Hola, Nora. Soy Paz. Estoy en Barcelona y necesito verte... Lo sé, disculpa que no haya respondido a tus llamadas. Te lo explicaré cuando nos veamos.

Para ella siempre fue su más firme y leal apoyo en la vida. Pasara lo que pasara, Nora jamás le había fallado en más de treinta años de amistad. Se había enterado de su separación por la prensa, aunque llevaba tiempo conociendo los problemas matrimoniales de su amiga, y la llamó con insistencia para saber cómo se encontraba, sin obtener respuesta. Estaba preocupada. La tranquiliza que por fin haya dado señales de vida.

—¿Cenamos esta noche...? —propone Paz—. Perfecto, te espero en El Tragaluz a las nueve y media.

El Tragaluz sigue siendo uno de los restaurantes favoritos de Paz. Durante su actual estancia en su ciudad natal intenta visitar los lugares de entonces que todavía permanecen abiertos. Es un baño nostálgico que le ayuda a recuperar una parte de su identidad perdida en un matrimonio que, como está demostrándose, puede que haya sido el mayor error de su vida.

El abrazo que se dan al encontrarse colma la espera.

—¿Qué ganas de verte! Me tenías muy alarmada con tu silencio.

—Yo también tenía ganas de verte, Nora, créeme. Lamento no haber hablado contigo pero es que me resultaba muy difícil. Todavía estaba asimilando lo que me había pasado.

—Tranquila... Ya estamos aquí. Ahora tenemos todo el tiempo que queramos. Mañana he pedido el día libre.

—¿En serio? ¡Nora, tú siempre tan generosa!

No es la primera vez que lo hace. Durante años trabajaba a destajo, incluidos sábados y domingos, para juntar varios días de libranza y escaparse a Madrid, a casa de su amiga, de la que no salían hasta que de nuevo Nora regresaba a Barcelona. Seguían pasándolo bien, hilvanando en el tejido de su amistad los contratiempos con los que la vida les había ido castigando en ocasiones.

—Tendremos todo el día para nosotras, entonces —se alegró Paz.

—¡Eso es!

—Aunque hemos estado a punto de no vernos.

—¿Qué dices?

—Esta mañana me ha dado un arrebato y he estado a punto de hacer la maleta para regresar a Madrid.

—¿Ha pasado algo allí que requiera tu vuelta?

—No, qué va. Ha pasado algo aquí, en Barcelona, con mi madre.

—¡Uy, pero eso no es novedad!

—No te creas, esta vez se ha superado. Ahora te lo contaré, pero antes dime cómo estás tú.

Hablan de la normalidad en la vida de Nora —«Ya sabes, soy una superviviente nata»— y también de cómo está siendo el final del desastre matrimonial de Paz.

—¿Cómo es que se te ha ocurrido venir?

—La primera razón es para alejarme de Madrid y de Mario. Después del bombazo de la separación, no me veía con fuerzas ni ánimo para quedarme a su lado.

—Pero... ¿hay más, verdad?

—Sí, hay algo más. No sé por qué pero, en este momento y con lo que me está pasando, necesitaba estar en Barcelona. Algo así como volver al origen, al lugar del que soy y nunca he dejado de sentirme. Tengo la impresión de que donde nos creemos realmente seguros es en el sitio del que nos sentimos parte. Aquí fui inmensamente feliz en mi despegue de la vida, pero también sufrí mucho.

—¿Desde luego! Sobre todo te hizo sufrir tu familia.

—Tal vez por eso, Nora, siento que de alguna manera he de hacer las paces con mi pasado. ¡Te he echado de menos!

—¡Y yo a ti! Has estado muy alejada del mundo. Ya no sabía qué hacer para dar contigo. Cuéntame, ¿qué ha pasado esta vez para que todo se haya roto?

—Ha pasado lo inevitable. Mi matrimonio fue siempre un naufragio pero no quise admitirlo. En realidad, fue un fraude.

—Conozco pocos naufragios que duren veinte años.

—Lo sé, ¿pero en estos veinte años han sido pocos los momentos en los que te he contado problemas y más problemas?

—No. Han sido muchos, tienes razón. Pero siempre pensé que podría llegar a funcionar.

—Tú sabes igual que yo por qué ha funcionado: yo he hecho mi vida igual que Mario se ha pasado la suya haciendo lo que le venía en gana en diferentes ciudades donde tenemos casa. Menos en Madrid, claro.

—Mira que tener que enterarme de tu divorcio por la prensa...

—Lo siento, Nora. No he sido capaz de hablar de ello. El final ha sido muy duro y descarnado. Me dijo que cogiera la puerta y me largara, así, sin más.

—¿Qué bestia! Bueno... Mario siempre tuvo un lado prepotente que tal vez tu enamoramiento no te permitía aceptar. Pero lo ha tenido, Paz, no te engañes. Es un hombre muy soberbio, y la soberbia ciega a quienes la padecen.

—Estoy preocupada por mi situación económica. Desde que hemos iniciado los trámites del divorcio, Mario no quiere repartir ninguna de las propiedades que tenemos.

—Pero eso no será posible.

—Es complicado porque prácticamente todo está a su nombre.

A Nora debería sorprenderle pero conoce a su amiga.

—Si es que no aprenderás nunca. Teníais separación de bienes, ¿no?

—No sé si recuerdas, Nora, que nos casamos en régimen de gananciales pero a los once días de la boda me pidió que le avalara en una operación bancaria que tenía que hacer. Me dijo que guardaba relación con una empresa que tenía desde hacía años y pretendía reactivar. Fui tan tonta que acepté. Estaba enamorada y recién casada, ¿cómo no iba a confiar en mi marido?

—Tú, de buena que eres acabas siendo tonta muchas veces. ¿Y qué pasó con eso?

—Pasó que resultó ser un tremendo engaño. La empresa no existía. La creó quince días después de haber firmado la separación de bienes, necesaria para que un cónyuge avale a otro. Me engañó, Nora. Desde el primer momento actuó con premeditación y alevosía para que yo no participara ni me beneficiara de nada. ¿Y sabes cuándo me he enterado? Ahora, veinte años más tarde, cuando he iniciado los trámites legales del divorcio. Lo he sabido al recabar documentación para la demanda. ¿Puedes creerlo?

—¡Madre mía! —Ahora sí que Nora está sorprendida de lo que le cuenta su amiga—. Vaya trago.

—Pues hay algo aún peor.

—¿Peor? —los expresivos ojos de Nora querían salir de sus órbitas.

—Poco antes de venir a Barcelona me enteré de que me ha dejado una deuda de cuatrocientos noventa mil euros. —Paz necesita echarse un trago, tras el que prosigue con el relato—: Sucedió todo en un intervalo de no más de cuatro días. Cada vez que descolgaba el teléfono alguien me hablaba de números rojos, burofaxes, posibles peticiones de embargo, deudas pendientes de tres mil euros, siete mil, dos mil... Era un goteo constante que me perseguía a todas horas del día. —Nora estaba tan impresionada que no se atrevía a abrir la boca—. Fue una jugada maestra propia de alguien con una mente perversa, fría y calculadora. Cuando le planteé que yo debería tener alguna propiedad hizo ver a todo el mundo que me regalaba nada menos que un piso de gran lujo en una zona exclusiva de Madrid. Sin embargo, estaba hipotecado hasta el último céntimo y al dejar de pagarlo él cuando se planteó la separación, la responsable soy yo.

—¿Con la imagen que tiene de santurrón!

—Ya... si la gente supiera cómo es en realidad... Así que ya ves, podría perder todo cuanto

tengo por haber permitido que pusiera la mayor parte de bienes y propiedades a su nombre, pero gano una deuda de casi medio millón de euros gracias a lo único que pone al mío. ¡Joder! No era bueno, Nora. Me casé con un hombre que no era bueno, creyendo lo contrario. ¿Te puedes creer que ha vaciado las cuentas que compartíamos?

—Le llegará su hora, ya lo verás. No se puede ir así por la vida. Podrás con esto. Siempre has podido con todo. Menudo tipo. Y lo que me fastidia es que tiene a todo el mundo engañado con la imagen pública que proyecta. Lo ves cuando aparece en la tele y nadie diría lo que hay detrás.

—Estos días he pensado en tantas cosas... Siempre creyendo que mi madre era infeliz y no supo acabar con un matrimonio que dejó de tener sentido demasiado pronto, y ahora me veo viviendo algo similar.

—Tú no tienes nada que ver con tu madre, Paz.

—No lo tengo tan claro. ¿Qué hago en Barcelona, en el piso del que hui de joven para labrarme un camino en libertad? ¿He recorrido tanto trayecto para llegar al mismo punto del que partí? Si no consigo resolver bien mi separación podría acabar en la ruina.

—¿Cómo te encuentras de ánimo para luchar?

—Me encuentro como si estuviera convaleciente tras un terremoto. Si ya me lo decías tú siempre, que todo me tiene que pasar a mí y al mismo tiempo. Está siendo difícil encajar todas las piezas. Precisamente cuando descubro que mi matrimonio fue siempre una perfecta representación, un teatro que no tenía nada detrás cuando el telón bajaba, me entero también de lo de Pedro. No sé decirte qué me duele más.

—¿Lo de Pedro? ¿Qué Pedro?

Paz extrae una carta del bolso, la despliega y se la extiende a su amiga diciéndole:

—Y ahora ya viene lo de mi madre...

—¿Qué es esto? —Nora no entiende.

—Lee y verás.

Lee a ciegas y extrañada, hasta que, por el contenido del documento, comienza a extraer conclusiones que la conducen a acertar.

—Dioss... —exclama al llegar al final, arrastrando las eses enredadas en una perplejidad absoluta—. ¿Es él? ¿El artista de Altea?

—Pedro. Sí, es él.

—¿Estuvo escribiéndote durante años? —pregunta Nora sin poder creerlo.

—Lo hizo sin que yo me enterara. En una de sus cartas me llegaba a citar el mismo día en el que años atrás veíamos llover desde el casino, un 5 de junio.

—¿El día de tu cumpleaños? Como entonces... Déjame recordar, ¿en qué año fue el viaje a Cadaqués? ¿En el ochenta y uno?

—En el ochenta y dos.

—¿Por qué siempre te pasa todo a ti? —Ríen, también como entonces—. ¿Qué vas a hacer? Esto ya es agua pasada, pero desde luego qué putada. No quiero imaginar cómo te sientes. ¡Es horrible!

—Ha sido un golpe duro. Para empezar, por la pérdida de confianza en mi madre. Creo que ya nada va a ser igual en nuestra relación, todavía estoy digiriendo lo que ha hecho, así que es pronto para pensar en la posibilidad de perdonarla. Por otro lado, Pedro es un completo desconocido para mí, no tiene nada que ver con mi vida. Sin embargo... no sé cómo explicarlo, resulta tan extraño y frustrante haber conocido ahora la verdad, años después.

—Muchos años, Paz. Demasiados. —Hace una pausa—. Ah, no... Mira que te conozco...

Espero que tu clásico ideal romántico que tantos quebraderos de cabeza nos ha dado no se active ahora. No tendría sentido.

—Nada de lo ocurrido tiene sentido, Nora. Pero ha ocurrido, Pedro escribió esas cartas y me citó en Cadaqués, y acudió él solo para nada... Todo eso es tan cierto como el descubrimiento años después de que aquello pasó sin que yo lo supiera. Tan cierto y doloroso como que fue mi madre quien me lo ocultó.

—Sí... es un marronazo.

—Es mucho peor que un marronazo, Nora. Sólo tú puedes ayudarme.

—Más allá de escucharte y acompañarte, como sabes que me gusta hacer siempre, no sé en qué puedo ayudarte.

Se miran fijamente. Nora oculta tras la carta un gesto divertido de terror. Después asoma la cabeza por un lateral mientras sigue sosteniendo el papel en el aire.

—No, Paz, no... A ti no se te estará ocurriendo buscarlo después de tanto tiempo, ¿verdad que no...?

Paz le corta el paso para evitar que su amiga la sermonee, sabe que será lo siguiente que ocurra.

—Oye, Nora, ¿vamos mañana a comer al Garraf, el restaurante de la cúpula desde el que parece estar dentro del mar?

—¿El nuestro? ¿El de siempre? ¡No has podido tener mejor idea! Y en el camino me cuentas lo que se te ha ocurrido, ¡porque seguro que tú ya barruntas algo! Y me temo lo peor... Eres tremenda. ¿Y lo de regresar a Madrid?

—¡Olvidado! Con el trabajo que tenemos por delante...

Y le guiña un ojo con complicidad a Nora.

—Paz, definitivamente no tienes remedio.

II
El sueño catalán
(Años 60/70)

CAPÍTULO 18

CUANDO EL DESTINO OBLIGA A RECORRER EL MISMO CAMINO

*Se retrocede con seguridad
pero se avanza a tientas
uno adelanta manos como un ciego
ciego imprudente por añadidura
pero lo absurdo es que no es ciego
y distingue el relámpago la lluvia
los rostros insepultos la ceniza
la sonrisa del necio las afrentas
un barrunto de pena en el espejo (...)
la opaca incertidumbre de los otros
enfrentada a la propia incertidumbre*

MARIO BENEDETTI,
«A TIENTAS».

Osuna (Sevilla), mediados de octubre de 1962

Los padres de Concha llevaban desde la misma noche de la fuga de su hija preparándose para cuando llegara la ocasión de reencontrarse con ella. Pero qué difícil les resultaba afrontarlo cuando se presentó el momento. No pensaron que fuera a ocurrir tan pronto. No hacía ni dos meses que se había marchado.

Las riadas ocurridas en la comarca del Vallés, donde su hija y su yerno vivían, les hicieron cambiar su perspectiva de la fuga. Ambos se habían salvado y regresaban con el miedo calado hasta los huesos.

Verles entrar en casa agarrados de la mano con nada más que una bolsa de tela en la que llevaban sus únicas pertenencias les sobrecogió. Alguien que no conociera lo que arrastraban consigo habría podido pensar que se trataba de figuras salidas de un escenario fantasmagórico. No parecían reales. Les costaba adaptarse a lo que les estaba pasando. Concha llegó a sentir que no encajaba en la realidad, que alguien se había apropiado de su cuerpo y de su espíritu. ¿Cuándo los recuperaría?, se preguntaba.

Las circunstancias la habían desbordado hasta reventarle las costuras del entendimiento y la capacidad de comprensión. Habían saltado por los aires. Sus padres supieron comprenderlo. Abrazaron a Concha en silencio y tuvieron un gesto de asentimiento para Diego, que encerraba la explicación de que ya formaba parte de la familia.

—Os quedaréis con nosotros, este es vuestro sitio —dijo Miguel con una seriedad que imponía. No hubo ningún reproche. Su salvación de una muerte segura borró las consecuencias de la huida.

Al día siguiente de llegar al pueblo, cansados y con el corazón roto por las muchas pérdidas que habían sufrido con las riadas, la hermana de Concha, Carmen, y su marido partían hacia Barcelona. Antonia estaba muy afectada. «¡Tres hijos tan lejos!», repetía. Al menos Concha había regresado, así que ahora volvían a ser dos lejos de casa, Carmen y Manuel. El destino quiso que este y Concha se cruzaran en el camino. Él había adelantado su marcha a Barcelona por si podía ayudar en algo a su hermana pero ella y su marido ya no podían aguantar ni un solo día más en las condiciones en las que estaban.

La despedida entre las hermanas fue tan fría... Pero a Concha ni siquiera le afectó, después de tantísimo sufrimiento; después de todo lo que llevaban auestas. Jamás podría olvidar la terrible sensación de ver el hueco que había dejado la casa de Aurora y Pepe, arrancada por el agua. Resultaba, pues, lógico que el desprecio de Carmen al partir junto a su esposo a buscar fortuna al mismo lugar del que Diego y Concha acababan de regresar y del que se salvaron de milagro, restregándoles su derrota como si quisiera dar a entender que a ellos no les pasaría lo mismo, apenas caló en su ánimo. Lo que menos le importaba entonces a Concha era lo que pensara o dijera su hermana, por más cruel que pudiera ser.

—La suerte no es el azar —dijo Carmen—, sino lo que cada uno se busca y se merece.

—Sólo te deseo que jamás pases por nada parecido a lo que nosotros acabamos de vivir.

—No me hacen falta tus consejos. Yo no soy como tú.

Carmen parecía de piedra. Para ella era como si no hubiera pasado nada, como si su hermana y su cuñado volvieran al pueblo por gusto, sin haber sobrevivido a una tragedia que a punto estuvo de costarles la vida.

Aquellos primeros días en Osuna fueron un espejismo. Por un lado, se sentían felices de haber vuelto a casa, aunque, por otro, no resultaba fácil vivir a partir de entonces soportando las dramáticas heridas de las riadas, la ausencia irreversible de sus buenos amigos, las imágenes de cadáveres, de búsqueda desesperada... de un mundo borrado en diez minutos... Del horror desconocido hasta esa noche.

Una de las mayores alegrías de la joven fue la del reencuentro con sus amigas Anita y Dolores. Entre ellas era como si el tiempo y las desgracias no pasaran nunca; esa sensación, que ya tenían desde muy pequeñas, seguía produciéndose cuando estaban juntas.

Tres días llevaban en el pueblo cuando se encontró en la calle con Luis Méndez. Sintió un extraño pálpito que duró los segundos que tardó en girarse, tras pagar un helado, la muchacha que lo acompañaba.

—Es María, mi mujer —se la presentó Luis.

—¡Oh! Encantada —fingió Concha al darle un par de besos en las mejillas.

María llevaba de la mano a un niño pequeño de cara angelical y azules ojos, «es Fernandito, nuestro hijo, va a cumplir dos años, es todo un hombrecito», le aclaró al verla escudriñando al niño con la mirada queriendo descubrir algo en él.

—Es muy guapo.

—Ha salido a su padre —comentó María—. Es clavado a Luis, ¿verdad?

Concha no sabía qué decir.

—Sí, claro... —Se tragó el orgullo—. Me ha encantado veros, os deseo mucha suerte —dijo, haciendo gala de la mayor educación de la que era capaz.

Fue inevitable. El asalto del recuerdo de aquel día en el que Diego la abordó en la puerta de la heladería mientras Luis estaba comprando un helado para ella, la indispuso. Pero era sólo porque no sabía cómo ni dónde encajar la sensación que le producía tal recuerdo. A su mente llegaron el olor del turrón antes de meterse el primer bocado del helado de Luis en la boca y la evocación del tacto de la seda que Diego llevaba guardada en el bolsillo del pantalón. La mezcla torpedeó momentáneamente su entereza.

Por primera vez se preguntó si se había equivocado al casarse con Diego y ese pensamiento empezó a atormentarla. A nadie podía decirle que se había sentido decepcionada en el transcurso de un mes; no había hecho falta más. El tiempo y las riadas le robaron definitivamente la inocencia, haciendo que aterrizara en el mundo en el que las proezas consisten, a veces, en el mero hecho de sobrevivir. Esperaba de Diego más empuje para afrontar lo que les había pasado.

Esperaba, quizás, lo que ni ella misma sabía que esperaba.

Y aunque Luis no era más que una sombra del pasado, su reencuentro había activado ese pensamiento que no se atrevía a reconocer.

Intuyó que sus amigas, al ver su cara y su reacción ante el inesperado encuentro con su exnovio, estaban dispuestas a someterla a un tercer grado. Para evitarlo se puso a comentarles lo del nuevo trabajo de Diego.

—Mira tú qué pena que no hubiera tenido antes esta oferta, ¡lo que nos podíamos haber ahorrado!

—Oye, no me dirás que no tienes ya más que superado lo de Luis —comentó Dolores.

—¡Qué dices! Pues claro que está, no sólo superado, sino olvidado.

—No me ha dado esa impresión. Te conozco y has estado muy rara —insistió la amiga.

—Rara es la conversación que estamos manteniendo. Hacía mucho que no nos veíamos, nada más.

¿Nada más...?

* * *

Concha ayudó a su marido a elegir la ropa para la entrevista con el capataz de la finca. Tenía que dar buena impresión. Diego lucía impecable.

—Qué guapo estás —le dijo antes de besarlo en la boca—, a ver quién se atreve hoy a no contratarte.

—Si he sido capaz de llegar a ser encargado en una fábrica de varios miles de trabajadores en una ciudad tan grande e importante como Barcelona, digo yo que podré llevar bien una finca en el campo, ¿no te parece? —Diego disimulaba sus nervios.

—¡Pues claro que sí! Les vas a convencer.

—Eso espero, Concha. Nos jugamos mucho con esta entrevista.

—Tú piensa sólo que lo vas a conseguir.

Salió de casa de sus suegros con la ilusión de que en breve su situación mejoraría, lo que iba a contribuir, sin duda, a que sanaran de la dura experiencia sufrida.

—¡Pero si estás tú más nerviosa que él! —bromeó Antonia con su hija.

—Es tan importante esa entrevista, madre. Necesitamos que salga bien.

—¡Y saldrá, hija! Ya lo verás. Confía en tu marido y también en la suerte, que tiene que cambiar para vosotros. Lo merecéis, después de las fatigas que os ha hecho pasar Cataluña. Sabes que todavía estamos muy enfadados contigo por lo que hiciste. Pero estás casada y, encima, esperando

un hijo. Ni una cosa ni la otra tienen ya remedio. Nos hemos hecho a la idea. El tiempo se encargará de hacer el resto. Ahora en lo que tenemos que pensar es en que Diego consiga ese puesto en La Roda y que la criatura nazca bien y sana.

También Concha confiaba en que el tiempo se encargara de ajustar cuentas pendientes.

—Con el poco trabajo que hay en estos pueblos, que le hayan ofrecido ese puesto de encargado es casi un milagro.

Ambas apuraron la tarde hablando de la ropa que le harían al bebé y de la alegría de que hubieran vuelto a casa. Cabalgaron en la brisa que anticipaba el frío venidero al abrir las ventanas de la estancia en un intento de purificar más los ánimos que los pulmones. Concha quería dejar entrar algo de esperanza que restableciera el equilibrio de sus vidas.

Diego ya no tardaría en traer la buena nueva.

Sin embargo, sí tardó. Se estaba retrasando demasiado y ella empezó a intranquilizarse.

—Eso será buena señal, seguro que le están enseñando la finca —intentó calmarla su madre.

Miguel, su padre, se movía de un lado a otro de la casa en silencio, con gesto serio y un sempiterno cigarrillo pendiendo de los labios. Sabía perfectamente que su yerno debía haber regresado ya.

El día se fue apagando conforme la noche empujaba haciéndose un hueco en la incertidumbre. La joven permanecía sentada en la cocina sin atreverse a hacer nada. A esas horas ya no sabía qué pensar...

Pasada la medianoche, Diego llegó arrasado por el abatimiento. Concha corrió a su encuentro.

—¿Qué ha pasado? —Diego callaba—. ¿Dónde estabas? —siguió preguntando Concha—. Ya no sabía qué hacer. Estaba preocupada porque no llegabas.

—He... he estado tomando unas cervezas con... con unos amigos...

—¿Tomando cervezas en lugar de venir a casa a contarme cómo te había ido?

—Es que... —Su lengua pastosa le impedía expresarse con claridad—, no quería contártelo.

—Diego, mírame. ¿Qué ha pasado?... Oh, no... ¡No, no, no! —gritó tapándose el rostro—. ¿No te han dado el trabajo, verdad? ¡Es eso! ¡No te lo han dado!

—Era una mierda... ¡El trabajo era una mierda!

—¿Qué quieres decir? —Concha se desesperaba con cada nueva palabra.

—Lo que ofrecían de sueldo era penoso, una miseria, ganaba menos de la mitad que en la fábrica de Moncada. ¡Imagínate! ¿Crees que se puede vivir con... eso? —A Diego le estaba costando expresarse debido a los efectos de la cerveza.

—¡Como no se puede vivir es sin nada!

—Si tu padre nos hubiera aclarado antes en qué consistía el ofrecimiento, cuáles... cuáles eran las condiciones del contrato, no habríamos venido. Esto no es más que un paso atrás. ¡Otro!

—¡No tienes derecho a decir eso! Mi padre lo ha hecho con su mejor intención.

—De las intenciones no se come.

Ninguno de los dos supo digerir el terrible sentimiento de frustración y la impotencia de no poder hacer nada para remediarlo. Concha se dejó caer en un sillón sin fuerzas ni para hablar.

Un manto sombrío se cernió sobre el nuevo fracaso.

* * *

—¿Cómo se os ha ocurrido volver? —Anita intentaba entender y animar a su amiga—. Concha, teníamos que haber hablado antes y yo te habría quitado esa idea de la cabeza. Claro que quién iba

a pensar que lo del trabajo de Diego fuera un fiasco. Pero vamos, que de entrada era extraño que la oferta estuviera a la altura, tal y como marchan por aquí las cosas. Y, por poco que ganara en Cataluña, siempre sería más de lo que le puedan ofrecer aquí.

—¿Y qué querías que hiciéramos? Tampoco aquello es lo que me habían dicho. Después de las riadas no levantamos cabeza. Hemos ido a peor, algo que parecía imposible porque cuando ya has descendido a los infiernos no crees que por debajo pueda haber nada peor. Pero lo había y no hemos podido resistirlo. No era el paraíso, Anita. Cataluña no era el paraíso.

—Habéis tenido mala suerte, nada más. Esas riadas nunca habían ocurrido antes. Pero aquí en el pueblo todos lo estamos pasando muy mal, apenas hay trabajo. Estaba contenta pensando que al menos vosotros teníais algo mejor.

—Pues ya ves que no. Si hubieras visto el piso en el que vivíamos... mira, mejor prefiero no recordarlo. Aquí tenemos un techo asegurado.

—Un techo que no os alimenta —Anita fue tajante—. ¿Qué va a hacer aquí Diego...?

* * *

Diego... En Osuna no hacía otra cosa que ver pasar las horas muertas durante meses sin que sucediera nada. La realidad era que allí no había trabajo ni futuro. Allí no había esperanza. No había nada. Pero eso ya lo sabían. Era un hecho que tenían que aceptar.

—Siento como si la vida se empeñara en acorralarnos en un círculo del que no podemos escapar. Diego, la vida no avanza para nosotros, ni aquí ni en ningún sitio. ¿Qué nos está pasando?

—Yo qué sé... ¿Cómo voy a saberlo? Lo único que tengo claro es que aquí está nuestro lugar. Lo dijo tu padre y yo también lo creo.

—¿Tú lo crees? —Concha intentaba mantenerse por encima de la desesperanza que rondaba a su marido—. Aquí es donde precisamente no está nuestro lugar. Lo ha sido hasta que hemos tenido que buscarnos el jornal. Pero eso ya ha cambiado y no hay vuelta atrás. Aquí no hay nada para nosotros. A lo mejor puedes recuperar tu trabajo en la Bosuga. Todavía estamos a tiempo de volver antes de que nazca nuestro niño.

* * *

—¿Qué! ¿Qué es eso de que os vais de nuevo a Barcelona? —Los padres de Concha estaban siendo muy duros con la pareja, sobre todo Miguel—: ¿Cómo podéis estar pensando en regresar a Cataluña si allí es donde habéis perdido lo poco que teníais?

Antonia tampoco concebía la partida. Estando embarazada su hija se hizo ilusiones de que iba a poder ayudarle y que tendría a su hija y a su nuevo nieto, o nieta, cerca.

—Poco era lo que teníamos, sí, pero aquí en Osuna lo único que nos espera es la nada —respondió Concha con lágrimas en los ojos—. ¿Qué futuro puede tener nuestro hijo aquí, en el pueblo...?.

Miguel, enfadado, abandonó la habitación mientras su mujer tomaba la mano de Concha y la apretaba con cariño pero a la vez con furia.

Desde aquella aciaga noche del 25 de septiembre, la vida les estaba tratando mal y ni siquiera les consolaba saber que había miles de mujeres y hombres en toda España que se encontraban en su misma situación, luchando contra la adversidad de la pobreza, intentando abrirse camino ante lo imposible a mil kilómetros de distancia de su lugar de origen.

Iba a ser cierto que en la vida «se retrocede con seguridad pero se avanza a tientas...». Y ellos avanzaron por segunda vez hacia lo que un día fue un sueño llamado Cataluña. Pensar en aquel sueño era lo único que ahora les quedaba. No podían desaprovecharlo.

*se avanza a tientas / vacilante
no importan la distancia ni el horario
ni que el futuro sea una vislumbre
o una pasión deshabitada
a tientas hasta que una noche
se queda uno sin cómplices ni tacto
y a ciegas otra vez y para siempre
se introduce en un túnel o destino
que no se sabe dónde acaba.*

MARIO BENEDETTI,
«A TIENTAS».

CAPÍTULO 19

LAS HORAS DEL CORAZÓN

*Tuvo mi corazón, encrucijada
de cien caminos, todos pasajeros,
un gentío sin cita ni posada,
como en andén ruidoso de viajeros.*

ANTONIO MACHADO,
«SONETOS»

Barcelona, estación de Francia, finales de octubre de 1962. 23.00 h.

La estación de Francia era un avispero de gente serpenteando entre innumerables filas de trenes. Las tripas aún calientes del Sevillano descansaban en una vía de llegada después de un día y medio de viaje. El incesante ir y venir de modestas maletas atadas con rudas cuerdas se cruzaban en los andenes con las ilusiones de quienes confiaban encontrar una nueva vida en la próspera Ciudad Condal. Concha y Diego las tenían mermadas; las habían ido perdiendo en el camino. Qué duro había resultado tener que despedirse otra vez de los suyos, asumiendo ahora una doble sensación de fracaso. Pero era necesario mirar sólo hacia delante.

Sólo hacia delante... aunque fuera para adentrarse «en un túnel o destino que no se sabe dónde acaba». Manuel, que llevaba un mes escaso viviendo en Barcelona, fue a esperarlos a la estación. Los llamó a gritos entre el gentío desde el otro extremo del andén.

Concha lo abrazó emocionada.

—Otra vez aquí, hermana. Ya veréis como ahora os irá mejor. —Manuel no dejaba de abrazarla —. En lo poco que llevo en Barcelona he podido darme cuenta de que esto no es fácil, pero hay muchas oportunidades. Saldremos adelante, ¿a que sí, Diego? —le dijo con complicidad a su cuñado antes de ayudarles con las maletas.

—¿Has visto lo que ha quedado tras las riadas? —le preguntó Concha.

—No.

—¿No has ido a visitar aquella zona?

—No he querido. Para qué... Además, dicen que las comunicaciones son imposibles, el transporte, las carreteras, dificultan el acceso a las zonas afectadas. Tuvisteis suerte de poder salir de allí. Ahora debéis olvidarlo.

—Tienes razón, es lo mejor —concluyó Diego.

—¿Eh, hermana! ¿Me has oído? Tienes que olvidarte de todo aquello.

—Está bien —contestó ella.

Había que olvidar para seguir adelante.

Llegaron en un día lluvioso. Las calles, llenas de enormes charcos de agua que convertían en balsas algunos rincones, resonaban con espectral reverberación al darles de nuevo la bienvenida. Seguramente Barcelona y su extensa metrópoli siguieran siendo las mismas; nada en ellas había cambiado. Sin embargo, para Concha y Diego, condenados a ser emigrantes, todo era distinto. El ambiente... las aceras... los portales... La gente.... Incluso la lluvia caía de manera diferente. Concha había desarrollado una fobia a las tormentas, que venía a sumarse a la del agua.

Allí estaban, de nuevo en la inmensa Barcelona, para que sus vidas avanzaran. Esta vez su destino era La Florida, una pedanía en el campo perteneciente al municipio de la industrial ciudad de Sabadell. Un piso bajo sin terminar y con escasos muebles.

La casera les estaba enseñando el inmueble. Bueno... lo del inmueble era mucho decir.

—¿Dónde está el baño? —preguntó Concha.

—Baño, baño, como imagino que lo piensa...

—A ver, un baño es un baño, no hace falta imaginar mucho —le cortó Diego, recelando de la casera.

—Un baño, como tal, así digamos un baño, no existe.

Concha y su marido se miraron incrédulos.

—¿Y entonces...? ¿Cómo puede alquilar una casa sin baño?

—Míren, asómense... —La mujer les indicaba el dormitorio, en el que había en una esquina un váter y al lado un pequeño lavabo.

—¿Eso es todo? ¿No hay más? —preguntó Concha, sabiendo de antemano la respuesta, y temiéndola.

—Como ven, este edificio se está terminando de construir —se justificó la casera.

Los muros por fuera permanecían a medio acabar pero con un aire de llevar así tanto tiempo que ese aspecto se había convertido en su natural forma de ser. Las ventanas no terminaban de encajar bien. Por único mobiliario dispondrían de un sofá-cama, dos sillas y una mesita baja en la que tenían que comer, pues no había otra. El matrimonio se retiró en un aparte para discutir si aquello era humano.

Pero la respuesta de Diego fue clara y contundente, tal vez en exceso:

—Humano o inhumano, es lo único que podemos pagar por ahora.

Y tuvieron que aceptar.

Concha salió corriendo a la calle para vomitar.

—Tienes que ir al médico para que te trate estos vómitos —le aconsejó Diego, le parecían excesivos y la estaban debilitando. Aunque lo cierto era que durante la breve estancia en Osuna apenas si había tenido.

—No es nada, cosas propias del embarazo.

No lo dijo, pero Concha pensó que mucho peor que su estado de salud era el estado de la vivienda que acababan de alquilar.

* * *

Diego regresó a la fábrica la Bosuga, en Moncada. Habló con el jefe, pero pasó lo inevitable: su puesto de encargado de almacén se lo habían dado a otro, y aún tuvo que dar las gracias de que lo readmitieran de nuevo como simple peón.

Volvió a estar en igualdad de condiciones con el primo Juanito, que fue a recibirlo cuando salió

de su entrevista con el jefe: en la categoría laboral más rassa, a pesar de que Diego llevaba mucho tiempo dejándose la piel en esa nave industrial.

Para animarlo, Juanito bromeó con su inminente paternidad:

—¡Venga, que vas a tener a un tiarrón con el que jugar al fútbol, ya verás...!

—No sé... Aunque he de confesarte algo... Tengo preparado nada menos que un balón de reglamento, me ha costado caro, pero ese hijo lo merece, se lo regalaré en cuanto asome la nariz en este mundo, para que lo tenga clarito desde el principio.

—¡Sí, señor, así se habla, primo! ¡No hay que acobardarse!

—Este va a saber bien lo que es darle de verdad a un balón —concluyó el futuro padre orgulloso.

* * *

Concha hizo caso y acudió al médico. Andaba muerta de cansancio.

—Además del embarazo, a usted le pesa lo que ha vivido, vaya desastre lo de las riadas —afirmó el doctor—. Hay todavía mucha gente bajo el impacto de la tragedia, que no consigue recuperarse. Aún es pronto. Tiene que descansar y tomar esto que le prescribo.

Le extendió la receta y la emplazó a una nueva visita para dentro de tres meses.

Compró el medicamento lo guardó en un cajón. Nunca fue muy dada a tomar medicinas, tenía que estar poco menos que muriéndose, solía afirmar rotunda cada vez que le prescribían alguna. Además, siempre había oído decir que al feto hasta el medicamento más inocuo podía afectarle negativamente. No se iba a hundir el mundo por aguantar unos vómitos durante un tiempo determinado, por más incómodos que resultaran. El médico había dicho que el embarazo marchaba bien. Eso era lo importante.

En aquel tiempo empezó a coser para ingresar algún dinero; con lo que ganaba Diego salían adelante con demasiadas dificultades. Entre costuras hasta el amanecer y humedades que le calababan los huesos pasó los meses que le quedaban de embarazo.

Ambos acababan los días metiéndose en la cama como si no pasara nada, sin querer preocupar al otro, tragándose cada uno en silencio la pena de saber que aquello no era vida.

* * *

Sabadell (Barcelona), hospital Santa Fe, 5 de junio de 1963

Qué lejos de todo...

Qué sola de todos...

Sintiéndose más sola que nunca y presa del miedo natural de un primer parto, Concha estuvo horas dilatando, desde por la mañana hasta que a las siete de la tarde por fin parió con gran esfuerzo. Sola.

Ansiaba llegar a la habitación para sentir a su bebé sobre su pecho y poder ver a Diego. Pero la idea que se había formado en su cabeza de cómo sería ese primer instante, único y distinto a todo, se desvaneció al entrar su marido como un huracán con el balón de reglamento comprado con toda su ilusión para ese día, convencido de que iba a ser niño. Sin embargo, ni siquiera se acercó; al ver el bulto rosa de la cuna se le cayó el balón al suelo y, en el mismo umbral de la puerta, dio media vuelta y se marchó sin pronunciar palabra. Concha abrazó a su pequeña como si tuvieran

que sobrevivir a otro cataclismo sin ayuda de nadie. Y soñó que Aurora y su hija, Rosita, estaban vivas para darle la bienvenida a Paz y también para hacerles compañía.

* * *

En una de aquellas primeras noches de la pequeña Paz ya en casa, arrancó a llorar con la desesperación del recién llegado a este mundo. Hacía poco que Concha le había dado de mamar, así que era imposible que tuviera hambre, a pesar de que ya se había destapado como una glotona.

La madre intentaba dormir, exhausta de despertarse constantemente y aún convaleciente del largo parto. Diego se levantó, estuvo mirando a la niña antes de cogerla en brazos, como si estudiara la mejor manera de hacerlo. Por increíble que pudiera parecer, todavía no lo había hecho. Era la primera vez que iba a sentir entre sus brazos a su hija.

Se la acercó a la cara para olerla y hablarle:

—Shhh... no llores más. Aquí estamos, tu madre y yo. Aquí estaremos siempre... No llores... Qué bonita eres, mi niña...

Paz se fue calmando hasta quedarse dormida de nuevo. Y, sobre todo, tranquila... buscando los sueños que no están al alcance de un recién nacido.

* * *

La niña pareció traerles el valor necesario para salir adelante. Cambiar la pobreza por un presente amargo no era lo que habían soñado para ellos; mucho menos para sus hijos.

La vuelta del hospital, aun siendo dura, no lo era mucho más que todo lo que habían vivido y lo que temían que les quedaba por vivir. En aquel bajo a medio construir, enfangado de humedad y de tristeza adherida a las paredes en las que escaseaba el cemento, no se daban las mejores condiciones para criar a una recién nacida.

El silencio se impuso en los primeros días.

Cuando por fin hablaron, una noche antes de apagar la luz, se dijeron lo mismo: «Volvamos al pueblo». Pensaron que por pocas oportunidades que encontraran en su tierra no podían ser menos de lo que habían conseguido en Cataluña a pesar de los denodados esfuerzos.

Ahora, habiendo tenido Diego que empezar desde abajo en la fábrica, como si no hubieran existido los años anteriores de esfuerzo, sudor y entrega, ni tampoco la tragedia imborrable de las riadas, se alejaba de ellos la esperanza de un futuro más próspero que en el pueblo. Y la vivienda paupérrima que habitaban tampoco invitaba al optimismo. Así que con los sentimientos de desengaño y desilusión grabados en la piel decidieron poner fin a la difícil aventura catalana.

—Y ya con la decisión tomada mejor será que durmamos —dijo Diego, antes de apagar la luz y dar media vuelta en la cama.

Concha se lo explicó, hablándole bajito y al oído, al bebé. Y como era imposible que la entendiera, sólo cabía pensar que se lo estaba explicando a sí misma. Porque ninguno de los dos, ni ella ni Diego, concebían que se pudiera naufragar tantas veces en tan poco tiempo.

*Hora de mi corazón:
la hora de una esperanza
y una desesperación.*

ANTONIO MACHADO,
«PROVERBIOS Y CANTARES».

De madrugada, Concha se levantó para amamantar a Paz. Mirándola embelesada agarrada a su pecho y mamando dormida, su instinto de lucha se rebeló y le llevó a plantearse qué futuro iban a ofrecerle a esa vida recién creada por ellos. Tenían esa enorme responsabilidad que asumir. Y ella se dio la respuesta por la mañana desayunando con su marido:

—Nos quedamos. De aquí no se va nadie. Seguiremos luchando por nuestra hija. Me da igual lo que digas. Ella merece nuestro sacrificio.

Diego, que se quedó petrificado, no dijo nada. Lanzó la servilleta de malas maneras sobre la mesa y se marchó dando un portazo.

Concha fue a la habitación a seguir contemplando a la pequeña Paz mientras dormía en la cuna ajena a lo que sus padres hacían por ella, sin todavía poder soñar.

CAPÍTULO 20

¿POR FIN LA LUZ?

*Lo único que sabemos
es lo que nos sorprende:
que todo pasa, como
si no hubiera pasado.*

SILVINA OCAMPO,
«ÚNICA SABIDURÍA».

Hospitalet de Llobregat (periferia de Barcelona), otoño de 1963

La humedad y las penosas condiciones de la infravivienda que habitaban en La Florida, no sólo se hicieron insoportables, sino que pusieron en riesgo la vida de la familia. La aparición de unas profundas grietas de un día para otro obligó a la casera a llamar a un aparejador para que las examinara. El diagnóstico fue contundente: la obra no se estaba ejecutando bien y existía riesgo de derrumbe. Era lo que les faltaba.

—Esto es una locura. ¿Adónde vamos a ir? —se lamentaba Concha, acunando en brazos a la pequeña Paz.

Manuel fue a visitarlos y a intentar ayudar en lo que pudiera. Visto el estado de la vivienda no quiso que su hermana y su familia pasaran ni un día más bajo aquel techo inseguro. Tuvo la idea de que, aunque fuera provisionalmente, se trasladaran a casa de su hermana Carmen hasta que pudieran encontrar algo mejor y asequible a su economía.

—Ah, no, no. Por ahí no paso, hermano.

La mera idea de vivir con su hermana espeluznaba a Concha. Pero Manuel fue más sensato.

—Lo sé, Concha. Yo tampoco la aguanto. Pero no podéis seguir en ese antro, y menos con una niña tan pequeña. Os ofrecería encantado mi casa, pero ya sabes lo que es, un escueto apartamento con una sola estancia y un baño ridículo. Eso tampoco es apropiado. El piso de Carmen, aunque es pequeño, reúne mejores condiciones, tiene una habitación en la que podríais instalaros. Creo que no os queda más remedio.

Era un mal trago. Pero un mal trago irremediable. Su hermano acertó al considerarlo así.

—¿Y dónde vive nuestra hermana?

—En una localidad de la periferia de la capital, Hospitalet de Llobregat. Forma parte de lo que se llama el Cinturón Rojo, densamente poblado por emigrantes que hemos multiplicado la población.

—¿El Cinturón Rojo?

—Sí, es el más importante núcleo industrial de Cataluña. Tarrasa, Sabadell, Cornellá, Santa Coloma de Gramanet... también forman parte de ese cinturón. Sobre todo viven obreros venidos de fuera, mano de obra barata y muy trabajadora que está levantando Cataluña, hermanita. Aquí hay un gran futuro, no tengo ninguna duda.

Tuvieron que tragarse la impotencia y el orgullo al contemplar la cara inocente de su hija mientras se acomodaban en una diminuta habitación donde no cabían los tres, sólo la cama, sobre la que tenían que saltar para poder moverse.

La llegada a casa de Carmen y de su marido (su hermana se había casado y, al igual que había hecho ella, no se lo había comunicado con antelación) estuvo cargada de tensión. Exceptuando las riadas, no hubo nada peor para Concha en sus inicios en Cataluña que tener que vivir con su hermana. Aunque... peor... mucho peor, habría sido quedarse en La Florida, y Carmen, a pesar de la mala relación con Concha, tuvo ese gesto, posiblemente más por su sobrina que por su propia hermana, y desde luego obligada por su hermano Manuel, que la amenazó con contarles a sus padres que había sido capaz de abandonar a su suerte a su hermana y a su sobrina.

Por una razón o por otra, allí estaban todos metidos casi a presión en un piso exiguo en el que las hermanas cosían de día, de noche y hasta de madrugada.

Durante días que se alargaban como la eternidad, pero también de noche y sin apenas espacio para extender los vestidos, Concha confeccionaba preciosos y delicados trajes de novia cuajados de los adornos más variados: perlas de distintos tamaños, tiras de encaje, vistosos cristallitos de bisutería, cenefas con flores blancas...

Tuvo un encargo que se salía de lo normal. Por lo general, cosía vestidos nupciales muy vistosos pero que no dejaban de ser modestos. Sin embargo, una familia adinerada que había oído hablar del buen hacer de Concha le confió el traje para la boda de su única hija. La madre y la hija acordaron con ella que sería excepcional, lleno de pedrería y muchas perlas, por las que la novia sentía verdadera devoción.

Concha tuvo que ir al centro de Barcelona a buscarlas. En ningún otro sitio como en El Corte Inglés las tendrían mejores. ¡Ni tampoco más caras! Qué barbaridad, pensó Concha al verlas.

—Sí, me las llevo —acabó diciéndole a la dependienta después de varios segundos de debatirse entre el sí y el no. La clienta le pagaría bien el trabajo.

Salió del centro comercial como si llevara un tesoro entre las manos. Un tesoro que la inspiró a la hora de diseñar el vestido.

El día que iba a empezar a coserlas se encontró con una sorpresa.

—Estaban en esta caja, las puse yo misma hace dos días. —Concha llevaba un buen rato buscándolas. Carmen seguía cosiendo sin levantar la vista de la tela—. ¿No las has visto? Carmen... di algo, has tenido que ver las perlas.

—¿Y por qué deduces que yo las he visto? —No levantaba la mirada.

—Muy fácil, porque por la mañana las dejé encima de la tapa de esta caja, por la tarde las metí dentro y guardé la caja en el cajón de siempre, el de la costura, y ahora han desaparecido.

—¡Uuuyyy! —Carmen lo pronunció muy pausadamente y como si fuera un bufido más que una interjección; en cualquier caso sonaba a burla—. Desaparecido es una palabra muy fuerte. Estarán en otro sitio y no te acuerdas.

—No, hermana. No están en ningún otro sitio. Sé perfectamente que las metí en esta caja. Fui a comprarlas expresamente al centro de Barcelona y me costaron muy caras. Son para un vestido de novia que tengo que coser esta semana.

—Sigue buscándolas, habrás creído que las pusiste en esa caja pero tal vez las guardaste en

otro sitio. —Era tan hiriente su aire de agresiva indolencia como el hecho de que no levantara la cabeza mientras Concha le hablaba.

—Unas perlas no desaparecen así como así... salvo que alguien las coja.

Entonces Carmen sí dejó la costura, elevó la mirada y se quitó las gafas de ver de cerca. Suspiró con los labios apretados y se dibujó en su rostro la expresión que la predisponía para un momento de furia descontrolada que tanto atemorizaba a su hermana de pequeña.

—¿Estás acusándome de haberlas robado?

—Yo sólo estoy diciendo que ayer guardé las perlas aquí. —Las manos empezaban a temblarle al sostener la caja. Concha odiaba discutir— y que hoy no están. Y nadie más las utiliza.

En ese momento Carmen dejó sobre una mesilla tela, agujas, gafas, para incorporarse hecha una fiera gritando que ella no era una ladrona e insultando a su hermana.

—¡Estás loca!

—¡Tú sí que eres una puñetera loca! —Carmen estaba fuera de sí—. ¡Seguro que te quedaste tonta de la cabeza después de las riadas! ¡Y siempre con lo mismo, las putas riadas! Ya no distingues la realidad. ¡Yo no he robado nada!

Concha soltó la caja, que cayó al suelo desparramándose su contenido, y comenzó también ella a gritar a Carmen que la dejara en paz, pero su hermana no estaba dispuesta a parar.

—¡Siempre te has creído una niñita mona! ¡No tenías coraje para dejar el pueblo! ¡Mírate, eres una fracasada que ni siquiera tiene casa propia!

—¡Si te molesto me marcharé, no te preocupes! —Concha se colocó al borde del abismo en el que los nervios se desatan en una crisis, hablaba entre hipo y lágrimas—. ¿Por qué eres tan cruel?

—¡A mí nadie me llama ladrona! ¡A ver si así te queda claro!

Carmen se abalanzó sobre ella, la cogió del pelo y le dio un fuerte tirón mientras Concha gritaba de dolor. «¡Eres una salvaje!», le dijo. Acto seguido le dio una patada a la caja que estaba tirada en el suelo, testigo mudo de la vileza de la que son capaces los lazos de sangre.

* * *

Un día Manuel recogió a Concha para llevarla a que conociera a su novia, Lola, y a su madre, Dolores, viuda.

—¿Que te has echado novia? ¿Cómo es que no me lo has dicho!

—Te lo estoy diciendo ahora.

—Estas cosas se avisan antes. ¿Quién es? ¿Cómo se llama? Cuéntame, ¿cómo es?

—Ja, ja, para, para. Mejor es que la conozcas.

Lo hicieron a espaldas de Carmen para evitar la bronca correspondiente si llegaba a enterarse de que Manuel no tenía ganas de presentársela a ella. Además, Concha le dijo que si invitaba a su hermana ella no iría.

Llegaron a la calle Talleres, una bocacalle de las Ramblas. La gente que deambulaba por la zona no lucía precisamente aspecto de ser de buena calaña. A Concha le hizo recordar su primera noche nada más llegar a Barcelona, cuando se adentraron en el barrio chino, nido de hampones y prostitutas.

Lola y su madre vivían en una pensión de mala muerte. Delante del portal, antes de entrar, Concha miró a su hermano con estupefacción pero no se atrevió a decir nada. Subieron cinco pisos a pie, por supuesto no había ascensor y las escaleras eran estrechas y destartaladas. Todo estaba muy sucio. Intentó ser lo más amable que pudo al besar a Lola mientras observaba cómo su

madre, vestida con un batín que dejaba entrever la combinación, cocinaba una sopa en una lata puesta sobre el fuego.

—Esto es lo que hay —comentó Dolores, una expresión que no decía nada pero que, al mismo tiempo, resumía muchas cosas. La cuchara de madera daba vueltas dentro de la lata.

—Claro... —Concha no sabía qué responder.

—Bueno, para celebrar que os habéis conocido, ¡mirad lo que traigo! Un buen vino con el que vamos a brindar ahora mismo. Concha, esto que ves es circunstancial —Manuel se dirigió a su hermana cuando vio cómo se le había demudado la expresión al presenciar el sucio desastre en el que vivían su novia y la que posiblemente acabara convirtiéndose en su suegra—. Es una mala racha que pasará más pronto de lo que todos pensamos. ¡Brindemos también por ello!

Chocaron en el aire unos vasos de latón.

Desde luego no era lo que hubiera imaginado, ni deseado, para su hermano. Por eso resultaba tan raro que él hablara de su Lola como quien se refiere a una princesa exótica o a una zarina. Pero en eso Concha nada podía hacer, más que pensar que estaban en un mundo de locos. Un mundo del que ella y Diego ahora también formaban parte.

Pasó rápido la tarde y, al marcharse, Concha se sorprendió pensando que, a pesar de todo, allí, en esa habitación cochambrosa, había acabado sintiéndose más a gusto que en casa de su hermana.

Habían partido de cero dos veces. En esta última se jugaban todo y les estaba costando salir adelante. Hasta que la casualidad hizo que Diego se encontrara, caminando por la calle, con un antiguo amigo de sus tiempos de Tánger, entonces presidente de un club de fútbol, que le ofreció trabajar en el Banco de Vizcaya.

La mañana en la que se presentó a las pruebas le temblaban las piernas de la emoción y el miedo. Entró en una sala inmensa e impersonal en la que había unos sesenta hombres que aspiraban a tres plazas de ordenanza. Diego se desanimó momentáneamente. ¿Cómo iba a conseguir el puesto un hombre sin estudios y, además emigrante? Pero su examen podría causar buena impresión en los evaluadores ya que Diego tenía una caligrafía perfecta, bonita y de contornos suaves y firmes al mismo tiempo. Era sorprendente. Además, los números siempre se le dieron de maravilla y ya tenía experiencia de los tiempos en los que trabajó en un banco en el protectorado francés. Así que, aunque llegó a casa agotado por el esfuerzo y con pocas expectativas de triunfo, a los tres días le comunicaron que había sido seleccionado. «¡El puesto es mío!», le gritó a su esposa pletórico de emoción.

Aquella noche salieron a cenar, llevándose al bebé con ellos. En un bar del barrio pidieron unos perritos calientes y cerveza. «Aquí les llaman Frankfurts», le explicó Diego. Una gran celebración de lo que estaba por venir.

CAPÍTULO 21

PERLAS APARTE

*El barrio está habitado por gentes de trato fácil, una
ensalada picante de varias regiones del país,
especialmente del sur.*

JUAN MARSÉ,
Últimas tardes con Teresa.

—Es lo mejor que nos ha pasado en mucho tiempo —le comentó Concha contenta por la noche—. Ojalá podamos irnos de aquí pronto.

—Mírame, Concha. ¿Estás sufriendo, verdad? ¿Sigues sin querer contarme qué pasó el otro día? Desde entonces, tu hermana y tú no os habláis.

—Nada. No pasó nada. Lo de siempre. Ya sabes que no nos llevamos bien.

—No te creo. Pero, vale, lo dejamos ahí si no quieres hablar.

—Sólo te suplico que hagas todo lo posible para que nos vayamos de esta casa. Yo estoy cosiendo muchísimo, todo lo que puedo y me deja nuestra pequeña, para que juntemos entre los dos.

—No te olvides nunca de que es mi responsabilidad porque el hombre de la casa soy yo.

—El hombre... ¿de qué casa...?

Fue necesario que transcurrieran meses, pero el día, tan anhelado que podría acabar pareciendo irreal ahora que se alcanzaba, llegó deslizándose sigiloso en sus vidas. En otro trance distinto Diego habría entrado en casa dando saltos y proclamando a voz en grito que iban a tener una casa más conveniente, sólo para ellos. Sin embargo, bajo el techo de la familia de Carmen y con lo que fuera que hubiera pasado entre las hermanas, le pareció más adecuado irrumpir sin apenas hacer ruido y dirigirse a la habitación, donde su esposa cambiaba los pañales a Paz. La tomó de la cintura por detrás.

—¿Qué haces? ¿Estás tonto? ¿No ves que tengo las manos ocupadas con la niña?

Diego la apretó contra su pecho, ella de espaldas sin dejar de atender al bebé, y le susurró al oído:

—Ya la tenemos... Es nuestra. Una casa para nosotros solos, sshhhh.

Tuvo que taponarle la boca a Concha y ahogar su grito de alegría para que Carmen y su marido no se enteraran.

Por mediación del banco habían conseguido la primera vivienda en condiciones desde que abrazaron el sueño catalán. Cincuenta metros cuadrados en la barriada del Buen Pastor.

—¿Y eso dónde está? —preguntó emocionada Concha.

—En la capital. Está en la capital.

* * *

Concha estaba probándose un vestido que había confeccionado para ella. Siempre ocupándose de los demás, de su marido y de su hija, siempre cosiendo a destajo para tener algunos ingresos extra, y por una vez hizo algo pensando sólo en ella.

—Aunque la mona se vista de seda... —soltó con mucha mala leche su hermana al verla.

—No te preocupes, hermanita. Te recuerdo que en cuestión de días nos marcharemos al piso nuevo, a *nuestro* piso, y te dejaremos tranquila. —Iban a dejarla, seguro, pero lo de tranquila... Eso ya era dudoso, porque difícilmente Carmen podía encontrar paz y respiro para estar tranquila en ningún lugar del mundo—. Tendremos un piso para nosotros solos y en Barcelona, no en la periferia. —Concha había visto el momento de restregarle la diferencia entre ambas—. Y todo gracias a que a mi marido le ha salido un buen trabajo y no tiene que seguir en la fábrica, como el tuyo.

—Mira que eres imbécil —atacó Carmen.

—Ahórrate los insultos. Ya no me afectan.

—No te preocupes, hermanita. Ya llegará lo que te corte esa risa de idiota. Ya te llegará —sentenció Carmen con rabia.

El día en el que se marchaban, las hermanas apenas se despidieron y Carmen se fue a hacer la compra. Su marido, del que ya se habían despedido de forma más cariñosa la noche antes, estaba trabajando. Así que cuando salían no había nadie en casa. Ya en la puerta, Concha le pidió a Diego:

—Aguarda un momento, quédate aquí con la niña, ahora vuelvo.

Fue al dormitorio de su hermana y empezó a revolver cajones, hasta que en uno de la mesilla de noche del lado en el que dormía Carmen encontró una cajita que le hizo sospechar. La abrió y allí estaban... las perlas desaparecidas que ella había comprado para la confección de aquel vestido de novia.

Se guardó la caja y extrajo otra que llevaba guardada en el bolso. La abrió, estaba repleta de perlas baratas, de pésima calidad, que estampó con fuerza contra el suelo. Rodaron desparramadas en todas direcciones. Después lanzó la caja sobre la cama.

—¿Qué ha sido ese ruido? ¿Qué ha pasado? —preguntó Diego cuando Concha volvió dispuesta a salir.

—¿Ruido...? Yo no he oído nada. Habrán sido los vecinos. Estas paredes son de papel. Ahora ya podemos marcharnos.

* * *

El Buen Pastor estaba en la capital pero no en el centro. Era un barrio obrero y humilde del extrarradio de Barcelona, aunque pertenecía a la capital. Lo separaba de Santa Coloma de Gramanet un puente tosco de madera sobre el río Besós, con unas cuerdas laterales que hacían las veces de pasamanos y un suelo de tablillas tan separadas que el agua se veía sin dificultad. Un puente peligroso que cada dos por tres se venía abajo.

Todo resultaba nuevo para Concha y Diego, en una barriada en la que los niños jugaban en la calle, las mujeres caminaban cargadas de bolsas con la compra, la ropa se tendía a la vista de los vecinos... De las ventanas abiertas escapaban olores a guiso y a sofritos de ajo y tomate.

A dos calles de su casa había un mercado grande, lleno de innumerables puestos de fruta, carne, casquería, pescadería, colmado... Muchos de los que atendían hablaban catalán. Pronto Concha fue muy conocida en el barrio por su marcado acento andaluz, ¡aunque Diego le ganaba! Había muchos más andaluces, y también extremeños y murcianos, pero nadie con un deje tan marcado como el de ellos.

Por fin habían logrado lo que parecía haberse convertido en un sueño inalcanzable desde que llegaron a Cataluña por primera vez: una vivienda digna. Concha vio más fácil superar las dificultades que encontraban en el camino y se sintió dichosa junto a Diego, como cuando decidió fugarse con él.

La vivienda, que habían conseguido en régimen de alquiler, era muy modesta pero, después de los padecimientos que llevaban a sus espaldas, no le hubieran llevado la contraria a quien, en un trance de enajenación mental, se hubiese atrevido a compararla con un pequeño palacio, a pesar de tratarse de un bajo con barrotes en las ventanas, pequeño y con escasa luz. Formaba parte de un conjunto de cuatro bloques idénticos situados junto a un descampado en el que los niños jugaban, para desesperación de Concha, a la que no le gustaba ese espacio desangelado que entrañaba no pocos peligros.

Y luego estaba el asunto del río. Uno de esos obstáculos permanentes en su nueva vida catalana.

—¿Otra vez, Diego? ¿Estamos a muchos kilómetros de Moncada y de nuevo tenemos que vivir junto a un maldito río? Y este es más grande que el Ripoll. Este es el Besós, el causante de las riadas.

—A ver, Concha, es lo que he encontrado. No podemos pagar otra cosa que no sea esto.

—¡Pero tiene que ser junto a un río!

—Te prometo que en cuanto pueda nos cambiamos. Buscaremos otro piso, te doy mi palabra.

Concha agachó la cabeza.

—Es que está tan cerca que se huele. Me da miedo.

—Oye, ¿a ti qué te ocurre? ¿Acaso crees que todos los ríos en Barcelona se pasan el día desbordándose? —intentó bromear Diego.

Se metieron en casa y ella cerró la puerta con todos los pestillos, como si así el agua no pudiera entrar.

* * *

—¡Ha llegado carta de Marcial!

Concha entró en casa animada llamando a Diego.

—¿Marcial me ha escrito? —preguntó sorprendido y contento por la pequeña noticia que rompía la monótona grisura de sus vidas por aquel entonces. En efecto, le había escrito su gran y querido amigo Marcial, quien había compartido ilusiones, amistad, desengaños, en los muchos años de estancia en el protectorado español de Marruecos. Hacía mucho que no sabía de él.

Nada más empezar a leer se alegró de lo que le contaba: Marcial iba a casarse con una joven de otro pueblo, Lora del Río...

...Se llama Josefa, es muy buena chica y trabajadora. Estoy feliz, amigo. Aunque, si me guardas el secreto, te diré que, de vez en cuando, sigo pensando en ella, en Liz. No consigo olvidar su sonrisa en Tetuán, sentada en aquella silla observando el rodaje mientras nosotros la observábamos a ella...

Mientras ellos observaban, también, cómo la vida les marcaba una senda contraria a la que despuntaba en aquel Marruecos ocupado en el que habían atesorado experiencias, cargadas muchas de ellas de un exotismo que despertaba la curiosidad y hasta la admiración de los suyos cuando regresaban a sus respectivos pueblos de origen. Se sentían importantes, envidiados, únicos... ¿Y qué eran ahora?, pensó Diego al acabar de leer la afectuosa carta de Marcial. Él únicamente podía sentirse un luchador, un superviviente en un mar de adversidades encadenadas entre sí.

No. La realidad nada tiene que ver con el cine. Las vidas de Diego y de Marcial, años después de su paso por el protectorado, distaban de la película de ensueño a cuyo rodaje gozaron del privilegio de asistir en un tiempo que ahora parecía no haberles correspondido.

* * *

No acababan de acostumbrarse a la humedad pegajosa del ambiente mediterráneo que impregnaba el verano. Una tarde, la pequeña Paz, que todavía no había cumplido los dos años, dormía la siesta empapada en sudor, mucho más que otros días. Cuando Concha fue a cogerla para darle la merienda, la encontró floja y desmadejada, como si su cuerpo fuera un fardo. No le respondían los brazos y apenas si movía las piernas, algo muy extraño en un niño de su edad. La madre tuvo la sensación de que cogía un muñeco de trapo.

—¡Diego! ¡Diegoooo! ¡Algo le pasa a la niña!

Su marido, que por suerte ya estaba en casa ese día, cogió a Paz en sus brazos y salieron corriendo hacia un dispensario. Por el camino Concha creía que su propia vida se le escapaba a través de aquel cuerpo casi inerte que ella había parido. Intuyó el peligro acechando, y la muerte y mil circunstancias más, a cual peor y más negra.

Nada más ver a la criatura, el médico le puso una inyección y diagnosticó lo que llamaban tuberculina, una tuberculosis que no llegó a desarrollarse gracias a estar vacunada. En cuestión de horas Paz volvió a revivir. Unas horas infernales, a pesar de los ánimos tranquilizadores del médico, que intentaba convencerles de que pronto estaría bien, como así fue.

Por prescripción del doctor enviaron a la niña al pueblo con los abuelos, en busca de un clima que no fuera húmedo. La acompañó Concha y permaneció varios días en Osuna, muy pocos; tuvo que regresar pronto para atender a Diego.

El día de su vuelta a Barcelona, la pequeña se agarró a la falda de su madre con desconsuelo y mocos de la llorera a partes iguales. A ella se le partió el alma.

* * *

De Osuna y de sus abuelos, la pequeña Paz siempre recordaría los helados de cucurucho con trocitos de fruta escarchada que vendía por las calles un hombre montado en una bici, al que esperaba junto a su abuelo todas las tardes en la puerta de casa. También que a diario traían, en gigantescas lecheras de zinc, la leche recién ordeñada; olía fuerte, una mezcla de ácido y amargo.

Se quedó un año en el pueblo, atesorando los primeros recuerdos vívidos de la infancia, que, si bien no podían ser reales —era demasiado pequeña—, permanecieron en ella hasta que los fue viviendo conforme crecía. Aquellos mismos recuerdos...

El abuelo Miguel cantaba zarzuela con un vozarrón... Su voz sonaba a bóveda y ternura.

Sentaba a Paz en su regazo, recostado en una ventana baja que daba al interior. La vivienda de la calle Sosa era una casa típica andaluza, con un patio lleno de plantas de un verde intenso. El abuelo fumaba sin cesar; eso tampoco lo olvidaría su nieta.

La abuela Antonia era quien le hablaba a la niña de su madre, de lo mucho que la estaría echando de menos. Y le sugería que disfrutara del cielo que se veía en Osuna a la caída de la tarde; un cielo claro, límpido, estrellado... azul como ninguno... tan distinto al de la capital...

En Barcelona, Concha se asomó a la ventana y miró un cielo opaco y sin estrellas. Sostenía una foto de su pequeña, sobre la que cayó una leve lágrima. Diego llegó en ese momento y ella guardó corriendo la foto en un bolsillo del delantal disimulando su húmeda tristeza.

CAPÍTULO 22

«EXTRAÑAS YA LA VIDA»

*Como si equivocara el tiempo
su trama de los días,
¿vives acaso los de otro?,
extrañas ya la vida.*

LUIS CERNUDA,
«EL INTRUSO».

Osuna (Sevilla), finales de 1966

La abuela Antonia le contaba un cuento a su nieta Paz y esta le interrumpió para darle un abrazo.

—¿Y mamá...?

—Está en Barcelona. Pronto la verás. Tienes que saber que no te vas a quedar a vivir aquí para siempre, tus padres te quieren mucho y tendrán muchas ganas de verte. ¿Sabes qué...? Te prometo que mañana te llevaré a ver a tu abuelita Concepción.

El día siguiente era domingo. Antonia le puso a Paz un vestido nuevo precioso que le había hecho ella misma, «un vestido para ir de visita», y le guiñó un ojo, cariñosa, a la niña.

Concepción se alegró de ver a su nieta. Le dio unos caramelos y la llevó al patio para que jugara, bien abrigada, bajo el limonero. Arrancó un limón del árbol y se lo dio a oler; la carita de la niña se iluminó con una candorosa sonrisa.

—No imaginas el amor que tu padre le tenía a estos limones. Te voy a dar unos cuantos para que se los lleves a tu abuelo Miguel de mi parte. ¿Los cogemos juntas?

A la pequeña le pareció un juego divertido, fue tirando de los limones, arrancándolos del árbol y metiéndolos en una bolsa de tela que su abuela paterna acababa de regalarle para que se los llevara.

Se despidió de ella con un abrazo de limón y prometió volver a visitarla.

Al llegar a casa, la música sonaba en la radio a un volumen alto. Era el abuelo, que estaba escuchando zarzuela, como siempre. Paz le entregó afanosa su regalo.

—Muchas gracias, señorita. ¿Sabes qué es lo que está sonando? Es *La del manojo de rosas*.

Y comenzó a cantar. La niña se quedó embelesada escuchándolo mientras pegaba su naricilla a un limón para inspirar su intenso aroma.

* * *

Barcelona, finales de 1966

Una de las novedades que aportaba a sus vidas el nuevo piso del Buen Pastor era el teléfono. Un aparato de color gris sucio.

—¿Lola...? Ah, sí. Qué sorpresa que me llames.

—Tu hermano me ha dado el número. Te llamo porque me gustaría que nos viéramos, no sé..., para tomar un café, por ejemplo, o merendar. Lo que prefieras.

Concha no sabía qué decir, aunque no había muchas alternativas aparte de aceptar.

—Sí, claro.

—¡Qué bien! Pues entonces quedamos en una cafetería que hay justo al lado de El Corte Inglés de plaza de Cataluña.

Lo que Lola pretendía era ganarse la confianza de su cuñada. Se la veía una chica espabilada y se había dado cuenta de que en la primera y única visita a la casa que compartía con su madre no le había causado muy buena impresión. Apenas se habían visto en todo ese tiempo.

A Concha le sorprendió lo ruidosa que podía ser una cafetería.

—Créeme que tu hermano es el hombre de mi vida. Lo supe nada más verlo. —Concha creía, más bien, que lo supo nada más ver su cartera, antes que a él—. Es un buen hombre —siguió Lola—. Lo amaré hasta que me muera.

—Mujer, no seas tan dramática.

—¡Uy, por Dios, ya lo creo que será así! Tu hermano me ha salvado de tener la misma mala vida que ha tenido mi madre. Y prefiero no darte detalles.

Concha se quedó pensativa. No esperaba que su cuñada pudiera confesarle algo así; algo tan íntimo y delicado.

—¿Tú cómo verías que, en un suponer, eh, pensáramos en casarnos? —Lola adolecía de una falta de formación evidente y se afanaba en ocultar permanentemente una latente ordinariez difícil de combatir, aunque se empleaba a fondo en intentarlo.

—¡Casaros!

—Bueno, mujer, ni que hubiera hablado del diablo.

—Es que... es demasiado pronto para pensar en casarse, ¿no crees? —Concha recibió la noticia como un jarro de agua fría.

—Nunca es demasiado pronto para el amor...

¡No era posible que hubiera dicho semejante cursilada!, pensó Concha. Optó por meterse en la boca un gran trozo de tarta para evitar responder.

—Aunque no lo parezca, el tiempo pasa, Concha.

En el fondo, algo había en Lola que provocaba en ella una singular atracción. Tal vez fuera por sus ganas y su empuje para salir adelante, o un punto de modernidad sin depurar que sólo se podía tener si se había nacido en una capital cosmopolita como Barcelona. Puede que también se debiera a que echaba de menos a sus amigas de Osuna y no podía negar que Lola se esforzaba en ser amable con ella, prestándole una atención que hasta entonces no le había ofrecido ninguna otra mujer.

Al cabo de un rato de hilarantes ideas elaboradas por la fértil mente de Lola, Concha se despidió alegando andar esos días muy atareada con los preparativos para el viaje que iba a hacer al pueblo, tenía que recoger a su hija.

* * *

Osuna/Barcelona, principios de 1967

En la estación de Osuna, Concha corrió hacia la niña y la cogió en brazos. Paz se abrazó a ella y estrelló la cabecita sobre el pecho de su madre como si quisiera decirle que ya no se separarían nunca más.

Permaneció pocos días en Osuna. Concha no quiso contarle a su madre toda la verdad de cómo estaba siendo su vida en Barcelona, de las muchas dificultades por las que atravesaban, de la soledad... A pesar de que las cosas no marchaban tan mal como antes.

—Me alegro de que os vaya mejor. Ahora tu marido tiene un buen trabajo. Tu padre y yo nos estamos planteando ir a visitaros.

—Oh... —Así, de pronto, no le gustó nada la idea a Concha—. Tal vez... sería mejor esperar un poco. Más adelante, madre.

Antonia la miró extrañada y se limitó a lanzar una sonrisa en la que cabían todo tipo de interpretaciones. Besó a la niña y siguió cocinando.

Poco antes de iniciar el viaje de regreso, vio a Anita sólo un rato y no quiso ver a nadie más, ni hablar con nadie, ni tener que dar explicaciones. En definitiva, deseaba volver a casa. A Barcelona.

Su percepción al llegar a Barcelona fue distinta de la que tuvo en la lejanía, ya que nada más aparearse del tren volvió a echar de menos con desesperación el pueblo, la campiña, la Carrera... Ni de un sitio, ni de otro. Muchos emigrantes, cuando ya llevaban un tiempo fuera de sus lugares de origen, necesitaban inventar un lugar propio que habitar; un espacio que les perteneciera sólo a ellos y del que poder sentirse parte, porque ya no eran ni de aquí ni de allí.

Aquella planta baja con barrote en las ventanas, en un bloque de cinco plantas, no era desde luego nada parecido a un paraíso. Y para colmo estaba al lado del río Besós. La pesadilla de la que no podían librarse. Aquel río se había convertido en un atolladero del que no sabían cómo salir. Una aciaga sombra que les perseguía allá donde fueran.

* * *

Concha encontró a Lola físicamente muy distinta al día de la merienda en la cafetería de la plaza de Cataluña.

Esta vez se había arreglado de manera exagerada, al menos para el gusto de Concha: una falda muy ceñida, blanca, que remarcaba en exceso su prominente trasero; zapatos igualmente blancos y una blusa negra desabotonada hasta la evidencia de su también voluminoso pecho. Lola era rubia de bote y bajita.

A Manuel le estaban empezando a ir muy bien las cosas en su trabajo en una empresa dedicada a materiales de construcción. Había acabado los estudios de derecho y decidió probar fortuna en Cataluña, en un negocio floreciente cuyas claves estaba aprendiendo. Siempre fue el más listo de los hermanos.

El brillo de sus ojos y el dibujo de una sonrisa que sólo exhiben los triunfadores delataban su buen estado de ánimo.

Habían ido a verles para comunicarles una noticia.

—¡Nos casamos en dos meses! —anunció Manuel con alegría.

—¡Manuel quiere que seas la madrina! ¿Te hace ilusión? —preguntó Lola con voz cantarina.

—Una ilusión... enorme.

—¡Venga, Concha! —Manuel le dio un beso—. Cualquiera diría que no te alegras. ¡Cambia esa cara, mujer!

—¿Lo saben nuestros padres? —fue lo único que acertó a decir la hermana.

—Pues claro que lo saben. Ya están haciendo planes para la boda. Se han puesto muy contentos.

Conociendo a sus padres, sobre todo a Miguel, Concha pudo imaginar lo contentos que estarían con el hecho de que su hijo se casara con una mujer como Lola...

Tuvo ocasión de comprobarlo durante la ceremonia. La expresión seria de Antonia, la madre, y la cara de pocos amigos de Miguel, el padre, lo decían todo. Contrastaba con lo exultante que se veía a la madre de la novia, que reía nerviosa sin poder disimular su felicidad por llevar a su única hija al altar. La interpretación de la familia de Manuel era bien distinta: por haber, no casado, sino cazado a un tipo al que económicamente le iban bien las cosas y con visos claros de ir a más.

—Lola no está tan mal como le puede parecer. —Concha era sincera con su madre—. Cuando la tratas un poco te das cuenta de que no es una mala mujer.

—¿Que no lo es? No lo tengo yo tan claro.

—Es normal, apenas la conoce.

—Ni ganas tengo.

—No sea así. A Manuel le gusta. Es muy moderna, ¿no le parece?

—Sí, ¡demasiado moderna! —Antonia no daba su brazo a torcer.

—Sólo con ver lo feliz que hace a Manuel a mí ya me basta. Y para usted también debería ser suficiente. Eso es lo importante. Y ya lo ve, está enamoradoísimo.

No convencida de lo que contaba Concha, su hermana le dijo:

—No entiendo por qué has tenido que ser tú la madrina.

Sólo faltaba Carmen con sus habituales impertinencias. No se veían desde que abandonaron el piso de Hospitalet.

—¿Qué pasa, querías serlo tú? Me extrañaría. Aunque parece que venías dispuesta a ello, a juzgar por tu indumentaria... Bonitas perlas —le soltó Concha.

—¿Te gustan...? —El cinismo de Carmen era proporcional a su mala leche—. ¿A que son bonitas?

—¡Ladrona! —le susurró su hermana, pero no lo suficientemente bajo como para que su madre no lo oyera.

—¡Queréis callaros! Parecéis dos crías.

—Imposible que lo parezcamos, los niños no roban, ¡mi hermana sí! —replicó Concha enfadada—. ¿Tú creías que ibas a poder quedarte con las perlas buenas? —le espetó a su hermana, sorteando la reprimenda materna—. Eso que llevas no vale ni una peseta. Mira dónde están las originales...

Se abrió la chaqueta corta que llevaba, dejando ver su blusa ribeteada con las perlas de la disputa. Carmen se abalanzó sobre ella, pero la detuvo Diego:

—Quieta, Carmen. Ten un poco de respeto por vuestro hermano. Déjalo ya.

* * *

Lola y Manuel, naturalmente, se casaron por la iglesia. Durante la ceremonia ocurrió algo que a punto estuvo de dar al traste con la boda. Dolores, la madre de la novia, se mostró en varias ocasiones muy afectuosa con Miguel, tal vez demasiado. No paraba de mirarlo, de prodigarle

atenciones y hasta se atrevió a cogerle la mano un momento, como si tal cosa y como si fuera lo más normal del mundo hacer eso con un hombre que, aunque iba a ser familia, había conocido el día antes.

—¿Y esa por qué tiene que toquetear así a tu padre? —se quejó escamada Antonia a su hija.

—Son consuegros, madre, no exagere. —Concha quiso rebajar la tensión que percibió en su madre pero a ella también le parecía, el de Dolores, un comportamiento fuera de lugar.

El banquete no terminó como el rosario de la aurora porque quizás los milagros existan. Es lo único que podría explicar que, tras varias horas de comilona y corriendo el vino con soltura en penosa convivencia con auténticas filigranas para guardar las formas, en las que los dardos se lanzaban con la punta en busca de sangre del contrario, no se tiraran los platos a la cabeza. Dolores seguía a lo suyo abordando a Miguel.

Sólo un milagro (sí, definitivamente estaba claro que existen) pudo salvar la situación.

Por fin se retiraron. Antonia, Miguel y Dolores se quedaban unos días en el ático que Manuel acababa de comprar a plazos en Mongat, con espléndidas vistas al mar. Los novios partieron de viaje, a Francia, diez días. Los padres de Manuel tenían intención de esperarles y aprovechar la estancia para estar con Concha y disfrutar de su nieta. Pero el milagro del día de la boda no pudo extenderse como para remediar el episodio funesto que les aguardaba en aquel ático. El peligro acechaba en las esquinas del aire que llegaba, húmedo y cálido, del Mediterráneo.

Aquella misma noche del banquete, Dolores se quedó a un paso, a un centímetro, a un segundo, de traspasar la delgada línea que separa una muestra de afecto de la obscenidad. «Es que voy un poco piripi, Miguel, pero que me has caído muy bien», le decía dándole golpecitos de compadreo en el pecho mientras subían los tres en el ascensor, Antonia, Dolores y Miguel.

—¿No crees que ya es suficiente? —le recriminó Antonia.

—¡Sí! ¡Eso es! ¡Ser suficiente! —Hablaban como los indios de las montañas americanas en las películas. Era más que evidente que iba borracha.

Ahí quedó todo por esa noche. Pero durante los dos días siguientes el comedimiento no estuvo contemplado en la relación que Dolores intentaba establecer con Miguel. Él se limitaba a hacerse el loco, en apariencia.

Al tercer día, Miguel decidió no acompañar a Antonia a casa de su hija Concha. «Me duele la cabeza, prefiero dar un paseo tranquilo por los alrededores», dijo.

Horas más tarde... De noche... Una burla del destino. Una mala jugada de su marido. Deslealtad. Rabia. El «no puede ser» que todos entonan en un algún momento de su vida por el motivo que sea. Infinitas sensaciones que encendieron el inminente martirio de Antonia.

Cuando se metió en la cama por la noche giró la almohada y encontró varias gotas de sangre no demasiado seca. Pequeñas. Como minúsculas salpicaduras en los pilares de su fortaleza. Sabía lo que significaban. Tiró de las sábanas con fuerza de titanes, las arrancó sin miramientos antes de proferir el grito de condena: «¡Mañana mismo nos vamos de aquí!».

Miguel, el condenado, que lo entendió sin necesidad de más, no se atrevió a salir del baño hasta el amanecer.

Concha no entendió a qué vinieron las prisas de sus padres por regresar al pueblo antes de lo que tenían previsto.

Recibió una llamada de su hermana y no pudo evitar referirse al asunto:

—Qué extraño que no hayan esperado a que Manuel vuelva de la luna de miel.

—Ellos sabrán —respondió Carmen con acelerada displicencia—. Quiero que sepas que nos marchamos.

—¿Adónde?

—¿Adónde va a ser? Es que hay que ver cómo eres, ¡pues a Osuna! Dejamos Hospitalet y nos volvemos al pueblo.

Qué manera de alterarse la realidad. De repente las situaciones de unos y de otros cambiaban mientras Concha y Diego permanecían en el mismo lugar. Y todavía no adivinaba si eso era bueno o malo.

—Qué sorpresa. Pues cuando quieras nos despedimos y me cuentas.

—No hace falta. Ya te lo acabo de contar. Adiós.

Y colgó. Así era Carmen, la hermana que volvía a desaparecer de lo cotidiano. Eso sí era bueno.

De esa manera tan extraña y tan bronca se cerró para siempre el episodio de la boda de Manuel.

Miguel y Dolores nunca más volverían a verse. Ya se encargó Antonia de que así fuera. Hasta la tumba iba a llevarse la intriga de las gotas de sangre en la almohada. Nadie más supo que a su marido solía sangrarle la nariz, muy poco, apenas unas gotas, cada vez que tenía relaciones sexuales.

En lo sucesivo, Miguel no volvió a sangrar en otra cama que no fuera la suya.

CAPÍTULO 23

FALDAS Y LIMONES

*Oh limón amarillo,
patria de mi calentura.
Si te suelto
en el aire,
oh limón
amarillo,
me darás
un relámpago
en resumen.*

MIGUEL HERNÁNDEZ,
«LIMÓN».

Osuna (Sevilla), verano de 1969

Agosto, siempre en el pueblo. El estigma del emigrante. Más de cuarenta grados a la sombra y en seco. Un hecho innegociable. Todos los veranos pasaban las vacaciones en Osuna porque el verano devino en la única ocasión, para miles de emigrantes como ellos, de poder pasar unos días al año con la familia y los amigos de toda la vida.

Cambiaron las maletas atadas con cuerdas por unas más modernas de escay que metían empujándolas con dificultad para que cupieran en la Vespa. Porque Concha, Diego y Paz realizaban el trayecto de Barcelona a Osuna en una moto Vespa con sidecar hiciera sol o lloviera. Tardaban días en recorrer los mil kilómetros de distancia, y cuando les pillaba alguna tormenta, el viaje se complicaba. Resultaba poco menos que una hazaña atravesar España apretadas madre e hija en el sidecar y Diego conduciendo la moto a la que iba adosado. Una estampa que era digna de verse.

En el pueblo, a pesar del calor, Diego disfrutaba contemplando desde la colegiata los campos amarillentos de la campiña. Eran, para él, imagen y esencia de su Andalucía.

—Os está yendo mejor en Barcelona, ¿verdad? Dime que sí, por favor —le preguntaba Anita en una calurosa tarde.

—Nuestra situación ha mejorado, aunque no es para tirar cohetes. Allí cuesta todo mucho más que aquí y es muy fatigoso avanzar.

—Después de lo que habéis pasado has de tener paciencia.

—Pero lo que más me preocupa es el estado de Diego.

—¿Diego? ¿Le ocurre algo? ¿Está enfermo?

—No, no. Claro que, depende de cómo se mire, quizás sí tenga una enfermedad: la de no haber salido del pueblo. Lleva sus costumbres y su manera de pensar arraigados en su carácter y ni una gran ciudad como Barcelona parece poder cambiarlos.

—Eso no es malo, mujer...

—Sí... serán cosas mías.

Pero pronto su amiga pudo comprobar que no eran figuraciones suyas. Concha y Diego se reunieron con amigos por la noche en un bar para tapear, charlar, tomar unas cervezas... como en los viejos tiempos. A Diego le hizo feliz un hecho tan sencillo como encontrar en la barra al camarero de siempre.

—¡Un brindis por Pepín! —clamó a los amigos para que alzaran el vaso en honor al hombre, que, por cierto, estaba ya a punto de jubilarse—. Qué alegría seguir viéndole por aquí.

—Ya ves, Diego. Hay cosas que no cambian, voy a fundirme con el decorado de este bar, ja, ja. —Su risa sonó a estruendo agradable a los oídos de Diego.

—Por suerte, no cambian, Pepín —le dio la razón Diego; una razón cargada de nostalgia.

Habían quedado con Anita, su novio, Dolores y Marcial. «Qué pena que Josefa, mi mujer, no haya podido venir —excusó este último—, tenía que atender a su madre que anda pachucha, la mujer».

Lo pasaron bien. Tuvieron la sensación de que habían vuelto a atrás, a cuando Osuna era su paisaje diario; su vida. Para Diego de eso hacía muchísimo tiempo, se había marchado siendo apenas un joven que se abrió pronto camino en el fútbol lejos de su tierra, en el Marruecos español.

—¡Qué tiempos, amigo! —La nostalgia también embargó a Marcial con tan sólo un comentario sobre aquella época.

Hasta que se tocó el tema. Cataluña.

—Pero en Cataluña ya estáis bien, ¿no? —preguntó inocentemente Marcial, ajeno al deseo de su amigo de volver a Osuna.

—Sí, ahora ya nos va mejor —se adelantó a responder Concha, antes de que se liara. Pero se lió.

—Eso será porque tú lo digas. Como en el pueblo no se vive en ningún sitio. —Diego sonó a enfado, sin venir a cuento.

—Eres muy desagradecido. En Cataluña estamos consiguiendo prosperar. Allí ha nacido nuestra hija y allí tendrá un futuro.

—¿Y qué sabemos del futuro que tendrá nuestra hija? ¿Prosperar...? ¿Les has contado el sitio en el que vivimos?

—¡No hay quien te entienda! ¿No eres tú el que siempre dice que es lo que nos podemos permitir pero que en cuanto podamos iremos a mejor? —Ahora Concha sí que se estaba enfadando.

—¿Por qué no os calmáis? —intentó suavizar Anita, conciliadora.

—Es que no es justo que hable así —se quejó Concha.

—Celebremos que estamos juntos —propuso Marcial para despejar el ambiente.

—¡Eso! —Dolores remató.

—Los catalanes... —Diego provocó en ellos un silencio—. Los catalanes son raros, Marcial.

—Hombre... rarito hablan, desde luego.

—No son raros —corrigió Concha—. Simplemente son catalanes.

Otro silencio y... estallaron en carcajadas, todos menos Diego, quien, al final, no pudo resistirse y también acabó riendo.

—Ni se os ocurra plantearos volver al pueblo, ¿eh?, que te conozco —advirtió Marcial a Diego.

—Las raíces tiran mucho, amigo —le respondió él.

* * *

Lo que Diego llevaba verdaderamente arraigado era el recuerdo de los aromas frutales del corral de su casa, que se concentraban en uno solo, el que imperaba, el olor de su infancia: el de los limones. Desde mediados de agosto ya empezaba a pensar en cuáles arrancarían del árbol para llevarse y a buscar el saco en el que transportarlos. Para él era un íntimo ritual que había que ejecutar con mimo y acierto; tenía que escoger los que aguantaran mejor el viaje. ¿Qué hacía que aquellos limones duraran después meses en Barcelona? Era un misterio.

Había descubierto que llevar todos los años limones de ese árbol lo mantenía unido a la tierra a la que quería volver desde hacía tiempo. Demasiado tiempo ya para él...

* * *

Concha seguía llamando la atención, como cuando era joven, aunque ahora había un motivo que se añadía al de su belleza. Su indumentaria delataba que la capital la había modernizado, aunque no todos pensaban que le favorecía. En aquel verano de finales de los años sesenta se atrevió a presentarse con faldas que terminaban en el inicio de las rodillas y con botas negras altas, ¡a pesar del calor!

—Te alabo el gusto, te sienta bien. ¡Se nota la influencia de la tierra rica! Ja, ja. —Anita no cambiaba y la fidelidad a su amiga estaba a prueba de cualquier minifalda

Sobre la indumentaria de Concha había opiniones para todos los gustos. El cambio estético resultaba tan radical que en el pueblo lo encajaron regular. Para muchos se trataba de una manera de vestir escandalosa; para otros —los menos y más allegados a ella, como sus amigas Anita o Dolores—, le sentaba bien y suponía un aire fresco en el ambiente del pueblo.

—Aquí no se enteran de que los tiempos cambian —comentó Anita.

—Todo está yendo muy rápido —dijo Concha—. Hace un mes el hombre puso un pie en la luna por primera vez. ¡Estamos entrando en la era moderna! Pero aquí siguen anclados en la prehistoria.

—¡No hay nada como ver mundo, querida! —concluyó, convencida, Dolores.

Los rancios comentarios se desataron en el mercado de abastos, en la plaza del Ayuntamiento, en la Carrera... Pero Concha iba a lo suyo. «Pobre Diego, lo que debe de estar pasando», escuchó murmurar a dos mujeres mayores al paso cuando salía de comprar patatas y carne, y no les hizo caso. Continuó su camino con la cabeza muy alta.

En casa de sus padres fue distinto. Al llegar con la compra, una conversación poco amigable entre su hermana Carmen y Diego la obligó a intervenir y a tener que defenderse. Justo en el momento en el que entró en el salón, Carmen le decía a su esposo que si no le cortaba las alas a Concha acabaría siendo el hazmerreír del pueblo, y que ya todo el mundo comentaba cosas, algunas muy graves, y que si la capital la había vuelto loca, y que si menudas ínfulas, y bla, bla, bla...

—¡Basta ya!

A Concha le pareció suficiente. A Carmen, no.

—Basta ya de qué, ¿eh? Lo que se ha de acabar es esta idea que tienes ahora de vestir como si fueras de la capital. ¡Entérate, hermana, entérate! ¡Que tú eres de pueblo!

—Ya... claro, de pueblo y mujer, ¿verdad?

—¿Cómo que de pueblo y mujer? ¿Cómo que de pueblo y mujer? —Diego lo repitió, alzando la voz la segunda vez y quizás buscando la manera más ofensiva de seguir—. ¡Pues claro que eres mujer! Y para vestirte así tenías que haberme pedido permiso.

—¡Eso es lo que haría cualquier mujer casada y decente! —apostilló Carmen para avivar el fuego de la discusión.

Concha se dirigió a su marido:

—¿Desde cuándo te he pedido permiso para vestirme?

—¡Ese es el problema, que tú siempre haces lo que te da la gana! —saltó Carmen, antes de que Diego respondiera.

—¡Quieres callarte ya, hermana! Esto es un asunto entre mi marido y yo.

—Te equivocas —Carmen no cejaba—. Es un asunto de toda la familia porque nos dejas en mal lugar paseándote por ahí así.

—¡Bueno, vale ya! —exclamó Diego, a punto de perder los estribos. Ya lo había calentado convenientemente su cuñada—. Carmen, déjanos, esto es cosa nuestra. Y a ti —miró a su esposa—, que te quede claro que no vuelves a salir así. Ahora mismo te lo estás quitando.

—Antes voy a decirte algo: soy de pueblo, sí, y soy mujer y estoy casada, pero también, y por encima de todo, soy decente. ¿Lo eres tú, Diego? Porque ser decente incluye el respeto a los demás. Y no parece que a mí me respetes mucho.

—¡A mí no me vuelvas a hablar así!

Concha soltó las bolsas para salir después corriendo a encerrarse en su habitación. «¡El que quiera comer, que espabile! Ahí lo tiene», gritó desde el otro lado de la puerta.

La que faltaba era su madre, que se unió al jolgorio de la discusión sobre el largo de la falda y la altura de las botas. Intentó entrar en la habitación de su hija, pero como esta se había encerrado con llave le gritó desde el pasillo:

—¡No te he enseñado a coser para que te hagas ese tipo de ropa!

Lo de sus padres pudo entenderlo aunque le fastidiara, eran mayores y pensaban al uso de la época, y más en un pueblo. Lo de su hermana era una batalla perdida. Pero lo que para ella no tenía perdón era la actitud de su marido.

Durante el viaje de regreso a casa, que emprendieron dos días después de aquella discusión desde la que Diego no hablaba a Concha, el matrimonio mantuvo su enfado. Y como ella no daba su brazo a torcer en lo que Diego esperaba —una disculpa— porque no consideraba que hubiera ninguna razón para disculparse, el enojo de él fue mayúsculo.

En pleno paso de Despeñaperros paró la moto, en un pequeño recodo de una curva.

—¡Es peligroso! ¿Qué haces?

Concha agarró fuertemente a su hija, que observaba atónita a su padre desde el interior del sidecar.

Diego extrajo la bolsa de limones, la abrió y empezó a lanzar al aire con furia los frutos, uno a uno, que rodaron entre los peligrosos peñascos por el precipicio, desahogándose mientras gritaba: «¡A tomar por saco!».

Y así fue como aquel año de finales de una década se quedaron sin limones de Osuna debido al

corto de la falda de Concha y a sus estilas botas altas.

CAPÍTULO 24

LA IMPREVISIÓN DEL DESTINO

*Los pétalos del tiempo caen inmensamente
como vagos paraguas parecidos al cielo.*

PABLO NERUDA,
«EL RELOJ CAÍDO EN EL MAR».

Barcelona, otoño de 1969

La vida en Barcelona seguía sin ser fácil. La costura hasta altas horas de la madrugada se estaba llevando las fuerzas de Concha poco a poco. Tras apenas dos o tres horas de descanso, se levantaba para hacerles el desayuno a su marido y su hija, y peinarle a esta su cabello tan largo y abundante que se le escapaba de las manos. Ese era para ella el mejor momento del día, le encantaba peinar a Paz antes de llevarla al colegio.

Se sentía muy sola y poco comprendida por Diego, cuyas rarezas podían llevarle a estar días seguidos sin hablar en casa, algo sorprendente tratándose de un hombre extrovertido que siempre caía en gracia ante los demás mostrando su genuino gracejo andaluz. A Diego, inexorablemente, le había ido cambiando el carácter. Se fue apagando, encerrando en sí mismo, y parecía pesarle estar en casa con su familia. Sus costumbres y su manera de pensar, como decía su esposa, atrasadas para una Cataluña en pleno despegue social y económico, lejos de difuminarse se hicieron más fuertes.

Tampoco nunca supo Concha si fue el temor al agua, que no dejaba de perseguirla, o la distancia de su Andalucía y de los suyos, las causas de que para entonces ya arrastrara una pena muy honda que parecía llamada a quedarse a vivir en su interior para siempre. La vida la había desbordado, igual que hicieron las aguas del río Ripoll aquella noche terrible del 25 de septiembre de 1962.

Había tardes en las que la pequeña Paz la encontraba sentada en una de las sillas de fría formica de la cocina llorando en mitad de la penumbra, con las persianas a medio bajar. La niña se atrevía, temerosa, a ponerle una mano en el hombro mientras admiraba la densa y negra melena de su madre, que se parecía a la suya, y después salía corriendo a aislarse en su propio mundo confinado entre las paredes de su habitación. La vivienda era ya de por sí muy poco luminosa, pero a la caída de la tarde, en los días de invierno, si no se encendía la luz, la cocina se convertía en un escenario tenebroso y triste.

Llegó el día en el que consiguieron cambiar los barrotes, la oscuridad y la proximidad del río por un primer piso de sesenta metros cuadrados, con balcón, más luz que el bajo en el que vivían y

un escueto baño sin ventilación en el que casi había que entrar de lado porque apenas cabía una persona. La vivienda estaba en la misma calle pero algunos metros más lejos del río Besós. La parte trasera daba a una plazuela en la que confluían las traseras de varios edificios, que se limitaba a un cuadrado de tierra, lo que levantaba una permanente polvareda que se colaba endemoniada en todos los pisos.

¿Eso era progresar? Concha no se atrevió a hacerle la pregunta a su marido temiendo su reacción. Además, conocía la respuesta: era lo que podían permitirse, siempre lo mismo. Habían pasado del alquiler a una propiedad, se habían alejado del río y tenían balcón. Ah, y ganaban diez metros cuadrados. Algo de progreso podía verse en ello.

Pero ganó algo más.

Muchas mañanas, mientras realizaba las tareas del hogar, escuchaba a Concha Piquer. Su canción preferida, *Y sin embargo te quiero*, de los maestros Quintero, León y Quiroga, que le traía recuerdos de su noviazgo dificultoso e interrumpido con Diego. Un noviazgo que salió adelante. Dicha canción era una especie de himno contra la rendición sentimental.

Un día, esa misma canción se escuchó procedente de otro piso que Concha no identificó. No le dio más importancia y siguió con la colada. Pero la voz de la Piquer siguió sonando un día y otro, «te quiero más que a mis ojos, te quiero más que a mi vida, más que al aire que respiro y más que a la madre mía...».

Invadida por la curiosidad, colgó el delantal y salió al descansillo intentando averiguar de dónde procedía el sonido. De su bloque no. Se dejó llevar por la intuición y entró en el que estaba pegado al suyo. En efecto, la canción traspasaba la puerta de uno de los cuatro bajos del rellano, «y, bajo tus besos, en la *madrugá*, sin que tú notaras la cruz de mi angustia, solía cantar...».

Tras pensárselo, llamó al timbre.

—Hola, ¿en qué puedo ayudarla?

Abrió la puerta una mujer de mediana estatura, piel aceituna y cabello corto y desarreglado, de color castaño con chapuceras mechas rubias.

Concha se presentó y le pidió un vaso de agua. Al recorrer la vivienda comprobó que era sombría y que adolecía de una falta de orden extraña en un ama de casa. Era ya casi mediodía. Casi todas las mujeres de entonces se dedicaban a *sus labores*. Resultó que su marido conocía mucho a Diego. Tenían un hijo de la edad de Paz. También eran emigrantes andaluces.

—Somos de Jaén. —A Concha se le resbaló el vaso sobre el fregadero. Una terca lágrima afloró repentina a sus ojos—. ¿Qué pasa? Oye, que Jaén es una tierra muy bonita. ¿Tienes algo en contra?

Concha no consiguió contener el llanto.

—No... Es que... Oh, ven aquí. —Le dio un fuerte abrazo a su nueva amiga que, por un momento, pensó que Concha padecía algún desequilibrio, pues acababan de conocerse como para semejante efusividad y para que llorara sin motivo.

—Voy a preparar café —se ofreció Paqui.

—No, gracias, mejor sentémonos. Quiero contarte lo que sucede. Es una historia muy triste de un septiembre lluvioso... Tal vez hayas oído hablar de ello. Yo tenía una amiga...

Entre sorbos de café se deslizaron las sombras de los muertos arrastrados por las riadas, las sombras de Pepe y Aurora, y de Rosita con su chupete riéndose divertida antes de que el mundo desapareciera...

* * *

A Manuel, hermano de Concha, le habían ido tan bien las cosas que se lanzó a montar su propia empresa, de momento pequeña. Había pasado de fabricar los materiales a usarlos para construir. Aprendió el negocio en las compañías en las que estuvo trabajando desde que llegó a Barcelona. Ilusionado, le enseñó a Concha su oficina nueva, en la Sagrera, un barrio popular. «Quédate a comer con nosotros», la invitó su mujer, Lola.

—Enhorabuena por la oficina, hermano, enhorabuena...

* * *

Concha sentía que se iba alejando de su esposo. Se encontraba cada vez más sola, si no fuera por su hermano y por su amiga nueva, Paqui. Pero entre las paredes de casa la soledad daba frío. Estaba claro que Manuel había podido tener más oportunidades por ser uno de los hombres de la familia.

Una tarde de otoño, recién entrada la década de los años setenta, Concha cogió a su hija, la sentó y le dijo mirándola muy seriamente:

—Paz, cariño, ya vas siendo mayorcita. Y quiero que entiendas algo muy importante de lo que puede depender tu vida: estudia. Estudia, hija, estudia. Eres una niña muy inteligente, yo lo sé, y tienes que estudiar mucho para poder hacer en la vida lo que yo no pude. Tienes que abrirte camino y estudiar en la universidad, porque sólo así serás una mujer libre. No dependas nunca de ningún hombre, sino sólo de ti misma.

Concha sintió un nudo en la garganta de la emoción, y Paz otro, pero de la congoja; era una niña extraordinariamente sensible y, aunque había captado perfectamente el mensaje de su madre, no acababa de adivinar del todo cómo tenía que interpretarlo. Todavía era pequeña.

No hubo tiempo de pensar más. En ese momento, su padre llegó del trabajo muy contento, ¡había vuelto a hablar! Traía buenas noticias:

—¡No os lo vais a creer! A partir de ahora podremos disfrutar de quince días de vacaciones en Semana Santa, el banco nos financia una parte importante y nosotros sólo tenemos que aportar una cantidad simbólica.

—¿Eso es posible?

—Los trabajadores entran en un sorteo, no es seguro que podamos conseguirlo todos los años pero por lo menos tenemos la posibilidad de optar a ello.

Concha reparó en un hecho.

—Pero si jamás hemos viajado de vacaciones... más que al pueblo y eso no son vacaciones porque siempre acabo trabajando más que en casa.

La mente de Paz se puso en movimiento intentando descifrar si esa frase pronunciada por su madre casi con la misma trascendencia con la que le había hablado sobre los estudios venía a ser lo mismo. O si eran equiparables, porque como vio a sus padres alegrarse tanto... Puede que fuera la primera vez que los veía así, contentos y riendo juntos, de modo que entendió que se trataba de algo verdaderamente importante.

Lo que desconocía —demasiado joven aún— era que la determinación que se iba a tomar esa tarde en casa acabaría siendo decisiva, pero para ella.

Pocas veces la vida se reserva un tiempo largo para ir fraguando un plan, un destino. Muy pocas veces.

Su madre vio el cielo abierto, una pequeña rendija en su vida austera y monótona; una

posibilidad de explorar algo de mundo fuera del pueblo y de Barcelona... Bueno, fuera de la parte más pobre y marginal de la capital catalana.

Diego continuó sus explicaciones muy excitado:

—Hay varios hoteles repartidos por toda España entre los que poder elegir.

Desplegó un mapa de carreteras y empezaron a señalar un punto y otro sin orden ni concierto. Hasta que Concha dijo: «Alicante».

—¿Alicante? —le extrañó a Diego.

—Sí, no sé, siempre he querido conocer Alicante. Dicen que sus playas son muy bonitas. ¡Y podríamos ir a Benidorm! ¿Os imagináis? Es un sueño.

A la niña se le escapaba lo que podía suponer para un adulto conocer Benidorm, sobre todo aturdida como seguía por las palabras de su madre, que todavía no acababa de digerir: «Estudia, hija, estudia. No dependas nunca de ningún hombre, sino sólo de ti misma».

Sus padres continuaban con lo suyo, mirando mapas ininteligibles para ella. Se fijaron en los pueblos de la provincia de Alicante, en la que localizaron un par de hoteles que figuraban en la lista del banco. Concha le tomó la mano a Paz, que seguía muy atenta las deliberaciones de sus padres, y le hizo señalar el punto que quisiera de la costa alicantina. El dedo de la niña se paró en Calpe. Antonio comprobó la lista.

—¡Perfecto! Pues resulta que hay uno al lado, en Altea. Hotel Sol y Mar.

—Suena bien, Sol y Mar... —comentó Concha entusiasmada, imaginándose ya en la playa—. Iremos a Altea. Sol y Mar... qué bien suena...

A Paz le sonaba mejor aún la otra palabra: Altea...

CAPÍTULO 25

PEQUEÑOS DIOSES DEL PARAÍSO

Altea (Alicante), abril de 1973

Caía la tarde en la playa del Albir, en el pequeño municipio de Alfaz del Pi. En lugar de arena, una especie de alfombra inmaculada de grandes piedras blancas se extendía por la playa. Para los bañistas resultaba incómoda. Pero para la vista entrañaba una belleza única y particular. Una belleza deslumbrante cuando el sol incidía sobre las pulidas piedras.

Concha vio cómo Paz se apartaba de ellos para acercarse a la orilla pisando con dificultad. De repente la niña se vio salpicada por agua cuando una piedra enorme fue lanzada al mar por alguien que, sin que se hubiera percatado antes de su presencia, estaba a su lado. Se giró y vio que se trataba de un niño un poco mayor que ella.

—¿Cómo te llamas? —Paz, muy seria y enfadada, no respondió—. ¿No me lo vas a decir? Bueno, vale. ¿Sabes que eres muy guapa?

—Y tú muy tonto por haberme salpicado. Eres tonto, como todos los chicos.

Y se volvió hacia donde estaban sus padres mientras oía que el niño le gritaba ya en la distancia:

—¡Yo me llamo Pedro!

Al cabo de dos días, Pedro volvió a encontrarse con ella en la playa; consiguió que Paz no escapara sin que al menos le dijera su nombre, pero poco más.

—Te he echado de menos. Ayer no viniste. Ni tampoco el martes —le dijo Pedro mientras Paz se alejaba de él.

—¡Mentiroso! Cómo me vas a echar de menos si no me conoces.

Pedro parecía un niño simpático, pero Paz no se fiaba. Durante el resto de la estancia él no dejó de buscarla a pesar de que ella no le hacía demasiado caso.

Diego no se enteró pero Concha intentaba seguir los movimientos de la pequeña. Le hacía gracia.

—Oye, tus padres tienen un coche muy chulo.

—Se lo han comprado hace poco. Este es el primer viaje que hacemos con él.

Lo dijo como si se pasaran la vida viajando. ¡Si Pedro oyera a su madre! No había día que no celebrara que por primera vez salieran «a ver mundo», o sea, a Benidorm, y no, como siempre, al pueblo, y venga pueblo, y más pueblo...

—Gracias a Dios, ya tenemos un nuevo destino —comentaba Concha con alegría.

—¿Qué manía la de meter a Dios en todo! —refunfuñaba Diego.

Habían cambiado la Vespa con sidecar por un Gordini de color hueso, conocido como «el coche de las viudas» por los muchos accidentes que tenían. Además, Paz protestaba cuando llovía ya que tenía que ir con los pies en alto para no meterlos en el charco que se formaba en su interior,

en el suelo. A pesar de lo cual, el «hermano» del Dauphine francés de Renault se encontraba entre lo más chic del momento. Al comprarlo, Concha sintió que de verdad estaban prosperando. Comprar un Gordini... Ese sí que era un cambio a mejor; un cambio encaminado a la modernidad, que coincidió con el estreno del nuevo destino para las vacaciones.

El hotel les gustó, una construcción confortable y funcional, sin grandes lujos pero correcto y limpio. Lo mejor eran las instalaciones del exterior: una piscina olímpica con doble trampolín, un amplio solárium alrededor de la misma con parasoles de brezo negro y tumbonas blancas; canchas de petanca y tenis, y un frontón para jugar a la pelota vasca que atrapó a Diego desde el primer día. A Paz y a su madre, aparte de la piscina, lo que más les gustaba eran unas terrazas exteriores plagadas de sombrillas de rafia oscura y mesas altas, perfectas para tomar el aperitivo, que recordaba a los escenarios de esas películas en las que el lujo provocaba envidia. Como se hallaban en la zona trasera, solían estar vacías. Los residentes difícilmente se enteraban de que ahí, donde ya acababa la extensión del hotel, había una puerta que daba directamente a la playa. Concha y su hija la descubrieron y, mientras Diego echaba una partida al frontón, ellas se escapaban para darse un baño y tomar el sol con la tranquilidad de la tarde, sin tanto bañista.

El último día de las vacaciones, Pedro volvió a decirle a Paz que cuando se marchara la echaría de menos. «¡Buf, qué pesado!», le respondió la niña como despedida del que había sido su primer viaje a un lugar distinto, un lugar que ya jamás la abandonaría.

* * *

Barcelona, 5 de junio de 1973

Cumpleaños de Paz, diez años, celebración en casa con varias amigas del colegio y algunos vecinos. Globos de colores. Regalos, pocos, un cepillo para el pelo, un espejito, un libro... Y una «gran» —adjetivo utilizado por su madre— noticia que le daban sus padres delante de todos:

—¡Vas a tener un hermanito...! O una hermanita.

Justo en ese momento, Pepi, la vecinita de al lado, pinchó un globo sin querer que hizo a Paz dar un respingo. No entendía qué tenía de bueno lo que acababan de comunicarle y se negó a soplar las velas del bizcocho que había hecho su madre para ella, a pesar de que era su favorito, relleno de crema y con la cobertura de chocolate con leche.

—¡Vamos, sopla las velas ahora mismo! —la obligó su padre.

—¡Nooo! ¡No voy a soplar!

Se marchó enfadada a su habitación mientras se escuchaban los gritos de su padre quejándose de su actitud y poniendo fin a la fiesta.

* * *

Al poco tiempo, su madre cayó enferma y tuvo que guardar cama a diario. Le diagnosticaron una preocupante inflamación de la pleura, cuya gravedad aumentaba al estar embarazada. La pequeña Paz estaba convencida de que era por el daño que le estaba haciendo la criatura que llevaba en el vientre:

—Él no es bueno, mamá —le dijo la niña una tarde—. Ese hermanito te está haciendo daño.

—O hermanita... No sabemos lo que será.

—Será niño —respondió Paz con una expresión tan tajante y seria que daba miedo—. Los niños

son tontos y siempre lo estropean todo. Tú estás enferma por su culpa. Será niño, ya lo verás.

Los días se sucedían con Concha postrada en cama y escuchando sin descanso una cinta de casete del grupo Pop Tops, que le había regalado su amiga Paqui. Cuando la cinta llegaba al final, le pedía a Paz que acudiera a darle la vuelta y así una vez y otra. Tanto se le metió a la niña la canción en la cabeza que, sin darse cuenta, la pequeña tarareaba *Mamy Blue*, que había empezado a hacer furor pocos meses atrás, hasta cuando estaba intentando dormirse por las noches.

—Tienes que comer. Haz un esfuerzo.

Paqui le llevaba a diario comida para toda la familia. Sin ella, aquellos días habrían sido más duros. Paz era aún pequeña y Diego no ayudaba nada en casa. «Eso no son tareas para un hombre», decía la amiga.

—¿Cómo puedes decir eso, Paqui? ¿Ni siquiera cuando su mujer está embarazada y enferma postrada en cama?

Concha querría lo que era un imposible. A esas alturas ya estaba claro que Diego no iba a cambiar, las costumbres retrógradas e injustas para las mujeres, aprendidas en el pueblo, habían echado tales raíces en el carácter de Diego que ni la fuerza de los nuevos tiempos en una gran ciudad, más avanzada que otras muchas de España, consiguieron acabar con ellas. Comparado con Osuna, en aquel entonces vivir en Barcelona era como hacerlo en otro país.

Y en el caso de Paqui, o no tenía aspiraciones a mejorar su situación personal en ese aspecto, o lo que pretendía era evitar que su amiga se alterase para no empeorar su estado.

—Mujer, no te lo tomes así.

—¿Cómo lo voy a tomar, si no? ¿Es que Diego no ve que no puedo levantarme? Si ni siquiera lleva a Paz al colegio, lo tienes que hacer tú.

—Pero yo lo hago encantada.

—Ese no es el tema.

Paqui se había destapado como un dechado de bondad. Era una mujer prudente, quizás sombría y triste en exceso, pero ofrecía su amistad sin estridencias. Entró en sus vidas tan suavemente como se desliza un pez en el agua. Estaba resultando de gran ayuda durante su enfermedad. Concha quiso ver en ella la encarnación de la malograda Aurora.

—Diego me hace cada vez menos caso.

Negar esa afirmación requería un empuje del que Paqui carecía.

—A lo mejor ahora tiene mucho trabajo. Y las preocupaciones también cansan y hacen que uno esté en otra cosa.

—Lo que preocupa es su actitud, Paqui. Este hombre sigue con la cabeza puesta en el pueblo.

—Bueno, anda, no le des más vueltas y tómate el caldito que te he traído. Esta vez me ha salido riquísimo.

—¡Pero si siempre te sale rico! —Concha consiguió sonreír.

Y así, entre conversaciones robadas a la debilidad, transcurrían más llevaderas las horas. En diez días, Concha pudo recuperarse pero también supo que no estaba embarazada. Había sido una falsa alarma, una confusión que interfirió en el diagnóstico de la pleuritis.

Cuando se lo comunicaron a Paz creyendo que iba a ser un duro golpe para ella, la niña se alegró e, inexplicablemente, su primer pensamiento fue para Pedro, el niño tan pesado que la perseguía en Altea.

* * *

Curándose la familia de aquel tiempo extraño que acababa de vivir, llegaron malas noticias de Osuna. El abuelo se hallaba grave, ingresado en el hospital. Concha viajó con su hermano Manuel. Paz se quedó con Paqui y veía a su padre de vez en cuando.

En el hospital de Osuna se reunieron todos los hermanos junto a él. La vida del abuelo se escapaba sin remisión... El tabaco había acabado con sus pulmones, que, incapaces de seguir ayudándole a respirar, dejaron de funcionar.

Asolada por una inmensa tristeza al conocer la mala noticia, desde Barcelona Paz recordó, con una intensidad que le hería su joven memoria, al abuelo con su cigarrillo balanceándose en sus labios o los cucuruchos de helado con trocitos de fruta escarchada que comían juntos sentados en la puerta de casa, en Osuna. Para ella fue su primer encuentro con la muerte dolorosa, mientras que para su madre supuso un cambio interior que fue notando, como un goteo, a medida que avanzaba el tren camino de vuelta a Barcelona.

En la estación de Francia, a punto de bajar al andén, Concha tenía claro que Cataluña se convertiría en su patria de por vida. Había encontrado su lugar, donde las raíces la sostenían con firmeza porque, aunque no era el edén, había más oportunidades que en la tierra en la que la habían parido.

Puede que fuera Cataluña la que los hubiera elegido a ellos ofreciéndoles todo aquello que no tendrían en ningún otro lugar

Ellos, los escogidos, como si fueran los pequeños dioses del paraíso.

CAPÍTULO 26

LOS SUEÑOS DEL EMIGRANTE

Y son los mismos pensamientos, la misma impaciencia de entonces la que invade hoy los gestos y las miradas de los jóvenes del Carmelo al contemplar la ciudad desde lo alto, y en consecuencia los mismos sueños, no nacidos aquí, sino que ya viajaron con ellos, o en la entraña de sus padres emigrantes.

JUAN MARSÉ, *Últimas tardes con Teresa.*

Barrio del Buen Pastor (Barcelona), marzo de 1974

Una de las grandes distracciones de Concha durante las horas que dedicaba a la limpieza de la casa y a cocinar era la radio. La tenía puesta a todas horas. Lentamente, sin apenas darse cuenta, como una derivación natural de la evolución de su vida que la alejaba de Andalucía, fue dejando de escuchar a Concha Piquer para acercarse a otros sonidos más modernos.

Mientras Paz hacía los deberes tuvo que acostumbrarse a escuchar de fondo en la emisora musical preferida de su madre canciones que no paraban de sonar en una rueda que se repetía casi idéntica de un día a otro.

Paz fue creciendo en aquel rincón sombrío y olvidado de una Barcelona que había despuntado en los tiempos del desarrollismo franquista. En una de las peores esquinas de la gran ciudad, en la que el primer chico que le había gustado fue, como descubrió más tarde, un gran aficionado a las drogas; lo cual no era ningún escándalo, ni nada excepcional en aquel barrio, próximo al de La Mina, donde jóvenes delincuentes como el Torete o el Vaquilla comenzaban a convertirse en personajes populares. El Torete tenía tres años más que Paz, y el Vaquilla, dos.

* * *

—¿Habremos hecho bien viniéndonos del pueblo?

La pregunta de Paqui se le clavó a Concha en el mismo centro del corazón ya que ella llevaba haciéndosela a sí misma desde la aciaga noche de las riadas. Pero tras la muerte de su padre su visión era otra. Las dudas se habían disipado: aun con todos los inconvenientes (que no eran pocos) y el esfuerzo que les estaba costando progresar, Cataluña les daba lo que jamás obtuvieron de su tierra. No cabía preguntarse más.

—No creo que en nuestros pueblos ahora estuviéramos mucho mejor que aquí.

—No sé, Concha... A mí se me hace todo tan cuesta arriba. Pensé que iba a acostumbrarme

mejor.

—¡Pero si lleváis mucho más tiempo aquí que nosotros! Además, por suerte, no os ha tocado vivir una tragedia como la que vivimos en Moncada.

En ese punto, Paqui calló y agachó la cabeza buscando algún lugar en el que fijar su mirada. Era una mujer con mucho menos empuje que su amiga. Pusilánime de carácter y melancólica por naturaleza, los años que llevaba en Barcelona no le estaban sentando nada bien a su ánimo. Concha empezaba a pensar que había algo oculto en ella que se negaba a desvelar porque, de hacerlo, tal vez se sintiera más vulnerable de lo que ya era. Se esforzaba en adentrarse en los sentimientos más profundos de su amiga para así conseguir entenderla y poder ayudarla. Pero ella no lo ponía fácil. Paqui mantenía la pátina de amargura exterior que recubría su forma de ser como una segunda piel, esforzándose en que nadie, ni siquiera Concha, la traspasara.

—Ya ves la vida que llevamos aquí. Ocupádonos de nuestras casas, nuestros maridos, los niños, sin apenas amigas, sin hacer nunca una salida a ningún sitio, sin días de descanso, sin familia a la que visitar...

—Para, para, Paqui... ¡Ya! Para. Si sigues hablando así nos pegaremos un tiro, ¡o, peor, nos acabaremos ahorcando! —Concha intentó bromear haciendo el gesto de tirar de su cuello—. Nadie dijo que fuera a ser fácil. Nadie. ¿Por qué no lo miras de esta otra manera? En el pueblo no podríamos luchar para ofrecerles un buen futuro a nuestros hijos. ¿Por qué os vinisteis vosotros? Supongo que por la misma razón que nosotros, ¿no? Porque no había trabajo. Y en Cataluña sí lo hay.

—Tú te matas a coser por las noches y encima llevas tu casa como yo.

—Así es. Sólo con lo de Diego no llegamos. Yo también creo que esto a veces es parecido a un infierno. Pero a cambio podemos conseguir una vida mejor. Piensa en los niños. Es cuestión de confiar y esperar.

—¿Una vida mejor en este barrio?

—Ellos no vivirán en este barrio. Estoy segura de ello.

Si Concha se empeñaba en algo había que tomarlo en serio. Paqui se marchó con su tristeza que esparciría sobre los cacharros de la cena, mientras Concha siguió con su costura.

Qué lejos quedaba el embrujo que sintió por la seda que Diego le trajo de Tánger años atrás.

* * *

Concha intentaba convencer a su hermano de que deberían traerse a su madre del pueblo.

—Allí no está bien. Cada día que pasa, peor se lleva con nuestra hermana.

—Llevarse mal con nuestra hermana no es difícil.

—Mamá no se merece que la traten como lo hace ella.

—Pero traerla aquí... —comentó Lola como una objeción que no se atrevió a explicitar.

—No te preocupes —respondió Concha enfadada—, yo me ofrezco a que viva en mi casa, a pesar de que somos cuatro.

—Bueno... así estará más en familia —comentó Lola, que estaba presente, con poca fortuna.

—Desde luego, estará más en familia, eso sin duda. Aunque tendrá que pasar alguna temporada contigo —miró a Manuel—. Tú también eres su hijo.

Lola la fulminó con la mirada antes de apurar el vino de su vaso.

* * *

Altea (Alicante), abril de 1975

No habían vuelto a Altea desde que Concha enfermó. Paz, a pesar de que era muy niña como para que le interesaran los chicos, estuvo pendiente, nada más llegar, de si veía a Pedro. Le hacía gracia tener un amigo lejos de casa. Miraba a su alrededor expectante, esperando que pudiera aparecer en cualquier momento como había hecho otros años. Pero no ocurrió y se sintió decepcionada. «Puede que ese niño ya ni esté en Altea», pensó. Y se olvidó de él.

Una tarde, a los dos días de iniciar las vacaciones, la familia salió a dar un paseo. Se sentaron en una terraza a merendar. ¡Entonces sucedió! Paz fue la única en darse cuenta de que Pedro la estaba observando desde lejos. Preguntó a sus padres que por qué no regresaban ya al hotel. Sintió un brote de timidez. Quiso desaparecer.

—Pero si acabamos de llegar —contestó la madre.

Cuando por fin decidieron marcharse, la niña se dio cuenta de que Pedro les estaba siguiendo hasta el hotel y se apostó detrás de un seto del jardín. Al cabo de un buen rato, Paz se decidió a ir a su encuentro.

Pedro se alegró de verla.

—Hola. Pensaba que este año no vendrías. Como el pasado no te vi por aquí.

—Mi mamá estaba enferma.

—Vaya, lo siento, de verdad.

—Gracias.

—¿Y cómo está ahora?

—Bien —contestó la niña lacónica.

—¿Sabes que tu nombre me gusta mucho? Paz... Paz... —lo repitió, recreándose en la palabra.

—Pues a mí el tuyo me da igual.

—No tienes por qué ser tan antipática.

—¿Eso crees de mí? Yo no soy antipática.

—Pues conmigo sí lo eres. Anda, cuéntame cosas de ti. ¿De dónde vienes?, nunca me lo has dicho. Aunque la matrícula de vuestro coche es de Barcelona.

—Es que tú y yo nunca hemos hablado.

—¿Lo ves...? Vuelves a ser antipática.

—Vaaale... —intentó corregirse.

—¿Cuántos años tienes? —Pedro parecía un buen chico. Le interesaba de verdad conocer algo más de la niña que solía ir en Semana Santa, pasaba unos días y desaparecía hasta el año siguiente.

—Doce. Tengo doce años.

—¡Doce! No es verdad.

—¡Pues claro que lo es! —respondió Paz enfadándose—. Estoy a punto de cumplirlos.

—Es que... aparentas más.

El incipiente enfado de Paz pasó rápido al darse cuenta de la razón de la incredulidad del muchacho.

—¿Y tú cuántos tienes?

—¿Cuántos me echas? —la retó Pedro.

—Pues no sé... por lo menos catorce.

—Quince.

—¿Quince...?

—Bueno... —rectificó el chico titubeando—, casi dieciséis.

—Pues tú sí los aparentas —comentó Paz, bromeando por primera vez.

—Ja, ja, no me estarás llamando viejo.

Permanecieron charlando hasta que el padre de Paz la llamó para preguntarle, muy enfadado, por el chaval con el que hablaba.

—No quiero verte con ningún niño. ¿Me has entendido? Tú con quien tienes que hablar y jugar es con niñas. Espero no tener que repetírtelo.

Paz asintió y, cuando fue a mirar de nuevo a Pedro, este había desaparecido.

A la mañana siguiente, cuando pasaban por delante de la recepción al salir del salón donde servían los desayunos, Paz se llevó una enorme y desconcertante sorpresa. Tras el mostrador del hotel, el chico que atendía ¡era Pedro! Serio y uniformado. Tieso como si le hubieran puesto un palo en la espalda. Paz no salía de su asombro. Inventó una excusa para no subir en el ascensor con sus padres y volvió a la conserjería para hablar con él.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Hacía gracia que le hablara en voz baja, como si fuera una espía.

—Muy sencillo: me han contratado como botones —respondió él en un tono cómicamente bajo.

—¿Y por qué no me habías dicho nada?

—Es que como nada mío te importa...

—Yo no he dicho eso.

—¿Entonces, te importo?

—¡Ay, qué tonto eres! —Paz era una niña, no resultaba difícil acorralarla, aunque Pedro lo hacía con cariño.

—No te enfades conmigo. Me gustas cuando sonríes.

—¿Desde cuándo trabajas aquí? No te había visto antes.

—Es que he librado dos días.

Paz no dijo nada más, se limitó a regalarle una amplia sonrisa tan franca como cómplice y salió corriendo hacia las escaleras.

El día de la partida, Pedro quiso despedirse de ella pero sus padres no la dejaron. Observaba pacientemente cómo cargaban las maletas en el coche. Cuando el Gordini de color beige se puso en marcha, Paz se despidió de Pedro a través del cristal del coche sólo con la mirada...

Él le lanzó un beso inocente en la distancia.

* * *

Barrio del Buen Pastor (Barcelona), octubre de 1975

Sus amigas Lydia, Gloria, Patry y Cris, rodeaban en círculo a Paz para que les contara todo acerca del tal Pedro.

—No hay nada que contar. ¡Qué pesadas!

—¿Pero es guapo? —quiso saber Lydia.

—Pues no sé... —respondió Paz—. No es ni guapo ni feo, ¡yo qué sé! Además, es muy mayor.

—¿Ah, sí? ¿Cuántos años tiene?

—Dieciséis.

—¡Halaaa! —gritaron todas a la vez.

Que cuatro años de diferencia entre dos personas no son nada lo aprenderían, como corresponde, al ir creciendo. Pero en aquella edad cuatro años eran un mundo casi insalvable. Casi...

—¿A ti te gusta? —preguntó Patry abiertamente.

—¡Que me va a gustar! Estás loca.

—¿Entonces por qué hablas todo el rato de él?

Paz buscó rápidamente una respuesta que, si no resultaba convincente, al menos sirviera para que se callaran y la dejaran tranquila con el tema.

—Porque... es un amigo nuevo, es de fuera de Barcelona... y...

—¿Y...? —quiso saber de nuevo Patry.

—Vaaale, y porque es muy simpático.

—Pues nada, ¡a esperar al año que viene!

Sí. Tendría que esperar al siguiente año para volver a ver a Pedro. Tampoco era tanto.

* * *

Para ver a su abuela, en cambio, tuvo que esperar menos. A mediados de aquel mes de octubre llegaba para quedarse a vivir con ellos. La mala relación con Carmen había empeorado al dar su hija un paso más que fue ya imperdonable para Antonia: se había quedado con la casa familiar y a ella la tenía arrinconada. Junto a la casa principal, que era bastante grande, el abuelo construyó en su día una más pequeña a la que Carmen se trasladó al casarse. Pero al regresar de Hospitalet, y con la excusa de que así estaría más cerca de su madre y podría cuidarla, ocupó con toda su familia la casa grande, de la que finalmente acabó echando a Antonia y enviándola a la otra casa, que además de ser mucho más pequeña no estaba bien acondicionada. Antonia lo vivió como una afrenta. Encima Carmen le cortó el teléfono para que no pudiera comunicarse con nadie. Un dislate incomprensible. El único aliciente de la abuela durante mucho tiempo fueron las cartas que su nieta le escribía. Nada más.

Ahora ya estaba en Barcelona. Su llegada supuso toda una revolución en la familia y coincidió con un hecho que marcaría la historia de España. Aquellos días veían en Televisión Española las noticias sobre el ingreso del jefe del Estado, Francisco Franco, en un hospital madrileño. Tras una larga agonía, el 20 de noviembre falleció.

Decretaron fiesta en señal de duelo en los colegios del barrio. Concha y su madre, recién llegada, lloraron la pérdida de Franco, mientras que Diego se alegró y dijo que ya era hora de que el dictador se marchara de este mundo. Después, y ante infructuosas recriminaciones de su esposa y su suegra, abrió una botella de sidra para celebrarlo.

Siguieron por la televisión el funeral y todos los ritos y ceremonias. Diego y Antonia se pasaron días enfadados por ese asunto. Paz se limitaba a observarlos.

Los padres de Patry, emigrantes de Almería, también se alegraron de la muerte de Franco. Las amigas se lo contaban por teléfono, en aquel barrio no se hablaba de otra cosa. Ellas no tenían muy claro por qué media humanidad lloraba y la otra media daba saltos de alegría.

—Pero entonces —quiso saber su amiga—, ¿en qué quedamos, Franco era bueno o malo...?

—¡Qué cosas preguntas, Patry...!

Ruinas

(Barcelona, 2012)

*No era lluny. Tampoc no era difícil.
El que és lluny i difícil és la costa
que deixo enrere i no veuré mai més.*[\[1\]](#)

JOAN MARGARIT,
«UN LLOC».

Paz recibe una llamada de su marido en su teléfono móvil. Se retira a su habitación de soltera para hablar con más tranquilidad.

—Mira, Paz, no creo que sea necesario llegar a los tribunales para poner fin a nuestro divorcio. Tenemos que hacerlo de forma pacífica, ¿no te parece? Lo natural, lo sensato, es que estemos de acuerdo en cómo terminar nuestra relación.

Claro, piensa Paz, se refiere a que estén de acuerdo en que él que se quede con todo y ella en la calle y sin nada. No está dispuesta a permitir que se salden así más de veinte años de matrimonio porque lo considera injusto.

—¿Y qué pasa con el dinero que yo he aportado, por ejemplo, a nuestra casa? Me convenciste para que la propiedad se pusiera a tu nombre porque era más rentable fiscalmente. Ahora tendremos que hacer números.

—Ay, Paz, no te veo haciendo números. —El tono de autosuficiencia e incluso de burla de Mario es tan despectivo que Paz prefiere pasarlo por alto para poder seguir manteniendo la conversación. De lo contrario habría colgado.

—Eso no me preocupa, Mario, para eso ya estás tú, ¿no? A ti se te dan muy bien.

—Creo que tienes una idea muy equivocada de cómo funciona esto, querida. No tenemos hijos, así que firmamos que queremos divorciarnos de mutuo acuerdo y fin de la historia.

—¿Fin de la historia...? ¿Así... sin más? ¿Fin de la historia porque tú decides que sea así? Creo que quien está equivocada no soy yo. Por cierto, otro asunto que tenemos que regularizar es el de la casa de la playa, ¿o también se te ha olvidado que pagué el terreno en el que se construyó?

—Tú y tus fantasías, Paz.

—¿Fantasía? Estamos hablando de algo muy serio, Mario. Tomar la decisión de acabar un matrimonio ya es de por sí doloroso, aunque a juzgar por tu actitud no parece que a ti te esté doliendo nada más que tu bolsillo, pero no pienso permitir que me dejes sin lo que me corresponde. El dinero que he aportado a nuestra relación es el fruto de mi trabajo de toda una vida. Se suponía que todo cuanto teníamos era de los dos, eso dijiste, ¡joder, eso dijiste! ¿Cómo puedes hacerme esto? ¡Cómo! —le grita.

—No sé de qué me estás hablando.

La conversación sube de tono.

—Escúchame bien, Mario. He puesto dinero en varias propiedades que, tonta de mí, permití que se escrituraran a tu nombre. ¡Confíe en ti, eras mi marido! —Paz eleva la voz—. Tú y yo sabemos que fue así y eso hay que arreglarlo ahora.

—¿Ah, sí...? ¿Y eso quién lo dice? Es tu palabra contra la mía. ¿Se te ha olvidado que esas escrituras también están a mi nombre?

No puede creerse que el hombre con el que ha convivido tantos años y al que ha amado incondicionalmente la trate así y sea capaz de cometer la tropelía que anuncia. Anteriormente ya se habían separado en un par de ocasiones pero volvieron a estar juntos; ni siquiera emprendieron trámites legales. La primera vez fue a los siete años de casados y estuvieron separados y viviendo en ciudades distintas un año y medio. Entonces, Paz cogió la puerta y se marchó sólo con sus cosas y un par de muebles. Pero ahora no está dispuesta a hacer lo mismo. No se trata tanto del valor material (que también, ya que están en juego los ahorros de su vida), sino de lo que esconde, en el fondo, la supuesta avaricia de Mario: que tantos años juntos carecen de valor para él —¿qué diferencia hay entre veinte años o una relación pasajera de un verano, por ejemplo, si lo que pretende es sencillamente decir adiós, sin más?— y que con su comportamiento miserable da por hecho que él no ve necesario respetarla, así como tampoco respetar el profundo amor que ella había demostrado al consentir que todo aquello que iban adquiriendo entre los dos se pusiera a nombre de una de las sociedades de Mario en la que ella no participaba. Bueno... lo cierto es que Paz no ha participado nunca en ninguna sociedad de su marido. Es más, en cierta ocasión llegó a enterarse por la prensa de la existencia de empresas de su cónyuge desconocidas para ella.

Se arrepiente de haber aprendido demasiado tarde que el amor nada tiene que ver con lo material y que para Mario no significó nunca nada que ella hiciera eso para demostrar cuánto lo quería. De poco sirve ahora ahogarse en lamentos.

Acaba de cumplir cuarenta y nueve años, y su marido, tras más de veinte casados y varias relaciones extramatrimoniales que Paz descubrió de golpe, le ha pedido el divorcio. Lo ha hecho de una manera cobarde, como suele ser habitual en él cuando algo le incomoda. Después de que ella se hubiese pasado el último año rogándole que se sentaran a hablar porque su relación naufragaba sin orillas en las que agarrarse, Paz descubrió tres infidelidades ocurridas en tiempos distintos a lo largo y ancho de su matrimonio. Sobre todo a lo ancho, a juzgar por las mujeres que habían cabido en el mismo.

Su corazón le dijo que no había otro camino posible que separarse y entonces él se adelantó diciéndole exactamente lo mismo, aunque sin apelar al corazón. Fue sólo una cuestión de tiempos ya que ambos habían llegado a la misma conclusión. Paz ha tardado dos décadas en admitir el abismo que la separa de Mario.

Es duro que su marido pueda dejarla en la ruina económica a punto de entrar en la temida década de los cincuenta. Siempre pensó que cruzaría esa frontera de edad de la mano de Mario, de la misma manera que ella lo había acompañado cuando a él le tocó vivirlo al ser más de trece años mayor. Pero Mario es así, jamás cambiará de forma de ser. Paz sabe que por más mujeres con las que esté, con todas, sin excepción, acabará comportándose del mismo modo, aunque ninguna de ellas creará que le pueda pasar.

Ya no quiere pensar en las otras mujeres que ha habido durante su matrimonio. ¡Y las que seguirá habiendo! Alguien debería avisarlas, ¿no...?

La ocurrencia que acaba de tener le hace sonreír.

Su marido corta la llamada de muy malas maneras coincidiendo con la entrada de su madre en

la habitación.

—¿Era Mario, verdad?

—Sí —responde Paz con sequedad.

—Hija... tenéis que hacer bien las cosas.

—No me sermonees, y menos después de lo que me has hecho.

—¿Es que no vas a perdonarme?

—¿Acaso crees que es tan fácil, mamá? Qué casualidad, Mario también ve las cosas muy fáciles. Un chasquido de dedos y, ¡zas!, ya divorciados, aunque me eche a la calle, me quede sin nada y en la ruina.

—¿En la ruina? —Concha se alarma.

—Déjalo, mamá, ya te lo contaré en otro momento.

—Quiero que me lo cuentes ahora.

—¡Pues yo no quiero! —Paz le grita sin haber querido hacerlo, está todavía nerviosa por la llamada de Mario—. He fracasado, mamá, mi matrimonio ha sido un verdadero fracaso y cuando estoy a punto de divorciarme me entero de que ha sido una farsa, un engaño continuado. Y no puedo evitar preguntarme cómo habría sido mi vida de haber seguido con Pedro. Sí, con Pedro. Pero tú no me dejaste que eligiera. Ocultándome aquellas cartas tal vez te hayas cargado no sólo mi felicidad sino también mi vida.

Las últimas palabras le han salido con dificultad, trémulas. La pesadumbre de la situación es excesiva. Angustiosa. Demasiados años cayéndole encima de repente, antojándose vacíos.

Es demasiado.

Durante la conversación con Mario, Paz no ha quitado ojo de las cartas que reposan sobre la mesa de estudio. No puede resistirse, vuelve a leer una.

Mi amor... cuando acaba el día y me meto en la cama tu imagen se me aparece, con tu oscura melena ondeando y bañada en el blanco de la espuma de olas que nos envuelven hasta fundir nuestros cuerpos. Te siento con tanta fuerza... tan dentro de mí, que a veces creo que te has apropiado de todo mi ser. Y eso me causa tal satisfacción que no creo que exista mayor éxtasis en la vida.

Se pregunta qué habrá sido de Pedro. Abre el ordenador y realiza varias búsquedas, hasta que da con él, en foto y en un vídeo en el que habla de cómo Altea es una inspiración para su obra. Lo contempla como lo que es en la actualidad: un hombre completamente extraño para ella. Sin embargo, junto a ese hombre escribió algunas de las páginas más importantes, bellas y a la vez dolorosas, de su vida.

Se recuesta en el sillón para ver el vídeo una vez y otra. Hasta que detiene la imagen de Pedro y sus ojos vidriosos se quedan enganchados a ella...

—¿Nora? —llama a su amiga por teléfono—. ¿Cuándo vas a venir a ayudarme?

* * *

Concha tiene puesto un CD de zarzuela. Paz está contemplando el mar al fondo a través de la ventana de la cocina. El ático de sus padres está ubicado en la parte nueva del barrio de Gracia. Desde allí se divisan los rascacielos que se construyeron en la Barceloneta, junto a la zona que se llamó Villa Olímpica, con motivo de los Juegos Olímpicos de 1992. Recuerda las campañas

promocionales con Pasqual Maragall como alcalde, en los años ochenta, que cubrió siendo muy joven para el Circuito Catalán de Televisión Española, que así se llamaba entonces. «Barcelona, ¡posa't guapa!», «Barcelona, cara al mar»... En aquel tiempo empezaba a ejercer el periodismo, tenía veinte años y todo aquello le resultaba tan excitante... Un tiempo en el que se convirtió en testigo de cómo la ciudad se fue transformando en sus contornos marítimos. Paz y la ciudad crecían juntas y evolucionaban hacia su madurez.

La playa de la Barceloneta, cuajada de *xiringuitos* y merenderos, herederos de las primeras casas de comidas de finales del siglo XIX, que nacieron para ofrecer cocinado lo que los pescadores capturaban de noche, se había convertido en una serpiente de restaurantes encajonados unos con otros. Cal Pinxo, Can Costa, El Salmonete, el Malvarrosa... constituían un reguero de locales populares en cuya parte trasera se escondían, como un tesoro, modestas terrazas en la playa. En verano llegaban a poner las mesas directamente sobre la arena. Pescado fresco, marisco y paellas junto al mar.

Aquellos reductos de la zona más auténtica y canalla de la ciudad, edificaciones de una sola planta, en la que coincidían putas y niños bien, sentados en mesas de madera, cojas, que se calzaban con trozos de cartones sucios, se convirtieron en pasto de las máquinas excavadoras durante la primera mitad de los años noventa para ir dando paso a sofisticados locales e imponentes hoteles que se erigían como vigías dominando el Mediterráneo.

Le pregunta a su madre si aún guarda sus camisetas antiguas. Ella le indica, queriendo recordar, que deben de estar en uno de los cajones de la habitación estrecha, la que ocupaba la abuela. Paz rebusca hasta que encuentra una camiseta blanca con el lema, en catalán, «Barcelona, ¡ponte guapa!».

Va a su habitación y coge las cartas de Pedro. Recuerda que en 1992 lo seguía teniendo en su cabeza aunque ya daba por superada la historia que asumió como imposible. Ahora lo contempla de una manera distinta después de haber conocido la realidad y la ocultación, por parte de su madre, de aquellas cartas de amor. Ella sabía que él la amaba profundamente pero jamás creyó que tanto. Y ahora no sabe dónde colocar el inmenso dolor de la pérdida, sufrido entonces.

Coge su ordenador portátil y anota unos teléfonos que ha buscado. Los mira durante un rato hasta que se decide a marcar el número de la concejalía de cultura de Altea para preguntar por el taller de Pedro Rey... Y en ese instante, mientras anota el número, repara en lo poco que ha pensado en Altea durante tantos años. Es como si los recuerdos de aquel pueblo luminoso de blancos y azules añil, de mar en calma, de calles pintorescas, hubieran huido deliberadamente de su corazón para evitarle el daño de no alcanzar de nuevo lo que un día les hizo felices. Pero, ¿ahora seguirían siendo igual de inalcanzables?

* * *

El teléfono móvil de Paz recibe un mensaje escrito de su marido en un tono agresivo. «¿Se puede saber por qué ayer no me cogiste el teléfono en todo el día? ¿Pero tú qué te has creído? Si te llamo, atiéndeme, joder. ¡Me pasé el día llamándote! Como si no tuviera nada mejor que hacer, vamos. Tenemos que hablar, ¡urgente!, hoy sin falta. Te has vuelto loca, esto hay que pararlo».

Ella ya sabe de qué se trata, seguro que le han notificado la demanda de divorcio. Y, a juzgar por sus palabras, no parece haberle sentado muy bien. ¿Qué esperaba?, se pregunta Paz. Una vez ha quedado claro que la ruptura es inevitable, no van a estar a perpetuidad conviviendo bajo el mismo techo sin adoptar ninguna decisión, como él propone. Bueno, en realidad, lo que Mario

propone es quedarse con todo y que Paz se vaya de la casa. «Ya sabes dónde está la puerta», le dijo, ¡después de veinte años de matrimonio!

Apaga el teléfono y sigue tomando notas sobre Pedro y Altea.

Hay circunstancias, personas, trozos de vida, que tienen que empezar a doler menos, aunque ahora todavía no parezca posible. Pero llega un feliz día en el que lo es. Y entonces esas personas que ya no duelen se quedan enredadas, ellas solas, en la maraña del daño que pretenden seguir infligiendo pero que ya no produce el efecto por ellas deseado.

Es difícil calibrar el desequilibrio de las emociones. O por qué tomamos una decisión sin pensar en sus posibles consecuencias. ¿Tal vez porque entonces no daríamos un paso jamás?

Cuando Mario le propuso casarse, Paz empezó a recibir felicitaciones, algunas de ellas envenenadas, de amigos que lo conocían bien. Junto al «enhorabuena» de turno hubo quien lo acompañó de un «Es increíble, Mario no es un hombre al que le vaya el matrimonio», «Él hace siempre su vida y es muy egoísta como para dar ese paso», «Ha tenido muchas relaciones pero jamás ha querido casarse, ni siquiera con la madre de su único hijo»... De todas las advertencias, una llamó la atención de Paz sobre las demás. Una que tenía que ver con la llegada al mundo de ese niño. Provenía de Miriam, la esposa de uno de sus mejores amigos de Marbella:

—Yo en tu lugar, me andaría con ojo. A todos nos ha sorprendido la noticia.

—No creo que sea para tanto.

—Me da la sensación de que no conoces la historia.

—¿Qué historia debería conocer?

—Verás, Mario es muy dado a tener aventuras. Cuando la madre de su hijo estaba en el hospital pariéndolo, él andaba paseándose con su amante de turno. Algún gracioso tiró de humor y de ironía diciendo que, al menos, no tendría el problema de confundirse de nombre cuando estuviera en la cama con cada una de ellas ya que ambas se llamaban igual: Patricia.

—Vaya... No tenía ni idea. ¿Pero por qué me cuentas esto? —A Paz le incomodó lo que le acababan de desvelar, era lógico que así fuera.

—Mario será uno de los mejores amigos de mi marido pero a mí nunca me ha caído bien. Siempre ha ido muy de sobrado con todo el mundo. Codearse con gente rica a la que le cambia la vida operándola no le ha bajado los humos sino más bien lo contrario. Sólo he querido advertirte, ándate con ojo con él. En cuanto pueda te la pegará.

Paz cometió la torpeza de creer que a ella no le pasaría; que con ella sería distinto porque a ella la amaba de verdad.

Ella...

Ella dejó de existir para él al poco de casarse. Es el tipo de hombre seductor y, en cierto modo, encantador de serpientes, que se cansa de un trofeo cuando lo ha conseguido. Paz no imaginó, al aceptar la proposición de matrimonio, que era eso, un trofeo, una especie de botín de lujo: una chica más joven que él, famosa sin pretenderlo, con una pátina de intelectualidad debido al mundo profesional en el que se movía... Exactamente lo que él ni era ni tenía. El complemento ideal que le faltaba. Mario y ella componían la pareja perfecta.

No ha vuelto a ver a la tal Miriam. Tampoco sabe qué ha sido de ella. Pero algún día posiblemente le agradezca el consejo que le dio, aunque de nada sirviera debido a su estupidez. También cabría pensar que no hizo caso porque estaba muy enamorada de Mario. Pero a estas alturas nadie sabe mejor que ella que no atendió a la advertencia por necedad, por esa idea absurda que siempre tuvo del amor romántico que tanto le recriminaba Nora cuando eran jóvenes.

Lo cierto es que no tardó en darse cuenta de que las advertencias no eran vanas. La gran

pregunta es por qué se quedó. Por qué no huyó antes de que todo fuera a peor. El planteamiento de la boda ya la puso en alerta sobre la verdadera personalidad de Mario. Bajo la apariencia de pretender sorprenderla —«Mereces esto y mucho más»—, organizó un banquete nupcial que podría situarse en la cara opuesta de la idea que Paz tenía acerca de la celebración de su boda. Trescientas personas en un hotel de cinco estrellas en Marbella con orquesta y coro rociero. Y, por supuesto, la prensa intentando colarse al mínimo descuido. Le entró tal agobio que acabó con Nora encerrada en un cuarto de baño, de lujo, revestido de mármoles y dorados pero que a Paz sólo le provocaban unas ganas descontroladas de llorar. Todo a lo grande... sin contar con ella, con sus deseos, con sus intenciones de «una boda íntima, lo único que me importa es que tú y yo nos casamos», le dijo inocente la única vez que él le preguntó cómo le gustaría que fuera su boda. Luego entendió por qué no volvió a preguntarle.

El presente nos hace creer que habría sido fácil enmendar los errores del pasado. Pero no es más que una ilusión. Cambia la perspectiva de los hechos pero sólo porque el tiempo nos permite conocer las consecuencias que tuvieron.

Cada semana, sin saltarse ni una sola, Mario se ausentaba varios días para atender su clínica de cirugía estética en Marbella, eso decía. Paz podía haber pensado que atendía algo más que los asuntos médicos pero no quería hacerlo. Se acostumbró a hacer ella también su vida; una vida que encajaba más en una persona soltera que en una casada. Su trabajo, sus amigos, sus noches bailando o tomando copas con ellos. Su dedicación a la escritura, sin horarios. Cuanto mejor le iba en la literatura, peor en su matrimonio, como si una ecuación perversa del destino se hubiera apoderado de ellos.

Aunque reconoce que de vez en cuando se metía en la cama abrazada a la historia que aquella Miriam le contó para prevenirle, mientras Mario paseaba su prepotencia y su fama por Marbella a la caza de una nueva conquista.

Ahora Paz se pregunta cómo fue posible que jamás se hubiera enterado de ninguna aventura de las muchas que su marido había tenido. Sus amigas le insisten en que algo así siempre se acaba notando.

Se le ocurren varias respuestas: su marido es la persona que mejor miente del mundo, nunca ha conocido a nadie para quien la mentira sea un modo de vida; acostumbrado a ello a base de experiencia, Mario conocía los métodos más eficaces para no ser descubierto, es decir que ejercía en su vida íntima una discreción que en la pública se convertía en exhibición casi permanente; estudiaba con atención a su posible amante para asegurarse de que no le causaría problemas cuando rompiera la relación. En fin, podría pensar en más respuestas a su pregunta pero todas se centran en él y bordean con habilidad la verdadera razón. Posiblemente porque esta hace daño de verdad, mucho más que cualquier otra: no lo vio porque no quiso verlo. Se acomodó en un matrimonio insatisfactorio debido a que resultaba más fácil que romperlo. Eso en su caso. En el de Mario era más evidente, la comodidad de tener sus historias al margen del matrimonio pero a la vez sus asuntos domésticos en orden y la buena imagen que suponía mantener su unión compensaban la insatisfacción por enorme que esta fuera.

¿Pero no hubo ningún momento de felicidad?, le susurra su conciencia. Por supuesto que los hubo, se responde, pero sólo cuando Mario lo decidía, se lo proponía o le venía bien. El matrimonio era para él un accesorio de lujo, como quien entra en una tienda de Prada o de Bulgari. Medía tan bien sus tiempos que reaccionaba sorprendiendo a Paz cuando la tensión entre ellos era insostenible.

Las dos ocasiones en las que se separaron temporalmente se produjeron por iniciativa de ella.

En las dos ocurrió lo mismo. Su ausencia motivaba a Mario a volver a conquistarla. Entonces le prestaba más atención que Romeo a Julieta o que el amante de Teruel a su Isabel, la colmaba de regalos y atenciones, se mostraba galante y seductor, y volvían a las andadas. Pero la tercera vez fue diferente. Después de plantear Paz que su relación no podía seguir como estaba y que debían hablar sobre qué hacer, Mario le salió al paso pidiéndole el divorcio.

Han transcurrido apenas meses y a Paz le parece una carga que arrastrara de años. Y es que en verdad la arrastra. Por eso hay personas, pedazos de nuestra vida, que tienen que empezar a doler menos. Porque es ahora cuando sabe que no merecieron la pena.

* * *

—Tienes que ayudarme con lo de Pedro, Nora. Te lo pedí el otro día y la idea no se me ha quitado de la cabeza.

—¿Sigues queriendo encontrarlo?

—Sí.

—No sé si es lo mejor, Paz. Piénsalo detenidamente.

—Ya lo he pensado. ¿Tú podrías vivir tranquila con esa deuda pendiente de tu pasado?

—Vale. Está bien, cuenta conmigo.

—Gracias, Nora. Te necesito en esto.

—¿Cómo en los viejos tiempos?

—¡Eso es! Como en los viejos tiempos...

Disfrutaron de la sola idea de poder compartir tiempo y confidencias como antaño. Apuraron la tarde brindando con chardonnay y ahondando en el plan que tenía a Pedro como objetivo.

—¿En todos estos años no has sabido nada, pero nada, de él...?

III
Barcelona
(Años 70/80)

CAPÍTULO 27

AQUELLA OTRA BARCELONA

Además de los viejos chalés y de algún otro más reciente, construido en los años cuarenta, cuando los terrenos eran baratos, se ven casitas de ladrillo rojo levantadas por emigrantes, balcones de hierro despintado y herrumbrosas y minúsculas galerías interiores, donde hay mujeres regando plantas que crecen en desfondados cajones de madera y muchas que tienden la colada con una pinza y una canción entre los dientes.

JUAN MARSÉ,
Últimas tardes con Teresa.

Barcelona, mediados de 1976

La Barcelona de Porcioles. Así se conocía, en aquel tiempo, a esa gran metrópoli catalana a la que Diego y Concha, y, como ellos, miles de emigrantes, habían ido llegando siendo alcalde José María de Porcioles. Lo fue durante dieciséis años, hasta 1973. La Gran Barcelona (idea que tenía el alcalde en su cabeza) era la de un desmesurado desarrollismo urbano que debía acoger y asimilar verdaderas avalanchas humanas procedentes de las zonas más paupérrimas de España. Se construían inmensos bloques de pisos en la periferia para evitar así que se formaran núcleos de barraquismo o poblados de chabolas sin control. Pero al final se formaron. Aquellas barriadas, como el Buen Pastor y su vecina del Barón de Viver, o el Turó de la Peira, La Mina o el Campo de la Bota, inicialmente poblado, este último, por malagueños pero que acabó acogiendo a los expulsados de las barracas de Can Tunis, el Somorrostro y la Perona cuando esas zonas fueron *limpiadas* en 1966 para preparar la visita de Franco, se convirtieron en verdaderos guetos en los que el franquismo mantenía marginada a la población emigrante, que intentaba sobrevivir entre el populismo y la dignidad.

En algunas pequeñas poblaciones del Vallés, los ridículos esfuerzos por hacer patente el abismo clasista que debía separar a emigrantes de los vecinos oriundos se extendía a distintos ámbitos de la sociedad. La Llagosta, donde Diego tenía algún amigo, un pueblo de *pagesos* (campesinos) de tan sólo seiscientos habitantes, que se convirtió en industrial con la implantación de fábricas que absorbían la ingente mano de obra no catalana, representaba un claro ejemplo de ello. Prácticamente la única actividad de ocio se resumía en asistir a misa de doce, que ya empezaba a celebrarse en catalán, y después bailar sardanas en la plaza del pueblo. En el centro

danzaban miembros de familias pertenecientes a la burguesía catalana. A un lado lo hacían pequeños grupos de murcianos y andaluces de Almería, los primeros en llegar a Cataluña. Los demás emigrantes, en su mayoría procedentes de Andalucía, se apiñaban como meros espectadores alrededor de la plaza sin participar en los bailes. Eran ciudadanos de segunda, o de tercera. Y, peor que eso, sus hijos también lo eran. Sus bautizos y comuniones quedaban relegados a horas intempestivas de eucaristía, como las siete o las ocho de la mañana, en contraste con las de los hijos de catalanes, para los que se reservaba siempre la misa central de doce.

Ellos, los emigrantes, apenas salían de sus barrios. Sólo los hombres, y lo hacían para ir a trabajar. En el caso de las mujeres tardaban meses, a veces incluso años, en conocer rincones céntricos de la ciudad.

—Vayamos al centro, nunca salimos. Siempre estamos metidos en el barrio —le pidió Concha a Diego.

Era domingo y había amanecido un día soleado que invitaba a echarse a la calle.

—Yo estoy harto de ir al centro todas las mañanas —renegó Diego.

—Claro, para ir al banco a trabajar. Pero nosotras parece que vivamos en Asturias. Apenas conocemos Barcelona. La plaza de Cataluña, hoy domingo, estará preciosa.

Lo que estaba era llena de gente y de cagadas de palomas. Familias enteras se entretenían en tirar migas de pan al suelo para que las aves se lanzaran a comer, con lo que el paisaje estaba colonizado por cientos de alas que batían sin cesar en el aire y un rastro de excrementos en el suelo.

Caminaron Ramblas abajo hasta llegar al barrio Gótico, ante cuya catedral se arremolinaba un amplio círculo de personas cogidas de las manos, que danzaban alrededor de una montaña de abrigos y bolsos depositados en el suelo, en el centro.

—¡Yo quiero bailar! Voy a meterme en el círculo, ¡vigila a la niña! —exclamó Concha entusiasmada, dispuesta a hacerlo, pero la detuvo su marido.

—Anda y no digas tonterías, ¿bailar, tú, «sardinas»?

—No seas burro, Diego. Se dice sardanas.

—¿Ah, sí...? ¡No me digas! —respondió, burlándose de Concha... y de las sardanas—. Unos saltitos *pálante*, que parece que les ha picado una culebra, otros saltitos *pá* un lado, y las manos cogidas en el aire. ¡A cualquier cosa le llaman baile! —siguió insistiendo Diego.

—Son tradiciones, hombre. Y está bien que las recuperen, porque me han contado que Franco las había prohibido. Dicen que fue Porcioles, el alcalde ese que ya no está, el que empezó a permitir las.

—¡No me extraña que las prohibieran! Donde se ponga una sevillana... eso sí es un baile bonito. Mira como Franco no prohibió las sevillanas.

—Yo no sé si las prohibió o no, pero bailarse... poco se bailaban las sevillanas en tiempos de Franco, reconócelo.

—Bah, eso son *paparruchás*...

—Se dice paparruchas —le corrigió Concha, armándose de paciencia.

—¡Pues sí que estás tú fina hoy! Venga a corregir, venga a corregir...

Como perro y gato terminaron de echar la mañana y regresaron a casa sin dejar de discutir. Cambiaron el folclore catalán, como tema de discusión, por la realidad económica de su vida a mil kilómetros de casa.

—Ahora somos cuatro de familia con la abuela. No podemos hacer frente a tantos gastos.

—¿Por qué no vuelves a coser?

—¿Crees que no lo hago? Lo que pasa es que no me ves porque coso por las noches, mientras dormís. Durante el día, con las tareas de la casa, es imposible. Me dejo la vista cosiendo cada noche. —Diego calló. Pero Concha continuó—: Yo podría hacer algo.

—¿Más de lo que haces?

—Me refiero a algo distinto... fuera de casa. —Apenas se atrevía a decirlo—. Con la costura se saca poco para tanto sacrificio.

—¿Fuera de casa? —recalcó Diego con la misma sorpresa que si le hubieran comentado que un elefante estaba entrando en el salón—. ¡Anda, quita, quita!

* * *

Entre Concha y Diego creció un abismo de silencio. Iban pasando los años en Barcelona y la vida seguía siendo dura para ellos.

Últimamente Diego se pasaba los domingos en la Casa Regional de Andalucía. Incluso, en algunos fines de semana, también los sábados. Fue el día en que acabaron en la plaza de la Catedral discutiendo sobre las sardanas cuando Diego descubrió dónde estaba la sede. Iban caminando de regreso vía Layetana arriba y a la altura del número cincuenta y nueve vio el cartel. Concha no, porque ella iba pendiente de que Paz no se soltara de su mano.

Desde ese momento él no se lo quitó de la cabeza, hasta que se decidió a hacer una visita a partir de la cual su corazón se quedó enganchado a aquel local lleno del alma de su tierra a través de elementos decorativos andaluces. Allí dentro era feliz, se sentía protegido y a gusto. Encontró lo que sabía que existía pero desconocía adónde ir a buscarlo: otros muchos andaluces que deseaban conservar sus costumbres y tradiciones, y mantener intactas sus señas de identidad. Para ello se juntaban en la Casa Regional que llevaba funcionando desde 1969. Organizaban jornadas de flamenco todas las semanas, que incluían lo que llamaban *mañanitas flamencas*, y celebraban varias fiestas típicas de su tierra. ¡Hasta una feria de abril! A Diego le contaron que la primera se celebró en Castelldefels dos años después de inaugurarse la Casa Regional.

La añoranza aumentaba. Y, con ella, el recuerdo perenne del limonero...

Una tarde, Diego entró en la habitación de Paz a buscar un libro, un hecho extraordinario en él pero que, en aquel momento tenía todo el sentido —y el sentimiento— del mundo. A pesar de su escasa formación y de su poco afán por la lectura, había un libro de poemas que recordaba de su infancia, con el que aprendió a amar la poesía. Claro que a amar sólo la poesía de ese libro; nada más. Pero a él le bastaba.

Lo encontró en la pequeña librería de su hija. *Campos de Castilla*, de Antonio Machado. Y todo porque comenzaba con «Mi infancia son recuerdos de un patio de Sevilla», y hablaba de un limonero. Hablaba, pues, de la vida. Hablaba, para él, del pueblo, de la campiña sevillana, de los pequeños huertos andaluces... Cogió una hoja de papel en blanco y un lápiz, y comenzó a escribir:

Mi infancia son recuerdos de un patio de Osuna,

y un corral claro donde madura el limonero;

mi juventud, un camino de ida y vuelta

entre Andalucía y Cataluña;

mi historia, algunos casos que recordar no quiero...

Paz no supo qué le impresionó más, si ver a su padre coger un libro de Machado o las frases que se había inventado para componer un poema similar al del autor sevillano.

Conmovida por lo que descubrió a través de las palabras de su progenitor —la desconocida añoranza como sufrimiento—, cuando él le devolvió el lápiz lo abrazó en silencio, a lo que Diego respondió sólo con un suspiro.

Un suspiro que albergaba todo el amor del mundo, sintiéndose por fin comprendido por alguien de su familia.

* * *

Barcelona, diciembre de 1977

Dos años habían transcurrido desde la muerte de Franco. En todo el barrio no se hablaba de otra cosa que no fuera el estreno en los cines de *Perros callejeros*, de José Antonio de la Loma. Sus protagonistas, Juan Moreno Cuenca, el Vaquilla, y Ángel Fernández Franco, el Torete, se habían conocido en 1970 en el barrio suburbial de La Mina, en el transcurso de una pelea callejera, siendo apenas unos niños de diez y nueve años respectivamente. Al segundo le puso el apodo del Torete precisamente el director De la Loma al ofrecerle que encarnara en el film a su amigo el Vaquilla por ser este menor de edad y no obtener el permiso correspondiente de prisiones para poder interpretarlo él mismo. Ambos delincuentes, unos quinquis como se les conocía en el lenguaje de la calle, menores de edad, se especializaron en tirones de bolso y robos de coches; sobre todo asaltaban a parejas a las que desvalijaban antes de sustraerles el vehículo.

En cuestión de días, la película llevaba camino de convertirse en un fenómeno social a pesar de su baratísima y cutre producción. Tenía la peculiaridad de que todos los intérpretes del film eran chicos y chicas de la calle, la mayoría de ellos delincuentes de poca monta; ninguno, actor. La película narraba las correrías de una pandilla de quinquis adolescentes especializados en el robo de coches. Se convirtieron en míticas las carreras a toda velocidad por las calles de Barcelona huyendo de la policía.

En el barrio del *Buenpas*, a los chicos les dio por imitar en la manera de vestir, los malos modos y hasta en los andares, a los protagonistas de *Perros callejeros*. El gran ídolo de entre todos: el Torete. Los nombres del resto de componentes de la pandilla hablaban por sí solos: el Chungo, el Bocas, el Esquinao, el Corneta, el Pirulí, el Pijo, el Mosque, el Fitipaldi...

Convocaron a un grupo de jóvenes para ir a ver la película al centro de Barcelona. El único cine que había en el Buen Pastor, el mítico Ambos Mundos creado en 1948 en el local del antiguo cine Edison, había cerrado sus puertas hacía un año. Ya ni eso les quedaba en el barrio.

A los chicos se unió la pandilla de Paz, Patry y el resto de las amigas. Ambas eran compañeras de colegio desde muy pequeñas y, con el tiempo, se habían convertido en inseparables. Habían asistido juntas a la evolución de las pandillas en el barrio. En esa ocasión se presentaron maquilladas como si tuvieran más de veinte años y con prendas tan ajustadas que posiblemente a alguna le estuviera cortando la respiración. Claro que ellos no es que fueran mejor. Parecían una mezcla entre quinquis y gitanillos, con pantalones excesivamente ceñidos allí donde a los chicos más les duele. Esa era una expresión que Paz había escuchado decir a su madre refiriéndose a la

colocación de los genitales en el atuendo habitual de sus amigos del barrio.

La cita para coger el autobús era en la puerta de la parroquia, que estaba adosada al colegio de Paz, al que pertenecía. Cuando ya estaban todos y se disponían a cruzar la calle les vio de casualidad el Padre Botella, mosén Joan Cortinas, y eso hizo que huyeran en estampida. Era párroco de la iglesia del Buen Pastor y se le conocía con ese apelativo por haberse dedicado a recoger botellas de cava vacías y venderlas para construir la parroquia y el colegio adyacente, en el que estudiaban Patry y Paz. ¡Si llega a verlas de esa guisa! Las chicas estaban sin resuello al subir al autobús.

—¿Qué susto! —exclamó Patry antes de dejarse caer como un fardo sobre uno de los asientos vacíos.

—¿Creéis que nos habrá visto? —preguntó preocupada Paz—. No creo que se lo diga a nuestros padres.

—¡Pues claro que nos ha visto! Ni que estuviera ciego —respondió uno de los chicos de otro colegio.

—Hombre, lleva gafas de culo de vaso, será porque no ve mucho —dijo otro de los colegas.

—No os metáis con el Padre Botella —les cortó Paz—. Es el hombre más bueno que conozco, siempre está pensando en los demás. Por eso no tiene dinero ni para arreglarse las gafas. ¿No os habéis fijado en que las lleva rotas desde hace mil años?

—Bueno, ya, corta el rollo —saltó un listillo que empezó a moverse emulando a los protagonistas de la película que iban a ver—. ¿Creéis que el Vaquilla o el Torete tienen un paquete como este? —dijo, echándose mano a sus partes por encima del pantalón vaquero.

—¡Bufff...! —se horrorizó Paz—. Menuda panda de niñatos.

Por fin llegaron al cine. Daba un poco de risa ver al grupo al completo. Ofrecían una imagen de niños crecidos antes de tiempo; era imposible que les dejaran pasar, aunque bien que lo intentaron.

—Sois demasiado pequeños para ver esta película —les dijo el vendedor desde el otro lado de una diminuta ventanilla en forma de arco.

—¿Qué es «pequeño» para usted?

—Oye, mequetrefe, no te pongas chulo conmigo que aviso a un guardia que acaba de pasar por aquí hace un minuto.

—Anda, déjalo —le aconsejó Patry, viendo que iba a ser imposible convencerlo.

—Esto sí que es ser perro callejero —comentó el listillo—. Nos ha enviado a la puta calle.

Volvieron al barrio en autobús.

—Pues a ver cómo volvemos ahora a casa, es temprano y como mi madre me pille vestida así me caerá una... —Paz hizo un aspaviento con la mano.

—Podemos quedarnos un rato en el parque, hasta que se haga de noche.

—¡Eso! —gritaron todos al unísono, lo que hizo que el conductor les llamara la atención.

Se quedaron horas hablando, riendo, fumando, mareándose entre el humo de porro y cigarrillos. Patry y Paz siempre los rechazaban.

—No necesitamos esa mierda para sentirnos más mayores —se defendía la primera, dándole un manotazo a un chico que, al tiempo que le acercaba el porro también lo hacía su mano hacia su trasero —. ¡Quita esa mano! ¿Qué haces?

—Mira que los tíos sois imbéciles —concluyó Paz, por si a alguno no le había quedado claro.

Fue por aquel entonces cuando Paz se dio cuenta de que necesitaba escapar, huir de los efectos nocivos que tenía para ella el entorno. Sospechaba que tal vez cuando fuera más mayor recordaría

aquellos años con el cariño que ahora era incapaz de dedicarle a su barrio. Había escuchado decir a una chica, una morenita muy pizpireta que bailaba flamenco en la calle por donde las *casas baratas*, que los vecinos del Buen Pastor carecían de todo pero, al mismo tiempo, tenían de todo. Se establecía entre ellos un vínculo que, en medio de la pobreza, quien algo tenía lo compartía con los demás, de modo que a todos pertenecía. Y eso era una especie de tesoro que raras veces se da y que era imposible de entender por gente que no fuera del lugar.

A su edad lo único que podía hacer era refugiarse en su mundo. Y escribir. Componía poemas que le ayudaban a soñar con otra realidad y algún paraíso que podría estar aguardándole tras las fronteras del barrio.

CAPÍTULO 28

LOS SUEÑOS DE LA LUNA

*Esta noche la luna sueña con más pereza,
como sobre cojines tendida una belleza
que, acariciando leve con mano distraída
el contorno del seno, se va a quedar dormida.*

CHARLES BAUDELAIRE,
«TRISTEZAS DE LA LUNA».

Osuna (Sevilla), verano de 1978

Desde que la abuela Antonia vivía con ellos, en las vacaciones de verano pasaron a ser cuatro en el coche viajando al pueblo. Llevaban años quedándose en casa de la abuela Concepción, donde vivían Mariana, hermana de Diego, y su marido José. Era la casa en la que Concha conoció a su esposo cuando fue a visitarlo para pedirle la tela de Tángier. Qué lejos quedaba el hechizo de aquella seda...

A Paz le gustaba pasar largos ratos deleitándose con las fragancias y los frutos del limonero junto a su padre, en el corral, mientras trasteaban con las macetas, muchas de ellas tiestos metidos en latas gigantes de aceitunas o de encurtidos. Un día ya remoto fueron plantados allí con prisa y allí se quedaron perennes.

Desde hacía ya unos años la abuela Concepción parecía tener la cabeza ida. Se pasaba las horas sin salir de su habitación medio en penumbra, balanceándose sin descanso en la mecedora, hablando sola y lanzando unas estruendosas risotadas que asustaban. Tenía la voz potente y muy grave; la misma voz que había heredado Diego.

Osuna cambiaba poco. Igual le sucedía a Diego. Sin embargo, las mujeres de la familia evolucionaban adaptándose cada una de ellas a su propia transformación. Concha, a su nueva vida en la capital. Paz, a su natural crecimiento. Y hasta la abuela, a su edad, se adaptaba a su nueva vida tan lejos de su tierra, de sus recuerdos, de todas sus vivencias... Y viuda.

Con los años, la percepción que Paz tenía de Osuna se había ido alterando; era otra manera de evolucionar, sin duda. Una tarde disfrutaba de un refresco en compañía de un par de amigas en la Peña Bética —uno de los lugares de encuentro social del pueblo—, cuando se le acercó un muchacho para entablar conversación. Era conocida en Osuna como la Catalana; su llegada todos los años se asemejaba poco menos que a un acontecimiento. Ocurría con los hijos de los emigrantes; los jóvenes del pueblo tenían ansia por saber cosas de ese otro mundo fascinante que distaba de ellos mil kilómetros.

El joven se presentó, se llamaba Fernando... Fernando Méndez... Paz aguantó la risa. Le hizo gracia que se presentara así, sin más. Tenía dos años más que ella, aunque lo cierto era que Paz aparentaba mucha más edad de la que tenía. Le pasaba desde pequeña.

Fernando era guapísimo, delgado, no demasiado alto y poseía unos preciosos ojos de color azul cristalino. Por si no bastara, pronto exhibió una simpatía muy seductora.

—¿Así que tú eres la Catalana? Me gustaría invitarte al baile de esta noche.

—¿Tú crees, de verdad, que yo voy a asistir al baile con un desconocido?

—Si aceptas y vamos juntos dejaré de serlo.

—¿Y a ti quién te ha dicho que me gustaría que no lo fueras? Estás demasiado seguro de ti mismo. Muy crecidito te veo.

—¿No te gustan los hombres seguros de sí mismos?

—¿Hombre?... Ja, ja.

—Oye, no sé dónde está la gracia. Los políticos quieren aprobar este año que la mayoría de edad sea a los dieciocho años, así que me faltaría sólo uno para alcanzarla.

A Fernando no le sentó bien que Paz fuera despectiva con él y tiró de ironía.

—¡Y a mí me quedan tres! Anda y vete a otra con el cuento, Pitagorín.

—De Pitagorín, nada. Me gustan las leyes, nada más.

En esa primera vez, Fernando dio muestras de, además de muy guapo, lo incansable e insistente que podía llegar a ser. Su contumaz obstinación, a pesar de adornarse de una gracia que resultaba natural, no logró el objetivo deseado. Paz dijo que no pensaba ir al baile y menos con él.

—No nos conocemos de nada.

—Si vienes esta noche podremos conocernos.

Fernando volvía al ataque con una sonrisa que podría ser considerada un arma de destrucción masiva y universal allá donde cayera. Pese a ello, y por más que pudiera estar empezando a gustarle la idea, Paz se mantuvo en su posición negativa.

Las tres chicas se despidieron de Fernando guiñándose un ojo entre ellas y se marcharon.

Aquella noche Paz se arregló más que otras veces, aunque no acostumbraba a maquillarse. Creía que tenía mucho tiempo por delante en la vida para hacerlo. Se embutió en un pantalón vaquero ceñidísimo que alargaba sus ya de por sí estilizadas piernas y eligió una camiseta blanca también ajustada. Un poco de rímel en las pestañas, apenas perceptible, y brillo en los labios, y salió de casa de sus tíos al encuentro de sus amigas con las que se encaminó hacia la Peña Bética. Era la hora del baile.

Se apostaron en la puerta. Fernando, al verlas desde la barra en la que tomaba una caña, sonrió como si masticara dulcemente el triunfo, dejó el vaso de cerveza y caminó con paso lento hacia la entrada para ir a buscarlas. Pero... se llevó un gran chasco: tres chicos se le adelantaron y salieron al encuentro de las jóvenes para irse todos juntos; estaba claro que habían quedado con ellas. ¿Se daría Fernando por vencido? Sonrió y pidió otra cerveza sin quitar la vista del grupo que se alejaba y esperando a que Paz se girara. Estaba seguro de que lo haría.

A punto de claudicar y asumir su equivocación, justo en el momento en que los seis jóvenes iban a doblar la primera esquina de la calle para desaparecer, Paz giró la cabeza y le dedicó una enorme sonrisa. Entonces sí, Fernando ya se sintió vencedor. No importaba que no asistiera al baile.

A la tarde siguiente llamaron a la puerta de la casa de la abuela Concepción. Salió a abrir Mariana, la tía de Paz, y esta, desde su habitación, que daba a la calle y tenía la ventana más próxima a la entrada, intentó escuchar lo que hablaban. Su tía se había alegrado de ver al joven.

¿Era Fernando! ¿Qué hacía en su casa?

Mariana le hizo pasar al salón. ¿Se había atrevido a ir a buscarla? «¡Qué descarado!». La tía, que no sabía dónde estaba Paz, fue a la cocina a preguntarle a Concha para decirle que el hijo de Luis Méndez preguntaba por la niña. Al pronunciar ese nombre, a Concha se le cayó al suelo una jarra de cristal que tenía en la mano, haciéndose añicos. Era imposible que el destino hubiera preparado esa jugada extraña, se sintió rara y terriblemente incómoda por la situación, a pesar de lo ridículo y sin sentido que podía resultar encontrarse así. Pero los sentimientos no son absurdos; se tienen, y nada más.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Mariana, acudiendo solícita a buscar una escoba para recoger los cristales rotos.

—Sí... —Concha agachó la cabeza confundida—. No es nada. Lo siento.

—No te preocupes, ya los recojo yo. Tú ve a buscar a Paz.

—¡De ninguna manera! Mi hija no va a salir con ese chico. Encárgate de despedirlo, por favor, pon la disculpa que se te ocurra, o mejor dile la verdad: que yo no quiero verlo rondando a mi hija y que si lo hace puede buscarse un problema.

Mariana no entendió nada pero obedeció a la petición de su cuñada sin preguntar, no quiso hacerlo, no iba a ganar nada con ello.

Fernando tuvo que marcharse. Desde la ventana, Paz, abriendo un hueco lateral en la pesada persiana de tablillas de madera, lo llamó chistando bajito para preguntarle el motivo de su visita.

—Estabas aquí, escondida.

—Sí, pero no me escondía de ti. Estaba a punto de echarme una siesta cuando has llegado.

Fernando fue al grano.

—No he dejado de pensar en ti desde ayer, desde que te vi y hablamos, a pesar de lo mal que te portaste conmigo, Catalana, eso no se hace. —Esto último lo dijo en un simpático tono divertido antes de sentenciar—: Me he enamorado de ti. —Y se llevó la mano al corazón. —Paz soltó una carcajada y él se puso histriónicamente serio haciéndose el ofendido—. Te lo ruego, te lo suplico, por favor, por favor, quedemos esta tarde, a la hora que sea y en el lugar que tú escojas, donde me digas, me da igual con tal de verte.

Al final, a la joven le pareció tan divertido que aceptó la cita, y Fernando se fue contentísimo, no sin antes lanzarle un beso a través de la persiana, que Paz sólo pudo entrever con dificultad.

Hasta ese viaje a Osuna, había pasado de los chicos. Fernando estaba consiguiendo de forma vertiginosa que eso cambiara. En los días de verano que quedaban hasta que la familia regresara a Barcelona estuvieron viéndose prácticamente a todas horas. Lo pasaban bien. Él le contaba anécdotas de la aventura universitaria que estaba a punto de emprender y a ella le gustaba escucharle y, a la vez, contarle de su Barcelona natal.

El tiempo de los encuentros duró lo que tardó Concha en hablar seriamente con su hija.

—Lo siento, pero te prohíbo que sigas viendo a tu nuevo amigo.

—¿Qué dices, mamá? ¿Por qué? ¡No hacemos nada malo! Es un buen chico y muy simpático.

—Lo malo es quién es, no tanto lo que haga o su forma de ser. Así que espero no tener que decírtelo más veces. No volverás a salir con él. ¿Te ha quedado claro?

—No lo entiendo, de verdad, esto no tiene sentido.

—No te estoy pidiendo que lo entiendas, sino que lo cumplas. Eres menor de edad y yo soy tu madre, así que tienes que obedecerme.

Paz no lo entendía, pero su madre no parecía dispuesta a explicarle mucho más. Y, claro, bastó que se lo prohibieran para que se le despertaran más las ganas de ver a Fernando. Esa es una

lección que ninguna madre termina de aprender, pese a que en este caso a ella misma le hubiera tocado padecerlo de joven cuando empezó a salir con Diego. Ahora se le desataban todos los miedos que podía albergar. ¿Trataría Fernando a la hija de Concha con el mismo clasismo con el que su padre la trató a ella en su juventud? Aunque lo que pesaba más en Concha era que no había conseguido perdonarlo.

Fernando y Paz quedaban a escondidas.

—¿De verdad que no te gusta ningún chico en Barcelona?

—De verdad. No me interesan los chicos, me aburren. Prefiero salir con mis amigas.

—¿No te interesa ningún chico...?

Fernando era muy provocador y también guasón.

—Ja, ja, que no...

—¿Pero ninguno, ninguno? ¿De ningún sitio?

—De acuerdo, tú ganas. Sí. Me interesa uno muy pesado y andaluz.

El joven se abalanzó sobre ella para hacerle cosquillas.

—¡Te vas a enterar! No pararé hasta que no puedas más de la risa.

Rodaron por el suelo sin parar de reír. Hasta que Fernando, tumbado sobre ella, atrapó su boca en un fugaz beso.

Al incorporarse le preguntó:

—¿Por qué crees que tu madre se opondrá tanto a que salgamos?

—No lo sé.

—¿Sabes que mi padre me ha hablado de ella? Le comenté que te había conocido y que tu madre se había puesto hecha una furia el día que fui a buscarte a casa de tus tíos.

—¿Tu padre y mi madre se conocen? —preguntó Paz sólo por curiosidad, sin darle más importancia, hasta que Fernando siguió proporcionando más datos.

—¿No sabías que salieron juntos cuando eran jóvenes?

—¿Qué? No tenía ni idea. ¿Y qué pasó?

—Mi padre me ha contado su versión y te diré que no me ha gustado nada.

—¿Por qué?

—Creo que él no se portó bien con ella. ¿Sabes...? Mi padre se cree el amo del mundo. Y esa actitud no me gusta. Tener dinero no te hace mejor que los demás.

—Claro que no. ¿Y es así como piensa?

—Me temo que fue así como actuó con tu madre. No debía de considerarla a su altura. No me lo ha dicho con estas palabras, pero deduzco que fue así.

—Espero que tú no seas como él.

—¡Ni se te ocurra compararme!

Ajena a las deudas pendientes de su madre con el pasado, Paz apuraba el escaso tiempo que le quedaba para estar con Fernando disfrutando de él, de su risa, de su cómplice compañía... y de sus besos y caricias de adolescente.

El último día de las vacaciones, ella eligió para salir un vestido de punto blanco entallado que tenía una rejilla ancha alrededor de la cintura a modo de cinturón semitransparente. Perfecto para que las manos de Fernando se aferraran a ella y Paz las sintiera casi como si fuera en la piel, lo que le produjo un estremecimiento. Esa tarde volvieron a pasear a las afueras del pueblo y hablaron más que nunca. La noche les sorprendió sin apenas darse cuenta y Paz se percató de que a oscuras, bajo la atenta y luminosa mirada de la luna, los azules ojos de Fernando brillaban de manera distinta, más cautivadora aún, si cabía.

Estaban solos en aquel paraje cercano a la carretera. Únicamente se oían las chicharras, que se resistían a desaparecer en tanto el calor no concediera una tregua. La joven hizo que alzaran la mirada para contemplar la maravillosa y apabullante abundancia de estrellas en un cielo despejado como sólo había en Andalucía, eso decía ella, y al bajar la cabeza Fernando aprovechó para aprisionar su boca en un deseado beso que fue correspondido.

El primer beso de verdad en el historial sentimental de Paz.

—No te vayas —le dijo Fernando, creyendo ella que bromeaba.

—Ah, claro, me quedo aquí para siempre.

—Eso es...

—Volveré al año que viene. Siempre vuelvo.

—¡Un año! No podré estar sin verte un año.

Y entonces Paz se quedó muda de la impresión al ver que Fernando intentaba, sin éxito, reprimir unas lágrimas juveniles.

—No te vayas —repitió antes de besarla de nuevo.

* * *

Un año más, la familia al completo partió de regreso a Barcelona con el coche cargado de enormes limones recién cortados y de las vivencias de un mes en Osuna. Y así año tras año. Aquel, sin embargo, fue distinto para Paz. Por primera vez en todo el tiempo que llevaba yendo al pueblo en agosto, lo empezó a echar de menos nada más arrancar el coche. Su padre conectó la radio, pronto perderían la señal al alejarse de la población. La música acompañó el adiós a Fernando.

Recordó sus dedos posados suavemente en su cintura la última noche... Estaba convencida de la suerte que había tenido al cruzarse Fernando en su camino. Tantos años viajando al pueblo y jamás se habían visto... Hasta ese verano inolvidable.

Nada más iniciar el viaje de vuelta a Barcelona ya vivía esperando regresar a Osuna al año siguiente...

Fernando...

Volver...

Volver pronto. Volver ya...

CAPÍTULO 29

«EL DOLOR DE UN DIOS LEJANO»

*Y en el ocaso hay colores
del dolor de un dios lejano,
y se oye sollozar
más allá de los astros...
Así lloran los dioses.*

FERNANDO PESSOA,
«LOS DIOSES DESTERRADOS».

Barcelona, otoño de 1978

Lola decidió llevarse de compras a Concha. La había notado un poco baja de ánimo por teléfono y no se lo pensó:

—¡Eso se quita comprando trapitos! Tú hazme caso, que yo de esto sé mucho.

Así, acabaron recorriendo todas las plantas de El Corte Inglés. Cuando ya llevaban una hora yendo de una sección a otra, subiendo y bajando escaleras mecánicas, con grandes bolsas en la mano, en el caso de Lola, y una bolsita, Concha, la cuñada se percató de que empezaba a dormirse sobre las perchas de ropa.

—Concha... ¿te encuentras bien?

—¿Eh...? Sí, perdona, es que estoy agotada.

—¿Qué te pasa, no duermes bien?

—Ni bien, ni mal. No duermo.

—¿Ocurre algo grave? —se preocupó Lola.

—Me paso las noches cosiendo. Es la única manera que tenemos para llegar a fin de mes. Ahora, con mi madre en casa, hay más gastos, y el sueldo de Diego da de sí lo que da, no se puede estirar más. He planteado en casa la posibilidad de trabajar fuera pero Diego no quiere ni oír hablar de eso. Por otro lado, ¿en qué iba a trabajar si no sé hacer nada?

—¿Por eso sólo te has comprado unas gafas de sol? ¡Y encima porque yo te he obligado!

—Es que no puedo permitirme comprar más. Tenías razón, no tengo gafas de sol y las necesitaba. Pero nada más.

—¡De eso nada! Ahora mismo te compro la blusa amarilla que te has probado.

—Ni hablar, Lola, no voy a aceptarla.

—Ya lo creo que la aceptarás. A mí no me entra y la voy a comprar de todos modos, así que tú me dirás quién se la va a quedar.

Un par de días más tarde, Manuel se presentó en casa de Concha con la excusa de ver a su madre.

—Quiero hablar contigo, hermana. ¿Por qué no me has contado que estáis pasando penurias económicas?

Ella se sorprendió. ¿Cómo imaginar que ese era el verdadero motivo de la visita de su hermano?

—¿De dónde has sacado esa idea?

—Me temo que no es una idea sino una realidad. ¿Me equivoco?

Se lo pensó dos veces antes de responder. Optó por la verdad.

—No. No te equivocas.

—Yo no puedo prestarte dinero, pero puedo hacer algo mejor que eso.

—¡De ninguna manera! No voy a aceptar tu caridad, aunque te lo agradezco.

—Te has pasado de lista porque no pensaba ofrecerte caridad sino un trabajo.

Eso sí que era toda una sorpresa.

¡Una gran sorpresa!

—¿Has dicho un trabajo...? —repitió Concha, incrédula.

—Así es.

—¡Hermano, gracias! —Se lanzó al cuello de Manuel—. De lo que sea, oficinista, secretaria, recepcionista. ¡Lo que sea!

Esa noche lo contó en casa, cuando estaban todos sentados a la mesa durante la cena. Se armó una buena trifulca porque Diego no pensaba permitir que Concha trabajara en ninguna empresa.

—Una mujer de su casa no trabaja fuera como si se tratara de una fulana cualquiera.

Concha, a punto de llorar tras un rato discutiendo, le respondió:

—¿Cómo puedes decir esa barbaridad? ¿Me llamas fulana por querer ganarme el pan, como haces tú, para mi familia? ¡Ni que salir de casa todas las mañanas a trabajar se tratara de un regalo! Porque además tendría que seguir llevando la casa. ¡Menudo esfuerzo! Y en lugar de agradecerlo te pones a decir sandeces.

—¿Agradecerlo? ¿Pero a ti quién te ha metido tantos pájaros en la cabeza?

—Eres... —Concha empezaba a perder los nervios.

—¡Venga! Dime qué soy... Atrévete a decirlo.

—Eres... ¡un machista asqueroso! No parece que hayas venido a la capital.

—¡A mí no vuelvas a hablarme así!

—¡Ni tú a levantarme la voz!

—¡Yo a mi mujer le levanto la voz y lo que haga falta!

Antonia intentó mediar pero visto hasta dónde estaba llegando la discusión entendió que no iba a conseguir nada. Diego no estaba dispuesto a dar su brazo a torcer.

—A lo mejor no es tan mala idea —habló y todos callaron—. Es mejor no dejarse llevar en caliente por lo que uno siente. Podéis intentar llegar a un punto intermedio, no sé, a que no sea todos los días, o a que trabajéis en un sitio seguro.

—¡No hay sitio más seguro que tu propio hogar! —Diego, erre que erre—. Mientras yo sea el hombre en esta casa, mi mujer no sale a trabajar a la calle. Y siento haberte levantado la voz.

Concha no lo soportaba y fue a refugiarse a la cocina, donde estaba Paz esperando a que pasara la tormenta.

—Hija... —Se abrazó a ella antes de sentarse, no podía tenerse en pie del disgusto—. Estudia... Ya lo ves... Estudia, estudia... tú que puedes.

En un intento de consolarla, su hija le pasó la mano a su madre por la suave melena: «Me gusta tu pelo, mamá, tan negro... y brilla mucho».

A la mañana siguiente, Concha y su madre tomaban café temprano y en silencio. Por primera vez, Concha iba a adoptar una decisión en contra de la voluntad de su marido. Estaba decidida.

Al fin habló:

—Voy a aceptar el trabajo que me ha ofrecido Manuel, madre.

—Lo entiendo. A Diego ya se le pasará...

Antonia miró el fondo de su taza de café buscando adivinar cuál sería la reacción de su yerno.

Lo supo pronto, por la noche, a la hora de la cena, único momento del día en el que la familia podía reunirse al completo. Volvió la sangre al río.

En esta ocasión la discusión duró poco. Concha lo tenía muy claro. No pensaba ceder. No encontraba motivo para hacerlo.

—No lo tomes como algo contra ti, Diego. Todos necesitamos un sueldo más. Quieras o no, he aceptado el trabajo que me ha ofrecido mi hermano. Confío en que lo entiendas, ya ni siquiera espero que lo agradezcas.

—¿Agradecerlo? ¡Lo que faltaba!

—La alternativa es volvernos al pueblo. ¿Es eso lo que quieres, verdad? Nuestra hija ha nacido aquí, podrá tener una buena formación, mi madre también está aquí. ¡No hay otra salida!

—¡Eso es lo que quiero! ¡Salir de aquí!

Diego dio un portazo y se marchó a la calle airado.

* * *

Concha comenzó a trabajar en la oficina de su hermano Manuel. Como era fácil prever, acabó haciendo de todo por un sueldo muy bajo y sin seguridad social.

—¿Pero no me vas a asegurar? ¿Y eso por qué?

—Mujer, es que son muchos gastos, así, de pronto. Mira, tú empieza y más adelante ya hablaremos —respondió Manuel.

Concha aceptó con tal de trabajar.

Pronto supo que era su cuñada quien había convencido a su hermano para que le pagara un sueldo tan bajo y no la asegurara laboralmente. Todo en la vida tiene sus limitaciones; también la ayuda al prójimo. «El caso es que puedas ayudar en tu casa, eso es lo importante. Y ya sabes que tu hermano tiene un gran corazón —se justificaba Lola—. Has de estarle agradecida». Agradecida, sí, por explotarla. Pero, en el fondo, Concha sabía que era muy difícil que una mujer de más de cuarenta años, andaluza, sin estudios ni formación alguna, encontrara trabajo ni siquiera en Barcelona. Más que nunca se lamentó de que no la hubieran dejado estudiar, como ella quiso.

En el trabajo todo era nuevo y hasta excitante. Por primera vez en su vida iba a tener un sueldo. Llegar todas las mañanas, sentarse ante su mesa y empezar a trabajar, como hacían por necesidad tantas mujeres. Nunca pensó que ella acabaría haciéndolo.

No sólo su vida iba a cambiar sino también la del resto de los miembros de la familia, empezando por Paz. Su madre le pidió que se sentara y le habló en presencia de la abuela:

—A partir de ahora tendrás que ayudar en casa ocupándote de algunas cosas.

—Pero, mamá, si ya ayudo. Tengo mucho que estudiar —respondió Paz.

Aquella nueva situación caló hondo en la joven, que conoció el gusto a presumir ante sus amigas de madre moderna que trabajaba en una oficina; un símbolo de que se adaptaban a los

nuevos tiempos.

* * *

Lola tenía por costumbre soltar comentarios, en apariencia triviales, pero, en cambio, cargados de intención. Como el día que pasó fugazmente por la oficina de su marido y, al encontrarse con Concha, dijo:

—Es una pena que pases tanto tiempo en el autobús para llegar desde tu barrio todas las mañanas. —No se detuvo mientras hablaba—. Es una incomodidad que podrías ahorrarte si condujeras. Mírame a mí, el coche me ha cambiado la vida. Cariño... venía a decirte que...

La estela de su voz se perdió tras la puerta del despacho de Manuel.

Pocos días después, Concha le propuso a Diego que sería una buena idea sacarse el carné de conducir.

—Iré a mirar en la academia del barrio. Por suerte, tenemos una cerca.

Pero él respondió lo que ella imaginaba:

—¡Ni hablar! ¿Cómo va a tener carné de conducir una mujer? La culpa de esto la tiene el trabajar fuera de casa. Ya sabía yo que no nos traería nada bueno.

—Qué atrasado te estás quedando. En una capital como Barcelona las mujeres conducen —replicó Concha.

—¡La mía no!

Con esa frase, terrible pero que resumía el sentir extendido de la época que les había tocado vivir, zanjó Diego la discusión, tras la cual Concha se encerró en la cocina para hacer la cena.

Al día siguiente, en la oficina, Lola se despachó a gusto con su cuñada respecto de lo sucedido:

—¡La reacción de tu marido es incomprensible!

—Lo sé, pero no puedo hacer nada.

—¿Pero ese hombre de qué caverna ha salido? Y no estoy de acuerdo con eso que de que no puedas hacer nada.

—No puedo, Lola. Es mejor que evite discutir y me dedique a seguir trabajando. Hacer como que nada sucede.

—Bueno... si tú crees que es lo mejor...

Entonces Lola se la quedó mirando, sujetó un mechón del cabello azabache de Concha y comentó con displicencia:

—Creo que de rubia estarías guapísima... Ahora se lleva mucho el rubio, ¿lo sabías? Es la última moda.

* * *

Paz y su abuela tuvieron que frotarse los ojos para asegurarse de que no estaban viendo a un fantasma. Antes de que les diera tiempo a reaccionar, Diego apareció, venía de la calle y lanzó un sonoro grito con su vozarrón grave que ya les ahorró a ellas tener que decir nada. Concha acababa de llegar del trabajo, ¡teñida de rubio platino y con el pelo corto! La había convencido para tan drástico cambio su cuñada Lola, ¡cómo no!, también teñida de rubio platino.

—Alucino —dijo Paz.

—¡Y yo más! —exclamó la abuela.

Y Diego... no digamos. Volvió a dar otro grito pariente de los huracanes, o tifones, o cualquier

otro agresivo fenómeno similar de la naturaleza.

Concha se sintió incomprendida. Creía que ese cambio de aspecto era otra manera de adaptarse a la vida moderna de una ciudad como Barcelona, algo en lo que ella seguía poniendo todo su empeño, contrariamente a la actitud de su marido.

* * *

—Sí, Patry, te lo repito: rubia, pero rubia, rubia.

Paz hablaba por teléfono, en voz baja para no ser oída en casa, con su mejor amiga.

—Pero si tu madre tiene el pelo más negro que he visto en mi vida y una mata que da envidia.

—Pues ya ves... Ya no lo tiene, ni el negro ni la mata. Se ha presentado en casa que no hay quien la reconozca.

—¿Y qué ha dicho tu padre? —Patry seguía asombrada por el hecho.

—Buf, mejor no te lo cuento. Ha sido horrible —continuó hablando en voz baja—. Dice que la culpa la tiene mi tía Lola, que es una muerta de hambre que quiere aparentar lo que no es y que se las da de fina y de rica, cuando no es ni lo uno ni lo otro. Y que como ella es rubia, pero ojo que también es teñida, eh, no te creas, pues eso, que ha convencido a mi madre para que se tiña porque así cree que es más que de morena.

—¿Más qué...? —preguntó inocente la amiga.

—¡Ay, Patry, yo qué sé! Pero se ha liado una buena.

—Oye, ¿te dejarán salir mañana por la tarde, después del cole?

—Pues eso tampoco lo sé. Lo intento.

—Vale, pero solas, eh, que estoy de los chicos hasta el moño.

—¡A mí de moños no me hables!

—Vale, vale, perdona, no he caído.

* * *

Contrariada por la reacción familiar que había generado la noche anterior en su casa su radical cambio de color de pelo, Concha se presentó en la oficina con cara de pocos amigos y sin muchas ganas de trabajar. Pasó por delante de un extraño, pero ni se percató, se comportó igual que si se tratara de un bulto sentado en una silla.

—Buenos días.

El bulto resultó ser una persona. Sexo: hombre. Procedencia: Argentina.

—Oh... Disculpe. —Hasta ese momento Concha no había sido consciente de su mala educación—. Iba pensando en mis cosas y no lo he visto. Claro que también es la falta de costumbre, como ahí nunca hay nadie... ¿Quién es usted y qué hace sentado en esa silla?

El desconocido se levantó y fue hacia ella con una impecable sonrisa y un porte elegante.

—Está usted divina con ese peinado. Disculpe el atrevimiento. Soy Armando.

Y le estrechó la mano a una petrificada Concha a la que la perplejidad y la timidez no permitieron articular palabra. En ese momento salió de su despacho su hermano para hacer las presentaciones.

—Armando acaba de ser contratado como especialista en la construcción de edificios de oficinas. Todavía no nos hemos dedicado a ello y creo que ya es hora. ¡Nuestra nueva incorporación nos servirá de gran ayuda! ¡Hay que ampliar el negocio! —Le palmeó la espalda al

recién llegado—. Ella es mi hermana, de la que ya te he hablado.

A Concha le pareció un hombre guapo —lo era— y especialmente amable incluso callado. Armando era un tipo cortés, alto, de físico agradable y rasgos oscuros y pronunciados que conseguían un conjunto atractivo. Sus exquisitas maneras fueron determinantes para que Concha se fijara en él. Hizo un coqueto gesto de tocarse el rubio cabello, motivo de fuertes discusiones en las últimas horas y que, sin embargo, había sido lo que había admirado ese hombre nada más conocerla.

En los días sucesivos, Armando resultó ser un magnífico conversador. Poco a poco, con la confianza pausada y tranquila que da el compartir el mismo espacio a diario, aunque sea de trabajo, no en vano pasaban muchas horas allí encerrados, Concha y Armando se fueron contando sus cosas, sus vidas, sus aspiraciones y anhelos, sin esfuerzo. Sus orígenes, sus padecimientos; ambos habían tenido que abandonar su lugar de nacimiento para ganarse el sustento y poder formar una familia lejos de su tierra.

Una mañana les tocó acudir juntos a una obra, un proyecto de construcción de oficinas y locales comerciales que Armando había conseguido para la empresa de Manuel. Tal vez se tratara de la operación de mayor envergadura que había asumido su negocio hasta ese momento. Por esa razón quiso que su hermana acompañara a Armando. Entre los dos cubrirían todos los ámbitos de gestión con el cliente.

—Esta va a ser una gran operación, Concha.

—Sí, mi hermano está muy contento.

—Yo también lo estoy.

—¡No me extraña! Te vas a llevar un buen pellizco.

—No me refiero al dinero. Me voy a llevar algo mucho mejor: tu compañía.

—Qué galante eres.

—Es la verdad. Si tenemos que trabajar juntos, este cliente me va a hacer ganar por partida doble. Y no imaginas cuánto me alegro.

Concha desvió la mirada intentando esquivar lo que acababa de iniciar Armando.

—¿Hace mucho que trabajas con tu hermano? —Él se dio cuenta de su incomodidad y cambió de tema.

—No demasiado. Me costó muchísimo que mi marido aceptara.

—¿Tu marido? ¿Es que tenía que darte su permiso para que trabajes fuera de casa?

—Eso parece. Es un poco machista.

—¿Un poco...? —dijo Armando, escandalizado.

—Bueno, son sus costumbres, muy de pueblo. ¿Cuánto llevas tú en España?

—¡Mucho! Ya me siento más español que argentino.

Con la suavidad de la seda —¡todo era tan fácil con Armando!—, sin la conciencia de que fuera algo extraordinario, se creó entre ambos el hábito de quedarse a conversar después del trabajo, primero cinco minutos, después diez, media hora... Llegó a resultar algo natural. Tan natural como respirar, vivir o acudir al trabajo cada mañana. Desde que ese hombre llegó a la oficina, ella iba a trabajar con un aliciente distinto, asumiendo el peligro que eso entrañaba. Se dio cuenta de que le llenaba una parte de su espíritu. Había encontrado, al margen de Paqui, una persona con la que hablar de asuntos trascendentes y hasta de los triviales, y encima era un hombre, lo que le resultaba raro. Y es que Diego cada vez hablaba menos con ella, no parecía interesarle en qué pensaba o qué les estaba pasando a ambos. Hacía tiempo que su marido se hallaba ausente.

Pero el día en que Armando le habló de su esposa, Concha, no supo por qué, volvió a sentir de

repente la soledad que había olvidado por un tiempo y la nostalgia taciturna de lo que jamás tuvo pero deseó.

Esa tarde, al acabar su jornada, no quiso quedarse como otros días a prolongar un rato de conversación sino que subió al autobús de vuelta a casa con ganas de llorar y recordándose a sí misma de joven en el pueblo, y en la Sección Femenina, y cuando intentó matricularse a la escuela de enfermería de Sevilla...

Recordándose a sí misma en todo lo que no había podido ser.

CAPÍTULO 30

LA INTUICIÓN DE LO PROHIBIDO

*Cuando perdida vago entre sombrías
piedras sin luz y sin admiración
llego arrepentida a tu mansión,
a tus secretas y hondas galerías (...)*

SILVINA OCAMPO,
«CUANDO PERDIDA VAGO ENTRE SOMBRÍAS...».

—Creo que a ti el pelo rubio no te sienta bien.

Paqui había hecho tortitas en su casa —«Una receta nueva»—, y con la excusa de llevarle a Concha para que las probara echó la tarde con ella. En realidad, necesitaba más la compañía de su amiga que no el veredicto sobre los dulces.

—¿Qué te pasa, Paqui? Cada día estás más triste.

—Ya lo sabes. Que no avanzo. Hay días en los que, cuando Carlitos se marcha solo al colegio porque yo no tengo fuerzas para llevarlo, me vuelvo a meter en la cama. No tengo ilusión por nada. Y me canso mucho.

—No se puede vivir sin ilusiones, aunque luego no se cumplan. Lo importante es tenerlas y creer en ellas. No puede ser que no encuentres ninguna.

—Ninguna.

—Que no, Paqui, que eso no es posible. Nadie vive sin ninguna pequeña ilusión, de lo que sea.

—Yo sí.

Concha se sintió impotente. Por más que quisiera, y en verdad lo quería, nada podía hacer para paliar el sufrimiento de su amiga.

—A ver, Paqui. —Concha soltó el plato de las tortitas y la cogió por los hombros—. Mírame a los ojos y dime la verdad. ¿Qué es lo que escondes? Cuéntame la verdad. Sé que hay algo dentro de ti que no se puede adivinar, pero intuyo que tiene que ser terrible. Siempre lo he visto en tu mirada. Dime qué es y sólo así podré ayudarte.

Paqui se echó a llorar con un sentimiento que partió el alma de su amiga. Ella la abrazó amorosa y le fue hablando suavemente:

—Vamos... tranquila... cuéntame.

—Me resulta difícil expresarlo. Desde que te conocí he pensado en contártelo tantas veces... Pero no me he atrevido, y menos después de haber sabido que eres un ejemplo de cómo alguien se recupera de una tragedia. Yo viví esa misma tragedia. Sufrimos las mismas inundaciones del sesenta y dos.

—¿También vosotros? ¿Dónde? ¿Por qué no me lo has contado nunca? —Concha sintió lo mismo que si hubiera recibido una fuerte bofetada en la cara.

—Vivíamos en Tarrasa, en un piso bajo, en el barrio de Las Arenas.

—¡Dios mío! Recuerdo que ese barrio quedó completamente destruido. Qué horror. ¿Cómo pudisteis salvaros?

—Porque mi marido, a día de hoy seguimos sin saber por qué, intuyó que algo malo pasaba y me hizo salir de casa y subir corriendo las escaleras hasta el último piso, un quinto. Desde allí pudimos ver aquella mortal lengua de agua engullendo el puente del ferrocarril, del que no quedó nada en pie. Nada.

—Tu marido es un héroe.

—¿Sabes cuánto duró la riada? Menos de ocho minutos. Tan poco tiempo para tanta muerte... La gente contaba que todos los cadáveres que aparecieron bajo el barro, en Rubí, tenían los pies retorcidos como si, al ser arrastrados, hubieran querido agarrarse a algo. Yo vi el cuerpo de una mujer y de sus dos pequeños gemelos...

—Déjalo ya, no sigas.

Pero una vez que había empezado, Paqui no estaba dispuesta a seguir callándose por más tiempo.

—Aquellos niños no tendrían más de un año. Estaban muertos y reventados, como su madre, que tenía los brazos retorcidos y elevados clamando al cielo una salvación que no tuvo.

—Paqui, necesitas ayuda de verdad. No puedes seguir así ni un minuto más. Tienes que superarlo.

—Yo no soy tan valiente como tú.

—No es cuestión de valentía sino de que la vida sigue. Deberías ver a un médico de esos de la mente.

—¿Un psiquiatra? ¡Ni hablar! Estoy triste pero no loca.

—No todos los que necesitan uno están locos. Eso son habladurías de los pueblos. Aquí, en la ciudad, seguro que eso no está mal visto. Hazlo por mí. Busca un psiquiatra. Yo ya no sé cómo ayudarte.

—Pero si tú me ayudas mucho. —La voz de Paqui destilaba una ternura conmovedora.

—Pero no es lo mismo. Prométeme que irás a un psiquiatra.

—Está bien. Qué terca eres. Iré con tal de no escucharte.

—Oye... ¿Por qué no salimos? Me apetece tomar otro café pero fuera de casa —propuso Concha, intentando animar a su amiga.

—¿Adónde? Aquí sólo hay bares y no vamos a entrar tú y yo solas en uno a media tarde. ¿Qué dirán de nosotras?

—En primer lugar, que digan lo que quieran. No debería importarnos el qué dirán. Y en segundo, no tiene por qué ser en el barrio. Podemos ir al centro, a la plaza de Cataluña, conozco una cafetería.

—¿Y tú de qué conoces una cafetería en el centro?

—Hay que ver mundo, Paqui —bromeó—. Y después podríamos entrar en El Corte Inglés.

—¡No me digas que compras allí! ¿También lo conoces?

—Pues no compro, pero he estado un par de veces. Mi cuñada me lo descubrió. Y si tú no has ido nunca ahora mismo le ponemos remedio. ¡Anda, vamos antes de que se haga tarde!

* * *

Preocupada, Paz le daba vueltas a la intención de su padre de regresar al pueblo. Hablaba de ello con su madre intentando vislumbrar una posible salida.

—Hija, en el fondo, yo estoy de acuerdo con él en que la vida que llevamos en este barrio no es la ideal, pero estoy convencida de que con un poco más de esfuerzo por parte de todos tal vez pronto podamos salir de aquí. La solución no está en claudicar, en rendirse. Antes de renunciar hay que intentar siempre, en lo que sea que ocurra en la vida, buscar alguna solución. Nuestra salida, nuestro horizonte —era una palabra que a Concha le gustaba utilizar— no es volver al pueblo como si nada hubiera ocurrido, sino buscar un piso en otro barrio que nos permita mejorar. Aunque también te digo que el día en que eso ocurra, que acabará ocurriendo, echaremos de menos a los vecinos y a los amigos que tenemos aquí.

Paz asentía sin decir nada. Su madre siempre insistía en el hecho de que, aunque no era tener mucho, al menos habían alcanzado el sueño de poseer una pequeña y humilde propiedad que podría convertirse, llegado el momento, en una especie de salvoconducto para emprender otro camino. Insistía tanto quizás porque no se le ocurría nada más a lo que agarrarse.

—Mamá...

—Dime.

—No, nada. Que eres increíble.

* * *

Por lo pronto, la joven tomó una decisión por su cuenta: en cuanto pudiera se pondría a trabajar para ganar algún dinero; así, si se pagaba sus pequeños gastos, aliviaría la carga a sus padres. Quedó con Patry para desahogarse.

—No es que la tema, sino que me aterra la idea de ir a encerrarnos en un pueblo. ¡Te imaginas! Mejor prefiero no pensarlo.

—La verdad es que no suena muy bien.

Patry estaba tan desalentada como su amiga. Si la idea pasaba a ser una decisión en firme, iban a tener un verdadero problema que afrontar. Dejar Barcelona no iba a ser fácil, Paz era catalana, había nacido, vivía y estudiaba en Barcelona, donde tenía a todos sus amigos. No se imaginaba confinada en un pueblo de la Andalucía de la que sus padres habían huido en busca de una vida mejor. No entendía que ahora lo mejor fuera hacer el camino inverso.

—Para un verano está bien. Pero para vivir... No sé, a mí me parece que están muy atrasados. Y los jóvenes no son como nosotras. Son... son más...

—¿Cómo son? —quiso saciar Patry su curiosidad.

—¡Pues yo qué sé! Son... pues eso, distintos.

Paz no atinaba a hacerse entender, y el enfado iba subiendo de intensidad.

—Pues al Fernandito ese del que me hablabas el verano pasado no le hacías ascos. Desde luego yo no cambiaba a mi Migue por ninguno de esos de pueblo —comentó Patry con aire distraído, mirándose las uñas.

—No hables así de Fernando. ¿Tu Migue...? ¿Qué quieres decir, Patry?

—Eh... Ah, sí, mi Migue... Pues que me gusta y que parece ser que yo también le gusto él. Así que a lo mejor... pues que no estaría mal que saliéramos, ¿qué te parece?

—¡Que estás loca! Eso me parece. Un mecánico sin aspiraciones que abandonó el colegio. ¿Es el Miguel que vive en las *casas baratas*, verdad? ¿Sabes a qué me recuerda tu Migue? A los

macarras de la peli *Grease*. Menuda panda de gilipollas.

—¡Paz! Oye, no te lo consiento, ¿eh?

En aquel momento le daba igual lo que le consintiera su amiga. Dio media vuelta y se largó. Prefirió no contarle que lo malo del Migue no era que fuera mecánico, claro que no, eso no dejaba de ser un modo de ganarse la vida como cualquier otro; lo malo era que a veces, a la hora en la que los jóvenes salían de trabajar, lo veía trapicheando con drogas junto a su colega del taller, el Chapa, escondidos entre la maleza junto al río. El camello que se la vendía era de otro barrio, el de Barón de Viber.

Creen algunos que un entorno deprimido y suburbial puede hacer de los jóvenes unos delincuentes en el futuro. Lo que le sucedía a Paz era justo lo contrario: ese mismo escenario de aquellos barrios hizo de ella una joven creativa y soñadora, dotada con una notable capacidad para inventar mundos imaginarios que le ayudaban a evadirse del suyo. Para ella era mucho mejor eso que no andar fijándose en los chicos de su alrededor.

Muchos fines de semana se iba al campo, a una casa antigua, una vieja masía, que habían comprado los abuelos de Patry hacía muchísimos años. En la enorme y destartada terraza solían representar escenas de *Grease*, y de otros musicales, caracterizándose de distintos personajes. Pasaban las horas en ese espacio divertido e irreal que ellas mismas inventaban, para volver el domingo por la tarde a la realidad del barrio en el que vivían. En algo tan simple consistía, en aquel tiempo, la felicidad para las dos adolescentes.

* * *

Los últimos rayos de un sol plomizo abatían la tarde barcelonesa arrastrando consigo el ánimo de Concha mientras le contaba a su hermano Manuel el disparate con el que amenazaba Diego.

—¿Regresar a Osuna? Tu marido se ha vuelto loco. No le hagas ni caso.

—No es para tomarlo a la ligera. Está empeñado. Últimamente apenas habla con nadie, sólo escucha esos programas andaluces de la radio que a mí me ponen la cabeza como un bombo, se pasan el día con sevillanas, y con Mairena y el Chocolate...

—Mira, no le des más vueltas —dijo Manuel sin dejar de marear con los labios un cigarrillo desgastado y sin levantar la vista de las montañas de papeles apiladas en su mesa de trabajo—. Lo que tenéis que hacer no es regresar al pueblo sino salir del barrio en el que estáis viviendo. ¿Por qué no hacéis como yo...? Hace tiempo que ando buscando oficina en otra zona mejor ubicada y de otro nivel social, creo que empieza a ser necesario para el negocio. ¡A eso lo llamo yo prosperar! —proclamó con orgullo.

—Vaya, últimamente escucho demasiado esa frase. Lo de prosperar.

—Pues grábatela a fuego aquí. —Le puso la mano en la frente—. ¿Por qué no buscamos juntos? Cada uno lo que necesita.

—¡Y luego dices de mi marido! ¡Tú sí que estás para que te encierren! Nosotros no podemos aspirar a lo mismo que tú.

—Escúchame, Concha. Si no lo intentas jamás lo conseguirás. ¿Tú cómo sabes que no encontrarías un hogar en otro sitio mejor si no sales a buscarlo? Estoy dispuesto a subirte el sueldo. No podrá ser mucho, pero algo es algo. Ya verás cómo lo acabaremos consiguiendo.

Concha se quedó cortada ante la propuesta de su hermano. Ni siquiera sabía si podía tomarla en serio.

—Bueno, tengo que seguir trabajando, aunque se ha hecho tarde. Tú vete a casa. Volveremos a

hablar de esto.

—Manuel... gracias...

—Ah, no le comentes nada a Lola de lo de tu sueldo.

En la salida la abordó Armando.

—¿Adónde vas tan corriendo? Te invito a algo.

Ya le había sucedido más veces, quería decirle que sí, lo deseaba, en una fracción de segundo incluso fantaseó con la imagen de ambos bajando las escaleras de dos en dos para ir más rápido, asidos fuertemente de la mano, cogiéndola después él en volandas para acabar dándole un beso en plena calle antes de entrar en el bar de la esquina para seguir disfrutando el uno del otro, como si no tuvieran ataduras familiares, como si nadie les esperara en casa.

Sin embargo rechazó la oferta:

—No... Te lo agradezco pero hoy no puedo.

Y salió corriendo sin darle tiempo a Armando de despedirse más que de una sombra.

* * *

Era viernes. Concha estaba cansada tras una intensa semana de trabajo y Diego irritado por esa misma razón. Paz se había retirado a su habitación a leer hacía rato. La abuela dormía.

La escena que se produjo les recordó a ambos otra ocurrida con anterioridad, como si correspondiera a otra vida. Pero seguían siendo ellos aunque era cierto que el tiempo había pasado. Entonces sólo se dijeron que aquello no era vida. Fue suficiente para regresar al pueblo tras la riadas y con una niña recién nacida a la que sólo podían ofrecer el techo de una casa sombría a medio terminar y tan llena de humedades que parecía que no tuviera paredes.

Se metieron en la cama en silencio y apagaron la luz.

—Lo he decidido: nos iremos a Osuna. Me da igual lo que digas —afirmó Diego.

—Y a mí me da igual lo que hagas. Yo también lo he decidido: no pienso moverme de aquí.

Pero Concha había decidido mucho más aquella noche de viernes. No estaba dispuesta a que hubiera otras más embargadas por el tedio y la tristeza. Si la vida le estaba ofreciendo otra posibilidad, otro camino distinto, ser más feliz, ser ella misma... ¿por qué no aprovecharlo?

* * *

El lunes, Concha ya no se resistió a la invitación de Armando, que ocultaba el consabido fin de prolongar un rato más el tiempo de poder estar junto a ella. Mostraba un continuo interés en escucharla, convirtiéndose en un hecho natural que la seguía sorprendiendo, acostumbrada a que su marido apenas hablara con ella o demostrara un mínimo interés por sus asuntos.

Armando también era muy listo. En parte se esmeraba en escuchar a Concha al darse cuenta de lo sola e incomprendida que se sentía en su familia. La consideraba una mujer luchadora y sensible. Le gustó desde el mismo instante en que Manuel se la presentó en la oficina.

Ese lunes acabaron hablando de música argentina, del poder infinito de los tangos para remover el corazón, de la llamada del candombe, de canciones de amor y olvido... mientras las horas iban pasando suaves, azucaradas como un dulce de leche.

Sintieron próxima, sin saberlo, la sombra de una realidad soñada.

Se les hizo tarde. Pero Armando no reparaba en la hora y, cuando Concha quiso marcharse, él insistió en pedir otra copa.

—Uy, no, que no estoy acostumbrada a beber...

Ya se la estaban sirviendo.

Brindaron.

—Por ti... —dijo Armando con voz sinuosa.

Ella se ruborizó.

Él se le acercó al oído mientras tomaba su mano con delicadeza: «Esta noche estás más hermosa que nunca». Concha, con visible turbación, se quedó casi paralizada, no sabía qué hacer. Empezaba a estar un poco aturdida por el alcohol, pero no tanto como para no sentir la nariz de Armando rozándole el cuello y el hálito de su respiración dando de lleno en su pánico a lo prohibido.

* * *

—Si lo conocieras, Paqui, entenderías lo que intento explicarte.

Concha no podía sola con la carga del pecado aún no cometido. Ese pecado en ciernes que, de momento, le permitía el oxígeno necesario para no asfixiarse en casa.

—Armando es todo lo que no es Diego. Me escucha, es atento, educado, amable, está pendiente de mí, de cómo me siento, de lo que me pasa...

—Creo que no se trata de cómo sea ese hombre al que has conocido, sino de que te has enamorado de él.

—¿Qué dices!

—Si me lo estás contando es que porque es importante para ti y, sobre todo, porque te preocupa.

—¿Cómo no me va a preocupar? Eso de que me he enamorado... suena muy fuerte.

—¿Te has enamorado, Concha? Es lo primero que tienes que responderte. —Concha calló—. Realmente tienes un problema. —Cuando Paqui hablaba parecía estar pidiendo perdón por hacerlo, tal era su prudencia—. Deberías pararlo antes de que sea demasiado tarde. Cuando un incendio está iniciándose es posible sofocarlo pero si está avivado no hay manera de acabar con él, más bien son las llamas las que devoran todo. ¿Merece la pena el riesgo?

—Paqui, ¿tú estás bien? —Concha dio por zanjado el asunto, le incomodaba seguir hablando de ello porque no hallaba respuestas nítidas a las preguntas de Paqui—. Tienes muchas ojeras.

—Es que... bueno, esta noche no he dormido nada. Estaba intranquila.

—¿Cómo te va con el médico?

—Bien, aunque todo es muy lento. No te preocupes por mí. Y piensa en lo que te he dicho. Por lo que me cuentas, el fuego ya se ha iniciado.

* * *

Patry invitó a Paz a su casa para ver esa noche una nueva serie que estrenaba Televisión Española. Su piso también era muy modesto, ubicado pasadas las llamadas *casas baratas*.

Antes de que se estrenara, la amiga de Paz se sabía todo sobre *Los ángeles de Charlie*. Los nombres de sus tres protagonistas, el argumento, las actrices principales... «Me he leído todo lo que ha salido en el *Súper Pop*, ¡me encanta esa revista! ¿A ti no...?».

A Paz no le parecía que fuera a ser para tanto esa serie norteamericana. «Shhh, ¡qué emoción!, calla, que está empezando», los primeros compases de la sintonía acallaron a la excitada Patry.

—Había una vez tres muchachitas que fueron a la academia de policía. Les asignaron misiones muy peligrosas. Pero yo las aparté de todo aquello y ahora trabajan para mí. Yo me llamo... Charlie.

Y en ese momento, después de recitar de memoria la cabecera de la serie reproducida en la revista, Patry estiró los brazos al infinito juntando las manos como si sostuviera una pistola y apuntó a Paz: «¡Pum, pum!». Paz dio un respingo asustada, y le dijo: «No me hace ninguna gracia, Patry, ninguna».

Al final, a ella también le acabó resultando divertida la serie, sobre todo por lo que suponía de compartir un rato todas las semanas sólo con su amiga al margen de las obligaciones de su casa y de las abiertas discusiones de sus padres. Igual el tal Charlie hasta le hacía un favor.

* * *

—¡Oh, Dios mío! ¡Es fabulosa!

Manuel le mostraba a su hermana su nueva oficina. «¡Lo conseguiste, hermano!», se abrazó a él emocionada y sin acabar de creerse el cambio, ¡era tan radical! El emplazamiento, las dimensiones, la calidad de las instalaciones. Suponía adentrarse en otro mundo.

Gracia era un barrio céntrico de mucha solera catalana, con un casco histórico precioso. Pero ahí no acababa la sorpresa. Manuel había encontrado local, ¡y también piso!, en la parte más nueva, subiendo por la calle Escorial, muy cerca de donde estaba la nueva oficina.

—¡Subamos a ver la casa!

Concha se quedó extasiada contemplando las vistas de Barcelona. Había adquirido un piso alto, un ático con una amplia terraza. Y pensó que en eso, y no en ninguna otra cosa, consistía ascender en la vida. Para ella, su hermano había llegado a lo más alto: a vivir en un piso octavo, en un buen barrio, desde el que tenía a sus pies una ciudad tan grande y tan moderna; una ciudad en la que estaban prosperando, sí, ¡claro que sí!, pero también en la que, sobre todo ella y su marido, habían pasado por dramáticas situaciones para las que nadie está preparado nunca. Sobrevivir a ellas necesariamente tiene que hacerte más fuerte y distinto del resto de los mortales.

Y desde un octavo piso más aún.

—Mira qué rico, he hecho canelones. —Lola la estaba invitando a comer—. No puedes dejar de probarlos.

—¿Cómo voy a negarme? Esto hay que celebrarlo —respondió Concha.

—Hay que ver lo guapa que estás de rubia —saltó de repente la cuñada.

—De ese tema mejor no hablemos —quiso despejar Concha.

Qué distinto se veía todo habiendo llegado tan alto. No dejaba de pensarlo.

* * *

Era tarde, hora de cerrar la oficina. El jefe, Manuel, y el resto de los compañeros se habían marchado. Sólo quedaban Concha y Armando, y un efluvio de clandestinidad esparcido en el ambiente.

Él le hizo un gesto cómplice para que no se fuera todavía.

—Quedan algunas cajas por colocar, una mudanza no se acaba nunca.

—No querrás que sigamos colocando cajas —respondió Concha ingenuamente.

—Hay mejores usos que darles a estas cajas. Espera y verás...

Extrajo una bolsa de debajo de su mesa de trabajo y dejó a Concha boquiabierta al empezar a sacar un par de velas, una empanada argentina envuelta en papel de estraza, una botella de buen Rioja, vasos, platos... Lo fue colocando sobre las cajas cerradas. Después metió una cinta de casete en el aparato de música, que empezó a sonar con melodía suave. La invitó a bailar antes de «la cena más original que hayas tenido nunca», le dijo al oído al ir a cogerla de la cintura.

De repente, la música viró hacia la amada Argentina de Armando y, como por arte de magia, comenzó a sonar un tango, uno de Gardel...

El día que me quieras...

la rosa que engalana

se vestirá de fiesta

con su mejor color.

Y al viento las campanas

dirán que ya eres mía,

y locas las fontanas

se contarán su amor.

—Tus ojos son tan negros... como un abismo en el que yo desaparecería.

Acaricia mi ensueño,

el suave murmullo de tu suspirar,

como ríe la vida

si tus ojos negros me quieren mirar.

—Mírame, Concha. —Sus rostros quedaron a escasos centímetros de distancia—. Estás viendo a un hombre entregado a ti. ¿No entiendes lo que llevo tiempo queriendo decirte?

Ella no supo si reír o llorar, o ambas cosas.

El peligro se le enredó en el pelo y vio la hoguera en la que ella podría arder si no detenía a tiempo lo que estaba sucediendo.

Volvió a apoyar su cabeza en el hombro de Armando sin responderle, buscando el olvido de lo que le causaba dolor, el olvido de las obligaciones, y el de la soledad...

El olvido del mundo...

*Ella quieta mi herida,
todo, todo se olvida.*

Encontraba consuelo meciéndose en los cálidos brazos de Armando.

*Luciérnagas curiosas
que verán que eres mi consuelo.*

El efecto del alcohol abotargaba con sutileza la conciencia de Concha hasta notar a Carlos Gardel acunándola...

*El día que me quieras...
no habrá más que armonía...
Será clara la aurora
y alegre el manantial.*

Armando introdujo su mano entre los cabellos de Concha y los sintió como si fueran una mata de algodón...

*La noche que me quieras...
desde el azul del cielo,
las estrellas celosas
nos mirarán pasar.
Y un rayo misterioso
hará nido en tu pelo.*

Bailaron hasta muy tarde y después cenaron y hablaron contemplando cómo las velas, finas y cortas, se fueron extinguendo en la misma medida que aumentaba entre ellos el deseo furtivo.

Concha cerró los ojos para sentir a Gardel acariciando con tersura de terciopelo la cara interna de sus muslos en busca de su sexo...

*Traerá quieta la brisa,
rumor de melodía.*

*El día que me quieras ...
endulzará sus cuerdas
el pájaro cantor,
florecerá la vida,
no existirá el dolor...*

Concha alcanzó un éxtasis desconocido. Armando y Gardel... Gardel y Armando... Qué más daba si la habían hecho estallar de placer bordeando los límites de lo prohibido.

No existirá el dolor...

El fuego estaba desatado. Las manos de ambos se entrelazaron debajo de la falda de Concha sintiendo en el cuerpo el ardor de las llamas que ninguno de ellos deseaba extinguir, al menos no en aquel momento.

CAPÍTULO 31

VIDAS DISCONFORMES

Osuna (Sevilla), verano de 1979

Paz llegó ese año al pueblo con ilusión y ganas de ver a Fernando; todo lo contrario que su madre, para quien el viaje ese verano era una ausencia de Barcelona que no deseaba. Sólo algunos la notaron extraña; entre ellos, su amiga Anita, quien nada más verla sintió que algo sucedía. Pero Concha fue incapaz de contarle lo que le estaba ocurriendo. Tal vez porque ni ella misma lo supiera o porque se negara a aceptarlo.

Para Paz, en cambio, aquellas eran unas vacaciones excitantes, la mayor aventura vivida en sus dieciséis años de existencia. Salía por las tardes y algunas noches con su pandilla de siempre, pero mucho menos que otros años. Ahora le gustaban más los planes que llevaban el nombre propio de Fernando.

Fernando Méndez. Al volver a ver aquellos ojos transparentes, su cuerpo experimentó una sacudida, un rayo eléctrico que le hundió la espalda por el centro recorriendo la columna vertebral de arriba abajo hasta doler.

—Un año es demasiado —se quejó Fernando—. Algo tendremos que hacer para remediar esto. Qué ganas tenía de verte...

El primer beso de aquel verano se posó en sus labios empapado del ansia rebelde de la juventud que pugna por estallar entre instintos y deseos.

En aquellas intensas tardes de estío paseaban por la Carrera solos, cogidos de la mano, e iban saludando sin importarles ser vistos ni lo que dijeran, que muchas veces solía ser: «¡Ahí va Fernando con la Catalana!». Ellos reían y disfrutaban de su mutua compañía. Recalaban en la Peña Bética para luego continuar en la calle, o en el cine de verano, donde Fernando aprovechaba para pasarle el brazo por el hombro o cogerle la mano en mitad de la proyección.

Un día fue invitada a conocer su casa, enorme, «de ricos», como se decía por allí. Y es que, en efecto, la familia de Fernando, bien que lo sabía la madre de Paz, era «de dinero». Su padre, Luis, se hizo farmacéutico aunque podría haber vivido de sus rentas y de la herencia familiar.

La casa era tan grande que tenía algunas estancias sin habitar. La joven fue conducida a una de ellas, un salón con las ventanas cerradas a cal y canto, y las persianas bajadas, en el que los muebles estaban cubiertos por sábanas blancas, incluido un magnífico piano de cola. A Paz le recordó el escenario de alguna película italiana del estilo de las de Visconti. A pesar de su juventud era muy cinéfila y Visconti le encantaba.

Fernando se acercó al piano, retiró la sábana y se puso a tocar. Ella se apoyó sobre la superficie pulida y fría, se aproximó a él y quedaron mirándose fijamente mientras sonaban las notas que acabaron envolviendo un beso intenso, prolongado y lleno de un año de juvenil deseo...

—Y encima sabes tocar el piano —le dijo Paz con dificultad, porque él no dejaba de

mordisquear suavemente sus labios.

—Hay muchas cosas de mí que no sabes...

Al caer la noche decidieron dar un paseo en coche. Enfilaron la carretera de salida hacia Sevilla. Pararon en el mismo lugar de siempre desde el que se contemplaba, como un mirador privilegiado, el impresionante cielo estrellado. Era aquella una noche clara con olor a campo dormido, abatido por el calor.

—¿A que en la capital no tenéis estrellas como estas?

El inabarcable cielo estrellado le daba la razón.

—Tenemos otras cosas.

—¡Es verdad! En Barcelona hay chicas tan guapas como tú.

Se echaron a reír revolcándose fundidos en un abrazo sobre una fina manta de tela que habían extendido en el suelo.

—¿Sabes una cosa, Fernando? Yo también iré a la universidad.

—Lo imaginaba, y harás bien.

—¿A ti te ha gustado tu primer año?

—Claro que me ha gustado. ¡Y me encantaría que pudiéramos estudiar juntos! Eso sería la leche, ja, ja.

—Déjate de guasas.

Mientras le hablaba, Fernando la iba acariciando con ternura.

—Serás un gran abogado, estoy segura.

—Y tú serás lo que te propongas, también yo estoy seguro de ello. —La besó en la boca—. Me gustaría que me incluyeras en tus planes, en tu vida.

—Ya estás en mi vida. Es inevitable.

Volvieron al coche, se había hecho tarde y Paz tenía que regresar a casa. Al conectar la radio del vehículo, un SEAT 1200 azul cobalto, empezó a sonar la canción *Fernando*, de ABBA, en castellano.

Se besaron, se acariciaron, se devoraron mutuamente, sin que Paz permitiera al principio ir demasiado lejos en la pasión a la que al fin dejó extender sus alas. Inesperadamente, Fernando acercó la boca a la altura de su pubis y, por encima del pantalón vaquero, depositó un beso ligero que estremeció a la joven.

Recién cumplida la mayoría de edad, Fernando era ya todo un hombre que despertaba las ansias del sexo latente y desconocido.

* * *

Esa misma noche, Concha había esperado a que todos durmieran para salir al patio con sigilo. Sacó un pequeño aparato de música, se sentó en una mecedora a contemplar las relucientes estrellas sintiéndose protegida bajo la bóveda celeste y, al accionar la tecla del *play*, Carlos Gardel empezó a cantarle, en voz baja, sólo para ella, meciendo sus sueños relajadamente entre el aroma del limonero...

El día que me quieras...

endulzará sus cuerdas

el pájaro cantor,
florecerá la vida,
no existirá el dolor...

... con Armando revoloteando en su cabeza.

* * *

Fernando ya no pudo abandonar la mente de Paz. Fueron las primeras manos masculinas que ella descubrió, juveniles y temblorosas como las suyas, pero a las que no dejó avanzar mucho por pudor. No importaba; el recuerdo de aquel verano estaba llamado a acompañarla durante todo un año. Aunque también fue la causa del primer enfrentamiento serio con su madre en aquellas vacaciones. Seguía oponiéndose a que saliera con el hijo de Luis Méndez. Su reacción fue peor que la del año anterior.

—O dejas de ver a ese chico o no sales en lo que queda de verano.

—Mamá, no puedes prohibirme salir con nadie. Yo escojo a mis amigos.

—Tú no sabes nada de la vida.

—¡Pues explícamelo tú! No sé qué tiene de malo que Fernando sea mi amigo.

—¡Ese tal Fernando no puede ser tu amigo! ¡No puede ser nada tuyo!

A Paz le impresionó la virulencia con la que su madre había dicho la última frase, dio la sensación de tratarse de una de esas sentencias que perpetúan la ocultación de un pecado.

—Todavía eres muy joven para entender determinadas cosas, para entender hechos de la vida que hacen que algo no pueda ser posible. Y eso es lo que ocurre: no es posible que mantengas ningún tipo de relación con ese chico. ¡Ninguno! Espero que esta vez lo hayas entendido bien, porque lo siguiente que haré si me entero de que no haces caso es no volver a traerte nunca más a Osuna.

—Ni Fernando ni yo tenemos la culpa de lo que te hizo su padre.

De repente un silencio brutal, emponzoñado, se estableció en el aire cansado de los malos recuerdos.

—¿Qué has dicho?... ¡Cómo te atreves!

—Esa es la razón de que me prohíbas ver a Fernando. Lo sé. Él me lo contó. Ha sido más sincero conmigo que tú.

—¡Cállate!

—Está bien, me callo. Pero cometes una gran injusticia. ¿Recuerdas cómo estabas de enamorada de papá cuando eras joven? Imagino que mucho y que no lo has olvidado. Pues así me siento yo con Fernando y nadie va a poder impedirlo.

La mención del amor en un momento tan complicado para Concha acabó de hundirla. En realidad, qué más le daba con quién saliera su hija si su preocupación ahora era encontrar la forma de encajar en su vida precisamente eso, el amor, y no por su padre.

Zanjó el asunto como si el fracaso de su pasado pudiera redimirse en la juventud de su hija.

Aquel verano se le hizo largo a Concha, cuyo único anhelo había sido, desde el primer día de las vacaciones, regresar a Barcelona.

Para Paz fue, por el contrario, un verano corto. Lo bueno abrevia el tiempo. Lo malo, lo dilata. Pero el tiempo y su medida siempre son los mismos. Tan ciertos como lo era Fernando para la joven Paz.

Mil kilómetros por delante y trescientos sesenta y cinco días. Así se medía lo que iba a distanciarles de nuevo. Y cada año era peor la despedida, igual que un nido oscuro al que aportaban luz con el sentimiento que los unía.

Un mismo sentimiento que brillaba por los dos.

* * *

Barcelona, septiembre de 1979

—Quiero volver a Osuna —dijo Diego sin venir a cuento en mitad de la cena el mismo día en el que llegaron a Barcelona.

—Pero si acabamos de estar allí —respondió Concha, sin entender lo que quería decir.

—No me refiero de vacaciones. Quiero volver para quedarme.

El silencio habitual en las cenas familiares de cada día se agrandó tras estas últimas palabras que cayeron como hielo sobre la lava de un volcán.

—No sabes lo que dices. —Concha siguió tomando la sopa.

—¡Claro que lo sé!

Paz dio un respingo al tiempo que pensó que, para una vez que su padre tomaba la iniciativa de hablar en la mesa —«En la mesa no se habla», repetía siempre con severidad—, iba a liarla, lo veía venir.

—Deberíamos regresar a Osuna y vivir allí, todos. Matricularemos en el colegio a Paz y yo buscaré trabajo. Ahora no está tan mal como antes.

Concha tragó saliva. No podía creer lo que estaba escuchando. Si antes defendía que tenían que quedarse en Barcelona, ahora más aún. ¿Qué iba a pasar con su trabajo? Era un dinero que les estaba viniendo muy bien. Y... ¿qué pasaría con su vida? ¿Con Armando? ¿Con el nuevo horizonte que la clandestinidad abría en el hastío familiar?

—¿Que ahora el trabajo en Osuna no está tan mal? —Fue cogiendo aire—. ¿Que no está tan mal...? ¡Tú sí que estás tan mal como siempre! ¿Ahora quieres que volvamos al pueblo todos? Después de lo que nos ha costado levantar cabeza, después de haber conseguido comprarnos un piso, después de que yo haya tenido que salir a trabajar fuera de casa para que podamos llegar a fin de mes. —El silencio que impusieron sus palabras supuraba una herida que no cerraba—. ¿De verdad es eso lo que quieres? —Nadie se atrevía a moverse. Paz se quedó con la cuchara de la sopa en la mano, parecía una estatua. La abuela, seria y rígida, con las manos cruzadas debajo de la mesa—. En el pueblo... —Concha ya sólo era capaz de balbucear— seremos unos muertos de hambre... mientras que aquí estamos prosperando.

—¡Menuda prosperidad! —se envalentonó Diego—. ¿Prosperar es vivir en este barrio de quinquis, en un piso tan pequeño que cabemos los cuatro con embudo?

En ese momento sonó el teléfono. Todos miraron el aparato al mismo tiempo, como si estuvieran esperando a que sucediera algo que cortara de cuajo la desagradable discusión.

Diego, de malas maneras, atendió la llamada. Se sorprendió, era de un tal Armando, preguntaba por Concha. Ella enrojció muerta de vergüenza y también de temor por la posible reacción de su marido. Se aproximó con cautela al aparato telefónico, como si de un momento a otro pudiera salir

de él Armando con su sonrisa y su porte elegante.

—¿Diga...?

—Hola, Concha, soy Armando. ¿Cómo estás?

—Bien. —Ella no quería extenderse en la conversación, se sentía muy incómoda—. ¿Cómo es que llamas a estas horas? ¿Ha pasado algo?

—No, no ha pasado nada. Sólo quería saber si habías llegado ya, llevo dos días llamándote, pensaba que volvías antes. Yo te... bueno, quiero decir que en la oficina se te echa de menos...

—Ya. Vale. Sí, mañana ya me incorporo. Hasta mañana, adiós.

Colgó sin darle tiempo ni a despedirse.

—Era... era de la oficina de mi hermano —Concha se dirigía a Diego al dar las explicaciones que aún nadie le había pedido aunque sabía que su marido estaba a punto de hacerlo—, que tienen un problema con una venta importante y querían saber cuándo volvía a trabajar.

Diego, al que se le notaba que no le había hecho ninguna gracia la llamada del tal Armando, siguió empeñado en la discusión.

—Lo que a ti te pasa es que tienes la cabeza llena de sueños imposibles.

A Concha le sentó fatal, porque se consideraba una mujer con los pies en la tierra, incluso tal vez demasiado.

—Precisamente porque soy realista trabajo fuera de casa y teniendo que atender, a la vez, el trabajo y mi familia, y menos mal que cuento con la ayuda de mi madre.

—¿Atendiendo a tu familia...? —El tono recriminatorio de Diego era tan desconsiderado que le estaba haciendo mucho daño a su mujer—. ¡Yo creo que lo que tú atiendes es otra cosa!

La cena acabó mal. Diego dio una voz y se levantó de la mesa.

Refugiada en su habitación, Paz se puso a escribir. La fantasía acabó convirtiéndose para ella en la misma vida.

La sola idea de irse a vivir al pueblo la trastornó sobremanera, aunque su mayor desconcierto consistía en no poder saber el alcance de tal decisión, y, por tanto, no saber siquiera qué podía, o no, decidir ella.

Aunque, por otro lado, en el pueblo podría estar con Fernando...

CAPÍTULO 32

«LA CENIZA APAGADA DE SUS OJOS»

*Fue seguramente por aquel entonces cuando apareció
esta
escarcha rencorosa en sus ojos y esta tristeza en su pelo.*

JUAN MARSÉ, *Últimas tardes con Teresa.*

Parecía que no iba a llegar nunca pero por fin ya era lunes, primer día de la vuelta a la oficina. Concha entró sintiendo un cálido temblor en las piernas que se intensificó al pasar junto a Armando y darle los buenos días engarzados en una sonrisa que venía a decir algo así como «por fin, no imaginas las ganas que tenía de volver para verte». Él estaba sentado y fingía que se hallaba enfrascado en documentos cuando en realidad llevaba interminables minutos esperándola.

Colgó la rebeca en el perchero y se sentó en su puesto de trabajo. Al abrir el primer cajón de la mesa encontró una rosa roja sobre folios en blanco y, a su lado, una cinta de casete, otra más, esta vez de Mercedes Sosa, con la inscripción del título de una canción escrito a mano por Armando, con un añadido: «Gracias a la vida, que me ha dado tanto..., que me ha dado a ti».

* * *

Tras el verano, Paz fue a casa de su mejor amiga para contarle lo ocurrido en el pueblo con Fernando. Se moría de ganas de hablarle de él. Pero, confesión por confesión, Patry se adelantó, también tenía importantes novedades que contarle:

—Venga, desembucha. Empieza tú. —Paz se acomodó sobre la colcha de la cama.

—He empezado a salir con el Migue.

Paz prefirió callar lo primero que se le vino a la mente para no herirla. Pero su amiga insistió.

—¿Te alegras, verdad? Yo estoy muy contenta.

Algo tenía que responder. Decidió ser sincera aplicando la mejor mano izquierda que pudo.

—No sé si alegrarme es la palabra. Ya sabes lo que opino sobre salir con chicos como el Migue. Todavía somos muy jóvenes y... no sé... No creo que sea lo mejor que puedas hacer. —Recordó el trapicheo de drogas con un camello junto al río—. Pero si tú eres feliz... —añadió.

—¡Lo soy! Y eso no es todo.

—Ah... ¿Aún hay más? —Paz temía de lo que fuera capaz su amiga. Después de lo del Migue podía esperar cualquier cosa.

—Este verano he pensado mucho en ello y lo tengo clarísimo. Ya sé lo que quiero ser en la vida: ¡mujer policía!

¿Qué? ¿Cómo podía haber cambiado todo tanto en un sólo mes? Paz se quedó pensando en qué

habría podido pasar para que en sólo un verano se hubiera revolucionado la vida de su amiga de aquella manera tan extrema.

—¿Cuándo te vas a dejar de ensoñaciones? Eso te pasa por ver tanta serie americana de policías.

—¿Es que no puedo tener ideas propias?

—¡Claro que puedes! De hecho, deberías tenerlas. La culpa de todo esto la tienen *Los ángeles de Charlie*. ¿Es que no te das cuenta? Es una fiebre que se te acabará pasando.

—¡Nunca me tomas en serio! ¿También lo del Migue es una fiebre?

Se hizo un silencio entre ellas. Patry estaba muy enfadada. Paz también.

—¿Quieres que de verdad te diga lo que pienso? Que todo es una frivolidad.

—¿Qué tiene de malo ser policía? —se defendió Patry.

—Si está muy bien que haya mujeres policías, pero que sean otras, Patry. Tú puedes estudiar una carrera, tienes mucho talento. Seguro que tus padres estarían encantados si fueras a la universidad.

—Ellos estarán encantados si hago lo que yo quiera.

—Ese es el problema: lo que quieres. Prueba a querer otra cosa, como estudiar una buena carrera. ¿Y qué pasa con nosotras? Habíamos prometido estudiar juntas en la universidad y ahora me dejas colgada. Creo que deberías pensarlo más.

—¡Pues te equivocas! No es un capricho. Siendo policía ayudaré a acabar con cabrones y delincuentes como los que hay en nuestro barrio. No se puede vivir en un sitio como este y quedarse cruzada de brazos sin hacer nada. ¿Y tú...? ¿Vas a hacer algo? Pues yo sí lo haré, te lo aseguro.

—¿Sabes qué es lo mejor que se puede hacer por este barrio? Salir de él. Y eso es lo que yo haré.

Jamás había oído a Patry hablar así.

Decidió marcharse, no le apetecía prolongar por más tiempo lo que para ella era una discusión absurda.

—Oye, Paz... antes de irte, ¿qué ibas a contarme del pueblo?

—Oh... Humm... en realidad nada, no era importante.

* * *

»Paqui, no te hundas. Sal de ese pozo negro en el que caíste en un momento incierto que ya la memoria desdibuja, como si se deshiciera en el aire. Lo importante es que salgas de él, no importa cuándo caíste ni por qué.

Que no te devoren los demonios de la mente. Están empeñados en acabar contigo. No dejes que lo hagan. Hay gente que te quiere y para la que eres importante. Agárrate a mí. Te salvarás, mi querida amiga, te salvarás y lo celebraremos. No sales de mis pensamientos. Sólo aguanta un poco más».

Paqui lloraba abrazada a Concha. Su estado había empeorado. Qué difícil era hacerle entender que todo en la vida, salvo la muerte, tiene remedio.

Algo debería hacerse para quitar de sus ojos la ceniza apagada bajo la que la vida de su mirada sucumbía.

«El problema no es el barrio, sino yo», repetía sin darse tregua. Sería la tristeza en su pelo, en su rostro, en su vida...

* * *

Paz salía de su barrio en cuanto podía, de momento sólo por unas horas, a la espera de que llegara el día de abandonarlo para siempre. Los fines de semana, le encantaba pasar las tardes con amigas en el Rompeolas. Los baños de San Sebastián retenían las huellas de un pasado lejano que se resistía a morir. Era aquel un paraje de paseos de parejas furtivas que esquivaban sombras de sospechas, y de reunión de pandillas de amigos, entre los que había muchos charnegos (la primera vez que alguien la llamó «charnega» lo recibió como un escupitajo en la cara, fue un idiota de la zona alta que presumía de apellidos catalanes). Paz tenía la novela de Juan Marsé *Últimas tardes con Teresa* como su biblia particular: «Él no ignoraba que su físico delataba su origen andaluz — un *xarnego*, un murciano (murciano como denominación gremial, no geográfica: otra rareza de los catalanes), un hijo de la remota y misteriosa Murcia». Hijos también de Extremadura o de Andalucía, como ella. Jóvenes nacidos en Cataluña pero hijos de emigrantes, que, en aquellas tardes de cerveza en lata y rompeolas, se reunían en torno a un radiocasete en el que sonaban canciones de Burning o de Pink Floyd.

Con volar, muy lejos y alto, llevaba soñando toda su vida. Según iba cumpliendo años no podía evitar preguntarse precisamente eso: ¿qué hacía una chica como ella en un sitio como su barrio? Un barrio en el que había crecido, había sido feliz con sus amigas e infeliz con el entorno. En aquel año del fin de una década, el grupo británico Pink Floyd, venerado entre los chavales del *Buenpas*, publicó su mítico *The Wall (El Muro)*. Para Paz se convirtió en un símbolo de su vida, en la que había erigido desde pequeña un muro que la aislaba y protegía del mundo y hasta de la propia vida, construyéndose otro universo distinto y único que sólo ella hacía habitable.

Frente al mar en el Rompeolas recordaba las tardes de verano con Fernando, en Osuna, y las noches bajo un manto de estrellas que cubría sus juveniles e inocentes juegos amorosos. Lo echaba de menos. El horizonte azul traía al presente los cristalinos ojos de Fernando, que tanto le gustaban.

Disfrutaba recorriendo la playa de la Barceloneta, con los restaurantes en la arena formando una hilera desigual, y las calles estrechas del barrio del mismo nombre, llenas de pequeñas ventanas como colmenas, de las que pendían cuerdas repletas de ropa tendida. Era la estampa viva, con las carnes abiertas, de un barrio caótico y sucio, mucho peor que el suyo. Quizás eso fuera lo que le motivaba a visitarlo tan a menudo.

Siempre hay algo peor.

* * *

—A veces las palabras se quedan cortas.

—Pero son la herramienta que tenemos para expresar lo que sentimos —replicó Concha.

—Lamento decirte que te equivocas.

Armando introdujo la mano en el interior de la chaqueta de Concha, por la espalda, y empezó a acariciarla con suma ligereza. Se acercó a su oído para susurrarle:

—¿Acaso esto no te hace sentir más que si te hablo?

La espalda de Concha se arqueó.

—¡Estás loco! ¡Para! Estamos en un bar, es un sitio público. ¿Qué van a pensar de nosotros?

—Lo que somos: dos enamorados.

Y rozó los labios de Concha con los suyos. Ella se echó para atrás incómoda.

—Definitivamente, estás loco. No podemos hacer esto delante de todo el mundo.

—¡Conseguido! Al fin lo has reconocido. Que no podamos hacer esto en público lleva implícito el hecho de que sea posible en privado, o sea que tú también sientes como yo. Te ha costado reconocerlo. Lo nuestro es una historia, oculta, clandestina, pero una historia. No es sólo una cena entre cajas y velas escuchando a Gardel.

—Mira... no me líes con tus buenas palabras. —De repente Concha se sintió ofuscada y quiso salir de allí.

—No confundas palabras con sentimientos. Ambos los tenemos. ¿Por qué luchar contra ellos?

—¿Tal vez por el pequeño detalle de que ambos estamos casados y tenemos familia?

—En esta vida todo tiene arreglo.

—No todo, Armando. Ni tú ni yo somos libres. Así que deberíamos poner fin a esta locura.

—Las locuras mueven el mundo y nos moverán también a nosotros, ya lo verás. Todo tiene arreglo.

Todo...

* * *

Se aproximaba el final del año, preámbulo del estreno de la década de los ochenta. En los cines se colocaban los carteles del último estreno de la temporada, destinado a abarrotar las salas de público joven: *Hair*, el musical de Milos Forman sobre los hippies norteamericanos de los años sesenta y setenta, y la oposición ciudadana a la guerra de Vietnam.

Paz y Patry fueron al cine Aribau un sábado por la tarde y salieron de la proyección dando saltos por la calle, agarrándose a las farolas para girar alrededor de ellas, cantando como los protagonistas y haciendo coreografías a las puertas de la Universidad Central, cuya sede hacía esquina con la calle Aribau. Poco importaba que la gente las mirara. Cansadas de tanto baile se sentaron en un banco de piedra delante de la fachada de imponentes portones de madera.

—¿Ves esas puertas? Algún día se abrirán para mí. Haré grandes cosas ahí dentro, ya lo verás —sentenció Paz.

Su amiga se levantó divertida y siguió dando saltos.

—¡Menuda empollona! Céntrate ahora en los ecos de la Era Acuario..., ¡*Hair!*

Los ecos de la Era Acuario...

* * *

Concha entró como un ciclón en casa de su amiga con una olla exprés en la mano.

—¿Adónde vas con eso? —se extrañó Paqui al verla.

—Te he traído un hervido para esta noche. Judías verdes y patatas. Para que no me pongas como excusa que tienes que hacer la cena para tu marido y tu hijo.

—¡Ja, ja! A saber qué estarás tramando.

—¡Hija, qué alegría verte reír!

—Me río de ti. Mírate, si es que es para reírse.

Dejó la olla sobre la encimera y le dijo a Paqui muy animosa:

—¡Venga! Ya te estás vistiendo, que nos vamos.

—¡Anda ya! ¿Adónde vamos a ir tú y yo un sábado por la tarde?

—¿Tu marido y tu hijo dónde están?

—En el fútbol —respondió Paqui sin entender nada.

—Pues igual que el mío, en el fútbol. ¿Lo ves? Ellos salen sin pedir permiso a nadie. Eso es lo que hoy vamos a hacer también nosotras.

—¡De eso ni hablar! —dijo Paqui, espantada por la idea.

—Tranquila, que no vamos a hablar. Vamos a actuar. Te ayudo a vestirte. —La fue empujando hacia su habitación—. Coge dinero que primero iremos al cine y después de compras a El Corte Inglés. Y no hay más que discutir.

—¿Qué pintamos nosotras en el cine?

—No vamos a pintar nada sino a ver una peli. Necesitamos distraernos un poco.

—Si es que siempre me lías, Concha...

A regañadientes pero se marchó de casa arreglada junto a su amiga.

Al salir del cine fueron, como ya advirtiera Concha que harían, a El Corte Inglés. Sábado tarde, abarrotado de gente. Paqui acabó aturdida pero su amiga siguió tirando de ella. Salieron con varias bolsas cada una, que no abultaban demasiado.

—Volvamos ya a casa. —Paqui no podía más.

—¡Anda que no queda tarde por delante! Ya volveremos después, no te preocupes. Ahora vamos a coger un autobús que nos lleve al mar.

—¡Al mar! Concha, no me asustes. ¿Por qué no nos vamos ya a casa?

—Nos lo merecemos. Teníamos que haber hecho esto mucho antes. ¡Ya está aquí el autobús! —Mientras subían no paraba de hablar.

—Pero, Concha, ¿adónde estamos yendo? ¿Cómo vamos a ir al mar?

—Vamos a Colón, donde la estatua, para coger una golondrina.

—¿Cómo vamos a coger una golondrina? Qué cosas dices. Cojamos mejor una gaviota, ¿no? —Paqui se burló de su amiga—. Es ridículo.

—Ridículo es lo poco que salimos del barrio. ¿No sabes lo que son las golondrinas? No puede ser, Paqui. Esto no puede ser. Mujer, son barcos turísticos a los que llaman así porque los puso en marcha un cubano y parece ser que allí es muy típica la golondrina de mar, que yo creo que deben de ser similares a las gaviotas.

—¿Y tú cómo sabes todo eso?

La pilló. Concha tragó saliva mientras rápidamente buscaba un argumento veraz que evitara la verdad: había dado un paseo en una golondrina con Armando y se había leído el folleto.

—Pues... es que yo leo mucho. En las revistas se entera una de cada cosa... Deberías leer más.

Inicialmente, los barcos, de los talleres metalúrgicos de la Maquinista Terrestre y Marítima, que por cierto tenían una de sus fábricas en el Buen Pastor, fueron de vapor y cubrían el trayecto que iba de Colón a los baños de San Sebastián. En los años cincuenta lo prolongaron hasta el espigón del Rompeolas, el único lugar desde el que se podía disfrutar de vistas del mar. Todo eso también lo había leído Concha en el folleto aquel día lluvioso en el que Armando la cubría con su chaqueta como un auténtico caballero en medio de un mar agitado.

Llegaron al espigón, fin de trayecto, sin que Paqui pudiera acabar de creerse la aventura a la que la había arrastrado su amiga.

—Esto lo cuento y no se lo cree nadie —musitó.

—Pues entonces no lo cuentes —le soltó Concha muy resuelta.

Había un par de merenderos en los que varias parejas apuraban sus consumiciones. Ellas fueron a sentarse a unas rocas cerca del agua para contemplar el mar.

—Esto es mucho mejor que la playa de San Adrián —comentó Concha, inspirando intensamente la brisa y el olor a salitre.

—Bueno, es lo que nos coge más cerca para ir a la playa. Podemos ir andando con los niños.

—Atravesando esa pasarela sobre el río, que tantas veces se ha caído, que eso no es puente ni es nada. Y siempre es lo mismo, ¿verdad, Paqui? La neverita, la sombrilla, los niños, la Nivea...

—Yo me divierto así.

—¡Sí, claro, qué remedio! ¿Últimamente estás mejor, amiga? A mí me lo parece.

—Sí, sí —contestó Paqui, restándole importancia—. Va todo bien.

—¿Entonces te funciona el psiquiatra?

—Sí.

—Me alegro. Eso es buena señal.

Entre risas y confidencias fue cayendo la tarde. El cielo se oscureció y emergieron pequeñas olas rompiendo las tranquilas aguas del Mediterráneo.

—Ya es hora de irse —anunció Concha, como si Paqui no llevara rato esperándolo.

—Empieza a hacer frío —miró el reloj—. ¡Por Dios, qué tarde es!

—No pasa nada, un día es un día.

—En casa nos van a matar.

—No exageres. Teniendo el plato en la mesa igual ni notan que no estamos —se lamentó Concha—. Así son los hombres.

Cogieron el último barco que salía. La última golondrina. Ya en tierra, mientras esperaban el autobús que les llevara al Buen Pastor, Concha la abrazó y entonces vio que estaba llorando, pero le llamó la atención que parecía un llanto de quien, a pesar de todo, sabe que no tiene nada que perder y empieza a darle todo igual. Paqui se abrazó a ella buscando un consuelo ante el que Concha sintió una terrible frustración y la intuición de que la ayuda que necesitaba tal vez no estuviera en este mundo.

(...) toda la pena suburbana de todos los días se humedecía entonces en la ceniza apagada de sus ojos.

JUAN MARSÉ, *Últimas tardes con Teresa.*

CAPÍTULO 33

LAS ESQUINAS DE LA VIDA

Barcelona, Navidad de 1979

La Navidad solía ser la época del año en la que más recordaban su tierra y echaban de menos su añorada Andalucía. Para la familia de Diego y Concha se trataba de una tradición que mantenían arraigada con tal firmeza que no podría decirse que estuvieran en Cataluña. Desde media tarde ya empezaban a sonar los villancicos andaluces, la Niña de la Puebla cantando: «En los pueblos de mi Andalucía, los campanilleros por la *madrugá* me despiertan con sus campanillas y con las guitarras me hacen llorar»; o Antonio Molina, o Canalejas de Puerto Real, o Manolo Caracol, y los cantes de misas flamencas. Diego, indistintamente con zambomba o pandereta, cantaba siguiendo la letra de las canciones de los discos de larga duración, los LP, que se sabía de memoria. Todos.

Los espumillones, rojos, dorados, plateados, decoraban con exceso y barroquismo la casa entera. En el salón hasta los cuadros y las lámparas se adornaban con ellos. En un lugar privilegiado reposaba el arcón de madera ajeno a la lejana catástrofe del sesenta y dos, de la que se había salvado. También a él le acababa correspondiendo algún motivo navideño.

Mientras que en muchos hogares españoles aquellas fiestas representaban la mayor celebración familiar del año, con las reuniones en torno a exuberantes mesas, el regreso a casa de los hijos, la vivencia de la fe... para ellos eran días de añoranza de un tiempo y un lugar del que sus corazones jamás se desprendían, sobre todo del de Diego.

La última noche del año recibieron a Manuel y a Lola. Así, la familia al completo brindaba para celebrar la mayoría de edad de la vida catalana de Concha y Diego —se cumplían dieciocho años de su llegada juntos a Cataluña— y también dar la bienvenida a una nueva e importante década: la de los años ochenta. Aunque para Concha aquella Navidad era distinta a ninguna otra, tenía un nuevo significado, diferente, esperanzador...

Estaban sentándose alrededor de la mesa, la voz de la Paquera de Jerez sonando a gran volumen, el ruido de platos y cubiertos, y de pronto todo fue traspasado por el sonido del teléfono. Cuatro timbrazos.

—¿Nadie va a cogerlo? —se escuchó a Antonia, la abuela, desde la cocina.

Concha temía responder, pero, al mismo tiempo, lo deseaba con ansia. Intuía quién estaría al otro lado...

—¡Yo lo cojo! —dijo, al fin, adelantándose a que pudiera hacerlo Diego.

Al descolgar, la voz de Armando sonó con el matiz opaco de lo clandestino.

—Hola, mi amor... —Concha no decía nada—. Sólo quería felicitarte el nuevo año y... también decirte que siempre te llevo en mi corazón.

—¡Gracias, Anita! Lo mismo te deseo y ahora mismo se lo digo a todos. Feliz año.

Y colgó. El miedo a que la descubrieran hizo que su corazón le latiera muy rápido.

—¿Quién era, hija? —preguntó su madre.

—Anita, madre. Que nos desea a todos un feliz año nuevo.

—Qué considerada es siempre tu amiga, ¿no?

Diego la miraba fijamente lanzándole su ira por los reproches que no salieron de su boca pero que permanecían bullendo en sus intenciones.

* * *

Concha, que había ido a ver a Paqui el día de Año Nuevo, respetó el silencio en el que estaba instalada desde hacía rato, hasta que su amiga dijo:

—Jamás saldré del agujero.

—Por favor... no empieces —le suplicó Concha—. Te haces daño a ti misma.

—Esto no es vida, amiga, no lo es. Si tú no quieres quitarte la venda de los ojos es tu problema. Yo hace tiempo que vivo sin ella.

—Estabas mejorando. ¿Has dejado de tomar tus pastillas?

—No. Las sigo tomando. Os hago caso, a ti y al médico.

—¿Entonces qué ocurre? Puede que necesites descansar más.

—Empiezo a pensar que el problema no es el barrio, sino yo. El problema está en mí. No veo que haya salida por ningún lado. Sí, es verdad que con la medicación he mejorado, pero veo mi casa igual de oscura y me fallan las fuerzas a diario para atender a mi familia. Está bien, te prometo, Concha, que tomaré también la pastilla que me han recetado para dormir. Dicen que te puedes acabar enganchando pero tienes razón, lo importante es que duerma.

—Eso es, querida Paqui, haz caso al médico. Ya verás como no tardas en encontrarte bien. En estos casos es importante tener paciencia. Yo estoy contigo, no te preocupes. Nada has de temer. Sólo descansa.

* * *

Las cosas empeoraban en su hogar. Concha estaba cada vez más ausente, y aun cuando se hallaba en casa parecía no estar. Su madre comenzaba a desesperarse.

—No puedes seguir así, Concha. ¿No te das cuenta del desastre en el que se ha convertido esta casa?

Hablaban con música argentina de fondo. Antonia, con un gesto brusco, apagó el aparato de música.

—¡Ya está bien! ¡Reacciona, hija! Déjate ya de tanta musiquita y preocúpate de tu familia.

—¿Y de mí, madre, quién se ocupa?

—Ya eres mayorcita para cuidarte sola. Ándate con ojo porque tu comportamiento no es el de una madre de familia, y tampoco...

—¿Tampoco qué?

—¡Tampoco el de una mujer decente! Yo no soy tonta. La música esa que escuchas a todas horas no es el problema, sino quién te la ha regalado. No te fíes de los hombres. Al tuyo lo tienes en tu casa, junto a tu familia. Ese, y no otro, es tu lugar. No lo olvides.

Como una autómatas, Concha, sin responder, volvió a poner la música. Tenía razón su madre, no era en Argentina sino en Armando en quien pensaba con su cuerpo y con su alma.

* * *

En aquellos días de inicio de 1980, Paz no se atrevía a intentar un acercamiento a su madre. Se daba cuenta de que la tensión familiar que arrastraban desde hacía un tiempo encubría un grave problema de fondo entre sus padres.

La joven comenzó a sentirse el hombro en el que su padre se desahogaba, o más bien escupía su bilis. «¡Dan ganas de coger la puerta y largarse!», le soltó Diego a su hija un día que se quedaron solos mientras Concha y su madre compraban «no sé qué, será algo de ellas», en el barrio.

La noche se cernía sobre la polvareda de la plazoleta a la que daba el balcón de su piso, donde habían sacado un par de sillas para sentarse a ver al vecindario.

—No digas eso, papá. Qué tontería. ¿Adónde ibas a ir?

—Lo tengo clarísimo. ¿Adónde va a ser, sino a Osuna?

—No empieces con lo mismo, que te pones muy pesado. ¿Es por lo de mamá? ¿Tú sabes qué le pasa? Está tan rara últimamente...

—Rara es poco. Hija, ¿tú te acuerdas del limonero?

—¿El del corral de tu casa, en Osuna? Pues claro, papá. ¿Por qué?

—No... por nada...

Diego se quedó tan pensativo que daba la sensación de que se había desconectado del mundo por un momento. Parecía que estaba mirando a los niños jugar en la tierra, pero Paz sabía que veía en ellos las ramas de los limones, el árbol, los frutos...

Para ella, lo que le ocurría a su padre no era tanto que tuviera celos, como indignación al comprobar, un día tras otro, que su mujer, que parecía otra distinta a la que salió con él del pueblo, tuviera vida propia. Aunque corriera el riesgo de que tal vida pudiera estar siendo una equivocación. Esa frustrante impotencia la disfrazaba de añoranza. Seguro que era eso.

* * *

—Mi hija se pasa el día cantando lo de la película esa que tanto les gusta a los jóvenes, el musical de los hippies, y no para de hablar de la Era Acuario y del cambio que supone en las conciencias de los hombres. Me tiene la cabeza como un bombo.

Armando sonrió galante y cogió su mano.

—He oído hablar de ello, sí. Al parecer algunos creen que esa nueva etapa de la humanidad se inició en los años sesenta, por eso se produjeron tantas revoluciones sociales. Quién sabe si para nosotros también esté empezando nuestra particular Era de Acuario, una etapa de prosperidad... de paz... y de mucho amor.

—Anda, déjate de tonterías, Armando.

—No es ninguna tontería. Lo que no podemos es pasarnos la vida como estamos ahora, viéndonos como dos furtivos.

—Es lo que somos, dos furtivos.

—Si quisiéramos, podríamos dejar de serlo.

Intentó abrazarla pero estaban en el bar de siempre y Concha se negó. Entonces él pagó la consumición y la sacó de allí. Caminaron unos metros hasta llegar a un callejón solitario en el que se adentraron para terminar una conversación que Armando llevaba guardándose, según él, demasiado tiempo.

—¿Te imaginas cómo sería la vida juntos?

Concha lo abrazó mientras seguía escuchando.

—Vamos... mi amor... Si nuestros caminos se han cruzado ha tenido que ser por alguna razón poderosa... una razón que nos arrastra al uno a los brazos y al corazón del otro... como una fuerza inevitable. —La voz de Armando era susurrante y tenía un acento armonioso y melódico que mecía el alma de Concha.

Cuando ella se soltó lo miró fijamente, emocionada, antes de besar sus labios, en un beso profundo e intenso; un beso con el que respondía a las palabras de Armando.

—Todo eso que dices es muy bonito, pero...

—Tus ojos se vuelven tristes de repente. No, Concha, por Dios...

—Es que jamás podremos estar juntos, somos dos personas casadas.

—Como jamás estaremos juntos es no haciendo nada por conseguirlo. Eso es lo único cierto de lo que dices. Pero yo me niego a acatar con resignación lo que para ti es un destino que no se puede contravenir.

Concha recordó que ella le transmitía eso mismo a su hija, que nunca hay que rendirse.

—Casarse es una circunstancia, no el sino de las personas.

—Yo no pienso así.

Con Armando su pensamiento había cambiado a ese respecto, pero le dijo lo contrario por su condición de casada y de madre de familia. El corazón era otra cosa distinta a las apariencias.

—Yo también tengo una esposa y un hijo. ¿Pero he de sentirme culpable porque mi matrimonio no funcione? Nos hemos enamorado, Concha, aunque te empeñes en mirar para otro lado, nos hemos enamorado. Y deberíamos hacer algo. Ya ha ocurrido.

—¡Lo siento! No puedo.

Salió corriendo hasta alcanzar el principio del callejón, no volvió la vista en ningún momento, caminó deprisa para coger el autobús que veía venir por un lateral de la calle, sin importarle adónde le llevara. Sólo quería escapar de Armando pero, sobre todo, necesitaba escapar de sí misma y de su situación con ese hombre que había girado del revés su anodina vida.

* * *

A aquella hora, en casa, Diego, entre abatido y furioso, hablaba con su hija y con su suegra.

—¡Hay que volver al pueblo! Esto ya pasa de castaño oscuro, no hay quien lo aguante. ¡Y no lo voy a decir más veces! ¿Habéis visto qué hora es? ¡Más de las once de la noche!

—Papá... a lo mejor si consigues hablar con mamá todo se arregla.

—¿Hablar? ¿Para qué? ¡Lo único que escucha es esa dichosa música de mierda! Sólo tiene oídos para eso. Lo hemos intentado, llevo años luchando por una vida mejor, con ese objetivo vinimos a Cataluña, para que cambiara nuestra vida pero no para que nos cambiara a nosotros.

—Bueno... —Paz no tenía muy claro cuál era el camino que debía tomar para calmar a su padre —, quizás tengas que intentar tú también adaptarte, aunque sea difícil para ti.

—¡Adaptarme! ¡Ahora resulta que el problema soy yo y que tengo que adaptarme!

—Papá, por favor, no grites.

—¿Adaptarme? ¡Joder! Lo que me faltaba.

—Creo que tu padre tiene razón. Deberíamos volver a Osuna.

La abuela, que había permanecido callada hasta ese momento, soltó lo que llevaba meses considerando, y entonces a su nieta la invadió una profunda tristeza, una sensación de soledad

anticipada.

—No digas eso ni en broma, abuela. Deberíamos irnos a vivir a otra parte pero de Barcelona, eso cambiaría mucho las cosas.

—Eso no cambiaría nada. —La abuela mantenía un preocupante rictus de seriedad—. He de reconocer el empuje de mi hija, que puede llegar a ser admirable. Ella ha luchado como nadie por salir adelante en otra tierra lejos de la suya, pero temo que esté cometiendo un error que pueda tener como precio su familia.

El giro que daba el conflicto, con el cambio de parecer de la abuela, teñía de oscuro el futuro de Paz. Eso sí que no se lo esperaba.

* * *

Dos días más tarde, Concha, que paulatinamente se iba aislando en su mundo, volvía a retrasarse. Aparentemente todos dormían, era casi la una de la madrugada. Paz, sin embargo, no conseguía conciliar el sueño y no paraba de dar vueltas en la cama intranquila. Al parecer, no era la única. En mitad del silencio nocturno se oyeron ruidos y algún gemido de Diego, quien, en un ataque de furia, estaba rompiendo, deshaciendo, cortando, metros de cinta y tirando a la basura todos los casetes de la música argentina grabada por el compañero de trabajo de Concha y al que Diego culpaba de todos sus males.

Cuando terminó salió al balcón a respirar un poco de aire. Observó el cielo oscuro y pensó en Osuna y en cómo sosegar la añoranza. A veces volvían a su memoria las tardes tumbado bajo el limonero dejando pasar un tiempo que creyó perdido para siempre a pesar de su firme propósito de recuperarlo.

* * *

Cada miembro de la familia buscaba su propio consuelo. El de Paz estaba en su amiga Patry.

—Menos mal que te tengo a ti. Ahora ya no puedo hablar con nadie de mi familia. Se han vuelto todos locos. De verdad que no sé qué voy a hacer.

En momentos como ese, su amiga la abrazaba con inmenso afecto. Eran inseparables, a pesar de que Paz estaba siendo muy crítica con el hecho de que su amiga saliera con el Migue.

—¡Tengo tantas ganas de ir a la universidad! Podremos estudiar fuera de aquí y ver otro mundo, conocer y pensar en otras cosas.

—Paz, tengo que decirte algo —respondió Patry en un tono que Paz no fue capaz de descifrar.

—Bueno, vale, veo que no se te ha quitado de la cabeza. Está bien. Pues yo iré a la universidad y tú ingresarás en una academia de policía. Y serás... ¡la mejor mujer policía de toda Barcelona!

—No, Paz... tampoco haré eso. Estoy embarazada.

Se hizo un silencio en el que a Paz el suelo de la vida se le abrió queriendo engullirla. No sabía cómo encajar lo que acababa de oír.

—Pero... ¡si sólo tienes dieciséis años!

—Ya mismo cumpliré diecisiete —aclaró Patry, como si con esa diferencia de meses ya estuviera todo arreglado.

—¡No! No, no. No puedes tenerlo. ¿Qué dicen tus padres?

—¡Pues claro que voy a tenerlo! ¿Qué insinúas? Ya está todo hablado. El Migue y yo vamos a casarnos, él se va a hacer cargo de todo.

—¿Migue se va a hacer cargo de todo? Ah, bueno, ¡entonces no va a haber ningún problema! — clamó Paz, irónica y desesperada—. Es un mecánico, Patry, que además... —A punto estuvo de escapársele lo de las drogas pero paró a tiempo—. ¿Cómo va a manteneros? No tiene estudios de nada, lo cual es muy respetable, pero creía que tú pensabas en otro futuro para ti.

—Nos ayudarán nuestros padres. Ya están mirando un piso en el barrio para nosotros.

—Un piso en el barrio... —repitió Paz como intentando creerse sus palabras, ya que le estaba costando demasiado—. ¿Y qué pasa con tus sueños? —preguntó casi al borde del llanto. Quería a Patry, era su mejor amiga.

—Mi hijo es, a partir de ahora, mi único sueño.

Paz entró en un choque emocional. Se le enmarañó una bola de pensamientos en su cabeza con una rapidez a la que no podía hacer frente. Con dieciséis años los sueños no podían confinarse en el hecho de tener un hijo. ¿Quién está preparada para algo así?

Aquella noche, tras la cena, su madre y su abuela se sentaron en el sofá para ver la serie *Los ángeles de Charlie*. ¡Lo que le faltaba a Paz para acabar el día! No pudo soportarlo y se encerró en su cuarto derrotada por la realidad. Y después se puso a escribirle a Fernando en su diario.

Sin saberlo, Fernando le ayudó esa noche más que nunca.

Se durmió sintiéndose segura y a salvo abrazada a su recuerdo.

CAPÍTULO 34

EN LA MEMORIA DEL AIRE

—¡Vamos, sube al coche! Vas a empaparte, ¡no seas terca!

Concha no quería aceptar la invitación de Armando. Seguía confundida con todo lo que les estaba sucediendo. Caminaba por la calle a la salida del trabajo bajo una tormenta torrencial pero la persistencia de Armando hizo que al menos aceptara subir al auto.

Enfilaron hacia la parte alta de la ciudad. Paró el motor del vehículo aparcado en un camino solitario. Olía a humedad y a culpa.

Armando puso música. Sonó Gardel y en su voz trajo la petición de una vida nueva.

—Hagámoslo, Concha. No puedo más con esta situación. Te quiero.

Al terminar de hablar, las notas del tango se encaramaron al movimiento de los limpiaparabrisas para conseguir una extraña melodía de vacío y soledad; lo que ambos sentían al no poder unir sus vidas.

—Si lo hacemos... —por primera vez Concha contemplaba esa posibilidad—, ¿qué será de nosotros después? ¿Qué haremos con nuestros hijos?

—Primero, deberíamos irnos nosotros solos. Cuando todo se haya calmado, iremos viendo. A mí no me importa que tu hija viva con nosotros, entendería que lo hiciera.

—Siento un vértigo terrible y mucho miedo.

Armando tomó su mano por encima de la palanca de cambios del vehículo.

—Es normal, amor. Ese miedo que sientes también lo siento yo. Pero te amo, y ese sentimiento es más poderoso que el del miedo.

—Tendremos que decirlo en casa.

—Creo que lo mejor es que no digamos nada. ¿Te imaginas la que nos montarán tu marido y mi esposa? Será un drama de tal magnitud que podrías echarte atrás y sufrir mucho. Vayámonos y, en nuestra ausencia, será más fácil que entiendan lo que ha ocurrido. Concha... ¿tú me amas?

—Sí, con toda mi alma —respondió mientras el saludo de una lágrima rubricaba su confesión.

Armando la besó sintiendo la lluvia sobre su corazón ansioso.

Concha se concentró en el ruido del agua sobre el cristal.

—Armando... lo siento, yo no estoy preparada para dar ese paso. No puedo abandonar a mi familia. Quiero irme a casa. Se hace tarde.

Ninguna palabra más pudo salir de la boca de él. Dejó a Concha en la puerta de su casa, como un caballero.

Un caballero que se quedaba sin su dama.

* * *

Esa noche, Paz no dejaba de llorar. Pensaba en el Migue, un buen chico pero nada más. Patry se

había conformado. El Migue también. No era esa la vida que habían soñado. Una gran ciudad podía ser una prisión, pero también una gran oportunidad para intentar cambiar de vida.

Se acordó de Fernando. A pesar de vivir en un pueblo de la todavía deprimida Andalucía, quería ser abogado y estudiaba para ello. Y Paz, en lo más hondo de su corazón, estaba convencida de que Fernando alcanzaría su sueño, y esa actitud a ella la satisfacía de manera plena, sobre todo esa noche en la que el llanto enmarañaba su tristeza por no poder hacer nada por su amiga.

* * *

La renuncia no estaba llamada a desbaratar la historia de amor entre Concha y Diego. Al día siguiente de la tormenta, en la oficina, Armando le pidió:

—Por favor, Concha. Necesito hablar contigo. —Se lo dijo en voz baja para no levantar sospechas.

—Ya hablamos ayer.

—Pero no terminamos la conversación.

—Sí lo hicimos —respondió Concha, intentando aparentar firmeza.

—¿De verdad es el final que quieres? ¿Es lo que deseas?

Ella se tambaleó al tener que definirse, ya que el punto en el que había dejado la conversación el día antes no era el final que quería.

—Sólo te pido que tomemos un refresco cuando salgamos de aquí —le rogó Armando—, y acabemos de hablar. Sólo eso.

—Está bien...

Armando se había cargado de argumentos para la cita. Sólo necesitaba razones; los sentimientos ya iban con él. Llevaba desde la tarde anterior pensando en lo que iba a decirle.

—Necesito estar contigo. Sentirte... Amarte... Mañana es sábado, vayámonos a algún sitio cercano a pasar el día.

—Es una temeridad.

—No. Es un deseo profundo. ¿Acaso no lo tienes tú?

Ella no quiso responder.

—Concha, tú también lo deseas, lo sé. Y creo que nos vendrá bien pasar unas horas alejados de todo, hablando, estando juntos sin pensar en nada más que en nosotros. Lo deseas...

—Miedo y deseo se confunden.

—Y seguirán más confundidos si no hablamos.

—Entonces... ¿mañana? —Concha claudicó—. Tendré que dejar la comida hecha y arreglar un poco la casa. No estaré preparada hasta las doce. Y tampoco podré estar fuera mucho tiempo, así que de pasar el día nada.

—Reservaré una habitación en un hotel. Así tendremos más libertad.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Concha. Jamás había hecho algo así, y tampoco había imaginado que lo haría.

—¿Estás bien? —se preocupó Armando al ver su ofuscación.

—Sí, disculpa. Recuerda, a las doce.

—Perfecto. A esa hora te recogeré.

—Pero no lo hagas en mi casa, podrían vernos. Espérame a la entrada del barrio, en la carretera que viene de San Andrés, por donde entran los autobuses.

—Allí estaré. Como un clavo.

* * *

Mañana de sábado. El barrio era un bullicio de gente que iba y venía con bolsas de la compra y niños jugando a la pelota en la explanada lateral del mercado.

Concha había salido a comprar muy temprano, presa de la excitación que le causaba el plan ideado con Armando. Preparaba un potaje en la olla exprés mientras Paz hacía los deberes y la abuela arreglaba unos pantalones a su nieta. Las ventanas, abiertas de par en par para ventilar el piso, dejaban colarse un aire cargado de extrañeza, denso, pesado.

—¿Así que hoy sábado tienes trabajo? —comentó Antonia sin levantar la vista de la costura.

—Así es, madre —respondió Concha, incómoda.

—Eso es lo que le has dicho a tu marido, ¿no?

—Es lo que le he dicho porque es la verdad.

—Claro... —Ensartó el hilo que se le había salido de la aguja—. ¿No abusa de ti tu hermano haciéndote trabajar en fin de semana?

Antonia por fin levantó la mirada y fue a clavarla en su hija, quien la recibió como un agujonazo impertinente y acusador.

—A mí no me importa. Así es el negocio. Voy a arreglarme para no llegar tarde. —Miró la hora, faltaban diez minutos para las doce.

Tuvo que darse mucha prisa, aún debía caminar hasta el punto en el que había quedado con Armando. Lo último, coger el bolso, que se le olvidaba, ya pasadas las doce. Dijo un «adiós» al aire que se cruzó con el timbre del teléfono.

—¡Cógelo tú, mamá! —le pidió con prisa a su madre—. A mí no me da tiempo.

A punto de cerrar la puerta y salir corriendo oyó que su madre le gritaba:

—¡Es Paqui! Que si puedes ponerte.

Concha dudó unos segundos. Estuvo a punto de dar marcha atrás y atenderla pero volvió a mirar el reloj y desistió.

—¡Dile que luego la llamo! Un beso.

Y la puerta se cerró tras ella.

Las horas posteriores fueron una nube de azúcar para su espíritu. Sobre los amantes furtivos sobrevolaba el contratiempo de tener que sortear el duro golpe para sus respectivas familias si finalmente daban el paso, pero aquel día ni siquiera eso era lo que les importaba. Quisieron atrapar con sus cuerpos las pocas horas que podían compartir.

Se desnudaron con urgencia nada más traspasar el umbral de la puerta de la habitación de hotel. Utilizaron el lenguaje que no les estaba permitido a diario, el de las caricias y el sexo. Si Concha se arrepentía o no, poco importaba. Si le pesaba la educación recibida, Armando la aliviaba del peso. Si le azotaba el sentimiento de culpa, pensaba en que tenía derecho a ser feliz o que no hay más vida que la que nos corresponde y que nadie nos agradecerá que la desperdiciemos.

Hicieron el amor como si tuvieran que inscribirlo en alguna página de la Historia, con mayúsculas.

Al acabar, las piezas desajustadas del mundo —¡había tantas en aquel momento!— se colocaron en su sitio. Armando la llenó de ternura. Se vistieron con ganas de volver a empezar de nuevo, pero ambos sabían que no era posible.

En el trayecto de vuelta a casa se sentían felices e inocentemente esperanzados en que su difícil

e intrincado plan para escapar juntos les saldría bien. Concha se dio cuenta de algo en lo que no había pensado hasta ese día: por segunda vez en su vida iba a escaparse junto a un hombre. Entonces Diego se hizo presente en el pasado que vivieron juntos.

Su amante la dejó en el mismo sitio en el que la había recogido horas antes. Estaba cerca de su domicilio. Fue caminando con el pensamiento perdido entre las sábanas revueltas de hacía sólo un rato. Era media tarde. Hora del fútbol de los maridos, así que lo más probable es que Diego no estuviera.

Cuando se aproximaba a su portal advirtió un movimiento extraño en el entorno. La gente se arremolinaba en la calle junto al bloque de al lado, donde vivían sus amigos. Empezaron a oírse voces de tragedia y carreras de algunos vecinos pidiendo auxilio.

Salió corriendo, con el corazón anticipando la queja y un porqué, hacia el lugar que parecía ser el origen de la alerta desatada, el portal de Paqui. La puerta de su piso, el bajo 3, estaba abierta. Vio a su marido llorando a grito vivo de dolor. Y al abuelo de Carlitos, el hijo, sacarlo a la calle arropado por varias mujeres.

Como una exhalación entró en la casa, fue al baño, un hombre desconocido, tal vez un vecino allegado, le impedía el paso. Concha forcejeó con él para sortearlo y entonces la vio.

Hubiera sido mejor no haberla visto. Pero la vio, irremediablemente.

La vio para siempre.

La vio para nunca más.

La vio...

Paqui se había ahorcado. Su cuerpo inerte parecía un muñeco de trapo sobre la bañera oscilando tan sin rumbo como lo estuvo ella en vida.

Y Paqui llamándola por la mañana... ¿Por qué no me esperaste, amiga?

Y la culpa golpeando en la puerta de Concha sin piedad por no haber atendido su llamada. Fue una señal que ella no supo ver. ¿Habría cambiado algo de haberlo hecho? Porque los suicidas no suelen avisar.

¿Qué querría decirle...? Ya nunca lo sabría.

El mundo se oscureció de repente y cobró vida la muerte.

La imagen de la muerte de Paqui, tan visceral, tan violenta, tan dramática... estaba destinada a no borrarse jamás del alma de su amiga... a ser la huella que ni el mar puede eliminar de la arena... a permanecer en la memoria negra de una gran ciudad como Barcelona. En la memoria de todos los que ya formaban parte de su historia, aunque no hubieran nacido en ella.

La memoria... La suya ya estaba determinada a mantener su lugar en el rincón que la emigración tendría para siempre en el corazón de la capital catalana.

* * *

—¿Para qué querías verme con tanta urgencia?

Concha había citado a Armando en el parque Güell.

Tarde de domingo. Veinticuatro horas después de la tragedia. El funeral estaba previsto para el lunes. La pena, para la eternidad.

Sopla viento de tormenta que inunda «la ceniza apagada y la escarcha rencorosa de sus ojos». Los de Paqui. Si la lluvia cae humedecerá «esta tristeza en su pelo».

El pelo de Paqui, su mirada, sus manos, sus lágrimas, desaparecieron ahogados en su naufragio.

Se fueron para no regresar.

—Me voy contigo.

Armando miró a su alrededor para comprobar que era real el lugar en el que se hallaban. Sintió la brisa en la cara y supo que estaba despierto y no soñaba.

O puede que sí.

—¿Lo dices en serio?

Tan en serio como la esencia de la tragedia que iba a acompañarla mientras viviera. Y ahora ya sabía que quería vivir de otra manera, junto a Armando.

—Ya lo he decidido.

Armando abrazó el mundo, el futuro y el amor, al abrazarla a ella.

—¿Qué te ha hecho cambiar de opinión?

—Yo misma... La vida... No sé.

De repente, como un vómito sin náusea previa, el llanto se apoderó de ella.

Concha estaba bajo el impacto del suicidio de Paqui.

Paqui...

Ahorcada.

En el baño.

Era sábado...

Aunque el dolor no tiene horas ni días.

—¿Pero qué te ocurre, mi amor? ¿Qué pasa?

—¿Recuerdas que te he hablado de mi amiga Paqui?

—¡Claro que lo recuerdo! Y no sabes las ganas que tengo de conocerla. ¿Por qué te pones así?

Tras escuchar lo que acababa de decir Armando, Concha no pudo aguantar más y, cuando parecía a punto de calmarse, volvió a estallar. Las lágrimas brotaban acompañadas de una pegajosa tristeza. Aflicción. Rabia. Daño irreversible.

Ausencia sin remedio.

—Pues ya no será posible... Ayer se ahorcó. Paqui ya no está, Armando. Paqui se ha ido...

CAPÍTULO 35

«EL DÍA QUE ME QUIERAS...»

*Nuestros días futuros se yerguen ante nosotros
como una hilera de velas encendidas,
pequeñas velas cálidas, doradas, vivaces.*

*No quiero volverme; no quiero estremecerme viendo
cuán rápidamente se alarga la hilera sombría,
cuán rápidamente se multiplican las velas agotadas.*

CONSTANTINO CAVAFIS, «VELAS».

Regresaron del funeral en el más absoluto silencio. Concha y su madre se retiraron a descansar. Diego salió a dar un paseo, «Necesito tomar el aire y luego me acercaré a hacerle compañía a su marido».

Paz aprovechó la soledad en la que la dejaron para llamar a Fernando. Quería desahogarse con alguien. Desde la ruptura de su amistad con Patry nunca, hasta ese momento, la había necesitado tanto. Pero ya iba entendiendo que, en la vida, cuando una puerta se cierra no puede volver a abrirse tan pronto. Tendría que pasar mucho tiempo para que existiera la mera posibilidad de restablecer algún vínculo con ella. Y ni siquiera estaba claro que fuera a conseguirlo.

Marcó el número de teléfono de Fernando, que respondió con un estallido de alegría al escuchar su voz.

—Lamento que lo que voy a contarte contraste con tu reacción tan animosa.

—¿No irás a recriminarme que me alegre de hablar contigo? —Fernando sonaba a amor de verano y a cielo estrellado.

—No, ni mucho menos. Pero verás... han pasado cosas que...

La ausencia de Paqui emergió en la conversación. Se sinceró con Fernando y conforme se lo iba contando, iba también asimilando lo ocurrido y las consecuencias que estaba teniendo en la familia, sobre todo en su madre.

Cuando terminó calló unos segundos y entonces:

—Fernando, te echo de menos. Esa es la verdad —admitió.

—Me muero al oírtelo decir. Yo también te echo de menos, mi Catalana, y tengo unas ganas de verte que no puedo con ellas. Tú me dirás qué hacemos.

—¿Qué vamos a hacer? Nada.

—No queda mucho para el verano. Pensemos en eso.

—Vale.

—¿Sabes que yo sigo escuchando la canción de Abba? La que lleva mi nombre. ¿Y tú?

—También. Me recuerda a ti. Por eso me gusta. Tengo que colgar, creo que mi madre está saliendo de su dormitorio.

—Estudia mucho, Paz, para que no te quede nada. Y en agosto, cuando estés aquí, celebraremos que vas a poder ir a la universidad el próximo curso. ¿Me lo prometes?

—¡Prometido!

Adónde van las promesas de juventud es algo que no se puede saber hasta que uno va cumpliendo años camino de la vida adulta.

Paz fue dejando las tardes en la Barceloneta y el Rompeolas, y descubrió la parte alta de la ciudad, el Tibidabo, el Tramvia Blau (el tranvía azul), que conducía hasta el Merbeyé, el bar de los chicos pijos, en la cima de la montaña... las canciones de Loquillo y los Trogloditas... La banda sonora de aquella adolescencia de charnegos que soñaba con un mundo mejor. Con una mejor vida.

Le gustaba ascender por la empinada carretera del barrio del Carmelo, camino del parque Güell, donde solía sentarse a devorar *Últimas tardes con Teresa*, de Juan Marsé. Una historia ambientada en esa misma Barcelona pero a finales de los años cincuenta.

Una historia que, además de hacerle compañía en aquellas tardes de lectura al aire libre, se convirtió en un pilar fundamental para comprender su circunstancia social de hija de la emigración.

Los protagonistas de la novela procedían de mundos distintos, incluso hasta opuestos entre sí. Teresa Serrat, una joven burguesa, refinada y universitaria, conoce a Manolo Reyes, llamado el Pijoaparte, un charnego, un joven de clase obrera cuyos padres son emigrantes murcianos. Y él no va a la universidad, no. Sus actividades tienen como cutre escenario el lumpen de los barrios marginales del cinturón industrial de Barcelona, tan distintos a los de la zona alta que han visto a crecer a las Teresas Serrat de la burguesía catalana.

Devorando la novela de Marsé, Paz tuvo claro que había que elegir entre ser quien ella quisiera o seguir perteneciendo a la condición del Pijoaparte por el hecho de ser hija de emigrantes. Lucharía con todas sus fuerzas para que su vida fuera lo más distinta posible a la de aquel personaje literario, infeliz con su suerte e incapaz, al mismo tiempo, de ponerle remedio por considerarse condenado a lo que la vida había elegido para él, a pesar de empeñarse en lo contrario.

Su madre le había inculcado esa necesidad de rebelarse contra lo establecido para poder avanzar. Concha siempre había demostrado ser una mujer fuerte, incluso ante la gran adversidad que había supuesto el suicidio de su mejor amiga. Lo que Paz no sabía era que su madre parecía llevar escrito un trágico destino de soledad.

* * *

Paz encontró a su padre sentado en el balcón mirando al infinito. Un infinito que prácticamente tenía delante de sus narices ya que la vista de la plazuela de tierra a la que daban los balcones de su edificio abarcaba tan sólo los escasos metros que separaba una fachada de la de enfrente.

—¿Te ocurre algo, papá?

Diego no tenía buena cara.

—¿Sabías que el limonero es uno de los pocos árboles que florecen varias veces al año, sin importar la estación?

A la hija le extrañó la pregunta.

—No lo había pensado, la verdad. ¿Es eso importante?

—Mucho. Echo de menos el limonero de mi casa.

—Esta es tu casa, papá.

—Te equivocas. Mi casa siempre estará junto a aquel limonero.

Al acabar de decirlo cerró los ojos y echó la cabeza ligeramente hacia atrás. Paz no sabía si iba a arrancar a llorar. Simplemente le cogió de la mano y la apretó dejando que su padre soltara toda su melancolía...

* * *

Los planes para la fuga de Concha y Armando progresaban. Ella había tomado la determinación de que debían esperar a que Paz terminara sus exámenes de selectividad. No quería alterar ese momento tan delicado y trascendente para su hija; de cómo superara la selectividad dependería su posterior ingreso en la universidad. Llevaba prácticamente toda su vida preparándose para este momento en el que poder decidir su futuro con esperanza. No le parecía bien, en su condición de madre, interferir con lo que posiblemente iba a ser una convulsión familiar.

—Me parece bien. —Armando seguía con la yema de sus dedos el perfil del rostro de Concha, hasta acabar uno de ellos en el interior de su boca—. Así que hoy estás juguetona, ¿eh?

Se abalanzó sobre su cuello mordisqueándolo.

—He estado pensando mucho en todo esto y creo que es mejor que hablemos, yo con mi marido y tú con tu esposa.

—¿Estás segura?

—Lo estoy. Es mejor hacerlo así porque si no se preocuparán y puede que hasta vayan a la policía a denunciar que hemos desaparecido. Es añadir más sufrimiento y más complicación a lo que vamos a hacer.

—¿Y qué crees que va a pasar en tu casa después de que hables con tu marido?

—Viniendo mi hija conmigo, no soy responsable de lo demás. Aunque está mi madre en medio...

—¿Te preocupa?

—Sólo el dolor que pueda causarle. Porque supongo que ella y Diego regresarán al pueblo. Al fin y al cabo, no quieren estar en Barcelona. Puede que esta sea para ellos la ocasión de volver. ¿Y qué pasa con tu mujer? Apenas me hablas de ella.

Armando cambió de posición y notó Concha que incluso de expresión. Parecía incomodarle su pregunta.

—No te preocupes por mi mujer. De eso me encargo yo. Es problema mío.

—También mi marido y mi madre lo son míos pero tú me preguntas por ellos y yo te respondo.

—De verdad, cielo. Olvídate de ella.

Depositó en sus ojos dos suaves besos como plumas que, sin embargo, le pesaron a Concha como pesa la incertidumbre cuando pretendemos despejarla sin conseguirla.

* * *

El sol deslumbraba e impedía ver la acera de enfrente. Aun así, Paz la vio. Patry estaba apostada junto al semáforo esperando a que se pusiera en verde el de peatones para cruzar la calle. Cuando

lo hizo vio a Paz, que pisaba ya la calzada para atravesarla en dirección hacia donde ella estaba, y dio media vuelta con la clara intención de evitarla. Ni siquiera le importó que se notara, como así fue, ya que el gesto era más que evidente. Paz se quedó plantada justo en medio entre una acera y otra, en el paso de cebra. No veía a su amiga desde que esta había abandonado el colegio. La reacción que tuvo vino a decirle que seguiría siendo así.

* * *

Hasta la llegada de junio, fue el tiempo de las esperas, distintas, cada uno tenía la suya que se protegía de las de los demás, como si vivieran en burbujas individuales. Paz esperaba aprobar con buena nota la selectividad. Diego esperaba poder volver en breve a Osuna. La abuela esperaba que a su hija se le pasara lo que fuera que la estaba trastornando. Y Concha... la suya era la gran espera, la que podía cambiar su vida; la de unirse a Armando.

Se percibía su cambio de humor incluso en el trabajo. Se mostraba más activa y alegre. Ella y su amante intentaban evitarse para que no se notara lo que se traían entre manos.

—Últimamente no pareces la misma, cuñada. Estás contenta como nunca te había visto. ¡Y me alegre! —le soltó Lola, inocente.

Concha no se daba por aludida. Durante aquellas semanas le costó controlar sus nervios. El nudo que tenía en el estómago no se deshacía ni siquiera por las noches, con lo que descansaba poco. Tenía ganas de que todo aquello pasara. Ya sí que faltaba poco.

Armando y ella seguían viéndose para acabar de atar los detalles de la fuga. Cuando por fin Paz terminó sus exámenes, además, por cierto, con una nota satisfactoria, el camino se acortó.

—Tendremos que decirlo en casa. Ha llegado el momento. —Concha seguía nerviosa.

—Todo llega en la vida, amor. ¿Estás segura de lo que vas a hacer, verdad?

—Ahora ya sí, Armando. ¿Y tú?

—Lo estuve desde el primer momento.

—Aunque reconozco que todavía no me creo que vayamos a hacerlo.

—Pues ya va siendo hora de que te lo creas, mi amor. —Armando la besó—. El mundo ya es nuestro. El futuro es nuestro. Nosotros decidiremos a partir de ahora.

—Nosotros decidiremos. Qué bien suena eso...

Volvieron a besarse más intensamente.

—¿Cómo vamos a hacerlo? —dijo Concha—. Deberíamos decirlo los dos el mismo día. —Armando no respondió. Concha volvió a preguntar—: Cariño, ¿se lo dirás a tu mujer el mismo día que yo a mi marido?

—Sí...

—Tenemos que fijar un día, entonces. ¿No?

—Sí...

—Pues, no sé... —Concha intentaba razonar en medio del caos de los nervios que revolucionaban su interior—. Elijamos un día. Ante la ausencia de respuesta por parte de Armando, siguió decidiendo—: El próximo miércoles podría ser un buen día. Así tenemos dos o tres días antes del fin de semana, que es el mejor momento para marcharnos de nuestras casas. Eso es. —Ella misma se convencía—. A mitad de semana. ¿Cómo lo ves?

—Tú siempre aciertas organizando.

—¿Esto también? No es organizar cualquier cosa.

—No. Es organizar nada menos que nuestro futuro. Concha, deberíamos marcharnos. Es tarde.

—Vaya, parece que hemos invertido los papeles, ja, ja, ahora eres tú quien se preocupa de lo que pase en casa.

—Ja, ja —fue una sonrisa forzada—, es que estoy cansado. Son muchas emociones. Y no soy tan fuerte como tú.

—El miércoles, Armando. ¡El miércoles! No queda nada. Qué ganas tengo...

Se marcharon. Los amantes furtivos se retiraban a sus respectivas guaridas mientras Concha tataba un tango de Gardel.

* * *

Paz sostenía en sus manos la cartulina con las notas de selectividad. Las pruebas habían sido muy duras. Pero por fin iba a alcanzar uno de los sueños de su vida: estudiar en la universidad; lo que no había podido hacer su madre.

Diego no le encontraba sentido a que su hija estudiara una carrera.

—Es una pérdida de tiempo para una mujer —le había dicho al inicio del curso de COU, el de preparación para la universidad—. Más provecho le sacarías a un curso de cocina o, mejor aún, si tanto interés tienes en estudiar, por qué no uno de banca. Podría intentar colocarte en mi banco, ya ves que ahí se puede prosperar, a mí ya me han ascendido a cajero.

—No puedo creer que me lo estés diciendo en serio.

—Y tan en serio. Así podrás ganarte la vida decentemente en lugar de ser una muerta de hambre como serás si acabas siendo periodista. No sé qué bicho te ha picado queriendo estudiar eso.

—Desde luego, papá, no puede decirse que los tuyos sean profundos y elaborados argumentos filosóficos.

—Qué más me da. Es lo que pienso.

Durante el año en el que cursó COU acudía por las noches a una academia de banca, en las Atarazanas, próxima a la sede del Gobierno Civil, un lugar lleno de prostitutas, al final de las Ramblas, junto a la estatua de Colón. Allí, luchando contra el sueño y el cansancio, aprendió, en clases que duraban hasta las once de la noche, a cuadrar balances. Y una vez obtuvo el título se lo entregó a su padre con las siguientes palabras: «¿No querías que aprendiera para entrar en un banco? Pues aquí lo tienes, ya ves que he sido capaz. Pero dado que eras tú quien quería que me sacara este título, y no yo, quédatelo, que yo iré la próxima semana a matricularme a la universidad». Concha, detrás de una puerta, escuchaba los gritos de Diego enfadado, sintiéndose muy orgullosa de su hija.

Ese martes de la semana en la que culminaban las esperas, Paz recibió una llamada de Fernando.

—¡Qué sorpresa!

—Eso es lo que pretendía, sorprenderte.

Fernando... Estaba ahí. Siempre estaba.

—Quería comprobar lo que imagino que ha ocurrido: has superado la selectividad, ¿a que sí?

—¡Sí!

—Y con buena nota, ¿a que sí?

—¡Sí!

Se provocaron mutuamente una risa de la que les costó desprenderse.

—¡Enhorabuena! Qué lista es mi catalanita —bromeó Fernando—. Estoy orgulloso. Qué ganas tengo de verte.

—¡Y yo! En poco más de un mes estaré en Osuna.
—Se me va a hacer largo.
—No seas exagerado.
—¿Exagerado? Qué sabrás tú lo mucho que te quiero o que necesito verte, Paz.
—Sólo bromeaba. Ya mismo estaremos juntos.
—Sólo deseo que pase el tiempo rápido.
Cada uno viviendo su espera.

* * *

Miércoles. Llegó el momento que iba a conectar a Concha con la esencia verdadera de sí misma. El futuro, en sus manos y nadie decidiendo por ella.

Propició que su hija y la abuela se ausentaran de casa para cuando Diego y ella llegaran de trabajar. Al salir de la oficina había intentado rozar una mano de Armando con la suya, pero él rehusó diciéndole al instante que, en ese trance en el que se encontraban, menos que nunca debían levantar sospechas.

—Suerte esta noche con tu mujer —le deseó Concha, lo último que le dijo, ya en la calle.
—Igual para ti.

Lo vio alejarse caminando hacia la parada de su autobús con la espalda ligeramente encorvada y arrastrando los pies. Esperó que se girara pero no lo hizo.

Ella siguió su camino en dirección contraria.

Ahora Concha tenía que afrontar la decisión tomada con Armando y enfrentarse a Diego. Dejaba de importar todo lo vivido junto a su marido, que no había sido poco ni fácil. No podía ponerse a pensar en lo que habían pasado juntos, como tampoco en lo que supuso abandonar el pueblo y a su familia para irse con él. Ahora Concha tenía que sentirse una mujer distinta, como si fuera otra. Y así actuó.

Meditó mucho cómo iba a ser la frase con la que definiría lo que estaba a punto de hacer. Existían muchas posibilidades para abordarla y sabía que ninguna sería buena para Diego.

No podía eludirlo más.

—No puedo seguir a tu lado más tiempo. Hace mucho que no somos felices y no decimos ni hacemos nada. Las cosas ocurren a veces sin que queramos que ocurran. Y es lo que me ha pasado, Diego. Me marché de casa. —Imposible responder a la primera ante semejante mazazo inesperado. Su marido enmudeció y empezaron a temblarle las manos—. Lo siento... —añadió ella. Diego no decía nada. Era incapaz—. Lo último que querría es hacerte daño, pero no puedo más y la decisión está tomada. Por favor, di algo.

—¿Cómo que ya has tomado la decisión?

—Hemos intentado hablar muchas veces, pero es imposible. Entre nosotros ya no hay comunicación. Ni amor. Ni nada.

—¿Es ese argentino de la oficina, verdad?

—¿Qué más da? Ese no es el problema. El problema está en nosotros. Y yo me marché, Diego. Te abandono porque somos profundamente infelices y tenemos derecho a algo mejor.

Algo mejor... ¿Y qué pasa con Osuna? ¿Con Cataluña? ¿Con su hija? ¿Tanto sacrificio para quedarse solo en una tierra extraña? Diego no pudo asimilarlo todo de una sola vez, así tan de golpe y salió al balcón a respirar.

Esa noche no cenó. Cuando Paz y su abuela preguntaron por él, Concha respondió que estaba

cansado y se había ido a la cama temprano.

Alrededor de la medianoche, Diego se aseguró de que todos en casa dormían —o eso creyó—, cogió una manta de su dormitorio y fue a dormir al sofá del salón.

* * *

Jueves. Concha sintió su corazón henchido de una suerte de liberación cuando al día siguiente llegó a la oficina con unas ganas enormes de ver a Armando. Pero a las once de la mañana, una hora más tarde de la habitual de entrada, todavía no había aparecido. Concha se impacientó pero no con preocupación sino con ansia, la de ver a su amante. La de mirarlo con la complicidad de quienes comparten un secreto al que le quedan pocas horas de clandestinidad.

Las doce y Armando no llegaba. La una, y tampoco. No llegó en todo el día y entonces Concha pasó a preocuparse. Ya sí.

No sabía qué hacer. Llamar a su casa no era una buena idea. Además, cayó en la cuenta de que él jamás le había dado su número de teléfono. Ella, en cambio, sí le había dado el suyo y bien que él había hecho uso del mismo.

Se marchó convencida de que habría tenido algún contratiempo que al día siguiente ya estaría resuelto.

* * *

Viernes. La noche le hizo cambiar de pensamiento. Concha llegó a la oficina embargada por una enorme preocupación y una desazón insoportable. Cuando vio a Lola aparecer no quiso preguntarle. Pensó que el día antes se había interesado demasiado por Armando y no quería que su cuñada especulara con ninguna idea turbia.

No fue necesario. Fue la propia Lola quien sacó el tema.

—Hoy vengo a echaros una mano. A ver si pronto podemos encontrar un sustituto para Armando.

Las palabras que acababa de pronunciar Lola se ensartaron en una espada que traspasó el corazón de Concha. Balbuceó con mucha dificultad:

—¿Has dicho sustituir... a... Armando?

—¡Anda! ¿No te has enterado? De repente, sin venir a cuento, el miércoles le comunicó a Manuel que por asuntos familiares tenía que abandonar Barcelona.

—¿No dijo... nada más?

—No dio más explicaciones. Yo no sé la gente en qué piensa... con el trabajo tan bueno que tenía aquí.

Pero Concha había dejado de escucharla. Se le nubló la conciencia y sus oídos ensordecieron.

No tuvo valor para ir a casa. Aquella noche vagó por las calles de Barcelona descubriendo fantasmas entre las sombras de los edificios modernistas del centro. Lloraba. Se ahogaba. Miraba al cielo y no hallaba respuestas.

Bajó por el paseo de Gracia. Quería ir hacia el muelle, pero, agotada, no tuvo fuerzas para continuar. Se acurrucó en un portal y perdió la conciencia.

Con la primera luz del día, un guardia urbano la despertó para desalojarla del lugar. Al incorporarse se dio cuenta de que estaba delante de la Casa Regional de Andalucía.

Los años perdidos

PRIMERA PARTE

(Barcelona, 2012)

Entra en el dormitorio de su madre para ir al baño y cogerle prestada una crema corporal, la suya se ha acabado. Paz vuelve a fijarse en la urna que contiene las cenizas de su padre. La coge y va a buscar a su madre al salón.

—¿No crees que deberíamos hacer algo con papá?

—Con tu padre, el pobre, ya nada se puede hacer —Concha responde sin mirarla.

—Me refiero a esto. —La hija le enseña lo que lleva en las manos.

—¡Ay, quita! Deja eso en su sitio.

—¿Tu dormitorio es su sitio?

—Donde están, están bien.

—No, mamá, no están bien y lo sabes. Pensemos algo. No puedes pasarte la vida con las cenizas de papá junto a tu cama.

—Como si no tuviera nada mejor en lo que pensar. Anda, déjalas donde están.

—Esto me resulta muy macabro, mamá. Muy macabro.

Paz atiende el ruego de su madre, deja la urna exactamente donde estaba y regresa al salón para hablar con ella. Se queda quieta observándola hasta que por fin Concha dice:

—Si me deshago de sus cenizas es como si me estuviera deshaciendo de él.

—No creo que sea saludable tenerlas contigo. ¿No te recuerdan permanentemente que está muerto?

—No necesito sus cenizas para recordarlo. Eso lo tengo presente a cada minuto de cada día. Lo echo tanto de menos...

—Es curioso lo que hace la muerte. Lo que yo recuerdo de vuestro matrimonio no es precisamente una historia idílica, al menos desde que me acuerdo. Supongo que antes, al principio, debisteis sentir un gran amor ambos. Pero luego os pasasteis media vida él queriendo volver al pueblo y tú queriendo separarte de él.

—¡No digas eso! Respeta la memoria de tu padre.

—La respeto, mamá, te lo aseguro. Pero no acabo de entender que la madre que ahora intenta que yo reaccione ante mi divorcio sea la misma mujer que decidió quedarse, resignada, en un matrimonio que no la hacía feliz. La misma madre que tuvo el valor de ocultarme las cartas de Pedro durante treinta años.

—Hay muchas cosas que no entiendes.

—Si me las explicaras, sería más fácil.

—Nada es fácil.

—Tal vez podrías empezar por lo del argentino que trabajaba con mi tío. ¿Qué ocurrió con él?

—No ocurrió nada. Es agua pasada.

—Mamá, aquello te hizo mucho daño a ti pero también a todos. Necesito saber qué pasó, porque me temo que tiene mucho que ver con tu manera de afrontar mi relación con Pedro.

—No tiene nada que ver. —Concha intenta distraerse quitando el polvo a pequeños adornos repartidos por el salón, a ver si así su mente se desplaza de escenario, pero es inútil—. ¿Por qué no dejamos el tema?

—¿Crees que podemos pasarnos el resto de nuestras vidas sin hablar de nada? Llevamos así años, décadas. Papá se murió sin hablar, seguro. Bueno, digamos mejor que lo asaltó el alzhéimer sin que hubiera hablado contigo. ¿Me equivoco? Él perdió esa oportunidad. ¿Estamos dispuestas a perderla también nosotras?

Estas últimas palabras hacen mella en la madre. Es exactamente lo que no querría escuchar, pero su hija lo ha dicho, expresándolo con claridad. Afrontando por fin lo que Concha ha pretendido siempre que fuera evitable.

Pero el tiempo de lo ignorado y oculto se ha terminado.

—De acuerdo. Puede que tengas razón —reconoce con pesar.

—¿Qué ocurrió con aquel hombre?

—Armando. Se llamaba Armando...

Una vez hubo pronunciado su nombre, el resto del relato de hechos, sentimientos, decisiones, que se produjeron en torno a ese hombre y a la relación que mantuvo con él, va saliendo solo y se diría que incluso con cierta soltura. Es una carga demasiado pesada para seguir manteniéndola. Paz ha hecho ver a su madre que empeñarse en ello a perpetuidad podría ser la causa de que jamás recuperaran la relación que tenían como madre e hija antes de Armando. Y antes de Pedro.

En el corazón de ambas llevan años enquistados el dolor y el resentimiento, un tiempo que se prolonga en exceso. Como el aire envenenado de culpabilidad que jamás ha salido del interior de esta casa.

Jamás hasta hoy.

—Me ahogaba en mi matrimonio, como supongo que te ahogabas tú cuando rompiste con Pedro.

Es la primera vez desde entonces, nada menos que desde 1982, que Concha menciona el sufrimiento de su hija a raíz de lo sucedido. La primera vez.

—Nunca te importó mi dolor —se lamenta Paz.

—Claro que me importaba pero no tuve claro cómo debía reaccionar. Ni siquiera lo pensé. Me volví loca. Estaba tan reciente lo de Armando que no pude actuar de otra manera. Reconozco que no fui capaz. Pero todo lo que te dije de Pedro y de que habías sido tonta por no haber entendido que sólo quería sexo lo pensaba, estaba convencida de ello.

—¿Y sigues estándolo?

—Qué más da lo que piense ahora. Creí que eso te haría daño. Que además estuviera casado podría haberte destrozado.

—Él se separó de su mujer, mamá.

—¿Se separó? —le sorprende a Concha.

—Es lo que me contaba en las cartas que me ocultaste. Fue a buscarme, volvió a Cadaqués donde me citaba en una fecha concreta creyendo que yo acudiría. Pero no fui, mamá. ¿Sabes por qué no fui a encontrarme con él, con un hombre ya divorciado y sin compromisos familiares? Porque tú me privaste de saberlo. No pude decidir si quería verlo o no.

Concha imprime un gesto de dolor en su rostro.

—Sé que hice mal. Sólo quería protegerte y...

—No, por favor, no vuelvas a decirme que lo hiciste para protegerme. Déjalo ya. Llevo años

escuchándote decir únicamente eso, como si no hubiera nada más.

—Está bien. Sólo espero, hija, que me perdones. Hemos perdido tantos años...

La solicitud de perdón, el ruego que nunca pensó Paz que llegaría, hace que mire hacia dentro de sí misma y recorra todos aquellos rincones en los que el rencor ha anidado, para poder limpiarlos. Es importante y necesario que no quede ningún rescoldo, ningún resto que pueda volver a reproducirse.

El final de esa rápida meditación tiene una respuesta final:

—Claro que te perdono... mamá. Tampoco yo quise mentirte.

No dice que la destrozó con su injusticia. No dice que durante mucho tiempo fue infeliz y arrastró un sentimiento de culpa y de frustración que no supo cómo combatir. No dice que, afortunadamente, le ofrecieron el trabajo en Madrid y que eso le permitió iniciar una nueva vida como una resurrección, surgiendo en ella la necesidad de sentirse una persona distinta, otra que no arrastrara el estigma del pecado y la culpa.

No dice nada más.

Se abrazan, más para salvar a la madre ante los años que la vida le regale a partir de hoy, ya que la hija ha aprendido a vivir con un vacío que ni el perdón redime.

Notaba mi angustia fría y repugnante. Dejé que mamá me estrujase contra su cálido regazo. No me resistí. Mi sitio estaba con mamá. Con ella la cosa estaba clara: me costaba respirar, pero me sentía segura.

VIVIAN GORNICK, «APEGOS FEROCES».

* * *

—Oye, ¿cómo vas con tu novela? ¿Has podido seguir escribiendo aquí?

Nora y Paz comen juntas en un restaurante a pie de la playa, el Azul. Recién comienza el mes de marzo y la brisa marina resulta tan familiar como agradable.

—No me ha quedado otro remedio. Pensé que vendría a Barcelona para pasar unas semanas, no meses. Se acerca la fecha de entrega y tenía que acabarla. Mi próximo proyecto será de radio y no se materializará hasta junio de este año, así que mi ausencia prolongada de Madrid no es un problema. Ha sido una suerte porque no me imagino en mi casa, en Madrid, esperando junto a Mario el juicio.

—¿No quiero imaginarlo! Es lo mejor, que estés lejos. ¿Vuelves a la radio, dices?

—Sí, vuelvo con lo mío, un programa de entrevistas a gente de la cultura, ya sabes. ¿Qué te parece si a lo que volvemos ahora es a lo de Altea? Ya tenemos el número. ¿Y qué hago con él?

—Esa es la pregunta del millón. Yo te diría que lo que hay que hacer ahora es pasar del tema. —Nora anteponiendo su sentido práctico—. ¿Quieres conseguir algo? No. ¿Te interesa ese hombre? No. Conclusión: que no hay nada que hacer con ese número de teléfono.

—Y a ti quién te dice que no quiero conseguir nada.

—¿No, por Dios! Ya estamos como cuando eras joven. A ver, Paz, céntrate: ese hombre no significa nada en tu vida, ni tú en la suya.

—Eso ya lo sé. Me resulta difícil explicarlo pero siento la necesidad de saldar esta cuenta

pendiente con mi pasado.

—Ni siquiera es una cuenta pendiente porque la desconocías.

—Pero ahora sé que existió. Eso es lo que importa.

Coge su móvil y despliega el papel donde está anotado el teléfono de Pedro Rey.

—¡Ni se te ocurra llamarle! —le pide Nora.

—No, si lo vas a llamar tú.

—¡Eso ni de broma!

—Este es el plan: hablas tú con él, porque vete a saber si es capaz de reconocer mi voz. Te haces pasar por una tal María, por ejemplo, una marchante de arte que tiene previsto pasar en breve por Altea y te han hablado de él y de su obra y te gustaría ver algo.

—¿Y si me pregunta que quién me ha hablado de él?

—Te lo inventas, seguro que improvisas muy bien. Dile que trabajas con tanta gente que ahora no lo identificas, posiblemente haya sido el amigo de un amigo de un compañero de trabajo... o algo así.

—Esto no puede salir bien —se lamenta Nora con gracia—. ¿Y cuándo se supone que voy a Altea? O sea, perdón, que vas a Altea.

—No te comprometas. Dile que le volverás a llamar cuando sepas la fecha exacta.

Nora hace un último intento de convencerla para que desista:

—¿Tú estás segura de lo que vamos a hacer?

—No.

—Piénsalo antes de que marquemos ese número.

—Si lo pienso no lo haré.

—Ay, madre mía, a saber cómo acabará esto. —La amiga de Paz se pone melodramática.

—Acabará bien, mujer —responde Paz, aguantándose la risa viendo la cara de Nora—. Le llamamos desde tu teléfono, no sea que en cualquier momento quiera hablar contigo para concretar algo y entonces se nos hunda el plan.

—El plan está hundido antes de nacer. Esto no tiene ni pies ni cabeza.

Paz le guiña un ojo y comienza a marcar el número en el teléfono de su amiga.

* * *

—Hija, estoy preocupada por ti, con todo el lío ese que tendrás encima con lo del divorcio.

Concha está poniendo la mesa a mediodía mientras Paz busca en la televisión un programa de noticias.

—No te preocupes. Se solucionará.

—¿Sabes que a tu padre nunca le gustó tu marido?

—¿Cómo? Pero si siempre lo trataba muy bien y le gastaba bromas.

—Pero lo hacía por ti. Luego por detrás siempre me decía que era un creído y que no se fiaba de él.

—¡A buenas horas me lo dices!

—¿Para qué iba a decírtelo antes? ¿Para malmeter? ¿Y vais a poder resolver bien los asuntos económicos con el divorcio? A él siempre le han preocupado mucho.

—Si no te importa, no me apetece hablar de eso ahora.

Paz no sabe cómo afrontar ese aspecto de su divorcio. La deuda ha empezado a quitarle el sueño. Prefiere no hablar de ello para evitar ser consciente de la dimensión de lo que se le viene

encima. Tendrá que darle una solución pero no sabe cuál. En tanto no se resuelva judicialmente la demanda ella tiene que seguir pagando la hipoteca y hacer frente a las deudas que le ha dejado Mario con una perfecta filigrana fiscal que ahora puede costarle caro, muy caro, a Paz. Está convencida de su capacidad para sobrevivir a una situación compleja como esta. «Mario no podrá conmigo», lleva grabándose en su cabeza desde que comenzó esta guerra —porque hay divorcios que no son separaciones sino guerras, necesidad de acabar a toda costa con el contrario, al que pasa a considerarse el enemigo a batir. Y eso es lo que parecía haberse propuesto Mario con ella.

—Vale, ya me lo contarás cuando quieras. Sólo te digo una cosa: pelea todo lo que puedas por tus derechos. Dale a ese cabrón lo que se merece.

—¡Mamá! ¿Desde cuándo dices palabrotas?

—Desde hoy.

Por primera vez en muchísimos años se las ve unidas en la risa. Un hecho verdaderamente insólito.

* * *

Por la tarde, Concha llega agitada, con una revista en la mano. Había salido a comprar cuando la vio en el quiosco de la esquina. Pero la revista no es la única prensa que trae.

—Hola, Nora, no sabía que estabas aquí.

—Hola, Concha.

—¿Qué hacéis?

—Mmm... nada, perdíamos un poco el tiempo. —Paz cierra el ordenador, estaban preparando el plan para el viaje a Altea—. ¿Qué traes con tanta urgencia?

—Mira, sales en una revista, hija.

Su separación sigue dando que hablar en la prensa rosa, algo a lo que Paz no se acostumbra por más años que lleve apareciendo en esos medios.

—¿Y ahora qué dicen? Anda, déjame ser cotilla. —A Nora le sale su lado más bromista.

—Será lo de siempre. Vaya... Esto también es lo de siempre.

Se refiere a que su teléfono móvil está anunciando la recepción de mensajes, suenan varios pitidos. Es Mario. «¿Qué coño es lo del periódico? Menuda basura. ¿Era necesario que destaparas mis negocios? Imagino que como en anteriores mensajes tampoco me responderás. No creas que esto va a quedar así».

—Mamá, dame el periódico.

Busca la noticia que menciona Mario en su mensaje.

—Qué bonito es el amor cuando se acaba —comenta irónica al terminar de leer en voz alta—. Mario me acusa de haber sido yo quien ha pasado la información al periódico.

—¿Tú? Como chiste está bien —comenta Nora—. ¡Pero si pagarías por no salir en la prensa, si fuera posible!

—Si pudiera, vaya si lo haría. Además, ¿cómo voy a filtrar yo toda esa información si no conozco los detalles ni los tejemanejes de Mario? No tenía ni idea de la mitad de las cosas que ahí aparecen. Y si no fuera por lo del divorcio tampoco me interesarían.

—¡Eso, venga, *desprendía!* —se burla Nora—. Así te ha pasado lo que te ha pasado. Espero que aprendas.

—Parece mentira que seas tan lista para unas cosas y tan tonta para otras —Su madre se encarga de rematar—. No sé para qué te sirve tanta carrera y tanto estudio.

—Si queréis, podéis sacar un látigo y atizarme entre las dos —se queja Paz.

—Es que tú también, amiga... Te lo has ganado a pulso.

Suena el teléfono.

—Lo que faltaba. A ver quién es ahora. —Paz ya está saturada del tema.

Es Natalia, su abogada.

—El artículo del periódico no es la única razón por la que está tan agresivo —le comenta—. Tu demanda ha sido admitida.

—Por fin una buena noticia.

—Sí, bueno, suelen admitirlas todas. Sin embargo, lo que a él le hace daño es saber que la demanda incluye una extensa documentación con la que podremos demostrar lo que tú has aportado al matrimonio y era tuyo antes de casarte.

—Algo es algo.

—Si todo va bien —sigue explicándole la abogada—, podrás recuperar una buena parte de lo que planteas, aunque no sea todo.

Nora y Concha se alegran, más que Paz.

—Hay que ser prudentes —les dice—. Mamá... ¿te importa dejarnos solas? Tenemos que hablar de algunas cosas.

—¡Claro!

—Bueno, amiga, ¿tú estás segura de hacer este viaje?

—¡Mira que eres pesada, Nora! No me lo preguntes más. Que sí, que me voy el jueves, pase lo que pase.

—¿Lo tienes todo preparado?

Lo tiene. Lo primero que ha metido en la bolsa es el fajo de cartas de Pedro. Las ha releído varias veces pero quiere viajar con ellas. Necesita tenerlas cerca cuando pise Altea.

De nuevo, Altea...

IV
Paz
Años 80

CAPÍTULO 36

DESPUÉS DEL ABANDONO

Barcelona, 1981

Qué año tan convulso... ¿Cuántas vueltas más tiene que dar el mundo sobre sí mismo? ¿Cuándo dejará de girar? ¿Por qué no se para?

Primero se tambaleó España en el mes de febrero con un golpe de Estado que hizo regresar el miedo durante unas terribles horas que se prolongaron como días sin pan. Y luego se tambaleaba la vida de Concha, su universo, sus cimientos...

Resultó duro abrir la puerta de casa y pisarla por primera vez después de la anunciada fuga que había resultado fallida. Las horas deambulando perdida por las calles de Barcelona durante toda la noche habían ajado su rostro.

A pesar de ser tan temprano, encontró a su marido sentado en el balcón, con aspecto de haber pasado allí la noche. Su rictus serio y sus ojeras en las que cabalgaba todavía el peso de lo que creía que se le venía encima tras el abandono de su mujer explicaban cómo fueron sus últimas horas.

Pero el abandono se produjo en piezas cambiadas de la historia, que la alteraba rotundamente. Había sido Armando quien abandonó, pero no a su mujer, sino a ella. A Concha. Una posibilidad que jamás se le ocurrió contemplar.

Quería morirse allí mismo. Desaparecer. No se atrevía a contárselo a Diego. Se acercó a la figura hierática y ausente de su marido y, tras unos minutos observándolo en silencio, le dijo un «hola» que encerraba demasiadas palabras no pronunciadas.

Diego respondió sin mirarla. Su cuello no se movía, estaba rígido, y su mirada, clavada en la fachada de enfrente.

—¿No te ibas...?

Concha se tragó entero el nudo que se le había formado en la garganta antes de responder:

—No... Ya ves que no. Voy a preparar el desayuno.

Como si fuera una mañana más, una mañana normal, como cualquier otra, Concha se puso el delantal y preparó café mientras sus ojos se convertían en sendos surtidores de lágrimas que mezclaban amargura, rabia, impotencia, tristeza... Lágrimas que anegaron su mundo aquel día en el que la vida partida de Concha volvía a empezar de la misma manera que da sus primeros pasos un herido de guerra que tiene que seguir viviendo.

El único que conocía los planes de Concha de abandonar el hogar y su historia con Armando era Diego, por lo que para Paz y la abuela lo habitual, el día a día, siguió con normalidad. Sin embargo, entre el matrimonio ya nada podía ser normal. En realidad, para Concha, no sólo su relación con su marido, sino la existencia, todo en general, no volvería a ser normal.

Nada volvería a ser igual.

Nada. Tampoco ella sería ya nunca la misma mujer.

La cotidianidad se transformó en un esfuerzo permanente, por parte de Concha y de Diego, de ir encajando de nuevo los fragmentos de su vida en común. Una tarea nada fácil porque él había dejado de hablar a su esposa. Sentía la necesidad de hacerle entender con miradas inquisitivas y acusadoras que tenía mucho camino para expiar la culpa de su pecado. Fueron semanas en las que el perdón buscaba hacerse sitio sin encontrar la rendija por la que colarse.

Semanas en las que el silencio se instaló entre ambos.

De esa forma llegó el verano y, con él, la peor de las noticias para Paz. Inesperado e inexplicable. Sus padres anunciaron que no irían de vacaciones a Osuna.

—Es una broma, claro.

—No —le respondió su madre.

—¡Pero no lo entiendo! ¿Cuál es la razón?

—Este año no podemos. Y punto. No hay más que decir.

—Claro que hay mucho que decir. —Paz se resistía a aceptar la decisión—. No tiene lógica.

—No te empeñes.

Llevaba todo el año esperando para ver a Fernando y ahora esto.

—¿Entonces la decisión es definitiva?

—No te empeñes más, hija.

—Está bien. Pues yo sí que iré, en tren. No pienso quedarme sin verano.

—Eso ni lo sueñes —le quiso aclarar rápidamente la madre.

Aguantándose la rabia se fue a su habitación, donde se encerró dando un sonoro portazo de queja. Diego, que había presenciado la escena desde la cocina sin decir nada, lanzó una mirada a Concha que le clavó un certero puñal en el centro de sus remordimientos. Estaba claro que ella no tenía valor para presentarse en el pueblo como si nada junto a su marido. También a él le faltaron las ganas de visitar ese año Osuna por las mismas razones. Aunque ninguno de los dos se lo expresó al otro. Callaron, como se callan los secretos condenados a perpetuarse.

Por la tarde Paz llamó a Fernando para contárselo.

—Eso no puede ser. —El muchacho tampoco creía que pudiera ser cierto—. Se les pasará lo que sea que les ha llevado a tomar esa determinación. Cambiarán de idea.

—Tú no conoces a mis padres. Algo está pasando en casa que se me escapa. Están muy raros, apenas hablan entre ellos. Y ni se miran.

—Será una discusión de pareja.

—No sé, Fernando, pero ha tenido que ser algo grave para que no quieran ir a Osuna, sobre todo mi padre, que se pasa el día diciendo que quiere marcharse al pueblo.

—Entonces, ¿no crees que puedan cambiar de opinión?

—Me gustaría decirte lo contrario, pero no. Queda poco para agosto y tal y como lo ha dicho mi madre no parece que quepa esa posibilidad.

—Pues tendremos que pensar nosotros algo, ¿no te parece? —Fernando ya empezaba a modular su voz embriagada de seducción—. Nosotros tenemos que vernos. Me he pasado todo el año sin pensar en otra cosa que no sea en verte.

—Pues ya puedes ir cambiando de pensamiento porque eso ya lo he planteado y me han dicho que ni hablar. Yo quería irme en tren. Pero no me dejan.

—¿Y si ese tren lo cojo yo en dirección contraria?

—¿Qué dices?

—Sí, ir yo en lugar de venir tú.

—¿Harías eso por mí?

—Haría eso por nosotros. Me muero de ganas de verte, Catalana. No te vas a librar de mí... Era lo último que Paz desearía, librarse de Fernando.

* * *

Manuel había notado el cambio de humor en su hermana pero por más que le preguntaba no conseguía sacarle nada acerca del motivo. Lo atribuyó al lastre que suponía para ella tener que seguir viviendo en el mismo lugar y no en otra casa con mejores condiciones y en otro lugar.

—Crees tú que no puedes aspirar a nada mejor, pero todo es proponérselo. ¿Cuándo te he visto renunciar a una aspiración? Pocas veces, hermana. Todavía me acuerdo de la que montaste en casa cuando te escapaste a Sevilla para ir a la escuela de enfermeras, donde querías matricularte.

—Calla, no me lo recuerdes. Nuestros padres casi me matan.

—A punto estuvieron, sí.

Reían recordándose de jóvenes. Manuel tenía razón, pocas veces Concha se rendía ante algo.

—Creo que tu ánimo decaído con el que te veo últimamente se debe a que no estás bien donde vives. Ya lleváis mucho tiempo en Cataluña y necesitas ver un cambio.

Jamás, por ninguna razón, Concha estaba dispuesta a confesarle a su hermano lo ocurrido con Armando.

—Puede que tengas razón.

—Sé que tengo razón, hermanita. Y ahora escucha bien porque voy a decirte algo que puede cambiar tu vida.

—¿Tan seguro estás? No creo que en estos momentos nada pueda cambiar mi vida.

—Yo estoy seguro de que puede haberlo. Ayer a última hora nos entró un piso, un ático, para venta. Está justo en el edificio al lado de este.

—¿Y cómo es que no me he enterado?

—Te lo estoy diciendo, fue a última hora y ya te habías marchado.

Manuel siempre era el último en irse de la oficina y el primero en llegar. Era un trabajador nato, un tipo entrenado para esforzarse sin límite de tiempo ni circunstancias con tal de conseguir lo que se proponía.

—Mira... aquí están las llaves. —Sostenía un manojito de llaves exhibiéndolas en el aire—. ¿Te gustaría ser la primera en verlo...?

—¿Ahora?

—¿Por qué no?

El piso le pareció sencillamente maravilloso. Amplio y con espectaculares vistas.

—¿Te imaginas? Vivirías al lado del trabajo. —También Manuel lo visitaba por primera vez—. ¡Y el piso es magnífico! Es más de lo que esperaba.

—Es demasiado soñar.

—Nunca lo es. No debes ponerle trabas a los sueños.

—Pero es imposible, con Diego teniendo permanentemente la tentación de volver al pueblo.

Salieron a la terraza.

—Mira, con una ciudad como Barcelona a tus pies desde tu casa, es difícil que no se le quiten las ganas de irse. Si no aprovechas esta oportunidad puedes arrepentirte.

—Será muy caro para nosotros.

—En absoluto. El propietario me ha dicho que pidamos tres millones y medio de pesetas. Pero

yo creo que podemos conseguir una rebaja. Piénsatelo. Con su fabulosa ubicación, los metros que tiene y las vistas, merece la pena. Está bien de precio. Compara con lo que tenéis ahora. Sería una equivocación seguir allí habiendo encontrado este ático.

—Hermano...

—A ver, dime...

Por fin a Concha le salió una enorme sonrisa después de los malos tiempos pasados por lo ocurrido con Armando.

—¡Que me encanta!

Esa debió de ser la decisión más rápida que Concha había tomado desde que tenía uso de razón.

A la hora de la cena sacó una botella de cava Rondel para anunciarlo en casa. Paz miró a su abuela y vio que los ojos le brillaban. Ella le devolvió la mirada guiñándole un ojo.

—Un ático con vistas al mar, a la montaña de Montjuïc y, más cerca aún, a la basílica de la Sagrada Familia. Tendremos a Gaudí delante de nuestras narices.

—¡Guaaaauuuu! —exclamó Paz con la boca abierta, soñando ya con todo lo descrito por su madre.

—¡No!

El monosílabo pronunciado por Diego sentó muy mal a Concha, pero no estaba dispuesta a rendirse. Y, así, mientras el padre alzaba la voz diciendo que aquello era una locura —«¡Un ático!, ¿pero cómo vamos a pagar nosotros un ático en Gracia?, ¡nos hemos vuelto locos!»—, la madre se esforzaba por explicar las bondades de la nueva vivienda y convencerlo de que con esfuerzo podrían pagarlo.

Ante la persistente negativa de Diego, Concha acabó también alzando la voz para gritar, al borde del llanto:

—¡No hemos abandonado el pueblo para quedarnos el resto de nuestras vidas en este barrio!

Tras lo cual se echó a llorar y se retiró a su habitación.

Parecía que la mesa se hubiera quedado vacía, presidida por un lacerante silencio acusador contra Diego.

—¡Eres increíble, papá! No hay quien te entienda. —Paz se había levantado de su silla rabiosa—. ¡Nos vamos a ir de aquí aunque no quieras! —se atrevió a decirle a su padre.

Y siguió los pasos de su madre retirándose a su habitación. La abuela, sin decir nada, se levantó y se puso a recoger la mesa en silencio.

Aquella fue una batalla perdida para Diego desde el primer segundo en que Concha pisó el ático. Se trataba de una perspectiva tan inevitable como irreversible. Todos estaban de acuerdo con la importante novedad. Tres mujeres. Tres voces que clamaban por un necesario cambio de aires en aquel hogar tan castigado. Había llegado la hora de una indispensable metamorfosis.

La familia al completo fue a visitar el ático. «¡Es magnífico!», exclamó Paz exultante nada más poner un pie en él. Le pareció inmenso, «¡Cuánto espacio!». Tenía un gran salón, cuatro habitaciones y dos baños, y una pequeña terraza, tal vez demasiado reducida para un ático de casi cien metros cuadrados, pero les parecía una bendición. Desde la cocina, no muy grande pero muy coqueta, se tenían las mejores vistas de todo lo que Concha les había descrito.

Como extensión de la cocina, una segunda terraza y un tendedero totalmente exterior, que Concha ya soñaba con cerrar y convertir en un *office* luminoso y con vistas, en el que había espacio suficiente para una mesa estrecha y unas sillas.

Paz se quedó embelesada, no sólo viendo la ciudad a sus pies, como decía su tío, y el Mediterráneo al fondo, sino también sintiendo el cielo tan cerca... El cielo, la cuna de los sueños,

en los que revoloteaban difusamente los besos de Fernando en verano... No podía ser que no se vieran ese año.

Se negaba a aceptar que Fernando no brillara en ella ese verano...

CAPÍTULO 37

LAMENTACIONES

Antes del verano, Paz conoció a Nora. Ambas trabajaban en el mismo stand de la feria del libro que ocupaba las dos aceras del paseo de Gracia, por las que se extendían las filas de casetas como serpientes de libros. Por aquel entonces la feria era un certamen más bien apagado y un tanto triste, sin brillo literario. Pero a ellas aquel trabajo temporal les encantaba, por más que fuera aburrido ya que la afluencia de público era escasa. Paz tenía diecisiete años y le había ofrecido el trabajo un primo segundo de su madre para que se sacara algún dinero.

Nora había nacido en Uruguay y llegó a España junto a su marido del que, al poco de establecerse en Barcelona, se separó. Era de trato fácil pero lo que más llamaba la atención de su carácter acababa siendo siempre su extraordinaria facilidad para adaptarse a cualquier circunstancia, por adversa que fuera, y además hacerlo sin perder la enorme sonrisa que colonizaba sus expresivas facciones. Resultaba curiosa la contradicción de su forma de ser: una persona con acentuado espíritu crítico (lo que la impelía a intentar una mejora constante, en lo que fuera) pero a la vez versátil para aclimatarse en cualquier situación sin rechistar. Paz no conocía a nadie con un sentido tan pragmático como el de Nora. No era alta pero sí vivaz y al mismo tiempo prudente, y lucía habitualmente un aspecto tan saludable que resultaba difícil imaginarla enferma. Tenía ocho años más que Paz.

Las confidencias no se hicieron esperar.

—Es del pueblo de mis padres y se llama Fernando. ¡Es guapísimo!

—¿Y seguro que viene a verte? ¡Me parece fantástico! Espero que me lo presentes.

—¡Por supuesto!

—Tiene que haber una razón de peso para que tus padres hayan anulado las vacaciones.

—Pero la desconozco. El ambiente en casa lleva estando muy raro mucho tiempo. Ha tenido que pasar algo de lo que no tenemos ni idea mi abuela y tampoco yo. ¡O eso creo! Porque igual mi abuela lo sabe y calla para no preocuparme. Yo qué sé. Estoy hecha un lío.

—Sea lo que sea, no puedes hacer nada, así que piensa en Fernando y olvida lo demás. Tus padres son adultos y tienen que resolver sus problemas entre ellos.

—¿Te he dicho que tiene los ojos azules? ¿Y que son preciosos?

—Ja, ja, ya veo que piensas en él, no hace falta decírtelo. Y sí, me lo has dicho creo que unas siete veces.

En un par de meses estarían juntos. Paz no había dicho nada en su casa. Llevaba días preparando clandestinamente el viaje de Fernando a Barcelona. Le había reservado habitación en un hostel de la avenida de la Diagonal que no estaba demasiado lejos de su casa. Desde allí podrían moverse en varias direcciones para enseñarle la ciudad. Fernando no la conocía. Para ambos era un viaje muy esperado.

Sin embargo, tres días antes del previsto para su llegada, a principios de agosto, él la llamó:

—Mi padre ha sufrido un infarto.

—¡Qué horror! ¡Lo siento! ¿Cómo se encuentra?

Fernando no estaba alegre como siempre. Su voz denotaba una profunda preocupación que podría significar que el estado de su padre no era bueno.

Así fue.

—Está grave.

Fue escueto. Breve. Rotundo, como lo es la muerte cuando llega. Paz temía seguir preguntando.

—¿Cómo... cómo pasó?

—Acababa de regresar de la finca, estuvo revisando un problema que se produjo en el campo, y llegó más cansado de lo habitual.

—¿Estabas cerca en ese momento?

—Se desplomó delante de mí. Fue impactante.

—No imaginas cuánto lo siento, Fernando. ¿Se recuperará?

—No lo sabemos. Su estado es muy grave. Han conseguido estabilizarlo pero todavía no ha recuperado la consciencia.

—¿Tú cómo estás?

—Noqueado. Ha sido un golpe durísimo. Y lo peor es que no se sabe si saldrá de esta y, si sale, cómo quedará.

—Lo siento...

—Paz, de momento no voy a poder ir a verte. Tenía el billete comprado y todo listo para el viaje pero es imposible, ahora no puedo moverme de aquí. ¿Lo entiendes, verdad?

—Claro... lo importante es que tu padre se recupere.

—Si evoluciona bien podría ir en septiembre.

—Será complicado porque empiezo la universidad la primera semana de septiembre.

—Es verdad. Vaya...

—No pienses ahora en el viaje. Acompaña a tu padre todo lo que puedas. Deseo de corazón que se recupere pronto.

—Gracias, Paz. Te quiero. Y no me gustaría perderte.

Tras unos segundos en los que la joven respiró hondo, respondió:

—Yo también... te quiero. Hasta pronto.

Nada más colgar se echó en su cama llorando y no paró de hacerlo durante horas.

¿Cómo podría mantener su relación con Fernando viviendo tan lejos? De repente sintió miedo porque el brillo que les unía se fuera apagando...

* * *

Los preparativos del traslado al nuevo piso la mantuvieron entretenida mientras su madre parecía enloquecer intentando abarcar todo, la casa, el trabajo, la búsqueda de una empresa de mudanzas, el empaquetado de los objetos más delicados: «No me fío de que no rompan nada».

Su padre ya le dirigía algunas palabras a su madre. No hablaba mucho pero al menos acabó con el vacío que le había estado haciendo y que provocaba tensión en las relaciones entre el resto de los miembros de la familia.

De vez en cuando, Paz hablaba por teléfono con Fernando. La mejoría de su padre era tan lenta que en sus conversaciones no mostraba ninguna esperanza. Ella tuvo la sensación de que su idilio se hallaba en un punto que podía compararse con un globo que se deshincha poco a poco,

despacio, sin apenas hacer ruido. Cuando descendía de la nube del enamoramiento juvenil se entristecía al tomar conciencia de cuál era su situación real con Fernando. Quizás su madre tuviera razón en que era muy joven. Porque encajar su vida con la de Fernando era poco menos que imposible. Ninguno de los dos tenía aún la edad suficiente para trasladarse a vivir a mil kilómetros de distancia, y menos sin ganarse la vida por sus propios medios. Además, Paz iniciaba una etapa decisiva con la que llevaba soñando casi desde que era una niña. Por fin iría a la universidad. Estaba a punto de empezar el primer curso. Eso debería ser lo más importante para ella. ¿Cuál era el sitio de Fernando? Vislumbró que no había un lugar para él en su vida en este momento. Aunque no estuviera preparada para una renuncia así y se resistiera a ella.

* * *

Llegó el día. Se mudaron al ático en el barrio de Gracia. Abuela y nieta andaban de aquí para allá, contentas y entusiasmadas eligiendo habitación y pensando en la ubicación de los muebles. «Habrás que comprar alguno más, ¡hay mucho espacio!».

Diego, por su parte, no se salía de su guion, negándose a reconocer que con el cambio salían ganando. Concha había tirado la toalla con él en ese aspecto. Actuaba y miraba hacia delante sin hacer demasiado caso a sus reticencias y a su lamento permanente.

Paz salía por las tardes a hacer un reconocimiento del nuevo barrio. Se maravillaba por todo. Las tiendas de ropa, las zapaterías, el mercado y había hasta un par de clubes de jazz. Jamás imaginó que Barcelona pudiera ser también todo aquello que estaba descubriendo. Y por si fuera poco ahora vivía cerca de su amiga Nora. Ella tenía alquilado un piso antiguo, típico de la parte vieja de Gracia; el piso de las primeras borracheras que empapaban en alcohol los desengaños amorosos hasta la madrugada.

Su primer día de universidad se sintió pequeña en un mundo desbordante. Qué excitante resultaba estudiar sin que nadie te obligara a ello ni pasaran lista. Estudiar para marcar la senda que conducía a un futuro deseado, no impuesto sin tener que depender de nadie. Con ese espíritu cogía dos autobuses y un tren todas las mañanas para asistir a clases en la Universidad Autónoma de Barcelona, a unos veinte kilómetros de la capital. La facultad le pareció un cruce de caminos de compañeros de las procedencias más variopintas. Había muchos hijos de emigrantes nacidos en Cataluña, como ella, muchísimos. Pero también catalanes con apellidos ilustres que se mezclaban con los terminados en zetas o eses, que eran la mayoría. Tenía hasta una asignatura impartida en catalán. Le reconfortó encontrar ese crisol en su primer paso para la vida adulta.

Una nueva etapa hacia la madurez, que la obligaba a tener que aceptar que iban quedando atrás Osuna y Fernando. Se alejaban tan pausadamente como se consume la cera de una vela.

Decidió contarle por carta sus desvelos que le llevaban a la conclusión de que continuar con su relación iba a resultar imposible por las circunstancias de ambos. En el sobre escribió un aviso: «Ábrelo cuando tu padre mejore. Te quiero».

Punto final.

* * *

La vida familiar fue recomponiéndose con excesiva lentitud. Salvo la nostalgia de Diego, que había aumentado en todo ese tiempo.

Paz intentaba ser comprensiva con sus progenitores. Ninguno daba explicaciones de lo que les

había llevado a cancelar las vacaciones ese año. Nadie hablaba de lo sucedido. Un día se atrevió a decirle a su madre:

—Me alegro de que estés mejor. ¿Sabes que todos te queremos, verdad?

Pero, lejos de tener el efecto esperado de animarla, hizo que se echara a llorar desconsolada y triste. En esa tristeza desatada por el comentario de la hija había velados retos frustrados, deseos abortados, sueños rotos... Ni su hija, ni la abuela, ni mucho menos Diego, podían entrar en el que para Concha era su refugio: el territorio triste que habitaba.

CAPÍTULO 38

COMO CUANDO ERAN NIÑOS

Altea (Alicante), abril de 1982

Habían olvidado el color del mar de Altea. La familia, sin la abuela, que se había quedado en Barcelona con Manuel y su mujer, llegaba de nuevo adonde tenían lo que Concha consideraba unas verdaderas vacaciones al poder disfrutar de un régimen idéntico al de cualquier hotel.

Ese año había poca ilusión y muchas ganas de descansar y de ir a la playa. Sobre todo, ganas de no pensar. La recomposición del matrimonio no estaba resultando fácil ni para Concha ni para Diego.

Por su parte, Paz llegaba con una sensación extraña. Le apenaba la ruptura con Fernando pero era una tristeza mitigada por la evidente imposibilidad de encajar una vida con otra siendo tan jóvenes y procediendo de mundos tan distintos. Les unía Osuna. Representaba para ellos una especie de vínculo familiar basado en raíces que una generación más tarde les habían unido también a ellos. Pero estaba claro que no era suficiente.

—Altea nos vendrá muy bien este año —le dijo Concha a su hija, cogiéndola cariñosamente por la espalda mientras caminaban hacia la recepción del Sol y Mar, como si adivinara sus pensamientos.

—Hola, Pedro. ¿Cómo estás, hombre? —Diego saludó al chico de recepción con campechanía —. Me alegro de volver a verte aquí, estás hecho todo un veterano.

—Ya ve, Diego, me voy haciendo mayor.

—Todos nos hacemos mayores, hijo. Todos. Nosotros más que vosotros.

Desde que habían entrado, Pedro no le quitaba ojo a Paz. Hasta que se decidió a hablarle mientras esperaban a que se confirmaran las habitaciones asignadas.

—Hola, Paz. Qué guapa estás.

Ella respondió con un «gracias» educado, aunque escasamente agradable. Ese año no estaba interesada en fomentar las relaciones sociales. Se mostró escurridiza durante los primeros días; apenas quedaba con el grupo de amigos de años anteriores y su comportamiento era esquivo.

—¿Qué haces esta noche? —Pedro la sorprendió una tarde con esa pregunta.

—¿Cómo...? Perdona, ¿qué has dicho?

—No sabía que estuvieras mal del oído —bromeó él.

—O tú de la cabeza —le cortó con rapidez.

—Así que eso crees de mí, que estoy loco o algo así.

—Algo así.

Antes de seguir hablando, Pedro miró a un lado y a otro para asegurarse de que nadie les escuchaba.

—Paz, sólo te he preguntado si haces algo esta noche, si tienes planes. Me gustaría invitarte a

tomar algo fuera de aquí. Nada más.

—¡Paz! ¡Vámonos ya! —le gritaron unos amigos valencianos con los que había quedado para darse un baño en la piscina.

—Tengo prisa. ¡Adiós!

Se marchó corriendo y dejó a Pedro sin respuesta.

Las diversiones de los jóvenes en aquel hotel consistían en ir a la playa con los padres por las mañanas, tomar un helado o un refresco por la tarde con los hijos de otros trabajadores del banco que disfrutaban de las mismas vacaciones, o pasar la tarde en la piscina, y volver a quedar con ellos después de cenar. Había un club social en el que podían escuchar música, compartir juegos de mesa, ver la televisión, tomar algo... No se aburrían.

Al día siguiente, Pedro volvió a hacerle la misma pregunta. Y también al otro. Hasta que Paz aceptó creyendo que se acabaría con una salida y después la dejaría tranquila.

Quedaron cuando él terminó su turno de trabajo.

—¿Me recoges con tu coche en la puerta?

—Te recojo, pero mejor abajo, fuera del recinto. ¿Sabes dónde hay una parada de autobús? Está aquí al lado.

—Sí... De acuerdo —le dijo la joven, perpleja—. ¿Es que hay algún problema?

—No, ¡qué va! Sólo que es mejor así. Hasta luego, entonces.

En aquella cálida noche mediterránea dieron un paseo por una playa apartada del centro del pueblo.

—Así estaremos más tranquilos, si es que a la señorita no le parece mal —comentó Pedro con ironía.

—Aunque me vaciles, me pareces un tipo serio. Al menos es la impresión que das.

—Yo no te vacilo. Me intereso por ti, que es distinto.

—¿Y qué es lo que te interesa de mí?

—Me interesas tú, Paz. Creo que lo sabes de otros años pero haces como que no.

—Eso no es cierto. Lo que pasa es que me sorprende ese repentino interés.

—¿Repentino? ¡Ja, ja, ja! ¡Pero si llevo persiguiéndote desde que tenías nueve años!

—Es verdad, tienes razón. —Se tapó la cara con comicidad—. Qué vergüenza.

Ese gesto despertó en Pedro unas ganas irreprimibles de besarla pero al dejarse llevar por el impulso se encontró con una actitud evasiva de Paz:

—Se hace tarde. Tengo que volver si no mis padres me regañarán.

—Ya eres mayor de edad.

—¿Y eso qué tiene que ver? Acompáñame al hotel.

Antes de despedirse, dentro aún del coche, Pedro volvió a la carga:

—Pasado mañana tengo el día libre. Si te apetece podríamos quedar más tranquilos, con más tiempo. Y salir de Altea. Seguro que conoces poco de por aquí.

—¿Estás queriendo salir conmigo?

—Estoy proponiéndote pasar un día por ahí. No tendrás otro guía como yo. Puedo enseñarte algunos rincones que he pintado.

—¿Ahora pintas? —comentó ella burlona.

—No te rías. Pinto y también hago esculturas y litografías. Quiero ser un artista importante.

—Vaya... No tenía ni idea. Disculpa.

—¿Aceptas...? ¿Nos vemos el miércoles? No voy a parar hasta que...

—¡Vale, vale! Sí, acepto. No sigas, por favor. Mira que eres pesado...

—Eso mismo me decías cuando éramos pequeños.

Fue a besarla antes de que bajara, pero ella le puso la mejilla. Como cuando eran pequeños.

* * *

Durante aquellas vacaciones sus padres intentaban recomponerse del ciclón devastador que había supuesto el fallido intento de fuga de Concha. Estando fuera de casa tal vez fuera más fácil. Pero era sólo una posibilidad.

—Cuando nos queramos dar cuenta habrá pasado un año y no habremos hablado —arrancó ella.

—¿Hablar? ¿De qué?

Estaban desayunando solos. Paz todavía no había bajado de su habitación.

—¿De qué va a ser? No me has preguntado por qué no me fui.

—No quiero saberlo.

—En tantos meses... ¿No has tenido curiosidad?

—Te he dicho que no quiero saberlo.

—¿Después de haberte anunciado que os abandonaba...? No entiendo que no me hayas preguntado.

—Pues a ver si entiendes esto, Concha. ¿Tú dónde estás ahora mismo? Aquí, con tu familia, ¿no? Pues no hay más que hablar.

La dureza de Diego, su tendencia al silencio y al castigo tácito tras la noche de la frustrada fuga la herían más que si le hubiera dicho lo que de verdad él creía que merecía decirle. Mucho más.

* * *

El miércoles amaneció con una temperatura perfecta para hacer turismo. «Voy a enseñarte varios pueblos de la zona, te van a encantar», le dijo Pedro, entusiasta, nada más recogerla.

El automóvil enfiló curvas y carreteras sinuosas y empinadas en medio de una bellísima serranía del interior de la provincia de Alicante. La primera de las poblaciones en la que recalaron se hallaba situada en lo alto de una montaña escarpada, Guadalest, en la comarca de la Marina Baja.

—Me gustaría regalarte uno de los cuadros que he pintado sobre Guadalest.

—Seguro que son preciosos. ¿Y cómo es que te dio por pintar?

—Es mucho más que pintar. Es arte, engloba diversas técnicas. Estoy poniendo mucho empeño en ello. Hay que hacer algo en la vida. —Esto lo dijo riéndose, parecía que de sí mismo—. Siempre se me dio bien el dibujo. Y un día pensé: a ver, Pedro, si no aprovechas ese don que tienes, y habiendo nacido en un lugar como Altea que es arte puro, ¿qué haces, entonces, en este mundo? ¿Lo entiendes?

—Sí. Absolutamente. Tienes suerte de gozar de ese don.

—Creo que todos tenemos algún don. Sólo es cuestión de explotarlo, modelarlo, sacarle partido... ¿Cuál crees que es el tuyo?

—¡Yo no he sido llamada para el arte! No sé... ninguno.

—Eso no es posible. Seguro que hay algo que se te da bien.

—Bueno, sí. Me encanta escribir y creo que no se me da mal, más o menos. —Paz se echó a reír.

En aquel momento pensó que a Pedro también se le daba bien ahondar en el fondo de las

personas. Se había convertido en un joven con una sensibilidad que no había visto nunca en ninguno de sus amigos, ni siquiera en Fernando, que había sido más que un amigo.

—¿Te has enamorado de verdad alguna vez? —se atrevió a preguntarle Paz.

—No. Nunca. ¿Y tú?

—Me gustaba mucho un chico. Era del pueblo de mis padres, Osuna.

—¿Eso dónde está?

—En la provincia de Sevilla.

—¿Pero llegaste a enamorarte?

—Supongo que sí. Bueno, no sé. Enamorarse es algo muy serio. Desde luego lo quería mucho.

—¿Y qué pasó?

—Es una larga historia que se remonta a sus padres, un poco rollo. Su padre y mi madre, al parecer, habían sido novios pero el padre no se había portado precisamente bien. Al enterarse de que salíamos juntos a mí me montaron una gorda. Pero el problema no era ese, sino que vivimos muy lejos y éramos muy jóvenes todavía.

—¿Lo has olvidado?

No quería responder a esa pregunta.

—Qué más da —dijo.

El paraje que Pedro le estaba descubriendo tenía algo de mágico. Un paisaje distinto, sacado de otro mundo, plagado de rincones escarpados y precipicios.

—Es la sierra de Aitana. ¿A que nunca habías visto nada tan increíble?

Paz se quedó sin palabras. Llenaba sus pulmones de aire puro y su espíritu, de sensaciones destinadas a perdurar en ella.

Contemplaron las imponentes vistas desde el punto más alto al que se podía acceder, el castillo medieval de San José. Abajo del todo, un impresionante embalse con múltiples entradas de tierra como culebras sedientas de agua dibujaba una cristalina mancha verde que irradiaba luz al paisaje.

Comieron en un pequeño local de menús caseros, cocina autóctona, muy agradable. Tanto como la deriva que fue tomando la conversación. Pedro era calmado, profundo como una sima cuando permitía que se adentrara en él.

El día se les quedó pequeño.

Al regreso visitaron también el pueblo de Callosa. Queriendo apurar las horas juntos, en el caso de Paz sólo por lo cómodo que le resultaba estar con Pedro, por la tarde pasearon por algunas calles pintorescas de Altea.

Al atardecer, Pedro la acompañó al hotel. Entonces fue Paz quien no quiso que la dejara en la puerta, sino en la esquina anterior para entrar sola a pie.

El joven bajó del coche. Se quedaron frente a frente sin decirse nada.

—Yo... —arrancó a decir Pedro.

Al escucharlo, Paz salió corriendo hacia la entrada del hotel para evitar que siguiera hablando. Antes de que su silueta se perdiera, se giró para dedicarle una sonrisa que resultaba familiar.

Como cuando eran niños...

La juventud la alejaba de su pasado de aquella niña que en Altea rehuía a un niño simpático y pesado llamado Pedro, y la convertía en una muchacha que, por primera vez, veía con ojos distintos a su «amiguito» de toda la vida.

Paz no quería darle demasiada importancia, pero el caso es que esa noche no pudo dormir y en los días sucesivos hacía lo posible por ver, aunque fuera de lejos, a Pedro. El pulso se le alteraba

y sentía un leve nudo en el estómago. Era una tontería, sin duda, se decía a sí misma.

Por su parte, él siguió proponiéndole citas que Paz no siempre aceptaba. No quería darle importancia a una circunstancia que, inevitablemente, se estaba produciendo aunque no quisiera reconocerlo.

Mientras visitaban como auténticos turistas Villajoyosa, una localidad próxima a Altea, él no aguantó más sin confesarle sus sentimientos.

—Siempre me has gustado, desde que eras una niña.

—De pequeño eras muy pesadito... Y compruebo que sigues igual.

—Paz, tómate en serio, por favor. Hemos crecido y sigue habiendo algo en mi corazón que... siento como si te perteneciera. No puedo dejar de pensar en ti. No imaginas la tristeza que sentí el año pasado cuando no viniste. Y ahora que estás aquí soy el hombre más feliz del mundo. Pero...

—Pero nada. —Paz puso una mano sobre la boca de Pedro para hacerlo callar—. Este pueblo es muy bonito pero, por favor, vamos a la playa. Tengo ganas de ver el mar.

Se mojaron en la orilla jugando a atraparse mutuamente.

—Sé que me arriesgo a que me llames pesado pero tengo que explicarte...

Paz se aproximó tanto a él que lo dejó sin respiración. Pedro había soñado muchas veces con sentirla tan cerca pero jamás pensó que ocurriera.

Con el primero de los besos rubricaron el mutuo sentimiento que había ido naciendo como si siguieran de manera natural el curso de un destino que estaba escrito. Los siguientes besos fueron regalos que creían deberse y empezaron a saldar la cuenta...

Rieron al recordar que de pequeños andaban como el perro y el gato.

De pronto Pedro se puso serio.

—Lo siento pero no quiero que pasen más días sin contarte algo que debes saber sobre mí.

—No, Pedro, déjalo. No tienes por qué explicarme nada.

—Estoy casado.

—¿Qué? ¿Qué dices!

Por un momento, Paz se desubicó del mundo, de dónde estaba y de con quién.

—Si es una broma no tiene gracia.

—¿Cómo iba a bromear con algo así?

Impresionada, afectada y mucho más, Paz escuchó el relato que Pedro fue desgranando de cómo su matrimonio había sido una obligación derivada de lo que tiempo después se destapó como un falso embarazo. Pero en aquel momento lo creyeron cierto. Reconoció el error —eran casi unos niños; la chica ni siquiera había alcanzado la mayoría de edad—, y se casó. Sin pensarlo, pero sobre todo sin desearlo. Hasta que, transcurridos unos meses, se dieron cuenta de que el embarazo no existía en el útero de su mujer sino sólo en su cabeza.

Ni siquiera quiso saber si el lamentable incidente había sido una treta por parte de ella para conseguir que se casara o si, por el contrario, ambos fueron víctimas del error. Porque el resultado era el mismo: ya estaba casado. Y como no había sido el amor sino la creencia de que iban a ser padres lo que bendijo su unión, Pedro planteó que estaban a tiempo de separarse, lo que supuso un tremendo drama para su esposa y las respectivas familias. Así que con la intención de vivir en una tregua, aunque yerma de toda pasión, dejó que fuera pasando el tiempo manteniendo la esperanza de que ella acabara entrando en razón.

—Y apareces tú. En realidad, siempre estuviste, pero sé que jamás te has fijado en mí. Pensaba, incluso, que no llegarías nunca a hacerlo. Estos días no encontraba el momento de decírtelo, me daba miedo que salieras huyendo de mí. Y no tienes por qué hacerlo. Espero que no huyas.

—¿Qué no tengo por qué? ¿Te parece poco el hecho de que estés casado? ¿Cómo es posible que me dijeras que no te habías enamorado jamás y resulta que estás casado? Eres un mentiroso. ¡Un farsante!

—No digas eso. ¿Qué puedo hacer para que me creas? No amo a mi mujer. ¿Si la amara crees que podría sentir por ti lo que siento?

—Lo que sientes por mí es una gran mentira. Una ilusión. No sientes nada real por mí.

—Eso no es cierto. Estoy enamorado de ti.

—Sí, claro... —No se sabía si era ironía o enfado. Desde luego sí era rabia—. Un pequeño detalle sin importancia: nos sobra tu mujer.

—Ni siquiera vivimos juntos. He reformado una parte de la casa para convertirla en mi taller y es ahí donde duermo.

—De no haber sido yo habría sido otra, el caso era engatusar a una veraneante, ¿verdad? Al fin y al cabo, la tienes cuanto deseas y sabes que luego se marchará y no dará problemas. He sido una estúpida. No hace falta que me acompañes.

Salió corriendo con el viento barriendo de su rostro algunas lágrimas escapadas de la rabia. Pedro fue tras ella y al alcanzarla la abrazó con fuerza para evitar que se soltara, como pretendía. Al final la resistencia de Paz cedió y se fundió en el abrazo mientras él le susurraba al oído como un lamento: «Por favor, créeme, te lo ruego, te quiero con locura. Te quiero».

Volvieron a besarse y se bebieron el llanto que les humedecía a ambos la cara y el corazón. La confesión de Pedro llegaba demasiado tarde. Paz se sentía atraída por él sorteando lo físico. Se sentía unida a algo invisible y poderoso. Acababa de conocer al detalle su infelicidad y la soledad en la que vivía. Era un artista y, por tanto, no tenía dificultades en construirse un mundo propio en el que vivir de verdad, en paralelo al real que había aceptado por su sentido de la responsabilidad. Paz se dio cuenta de que quizás ese era el motivo de que se entendieran tan bien. Tal vez por eso ambos sentían por igual ser almas gemelas, haber nacido para encontrarse.

Pedro, de personalidad creativa y artística, y una extraordinaria sensibilidad, se mostraba atento en todo momento a los deseos y estados de ánimo de Paz.

Aún era pronto para que ella supiera cómo debía encajar en su vida a Pedro y su circunstancia, su incómoda verdad.

—¿Por qué no te separas de ella?

—Ya te he explicado que era difícil hacerlo con su oposición y la presión de las familias. Aquí todos nos conocemos, es un lugar pequeño en el que has de seguir viéndote después. Pero ya no tiene sentido. Lo haré. Es irremediable.

Al regresar al hotel ambos creyeron que en tan sólo unas pocas horas habían vivido muchísimas cosas; tantas que volvían sintiéndose como si fueran otras personas.

Después de aquello se buscaban cada vez que podían para, si no era posible pasar un rato juntos, al menos verse unos minutos en mitad del trabajo de Pedro. Lo tomaron como un juego divertido.

Una tarde, Paz paseaba por los jardines del hotel desde los que se divisaba el Mediterráneo. Por los altavoces empezó a sonar *Santa Lucía*, el último éxito de Miguel Ríos que estaba presente en todas las radios del país. Paz era muy fan del rockero granadino y aquella canción le fascinaba.

De repente, Pedro la asaltó surgiendo por sorpresa de detrás de un árbol y la cogió por la cintura. Estallaron en risas. La llevó hacia un rincón y la besó en la boca. «¡Estás loco! Como nos vean pueden despedirte...».

—Tienes razón. Estoy loco, por ti. Nada más me importa.

* * *

Las vacaciones llegaron a su fin. El día de la partida amaneció plomizo, y a Paz sólo le faltó esa grisura para desanimarse. Sus padres andaban ocupados con el equipaje. Notaba el aire denso y se sintió triste; todo le molestaba. Quería evitar a Pedro para no tener que despedirse pero fue imposible. Muy hábilmente, el joven esperó la ocasión de encontrarse con ella sin la atención de sus padres. Se vieron detrás de uno de los setos que delimitaban el aparcamiento para coches.

De repente, Paz se sorprendió al ver que Pedro sacaba un pequeño paquete para regalárselo.

—¿Qué es?

—Un regalo para ti —respondió él con dulzura.

—Hombre, ya imagino. ¿Pero qué hay dentro?

—Sólo puedo decirte que te va a gustar. Toma, cógelo. —Se lo extendió pero ella se resistía.

—No sé si es buena idea...

—¡Tu padre!

Diego, de manera imprevista ya que Paz se había asegurado de que sus padres todavía tardarían un buen rato en terminar de hacer el equipaje, se dirigía hacia su coche. Por sólo unos segundos no los sorprendió. Pedro había empujado a Paz para que se agachara detrás del seto.

—Vaya lío si llega a pillarnos...

—¡Shhh! —A Pedro, que intentaba que no fueran descubiertos, le costaba mantenerse serio.

Diego no tardó en marcharse.

—Ya pasó el peligro —dijo Pedro en tono jocoso—. Estábamos en lo del regalo. Cógelo y cuando veas lo que es entonces decide si era buena o mala idea.

Paz acabó aceptándolo.

Se hicieron promesas y tuvieron claro que les resultaba inimaginable no verse hasta el año siguiente pero que nada podían hacer para evitarlo. ¿O quizás sí...?

Les costó despedirse. Paz decidió que tenía que marcharse ya. El paquete del regalo no era muy grande y, como iba metido en una bolsa, sus padres ni se percatarían.

La joven esperó a que llevaran recorridos algunos kilómetros para abrirlo con cuidado. Su rostro se iluminó al ver que era una litografía realizada por el propio Pedro, que reflejaba el pequeño santuario en el punto más alto de Guadalest, desde el que habían sentido unidos sus corazones volando entre aquellas hermosas montañas. En ese lugar dejaron suspendido en el aire un beso que algún día perseguirían sin descanso. Pedro firmaba el cuadro con su nombre seguido de esta frase: «Para Paz, de uno que no la olvida».

Ella tampoco olvidaría a Pedro.

Las noches en las que él podía la llamaba a Barcelona desde el trabajo. Solía ser tarde. Era la manera de sentirse cerca y de darle alas a un amor anidado en la incertidumbre. Paz esperaba las llamadas con ilusión, aunque sufría en aquellas noches encadenadas en blanco. Pero sabía que no podía recriminarle nada a Pedro. Él deseaba ese contacto tanto como ella, por encima de las circunstancias que lo tornaban difícil. Era todo cuanto tenían.

CAPÍTULO 39

NOSTALGIA

*Lleva azahar, lleva olivas,
Andalucía, a tus mares.*

FEDERICO GARCÍA LORCA,
«BALADILLA DE LOS TRES RÍOS».

Barcelona, mayo de 1982

Pasada la medianoche, todos en la casa dormían. Paz salió de su habitación sigilosa. A la hora exacta acordada con Pedro estaba clavada delante del teléfono esperando a que sonara para cogerlo al primer timbrazo.

—Cómo me gusta escuchar tu voz. —Desde que Paz regresó a Barcelona, Pedro solicitaba el turno de noche cuantas veces era posible. Siguió hablándole—: No soporto más tu ausencia, Paz. Estoy impaciente por verte.

—Pues nos queda aún casi un año, cariño.

—¿Eso por qué? Yo no lo aguantaré. ¿Tú sí?

—Creo que tampoco. Es muy duro. Te echo tanto de menos... Pero, Pedro, ¿qué vamos a hacer?

—Se me ocurre algo. Queda poco para que termines el curso. Hagamos un viaje. Juntos. Corto. Da igual adónde, pero así podremos estar juntos unos días.

—A mí no me dejarán.

—Pues invéntate algo, Paz. Si no será imposible que nos veamos.

—Está bien. Lo pensaré.

—Pero nos vamos seguro, ¿eh?

—Tengo las mismas ganas que tú.

Unas ganas que iban en aumento. Paz reflexionó aquella noche sobre el tiempo, el amor y la distancia.

¿Por qué parecía estar destinada a amar de lejos, a sufrir por kilómetros que multiplicaban las dificultades de sus relaciones?

¿Por qué, si era tan joven, no podía enamorarse como sus amigas, compartiendo tiempo con sus amores, aficiones, tardes de sábado en el cine...?

¿Por qué se asomaba a la vida adulta teniendo que sortear tantos obstáculos en un camino pedregoso?

¿O acaso era eso hacerse mayor...?

* * *

Regresar a la rutina. Y al recuerdo de Pedro. Y a las discusiones solapadas entre Concha y Diego.

Aunque todo parecía volver a la normalidad de antes de las vacaciones de Semana Santa en Altea, no era cierto. Ni mucho menos. Pero cada uno lo intentaba a su manera. Así, mientras la joven hablaba de inscribirse en un curso municipal para aprender catalán, Diego seguía erre que erre con lo de que Cataluña ya estaba bien, que era suficiente, que había que volver al pueblo, lo cual ni siquiera afectaba al resto de la familia ya que ahora más que nunca no se justificaba tal cosa. Concha tenía un trabajo que les venía de maravilla para cubrir los gastos de casa. La hija, por fin estudiando una carrera. Llevaban casi veinte años en Cataluña. Se habían comprado un piso espléndido, un ático en un buen barrio de Barcelona... ¿Cómo podía haber algo que justificara el regreso a Osuna?

Pues lo había. Algo tan real como intangible: la nostalgia. El no acabar de sentirse nunca del lugar en el que estás, a pesar de que en dicho lugar hayas podido tener la vida y la prosperidad que tu tierra no te permitía. Parecía que el corazón de Diego se fuera extinguiendo, paradójicamente, con la refulgente luz del Mediterráneo. Aceptó un trabajo de cobrador por las tardes. Como mantenía su Vespa, recorría las calles de Barcelona realizando el ingrato trabajo de cobrar recibos pendientes, de todo tipo, en los que siempre se incluían morosos que no solían tratarle precisamente bien cuando llamaba a sus puertas.

En los ratos que pasaba en casa, Diego tomaba el mando de la radio, a pesar de las quejas de la familia, que lo interpretaba como un síntoma preocupante. Escuchaba el programa de Justo Molinero, en Radio Tele-Taxi. De esa manera se sentía acompañado en su querencia por sus orígenes y su tierra, que no le permitía acabar de anclarse a Cataluña. Se sentía acompañado en su soledad incomprendida.

Uno de los puntos fuertes de ese espacio radiofónico era la selección musical basada en las peticiones de los oyentes: canción española, flamenco, sevillanas, mucha copla y música popular. «Te pone la cabeza como un bombo tanto flamenco y tanta copla», protestaba la abuela.

Un día Diego cogió el teléfono y llamó a la emisora para entrar en directo en el espacio que el programa de Molinero tenía reservado para hablar con los oyentes. Pensó que no lo conseguiría, pero cuál fue su sorpresa cuando le dijeron que estuviera atento porque iban a pasarlo a antena.

Estaba nervioso.

—¿Con quién hablo?

—¿Es a mí? —preguntó Diego, balbuceando, no podía creerse que le estuviera pasando a él.

—¡Claro, amigo! Es a ti. ¿Cuál es tu nombre?

Molinero exhibía un desparpajo que ya querrían tener muchos locutores de radio.

—Soy Diego... Diego Ramírez.

El presentador consiguió que fuera cogiendo confianza. Respondió a preguntas del tipo de a qué se dedicaba, si tenía familia en Cataluña y alguna que otra banalidad. Hasta que le preguntó su procedencia.

—Soy de Osuna, un pueblo de la provincia de Sevilla.

—¿Osuna! Amigo mío, una villa ducal ma-ra-vi-llo-sí-si-ma. —El locutor espaciaba las sílabas para darle más empaque a la villa.

—Sí, es tan maravillosa que querría volver. Echo de menos mi tierra... y el limonero de mi casa. Me gustaría regresar para quedarme.

—¿Teníais un limonero en casa?

—En el corral del patio. Tendría usted que verlo, da unos limones que pesa cada uno un par de kilos.

—Tutéame, hombre. Entiendo que quieras estar cerca de algo así. Pero... ¿cuánto llevas en Cataluña?

—Con mi mujer llegué en el sesenta y dos, un mes antes de las riadas. Pero yo vine unos dos o tres años antes que ella.

—Yo me vine cinco años después que tú —le dijo Molinero.

—Fue muy duro, ¿sabes? Estuvimos a punto de morir.

—Lo imagino.

—Creo que si no lo vives es imposible imaginarlo. Decides dar el paso de marcharte de tu tierra, abandonarlo todo, a tu familia, tus amigos de siempre, todo. Y te vas a mil kilómetros de distancia, a un lugar que al principio te da miedo porque es tan grande, tan diferente a lo que conocías, y todo tan moderno. Pero estás solo, no conoces a nadie. Nadie te apoya, nadie te quiere... Y luego vino lo de las riadas. Más de mil personas murieron. Casi todos emigrantes. Muchos, amigos míos o compañeros de la fábrica.

Concha se dio cuenta de que quien hablaba era su marido y llamó a su madre y a su hija para que fueran corriendo a escucharlo también ellas.

Diego seguía hablando.

—Lo único que haces es trabajar como una mula, desde que te levantas hasta que te acuestas. Yo trabajaba en una fábrica en Moncada. No tienes a nadie que te dé consuelo o se tome una caña contigo. Y luego está lo del catalán, que no hay quien lo entienda.

—Diego, amigo, si te sirve de consuelo, fue difícil para todos. Yo al menos tuve la suerte de no sufrir esa tragedia, tienes toda mi solidaridad y mi respeto. ¿Puedo decirte lo que pienso de lo que nos cuentas a los amigos de Tele-Taxi?

—Sí, claro, te agradezco mucho la oportunidad que nos das a todos.

—Lo que creo, Diego, es que, a pesar de lo que has pasado, que es mucho, tendrías que agradecer a Cataluña las oportunidades que nos ha dado a los emigrantes para ganarnos el pan. Si nos hubiéramos quedado en nuestros lugares de origen... Mira, yo soy de un pueblo de Córdoba, pues que si nos hubiéramos quedado ahora estaríamos mucho peor.

—¿Cómo puedes saberlo?

—Porque allí no había trabajo, ni las oportunidades que hemos tenido aquí.

Se había encerrado en el salón para hablar sin que entrara ningún ruido indebido. Las tres mujeres de la familia lo escuchaban en la radio que había en la cocina.

—No deberías hablar con esa pena, amigo.

—Tú has conseguido algo grande. Seguro que tu emisora tiene muchísimos seguidores.

La radio del taxista Justo Molinero acababa de nacer, con motivo de la celebración del mundial de fútbol, destinada a sus compañeros del gremio. La radio de los taxistas que ya salía al aire para el público en general tenía sus instalaciones en Santa Coloma de Gramanet.

—Fíjate qué casualidad, Diego, estamos al lado del que ha sido tu barrio hasta hace nada —comentó alegre el presentador—. Pero no te engañes, yo salí de mi pueblo con una mano delante y otra detrás. Aquí en Cataluña he luchado duro como cualquier emigrante. Como tú mismo. ¿Estás casado? ¿Tienes hijos? ¿Acaso que tu familia salga adelante no es conseguir algo grande?

—Estoy casado, sí, y tenemos una hija. Y mi suegra también vive con nosotros.

—¿Lo ves? ¡Eso es lo importante! Tienes que pensar en eso. Todos los emigrantes tenemos que pensar en lo que hemos conseguido y no en lo que hemos tenido que dejar atrás para conseguirlo. No se puede vivir de la nostalgia, amigo, hay que avanzar en la vida. No lo olvides nunca. Tu sitio ya está aquí, en Cataluña. Y del futuro, Dios dirá.

De fondo había empezado a sonar la canción de Juanito Valderrama *El emigrante*, que cabalgó sobre las últimas palabras de Molinero para pasar a escucharse en primer plano, hasta que se despidió de Diego.

—Te agradezco mucho tu llamada, amigo. Y recuerda lo que te he dicho: Cataluña será más grande y más rica gracias a nosotros. ¡Y nosotros también lo seremos gracias a Cataluña!

Paz había quedado impresionada de la amargura con la que cargaba su padre en el corazón. Había sido valiente al reconocerlo en público. El trabajo y las renunciadas merecían su respeto, y así lo entendió aquel día. En lo sucesivo, algunas veces, cuando sus padres no la veían, la muchacha sintonizaba Radio Tele-Taxi durante un rato aunque fuera corto, como homenaje al sufrimiento de su padre y de tantos miles de hombres y mujeres en la misma situación que él.

* * *

—Nos vamos tres amigas de clase, mamá. —Paz intentaba convencer a su madre para que le dejara ir de viaje. Había terminado su primer curso de universidad.

—¿Y quiénes son esas amigas? —La madre no estaba muy por la labor de dejarla—. No me parece bien que tres chicas solas se vayan a la Costa Brava. ¡A saber qué os podréis encontrar allí!

—Pero, mamá... Claro que las conoces, al menos a Inés, con la que siempre hago los trabajos de la facultad, la que vive aquí en Gracia, cerca de casa.

Concha accedió, aunque a regañadientes. Paz la besó, zalamera.

—No os fieis de nadie. ¿Me has entendido?

—Sí, mamá. Lo he entendido. De nadie.

—Y llámame para decirme cómo estáis.

—Lo haré. Gracias, mamá.

CAPÍTULO 40

DÍAS DE MAR Y AMOR

*La lámpara eras tú,
mis labios, mi sonrisa,
forma que hallan mis manos
en todo lo que alcanzan.*

LUIS CERNUDA,
«NO SÉ QUÉ NOMBRE DARLE A MIS SUEÑOS».

El momento de iniciar el viaje llegó y Paz no sabía cómo controlar su excitación.

—¿Recuerdas todo lo que te he dicho?

—Mamá, no has parado de hablar desde que nos hemos levantado.

—Está bien, hija. Pero no quiero que se te olvide nada.

—Te prometo que seguiré todas tus recomendaciones, haré todo como me estás diciendo.

—¿Pero esto qué es, la niña se va de viaje sin vosotros? —terció la abuela, que acababa de levantarse y se llevó una sorpresa al ver a su nieta cargando con una bolsa de viaje y a punto de salir de casa.

—Sí, abuela, me marcho con unas amigas para celebrar que hemos sacado bien el curso. Dame un beso. Nos vemos pronto.

Caminaba ilusionada por el paseo de San Juan abajo hasta llegar al cruce con la ancha avenida de la Diagonal donde Pedro la esperaba en su utilitario. Al verla llegar, él salió del coche para no perder tiempo y abrazarla. El brillo que inundó sus miradas habría de guiarles en la dificultosa senda de su amor.

Por lo pronto, les guió a Cadaqués, un pequeño pueblo pintoresco en el Alto Ampurdán, en la Costa Brava, que la joven intuía como el más hermoso del mundo.

* * *

Cadaqués (Gerona), junio de 1982

Se alojaron en un modesto hostel. Desde el primer instante, Pedro cayó rendido al hechizo natural y único del pueblo mariner que a Paz también le fascinó. La combinación del blanco de las casas con el azul añil marino recordaban a Altea.

—Todo lo que tiene que ver contigo es hermoso, es belleza —le dijo Pedro emocionado.

—No puedo creer que estemos aquí. —Paz, que adivinó su pensamiento, se embecía del paisaje.

—Parece un milagro. Un milagro que hemos hecho posible juntos.

El primer día se les escapó en un breve suspiro. Por la noche cenaron en un sencillo restaurante cerca de la playa y después pasearon por la orilla del mar, al amparo de la luna y de las luces tenues que alumbraban la nocturnidad. Se exprimieron el uno al otro con besos y palabras en un escenario idílico.

De regreso al hostel se enfrentaron a la primera de sus noches como amantes furtivos. El deseo se apoderó de ellos, con el ruido aún vivo del mar. Se encerraron en la habitación para conocer lo que tanto anhelaban. Pedro fue delicado en aquella primera vez. Paz se dejó adentrar con suavidad en el conocimiento del sexo hasta el final de lo que ambos cuerpos pudieron aguantar. Fue hermoso. Fue un delirio. Fue...

—¿Es esto lo mejor que ha pasado en nuestras vidas hasta ahora? —le susurró Pedro—. Porque en mi caso sí lo es.

Siguió acariciándola hasta caer rendidos; hasta que el sueño quiso asaltarles para darles un descanso.

Se sintieron dichosos en aquellos días de mar y amor. Paz llevaba un poemario de Cernuda en su equipaje y evocaba sus versos: «El mar es un olvido, / una canción, un labio. El mar es un amante, / fiel respuesta al deseo». Hablaron de literatura, de arte, de la vida... Tenían en común muchas aficiones; juntos disfrutaban de pasiones que ninguno de los dos había compartido antes con nadie. Hallaron cruces e intersecciones en los que podían sentirse dichosos.

Algunas tardes compraban pan, embutido y un poco de vino, y cenaban en la habitación, fuera del alcance del mundo exterior. Nada más acabar, hacían el amor, mordían el sexo en una nebulosa en la que el azul y el blanco, los colores de Cadaqués, se metían en sus carnes al amarse. Y soñaban después contemplando abrazados la luna llena desde la ventana, sin dejar de prodigarse besos, desnudos, sintiendo sólo la piel del otro. Era un amor dulce y sosegado pero al mismo tiempo apasionado y volcánico, arrullado por la espuma del Mediterráneo, «y sus aguas son plumas, impulsos que levantan a las frías estrellas». Ella le leía poemas y él modelaba su cuerpo con sus manos como si fuera a esculpirla.

—Mañana iremos a Port Lligat —le anunció Paz cuando estaban a punto de dormirse.

—Me muero de ganas. Ver dónde vivió el genio de Dalí. Es una de mis inspiraciones para mi obra, ¿lo sabías?

Paz se pegó a su cuerpo.

—¿De verdad...? —Su tono anunciaba ganas de jugar—. ¿Y qué más te inspira? —Empezó a mordisquearle una oreja.

—Túúú...

Y tardaron mucho en dormirse.

* * *

Había paz y calma mediterránea en los exteriores de la vivienda de Salvador Dalí, una casa de pescadores pintada toda de blanco y con la puerta añil, ¡cómo no! Una barca vieja, varada ante la fachada junto a un ciprés, era el símbolo de la tranquila zona. No se veía a turistas. Apenas gente, sólo un par de casas más y un hotel que, aunque algo desvencijado, conservaba su encanto, justo delante de la casa de Dalí, con una enorme terraza cubierta a los pies de la bahía y sobre el jardín daliniano en el que se vislumbran unas piezas grandes y blancas con forma de huevo diseminadas por los tejados. El hotel Port Lligat, que así se llamaba, antaño vivió épocas de esplendor y

bohemia. En las paredes de la terraza se repartían infinidad de fotos de los años cincuenta y sesenta. Entre otros muchos, se reconocían rostros de la *gauche divine* catalana. Era un lugar auténtico pero parecía irreal; un lugar de los que ya no quedan.

—Jamás pensé que pudiera ser tan feliz —dijo Pedro mientras tomaban un café en la terraza, respirando historia y sosiego.

—Tampoco yo. ¡Si ni siquiera podía imaginar que estaríamos juntos tan pronto!

—Este viaje está siendo maravilloso, pero tiene su parte mala.

—Vaya por Dios, habló el agorero. ¿Y cuál es esa parte mala?

—Que no sé cómo voy a poder vivir sin ti a partir de ahora. Me he dado cuenta, aquí, en Cadaqués, de que te necesito cada día, cada minuto...

—No lo sé, Pedro. No sé qué haremos. Barcelona y Alicante no están lejos, pero yo tengo aún que acabar mi carrera. Siento lo mismo que tú, a partir de ahora quiero estar siempre a tu lado. A lo mejor se nos ocurre alguna buena idea. Mira, no pensábamos que podríamos escaparnos juntos, y aquí estamos.

—Tienes razón.

—Confiemos en el destino y en nosotros. Hasta ahora no nos ha ido mal. Y tú... tendrás que tomar alguna decisión sobre tu matrimonio...

—Lo haré. Por mí y por nosotros.

En el *nosotros* voló un beso que embriagó sus labios de un amor que reventaba en sus costuras.

—¡Tengo que llamar a mi madre! Se me había olvidado.

—Te va a caer una bronca... ¿Cómo no se te ha ocurrido hacerlo antes? Anda, vamos a remediarlo antes de que sea demasiado tarde.

—Hay que buscar una cabina, mejor en Cadaqués.

* * *

—Sí, mamá, estamos bien y lo estamos pasando fenomenal. Todas te enviamos besos. Adiós, cuelgo, que no me quedan monedas.

—¿Así que le enviamos besos *todas*...? —Pedro aguantaba la risa—. ¿Besos como este...?

El beso, prolongado y apasionado, acabó en un estallido de risas.

Faltaba poco para que el viaje terminara. Pasear a diario por la playa descalzos y cogidos de la cintura se había convertido en uno de los momentos más placenteros de aquellos días. Por eso lo hacían incluso varias veces en una misma jornada. Creían asombrar al mar con su amor desbordante frente a las aguas calmas del Mediterráneo.

Una tarde, durante uno de aquellos paseos por la orilla, en la pequeña playa del centro de la localidad, se desató una fugaz tormenta de verano. Les pilló delante del casino, un precioso edificio del siglo XIX con una sala acristalada frente a la playa.

—Me encanta la lluvia de verano —dijo Pedro.

—Y a mí me encanta verla a través de estos ventanales. Parece que estemos en otro siglo.

—Más bien en otro mundo. Un mundo maravilloso que habitamos únicamente nosotros. Ojalá no se acabara nunca. —Pedro se había puesto serio.

Paz cogió su mano y la apretó cariñosamente.

*Es la lluvia sobre el mar.
En la abierta ventana,*

*contemplándola, descansas
la sien en el cristal.
Y te vuelves hacia mí,
sonriéndome. Yo pienso
en cómo ha pasado el tiempo,
y te recuerdo así.*

JAIME GIL DE BIEDMA,
«MAÑANA DE AYER, DE HOY».

—¿Me recordarás así, como en este momento? —preguntó ella.

—No hará falta recordarte, porque siempre estaremos juntos —respondió él.

Tener que abandonar Cadaqués fue como abandonar el universo íntimo en el que no había cabida para nada más que no fuera su amor. Les causó un dolor inmenso. Ni Paz, ni tampoco Pedro, pudieron haber imaginado antes que existiera esa dimensión del amor. No creyeron posible que la vida les regalara lo que vivieron en aquellos inolvidables e irrepitibles días en Cadaqués.

*Si mis ojos se cierran es para hallarte en sueños,
en este país perdido
que un día abandonamos sin saberlo.*

LUIS CERNUDA,
«NO SÉ QUÉ NOMBRE DARLE A MIS SUEÑOS».

CAPÍTULO 41

«ESTA LÁGRIMA FRÍA»

*Cuando sobre este mundo su languidez ociosa
deja caer alguna lágrima silenciosa,
un poeta piadoso, enemigo del sueño,*

*en su mano recoge esta lágrima fría
como un fragmento de ópalo que al iris desafía,
y de ella al solitario corazón hace dueño.*

CHARLES BAUDELAIRE,
«TRISTEZAS DE LA LUNA».

Barcelona, junio de 1982

Permanecían callados, con la mirada puesta en la carretera aunque esta careciera de interés más allá de la seguridad; eso en el caso del conductor, que era Pedro. A Paz le servía para evitar pensar hasta que llegaran a Barcelona.

Paz notaba en su interior que había perdido la inocencia, pero no por haber estrenado un sexo adulto sino porque ya tenía la conciencia de que amar podía significar dolor. Mucho dolor. El dolor de la despedida; el de lo irrealizable y utópico; el de lo inalcanzable según los sueños y deseos... Aunque ninguno de ellos fuera comparable al dolor que causa el amor furtivo. Prohibido. Clandestino... El amor imposible.

Palabras del vocabulario amoroso que llegaban por primera vez a la vida afectiva de Paz, dispuestas a quedarse en ella.

Pedro la dejó en una esquina de la Travesera de Gracia, próxima a su casa. No quisieron más despedidas. No lo soportarían. Se alejaron con el corazón pleno en el que cohabitan el amor y la tristeza, pero, ante todo, la dicha. Y eso nadie podría arrebatárselo.

Cuando Paz entró en su casa, tragándose el llanto para que sus padres no se percataran de nada, lo primero con lo que se encontró fue con una sucesión de gritos terribles proferidos por su madre desencajada y fuera de sí:

—¡Llevo toda la mañana esperándote! ¡Mentirosa! ¡Embustera! ¡Ya era hora de que llegaras!

Paz se asustó. Se le cayó al suelo la bolsa de viaje sin que se diera cuenta.

—Así que te ibas con dos amigas. ¡Mentira! ¿Cómo te has atrevido a engañarnos?

—No sé de qué me hablas... —La joven temblaba, jamás había visto a su madre así, como tampoco pensó que fuera capaz de tratarla de esa manera.

—¡Lo sabemos todo! Lo de Inés y la otra amiga, ¡que no sé ni de quién coño se trataba! Era una

tapadera. ¡Te has ido con el tipo ese de Altea, el del hotel! Inés no se ha movido de su casa, me lo ha dicho su madre, así que imagino que las otras, tampoco.

—No sé quién te ha contado eso, pero no es verdad. —Apenas le salía la voz.

—¡No sigas mintiendo! ¡No me mientas más!

No había una sola frase que Concha no dijera gritando. Ensordecía escucharla.

—Está bien, es verdad. No he ido con amigas. Te mentí porque no quería que te enfadaras. Y no me habrías dejado ir.

—¡Claro que no! No te habría dejado porque no tenías que irte sola con ese hombre.

—Nos queremos.

A Paz le salieron las dos palabras como el náufrago que no sabe nadar espera un salvavidas. Para ella lo justificaba todo. Para su madre, en cambio, no hacía más que empeorarlo.

—Repite lo que has dicho. —Paz no era capaz de repetirlo—. ¡Repítelo! ¿Os queréis? Qué tonta has sido. ¡Qué tonta! Los hombres siempre van a por lo mismo, y tú has caído.

—Él, no, mamá. Él es distinto.

—¡Esa también es la trampa! Creer que ellos son distintos. ¡Qué horror, tú has caído en esa trampa! ¡No puedes ser hija mía habiendo hecho lo que has hecho! ¡No eres mi hija! Fugarte con un hombre... ¡Está casado! ¡Casado! ¿O es que no lo sabes?

—Claro que lo sé.

—Entonces eres aún más idiota de lo que pensaba.

—¿Es que no puedes entender que nos queremos?

—La que no entiende nada eres tú. Él sólo quería sexo. El sexo es el culpable de todo.

Paz tenía ganas de llorar pero de miedo de ver a su madre así. Estaba temblando.

—Mamá... Te prometo que nunca más volveré a mentirte.

—¡Qué más da la mentira! Peor que haber mentido es haberte escapado con un hombre casado. Y haber dejado que abuse de ti.

—Te equivocas, lo que Pedro y yo sentimos es amor sincero, nos hemos enamorado. No ha abusado de mí.

—¡Ja, ja, ja! —Su risa estruendosa y enloquecida asustaba—. ¿Enamorados? Mira los kilómetros que ha hecho por un polvo.

—¡No digas eso! Basta ya, mamá, te lo suplico.

La joven lloraba ya a lágrima viva.

—Mejor suplica que no te hayas quedado embarazada, porque seguro que te has quedado.

—¿Por qué me haces esto? ¿Qué madre trata así a su hija?

—¿Qué madre? Lo que deberías preguntarte es qué hija es tan tonta como tú, es capaz de mentirles a sus padres y es capaz de fugarse con un hombre casado que se ha reído de ella. ¡Porque esa, y no otra, es la verdad! ¡Asúmelo!

La situación y las reacciones desmesuradas de Concha, estaban sobrepasando los límites de lo que cualquiera sería capaz de soportar, y, al fin y al cabo, Paz no era más que una joven de apenas diecinueve años recién cumplidos.

Se encontraba tan hundida, tan machacada anímicamente por su madre, que ya todo le daba igual. Desconocía que quizás estaba haciéndole pagar a ella una *vendetta* de la vida, de la que, como hija, Paz era totalmente inocente.

—Yo también debería decirte a ti que tú no puedes ser mi madre si me tratas así.

No pudo continuar hablando. Se vino abajo.

Su madre parecía una estatua de sal. Inmóvil. Inerte como un ave abatida por un disparo.

—Cállate. Calla... Vete... Paz... Retírate de mi vista. ¡Vete!

*Nos convertimos, mi madre y yo, en mujeres
condicionadas por la pérdida,
desconcertadas por la lasitud, unidas en la pena y la
rabia.*

VIVIAN GORNICK, .

* * *

Ese día marcó el inicio de un calvario para la joven Paz. Soportó la tortura de amar a un hombre al que no debería amar. Estaba casado, sí. Pero su madre no se encontraba en condiciones de entender que se había casado por un error del que no había sabido salir por no hacer daño a su novia de toda la vida.

Los días posteriores fueron un infierno. Concha no parecía dispuesta a conceder ninguna tregua a su hija. Era tanta la rabia que tenía que la volcó también sobre Diego:

—¿Es que no vas a decirle nada a la niña? Parece que no fuera hija tuya. Lo que ha hecho es gravísimo.

—Lo es, pero creo que tú ya le has dicho suficiente.

—No. ¡No es suficiente! Tendremos que castigarla.

—*La niña* tiene diecinueve años.

—Pero vive con nosotros y mantenida por nosotros, que para eso somos sus padres. Todavía tiene que seguir acatando nuestras normas. Su mentira es inadmisibile.

—Está bien. Volveré a hablar con ella, aunque sabe de sobra que ha actuado rematadamente mal. Ya lo sabe, no es tonta.

* * *

Paz buscó una cabina de teléfono cerca de su casa para llamar a Pedro. Sus padres no sólo le impedían llamarle sino que tampoco permitían que respondiera a las numerosas llamadas de él. Estuvo llamando a diario durante varias semanas, sin conseguir que ni una sola vez avisaran a Paz. Las comunicaciones eran muy difíciles, en la casa había un único aparato de teléfono y estaba en el salón, con lo que resultaba imposible hablar sin que alguien de la familia se enterara.

—No puedo más. Está siendo una pesadilla. Tendrías que ver a mi madre, no parece ella, no para de arremeter contra mí.

—De lo que la conozco, diría que es encantadora. Se ha desquiciado con esto.

—Se ha transformado en un monstruo, Pedro. Me está haciendo la vida imposible. No sé cómo soportarlo.

—Cariño, ten paciencia. Se le acabará pasando. No puede estar así toda la vida. Te echo de menos...

El ánimo de Paz estaba por los suelos.

—Yo también te echo de menos. ¿Por qué no vuelves a pedir el turno de noche? Al menos así podremos hablar con frecuencia.

—Ya lo he solicitado. Y me lo han concedido, así que no tardaré en hacer el cambio. ¿Sabes...? No eres la única que lo está pasando mal. No dejo de pensar en ti a cada minuto. Me cuesta vivir lejos de ti.

—Esto es muy difícil.

—Lo sé, Paz, pero no perdamos la esperanza. Tú y yo llegaremos a estar juntos para siempre. Ya lo verás...

Pedro no adivinaba el alcance del vía crucis por el que estaba pasando Paz. De manera recurrente, su madre le advertía de la posibilidad de un embarazo. «Y a ver qué va a pasar ahora con tu vida y con tus estudios. Tendrás que hacerte cargo de las consecuencias, nadie lo hará por ti, y yo no voy a hacerlo. Es tu responsabilidad. Y si no, haberlo pensado antes de fugarte con ese tío».

La joven llegó a obsesionarse tanto ante lo que parecía una maldición de su madre, con la amenaza del posible embarazo, que parecía olvidarse de que había utilizado los medios necesarios para evitarlo. Concha había conseguido inculcarle ese temor como castigo natural al pecado que había cometido. Así lo definía su madre.

Pasaba horas hablando con Pedro de madrugada, cuando todos dormían, y amándose a través del teléfono. Sus días se estaban convirtiendo en una montaña rusa en la que cada curva mortal era sólo el preámbulo de otra peor que la anterior. Parecía no tener fin. Sus padres descubrieron las llamadas nocturnas de Pedro y les pusieron fin. El cerco se estrechó al límite. Ese hombre tenía que salir de sus vidas, empezando por la de Paz.

Por si quedara alguna duda en el aire, su padre lo dejó bien claro:

—Se acabó Altea. Ya no iremos más. No se nos ha perdido nada allí.

Se acabaron las vacaciones en la playa alicantina. Se acabaron los momentos de sosiego frente al mar en calma. Se acabó Pedro. Paz vio alejarse definitivamente los buenos recuerdos de su infancia en Altea, cuando un niño, aquel niño tan pesado llamado Pedro, se metía con ella; y los del despertar de la vida en su corazón.

Un corazón que acababa de estallar en mil pedazos.

CAPÍTULO 42

PERDONES IRRECONCILIABLES

Sangre, gritos, cristales rotos a ambos lados de la puerta. Esa tarde pensó: «Una de las dos va a morir a causa de este apego».

VIVIAN GORNICK, .

Pedro y Armando.

Dos hombres que no se conocían entre ellos y que habían incidido en los respectivos caminos de Paz y de Concha. Una hija y su madre, cuya relación se había convertido en un renglón torcido.

¿Cuántas veces se había dicho Concha a sí misma que si algún día fuera madre jamás le haría a sus hijos lo que le hicieron a ella: prohibirles estar con la persona a la que amarán? Sin embargo, tenía una hija y sobre ella estaba descargando las consecuencias de su resentimiento contra Antonia, su madre. Una cadena generacional de condenas que no encontraba la manera de romperse.

Antonia, aunque en su condición de abuela se esforzaba por entender a su nieta en lo que con su hija no toleró, tampoco lo conseguía.

—Hiciste mal mintiendo.

—Lo sé, abuela, y he prometido a mamá no volver a hacerlo.

—Sí, pero el velo de la mentira no ha de impedirte ver lo más importante. Te fuiste de viaje con ese chico, y eso no está bien. Eres muy joven para irte sola con un hombre. Y además está casado. ¿Cómo pretendes que tus padres no se enfaden?

—Puedo entender que tú no me comprendas, abuela. Pero no es normal que mi madre se haya puesto tan fuera de sí conmigo. Por momentos parecía que le estuviera hablando a una delincuente. Me ha dicho unas cosas... Eso no se le dice a una hija, aunque seas su madre.

—Tampoco una joven se marcha sola con un chico y tú lo has hecho —volvió a recriminarle Antonia.

—¡Claro que sí! Es muy anticuado pensar así. Hoy en día si sales con un chico pues... no sé... viajas con él. Tampoco me parece tan grave.

—A ti no te lo parece, pero lo es. Aunque... al final, por más que una madre te diga o te prohíba que hagas algo, los jóvenes hacéis lo que os da la gana.

—Vosotros le prohibisteis a mamá que saliera con papá cuando eran jóvenes, ¿verdad? Ella me lo contó hace mucho tiempo.

—Así es. —A la abuela le incomodó que su nieta se refiriera a ello.

—¿Lo ves? El tiempo demostró que no teníais razón. Mi padre es una buena persona, pero a vosotros no os gustaba porque queríais un hombre con una mejor posición social.

—No fue así exactamente.

—Abuela... Claro que fue así. Los padres también se equivocan.

—Los padres siempre quieren lo mejor para sus hijos. Nos pasó a nosotros con tu madre y le pasa ahora a ella contigo. Y te pasará a ti con los tuyos cuando los tengas.

—A mí no me convence eso de que busca lo mejor para mí y por eso reacciona así. ¿Qué pasaría si buscara lo peor? ¡No quiero ni pensarlo! ¿Cuándo crees que se le pasará el enfado?

—Ni idea... Es muy cabezota, eso tengo que reconocerlo.

La dificultad para que Concha dejara de mostrarse enojada estaba no tanto en su hija como en ella misma. El comportamiento que tanto la había enervado de Paz vino a recordarle su propia frustración, el sorprendente abandono de Armando y el arrepentimiento por haber creído todo lo que él le estuvo diciendo; sus palabras de amor, sus proposiciones, sus caricias, los tangos de Gardel... Se arrepentía de haberlo considerado diferente al resto de hombres.

Se lamentaba de haber creído en él. Un lamento que ponía entre las cuerdas el perdón hacia su hija, inocente de todo aquello.

En tanto llegaba o no, Paz recurría cuando era posible a su amiga Nora para poder hablar con Pedro desde su casa. El joven había tenido que solicitar la renuncia al turno de noche porque Diego los pilló de noche en una de las llamadas y las cortó de raíz. Encargó una cerradura para la puerta del salón. Todas las noches la cerraba con llave. La obsesión por impedir la relación estaba adoptando tintes de paranoia. La joven llegó a pensar que en su familia todos se habían vuelto locos.

Durante el tiempo que le tocó esperar a que volviera a producirse una vacante en el servicio diurno las llamadas quedaron suspendidas. Paz no podía ir a casa de su amiga de noche porque todavía estaba castigada. Salía algún rato de día y tenía que proporcionar antes en su casa todos los detalles de adónde iba y con quién.

La complicada situación empezaba a agobiarle demasiado. Cada paso que daba a diario era fiscalizado por sus padres, sobre todo por su madre.

—Deberías dejarlo ya —le aconsejó Nora una tarde antes de que Paz saliera corriendo para llegar a casa a la hora establecida por su madre.

—No puedo. Nos amamos demasiado.

—Déjate de bobadas. No dudo de que estéis enamorados, pero no puedes tomarte esto como si el mundo dependiera de ello.

—Esperaba que al menos tú me entendieras.

—¡Y te entiendo, criatura! Pero precisamente porque eres mi amiga y te quiero no me gustaría ver cómo tiras tu vida por la borda porque te has enamorado. ¡Eres muy joven aún!

—Qué más da la edad cuando dos personas comparten un sentimiento tan profundo.

—¡Oh, Dios mío, cuánto daño ha hecho *Madame Bovary*! —Nora tenía a veces un punto melodramático embadurnado de humor negro, que solía soltar con gracia cuando una situación se ponía tensa y muy dramática—. Olvídate del romanticismo. Con eso no se come. Sólo tienes diecinueve años, insisto, eres muy joven. Tienes mucha vida por delante y una carrera que es tu sueño. Hasta que no acabes la universidad no puedes tomar ninguna decisión. Además, ¿adónde vas a ir? ¿Qué vas a hacer? Si no tienes dinero ni trabajo. Termina tus estudios. Sólo así podrás trabajar en lo que quieres y, después, decidir sobre tu futuro.

—No me importa el futuro. Me importa el presente.

—No has entendido nada, Paz. El presente es todo lo que acabo de decirte. Eso es tu presente. Si lo desprecias, te despreciarás a ti misma y despreciarás tu futuro.

* * *

Se había tomado una cerveza con Nora en su casa. Tras una larga charla, Paz necesitaba coger fuerzas para llamar a Pedro. Incapaz de soportar por más tiempo la agobiante situación, había decidido hablar con él con la intención de buscar entre ambos una salida o una manera realista de mantener su amor.

Ella, en lo más profundo de su corazón, empezaba a saber que lo que buscaba era una quimera.

Estuvieron discutiendo acerca de qué podían hacer para volver a verse y de cómo aprender a aliviar la distancia.

Hasta que Paz planteó:

—¿Crees que lo nuestro tiene posibilidades de sobrevivir?

—¿Por qué me preguntas eso? Me sorprende... Pensé que ambos lo teníamos claro.

—Y así es. Pero son tantas las dificultades... Mi madre ha convertido mi vida en un infierno. No puedo dar un paso sin que me espíe o me meta una bronca sin venir a cuento. No sé si voy a poder soportarlo mucho más tiempo. Empieza a pasarme factura y no quiero que afecte a mis estudios.

—Paz... entiendo lo que me dices. Por eso se me está ocurriendo proponerte que, si tú aguantas, yo estoy dispuesto a esperar a que acabes la carrera. —Ella no quiso decir lo que estaba pensando: ¿y luego qué?—. ¿Estás dispuesta, mi amor?

—Sí... creo. Está bien, no nos preocupemos más.

Se despidieron con la esperanza que sólo la juventud permite en circunstancias adversas en las que se tiene todo en contra.

—¿De verdad estás dispuesta? —le preguntó Nora al acabar la conversación telefónica.

—Y yo qué sé, amiga... ¿Cómo quieres que lo sepa? Pero no sabía qué otra cosa decirle.

CAPÍTULO 43

*ya se fue la memoria
desfallecida
y quedamos a solas
con esta vida*

MARIO BENEDETTI,
«DE DÓNDE LA MEMORIA».

Sant Cugat del Vallés (Barcelona), primavera de 1984

Entró en el recinto que albergaba las instalaciones de la televisión pública cogiendo el bolso que llevaba colgado al hombro con tanta fuerza que parecía que en cualquier momento pudiera cobrar vida propia y salir volando.

Le faltaba un año para terminar la universidad y, después de haber pasado por dos medios de comunicación gracias a becas obtenidas por su expediente académico, había superado un proceso de selección que culminó con una plaza en el departamento de programas del Circuito Catalán de Televisión Española. Era su primer día de trabajo y no sabía cómo había llegado hasta allí. Aún seguía sin conocer a la persona a la que se le ocurrió que la llamaran para presentarse a las pruebas, ni cómo se había desarrollado el proceso de selección, como tampoco cuántas personas se habían presentado (en una de las pruebas escritas había coincidido con unos cincuenta aspirantes). Pero allí estaba. Seleccionada, con su primer contrato de trabajo firmado.

Ese primer día de trabajo la acercaba a su futuro en la misma proporción en la que la alejaba, más todavía, de la idea romántica del amor de su vida, que tanto le recriminaba Nora.

La alejaba de Pedro.

Durante semanas había estado redactando una complicada carta en la que, con infinita pena, le exponía los muchos motivos por los que no era posible que su relación se prolongara por más tiempo. La tuvo guardada y la releía de vez en cuando, sin atreverse a enviarla. Hasta que consideró ese día, importante y significativo en su vida, como el indicado para echarla al correo. La había llevado consigo desde la mañana, acompañándola en sus primeras horas de su trabajo, y camino de la cervecería en la que había quedado con Nora buscó un buzón. Ya no había vuelta atrás.

Se desahogó con su amiga y un buen rato después le confesó algo sorprendente:

—Nora, quiero contarte un secreto.

—¡Te temo! Con ese preámbulo me espero cualquier cosa.

Al acabar la jornada tomaban unas cañas en la plaza Rius y Taulet, el corazón del barrio de Gracia, mientras Paz le contaba a su amiga las sensacionales vivencias de su primer trabajo serio

y con contrato. Su primer puesto como periodista.

Nora trabajaba en una tienda de ropa situada en el centro. Era una persona autodidacta interesada por la literatura y el cine, sus dos grandes pasiones, que cultivaba con más ahínco que muchos con los estudios universitarios que ella jamás pudo tener. Admiraba a Paz por su tesón y por haber conseguido un sueño tan pronto.

—Eres muy precoz. ¿También lo eras de pequeña? —Nora se reía entre trago y trago de cerveza.

—No te burles de mí.

—No me burlo, criaturita. Al contrario, ¡estoy muy orgullosa de ti! Dime, ¿cuál es el secreto? ¡Lo sé!, no me lo digas. Te has enamorado de un príncipe saudí. ¿Un jeque árabe, tal vez?

—¿Ves como te burlas? —Paz no podía parar de reír—. Llevo tiempo escribiendo una novela erótica. Ese es el secreto.

La espuma de una nueva copa de cerveza que acababan de servirle a Nora salió disparada por los aires en el momento de ir a beber y escuchar el anuncio de su amiga.

—¡Ay, madre!... Hablando de ella, ¡a tu madre la vas a matar de un infarto! Con todo lo que ha pasado... ¡Con la que te montó por lo de Pedro y el sexo!

—Precisamente por eso. Después de lo que pasó me puse a escribir. Por cierto, ¡qué buen título, Pedro y el sexo! Jaja. No, en serio, ya sabes que la escritura me cura de muchos males.

—Sí, y ahora, ya curada, tu madre te va a encerrar en casa con siete llaves como se entere. ¡Eres tremenda! ¿Pero cómo se te ha ocurrido? Una novela erótica...

—Para desahogarme y meditar.

—¿Meditar? Para eso haberte ido a Montserrat, a una de las celdas del monasterio, con los monjes. Es menos comprometido... Y por las mañanas puedes comprar un *mató* con miel, que está de chuparse los dedos.

Fue inevitable que a Nora le saliera su vena humorística. No podía dejar de pensar en lo que diría Concha.

En su rostro se dibujó una inmensa sonrisa socarrona que Paz conocía bien, el prelude de una ocurrencia de las de echarse a temblar, como decía siempre de sí misma la propia Nora.

—¿A que no adivinas qué leí el sábado en el periódico? —dijo Nora.

—Pues claro que no. Yo qué sé a qué te refieres.

—Es algo que puede que te interese, ¡y mucho!, después de lo que me has contado. —Se hizo la interesante.

—Suéltalo... ¡Venga! No seas pesada.

—Resulta que se ha abierto el plazo para la presentación de originales de un premio.

—¿Un premio? ¿Qué premio?

—¡Cuál va a ser! El Sexo Sentido.

—Estás fatal de la cabeza, Nora.

—¿Por qué? Escribes muy bien.

—Pero no soy escritora.

—No estoy de acuerdo, claro que lo eres. Llevas escribiendo desde que eras pequeña. Lo que no has hecho es publicar. Seguro que la novela es buena. Preséntate.

—¿Y eras tú quien decía que voy a matar a mi madre de un disgusto? Con esto, seguro. ¿Cómo quieres que me presente a un premio tan importante?

—El premio es tan importante como lo puede ser tu novela. Merece la pena intentarlo. ¿No crees...? —Paz se quedó pensativa. Nora volvió a insistir—: He conocido a pocas personas que

se esfuercen tanto como tú por conseguir algo. Uno de tus sueños es ver publicada una obra tuya. Me lo has contado muchas veces. Yo he leído cosas que has escrito y son muy buenas. Entonces... explícame por qué no debes presentarte a este premio.

—No sé... Seguro que se me ocurre alguna.

—Tictac... tictac... —Nora marcaba en el aire el paso de las manecillas de un reloj.

—¿Te parece poco que sea un premio de novela erótica? Que me matan en casa.

—Pero morirás con gusto... —Nora hablaba teatralizando sus palabras—. Morirás habiendo brillado en el podio de los elegidos. Te irás de este mundo siendo una escritora consagrada. Muerta, pero consagrada.

—¡Ja, ja, ja! ¿Y qué hacemos con mi madre?

—Lo que es increíble es que sigas sin hablar con ella de aquello.

—Ni de aquello ni casi de nada. Nuestra relación está muy tocada. Pero ella hace poco por remediarlo.

—Tu madre es muy terca. Y complicada.

—Bueno... Ha pasado lo suyo.

—Desde luego que sí, pero eso no le concede el derecho de mantenerse en un enfado permanente contra el mundo y contra ti.

—También lo está con mi padre y muchas veces con mi abuela.

—Pues eso, con el mundo en general.

—Lo echo mucho de menos —dijo Paz, poniéndose seria.

—¿A quién? ¿A Pedro?

—Sí. A Pedro. Pienso en él muchas veces. No consigo olvidarlo.

—Pues deberías. ¿Qué ibas a hacer mientras vivieras con tus padres? ¿Cómo ibais a veros?

—Ya habríamos encontrado la manera.

—Sí, claro, escapándote de nuevo con él. ¿No te das cuenta de que esa relación no tenía salida?

—Puede que tengas razón, pero no me parece justo. ¿No se dice que el hombre es capaz de cualquier cosa por amor?

—Sí, cuando eres adulto y tienes las riendas de tu vida, entonces tal vez —dijo Nora, queriendo zanjar el tema.

Por increíble que pudiera parecerle a Nora —o a cualquiera—, transcurridos dos años de su viaje a Cadaqués con Pedro, y después de la devastadora reacción que su madre tuvo con ella, no habían conseguido volver a hablar del asunto. Ni siquiera lo necesario para restañar las heridas que en aquel momento se abrieron y que concluyeron en un terrible abismo entre madre e hija. Y lo peor es que, tanto una como otra, se colocaban en posiciones parecidas que convertían en poco menos que imposible la reconciliación. Concha pensaba que sólo cuando Paz fuera una adulta entendería lo que pasó entre ellas. Mientras que, por su parte, Paz consideraba que su madre llegaría a comprenderla cuando fuera anciana. Tal vez ambas esperaran una consecuencia irreal de lo que cada una hizo.

Quizás estuvieran equivocadas por igual. Poco importaba ya.

* * *

Ocho meses después, Paz acudía a la gala de concesión del premio acompañada de Nora. Cuando la vieron en casa salir vestida de fiesta dijo una mentira a medias:

—Voy a una gala. Es una cosa de la tele.

En efecto, acudía a una gala pero no de televisión. Se marchó tranquila.

—No vuelvas tarde —dijo su padre por toda respuesta.

Se sintió como pez en el agua en el ambiente de la fiesta. Había escritores, editores, presentadores, algún deportista y también actores conocidos.

—Me encanta el ambiente. Pero, sinceramente, no sé qué hacemos aquí.

—¿Será porque te has presentado al premio, por lo que estamos aquí? —respondió Nora, atenta a todos los movimientos de la sala.

—Pero no voy a ganarlo.

—¿Tú qué sabes? Relájate y disfruta de lo que ves.

—Oye... Nora, ¿a ti te han llamado de la organización?

—¿A mí? Estás de broma. ¿Es que a ti te han llamado?

—Sí.

—¿Y para qué? ¿Qué te han dicho?

Paz hablaba desde la extrañeza.

—Pues... nada, me dijeron sólo que era una llamada rutinaria para asegurarse de que iba a asistir a la entrega, por un asunto del reparto de asientos.

—¡Y me lo dices ahora!

Nora la empujó hacia un rincón para que nadie pudiera escucharlas.

—¡Vas a ganar!

—No empieces.

—Está claro. Te llaman porque no pueden arriesgarse a premiarte y que no estés presente. Echa un vistazo a tu alrededor. ¿Cuánta gente podría haber en esta sala? ¿Doscientas personas? ¿Trescientas? ¿Crees que se han tomado la molestia de llamarlas a todas? Ya ves que a mí no me han llamado. Es de sentido común.

—No me hables de sentido común tú. Anda, tira *p'alante*, que hay que ir sentándose.

La cena transcurrió divertida. En su mesa les tocó un personaje muy peculiar, un crítico literario jovencísimo y con un atuendo inclasificable.

Finalizando la cena, desde el escenario sonaron voces multiplicadas a través de micrófonos. Para Paz sucedió rápido y con mucha confusión porque su mente se bloqueó. Cuando el presentador dijo su nombre al anunciar, con mucho bombo, quién era la ganadora, Nora tuvo que sacudirla para que reaccionara.

Había conseguido uno de los premios literarios más codiciados y de mayor repercusión del país. Y tenía sólo veintiún años.

Una Paz impresionada subió los escalones del escenario conteniendo la respiración... y los tacones. Elevadísimos. Se estaba arrepintiendo de haberse puesto esos zapatos.

El director de cine, su admirado José Luis García Berlanga, le entregó el trofeo. No podía más de la emoción. En un breve discurso, Berlanga elogió la obra y explicó las razones le hicieron ganar el premio.

Paz dijo unas palabras improvisadas, escuetas porque en ese momento las temió más que la inestabilidad de los zapatos.

Antes de despedirse, Berlanga le dijo al oído:

—Me encantan sus tacones de aguja. Si fuera más joven, esos zapatos tan altos y finos, y de ese color granate, me habrían vuelto loco. Le alabo el gusto...

En ese instante supo que los guardaría hasta el último día de su existencia en este mundo, aunque no pudiera volver a ponérselos del daño que le hacían.

* * *

Aquel premio giró del revés su vida. Supuso tales cambios que, por un momento, llegó a creer que se había transmutado en el cuerpo de otra persona. El teléfono de su casa no paraba de sonar, le solicitaban entrevistas de los medios de comunicación más prestigiosos, prensa, radio, televisión, revistas... Cada vez que aparecía en algún programa televisivo su popularidad se disparaba de golpe varios puntos al alza. Todos querían conocer más y más detalles de la personalidad y la vida de aquella joven promesa de las letras, atrevida como ninguna otra, que había sido premiada por una novela en la que el sexo más descarnado se ponía al descubierto sin tapujos. No cabía duda de que se había convertido en un fenómeno social. Pero, como suele ocurrir en casos tan llamativos, el empeño se centraba muchas veces en saber cuánto había de biográfico en las peripecias sin tabúes narradas en la obra.

En el trabajo se convirtió poco menos que en una heroína. Los compañeros le daban la enhorabuena, cuchicheaban, la envidiaban... De todo había.

Sus jefes también se sumaron a las felicitaciones y fueron más allá.

—Hemos considerado que deberías presentar algo.

A Paz le imponía el plural mayestático empleado por el jefe de programas. Si le estaba viendo la cara por primera vez, ¿cómo saber quiénes serían esos otros a los que se refería al decir *hemos considerado*?

Nunca había subido a la planta de dirección, la última y con un ficus en cada esquina. ¿Por qué siempre hay ficus donde se recluyen los directivos?

—¿Presentar algo? —repitió como un loro—. ¿Yo?

—Eso es. Lo harás bien.

—Pero... Yo nunca he presentado.

—Lo sabemos. Pero para todo tiene que haber una primera vez. Te expresas muy bien, no hay más que ver tus apariciones en los medios con lo del premio. Y tienes buena presencia. Así que empezarás haciendo alguna conexión desde exteriores, premios literarios, visitas a España de escritores internacionales, ruedas de prensa con destacadas personalidades del mundo de la cultura... Te dedicarás a eso mientras ultimamos un proyecto de programa que encajará perfecto para ti.

Así fue cómo el mundo a su alrededor estallaba en cohetes y bengalas mientras en su casa se instalaba un silencio infinito. Ya no sólo no se hablaba de Pedro. Ahora, tampoco del premio.

* * *

—Ha llamado tu tía Lola para felicitarte. Dice que está muy orgullosa de ti —comentó Concha.

—Vaya, menos mal que alguien lo está.

—No seas tan ingrata conmigo.

—¿Por qué te das por aludida? No esperaba que me recibieras con una fiesta la noche en la que me dieron el premio, pero sí al menos que te alegraras por mí.

—Y... —Concha bajó la mirada, quizás buscando librarse de su mala conciencia por haber castigado con tanta crueldad a su hija en los dos últimos años—. Y... me alegro... mucho, de verdad.

Eran las primeras palabras amables que Paz escuchaba de boca de su madre durante ese oscuro

tiempo.

—¿Lo dices en serio, mamá?

—Sí. Aunque me parece una indecencia que haya tenido que ser una novela erótica. ¿No podía haber sido una novela histórica, por ejemplo? ¿O una biografía? Qué sé yo, cualquier cosa menos esa.

—Si fuera una indecencia no la habrían premiado.

—Pero lo han hecho porque el premio ese es otra indecencia.

—Déjalo ya, mamá.

—Que sepas que no pienso leerla.

—Ya lo suponía. No pasa nada.

—Pues eso.

Su madre siempre tenía que decir la última palabra.

CAPÍTULO 44

ERRORES EQUIVOCADOS

Barcelona, enero de 1985

Pedro seguía todo lo que se publicaba en la prensa sobre su amor perdido. Su corazón seguía resistiéndose a que fuera eso, perdido. Un amor que ya pasó, como un tren que atraviesa a toda velocidad una estación a punto de cerrar, por la que no volverá a circular nunca más.

No pudo soportarlo y llamó a casa de Paz. Tenía que hablar con ella como fuera. Pero...

—¡Concha, por favor, no cuelgue!

—Deja de perseguir a mi hija.

—¿Es tan difícil entender que la quiero?

—¡Tú no tienes vergüenza! Toma nota de esto que voy a decirte. O dejas de ir tras ella o mi marido y yo hablaremos con el hotel y le contaremos lo que haces con las hijas de sus clientes, tú, un hombre casado. Seguro que a la dirección no le gustará oírlo, no es lo mejor para su reputación. ¿No te parece...?

Pedro tragó saliva antes de responder. Estaba helado.

—¿Me está... amenazando?

—Te estoy advirtiendo, que es distinto. En el fondo, te estoy haciendo un favor. Adiós.

Lo siguiente que se oyó fue el pitido repetitivo de la línea telefónica. Pedro no podía ni colgar. Seguía asimilando lo que acababa de ocurrir. Se quedó con el teléfono en una mano y sus esperanzas apretadas en un puño, en la otra.

* * *

Tarde de sábado. Concha dijo en casa que tenía que salir para hacer unas compras. Cogió un autobús al centro y entró en El Corte Inglés, departamento de librería. Se quedó extasiada al ver un cartel de considerables dimensiones con la foto de su hija anunciando su novela. Por unos segundos le faltó la respiración y se mareó ligeramente. Ella, su madre, quien debería proclamar al mundo que aquel prodigio era su hija, callaba avergonzada por haberla maltratado, por no haber sido capaz de afrontar el hecho de que su hija tuviera sus propios sentimientos y se hubiera enamorado de un hombre elegido por ella, sin imposiciones de nadie. Aunque no claudicaba en el convencimiento de que Paz jamás tenía que haberle mentado y que fue su juventud la que le impidió ver que esa relación podía haberla marcado de por vida. Jamás creyó que fuera una exagerada. Al fin y al cabo, ¿qué es lo que quieren los hombres de las mujeres, pensaba, sino el sexo? Su deber como madre era proteger a su hija de peligros como ese. Tal convicción le libraba de remordimientos.

El peligro del sexo, en el que había caído sin que ella se hubiese enterado hasta que ya era

demasiado tarde.

El sexo. Precisamente lo que su hija había escogido para catapultarse al mundo de la literatura.

Allí estaba Concha, la madre de la autora, delante de una montaña de novelas de Paz apiladas en la que sin duda era la mejor ubicación de toda la librería. Extrajo dinero del bolso, cogió un ejemplar y se acercó a una caja a pagarlo. «Sí, soy su madre pero no puedo decirlo. Además qué iban a pensar sobre la educación que le he dado a mi hija para que siendo tan joven haya escrito esas garradas. Pero es lo que hay», pensó mientras entregaba el dinero.

No dijo nada. Cogió el cambio y salió a la calle. La plaza de Cataluña, tan llena de palomas como siempre, bullía de gente. Eligió un banco apartado. Se sentó, lanzó una mirada al cielo, que se estaba cubriendo de nubes amenazantes de lluvia pasajera, abrió el libro y comenzó a leer...

* * *

¿Cómo controlar los sentimientos cuando lo que estos desean es escapar a cualquier tipo de reducción o de gobierno? El amor no está sujeto a la obediencia. En el mismo instante en el que su libertad se oprime puede morir o estallar.

A Pedro le estalló. Al volver a ver a Paz, aunque fuera en los periódicos y en la televisión, los sentimientos resucitaron y su amor por ella volvió a reventar de dolor.

Solicitó un permiso de cuatro días en el trabajo, metió una pequeña bolsa de viaje en el coche y puso rumbo a Barcelona. No lo pensó mucho. Fue dicho y hecho. No hacía falta más. Dos años resultaba una distancia demasiado larga a la que había que poner fin.

* * *

Era mediodía. La abuela y Concha estaban en la cocina terminando de hacer la comida. Paz, en el salón viendo las noticias en la televisión y Diego entraba por la puerta en ese momento. Llegaba del trabajo para comer en casa. Se cruzó con Antonia, que salía de la cocina, y entró directamente a ver a Concha.

—No te lo vas a creer pero me ha parecido ver al joven de Altea, Pedro, en la calle.

—¿Qué tonterías se te ocurren! Lo que faltaba.

—Te aseguro que se parecía muchísimo.

—¿Y dónde dices que lo has visto? —Concha detuvo lo que estaba haciendo.

—Junto a la cabina de teléfono.

—¿La del paseo de San Juan? Habrá sido algún hippie que se parecerá a él. Por ahí campan muchos.

—No, no. La que tenemos debajo de casa. La de aquí.

En ese momento el teléfono sonó. Ambos se quedaron petrificados mirándose.

—¡Corre! Ve a cogerlo y cuelga sin decir nada —reaccionó Concha mientras se quitaba el delantal con prisa.

Así lo hizo Diego. Paz, que ni se inmutó, sin quitar la vista del televisor preguntó a su padre:

—¿Qué pasa? ¿Por qué has colgado sin preguntar quién era?

—Es que últimamente hay un gracioso que la ha tomado con nosotros y no para de llamar y de colgar en cuanto lo cogemos —improvisó Diego—. ¿A ti no te ha pasado estando en casa?

—Pues no. —Y siguió viendo las noticias.

Diego observaba, sin poder decirle nada, cómo su mujer salía corriendo. No quería alertar a su

hija.

—¿Y ahora adónde va mamá? ¿No íbamos a comer ya?

—Ni idea. Le habrá faltado algo para la comida.

—Esta casa es una feria —comentó Paz sin ganas de entender nada.

En la calle, Concha enfiló como un rayo hacia la cabina telefónica. Pedro estaba marcando un número y sostenía el aparato auricular pegado a la oreja. Los movimientos de ella fueron tan rápidos que el joven no tuvo tiempo para reaccionar. Concha abrió la estrecha puerta y con un sorprendente gesto violento cortó la llamada.

—¿Qué hace! —Pedro no vio de dónde había salido la mujer.

—Eso deberías decirme tú. ¿Qué haces en la puerta de mi casa llamándonos?

—Llamo a Paz.

—¿Por qué vuelves a aparecer? ¡Déjala tranquila! Tiene su vida, es feliz sin ti. Apártate de ella definitivamente. Pensé que te había quedado claro.

—¿Usted no se cansa nunca de controlar a su hija?

—¿Te cansas tú, acaso, de acecharla?

—No la acecho. La busco. Necesito encontrarla. Déjeme hablar con ella una sola vez.

—¿Para qué? ¿Para convencerla con tus buenas palabritas y camelártela otra vez?

—Ese lenguaje es innoble para referirse a su hija.

—¡Uso el lenguaje que me da la gana! Largo de aquí. Vete y no vuelvas nunca más. ¿Me has entendido? ¡Nunca!

—Déjeme en paz.

Pedro salió del cubículo dando un empujón a la puerta para que Concha se apartara y se dirigió hacia el portal de la casa.

—¡Ni te atrevas!

La mujer, hecha una furia, fue tras él hasta ponerse delante para cortarle el paso, con los brazos en jarras.

—Da un paso más y grito para llamar al portero y que avise a la policía.

—Haga el favor de apartarse.

—¿Quieres que grite?

Concha no se movió. Eso y la opacidad irascible de sus ojos le hicieron entender a Pedro que sería capaz de gritar. Dio un paso atrás.

Un paso atrás ese día. Muchos más, en los días, semanas, meses, venideros. Supo que tendría que darlos.

Volvió a subir al coche encajando el terrible golpe de volver de vacío a Altea, sin haber podido decirle a Paz lo mucho que la amaba.

* * *

La joven jamás se enteró de que Pedro estuvo a escasos metros de ella, en Barcelona. Lo había tenido tan cerca... Vivió en la ignorancia inducida por su madre. Controlada y medida por ella.

Vivió en la tentación permanente de buscarlo de la forma que fuera y en la renuncia a comprender sus propias contradicciones.

Habían transcurrido tres años desde el rotundo éxito del premio, cuando a Paz le llegó una interesante propuesta de trabajo en Madrid. Al principio lo consideró como una broma. Pero no lo era, ni mucho menos. Le ofrecían presentar un importante programa cultural en Televisión

Española. La citaron para una entrevista y fue bien. Le hablaron de las condiciones económicas: buenas y muy superiores a lo que estaba cobrando en Barcelona; de la emisión del programa: semanal, una hora y media y en directo; y del contenido: entrevistas en plató a destacadas personalidades del ámbito cultural y también social, y reportajes.

A su vuelta de Madrid compartió su entusiasmo y su incredulidad con Nora. Todavía no salía de su asombro.

—¡Ya va siendo hora de que te lo creas! —Su amiga estaba tan entusiasmada como ella—. ¿Y qué han dicho en tu casa?

—Aún no lo he contado. Lo que les dije sobre el viaje es que querían hablar conmigo en Madrid pero que no sabía sobre qué. Ahora no sé cómo plantearlo.

—¿Qué vas a hacer? ¿Lo tienes claro?

—Me gustaría irme. Es una manera de romper con todo.

—Cuando dices «todo», Paz, tiene que ser eso de verdad: todo. Romper con todo.

El destino estaba encargándose de hacer el trabajo sucio al que ella se negaba. Con esta oferta de trabajo, que la obligaba a trasladar su residencia, empezar de cero en una ciudad que sólo conocía de haber hecho turismo un par de veces, y cambiar su vida de arriba abajo, evitaba plantearse qué hacer respecto de los conflictos actuales que la atenazaban. Era perfecto.

Su abuela le regaló una medalla con la cara de una virgen, muy joven y de una increíble y hermosa delicadeza, labrada en oro macizo.

—Guárdala bien. No la pierdas nunca. Así me llevarás siempre contigo. —Le guiñó un ojo antes de besarla—. Ya verás... te dará suerte.

Durante la despedida de su padre, Paz sintió tristeza por él. No tanto por la separación, sino porque sabía que su ausencia reavivaría sus brotes de nostalgia.

No se equivocaba. ¡Y eso que aún no se había marchado!

—¿Qué haremos aquí ahora sin ti? ¿Qué sentido tiene que nos quedemos?

—No digas eso, papá. En Barcelona vivís mejor que en Osuna.

—Eso era antes. Pero allí las cosas han cambiado, como en todas partes. Ahora hay trabajo y no la miseria de antes.

—¿De verdad crees que puedes tener allí un trabajo como el del banco? No digo yo que lo de cobrar recibos a morosos sea una maravilla, pero lo del banco está muy bien, reconócelo.

—Es verdad. Mi trabajo es bueno. Pero lejos del pueblo duele mucho esto... —se palmeó el corazón varias veces.

A Paz le parecía increíble que por más años que pasaran, su padre siguiera sin adaptarse a la vida en Cataluña.

—Aguarda un momento, papá.

Fue a su habitación a buscar, en el interior de un armario, un paquete que había mantenido guardado en casa de Nora hasta que decidió marcharse a Madrid.

—Toma, es para ti. Espero que te guste.

—¿Es un regalo? —La sorpresa iluminó la cara de Diego.

—Exacto.

Era un cuadro con un limonero pintado todo en blanco y negro menos los frutos, que brillaban coloreados en un amarillo intenso.

—¡Un limonero! ¡Como el de mi casa!

Durante el viaje a Cadaqués, Paz le dio a Pedro una foto del limonero de Osuna y le pidió que

lo pintara para regalárselo a su padre. Pero después todo se complicó. Él había cumplido y se lo envió, aunque tuvo que hacerlo a casa de Nora, coartada de Paz para todo, porque sabía que en casa de sus padres lo rechazarían y devolverían a correos. La joven había descartado regalárselo. Y ahora le había borrado la firma de Pedro para que su padre lo aceptara.

—¿Te gusta?

—¡Me encanta! Es precioso.

De esa manera, sin que los padres de Paz lo supieran nunca, Pedro estuvo presente en casa a través de su cuadro del limonero colgado en un lugar privilegiado del salón.

Paz afrontó su partida ante sus padres como un hecho inevitable y consumado. Se marchaba a Madrid. No podía rechazar la oferta. Ese era el argumento.

—Al fin y al cabo, el trabajo que me ofrecen es la consecuencia de haber estado preparándome durante muchos años para llegar a ser alguien, para tener una vida mejor y prosperar.

—Pero Madrid está lejos —dijo su madre.

—No tanto. ¿No eras tú quien me decía de pequeña que estudiara para no tener que depender de nadie? Lo hice. Y aquí estoy. No pienso renunciar a mis sueños. Son muy pocos los privilegiados que los alcanzan y pueden tener la vida que desearon. Yo, ahora, con esta oportunidad, seré uno de ellos, mamá.

—Pero vas a vivir sola. ¿Y cuánto tiempo estarás fuera?

—Mamá, por favor no lo hagas más difícil. Asímelo, no voy a estar un tiempo fuera sino que me traslado a vivir a Madrid. Puede que regrese a Barcelona o puede que no. ¿Eso quién lo sabe? Nadie.

—Claro, entiendo, ahora podrás hacer lo que te dé la gana sin que nadie te controle.

—No, mamá, no. Voy a trabajar, no a hacer lo que me dé la gana. Y precisamente lo del control ha sido lo que ha destrozado nuestra relación. Deja ya de querer manejar mi vida. Ya tengo edad suficiente como para volar sola y ser responsable de mis actos. Tal vez cuando no esté a tu lado puedas darte cuenta del daño que me has hecho. Sigues siendo incapaz de pedirme perdón por lo de Pedro.

—¡No es verdad! Yo no te he hecho daño ni tengo por qué pedirte perdón. Soy tu madre y tenía todo el derecho a prohibirte que siguieras viéndote con él.

—Te equivocas. Ser mi madre no te da derecho a decidir con quién puedo o no salir. No te da derecho a hacerme sufrir como lo hiciste.

—¡Tú sí que me hiciste sufrir!

—Tranquila, lo conseguiste, rompí con él. A partir de ahora, todo será distinto.

—A partir de ahora, sabrás lo que es tener que sobrevivir por ti misma —sentenció Concha con amargura.

Paz no la dejó seguir y fue a abrazarla. Concha se emocionó con el abrazo y más aún cuando su hija le dijo:

—Yo tampoco quise nunca hacerte sufrir. Y me alegro de que hayas hecho de mí una mujer fuerte. Te quiero, mamá. Te quiero.

Entonces la madre empezó a acariciar los cabellos de su hija y a rozar la piel de sus mejillas con la yema de los dedos para retener la sensación hasta el infinito.

* * *

Madrid, septiembre de 1987

Madrid le pareció más inmenso que nunca. Había visitado la capital en sólo dos ocasiones, con sus padres, una, y con una amiga, la segunda vez. Pero hacer turismo tenía poco que ver con llegar para quedarse sin saber por cuánto tiempo. Aquello sí que iba a suponer el cambio más drástico y radical que había vivido hasta entonces.

Los primeros días se alojó en un hotel cercano a Torrespaña, donde se hallaba la redacción y el plató de su programa. Entraba a trabajar temprano y salía tarde, casi anocheciendo. Las luces de la ciudad eran su mejor compañía. Descubrió pronto que le encantaba recorrer Madrid de noche. Ese Madrid en el que no conocía absolutamente a nadie. Estaba sola. El primer día una redactora la sorprendió desplegando un mapa de la ciudad para ver la distancia que había hasta su hotel y el camino a seguir. No tenía ni idea de ubicaciones y distancias. Todo, absolutamente todo, representaba una nueva aventura que afrontar a cada paso que daba. Fue un tiempo de ajustes, de encajar muchas piezas sueltas para poder encontrar, lo antes posible, un equilibrio en su día a día.

Los asuntos prácticos, como elegir zona en la que vivir o buscar piso, los solucionó con relativa rapidez. Pero lo mejor para Paz en aquella época en la que estrenó Madrid fue el trabajo. Dejó de importarle el que siguieran considerándola como «la del premio erótico». Descubrió que un plató podía ser un hábitat cómodo y confortable a la vez que apasionante y lleno de vibración.

El estreno generó mucha expectación y fue superado con éxito. Extrañamente, los nervios del primer día no volvieron a repetirse más. Paz actuaba en un estudio de televisión con naturalidad y pronto consiguió incluso disfrutar y pasarlo bien con ello.

Las felicitaciones que recibía la animaban a superarse y a indagar en posibles mecanismos de actuación que la ayudaran a mejorar.

A los dos meses del estreno de su programa, al llegar a la redacción encontró en su mesa un espectacular ramo de rosas rojas. «¡Qué pronto te salen admiradores!», comentó riendo una de las productoras.

—Qué raro. No conozco a nadie en Madrid.

—Hazte a la idea de que, aunque tú no los conozcas, a partir de ahora, ahí fuera —la chica señaló hacia la ventana— hay muchos que te conocen a ti. Y cada vez serán más.

El comentario le dio que pensar. Abrió el sobre que acompañaba las flores pero no le ayudó a salir de dudas, sino lo contrario. «Mañana habrá más...». La nota generó una intriga a la que Paz no concedió importancia.

El problema fue que al día siguiente llegó otro ramo igual de impresionante. Esa vez sin nota. Y al siguiente, otro más grande que el primero, con una tarjeta en la que podía leerse: «El mundo es mejor con flores rojas». Inevitablemente empezó a preocuparse. Tuvo que darle importancia aunque no quisiera. Pero no sabía qué podía hacer para parar ese delirio floral que se producía a diario. Habló con los agentes de seguridad, pero estos le dijeron que no podían actuar en ningún sentido (las rosas llegaban cada mañana en una ruta de reparto de la floristería con más tiendas en todo Madrid, así que resultaba complicado averiguar la procedencia), y menos aún quedarse las flores, como ella les pedía.

Empezaba a desesperarse. Para evitar la acumulación se le ocurrió repartirlas entre sus compañeros. Los ramos pasaron a convertirse en una rosa roja diaria, grande y de intenso aroma. «Bueno, al menos así se hace más llevadero», llegó a comentar Paz.

Hasta que un día el responsable de los envíos se identificó en la nota: el doctor Mario Roldán.

—¿El cirujano? —preguntó el director de producción de su programa.

—Supongo... —Paz se había quedado descolocada.

Roldán era un prestigioso y mediático cirujano plástico, cuya clientela se encontraba entre los rostros habituales de la prensa del corazón. Actores, cantantes, presentadores de televisión, y sobre todo muchos empresarios. Porque a él acudían en similar proporción hombres y mujeres.

Había sido entrevistado en el magacín de Paz, y, a pesar de que él estuvo persuasivo y, según le pareció a ella, haciéndose el interesante, en la joven no dejó huella. Lo consideró un pretencioso.

—Así que he entrevistado a un psicópata —comentó, sosteniendo la tarjeta entre las manos, ahogada en un intensamente oloroso paisaje rojo.

El mundo había pasado a tener forma de capullo de rosa, olor a rosa y colores rojizos. Así veía el mundo Paz. «¡Qué agobio!», se quejó en voz alta ante la mirada atónita de sus colegas.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó una redactora que sostenía dos ramos en los que habían juntado muchas de las rosas, colocados en sus brazos por Paz en un arrebató.

—¡Mandarlos a la mi...!

—¡Ale, para, para! —La redactora se reía mientras soportaba el peso de las rosas—. Pobrecillo, tendrás que darle las gracias.

El cirujano estuvo enviándole rosas a diario con notas sugerentes durante una semana más. Apenas cabían en la redacción.

Un día incluyó su número de teléfono en la tarjeta esperando a que ella lo llamara. Pero no lo hizo. Cuando se cumplió un mes desde que empezó a recibir flores de lunes a viernes se cansó de atraer la atención de sus compañeros por una causa para ella incómoda y ajena a su voluntad, y reaccionó.

—Buenas tardes. ¿Es el doctor Roldán?

—Sí... Hola, Paz. Me alegro de oírte.

—Me ha reconocido a la primera. ¡Ni que estuviera esperando a que lo llamara!

—Claro que lo esperaba. Aunque has tardado.

Se quedó cortada. La voz de Mario Roldán sonaba terriblemente segura de sí misma y era grave, como el eco de una grandiosa bóveda. Tenía algo de hipnótica.

—No le llamo por necesidad. ¿Ha estado enviándome flores a diario para que yo le llamara? Es un hombre muy raro. Podría haberme llamado usted directamente y ahorrárselas.

—¿Y quién te ha dicho que querría ahorrármelas? Las flores tienen un lenguaje propio, seguro que lo sabes, eres escritora.

—Ah... ya entiendo. Gano un premio literario de novela erótica y alguien como usted interpreta que soy una mujer fácil. Lamento decirle que se equivoca, y mucho. Mire, le llamo para agradecerle las rosas pero, verá... Quería pedirle que dejara de enviarlas.

—No conozco a ninguna mujer que rechace flores.

—Hombre, si las recibe a diario... tal vez sí.

—Está bien. Dejaré de hacerlo pero tiene que ser a cambio de algo. Y, por favor, tutéame, me siento más cómodo.

—Me da igual cómo se sienta, doctor. Lo que pretendo es...

—¿Doctor? Me llamo Mario.

—Lo sé, han tenido que recordármelo en la redacción.

—¿Siempre eres tan borde?

Paz dio un fuerte suspiro. Estaba aprendiendo una lección: Mario siempre conseguía lo que se proponía.

—Pensé que te gustaría recibir rosas rojas, es algo que a cualquier mujer le gustaría, ¿no?

—A mí, no.

—Vaya... Veo que me he quedado corto con lo de borde. Está bien, si te ha incomodado mi gesto lo lamento. Te pido disculpas. Mi intención era la contraria.

—Bueno, no pasa nada —Ahora Paz intentaba quitarle hierro a la situación.

—¿No quieres saber cuál es el trato para que deje de enviarte rosas?

—Sí, por favor. —Paz hablaba en un tono de resignación antes de rendirse—. Dígamelo y acabemos esto.

—Que cenes conmigo.

—¿Y si digo que no?

—¿Es eso lo que quieres?

—Póngame a prueba, «doctor».

—Tiene que haber una razón por la que te resistas —insistió.

—No quiero. No me apetece. No me interesa. ¿Es suficiente?

—Pareces ingeniosa. ¿De verdad no quieres cenar conmigo?

—No. Me temo que lo que menos le interesa, doctor Roldán, es la cena.

—Por favor, Paz... —Ella se resistía a admitir que sonaba sincero—. No presupongas lo que quiero porque es imposible que lo sepas. ¿Hay algo de malo en que simplemente cenemos juntos y charlemos y tomemos una copa...? —El hombre no daba la sensación de rendirse con facilidad.

—Tengo novio —respondió ella.

—A mí eso no me importa.

—A mí sí.

—A ti posiblemente deje de importarte en breve...

Era un comentario que habría servido de aviso para cualquiera.

Cualquiera que no fuera Paz.

LOS AÑOS PERDIDOS

SEGUNDA PARTE

(Altea, Alicante, mediados de marzo de 2013)

Al enfilar el vehículo la carretera de entrada a Altea, Paz nota un efímero escalofrío que nace de la incertidumbre del presente y el recuerdo de un pasado a medias. Está anocheciendo y el pueblo entre sombras parece un decorado de onírica belleza.

Esa noche descansa. Tiene que prepararse mentalmente para lo que ha venido a hacer.

El murmullo del mar se cuele por la corredera abierta de la terraza de la habitación del hotel y arrulla su sueño.

Por la mañana decide desayunar en un bar situado enfrente de la iglesia. Observa la entrada del que debe de ser el taller de Pedro. Pide un café con leche y una tostada de pan casero con mantequilla y mermelada sin quitar ojo de la puerta del taller.

El día, sobre el que ya revolotean pesadas gaviotas, se presenta inquietante y soleado. Paz siente una tranquilidad extraña, rota de repente por una señal de aviso del móvil. Tiene programada una alerta con el nombre de su marido para que no se le escape ningún movimiento que deba conocer.

Introduce la clave del terminal y se adentra en una de las mayores sorpresas de su existencia. Ha entrado en la web de un periódico importante de tirada nacional y, sin que haya tenido tiempo de reaccionar y leer la noticia a la que la alerta la ha conducido, comienzan a sonar otras que remiten a distintos medios de comunicación, a muchos, a los más destacados del país. Lee la primera noticia que abrió. Pero no puede ser verdad...

Aunque ya nada de Mario debería sorprenderla.

No ha acabado de leer ni dos frases cuando su teléfono suena. Es Nora, alarmada.

—¿Lo has visto?

—Imagino a lo que te refieres. Estaba en ello —responde Paz, todavía sin acabar de creerlo.

—A cada cerdo le llega su San Martín. Y a este le ha llegado por la puerta grande.

La noticia, desde luego, es más que llamativa. Es impactante. Su marido ha sido detenido por presunto delito fiscal, «acusado de ocultar a Hacienda cinco millones de euros. La policía sospecha que pueden estar en varias cuentas en Suiza pero gestionadas a través de un banco de inversiones holandés. La detención se ha producido en el aeropuerto de Madrid, al descender de un vuelo procedente de Ginebra. Portaba encima ciento veinte mil euros en metálico. Fuentes de la UDEF (Unidad de Delincuencia Económica y Fiscal de Policía Judicial) aseguran que es sólo la punta de un iceberg financiero articulado para eludir sus responsabilidades con la Hacienda pública».

—¡No tengo palabras! ¡Madre mía! ¿Tú sabías algo? —Nora sigue noqueada.

—¿Cómo iba a saberlo? Mario me ocultaba lo que hacía legalmente, ¡con más razón me ocultó esto! Aunque siempre imaginé que debía tener más dinero del que declaraba. Ya sabes que es un

hombre del que no te puedes fiar. Y lo han pillado in fraganti. Si es que mira que es imbécil hasta para delinquir.

—Y tenía que saberse hoy. ¿Estás nerviosa por lo de Pedro?

—La verdad, podía haber sido otro día.

—Pero cómo somos, amiga. Ni que una detención se pudiera preparar para cuando a la mujer del detenido le venga bien.

—Ja, ja, ja. Ay, no sé de qué me río, Nora, creo que es de los nervios.

—Bueno, tranquila. Siempre te tiene que pasar todo a ti y al mismo tiempo, ¡no falla! Es así desde que te conozco. Lo llevas escrito, amiga.

—Nora, ¿qué hago aquí? Ahora ya no sé si he hecho bien en venir.

—Yo no sé si has hecho bien o no. Lo que sí sé es que ahora es tarde para planteártelo. Estás ahí y no vas a volver de vacío. Tú irás a ver al tal Pedro como yo me llamo Nora, así de claro. A partir de este momento deberías desconectar tu teléfono. Te van a llamar de todas partes, tu abogada, amigos, familiares y, lo peor de todo, periodistas para preguntarte qué opinas sobre la detención del idiota de tu marido. Y hoy no es el día. Creo que mereces pensar en ti. Dedicáte a lo que has ido a hacer a Altea; además, estás en un lugar bonito y agradable. Disfrútalo. Permítete este breve paréntesis en tu vida. ¿Hace buen día allí?

—Sí, se está muy bien. Tienes razón en todo lo que dices. No he hecho todos esos kilómetros para que ahora Mario, incluso de manera involuntaria, me estropee mi plan. Voy a acabar de desayunar, estoy enfrente del taller de Pedro, e iré a verlo en un rato.

—Pase lo que pase, será emocionante, amiga. ¡Suerte! Te quiero.

Como le ha advertido Nora, su teléfono no para de sonar. Al no responder, Natalia, su abogada, le escribe un mensaje: «Buenos días, Paz. Ya he visto la noticia. ¡Menuda sorpresa! Tú quédate tranquila, con esto podremos interponer otra demanda de carácter económico, lo tengo claro. Es evidente que te engañó en ese aspecto valiéndose de tu condición de esposa. Ya hablaremos. Cuando puedas llámame. Un abrazo». Si el engaño hubiera sido sólo en los asuntos económicos... piensa Paz. Los reiterados engaños a su corazón no tendrán tribunal que los juzgue. Como tampoco las faltas de respeto. Mario no sólo ha estafado a Hacienda. Ha estafado a su matrimonio, a ella y al amor que sentía por él. Mario es en sí mismo una estafa, concluye Paz en sus pensamientos. Ahora ya no le importa.

Paga la consumición y comienza a caminar en dirección a la iglesia. No se ha dado cuenta hasta ahora de lo nerviosa que está. La convulsión de la noticia sobre Mario ha nublado durante un rato todo lo demás, que vuelve a emerger en el mismo lugar en el que había quedado antes de la detención de su marido. Está a punto de encontrarse con Pedro casi treinta y un años después.

No hay vuelta atrás. La fuerza del recuerdo de Cadaqués toma su mano y la deposita en el timbre de la entrada. Llama y contiene la respiración.

Abre un hombre alto. Barba rala y canosa. Su piel es oscura, aunque menos que entonces. Sus ojos castaños han perdido el brillo de miel que los adornaba en la juventud, pero siguen siendo profundos, de mirada intensa.

—Buenos días —dice aquella voz de antaño—. ¿María? Pase.

—Mi nombre no es María —responde ella en el recibidor.

La conduce unos pasos más y están en lo que parece el centro del taller.

—Entonces lo recuerdo mal, perdone —se disculpa Pedro—. Creí entender que su nombre era María. Aunque... —La observa detenidamente—, ¿Nos conocemos ya?

Paz también lo observa a él, escrutando todos y cada uno de sus movimientos, el de las manos

al hablar, alargadas y estilizadas, de las piernas al moverse, de los brazos, aquellos que la abrazaron en el año ochenta y dos entre la espuma del mar y el sol de media tarde.

—Puedes tutearme —le pide ella.

—Gracias. Entonces... ¿cómo te llamas? ¿Estabas interesada en ver mi obra, verdad? ¿El óleo, las litografías, esculturas...? O todo en general. Oye... discúlpame, tú y yo nos conocemos.

—¿No sabes quién soy? —pregunta Paz.

Pedro la mira sin entender lo que está ocurriendo pero con una clara intuición ya presente. La expresión de su rostro es afable, como entonces, en eso no ha cambiado.

—¿No recuerdas...? Cadaqués. Años ochenta...

Entonces un brillo extemporáneo inunda los ojos de Pedro.

—Paz... Dios mío... Paz... Paz... —Pronuncia su nombre estirando cada una de las tres letras, y con tal embeleso que, suavemente, la p y la z se unen en sus labios—. ¿Tú eres Paz? ¡No puedo creerlo! Creo que me va a dar algo...

Pedro ahora habla bajito, como si la impresión de volver a ver a esa mujer le hubiera arrebatado la voz.

—Pues... hola de nuevo, Pedro. Sí, soy Paz.

Va a extenderle la mano, pero Pedro la abraza.

—¡No puedo creerlo! —Parece que empieza a reaccionar; se lleva las manos a la cabeza reforzando la incredulidad que lo embarga—. ¿Qué haces aquí? ¿A qué has venido? Creo... creo que estoy en *shock*. Eres Paz... y estás aquí, en Altea. ¿Cuánto...? Oh... Paz... ¿Cuánto tiempo ha pasado desde entonces?

—Exactamente treinta años, nueve meses, doce días y... ¿quieres que cuente las horas?

—¡Es increíble! ¡Increíble!

Pedro vuelve a abrazarla, apoyando esta vez su mejilla sobre la de Paz y así permanecen minutos que a ambos les saben a poco.

La vibración insistente del teléfono rompe la magia. Comprueba que Mario la está llamando, será desde comisaría, la única llamada que les permiten a los detenidos. No lo coge. Sonríe con cierta amargura y vuelve a guardar el aparato.

—Cógelo, por favor —le incita Pedro.

—No te preocupes.

—Si es importante cógelo. Ahora seguimos.

—No... No es importante.

—¿Qué ha sido de tu vida? —le pregunta Pedro, mostrando un apasionado interés—. Quiero saberlo todo, vi hace meses en una revista que te estabas divorciando. ¿No has tenido hijos?

—Ja, ja, si tengo que contarte todo lo que me ha pasado estaremos aquí hasta Navidad.

—Puede que eso no estuviera mal...

—Pedro, ya no somos los mismos.

—Lo somos, aunque con muchas vivencias a cuestas. —Toma las manos de Paz entre las suyas—. No imaginas cuánto me alegro de verte... No sé qué motivo te ha traído a Altea, pero bendito sea el motivo.

Paz se suelta de él para continuar hablando:

—Lo que me trae a Altea hoy, tanto tiempo después, es algo así como la necesidad de saldar una deuda pendiente con el pasado. Con nuestro pasado, el mío pero también el tuyo.

—¿Y qué deuda es esa?

Paz busca en su mirada al Pedro de entonces. Y lo encuentra.

—No he sabido que estuviste escribiéndome durante años hasta que he encontrado tus cartas en el altillo de casa de mis padres. Mi madre las escondió. Nunca me dijo que existían. Nunca. Las he descubierto yo hace pocos meses, cuando a raíz de conocerse mi proceso de divorcio decidí marcharme de Madrid, alejarme y pasar una temporada en Barcelona, con mi madre. Está sola. Mi padre murió tres meses antes de que yo viajara para estar con ella. Bueno... estar con ella no era la razón por la que hui de Madrid, pero eso no importa.

Mientras habla, Pedro se ha apartado de ella y se ha colocado ante un ventanal que da a la plaza de la iglesia. Está callado, asimilando lo que está conociendo.

Paz se ha callado. Quiere dejarle el espacio que sabe que necesita. También para él ese descubrimiento supone un golpe.

Hasta que al fin Pedro dice, sin despegar la vista del cristal:

—En una de esas cartas te contaba que me había separado y que ya era un hombre libre para estar contigo.

—No lo he sabido hasta ahora.

—Ahora que es demasiado tarde —cree Pedro con pesadumbre.

—Desde luego. Pero he querido venir para explicarte que no respondí, no porque no quisiera hacerlo, sino porque no sabía que me escribiste. Para mí la ruptura fue muy dura, imagino que como lo debió de ser también para ti. Aunque ya nada cambie, no podía quedarme con esa verdad dentro, sin compartirla contigo.

—¿Y si no fuera demasiado tarde? —Pedro se gira y la mira fijamente.

—Eso es absurdo.

—Sí... Tienes razón. Es una idea absurda. ¿Cómo pudo tu madre hacer algo así? ¿Qué derecho tiene a manipular tu vida de esa manera? Nos ha hecho daño a los dos.

—Lo hizo, sí. Incluso sin saber lo de las cartas, nuestra relación ha sido pésima, por su reacción tras nuestra escapada y por otras muchas razones que no vienen al caso. Al final la he perdonado, pero ha sido recientemente. Pasamos años distanciadas y recuperamos la relación cuando se hizo mayor. Aun así, seguíamos sin hablar, no sólo de lo ocurrido contigo sino de otros sucesos de nuestra familia que la atañían a ella. No ha tenido una vida fácil. Quién soy yo para juzgarla. Creo que ha sido la edad la que me ha dado una perspectiva diferente de todo lo ocurrido. Y es una lástima porque si fuéramos más sabios entenderíamos las cosas antes y seríamos capaces de perdonar sin tener que perder tantos años como hemos perdido nosotras.

—Y como perdimos nosotros... Nunca entendí por qué no respondías a mis cartas. No imaginas mi desesperación. Creí volverme loco.

—Ha pasado mucho tiempo.

—Pero lo recuerdo como si fuera hoy. —Hay un poso de tristeza vetusta en la frase... y en Pedro.

—¿Es cierto que fuiste a Cadaqués? ¿Acudiste a la cita que me proponías? —Paz quiere asegurarse.

—Ya lo creo que fui. Lo hice convencido de que me darías la sorpresa de aparecer en el último momento. Me monté una historia en mi cabeza, en la que no habías podido responder a mis cartas por alguna razón de fuerza mayor pero que irías a la cita con la misma ilusión que yo.

—Lo siento... Yo no sabía... —A Paz se le quiebra ligeramente la voz.

—Hasta hoy yo tampoco he sabido la verdad. La posibilidad de que tu madre escondiera mis cartas se me podía haber ocurrido después del comportamiento que tuvo conmigo.

—¿Contigo? ¿Tuvo algún tipo de trato contigo después del viaje a Cadaqués?

—Creo que hay más cosas que no sabes. ¿Nos sentamos en el sofá? Mejor que nos pongamos cómodos. Esto no te va a gustar...

Entonces le cuenta que fue a buscarla a Barcelona y la discusión que mantuvo con su madre en la cabina de teléfono a las puertas de su casa. Las amenazas, las llamadas que cortaba para que no hablara con ella... A Paz le costó encajar tanta información. ¡Vaya día! Si el hecho de que su madre le ocultara la existencia de las cartas de Pedro ya le parecía grave, enterarse de que hubo más la deja contrariada y perpleja.

—Lo que me cuentas ya me parece demasiado. No podía imaginar que mi madre fuera capaz de tanto.

—Lo era. Si la hubieras visto... Su cara de odio hacia mí era difícil de olvidar. Pero ya ha pasado, no se lo tengas en cuenta. Bastante habéis tenido ya entre vosotras.

Pedro se deja llevar por un arrebato que le hace abalanzarse suavemente sobre Paz y besarla en la boca. Ella acepta el beso sin resistencia.

—Lo siento, no he podido evitarlo —se disculpa Pedro de inmediato.

—No tenías por qué evitarlo. Ha estado bien. A mí también me apetecía, pero creo que no me habría atrevido a besarte.

Paz siente una honda paz en su interior que le reconforta.

—Oh... Paz... Paz... Estás aquí otra vez, conmigo.

—No debes interpretar lo que no es. He venido para contarte una verdad que desconocías y voy a marcharme tras haberlo hecho.

Pedro vuelve a besarla, ahora con más intensidad. Le coge las manos y se las lleva a sus labios encerrándolas con las suyas como si se tratara de mariposas a punto de escapar.

Infinitamente emocionada, Paz se levanta del sofá y se aproxima a la zona donde yace la obra de Pedro, en el suelo, en atriles, sobre una mesa grande de madera...

—Es maravillosa la luz que plasmas en tus cuadros.

—Tú eras la luz, Paz.

Pedro ha ido tras ella y se pega a su espalda para rodear su cintura con los brazos.

—¿Hasta cuándo te quedas?

—Salgo para Barcelona mañana temprano.

—Pero eso es muy poco tiempo.

—Es suficiente.

—No estoy de acuerdo... —Pedro hunde su boca en el cuello de Paz al tiempo que refuerza el abrazo—. Por favor, quédate... Sólo unos días.

—No tiene sentido.

—Tiene todo el sentido del mundo.

Aunque en este instante desearía quedarse atrapada en el abrazo que ya tenía olvidado, sabe que no conducirá a nada.

—Paz... estás divorciándote y yo rompí con mi pareja el año pasado. ¿Qué nos impide ahora hacer lo que queramos?

Paz cierra los ojos y echa la cabeza hacia atrás recostándola sobre el pecho de Pedro para concentrarse en los besos que él le prodiga por el cuello.

Siente en su piel los besos adultos que no había llegado a conocer. Besos que ahora ambos creen que se debían.

Llega el momento de deshacerse del abrazo. Paz se gira para hablarle de frente:

—Tú eres otro hombre. Yo, otra mujer distinta a la joven que conociste. Cada uno ha tenido su

vida sin necesitar al otro. Y así seguirá siendo.

—Yo te necesité durante años, no dejaba de pensar en ti, te busqué, te escribí... —se queja Pedro.

—No sigas, te lo ruego. Ahora sé que fue así pero ocurrió hace tanto tiempo que es imposible que nos reconozcamos.

—Es injusto que digas eso, estamos aquí besándonos y abrazándonos.

—Besamos y abrazamos a quienes éramos entonces, no a quienes somos hoy. Porque hoy somos dos desconocidos.

—Jamás pensé que volvería a verte. Y ahora que has venido no debería perderte de nuevo.

—Para perderme necesitarías haberme recuperado y eso no ha sido así. Mi visita se debe sólo a una asignatura pendiente que teníamos sin saberlo, al menos yo no lo sabía. Consideré que debías conocer la verdad. La misma verdad que yo he desconocido hasta hace nada.

—Está bien. Ha quedado claro que te vas mañana. Pero quédate aquí esta noche, tenemos tanto de qué hablar, tantas cosas que contarnos...

—Pedro... créeme que lo siento pero me marchó. Quedarme carece de sentido. No hay más que hablar que lo que te he contado. Con eso es suficiente. A pesar de lo que sufrimos, guardo un recuerdo extraordinario de ti, un recuerdo maravilloso sobre nuestros días en Cadaqués. Creo que eres una gran persona y no me parecía bien que no conocieras lo que de verdad ocurrió: que fui ajena a tus cartas y a que me buscaras. Me voy, Pedro. Te deseo la mayor felicidad del mundo, de corazón. —Le acaricia la cara.

—¿Nada puedo hacer para convencerte de que te quedes, verdad?

Paz responde una negativa con la cabeza y le ofrece una sonrisa sincera, de esas que acompañan un adiós con la conciencia tranquila.

* * *

El resto del día se lo dedica a sí misma. Busca un lugar cerca del mar para comer y después da un largo paseo por el pueblo hasta que regresa al hotel. Tiene muchos asuntos que atender tras la noticia de la detención de su marido.

Mario... Cae en la cuenta de que se había olvidado de él hasta este momento. Conecta el teléfono y... ¡qué horror! La lista de llamadas y mensajes es interminable. Desde su habitación se ocupa de revisar y responder según el caso de que se trate.

La tarde va cayendo sobre el horizonte del mar y los azules tejados de Altea mientras rememora los besos de Pedro y el tacto recobrado de sus manos. Se alegra de haber venido.

Una ducha reparadora, un sándwich que pide para tomar en su terraza, no le apetece bajar al restaurante, y a la cama. Ha sido un día más intenso de lo que esperaba, mucho más.

Pero cuando está a punto de dormirse le sobresaltan unos golpes en la puerta. Alguien está llamando. Se levanta a abrir y...

—Ahora soy yo quien dice lo siento... No podía dormir.

—Pedro... ¿Y has venido a que te cante una nana?

Ambos se echan a reír.

—¿Qué hay de malo en que pensemos que nos debíamos una noche que no tuvimos?

—De malo no hay nada. Pero posiblemente tampoco de bueno.

—¿Pasaremos el resto de lo que nos quede de vida sin saberlo, ahora que estás aquí?

—Déjame que piense... —Paz bromea en el umbral de la puerta—. Uf, ¿volveríamos a tener

otra asignatura pendiente? Mejor que no... ¿verdad?

Pedro pasa y cierran la puerta dejando antes el cartel de «NO MOLESTEN» colgado en el pomo exterior. Nadie les pedirá que rindan cuentas por una noche que se debían.

Una noche que los dos desean. Una sola noche más que sigue a la verdad y no precederá a ninguna otra más.

Una noche con la que por fin pueden cerrar su historia en común. El amor que habían olvidado.

Al amanecer, Pedro se despierta solo en la cama. Paz se ha marchado temprano no sin antes abrir de par en par las puertas correderas de la terraza. El movimiento sinuoso de las cortinas que ondean con la brisa procedente del mar dibuja un juego de sombras que parecen la huella de esta mujer despidiéndose para siempre.

* * *

Durante el trayecto de vuelta a Barcelona Paz hace una parada. Coge su teléfono móvil y marca el número de su madre.

—¿Mamá? Hola. Sí, sí, todo va bien, tranquila. A mediodía estaré en casa. Es que quería contarte cuanto antes que ya sé lo que vamos a hacer con las cenizas de papá. No, no me he vuelto loca. Hazme caso. Prepárate para hacer un viaje...

Diego regresa a Osuna, por fin.

(Osuna (Sevilla), finales de marzo de 2013)

Osuna les esperaba como un antiguo amante convencido de que vería a su amor alguna vez antes de morir. Las calles majestuosas. Las casas encaladas. El denso olor amargo de la fábrica de aceites de Espuny a la entrada del pueblo, que flota en el aire de forma perenne.

Llegan tras haber hecho una parada en Madrid para pasar la noche en la casa de Paz. Entrar de nuevo en la vivienda, grande, solitaria, con Mario en prisión provisional, le había resultado extraño. Tuvo una verdadera sensación de estar en otra vida, de entrar en una casa en la que no existieron los años vividos con su marido. Y le gustó sentirlo, lo que le hizo creer que no va a ser tan difícil vivir sin él, a pesar de que Mario le hubiera dicho antes de marcharse a Barcelona que lo que Paz es y tiene se lo debe a él. Es lo que pasa con la soberbia, que ciega y aleja de la realidad, porque cuando ella aceptó casarse estaba en la cresta de su fama pese a su juventud y se ganaba la vida casi tan bien como él. Libros, conferencias, presentaciones, publicidad, televisión... Todo eso no lo trajo Mario a su vida sino que lo consiguió ella con su esfuerzo antes de conocerlo. Y ahora él está en la cárcel y ella iniciando el proceso de olvido.

En Madrid, Paz y su madre han comprado en un vivero, antes de partir hacia el pueblo, un limonero plantado en una gran maceta. Con el árbol metido en el amplio maletero del todoterreno de Paz y la urna con las cenizas agarradas por Concha en su regazo han realizado la segunda parte del viaje.

Durante varios días estuvieron dedicadas desde Barcelona a los preparativos y a organizar la ceremonia que se le ha ocurrido a Paz, llamando a los familiares y amigos de toda la vida de Concha y de Diego. Su padre lo merece, en nombre de la nostalgia que lo acompañó hasta el fin de su existencia.

* * *

Llegan a Osuna a media tarde y se instalan en el hotel, un impresionante palacio del siglo XVIII, el del Marqués de la Gomera, ubicado en la calle San Pedro.

—¿Sabías que está declarada por la UNESCO como la segunda calle más bella de Europa? — comenta Paz a su madre al acomodarse en la habitación.

—No me extraña. Este pueblo está lleno de calles preciosas.

—¿Cómo te encuentras, mamá?

—No sé qué decirte, hija. Siempre me encanta venir a Osuna, pero esta vez no sé por qué... No sé qué me pasa...

—¿Qué te va a pasar? Que vamos a despedirnos definitivamente de papá. Eso te pasa. Es normal que te sientas rara. Por cierto, ¿vas a estar hasta mañana sujetando la urna?

Concha sigue agarrándola igual que durante el viaje.

—Por favor, déjala en la mesa. No le va a ocurrir a nada. Tranquila, que nadie se la va a llevar.

Pasan la tarde visitando varios de los lugares de siempre y viendo a Anita y a Dolores y a Marcial... Todos ellos acudirán a la cita prevista para el día siguiente. El día que Concha no quería que hubiera llegado porque es difícil saludar a la muerte. Pero la muerte ya se llevó a Diego del brazo hace meses. Ahora queda la despedida en la tierra que tanto amaba.

Por la mañana, camino del sitio acordado, Concha quiere pasar un momento por el casino. Entra recogiendo saludos de muchos de quienes están allí en ese momento. Es como si pasara a Diego por última vez entre aquellas paredes de azulejos relucientes. Sube con él al salón de baile y cree estar viéndole plantado en la puerta queriendo sorprenderla, el más guapo de la sala, con su pelo negro y su provocadora sonrisa, mirándola con descaro y sus manos metidas en los bolsillos del pantalón. Y hoy Concha, prisionera de aquel tiempo, lo saluda y le sonríe antes de marcharse a cumplir con su última voluntad.

—¿Por qué no vamos a ver el limonero de tu padre? Es lo que deberíamos hacer en su despedida.

Paz temía que ese momento llegara.

—Verás, mamá... No he querido decírtelo pero el limonero ya no existe. Las sobrinas de papá, que nunca destacaron por su sensibilidad, vendieron la casa y, aunque parte de esa herencia también me correspondía, a mí me da lo mismo, la verdad. ¡Bastante tienen las pobres con ser como son! Apenas hemos tenido relación.

—Qué pésima noticia, hija... —comenta Concha con profunda pena.

—Los nuevos propietarios arrancaron el árbol.

Al escuchar esta última frase, Concha siente como si le hubieran arrancado a ella una parte de algo muy íntimo y amado. Únicamente acierta a decir: “Menos mal que tu padre no lo supo”.

* * *

El lugar en el que se reúnen para el postrero adiós es el más alto del pueblo: la explanada de la colegiata. Paz sonríe al ver a su madre caminar junto a sus amigas quejándose del empedrado del suelo. Las vistas son sobrecogedoras. También los recuerdos que brotan de entre aquellas piedras centenarias.

Cuando ya están todos, se disponen en círculo alrededor de Concha, que mantiene en sus brazos la urna, y de la maceta con el limonero. Paz ha colocado un pequeño altavoz sobre la barandilla y, en él, su teléfono móvil. Lo acciona y comienza a sonar un poema de Manuel Alcántara interpretado por Mayte Martín.

Entre Concha y Paz abren la urna y lanzan la mitad de las cenizas de Diego al aire de su pueblo. En su muerte se cumple lo mismo que en su vida: queda repartido entre Cataluña, donde ha sido incinerado, y Andalucía. Madre e hija fulminan sus rencores en un abrazo distinto a cualquier otro que se hubieran dado nunca antes, mientras los asistentes aplauden y lloran.

Como escribió Machado, «Hoy, a tu sombra, quiero ver estos campos de mi Andalucía». Hoy, y eternamente, Diego ya es parte de esos campos al fundirse con ellos.

Para acabar el ritual previsto, Concha abona el limonero, que se llevará Paz a su casa en Madrid, con la otra mitad de las cenizas. No puede parar de llorar. No quiere que su hija la ayude, ha de hacerlo sola. Siente que es el último momento en el que Diego y ella participan de algo juntos. Y lo hacen aquí, en su Andalucía, a la sombra de un limonero.

De pronto alguien sujeta del brazo a Paz para que se gire.

—Hola, Paz... Estaba detrás, no quería molestar.

—Fernando...

Hace treinta y cuatro años que no se ven. «Todos buscamos la llave de nuestros recuerdos, no sólo el poeta», le dice antes de darle el pésame.

Fernando... Aquella claridad que brillaba por los dos rasga la distancia y vuelve a ellos en el presente. Paz se deja envolver por dulces recuerdos de las últimas tardes que pasó junto a él antes de que el mundo familiar se desmoronara.

Aquel tiempo lejano quedó atrás... Y ahora Fernando, el joven impetuoso y pleno de vida que irrumpió con fuerza en su adolescencia, ha aparecido con la tranquilidad y el reposo que el paso de los años hace posible. Porque el tiempo nos da la respuesta a lo que hemos vivido.

El transcurrir del tiempo nos explica la vida que tuvimos y que no supimos entender.

Ahora Fernando, abrazado a Paz, parece estar diciéndole: «Tranquila, todo aquello ya pasó...».

*Habría también un vacío, un tiempo sin memoria
y por el momento imposible de llenar con nada.*

JUAN MARSÉ, *Últimas tardes con Teresa.*

Agradecimientos

A mi agente literaria, Silvia Bastos, apoyo constante y necesario en la larga travesía recorrida para ver culminado este proyecto. Y por su incansable y tenaz aliento para seguir.

Mi agradecimiento personal a la familia Vadillo, en especial a Jesús y Beatriz porque saben poner luz a las horas más oscuras.

A mis queridas Delia Piccirilli e Irene Vaquerizo, por ser capaces de continuar riéndonos treinta años después.

A mi buen amigo Jordi Gutiérrez, por prestarme sus recuerdos familiares para unirlos a los míos y a los de miles de personas que compartieron una historia similar. Y por los lejanos años barceloneses. Con el deseo de que sigamos siendo *germans* siempre.

A Mabel Beltrán, por tanto que hemos vivido juntas durante cuarenta años. Es extraordinario que hoy nos parezca que fue ayer...

A Pilar Pérez, Pili, mi amiga del alma infantil hallada en un barrio que nunca perdió su identidad. Por nuestra amistad imbatible al paso del tiempo.

A Paco Ledesma, archivero bibliotecario del Ayuntamiento de Osuna, por ayudarme a recuperar la historia de aquella Osuna de pobreza de los años cincuenta, tan distinta a la que es hoy.

En recuerdo de mis abuelos Antonio y Antonia, quienes trasplantaron su alma murciana en Osuna para echar allí raíces.

Por último, espero que el lector sepa disculpar la alteración de las fechas de algunos hechos por necesidad de la trama narrativa.

*Al andar se hace camino,
y al volver la vista atrás
se ve la senda que nunca
se ha de volver a pisar.*

ANTONIO MACHADO,
«PROVERBIOS Y CANTARES».

Nota

[1] *No estaba lejos. Tampoco era difícil. / Lo que está lejos y difícil es la costa / que dejo atrás y no veré nunca más.*

La nostalgia del limonero
Mari Pau Domínguez

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada, CoverKitcken
© de la imagen de la portada, Mark Owen. Arcangel Archive

© Mari Pau Domínguez, 2019
Autora representada por Silvia Bastos, S.L. Agencia literaria
© Editorial Planeta, S. A., 2019
Espasa Libros, sello editorial
de Editorial Planeta, S.A.

Por la reproducción de poemas de Charles Baudelaire, © Editorial Edaf, SLU; de Mario Benedetti, © Fundación Mario Benedetti c/o Schavelzon Graham Agencia Literaria; de Constantino Cavafis, © Visor-Libros; de Luis Cernuda, © Herederos de Luis Cernuda; de Miguel Hernández, © Herederos de Miguel Hernández; de Joan Margarit, © el autor; de Silvina Ocampo, © Herederos de Silvina Ocampo; de Juan Luis Panero, © Herederos de Juan Luis Panero; de Pedro Salinas, © Casanovas & Lynch Literary Agency SL; de Dylan Thomas, © Visor-Libros; de Vicente Aleixandre, Jaime Gil de Biedma, Pablo Neruda y los fragmentos de Carmen Laforet y Juan Marsé, © Agencia Literaria Carmen Balcells SA; y por los textos de Vivian Gornick, © Editorial Sexto Piso.

© Editorial Planeta, S. A., 2019
Espasa Libros, sello editorial
de Editorial Planeta, S.A
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2019

ISBN: 978-84-670-5755-3 (epub)

Conversión a libro electrónico: MT Color & Diseño, S. L.

www.mtcolor.es

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

NARRATIVA
CONTEMPORÁNEA



¡Síguenos en redes sociales!



